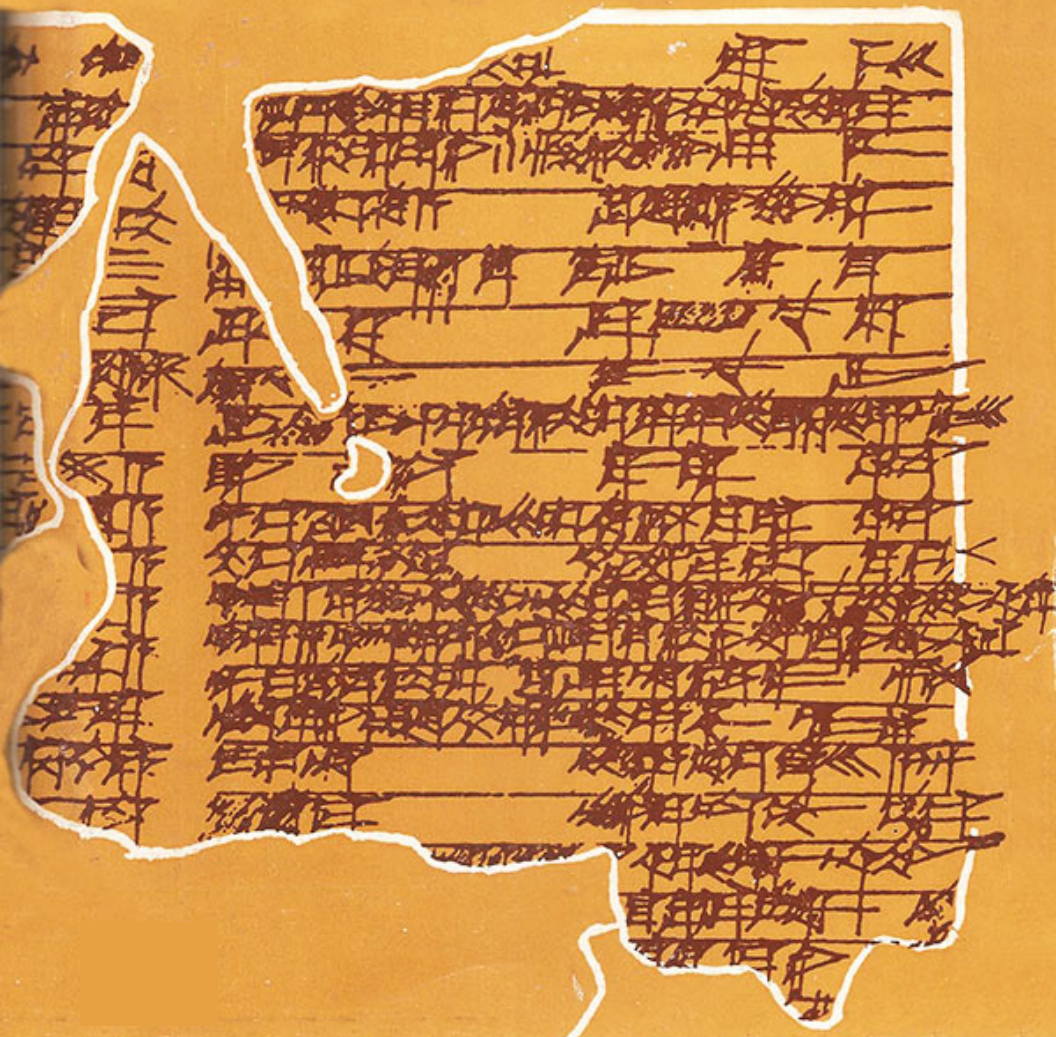
C. W. CERAM

EL MUNDO DE LA ARQUEOLOGIA



Las maravillas de la tumba de Tutankamen, la Torre de Babel, los templos de los mayas, los mármoles del Partenón así como los grandes legados del arte antiguo y de la historia nos son familiares y los aceptamos como parte de nuestra vida cotidiana, pero nos es difícil recordar quienes han hecho y revelado estas aportaciones a la Humanidad. En este libro, C. W. Ceram, el famoso autor de *Dioses, tumbas y sabios* y de *El misterio de los Hititas*, ha hecho una selección antológica entre las páginas de los arqueólogos más ilustres. En ellas se refleja el drama y la fascinación del momento del hallazgo nuevo. Pero la historia de la arqueología incluye no solo a los excavadores sino también a los investigadores y científicos cuyas interpretaciones lanzan nuevas luces sobre objetos y restos del mundo antiguo para emplazarlos con mayor corrección en el lugar que les corresponde en el complejo devenir de la Historia. Por ello, con la ayuda de los nuevos inventos de la técnica moderna, cada vez es mayor la exactitud en las apreciaciones del pasado. Guiados por Ceram, a través de curiosos escritos e increíbles escenas, asistimos al incomparable espectáculo que ofrece la exploración de los misterios de nuestro pasado.

epublibre

C. W. Ceram

EL MUNDO DE LA ARQUEOLOGÍA

ePub r1.0
Titivillus 23.04.2024

Título original: *The World of Archaeology*
C. W. Ceram, 1966
Traducción: Luis Pérez González

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Prólogo

«La arqueología es al mismo tiempo una ciencia y un arte».

Encyclopaedia Britannica 1950

Esta definición, como todas las definiciones enciclopédicas, resulta incompleta. La arqueología además de ser una ciencia y un arte es una aventura, una aventura espiritual y física. No solo en el siglo xix, período «clásico» de grandes descubrimientos arqueológicos, sino también hoy, en pleno siglo xx, el arqueólogo tiene que vencer fuerzas físicas representadas por la jungla y el desierto, por medios oficiales de visión estrecha y por obstáculos de muy diversa índole. Por ello, la primera parte de nuestro libro se ocupa intencionadamente de los modernos robos cometidos en las ruinas arqueológicas y de la lucha que sostienen los arqueólogos para proteger esos monumentos.

Aunque los relatos que hacen los arqueólogos de este tipo de aventuras, siempre asociadas a sus serias investigaciones científicas, son muy sugestivos puede asegurarse que es en realidad mucho mayor el poder de sugestión de las aventuras espirituales que puede experimentar el investigador en la tranquilidad de su estudio (tenemos un ejemplo en Champollion al descifrar la escritura jeroglífica).

En esta antología, hallaremos ejemplos de estos tipos de aventura. El libro no está concebido como una novela destinada a ser leída desde el principio hasta el fin en una sola sesión.

El propósito de toda antología es proporcionar una descripción lo más completa posible de un paisaje espiritual. Pero solo el geómetra mide sistemáticamente el paisaje mientras que el observador curioso elige los lugares que le resultan interesantes para una breve estancia.

La elección es puramente subjetiva. ¿Cómo podría ser de otro modo siendo tan extenso el material sobre este tema? El principio elemental implícito ha sido el de escoger lo que resultara «interesante» pero presentándolo en dosis que posteriormente se combinasen para exponer toda la imagen del descubrimiento arqueológico. No sería oportuno atenerse a consideraciones estrictamente literarias. Muchos investigadores han resultado narradores muy mediocres de sus hallazgos. Sin embargo, se han incluido dos o tres de estos relatos mal escritos debido a la importancia del material. Hubo que omitir bastantes cosas expuestas de una forma rigurosamente científica y, en su mayor parte, incomprensible para el profano. Pero también se han «desenterrado» algunas que estuvieron perdidas para el investigador durante muchos años.

En esta obra se incluyen solo los escritos auténticos de los arqueólogos. En su elaboración se ha aplicado rigurosamente un principio básico arqueológico: no modificar nada. Se hace referencia a todas las omisiones. La ortografía, notablemente variable, de los nombres creó bastantes problemas. Pero también en este caso se ha conservado, en la medida de lo posible, la ortografía original de los nombres y todas las variantes de estos se han incorporado al índice en donde se reflejan las que están generalizadas en la actualidad.

Para poner de relieve todo el alcance de la investigación arqueológica, sin exclusión de sus errores, se incluyen algunas conclusiones totalmente abstrusas y sin sentido (tales como el fantástico análisis sobre el significado de las pirámides efectuado por Smyth o la no menos fantástica interpretación de la es-

critura jeroglífica debida a Kircher) que revelan, con mayor exactitud que cualquier descripción, la larga serie de direcciones equívocas y de desviaciones que ha tenido que seguir la investigación científica antes de encontrar una solución aceptable.

Por ello, en los capítulos de la introducción se han insertado también algunos artículos destinados a poner de manifiesto los problemas secundarios de la arqueología (tales como el ejemplar acuerdo sobre excavaciones de Olimpia, las experiencias vividas por los arqueólogos en los trabajos de reconstrucción, los falsificadores y los tratantes de antigüedades).

Nuestro libro cubre el período que se extiende desde las primeras excavaciones hasta nuestros días en que el excavador se encuentra con que su trabajo de azada se ha visto suavizado y mejorado por los complicados avances técnicos. Geográficamente, nos hemos limitado a Europa, Norte de África, Cercano Oriente y ambas Américas. Por no encajar en el ámbito de este libro, hemos prescindido de los hallazgos prehistóricos.

En primer lugar, desearía expresar mi reconocimiento a Walter Neurath, de Thames and Hudson, y a su equipo. Particularmente quiero dar las gracias a la doctora Arme G. Ward que escribió las notas bibliográficas de inestimable valor y exactitud y que llevó a cabo su delicadísima tarea de una forma realmente ejemplar.

C. W. Ceram

PRIMERA PARTE

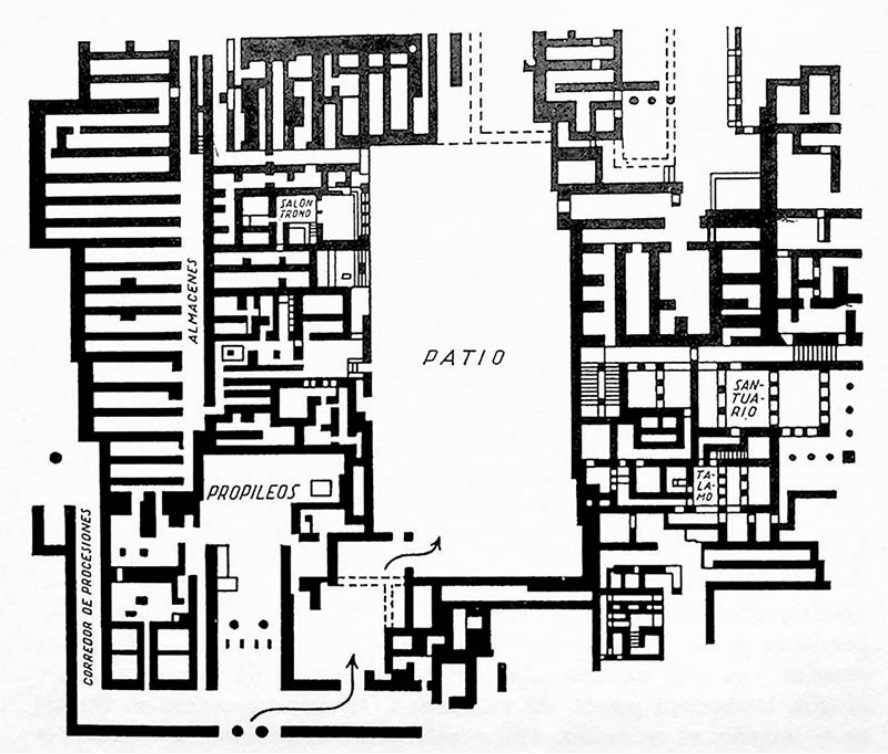
Introducción

El arqueólogo ideal

Charles Leonard Woolley

El primer trabajo del arqueólogo de campo consiste en reunir y ordenar materiales que no siempre llegan a sus manos en su auténtico estado originario. En ningún caso podrá decir él la última palabra y, por esta razón, la publicación de sus materiales debe estar minuciosamente detallada con el objeto de que sus lectores no tengan que limitarse exclusivamente a una aceptación de sus puntos de vista sino que puedan también obtener nuevas conclusiones y nuevos indicios reveladores. ¿No debería entonces detenerse aquí? Tal vez haya que insistir en que un investigador, admirablemente dotado para observar y recoger detalles, puede no poseer la capacidad de síntesis y de interpretación, el espíritu creador y el don literario capaz de convertirle en un historiador. Pero ningún testimonio puede ser exhaustivo. Mientras progresa su trabajo en el terreno, el excavador está constantemente sometido a impresiones demasiado subjetivas y demasiado intangibles para ser comunicadas y de las cuales, por un proceso que no es necesariamente lógico, surgen teorías que él puede afirmar y quizá defender, pero no demostrar. Su veracidad dependerá, en último extremo, del grado de preparación profesional que posea aunque, en todo caso, poseen sin duda alguna un valor empírico que ningún estudiante podrá conseguir con sus apuntes y sus textos. Admitiendo que el excavador conozca su trabajo, las conclusiones que saque de su propia labor tendrán que ser de peso puesto que, en su momento determinado, se verá obligado a exponer-

las. Si estas resultan claramente erróneas, sus observaciones serán también sospechosas. Entre la arqueología y la historia no existe una frontera definida y el excavador que mejor observa y registra sus descubrimientos es precisamente aquel que ve en ellos un material histórico y reconoce justamente su valor. Si no posee la capacidad de síntesis e interpretación, se ha equivocado de profesión. Evidentemente, puede carecer de dotes literarias y, por ello, la presentación formal al público de los resultados de su labor puede ser realizada más eficazmente por otras personas.



Planta de Cnosos tras las últimas excavaciones

Pero es el arqueólogo de campo quien, directa o indirectamente, ha abierto para el lector común nuevos capítulos de la historia del hombre civilizado. Y al arrancar de la tierra estos documentos, esas reliquias del pasado cuya contemplación avi-

va la imaginación de los hombres, convierte en real y moderno lo que de otro modo parecería una remota leyenda.

Digging up the Past, 1954

Cómo comprar antigüedades

Charles Leonard Woolley

Antes de que el arqueólogo moderno toque la tierra can su azada, todos sus posibles hallazgos están cuidadosamente adjudicados por un tratado. La piratería de las antigüedades se ha reducido al mínimo gracias a una eficaz legislación. Pero por previsores que sean los legisladores, la naturaleza humana y el valor de las reliquias antiguas inducen siempre a la infracción de las leyes más rigurosas.

En el terreno de las antigüedades, la ruindad no se ha circunscrito exclusivamente a los que comercian con este tipo de objetos.

Me encontraba en Nápoles en compañía de un amigo inglés que había permanecido toda su vida en esta ciudad, cuando cierto día vino a verme un fontanero que tenía una modesta casa y un pequeño negocio en un lugar llamado Pozzuoli, situado en las afueras, asegurándome que se había enterado de mi llegada y quería confiarme algo del mayor interés. Se hallaba trabajando en los cimientos de su casa con el objeto de realizar unas obras de ampliación, cuando tropezó con varios bloques de mármol, algunos de los cuales estaban cubiertos de inscripciones y uno de ellos con figuras grabadas. Se los había enseñado al sacerdote de la parroquia y este le había dicho que, a su juicio, aquellos objetos eran de interés e importancia. Quería saber si yo podía ir a verlos para comprar alguno de ellos que considerara necesario.

Fui a verlos. Entre varias inscripciones había una losa de mármol muy grande, que medía aproximadamente seis pies o

más de alto por casi cinco de ancho, con un grupo de figuras grabadas de tamaño natural, una en alto relieve y dos en bajo relieve. La de alto relieve representaba claramente a un miembro de la familia del emperador Augusto y las otras a dos soldados.

Me di cuenta de que se trataba de un fragmento perteneciente a un monumento de importancia y belleza extraordinarias.

«¡Esto sí que es extraordinario de verdad!», dije. «Vale mucho dinero pero no puedo comprarlo». El individuo preguntó cuál era la razón de esa imposibilidad. «En primer lugar, porque no podría sacarlo del país y, en segundo lugar, porque no he traído dinero suficiente para pagar algo semejante», le respondí.

«Bien, ¿qué debo hacer entonces?», me preguntó de nuevo. «Solamente una cosa», le expliqué. «Nadie puede sacar clandestinamente de Italia un objeto de ese tamaño y si lo intenta tendrá serios problemas. Vaya al Museo Nacional de Nápoles y de parte de su hallazgo. Enviarán a un experto, se llevarán los objetos, los tasarán y le pagarán a usted tres cuartas partes de la suma. Se quedarán una cuarta parte para el Gobierno pero usted conseguirá una buena cantidad de dinero. Esto es lo mejor que puede hacer».

Aquella solución no le gustó. Se negaba rotundamente a que el Gobierno interviniera pero al final pensó que tal vez lo más acertado era seguir mis recomendaciones. Registró su hallazgo.

La segunda autoridad del museo, que era inspector de antigüedades, se acercó a la casa. Vio los objetos y dijo: «Cuánto ruido están haciendo por nada. A nosotros nos interesan estas inscripciones pero no tienen ningún valor comercial. De modo que me las voy a llevar sin pagar nada por ellas».

«¿Qué pasa con las tallas?», preguntó el fontanero.

«¡Eso!», exclamó. «¡Dios me valga! No es más que un escombro. No vale absolutamente nada. Si alguien le da cinco libras ya puede considerarse afortunado. No la quiero, se la dejo en sus manos. ¡Al museo no le interesa una cosa semejante!». Y se marchó con las inscripciones.

El fontanero vino a verme unos días después y me contó la historia. «Me he llevado una gran decepción», se lamentó. «Pensaba que iba a conseguir bastante dinero y no me van a dar nada en absoluto».

«Vaya», dije. «No consigo entenderlo. Es un objeto muy valioso».

Él se explicó: «Bueno yo tampoco lo comprendo pero ayer vino a verme un individuo» (me hizo una descripción del mismo y me dijo su nombre). «Me ofreció diez libras. ¿Debo aceptarlas?».

Le dije que no e hice algunas averiguaciones. Resultó ser un tratante de antigüedades que era cuñado del inspector. Todo el asunto no era más que un engaño. Por tanto, fui a ver nuevamente al fontanero y le expliqué lo que establecía la ley. Le dije: «Si no lo quieren, deberían concederle un permiso de exportación. Ya le he dicho que no puedo pagarle el valor del objeto y debe recordar que si lo vende a un extranjero, un tercio de la suma le corresponde al Gobierno en concepto de impuestos. Yo solo puedo pagarle sesenta libras pero usted tiene que decirles que lo ha vendido por cien. Yo les pagaré a ellos treinta y tres libras. Ese es todo el dinero de que dispongo. No corresponde al valor del objeto pero si está dispuesto a vendérmelo en estas condiciones y si consigue el permiso de exportación, me lo quedo».

Agradeció mi amabilidad y dijo que lo haría encantado. Volvió, pues, al museo, vio al inspector de antigüedades y le dijo:

«Respecto a la piedra que usted no quiere ¿me va a dar un permiso para exportarla?».

El inspector respondió: «¡Campesinos ignorantes! ¡Necios! Porque viene un hombre y os ofrece una libra más que otro y os dice que quiere exportarlo, creéis que vais a salir ganando. Pero no es así realmente porque tenéis que pagar un tercio al Gobierno. Me figuro que alguien le habrá ofrecido quince libras. Pues bien, de esa cantidad solo diez libras serán para usted».

«Oh, no», dijo el fontanero. «Soy yo el que le va a pagar a usted treinta y tres libras».

«¿Qué?», preguntó el inspector.

«Que le voy a pagar treinta y tres libras, un tercio del valor de la cosa», repitió.

El inspector le explicó: «Entienda bien esto. No le voy a dar la autorización para exportarlo. El museo no se quedará con su escultura. Se la va a quedar usted y está valorada en cuatro mil libras. La incluiré en la lista de monumentos nacionales. Se hará responsable ante el Gobierno por custodiar un objeto de cuatro mil libras. Si algo le sucede, usted será el responsable».

El pobre hombre volvió a mí con lágrimas en los ojos. «Usted me ha arruinado», me dijo. Y me explicó toda la historia.

La conversación se desarrolló en presencia de mi amigo que escuchaba atentamente. Este intervino: «Bien, creo que debemos actuar con energía».

«Desde luego. Hay que hacer algo», le aclaré. «El inspector es un auténtico bribón. Debemos escarmentarle».

«Estoy conforme si me das plena beligerancia», señaló mi amigo. «¿De acuerdo?». A lo cual accedí.

Entonces el partido gobernante tenía en el Parlamento italiano una mayoría de uno. Inesperadamente, el Primer Ministro recibió una carta de Nápoles, firmada por un ciudadano

bien conocido de la ciudad, en la que se pedía que el Gobierno nombrase una Comisión Real para excluir de la lista de monumentos nacionales cierta escultura romana que había sido incluida por el inspector local de antigüedades, lo que le confería un carácter de cosa inamovible. La comisión tenía que eliminarla de la lista y dar autorización al campesino propietario para exportarla. En caso contrario y como resultado de la repentina e inesperada dimisión de tres miembros del Parlamento de Nápoles (todos los cuales apoyaban al Gobierno), serían elegidos los miembros de la oposición y caería el Gabinete. Lo cierto fue que nosotros conseguimos que aquella sociedad secreta llamada Camorra nos respaldase. Camorra demostró su eficacia.

A los tres días, llegaba una Comisión Real y modificaba a toda prisa la lista de monumentos nacionales del sur de Italia concediendo la autorización para que fuese exportada la piedra de Pozzuoli. Pudo salir del país y ahora se encuentra en Filadelfia (en aquel tiempo yo trabajaba para Filadelfia). Ninguno de los actuales visitantes del museo puede imaginar el drama que hubo entre bastidores. En realidad, los mismos italianos no supieron lo que había sucedido.

Un mes más tarde, aproximadamente, entré en el despacho del inspector de antigüedades. En su mesa había un ejemplar del último número de la publicación oficial dedicada a los hallazgos arqueológicos nacionales. Incluía una amplia fotografía de este extraordinario monumento de la época de Augusto. Cuando el inspector penetró en la sala (estaba fuera cuando yo entré) dije: «Oh, doctor Gabrici, ¡qué cosa tan espléndida! Iré a verla. ¿Sigue abajo en la galería?».

«No», respondió.

«¿Continúa aún en uno de los almacenes?». «No», dijo.

«¿Dónde está?». «Ha sido exportada», respondió.

«¡Cómo, doctor Gabrici, no es posible que haya dejado salir una cosa así! ¡Es un monumento nacional! ¡Es un tesoro! ¿Qué es lo que le indujo a dar la autorización para que lo sacaran del país?».

Nos miramos unos instantes y él no supo qué responderme. No sabía que yo era el responsable y yo no estaba dispuesto a decírselo. Pero nunca me explicó por qué se había exportado la escultura, circunstancia de la que él era completamente responsable.

As I Seem to Remember, 1962

Cómo robar antigüedades

Carlo Maurilio Lerici

En una conferencia celebrada en 1958 en el Club Rotario de Roma, un orador llamó la atención sobre el trabajo emprendido por la Politécnica de Milán, que comprendía la aplicación de métodos geofísicos a la investigación arqueológica. Tras hablar de los resultados alcanzados con estos métodos al explorar una necrópolis en la zona de Cerveteri, no supo defender sus puntos de vista sobre los hechos que los expertos de la Politécnica habían observado (hechos que arrojan luz sobre las actividades de excavación ilegal y destructiva realizadas en aquella misma zona paralelamente al trabajo legal desplegado por el Estado y organismos autorizados). Entonces, una eminente personalidad universitaria aprovechó la oportunidad para hacer una sentida apología de la labor realizada por los ladrones de tumbas. Utilizó, al parecer, argumentos paradójicos que no carecían de una base cierta y que afirmaban que estos individuos impulsaban realmente la causa de la cultura porque, gracias a ellos exclusivamente, miles de coleccionistas e investigadores habían podido incorporar a sus colecciones particulares o a los museos estos testimonios de nuestras civilizaciones antiguas. Todos saben que verdaderamente, de no ser así, nadie conocería esas joyas artísticas, que seguirían enterradas o guardadas en los archivos de los museos italianos, realmente sobrecargados de material condenado a permanecer oculto, disperso o destinado a unos fines distintos a aquel para el que fueron creados.

A este argumento, que pretende justificar las excavaciones clandestinas desde un cierto punto de vista moral, podemos añadir otro basado en consideraciones materiales.

En su mayor parte, los ladrones de tumbas proceden del sector obrero sometido a paro forzoso o que no consiguen con su trabajo ingresos suficientes. Y se puede afirmar que es la necesidad de ganar dinero lo que les impulsa a intentar esa empresa. Esta hipótesis está confirmada además por el hecho de que durante las temporadas de trabajo agrícola, que requieren la máxima utilización de la mano de obra auxiliar, la búsqueda arqueológica clandestina se reduce al mínimo, mientras que alcanza su punto álgido en los períodos de mayor desempleo. No cabe duda, pues, de que en muchos casos existen motivos de necesidad entre la gente sin medios de subsistencia (motivos que pueden explicar, cuando no justificar, el fenómeno).

Es cierto que la ley concede a los representantes del Departamento de Antigüedades facultades para ofrecer recompensas a los descubridores de material arqueológico. Es igualmente cierto que esta recompensa, aunque modesta, supera al dinero que los ladrones de tumbas pueden recibir de sus compradores. Pero por lo menos estos pagan inmediatamente, mientras que los sistemas de pago del Estado adolecen de múltiples defectos. Esto lo saben bien los pocos que se han acogido a la ley, declarando y entregando valiosos objetos tales como colecciones de monedas, bronces o cerámicas y que, años después, siguen esperando aún la entrega de la recompensa.

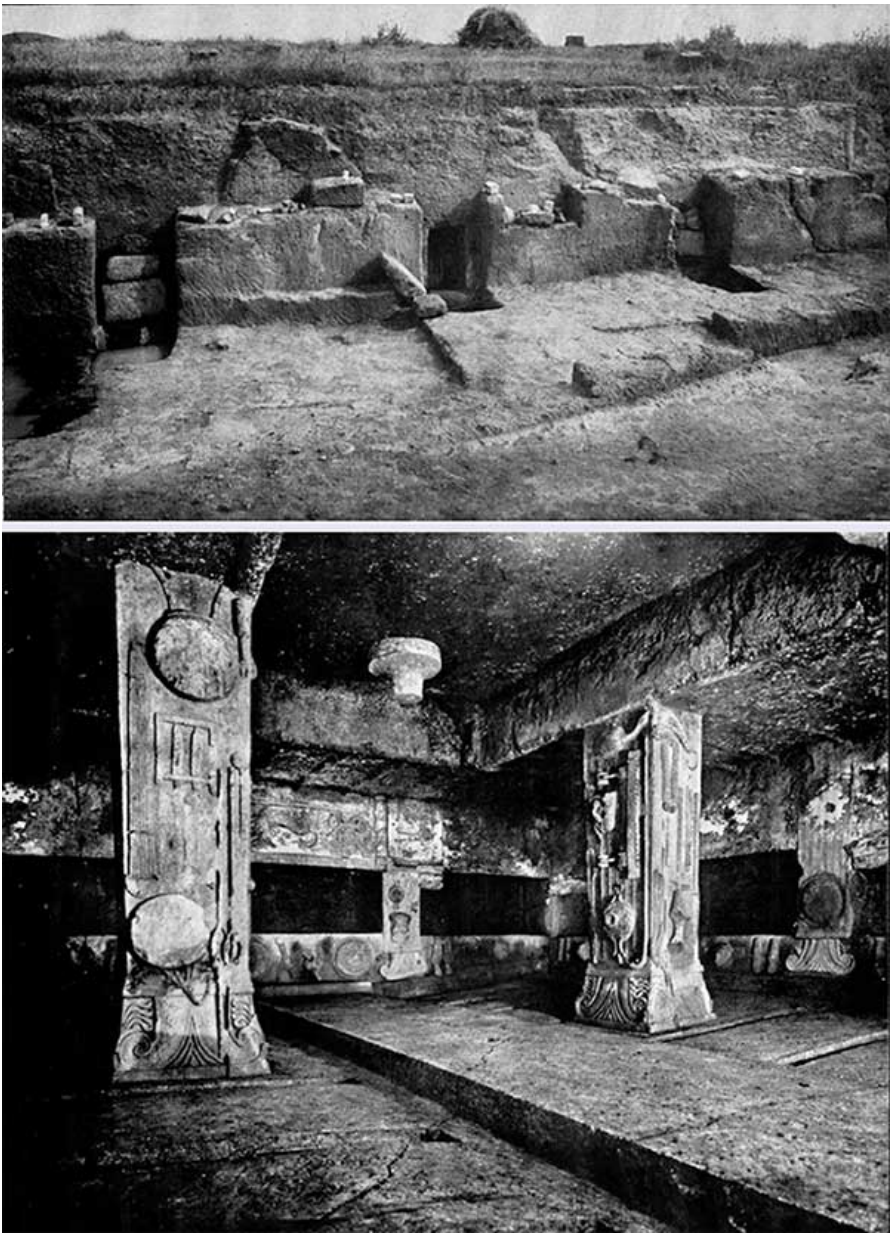
Un primer ensayo de estimación del daño causado

Consideremos ahora algunos hechos concretos que han tenido lugar recientemente.

La referencia a los casos que se han producido en los territorios del Lazio no debe inducimos a suponer que la búsqueda

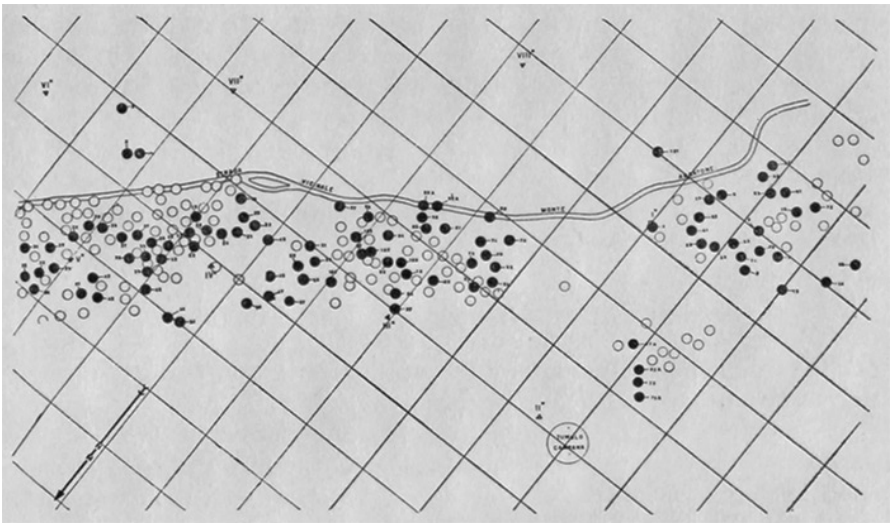
ilegal es excepcionalmente prolífica en aquellas áreas. Debería recordarse que hasta la fecha la Politécnica de Milán solo ha sido capaz de realizar libremente sus excavaciones en los territorios sujetos al Departamento de Antigüedades del sur de Etruria que, desde el principio, ha facilitado y estimulado la aplicación de los métodos geofísicos. Numerosas informaciones que nos han llegado de todas las partes de Italia indican que, en muchas zonas arqueológicas, el equipo de la Politécnica de Milán podría haber realizado descubrimientos mucho más importantes que los que hasta ahora se han conseguido. Pero, desgraciadamente, debe decirse que los representantes locales del Departamento de Antigüedades no han recibido siempre favorablemente la intervención de la Escuela Politécnica.

En 1957 un equipo de expertos de la Politécnica de Milán, con el propósito de hacer, ante el representante del Departamento de Antigüedades del sur de Etruria, una demostración práctica de los nuevos métodos de investigación arqueológica basados en el aparato geofísico, emprendió una campaña en el área del Monte Abbatone. Esta zona, les fue asignada por el representante y dentro de ella se encuentran, como todos sabemos, una de las grandes necrópolis etruscas de Cerveteri.



Vista de la necrópolis de Cerveteri y del interior de una de sus cámaras, la llamada *Tumba de los Estucos*. La relativa facilidad de su localización y su riqueza arqueológica han sido siempre un estímulo para los excavadores clandestinos

Fue en esta campaña, que tuvo lugar durante la primera mitad de 1957, cuando se identificaron varios centenares de cámaras funerarias, la mayor parte de las cuales, a pesar de haber sido saqueadas en un período muy anterior, contenían aún material arqueológico despreciado por los excavadores que les habían precedido y que se llevaron solamente objetos preciosos tales como joyas y bronces. Cuando se tuvo que preparar un plano topográfico que mostrara los lugares localizados y explorados, se consideró oportuno incluir también en el primer sector ya examinado y que comprendía cerca del veinte por ciento del área total de la necrópolis, los yacimientos que habían sido abiertos en los últimos años por los excavadores clandestinos. Estos eran fácilmente reconocibles porque las entradas a las cámaras estaban todavía abiertas y los numerosos fragmentos de cerámica, allí abandonados revelaban, sin la menor sombra de duda, la fecha reciente de muchos de los desperfectos. De este modo, fue posible preparar por primera vez un documento de excepcional interés que permitía precisar la extensión de la actividad arqueológica clandestina llevada a cabo durante el período posterior a la última guerra (es decir, a lo lago de un período que oscila entre diez y quince años…).



Plano de las primeras cien tumbas identificadas en la necrópolis de M. Abbatone (círculos en negro). También están indicadas las tumbas halladas abiertas en fecha reciente en la extensa zona de los saqueadores clandestinos (círculos en blanco).

Evidentemente, los yacimientos en cuestión eran los más fáciles de reconocer incluso para el observador superficial, orientándose por la vegetación y por la forma característica del terreno que recubre la parte superior de las tumbas originales o concentrándose sobre los yacimientos tan cercanos a la superficie que pueden ser descubiertos fácilmente con un punzón de hierro, que al introducirse en el subsuelo, permite sondear los pasadizos de entrada o los surcos circundantes.

El desarrollo de la campaña realizada durante los años 1957, 1958 y 1959 condujo a la identificación de más de quinientas cincuenta cámaras funerarias y, al mismo tiempo, fue fácil de constatar el hecho de que la proporción de tumbas saqueadas en los últimos años, según se ilustra en la figura, permanece constante en toda el área de esta importante necrópolis. Por ello, es razonable suponer que las tumbas que han sido «saqueadas» en esta zona desde que terminó la guerra, alcanzan una cifra que oscila entre trescientas cuarenta y cuatrocientas y que el botín conseguido es casi tan importante como los hallazgos realizados por el Departamento de Antigüedades en las tumbas descubiertas por el equipo de la Politécnica de Milán. Teniendo en cuenta que esta tiene en su haber más de 5.500 piezas rescatadas por el propio Departamento de Antigüedades con un valor total de doce millones de liras, cabe presumir que el material ilegalmente recuperado puede estimarse en una cifra mucho mayor. Pero esta hipótesis, deducida de hechos concretos como los aquí citados da una idea no solo del daño causado en este caso particular (una zona arqueológica notablemente pobre) sino también del causado en las restantes zonas de Italia en donde el fenómeno se repite con las mismas causas

y efectos. El ejemplo de la necrópolis de Monte Abbatone no es muy frecuente en todos los lugares de Italia donde existen necrópolis antiguas —una reserva inagotable de material arqueológico que impulsó a Ceram, el conocido autor de «Dioses, tumbas y sabios» a decir que en el subsuelo de Italia existe un inmenso y auténtico Louvre.

En las sucesivas campañas que se realizaron en las zonas arqueológicas por la Politécnica de Milán se repitieron siempre las mismas observaciones, hasta tal punto que prácticamente pudo afirmarse que, para la tarea preliminar de fijar los límites de las necrópolis destinadas a ser exploradas por medios geofísicos, el testimonio de los signos externos de profanación, todavía visibles en el lugar, es más útil que el examen de zonas aisladas efectuado por reconocimientos aéreos. Lo cierto es que los ladrones de tumbas de todos los tiempos dejaron su marca en esas zonas y, en algunos casos, como en la gran necrópolis de Monterozzi en Tarquinia, han llegado hasta el extremo de grabar la fecha de su visita.

En este último sector, todos los yacimientos han sido profanados sin discriminación por espacio de siglos y suelen ser frecuentes las huellas de violaciones repetidas en diferentes períodos. Si a pesar de ello el equipo de la Politécnica continuó aquí sus investigaciones fue porque, como es bien sabido, en esta necrópolis existen grupos de estatuillas coloreadas que se conservan bastante bien. Veremos, no obstante, cómo el trabajo de los saqueadores ha contribuido a su deterioro y con frecuencia a su destrucción.

Otro yacimiento de la zona de Cerveteri al que el equipo de expertos de la Politécnica de Milán había propuesto extender sus actividades, después de haber determinado el alcance de los recientes estragos producidos por los ladrones de tumbas. De este modo, en el curso de dos semanas exactamente, el equipo logró aislar alrededor de cuarenta tallas, entre las cuales había

una cuyo estado original permanecía intacto y que era de excepcional interés. Desgraciadamente, como necesitaba una autorización formal del propietario, el equipo se vio obligado a interrumpir sus trabajos y, como era natural, esta interrupción benefició considerablemente a los ladrones, quienes a estas alturas habrán ya saqueado muchos de los yacimientos de aquel sector.

No se trata de un caso aislado. En algunas zonas de la provincia de Grosseto, notoriamente plagada de buscadores clandestinos de tesoros, el equipo de la Politécnica no recibió siquiera la autorización del representante local del Departamento de Antigüedades para efectuar un reconocimiento y se vio obligado a abandonar sus trabajos. Increíble pero cierto.

En las proximidades de Viterbo, la pequeña zona del cementerio, representa otro de los ejemplos tan frecuentes en las zonas arqueológicas de Italia. Para reflejar todos estos casos necesitaríamos un atlas completo. Se trata también aquí de operaciones recientes, llevadas a cabo probablemente en los años 1959-60, y los innumerables fragmentos que se aprecian aún testifican sin lugar a dudas la clase y variedad de los objetos que fueron sustraídos.

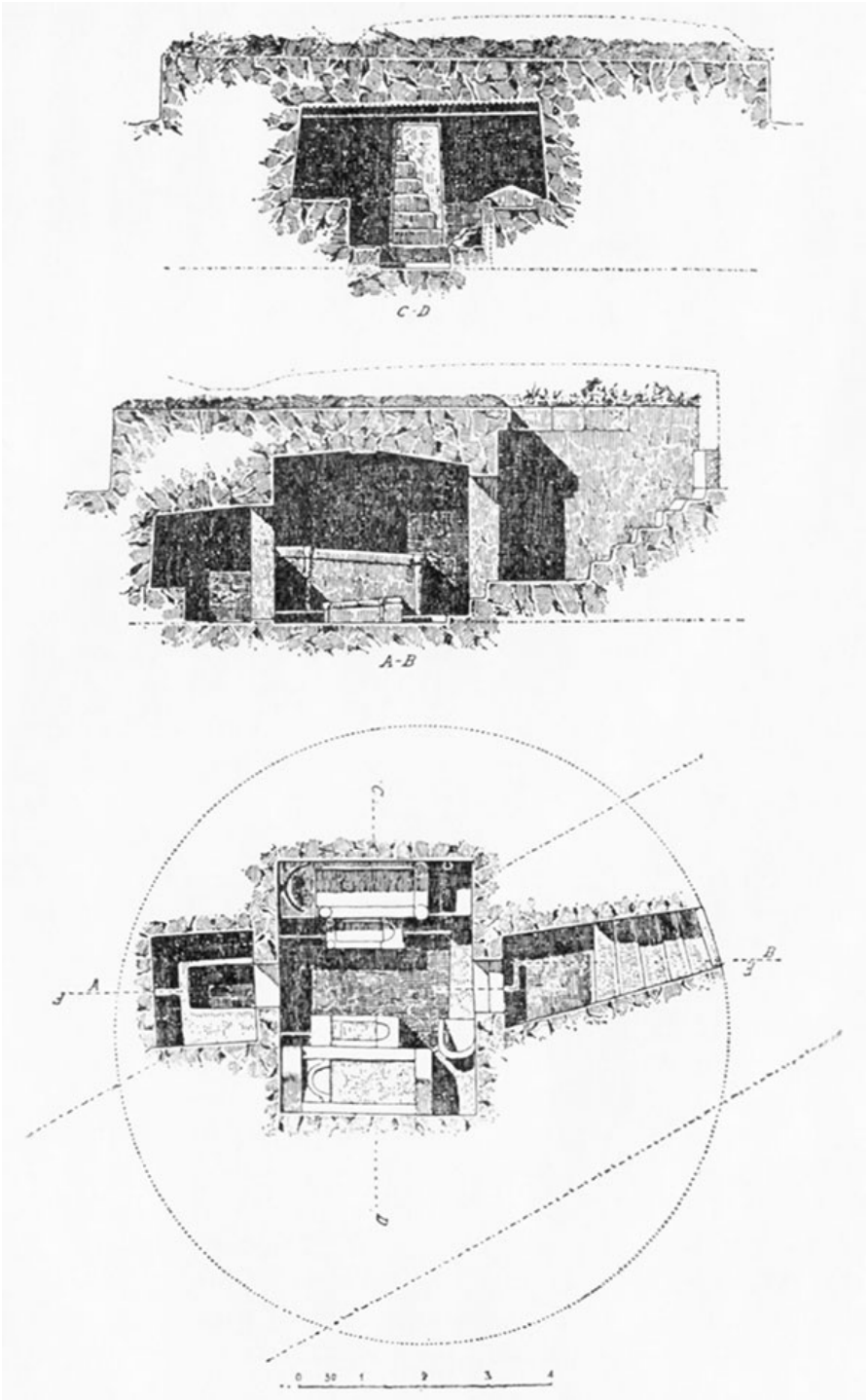
Pero podemos añadir nuevas pruebas que ponen de relieve lo que puede considerarse como el aspecto más serio y alarmante del fenómeno de la búsqueda clandestina.

Los trabajos de la Fundación Lerici esta vez se vieron recompensados. Las bellas cerámicas etruscas figuran ahora en un museo, escapando así del escandaloso negocio de antigüedades.

Estos «excavadores por cuenta propia», cuyas ventajas para la arqueología hemos analizado con la mayor brevedad expo-

niendo al mismo tiempo las circunstancias atenuantes que constituyen en parte una justificación de sus actividades, demuestran no tener noción del valor del material extraído ni de las precauciones que deberían tomarse para evitar su deterioro o su destrucción. Los arqueólogos y especialistas saben por propia experiencia todo lo que esto significa y no ignoran que casi todos los yacimientos arqueológicos, particularmente los cementerios, templos o santuarios (estos últimos son los que contienen el material más valioso desde el punto de vista comercial) conservan huellas evidentes de las violaciones de que han sido objeto y acusan las consecuencias del torpe y precipitado trabajo de los saqueadores. Pero no es necesario que nos remontemos a un pasado remoto. Nos limitaremos a analizar lo que ocurre hoy o sucedió ayer, ilustrando nuestro análisis con los planos de algunos yacimientos. Algunos fragmentos de una colección de objetos que mostraban desperfectos recientes y que fue puesta a disposición del Departamento de Antigüedades, han vuelto a ser reunidos como se refleja en las láminas, que prueban cómo se han desdeñado y dispersado piezas de gran valor a consecuencia de la precipitación. Aunque al ser reunidas, algunas de estas piezas permitieron solamente la reconstrucción de la cuarta o quinta parte del original, el gasto de la restauración se ha considerado plenamente justificado. Pero es fácil imaginar el valor, mucho más considerable, que habrían tenido ciertas piezas como las de las láminas, que se han reconstruido parcialmente con los escasos fragmentos descubiertos en sus yacimientos respectivos, que habían sufrido las consecuencias de los saqueos.

Pero uno de los motivos de censura, todavía más alarmante, nos lo ofrecen algunas tumbas pintadas que habían sido ya descubiertas en los años 1959-60 en la necrópolis de Monterozzi, como puede verse en las láminas.


C-D
A-B
C
A
B
D
0 50 1 2 3 4

Estas tumbas que están completamente decoradas con frescos y que, como todas las demás en esta zona, han sido despojadas de sus objetos transportables, delatan por el sonido de las paredes la inmediata proximidad de una nueva cámara funeraria. Los excavadores no vacilaron en demoler con sus picos paredes enteras pintadas al fresco, según revelan las huellas aún visibles. Solo quedan algunos vestigios, pero estos son suficientes para apreciar la forma en que los frescos fueron ejecutados. Este es un ejemplo que debería hacernos reflexionar, tanto más cuanto que no se trata de un acto de barbarie realizado hace siglos sino que ha tenido lugar en los últimos años y que, por desgracia, se ha repetido con notable frecuencia.

Es bien sabido que en las cámaras sepulcrales antiguas, que contenían enseres domésticos y ropas, incluso en los rarísimos ejemplos de tumbas que no han sido profanadas, es muy extraño encontrar piezas intactas. Los temblores de tierra y los terremotos, que se han producido con cierta frecuencia durante siglos en todas las zonas mediterráneas de importancia histórica, han causado desperfectos en las colecciones de cerámicas o de trabajos de escayola, dejando intactas únicamente en la mayoría de los casos, los objetos de tamaño más reducido. Como los excavadores clandestinos roban todo cuanto hallan, incluso los fragmentos, debido a su absoluta ignorancia sobre el valor de los objetos y de las condiciones en que realizan su trabajo, casi siempre durante la noche, la selección resulta difícil. Por otra parte y como consecuencia de su ignorancia, no suelen adoptar las precauciones necesarias para conservar las piezas más sensibles a los cambios de temperatura o de la humedad atmosférica. Así, puede suceder que gran parte de los objetos que se llevan quede necesariamente destruida. Si, basándonos en los hechos constatados durante las campañas realizadas por

la Politécnica de Milán, tuviéramos que valorar los daños producidos por los ladrones de tumbas a causa de los torpes métodos de excavación y conservación utilizados, creemos que no nos equivocaríamos mucho al afirmar que la mitad del material arqueológico que pasa por sus manos se pierde irremediablemente.

Pero además del perjuicio que experimenta el patrimonio nacional como consecuencia del material descubierto y vendido o exportado ilegalmente, es necesario tener en cuenta el daño, no menos grave, que estos vándalos ignorantes causan a la arqueología.

Si bien es cierto que el material que se vende o exporta ilegalmente no puede considerarse perdido para el legado cultural de los hombres civilizados, no es menos cierto que el destruido por negligencia o ignorancia, puede por sí mismo darnos una medida del inmenso daño que los excavadores clandestinos producen continuamente en todas las zonas arqueológicas del mundo antiguo. Y no cabe la menor duda de que ante esta triste realidad, parecen perder importancia las destrucciones realizadas por los bárbaros, los saqueos históricos que caracterizaron a las grandes invasiones, en el período de decadencia del Imperio, en la Edad Media y en el curso de los acontecimientos revolucionarios y bélicos de los siglos XIX y XX. Porque el vandalismo, que destruye la herencia arqueológica oculta en el subsuelo de la nación, es un problema cotidiano en los miles y miles de lugares que conservan estos testimonios de treinta siglos de historia.

¿Cómo puede remediarse esto?

La ley establece que lo que se descubre en el subsuelo es propiedad del Estado y concede a los representantes del Departamento de Antigüedades autoridad para recompensar al propietario del terreno y al descubridor con un premio que, en con-

junto, no debe exceder de la mitad del valor del material de los objetos descubiertos. El trabajo de los ladrones de tumbas, lo mismo que el realizado por los propietarios de los terrenos es, por tanto, ilegal y en consecuencia, como ya hemos dicho, está controlado por los representantes de la ley. Pero hay que tener también en cuenta que, dada la frecuente repetición del fenómeno y la imposibilidad material de efectuar una inspección en todas las zonas arqueológicas, la ley deja las cosas, más o menos como las encuentra y las excavaciones ilegales siguen produciéndose en todas partes, con las fluctuaciones apuntadas anteriormente, determinadas por los ciclos de mayor o menor demanda de mano de obra agrícola o industrial. Es evidente, por otra parte, que en el mercado de antigüedades se producen también ciertas fluctuaciones estrechamente vinculadas a las tendencias variables del interés cultural. Así, por ejemplo, durante diez o veinte años los objetos etruscos han «estado en alza», gracias al acusado interés de los investigadores. Este interés se refleja claramente en el auge de las publicaciones, en el éxito enorme alcanzado por los editoriales de prensa que ilustran los aspectos más típicos del arte y la civilización etruscas, en las exposiciones de arte presentadas en las grandes capitales de Europa, en el creciente interés del turismo cultural extranjero y, finalmente, en los sensacionales descubrimientos llevados a cabo gracias a la introducción de los nuevos métodos de investigación científica de la Politécnica de Milán. Todo esto contribuye a destacar la gravedad del fenómeno que la ley es incapaz de suprimir.

¿Cuál es el remedio? ¿Tenemos que incrementar la inspección? Necesitaríamos un ejército de agentes y guardias. Y aunque ello fuera posible, ¿«qui custodet custodes»?

Los contactos con estas reliquias de las civilizaciones antiguas, que a menudo contienen objetos preciosos y monedas fáciles de ocultar, ejercen un creciente y poderoso atractivo al

que ni siquiera las personas menos ambiciosas son capaces de resistir. Es como si un virus misterioso penetrase por sus venas, un virus que logra dar vida a un fragmento del pasado, a una estatua o a un misterioso documento escrito, resucitando milagrosamente una época que existió hace decenas de siglos, compendiando todos los sentimientos humanos en un pequeño ornamento o en algún objeto ritual. Es preciso vivir por algún tiempo en este extraño mundo para comprender estas cosas y llegar a apreciar la heroica fuerza de voluntad de los funcionarios del Departamento de Antigüedades que son capaces de dominar esas tentaciones.

Teniendo en cuenta la inexistencia de un sistema infalible destinado a conseguir que se respete la legislación que regula esta materia, debemos plantearnos de nuevo este problema. ¿Cuál es el remedio? ¿Es necesario modificar la ley? ¿Y qué criterio debe adoptarse para ello?

Los hechos que hemos expuesto y aquellos que han servido de tema a importantes y muy serios estudios periodísticos en los últimos años, nos llevan a prever, con la mayor claridad y siempre en virtud de la gravedad del fenómeno, sus posibles soluciones.

Evidentemente, en la legislación relativa a las excavaciones, existen ciertas imperfecciones de hecho, lo mismo que sucede con los sistemas utilizados para su interpretación y aplicación. Pero hay que tener en cuenta además que incluso la ley más perfecta resulta absolutamente ineficaz cuando los órganos o las personas que tienen a su cargo la responsabilidad de su aplicación carecen de la capacidad o de la buena voluntad necesarias para llevar a cabo esta tarea.

Por ello, vemos cómo el Estado, poseedor legal de todo lo que existe en el subsuelo, es despojado día a día por los excavadores clandestinos y por los mismos propietarios de los terre-

nos, debido al hecho de que el Departamento de Antigüedades carece de los medios adecuados para realizar excavaciones y, por otra parte, las autoridades no están en situación de impedir que este pillaje se siga produciendo. Y la situación —hay que tenerlo bien en cuenta— muestra todos los síntomas de empeorar progresivamente porque en gran parte de las zonas arqueológicas de Italia se han empezado a aplicar ya importantes programas de desarrollo o de reforma agraria, con su maquinaria de labranza que remueve la tierra hasta una profundidad suficiente como para dañar y, muy frecuentemente, poner seriamente en peligro nuevos grupos de tumbas. Verdaderamente, esto viene ocurriendo ya durante más de veinte años, y es un fenómeno que se ha repetido con frecuencia en todos los lugares de la costa del mar Tirreno. La primitiva reja de arado del campesino de la época de Virgilio, que descubrió las reliquias del soldado antiguo enterrado en su campo (Georg. I, 493), se ve reemplazado por excavadoras capaces de alcanzar los estratos arqueológicos más profundos. El mundo avanza hoy con rapidez y el índice de crecimiento demográfico, sin precedentes, obliga a los hombres a utilizar cada franja de terreno. Las necrópolis y las zonas arqueológicas que producen material de excavación en un país como Italia ocupan miles de kilómetros cuadrados y están en gran parte condenados a desaparecer, barridas por las crecientes exigencias de la civilización moderna. Los grandes centros urbanos ofrecen un claro ejemplo de este hecho, extendiéndose por áreas arqueológicas cuya importancia tiende a ocultarse o a disminuirse en interés de los constructores. No podemos abrigar aquí ilusiones: la tarea de buscar materiales enterrados de valor histórico o artístico tendrá que ser relegado exclusivamente a los monumentos y a zonas bien definidas que permitan la supervisión y mantenimiento adecuados.

Un extraño trato

Charles Leonard Woolley

Otra curiosa experiencia es la que vivió el difunto Lord Caernarvon, descubridor de la famosa tumba de Tutancamen. Era un apasionado coleccionista de antigüedades egipcias y un día, hallándose en su hotel de El Cairo, recibió la visita de un individuo que quería hablarle. «¿Colecciona usted antigüedades?», le dijo.

«Sí», respondió Caernarvon.

«Pues tengo algo maravilloso. ¡Maravilloso!».

«¿De qué se trata? Muéstremelo», dijo Caernarvon.

«Oh», le aclaró, «no puedo enseñárselo aquí. Está en mi casa».

«Bien», respondió Caernarvon. «Si es tan bueno como dice, me gustaría verlo».

«Sí, puede venir a verlo, si acepta mis condiciones», respondió el individuo.

«Bien, ¿cuáles son?».

«Tiene que venir de noche y dejarse vendar los ojos. De esta forma le llevaré a mi casa porque no quiero que sepa donde está situada. Y tiene que traer consigo trescientas libras en oro».

Las condiciones parecían inaceptables. Ir con un desconocido con los ojos vendados y con trescientas libras en oro en el bolsillo no era cosa que estuviera dispuesto a hacer ningún hombre en su sano juicio. Pero Lord Caernarvon era un hom-

bre despreocupado y no conocía el miedo. «Perfectamente, lo haré», dijo. Y añadió: «¿Es ese el precio que pide?».

«Sí», contestó el individuo, «son trescientas libras y no voy a aceptar un penique menos, pero por trescientas libras puede quedarse con la cosa si le gusta».

Así pues, aquella noche después de cenar llegaron tres hombres que invitaron a Caernarvon a que les acompañara llevándole fuera del hotel. Ya en la calle, le taparon los ojos con cuidado, y le obligaron a entrar en un coche. Poco después, le hicieron descender y entraron en la casa, donde le destaparon los ojos.

«¿Dónde están las antigüedades?», preguntó.

Le mostraron dos objetos. Uno era un jarrón pequeño de piedra pulimentada que tenía una tapa de oro con el grabado de uno de los primeros faraones conocidos, un faraón de la primera dinastía. Era una pieza maravillosa. Y la otra era todavía más admirable: Un cuchillo de pedernal, primorosamente trabajado, de unas ocho pulgadas de longitud y con una empuñadura de oro labrada con figuras de animales. Sin duda alguna procedía de una época anterior a los primeros faraones, un objeto prehistórico. «De acuerdo, lo compraré», dijo Caernarvon abriendo los ojos lleno de asombro. Sabía que aquellos objetos valían mucho más de lo que le habían pedido por ellos y pagó las trescientas libras sin vacilar. Ellos, cumpliendo con su compromiso, le entregaron los objetos, le vendaron otra vez los ojos y le condujeron al hotel.

Examinó aquellos objetos a su regreso y le sorprendió encontrarlos familiares. Pensó que deberían ser copias de algo que había visto antes. Por ello, al día siguiente fue al Museo Nacional de El Cairo y se acercó al sitio en donde se guardaban algunos de los tesoros más antiguos e importantes. El terciopelo rojo de la vitrina donde estos se hallaban guardados tenían

una mancha redonda y oscura. Cerca de ella, otra mancha alargada correspondía exactamente a la forma del puñal de pedernal. En torno a estas dos manchas, el terciopelo se hallaba descolorido por la acción del sol. Y comprendió que las cosas que había comprado habían sido robadas del museo.

Solicitó, entonces, ver al director, el viejo profesor Maspero, de nacionalidad francesa.

«Profesor Maspero», le dijo, «quiero preguntarle una cosa. ¿Le han robado últimamente algunos objetos valiosos del museo?».

«¡Cielo santo!», exclamó el profesor, «¿qué le hace decir eso?».

«Verá», contestó. «Sospecho que así ha sido. ¿Me equivoco?». Maspero exhaló un profundo suspiro.

«No. No se equivoca. Hemos perdido dos grandes tesoros».

«¿Ha hecho algo para recuperarlos?».

«No», contestó Maspero. «No me atrevo».

Caernarvon sabía lo que aquello significaba. Significaba que las cosas habían sido robadas por el subdirector, que era alemán, y acusarle a él hubiera provocado un incidente internacional inevitablemente.

«Yo tengo esos objetos», dijo Caernarvon. «Los conseguí de un hombre a quien no he podido identificar. Este adoptó todas las precauciones necesarias para impedirlo. Pagué trescientas libras por ellos. ¿Le gustaría a usted comprarlos de nuevo? Si es así, me paga trescientas libras y le daré los objetos pues no son míos».

«¿Habla en serio?».

«Sí», contestó Caernarvon. «Es cierto, estoy dispuesto a entregárselos».

«Su ofrecimiento es realmente generoso. Por favor, tráigalos».

Caernarvon llevó los dos objetos al despacho de Maspero y se los entregó: «Ahora deseo un cheque por trescientas libras», le dijo.

«Muy bien», asintió Maspero. Firmó un cheque. «Ahora, por supuesto, me dará un recibo», le advirtió al entregárselo.

«¿Darle un recibo? Por supuesto que no. No pienso darle un recibo por cosas robadas».

«Sin un recibo no puedo darle un cheque», objetó Maspero.

«Sin dinero no voy a entregarle los objetos», respondió Caernarvon. «O usted me da un cheque sin recibo o me marcho con las dos cosas».

Maspero permaneció un rato sentado, reflexionando. Pulsó un timbre y uno de los asistentes, supongo que uno de los guardas, entró. «Aquí tiene un impreso», le dijo Maspero. «Quiero que me lo firme alguien. Vaya al mercado y al primer hombre que le parezca le da seis peniques para que lo haga».

Así lo hizo. Y en cuestión de veinte minutos el hombre regresaba con un recibo firmado por valor de trescientas libras. Caernarvon tomó el cheque y entregó entonces los objetos. Estos siguen expuestos todavía en el Museo Nacional de El Cairo.

As I Seem to Remember, 1962

El robo legalizado de obras de arte

Con excesiva frecuencia, las obras maestras del arte clásico han sido objeto de la ambición de ricos coleccionistas que las codiciaban solo por su incomparable belleza y en modo alguno por su valor arqueológico. Se han hecho todos los esfuerzos para impedirlo por medio de una legislación adecuada y hoy es caso imposible que un arqueólogo pueda quedarse secretamente con una parte de los hallazgos de «sus excavaciones» o de los tesoros que pueda encontrar. Pero cuando un coleccionista se decide realmente a crear sus propias leyes, no puede haber defensa contra sus manejos fraudulentos. Un sorprendente ejemplo de esto nos lo ofrece el ejército victorioso de Napoleón cuando sometió a Italia en 1796. Al ejército siguió un grupo de delegados que tenían orden de Napoleón de apropiarse en nombre de Francia de toda obra de arte digna de interés. Entre los términos del tratado de paz ofrecido al Papa había un artículo en virtud del cual estas transferencias se convertían en legales y obligatorias.

Artículo 8

El Papa cederá a la República Francesa un centenar de pinturas, bustos, vasos o estatuas, que deberán ser seleccionados por los delegados enviados a Roma. Entre estos objetos se incluirán específicamente el busto de bronce de Junio Bruto y el de Marco Bruto en mármol, que hoy se encuentran en el Capitolio. Se incluirán asimismo quinientos manuscritos a seleccionar por los citados delegados.

Correspondence de Napoléon, vol. I, 1858

El falsificador perfecto

Charles Leonard Woolley

El interés creciente del público por los restos del mundo antiguo ha provocado una demanda que los falsificadores ingeniosos han estado en todo momento dispuestos a satisfacer. Hasta los arqueólogos más eminentes han tenido momentos de credulidad, como le ocurrió a Sir Arthur Evans al adquirir, entusiasmado, el denominado anillo de Nestor que, al ser analizado después minuciosamente por el investigador sueco Nilsson, resultó ser de origen moderno. Los métodos usados por los falsificadores son bien conocidos ya que en varias ocasiones han sido cogidos en el acto, como refiere Sir Leonard Woolley.

Efectivamente, a mí también me engañaron una vez. Quedé realmente impresionado. A comienzos de siglo, me encontraba yo en Creta con Arthur Evans cuando este realizaba excavaciones en Cnosos. Un día recibió un escrito de la policía de Candía en el que se pedía que se presentara en la jefatura. Acudimos juntos allí (él, Duncan Mackenzie, que era su ayudante, y yo). Y sucedió algo sorprendente.

Desde hacía años, Evans tenía a dos griegos encargados de la restauración de las antigüedades que había encontrado. Eran hombres extraordinariamente inteligentes (uno joven y el otro viejo) a quienes había enseñado las técnicas de la excavación. Trabajaban a las órdenes del artista que Evans había contratado allí, realizando para él restauraciones maravillosas. Pero el viejo cayó enfermo y el doctor terminó por decirle que iba a morir.

«¿Está usted seguro?», preguntó. «Sí, temo que no haya ninguna esperanza para usted», respondió el doctor.

«Muy bien», dijo. «Llamen a la policía».

«Querrá decir al sacerdote», señaló el doctor.

«No. Quiero decir a la policía», aclaró. Él insistió y, para complacerle, avisaron a la policía.

«¿Qué es lo que desea?», preguntó el agente.

«Ahora puedo decírselo», dijo el enfermo. «Voy a morir. Por ello creo que tengo la obligación de confesar. Durante años he estado asociado con George Antoniou, el joven colega que trabaja conmigo para Evans y hemos estado falsificando antigüedades».

«Bien», dijo el policía, «no creo que eso me concierna a mí».

«Sí», contestó el enfermo. «Le concierne. Porque hemos vendido una estatuilla de oro y marfil, que se suponía era de Creta, al Museo Nacional de Candía y eso es un delito. George es un bribón a quien aborrezco. He estado esperando este momento para delatarle. Si va ahora mismo a su casa, descubrirá nuestro taller y, en él, todas las falsificaciones que aún no hemos vendido».

Siguiendo sus indicaciones, la policía llevó a cabo un registro hallando cuanto el profesor había dicho. Pidieron a Evans que fuese a verlo. Yo nunca había visto una colección tan magnífica de antigüedades como la que aquellos colegas habían conseguido reunir.

Había objetos en todas las fases de elaboración. Un ejemplo: en los últimos tiempos, la gente estaba realmente asombrada de poder encontrar estatuillas criselefantinas de Creta. Se trata de unas estatuillas de marfil con incrustaciones de oro. Hay una en el Museo de Boston, una en Cambridge y otra en el Museo Cretense de Candía. Estos hombres habían decidido realizar aquel tipo de trabajo y así lo hicieron. Tomando como base el

rústico colmillo de marfil, labraban toscamente la figura en él, después le daban un primoroso acabado y finalmente incrustaban el oro. La última operación consistía en sumergir la pieza entera en ácido que atacaba las partes blandas del marfil con los mismos efectos aparentes que si hubiera estado enterrada durante siglos. ¡No creo que nadie pudiera notar la diferencia!

Las falsificaciones de objetos arqueológicos han conseguido engañar no solo a los aficionados sino incluso, muchas veces, a los profesionales. Este guerrero etrusco se exhibía en uno de los principales museos del mundo hasta que se descubrió su superchería.

Habían conseguido también monedas griegas. Estas son, en ocasiones, muy raras y de inmenso valor. Recientemente por una moneda griega se pagó en una subasta de Londres 3.100 libras esterlinas y por otra 2.300. Ambas eran únicas. Por supuesto, estas monedas son generalmente las piezas más valiosas de los distintos museos. Los dos griegos escribieron a los museos que poseían piezas y pidieron que les facilitasen vaciados en yeso de las mismas. Es una petición muy corriente que siempre se concede.

Recibieron los vaciados de yeso e ingeniaron la forma de hacer dos moldes de acero para ambas caras de la moneda, uno de ellos a modo de yunque y el otro a modo de cabeza de martillo. Examinaron detenidamente los catálogos de la colección de monedas de donde procedía el molde y allí encontraron el peso exacto de la moneda en miligramos. También proporcionaba detalles sobre la aleación de la plata y de los metales que contenía la moneda. Imitaron, pues, la aleación, cortaron un trozo del peso exacto, lo calentaron casi hasta el punto de fusión, lo depositaron sobre el yunque y golpearon sobre el molde superior como los acuñadores antiguos, logrando algo tan parecido al original que nadie podía notar la diferencia. Tenían almacenadas casi cien de estas falsificaciones y desconozco cuántas pudieron llegar al mercado aunque su número fue realmente desconcertante.

«¡Nunca compraré una antigüedad griega!», le dije a Evans.

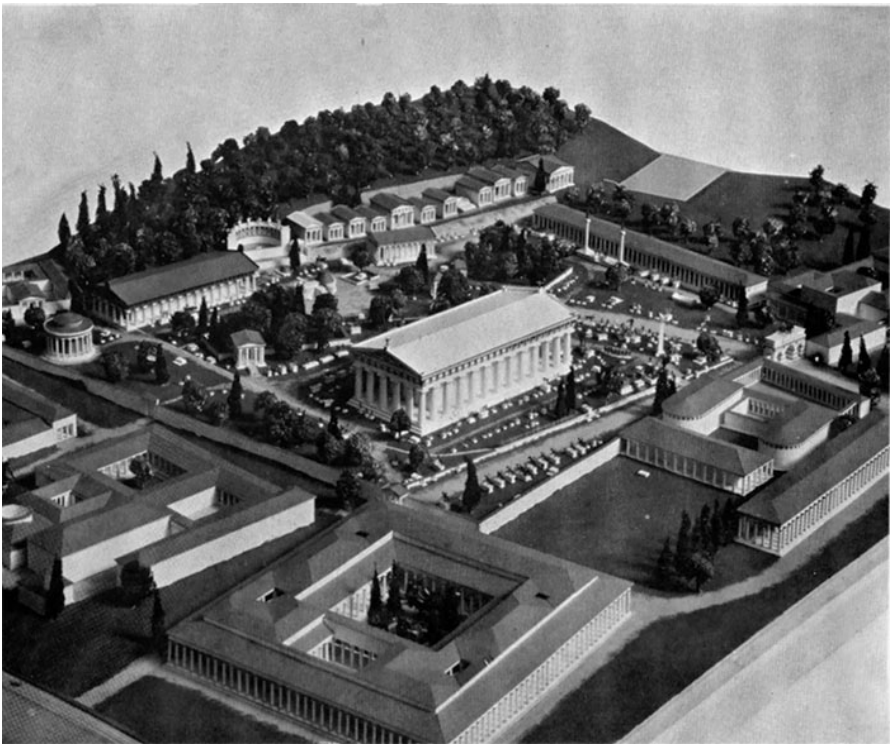
«Bueno», me respondió. «A pesar de todo, lo dudo mucho». Y no se equivocó en sus vaticinios.

As I Seem to Remember, 1962

El tratado de Olimpia

Este tratado fue firmado, el 25 de abril de 1874, entre el Gobierno alemán y el Gobierno Imperial griego. Se trata de un documento importante por ser el primer acuerdo moderno sobre excavaciones concertado legalmente entre dos gobiernos y llegó a ser el prototipo de otros innumerables tratados que se hicieron necesarios en el curso de la historia de la excavación arqueológica.

En otro aspecto, la excavación de Olimpia fue también ejemplar. Bajo la dirección de Ernst Curtius y Friedrich Adler (a los que se unió un equipo completo que incluía al amigo y ayudante de Schliemann en Troya, el arquitecto Wilhelm Dorpfeld) se introdujeron allí los métodos de la moderna excavación. Los trabajos alcanzaron su punto culminante en nuestro tiempo, con la excavación del Gran Estadio de los juegos olímpicos (en donde hoy arde la antorcha de las modernas olimpiadas) y el descubrimiento del estudio de Fidias, el más famoso de los escultores de la antigüedad, bajo la dirección de Emil Kuntze.



Reconstrucción ideal del santuario panhelénico de Olimpia, una de las excavaciones modélicas todavía hoy, precursora de los trabajos arqueológicos alemanes en Grecia iniciados con la firma del Tratado de Olimpia.

EL TRATADO

El Gobierno imperial germánico y el Gobierno real griego, guiados por el deseo de realizar excavaciones conjuntas en el área de la antigua Olimpia, en Grecia, han resuelto concluir un tratado, mostrándose de acuerdo en los siguientes puntos:

Artículo I

Cada Gobierno nombrará un comisario que velará, dentro de sus facultades, para que los siguientes acuerdos sean respetados en el curso de las excavaciones.

Artículo II

El emplazamiento del viejo templo de Júpiter Olímpico servirá como punto de partida de las excavaciones que se realizarán en el lugar donde se levanta la vieja Olimpia.

Un acuerdo posterior entre ambos gobiernos decidirá si las excavaciones han de extenderse a otras regiones del Reino de Grecia.

Artículo III

Al mismo tiempo que autoriza las excavaciones de Olimpia, el Gobierno griego promete facilitar a los comisarios toda la ayuda necesaria en el desempeño de su labor, en la contratación de los trabajadores y en la fijación de sus salarios. Asimismo, el citado Gobierno desplazará fuerzas de policía al lugar de las excavaciones para asegurar el cumplimiento de las órdenes de los comisarios y facilitará, con este mismo objeto, las fuerzas armadas necesarias para evitar cualquier posible infracción de las leyes vigentes en el país. El Gobierno griego se compromete además a indemnizar a aquellas personas, propietarias o arrendatarias de tierras (cultivables o cultivadas) que tengan derecho a una compensación.

Artículo IV

Alemania se compromete a pagar todos los gastos del proyecto: Los sueldos de los funcionarios, los salarios de los obreros y las sumas invertidas en la construcción de almacenes y barracones, en caso de que estos sean necesarios. Alemania promete además responder por los daños causados a las plantaciones y edificios de toda clase de acuerdo con las leyes del país o los acuerdos concertados entre el Gobierno griego y los agricultores que estén situados en terrenos nacionales, siempre que

tales daños tengan una base realmente justificada y pueda alegarse como fundamento jurídico la existencia de algún derecho personal que beneficie a los particulares. En ningún caso, sin embargo, la indemnización podrá ser superior a la suma de 300 dracmas (1 dracma = 7 Sgr. 2 Pf. por Stremma. 1 Stremma = 1.000 metros cuadrados) aun cuando el Gobierno griego haya cedido parte del terreno a particulares.

Grecia, por su parte, promete, con la ayuda de todos los medios a su alcance, llevar a cabo la expropiación de aquellos terrenos en los que considere necesario emprender excavaciones, previa indemnización a las personas a quienes puedan perjudicar tales medidas.

Huelga la aclaración de que el trabajo en las excavaciones no podrá detenerse o retrasarse por causa de eventuales objeciones o protestas de particulares o personas que estén en aquel momento ocupadas en construir sobre los terrenos a que este artículo se refiere.

Artículo V

Alemania se reserva el derecho a delimitar los terrenos destinados a la excavación en la llanura que se extiende frente a Olimpia, a emplear y despedir obreros, y a dirigir y distribuir los trabajos.

Artículo VI

Grecia se reserva el derecho de posesión de todas las obras de arte y objetos antiguos descubiertos en el curso de estas excavaciones. Quedará a criterio suyo el donar o no a Alemania, como recuerdo del trabajo realizado en colaboración y en recompensa de los sacrificios de este país en la proyectada em-

presa, los duplicados o copias de los objetos encontrados en el curso de las excavaciones.

Artículo VII

Alemania se reserva el derecho exclusivo de hacer copias y vaciados de los objetos que sean descubiertos durante las excavaciones.

Estos derechos exclusivos tendrán una vigencia de cinco años a partir del tiempo del hallazgo de cada objeto. El Gobierno griego concede también al Gobierno imperial germano el derecho (no exclusivo) de hacer copias y vaciados de todas las antigüedades en posesión del Gobierno griego o que este encuentre en el futuro, sin la cooperación del Gobierno alemán, sobre suelo griego. Se excluyen aquí solo aquellas antigüedades que, a criterio de los consejeros ministeriales competentes, puedan dañarse o deteriorarse durante el proceso de elaboración de los moldes.

Grecia y Alemania tendrán el derecho exclusivo a publicar los descubrimientos científicos y artísticos de las excavaciones realizadas a expensas de los alemanes. Estas publicaciones aparecerán periódicamente en Atenas, a expensas del Gobierno griego. Simultáneamente serán divulgadas en Alemania con fotografías, grabados e ilustraciones preparadas en ese país. De esta última tarea se hará cargo Alemania que promete al mismo tiempo enviar a Grecia el 15 % de las copias de la primera edición de fotografías, grabados e ilustraciones y el 35 % de las ediciones siguientes.

Artículo VIII

Si el comisario griego encargado de velar por las excavaciones se opusiera de forma imprevista al trabajo ordenado por los

investigadores alemanes, el Ministerio de Asuntos Exteriores del Real Gobierno griego y la Embajada de Atenas del Imperio Germano saldarán, como último recurso, estas diferencias.

Artículo IX

El presente acuerdo tendrá una vigencia de diez años a partir del día de su ratificación popular.

Artículo X

Cada uno de los gobiernos firmantes se compromete a presentar este acuerdo ante los órganos competentes de representación popular tan pronto como sea posible. Ninguna de las dos partes estará obligada por estas disposiciones hasta que sea ratificada por los mismos.

Artículo XI

Una vez aprobado por los delegados populares, el acuerdo deberá ser ratificado en un plazo de dos meses o antes, y los documentos de ratificación deberán intercambiarse en Atenas.

Son testigos de este documento: Por una parte, el Sr. von Wagner, Embajador alemán en Atenas y el profesor E. Curtius, agente especialmente autorizado, y por otra parte, el Sr. J. Delyanny, Ministro de Asuntos Exteriores de Su Majestad el Rey de Grecia, y el Sr. P. Eustratiades, encargado de antigüedades, todos ellos con la autorización de sus respectivos gobiernos para firmar y sellar el acuerdo.

Extendido en Atenas, por duplicado, el 13/25 de abril de 1874.

E. v. Wagner (L. S.)
Ernst Curtius (L. S.)

Delyanny (L. S.)
Eustratiades (L. S.)
Olympia, vol. I, 1870

SEGUNDA PARTE

El libro de las estatuas

La fundación del Museo Británico

Sir Hans Sloane *(1660-1753) nació en County Down, Irlanda, Estudio cuatro años de medicina en Londres y consiguió su licenciatura por la Universidad de Orange en 1683. Al regresar a Inglaterra llevó consigo una importante colección de plantas y continuó reuniendo curiosidades por el resto de su vida. Paso quince meses en Jamaica como médico de cabecera del duque de Albemarle y durante este breve periodo de tiempo añadió ochocientas plantas desconocidas a su colección. Sus méritos profesionales y académicos fueron muchos. Elegido Secretario de la Royal Society en 1716 llegó a ser el primer médico que recibió un título nobiliario al ser nombrado barón. Fue designado sucesivamente Médico General del Ejército, Médico Principal de Jorge II y Presidente de la Royal Society. A su muerte ofreció sus libros, manuscritos y curiosidades a la nación por la suma de veinte mil libras esterlinas. La compra de esta colección constituyó el núcleo que dio vida al Museo Británico.*

Cuando Sir Hans Sloane donó en 1753, por veinte mil libras esterlinas, su valiosa colección de libros y curiosidades, poco podía imaginarse que con ello se iniciara el camino de la sensacional riqueza que alberga el actual Museo Británico.

Yo, Sir Hans Sloane de Chelsea, barón en el Condado de Middlesex, dispongo que este codicilo sea anexionado a mi última voluntad y testamento como sigue: Aun cuando en mi última voluntad he dado algunas orientaciones sobre la venta y disposición de mi museo o colección de curiosidades, en este nuevo documento añado instrucciones más detalladas sobre el particular. Así pues, por el presente anexo revoco mi anterior declaración de voluntad en cuanto a aquellos se refiere y resuelvo y dispongo lo siguiente:

Dotado desde mi juventud de una decidida inclinación al estudio de las plantas y demás productos de la naturaleza y tras haber reunido, en el curso de muchos años, con gran esfuerzo y

considerables gastos, muchos objetos extraños y curiosos, tanto de nuestro país como del extranjero; plenamente convencido de que nada tiende más a elevar nuestras ideas sobre el poder, la sabiduría, la bondad, la providencia y otras perfecciones de la Divinidad, así como la comodidad y bienestar de los hombres, que el profundizar en nuestro conocimiento de las obras de la naturaleza, pongo de manifiesto mi deseo de que, si ello es posible, y con el objeto de fomentar estos nobles fines, la gloria de Dios y el bien de la humanidad, mi colección de curiosidades sea guardada y conservada en su totalidad en mi mansión de la parroquia de Chelsea, situada en el jardín de plantas medicinales de que hice donación a la unión farmacéutica con este mismo propósito; y teniendo gran seguridad y confianza en que Su Excelencia y las demás personas que se mencionan a continuación estarán guiadas por los mismos principios y la absoluta confianza que en ellos deposito, por el presente documento, cedo, lego y transmito al muy honorable Charles Sloane Cadogan (aquí sigue una lista de 51 nombres) toda mi colección y museo que se halla en mi mansión de Chelsea y sus terrenos adyacentes, citando especial e íntegramente sus diversas y numerosas partes. Mi decisión se refiere a toda mi biblioteca, con sus libros, dibujos, manuscritos, impresos, medallas y monedas, antiguas y modernas, antigüedades, sellos, camafeos, tallas, piedras preciosas, ágatas, jaspes, vasos de jaspe y ágata, cristales, instrumentos matemáticos, dibujos y cuadros, así como todos los demás objetos de mi colección o museo que se describen, mencionan y enumeran más detalladamente, junto con la historia y particularidades de cada uno de ellos en los catálogos que he preparado yo mismo y que comprenden treinta y ocho volúmenes en folio y ocho volúmenes en cuarta (con la sola excepción de los cuadros con marco que no están reseñados con la expresión «colección» y cuya posesión y usufructo seguirán disfrutando sus actuales poseedores y sus herederos); expresando mi

deseo de que todas las partes de mi colección o museo sean entregadas en depósito a Su Excelencia o a otras personas con la finalidad anteriormente indicada y de acuerdo con las limitaciones y orientaciones que se expresan a continuación; Y para dar mayor eficacia a mi última voluntad de que la citada colección pueda conservarse íntegra y en el mejor estado y orden posibles; Y convencido de que nada será tan efectivo como ponerla a disposición, cuidado y dirección de personas cultas, experimentadas y juiciosas con espíritus sencillos y humildes, deseo fervientemente que el Rey, Su Alteza Real el Príncipe de Gales, Su Alteza Real Guillermo, Duque de Cumberland, el Arzobispo de Canterbury, el Muy Honorable Philip Lord Hardvick, el Ministro de Justicia, el Presidente del Consejo, el Lord del Sello Privado, el Mayordomo de la Casa de Su Majestad, el Gran Chambelán de Su Majestad, Su Excelencia Charles, Duque de Richmond, Su Excelencia John, Duque de Montague, Su Excelencia Holles, Duque de Newcastle, Su Excelencia John, Duque de Bedford, y los dos principales secretarios de Estado, el Muy Honorable John, Conde de Sandwich, el Gran Lord del Almirantazgo y el Primer Lord Comisionado del Almirantazgo, el muy Honorable Henry Pelham, el Gran Lord del Tesoro o Primer Lord Comisionado del Tesoro, el Ministro de Hacienda, el Presidente del Tribunal Supremo de Justicia, el Presidente del Tribunal Civil, el Primer Juez de la Tesorería, el Obispo de Londres, el Obispo de Winchester, el Muy Honorable Archibald, Duque de Argyle, el Muy Honorable Henry, Conde de Pembroke, el Muy Honorable Felipe, Conde de Chesterfield, el Muy Honorable Ricardo, Conde de Burlington, el Muy Honorable Arthur Onslow, el Presidente de la Cámara de los Comunes, el Honorable Lord Charles Cavendish, el Muy Honorable Charles Lord Cadogan, el Muy Honorable John, Conde de Verney, y el Muy Honorable George Lord Anson, accedan a hacerse cargo y a ser inspectores de mi museo y colección. Por el

presente y con su beneplácito, los nombro y designo inspectores del mismo con plenos poderes y autoridad para que cinco o más de ellos entren en el edificio en cuestión en cualquier momento y siempre que lo deseen para revisar, supervisar y examinar el museo y su administración, así como para visitarlo, modificarlo y renovarlo, siempre que haya ocasión, ya sea juntamente con los citados fideicomisarios o, separadamente, previa autorización de los mismos, pudiendo adoptar las medidas que crean necesarias para terminar con los posibles abusos, faltas, omisiones o negligencias que puedan ser cometidos por la persona o personas, funcionario o funcionarios nombrados para atender a su conservación. Y mi voluntad es y así lo pongo de relieve, que los citados fideicomisarios o, como mínimo, siete de ellos supliquen humildemente a Su Majestad o al Parlamento, en las sesiones siguientes a mi fallecimiento y en la forma que crean más adecuada, que se pague la suma líquida de veinte mil libras de curso legal en la Gran Bretaña a mis albaceas o a los que les sobrevivan, dentro del plazo de doce meses después de mi muerte, en consideración a la citada colección o museo, lo que, a mi juicio, no llega a la cuarta parte de su valor real e intrínseco, y que se conceda también a los citados fideicomisarios poderes y autoridad suficientes para hacerse cargo de todas y cada una de las partes de dicha colección o museo y de la citada mansión, con sus jardines y dependencias exteriores, cuyo uso y propiedad me perteneciera al tiempo de mi muerte, con el objeto de que sea debidamente guardada y protegida, concediéndoseles también el derecho a las aguas de la mansión de Chelsea que procede de Kensington y que abastecen la casa del Reverendo Obispo de Winchester, y el privilegio de presentación o el derecho de patronazgo de la iglesia de Chelsea, a fin de que estos terrenos puedan ser puestos a disposición de los citados fideicomisarios, para proteger y conservar mi colección o museo en la forma en que ellos crean más idó-

nea para lograr el beneficio público por mí deseado. También deberán realizar las gestiones necesarias, como antes he indicado, para conseguir un fondo o asignación suficientes para el mantenimiento y conservación de la colección y de los terrenos donde se halle instalada, así como para proceder a las obras de reparación necesarias en mi mansión, sus sistemas de riego y sus jardines, cuya posesión a perpetuidad dejo a los citados fideicomisarios. Y por el presente resuelvo y determino también que mis albaceas, bajo pago de la citada suma de veinte mil libras, entreguen o hagan entregar a mis fideicomisarios, en presencia de siete de ellos como mínimo, y en nombre de todos los demás, así como en presencia de cinco o seis inspectores, tanto la posesión de mi mansión y jardines de Chelsea anteriormente citados como toda mi colección o museo mencionada al principio de este documento, con la totalidad de sus objetos tal y como se encuentran dispuestos actualmente en mi mansión, de acuerdo con los citados catálogos y junto con estos catálogos como parte integrante de la misma. Y es mi voluntad, además, y por el presente resuelvo y determino que, en caso de que Su Majestad o el Parlamento acepte la citada oferta y pague la suma de veinte mil libras a mis albaceas o a los que les sobrevivan a los seis meses después de dicho pago y después de recibir poderes suficientes para entregar a los citados fideicomisarios la posesión de la colección, la mansión y los jardines, con sus dependencias, agua, privilegios de presentación y de patronazgo de la iglesia de Chelsea, mis albaceas se reúnan junto con mi heredero o herederos legales y todas las demás partes legítimas, para proceder a la realización de las actas, acciones o contratos que se crean precisos y necesarios para una más perfecta y absoluta transmisión, traspaso y garantía de posesión de las citadas propiedades a los citados fideicomisarios o a sus cesionarios o herederos a perpetuidad, para los usos, fines y propósitos aquí mencionados y puestos claramente de manifiesto.

Un gravoso legado

Horace Walpole a Horace Mann

Uno de los legatarios de Sir Hans Sloane, Horace Walpole, interpretó un tanto deplorablemente la obligación que le imponía el testamento, según podemos deducir de la carta que escribió a un amigo.

Arlington Street, 14 de febrero de 1753

Durante estas tres semanas he pensado escribirte todos los días pero cuando iba a hacerlo no podía evitar el iniciar mi carta con un «No tengo nada que decirte». Pero la cosa no es para tomarla a broma. No debemos interrumpir nuestra correspondencia porque no hay guerra ni política, ni partidos, ni locuras, ni escándalos. En la historia de Inglaterra nunca hubo una época más insulsa. Está más de moda ir a la iglesia que a cualquiera de las dos cámaras del Parlamento, incluso el tiempo de las Gunning ha pasado: murieron ambas hermanas y en los periódicos aparecieron solo breves reseñas a pesar de que sus nombres alcanzaron tal fama que en Irlanda las mendigas te echaban la bendición diciendo «¡Que la dicha de las Gunning te acompañe!».

Difícilmente podrás imaginar cómo empleo mi tiempo. Me dedico a coleccionar embriones y conchas. Sir Hans Sloane ha muerto y me ha nombrado uno de los fideicomisarios de su museo, que va a ser ofrecido al Rey, al Parlamento y a las reales academias de Petersburgo, Berlín, París y Madrid, a cambio de una suma de veinte mil libras. Sir Hans Sloane lo valoró en

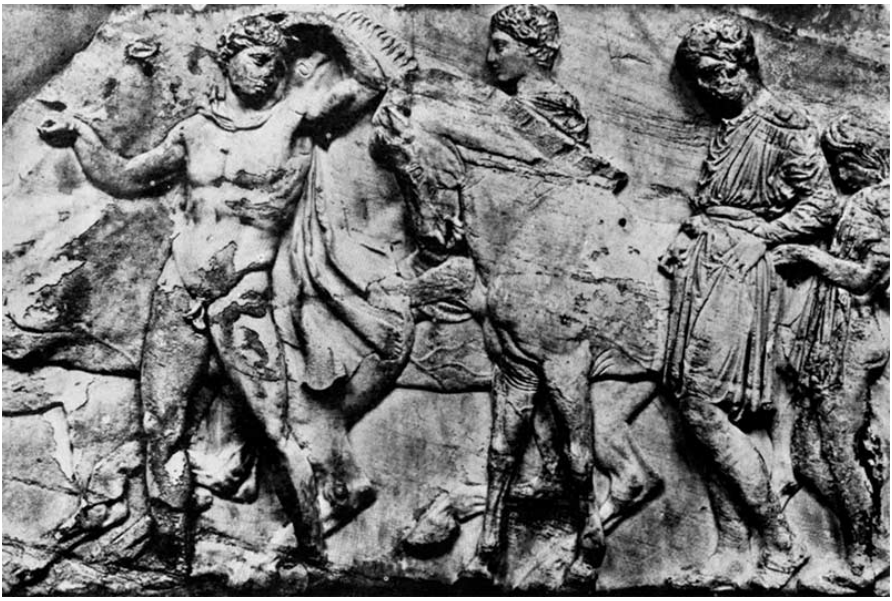
ochenta mil. ¡Y sin duda alguna los que amen a los hipopótamos, a los gatos con una oreja y a las arañas tan grandes como gansos estarán conformes con esa valoración! ¡Conservar los fetos en alcohol constituye una ocupación realmente onerosa! Ya puedes suponer que «aquellos» que piensan que el dinero es la más valiosa de las curiosidades no serán los compradores. El Rey se ha disculpado diciendo que no creía que hubiesen veinte mil libras en el Tesoro. Nosotros formamos un encantador equipo de sabios, compuesto de filósofos, botánicos, anticuarios y matemáticos. Aplazamos nuestra primera reunión, porque Lord Macclesfield, nuestro presidente, que formaba parte de un grupo destinado a comprobar la longitud del meridiano, se hallaba ausente. Uno de nuestros miembros es un moravo que se firma Enrique XXVIII, Conde de Reus. Los moravos han establecido una colonia en Chelsea, cerca de donde vivía Sir Hans y creo que este pretendía que el Conde Enrique XXVIII ofreciera su esqueleto al museo.

A estas alturas casi me avergüenza darte las gracias por tu amena carta de dos hojas, fechada el 22 de diciembre, pero es cierto que no tenía nada que contestarte. Hace solo tres semanas, estuve almorzando con tu hermano. «¡Por qué no me dices nada!», se lamentaba. «Si tuviera algo que contarte, escribiría a tu hermano», le respondí. Te doy mi palabra. El primer libro que aparezca, el primer asesinato, la primera revolución. Te lo contaré todo con el mayor detalle. Mientras tanto puedes estar seguro de que nunca hubo un lugar tan aburrido como Londres ni ninguno de sus habitantes tan insípido como tu incondicional amigo.

The Letters, vol. III, 1903

El discutido legado de Lord Elgin

Thomas Bruce, séptimo conde de elgin *(1766-1841) heredó su título a la edad de cinco años. En 1785 ingresó en el ejército en donde alcanzaría el grado de General de División. En 1790 empezó su carrera diplomática y pronto fue nombrado embajador en Bruselas y luego en Berlín. De 1799 a 1802, desempeñó el cargo de Enviado Extraordinario en Constantinopla y durante este tiempo obtuvo autorización del Gobierno turco para registrar y después sacar del país muchas obras del arte clásico ateniense. Las esculturas fueron llevadas a Inglaterra en pequeños envíos entre los años 1803 y 1812. Cuando regresó, Lord Elgin se dio cuenta de que había sido atacado violentamente impugnándose tanto la legitimidad de sus apropiaciones como el valor artístico de sus esculturas. Publicó un memorándum en su propia defensa y, en 1816, un comité parlamentario aprobó su conducta y confirmó el valor de sus adquisiciones recomendando la compra de los mármoles para el Museo Británico por 35.000 libras (suma mucho más baja de lo que originalmente le costó a Lord Elgin).*



Detalle de un fragmento del friso de las Panateneas, obra de Fidias, conservado en el Museo Británico gracias a acciones o servicios que, como los de Lord Elgin, tanto han contribuido a la fama de sus colecciones de antigüedades, aunque hayan supuesto casi siempre la destrucción y dispersión del monumento original.

En el año 1799, cuando Lord Elgin fue nombrado Embajador Extraordinario de Su Majestad ante el Imperio Otomano, mantuvo frecuentes contactos con Mr. Harrison, arquitecto que gozaba de gran prestigio en el oeste de Inglaterra, y que había dado varios ejemplos espléndidos de sus dotes profesionales, especialmente en un edificio público de estilo griego construido en Chester. Además Mr. Harrison había estudiado provechosamente en Roma durante muchos años. Por ello, Lord Elgin le consultó sobre los beneficios que para las artes del país podrían derivarse del estudio minucioso de la escultura y la arquitectura de la antigua Grecia. Y este aseguró categóricamente que aunque pudiera disponerse de medidas exactas de los edificios de Atenas, un joven artista no podría formarse una idea adecuada de los detalles precisos, combinaciones e impresión

de conjunto, sin tener ante él una representación material de aquellos como la que podían facilitar los «vaciados». Este consejo, que constituyó la base de los trabajos realizados por Lord Elgin en Grecia llevó a la ulterior consideración de que, puesto que todos los conocimientos que se tenían de estos edificios habían sido obtenidos bajo las peculiares desventajas de los prejuicios y recelos puestos de manifiesto por los turcos en el curso de esta empresa, deberían aprovecharse decididamente todas las circunstancias favorables que la embajada de Lord Elgin pudiera ofrecer. Y se pensó que debían utilizarse no solo modeladores sino también arquitectos y dibujantes para rescatar del olvido, con los detalles más precisos, cualquier muestra de arquitectura y escultura que en Grecia hubiera escapado a la destrucción del tiempo y a la barbarie de los conquistadores.

Bajo esta sugerencia, Lord Elgin propuso al Gobierno de Su Majestad que enviase artistas ingleses de conocido prestigio, capaces de recoger esta información del modo más perfecto posible. Pero las perspectivas de esta idea parecieron demasiado dudosas a los ministros para que estos se comprometiesen a los gastos que su realización entrañaba…

Después de salvar muchas dificultades. Lord Elgin obtuvo del Gobierno turco permiso para enviar seis artistas a Atenas, donde desempeñaron el trabajo de los diversos departamentos por espacio de tres años, operando bajo un sistema general que tenía la ventaja del control mutuo y bajo la superintendencia del Sr. Lusieri. Ellos consiguieron ejecutar plenamente el plan de Lord Elgin.

Siguiendo este plan, se midieron detenidamente todos los monumentos que aún quedaban en Atenas y de los bocetos de los arquitectos (que se conservan en su totalidad) se hicieron dibujos definitivos de los planos, elevaciones y detalles de los objetos más destacados, en los que el Calmuco restauró y completó toda la escultura con exquisito gusto y habilidad. Este di-

bujó también, con asombrosa precisión, todos los bajorrelieves de los distintos templos en el estado preciso de descomposición y mutilación en que actualmente se encuentran.

Se hicieron moldes de la mayoría de los bajorrelieves y de casi todos los rasgos característicos de la arquitectura de los diferentes monumentos de Atenas. Posteriormente esos moldes fueron enviados a Londres.

Además de la arquitectura y escultura de Atenas, todos los restos artísticos que pudieron descubrirse en todas partes de Grecia fueron medidos y estudiados con la más escrupulosa exactitud, por el segundo arquitecto, Ittar…

En el curso de esta empresa los artistas se vieron obligados a presenciar la caprichosa devastación a que por parte de los turcos y viajeros estaba diariamente expuesta toda la escultura e incluso arquitectura… El Templo de Minerva había sido convertido en un almacén de pólvora quedando completamente destruido al caer sobre él un proyectil durante el bombardeo de Atenas por los venecianos hacia finales del siglo XVII. Y ni siquiera este accidente indujo a los turcos a dejar de dar ese mismo destino a la belleza del Templo de Neptuno y Erecteo, que se hallaban constantemente expuestos a correr idéntica suerte. Muchas de las estatuas del «posticum» del templo de Minerva (Partenón) que habían sido derribadas por la explosión fueron convertidas en polvo para mortero pues proporcionaban el mármol más blanco que tenían a su alcance. Y se descubrieron las partes de la moderna fortificación y las miserables casas en que se aplicó este material. Además, es bien sabido que los turcos escalan frecuentemente los muros de las ruinas y se divierten desfigurando todas las esculturas que encuentran o rompiendo columnas, estatuas u otras reliquias de la antigüedad con la vana esperanza de encontrar en ellos algún tesoro oculto.

Bajo estas circunstancias, Lord Elgin se sintió impulsado, por motivos más poderosos que la gratitud personal, a hacer cuanto estaba a su alcance para preservar todas las muestras de escultura que pudiese rescatar, sin daño, de la ruina que les amenazaba… Guiado por este propósito, Lord Elgin, puso en juego todos los recursos con tanta fortuna que, recuperándolo de los templos destruidos de Atenas, de las murallas y fortificaciones modernas en que muchos fragmentos se habían utilizado como bloques de piedra, y de excavaciones hechas a este propósito, llevó a Inglaterra numerosas piezas de la escultura original ateniense, estatuas, «alto y bassi relievi», capiteles, cornisas, frisos y columnas, hasta tal punto que en ninguna otra parte de Europa son tan numerosas como en este país.

El mismo Partenón, independientemente de su escultura decorativa, es un modelo tan puro y perfecto de arquitectura dórica, que Lord Elgin lo consideró de la mayor importancia para las artes y juzgó necesario conseguir las muestras originales de cada elemento del edificio. Estas se hallan representadas por un capitel, por los fustes de las columnas que muestran la forma exacta de la curva usada en las acanaladuras, un triglifo, los modillones de la cornisa y tejas de mármol con las que fue cubierta la galería. De modo que gracias a él no solo el escultor puede estudiar plenamente ese estilo, desde la estatua colosal hasta el bajorrelieve, creado en la edad de oro de Pericles por el mismo Fidias bajo su inmediata dirección, sino que también el arquitecto práctico puede examinar cada detalle del edificio, incluso el sistema de unión de las diversas piezas del fuste sin ayuda de mortero, dando así la sensación de que las columnas son bloques uniformes…

Más dificultad entrañó el crear un plan para sacar el mayor provecho posible de los mármoles y moldes. La primera idea de Lord Elgin fue restaurar las estatuas y bajorrelieves y con ese propósito marchó a Roma para consultar y contratar a Canova.

La decisión de aquel artista tan notable fue concluyente. Al examinar las muestras que se le presentaron y al familiarizarse con toda la colección, particularmente con la que pertenecía al Partenón y que fue traída por las personas que habían estado realizando la operación de Lord Elgin en Atenas regresando con él a Roma, Canova declaró que por muy lamentable que fuese el hecho de que estas estatuas hubiesen sufrido tanto por causa del tiempo y la barbarie, era innegable que nunca habían sido retocadas, que eran la obra de los artistas más capaces que el mundo había visto, que fueron ejecutadas de acuerdo con los cánones artísticos más inspirados y en un período en que el genio gozó del estímulo más liberal y alcanzó el grado más alto de perfección, y que eran dignas de formar la decoración del edificio más admirado jamás erigido en Grecia. Y a todo ello añadió que se complacía y consideraba un gran privilegio la oportunidad que le brindaba Lord Elgin de poder contemplar y trabajar en aquellos mármoles inestimables pero que sería un sacrilegio (esta fue su expresión) que él o cualquier otro hombre se atrevieran a tocarlas con el cincel. Desde que llegaron a este país se han exhibido en público y han podido formarse y recogerse así las opiniones e impresiones, no solo de los artistas sino de gente de gusto en general Estos han sancionado unánimemente el juicio pronunciado por Canova: debe desecharse toda idea de restaurar los mármoles… De las pruebas que Lord Elgin fue inducido a realizar a petición de señores profesionales, se obtuvo la firme impresión de que la ciencia de los escultores y la sensibilidad y sentido que les caracterizaban habían sido necesariamente fruto de haber presenciado con frecuencia ejercicios atléticos que les sirvieron de modelo para sus obras, cuyo mérito principal consiste en una hábil, científica, ingeniosa y también exacta imitación de la Naturaleza. De otro modo, la variedad de actitudes, la articulación de los músculos, la descripción de las pasiones, en suma, todo lo que el escultor tiene que re-

presentar no podría haberse captado con tanta precisión y provecho…

Bajo idénticas condiciones y otorgando una adecuada y estimulante protección al genio y a las artes, no es temerario concebir la esperanza de que teniendo en cuenta la generosidad con que la naturaleza ha dotado a los ingleses y los ejemplos de patriotismo, heroísmo y virtudes personales dignas de recordarse, la escultura pueda elevar su nivel artístico en Inglaterra con las producciones más hermosas de los mejores tiempos de Grecia.

Memorandum on the Subject of the Earl of Elgin's Pursuits in Greece, 1811

El tesoro de Príamo

Heinrich Schliemann

El Dr. Heinrich Schliemann *(1822-1890) nació en Neu Buckow, Alemania. Fue un hombre de grandes y variadas dotes naturales, tanto para la investigación como para los negocios. Empezando como ayudante en una pequeña tienda, amasó una gran fortuna en el comercio lo que le permitió retirarse y satisfacer entonces la ambición de toda su vida: buscar el emplazamiento de Troya. A diferencia de otros investigadores de su tiempo, depositó una confianza plena en la precisión de los poemas homéricos y siguiendo las descripciones topográficas de la Ilíada fue capaz de identificar la colina de Hissarlik con el lugar donde Troya estaba situada. Su fe en las fuentes literarias de la antigüedad estuvo justificada en más de una ocasión ya que posteriormente descubrió en la ciudadela de Micenas una civilización prehelénica que comprendía un grupo de tumbas reales y una inmensa cantidad de objetos funerarios de oro. Con frecuencia se desorientó por su entusiasmo hacia Homero y, sin duda alguna, sus métodos de excavación anticientíficos habrían escandalizado a los arqueólogos modernos pero sus descubrimientos fueron de primera importancia y magnitud. Entre sus muchas cualidades se contaba una extraordinaria facilidad para los idiomas. Aprendió muchos por un método que él concibió para su uso personal y que recuerda poderosamente los sistemas más recientes de enseñanza.*

Heinrich Schliemann, un soñador que convirtió en realidad sus sueños.

En la nueva gran excavación del lado noroeste, unida a la que acabo de describir, me he convencido de que la espléndida muralla de piedras grandes talladas que descubrí en abril de 1870, pertenece a una torre cuya parte baja saliente debió ser construida durante el primer período de la colonia griega, mientras que la parte superior parece corresponder al tiempo

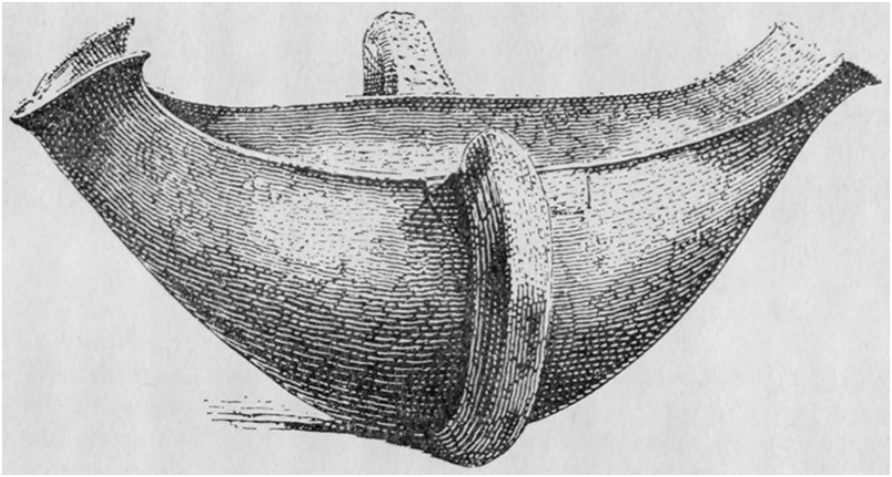
de Lisímaco. A esta torre pertenece también la muralla, mencionada en mi anterior informe, de 9 pies de alto por 6 de ancho, unida a la muralla circundante de Lisímaco. Y lo mismo ocurre con la muralla de las mismas dimensiones, situada a 49 pies de distancia y que yo también he descubierto. Detrás de la última, a una profundidad de 26 a 30 pies, descubrí la muralla de la ciudad troyana que se extiende desde la Puerta de Esceo.

Avanzando en la excavación de esta muralla directamente por el lado del palacio del Rey Príamo, tropecé con un objeto grande de cobre que tenía una forma notablemente curiosa y que llamó mi atención tanto más cuanto creí haber visto oro detrás del mismo. Por encima de este objeto de cobre había un estrato de restos calcinados de color rojo, de 4 ¾ a 5 ¼ pies de espesor, tan duro como la piedra, y encima de este descansaba a su vez la muralla antes citada de la fortificación (6 pies de ancho y 20 pies de alto) que estaba construida con grandes piedras y tierra y que debía de haber pertenecido a una fecha inmediatamente posterior a la destrucción de Troya. A fin de sustraer el tesoro a la codicia de mis obreros y salvarlo para la arqueología, tuve que ser más expedito y aunque no era todavía la hora del almuerzo llamé inmediatamente a «paidos». Esta es una palabra de origen incierto que ha pasado a los turcos y que se emplea aquí en lugar de ἀνάπανσις (tiempo de descanso). Mientras los hombres comían y descansaban abrí el Tesoro con un cuchillo grande, operación que tuve que realizar con esfuerzos enormes y arriesgando mi vida temerariamente pues la gran muralla de la fortificación, debajo de la cual tenía que excavar, amenazaba con desplomarse sobre mí en cualquier momento. Pero la contemplación de tantos objetos, cada uno de los cuales era de un valor inestimable para la arqueología, me hizo ser arrojado y nunca pensé en el peligro. Sin embargo, me hubiera sido imposible sacar el Tesoro sin la ayuda de mi queri-

da esposa, que permaneció a mi lado lista para envolver en su chal las cosas que iba extrayendo y llevárselas seguidamente.

La primera cosa que encontré fue un escudo de cobre (el ἀτπίς ομψαλόεσσα de Homero), en forma de bandeja ovalada, en cuyo centro había un botón o prominencia circundada por un pequeño surco (αύλαξ). Este escudo tiene algo menos de 20 pulgadas de longitud. Es completamente plano y está bordeado por un cerco (άντυξ) de 1 ½ pulgadas de alto. El botón (όμφαλός) tiene 2 ⅓ pulgadas de alto y 4 ⅓ pulgadas de diámetro. El surco circundante tiene 7 pulgadas de diámetro y 2 ⅖ pulgadas de profundidad…

Después descubrí una copa del oro más puro, que pesó exactamente 600 gramos. Tiene 3 ½ pulgadas de alto, 7 ¼ pulgadas de largo y 7 ⅕ pulgadas de ancho. Su forma es la de un barco con dos grandes asas; en un lado presenta una boca para beber de 1 ⅕ pulgadas de ancho y otra en el opuesto de 2 ¾ pulgadas. Como señala mi estimado profesor Stephanos Kumanudes de Atenas, la persona que presentase la copa llena, posiblemente bebería primero por la boca pequeña, en señal de respeto, para permitir al invitado que bebiese por la boca grande. Este vaso tiene un pie de altura aproximada de 1/12 de pulgada y que mide 1 ⅓ pulgadas de longitud y 4/5 de pulgada de ancho. Se asegura que es el homérico, δέπας άμφιχύπελλον. Pero yo insisto en que todas aquellas jarras rojas, altas y brillantes, de terracota, que tienen la forma de copas de champaña con dos enormes asas, son también δέπα άμφιχύπελλα y que probablemente, con esta misma forma, las había también en oro. Debo hacer, además, una observación muy importante para la historia del arte: el oro antes citado δέπας άμφιχύπελλον es «oro fundido» y las grandes asas, que no son macizas, están soldadas al mismo. Por otra parte, la botella y la jarra de oro que hemos mencionado anteriormente han sido «forjados con el martillo».



Sehliemann se dispuso a encontrar el tesoro del Rey Príamo, del que hablaba Homero. He aquí uno de los objetos que desenterró: una copa de oro de dos asas.

El tesoro contenía además una pequeña copa de oro aleado con 20 % de plata, aleación denominada «electrum». Pesa 70 gramos y mide más de 3 pulgadas de larga y más de 2 ½ de ancha. Su pie tiene solamente 4/5 de pulgada de alto y casi una pulgada de ancho y no es completamente recto, de forma que la copa parece estar concebida para ser apoyada sobre su boca…

Como encontré todos estos objetos formando una masa rectangular o incrustados unos dentro de los otros, deduzco que fueron colocados sobre la muralla de la ciudad en un arca de madera (φωριαμός) como las que, según Homero existían en el palacio del Rey Príamo. Esto parece ser lo más cierto pues al lado mismo de estos objetos, encontré una llave de oro de más de 4 pulgadas de largo, cuya cabeza (de unas 2 pulgadas de largo y 2 de ancho) recuerdan bastante la llave de la caja de caudales de un banco. Es bastante curioso que esta llave tuviera un asa de madera. Pero no cabe la menor duda de que así era, como se deduce del hecho de que el extremo del mango de la llave está doblado en ángulo recto, como ocurre con los puñales.

Es probable que algún miembro de la familia del Rey Príamo metiese precipitadamente el tesoro dentro del arca y se lo llevase sin tener tiempo de sacar la llave, y que, sin embargo, al alcanzar la muralla, le sorprendiese el fuego o algún enemigo, viéndose obligado a abandonar el arca, que quedó inmediatamente cubierta, hasta una altura de 5 a 6 pies, por las cenizas rojas y las piedras del palacio real contiguo.

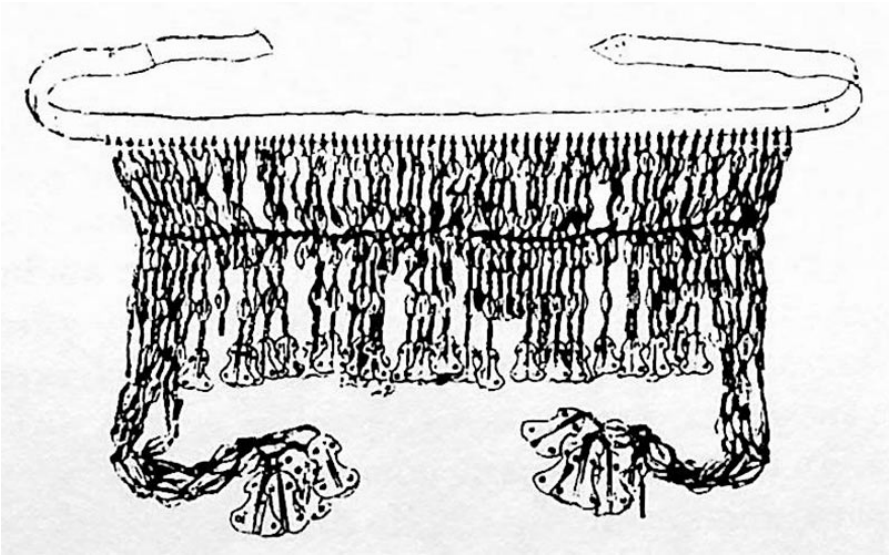
Quizá los objetos encontrados algunos días antes en una sala del palacio real, junto al lugar en donde fue descubierto el tesoro, pertenecieron a aquella infortunada persona. Estos objetos eran un casco y un vaso de plata de 7 pulgadas de alto y 5 ½ pulgadas de ancho, que contenía una elegante copa de «electrum» de 4 ⅓ pulgadas de alta y 3 ½ pulgadas de ancha. El casco se rompió al sacarlo pero puedo componerlo ya que conservo todos los fragmentos del mismo. Los dos elementos superiores que forman la cimera (φάλος) están intactas. Junto al casco, como antes, encontré un alfiler curvado de cobre de casi 6 pulgadas de longitud, que debió de estar unido a aquel de algún modo y debió de servir para algún uso determinado.

Cinco o seis pies por encima del tesoro, los sucesores de los troyanos erigieron una muralla fortificada de 20 pies de alto y 6 de ancho hecha de tierra y de piedras grandes talladas y sin tallar. Esta muralla se extiende a 3 ¼ pies de la superficie de la colina.

La hipótesis de que el tesoro fue rescatado con gran ansiedad y exponiéndose a perder la vida queda demostrado, entre otras cosas, por el contenido del vaso de plata más grande, en cuyo fondo encontré dos espléndidas diademas de oro (χρήδεμνα) un broche y cuatro espléndidos pendientes de oro delicadamente trabajados. Sobre estos descansaban 56 pendientes de oro de una forma sumamente curiosa y 8.750 anillos pequeños de oro, prismas perforados y dados, botones de oro y joyas similares que pertenecieron evidentemente a otros ornamentos. Después

siguieron seis brazaletes de oro y encima de todo las dos pequeñas gargantillas.

Una de las diademas está formada por una cinta de oro de 21 ⅔ pulgadas de largo y casi 1/2 pulgada de ancho, de la que penden a ambos lados siete cadenillas para cubrir las sienes, cada una de las cuales tiene once hojas cuadradas con una muesca. Estas cadenas se hallan unidas entre sí por cuatro cadenillas transversales en cuyo extremo cuelga un ídolo de oro de la diosa tutelar de Troya que mide casi una pulgada de largo. La longitud completa de cada una de estas cadenas con los ídolos llega a las 10 ¼ pulgadas. Casi todos estos ídolos tienen algo de figura humana pero la cabeza de lechuza, con sus dos grandes ojos, es inconfundible. Su anchura en la parte inferior es aproximadamente de 9/10 de pulgada. Entre estos adornos para las sienes hay 47 cadenillas colgantes decoradas con hojas cuadradas; en el extremo de cada cadenilla hay un ídolo de la diosa de Ibón de unos 3/4 de pulgada de largo. La longitud de estas cadenillas con los ídolos no llega a las 4 pulgadas.



Una magnífica diadema, toda ella de oro, descubierta por Schliemann en Troya

La otra diadema mide 20 pulgadas de largo y consta de una cadena de oro de la que penden a cada lado ocho cadenas completamente cubiertas de pequeñas hojas del mismo metal para adornar las sienes y, al extremo de cada una de las dieciséis cadenas, cuelga un ídolo de oro de 1 ¼ pulgadas de largo con la cabeza de la diosa protectora de Ilión. Entre estos ornamentos de cabeza hay además 74 cadenillas, de unas 4 pulgadas de longitud, cubiertas con hojas de oro, que caen por la frente y, al extremo de estas cadenas, cuelga una hoja doble de aproximadamente 3/4 de pulgada de longitud.

El broche ἄμπυξ tiene más de 18 pulgadas de longitud y 1/2 pulgada de anchura y tiene tres perforaciones en cada extremo. Ocho filas cuádruples de piedras la dividen en nueve secciones, cada una de las cuales contiene piedras grandes, quedando el borde adornado por una fila ininterrumpida de pedrería. Solo dos de los cuatro pendientes son exactamente iguales. De la parte superior, que tiene casi la forma de una cesta y está decorada con dos filas de motivos en forma de cuentas, cuelgan seis cadenillas sobre las cuales hay tres pequeños cilindros. Unidos al extremo de las cadenas se hallan los pequeños ídolos de la diosa protectora de Troya. La longitud de cada pendiente es de 3 ½ pulgadas. La parte superior de los otros dos pendientes es más grande y más gruesa pero tiene igualmente la forma de una cesta y de ella penden cinco cadenillas enteramente cubiertas con pequeñas hojas redondas a las que quedan sujetos otros ídolos, pequeños pero más impresionantes, de la divinidad protectora de Ibón. La longitud de uno de estos colgantes es de 3 ½ pulgadas, la del otro algo más de 3 pulgadas.

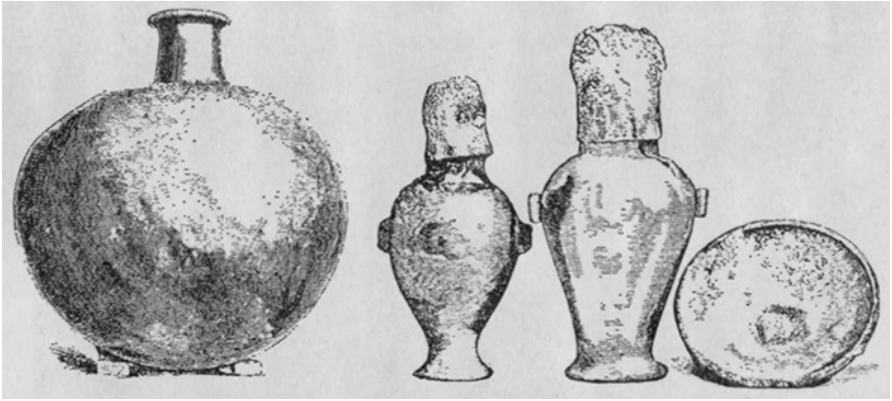
De los seis brazaletes de oro, dos están cerrados y son bastante sencillos teniendo un espesor aproximado de un quinto de pulgada. Un tercero está también cerrado pero está formado por una franja adornada de 1/25 de pulgada de espesor y 1/4 de pulgada de anchura. Los otros tres son dobles y tienen los

extremos redondeados y provistos de una cabeza. Las princesas que llevaron estos brazaletes debieron tener por lo general manos menudas, pues son tan pequeños que una niña de diez años habría tenido dificultades para ponérselos.

Los otros 56 pendientes de oro son de diversos tamaños y tres de ellos parecen haber sido usados también por las princesas de la familia real como anillos de mano. Ni uno solo de los pendientes se parece por su forma a los pendientes helenos, romanos, egipcios o asirios. Veinte de ellos terminan en cuatro hojas, diez en tres hojas, colocadas unas junto a otras y soldadas entre sí. Esto les da un aspecto muy similar al de aquellos pendientes de oro y «electrum» que encontré el pasado año a una profundidad de 9 a 13 metros. Otros dieciocho pendientes terminan en seis hojas, en cuya base hay dos pequeños botones, en el centro, dos filas de cinco pequeños botones cada una y, en el extremo, tres pequeños botones. Dos de los anillos más grandes, que debido al espesor que presentan en uno de los extremos, sin duda alguna no pudieron ser usados como pendientes y parecen haber sido exclusivamente anillos de mano, terminan en cuatro hojas. En la base de estas hay dos, en el medio tres y, al final, dos pequeños botones. De los restantes pendientes dos tienen la forma de un tres y cuatro la forma de dos serpientes bellamente adornadas y entrelazadas.

Además de los pendientes, un gran número de otros ornamentos, ensartados en hilos o sujetos sobre cuero, fueron depositados dentro del mismo vaso grande de plata. Encima y debajo de ellos, como ya he dicho, encontré 8.750 objetos pequeños, tales como anillos de solo 1/8 de pulgada de diámetro; dados perforados, lisos o en forma de pequeñas estrellas dentadas de 1/6 de pulgada de diámetro; prismas de oro perforados de 1/10 de altura por 1/8 de pulgada de anchura, decorados longitudinalmente con ocho o diecisiete incisiones; pequeñas hojas de aproximadamente 1/5 de pulgada de longitud y 1/8 de pulgada

de anchura y taladradas longitudinalmente con un orificio para ensartarlas; pequeños colgadores de 1/5 de pulgada de largos, con un botón en un lado y un orificio en el otro; prismas perforados de aproximadamente 1/5 de pulgada de largo y 1/10 de pulgada de ancho; anillos dobles o triples de oro soldados entre si y de solo 1/4 de pulgada de diámetro, con orificios en ambos lados para ensartarlos; botones de oro o clavos de 1/5 de pulgada de altura en cuyo centro presentan un orificio de 1/10 de pulgada de ancho para coserlos; botones dobles de oro, exactamente iguales que los gemelos de camisa, de 3/10 de pulgada de largo, que, sin embargo, no van soldados sino simplemente pegados pues de la cavidad que forma el primer botón sale un tubo (αύλίαχος) de casi 1/4 de pulgada de largo y del otro un alfiler (έμβολον) de la misma longitud de tal forma que el alfiler se introduce simplemente en el tubo para formar así el botón doble. Estos botones dobles o gemelos solo pueden haber sido utilizados probablemente para adornar artículos de cuero, por ejemplo, o como sujetadores (τελαμώνες) de espadas, escudos o cuchillos. Yo encontré en el vaso también dos cilindros de oro de más de 1/10 de pulgada de espesor y 3/4 de pulgada de largo. También un pequeño camafeo de oro de más de 4/5 de pulgada de longitud y de 6/100 a 8/100 de pulgada de grueso que tiene en un extremo un orificio para colgarlo y en el otro seis incisiones en espiral que dan al objeto la apariencia de un tornillo aunque esto solamente es perceptible mediante una lupa. También encontré en el mismo vaso dos piezas de oro, una de las cuales mide 1/7 de pulgada y la otra más de 2 pulgadas de longitud; cada una de ellas tiene 21 perforaciones.



Valiosísimos objetos de oro y plata, hallados por Schliemann, creyendo que se trataba del tesoro del rey Príamo. Sin embargo, poco antes de la muerte del genial arqueólogo, otros investigadores demostraron que estos bienes pertenecían a un rey anterior.

La persona que se esforzó por salvar el tesoro tuvo afortunadamente la presencia de ánimo para colocar verticalmente en la cesta el vaso de plata que contenía los valiosos objetos mencionados anteriormente, de forma que no llegó a caerse una sola cuenta y todo pudo conservarse intacto.

Troy and lis Remains, 1875

Un tesoro robado

Heinrich Schliemann

Voy a referirme ahora a tres tesoros más pequeños, encontrados a finales de marzo de 1873, a una profundidad de 30 pies en el lado este de la casa real y muy cerca de ella, por dos obreros, uno de los cuales vive en Yeni Shehr y el otro en Kalifatli. Uno de estos tesoros fue hallado dentro del vaso con cabeza de lechuza N.º 232 que estaba cerrado por el pie puntiagudo de otro vaso; los otros dos, junto con el hacha de guerra N.º 828, al lado del primero. Pero como las declaraciones de los obreros difirieron en cuanto a los objetos particulares contenidos en cada tesoro, solo puedo describirlos aquí conjuntamente. Los dos trabajadores robaron y se repartieron los tres tesoros y, probablemente, no habría tenido noticia de este hecho a no ser por la feliz circunstancia de que la mujer del obrero de Yeni Shehr, a quien en el reparto del botín le habían correspondido todos los objetos comprendidos entre los Ns. 822 y 833 y dos pendientes con los Ns. 832 y 833, tuvo la osadía de pasearse un día con los pendientes y colgantes Ns. 822 y 823. Esto excitó la envidia de sus compañeras y fue denunciada a las autoridades turcas de Koum Keleh, que detuvieron a ambos cónyuges en la cárcel. Ante la amenaza de que su marido sería ahorcado si no entregaba las joyas, confesó el lugar en donde estaban escondidas. Gracias a ello se recuperó de una sola vez esta parte del tesoro que ahora se exhibe en el Museo Imperial de Constantinopla. El matrimonio también denunció a su cómplice de Kalifatli pero las autoridades llegaron aquí demasiado tarde

pues este había mandado fundir su parte del botín a un orfebre de Ben Kioi, que por deseo de aquel lo había convertido en un collar muy grande, ancho y pesado, con vulgares adornos de flores al estilo turco. Por ello, esta parte del tesoro se perdió definitivamente para la ciencia. Esa es la razón de que pueda solamente representar aquí la parte que fue sustraída por el ladrón de Yeni Shehr que está expuesta al público en el Museo de Constantinopla. Como ambos ladrones declararon separadamente bajo juramento, ante las autoridades de Koum Kaleh, que el vaso con figura de lechuza N. 232 y parte del oro habían sido hallados cerca del manantial y al oeste del mismo y los dos tesoros restantes junto al primer tesoro indicando el lugar exacto del descubrimiento, no existe duda alguna en cuanto a la veracidad de sus afirmaciones.

Ilios, 1880

Un gobierno micénico

Heinrich Schliemann

Micenas, 6 de diciembre de 1876

Por primera vez desde su captura por los argivos en el año 468 antes de Cristo y por primera vez en 2.344 años, la Acrópolis de Micenas tiene una guarnición cuyas luminarias, visibles de noche por toda la llanura de Argos, nos trae a la memoria la guardia que esperaba el regreso de Agamenón de Troya y las señales que advirtieron a Clitemnestra y a su amante que aquel se aproximaba. Pero esta vez el objeto de la ocupación llevada a cabo por la soldadesca tiene un carácter más pacífico, pues pretende simplemente inspirar temor entre los campesinos e impedirles realizar excavaciones clandestinas en las tumbas o aproximarse a ellas mientras estamos trabajando…

Vista de la entrada a la Acrópolis y Cementerio Real de Micenas, una de las excavaciones iniciadas por Schliemann y en las que evidentemente dejó correr su fantasía al interpretarlas.

Del tercer cuerpo, hallado al extremo norte de la tumba, se ha conservado maravillosamente su rostro redondo, con toda la carne bajo su pesada máscara de oro. No presentaba vestigios de cabello pero se veían perfectamente los dos ojos y también la boca que, debido al enorme peso que había tenido que soportar, estaba completamente abierta, y enseñaba treinta y dos dientes perfectos. Todos los médicos que examinaron el cadáver dedujeron de estos que el hombre debió de haber muerto a la temprana edad de treinta y cinco años. La nariz había desaparecido enteramente. El cuerpo, al ser demasiado largo para el espacio existente entre las dos paredes interiores de la tumba, tenía la cabeza aplastada de tal modo contra el pecho que la parte superior de los hombros formaba una línea casi horizontal con el ángulo de la cabeza. No obstante, la gran coraza de oro había protegido tan poco el pecho que en muchos sitios se veía la parte interior de la columna vertebral. En su deformado y mutilado estado, el cuerpo medía solamente 2 pies y 4 ½ pul-

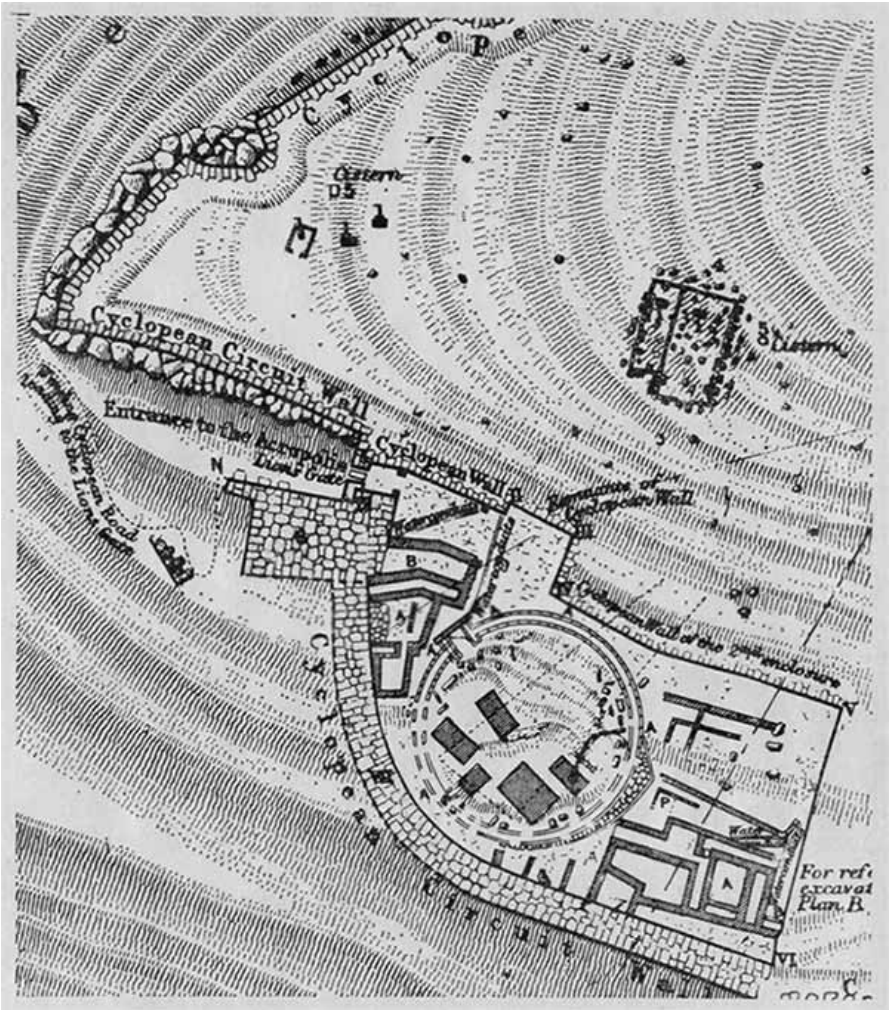
gadas desde lo alto de la cabeza hasta el principio del bajo vientre; la anchura de los hombros no excedía de 1 pie y 1 ¼ de pulgada y la del pecho de 1 pie 3 pulgadas; pero el fémur no ofrecía dudas sobre las proporciones reales del cuerpo. La presión de los escombros y las piedras fue tan grande que el espesor del cadáver había quedado reducido a 1 y a 1 ½ pulgada. El color del cuerpo recordaba considerablemente el de las momias egipcias. La frente estaba adornada con una hoja de oro, redonda y plana, y otra todavía más larga descansaba sobre el ojo derecho. También vi una hoja grande y otra pequeña de oro sobre el pecho, debajo de la gran coraza de oro, y una grande exactamente encima del muslo derecho.

La llamada máscara de Agamenón, en lámina de oro, uno más de los extraordinarios y ricos ejemplares que formaban parte de los ajuares de muchos enterramientos del mundo micénico.

La noticia de que había sido hallado el cuerpo bastante bien conservado de un hombre de la época de los héroes mitológicos, cubierto con ornamentos de oro, se extendió por la Argólida como un reguero de pólvora y la gente acudió a millares desde Argos, Nauplia y desde los pueblos circundantes para ver el maravilloso descubrimiento. Pero, no habiendo nadie que supiera conservar el cadáver, envié a por un pintor para que, al menos, hiciese una pintura al óleo ya que tenía miedo de que el cuerpo se hiciera pedazos. Gracias a ello, puedo dar ahora una descripción fiel del cadáver después de que le fueron quitados todos los ornamentos de oro. Pero afortunadamente resistió durante dos días y un químico de Argos, llamado Spiridon Nicolaou, le dio consistencia y solidez mediante un baño de alcohol en el que previamente se había disuelto resina elástica. Como no parecía haber guijarros debajo pensamos que podríamos levantarlo sobre una plancha de hierro; pero esto fue un error porque pronto comprobamos que debajo del cuerpo había el típico lecho de piedras, todas más o menos incrustadas en la roca blanda por el enorme peso que había presionado durante siglos sobre ellas. Todos los intentos realizados para deslizar la plancha de hierro debajo de los guijarros con objeto de levantarlos juntos con el cadáver fallaron completamente. No quedó, pues, otra alternativa que abrir una pequeña fosa en la roca rodeando al cadáver y hacer desde allí una incisión horizontal, como si cortásemos una plancha, de dos pulgadas de espesor. Luego teníamos que levantarlo todo junto con los guijarros y el cadáver, colocarlo sobre el tablón resistente, hacer en torno suyo una caja bien sólida y enviarlo al pueblo de Charvati, de donde sería reexpedido a Atenas tan pronto como la Sociedad Arqueológica hubiese conseguido un sitio adecuado

para las antigüedades micénicas. Con los miserables instrumentos de que disponíamos no fue tarea fácil separar horizontalmente de la roca la plancha de piedra pero aún fue mucho más difícil trasladarla en la caja de madera desde el profundo sepulcro hasta la superficie y transportarlo a hombros durante más de una milla hasta Charvati. Pero el capital interés que este cadáver tiene para la ciencia y la incierta esperanza de conservarlo hizo que toda aquella tarea nos pareciera fácil.

Mycenae, 1878



Al buscar la tumba de Agamenón, Schliemann se basó en los escritos de Pausanias, según el cual la tumba se hallaba cerca de la puerta de los Leones, y allí empezó Schliemann las excavaciones. *Arriba*, plano de la ciudad tomado de su libro sobre Micenas.

A su Majestad el Rey Jorge de los Helenos, Atenas

Es un gran honor para mí informar a Su Majestad de que he descubierto las tumbas que la tradición, de acuerdo con las afirmaciones de Pausanias, consideraba como los sepulcros de Agamenón, Casandra, Eurimedón y sus amigos, todos asesina-

dos en el banquete ofrecido por Clitemnestra y su amante Egisto. Las tumbas se hallan dentro de un doble anillo de losas paralelas que pudieron erigirse para algo más que en honor de los nobles personajes anteriormente mencionados. En el interior de las tumbas encontré una gran cantidad de objetos preciosos formada por piezas arcaicas de oro macizo. Solamente estas bastarían para llenar un gran museo que sería la maravilla del mundo y que, en los siglos venideros, atraería hacia Grecia a miles de visitantes de todos los países. Puesto que solo el amor al saber impulsa mis investigaciones, no pretendo, naturalmente, reclamar derecho sobre este tesoro, que me honro en entregar intacto a Grecia. Quiera Dios que este tesoro dé origen a una época de prosperidad nacional.

Henry Schliemann
Micenas, 16 (28) *de noviembre de* 1876

Respuesta de Su Majestad:

Al Doctor Schliemann, Argos

Tengo el honor de informarle que Su Majestad el Rey ha recibido su despacho y me ha dado instrucciones para que le exprese su reconocimiento por su difícil labor y dedicación al estudio y le felicite por sus valiosos descubrimientos. Su Majestad hace votos para que sus futuras empresas se vean siempre coronadas con éxitos semejantes.

Secretario de Su Majestad el Rey de los Helenos.

A. Calinskis
Mycenae, 1878

Winckelmann en Herculano

Johann Joachim Winckelmann

Johann Joachim Winckelmann *(1717-1768) nació en Stenddl, Sajonia prusiana. Sus primeros estudios de literatura clásica despertaron en él el deseo de visitar Roma y, en 1754, fue nombrado bibliotecario del Cardenal Passionei, convirtiéndose al catolicismo y estableciéndose en Italia. Por aquel tiempo se efectuaron grandes descubrimientos en Pompeya y Herculano pero los hallazgos eran guardados celosamente por los excavadores que no permitían a los observadores penetrar en los yacimientos ni en los talleres. Winckelmann, con su característica habilidad, consiguió eludir esta prohibición lo suficiente como para reunir material para varias publicaciones.*

En 1768 fue a Viena en donde fue recibido y agasajado por María Teresa pero las recompensas pecuniarias que aceptó por su trabajo prepararon su ruina; en su viaje de vuelta se mostró tan espléndido con su dinero durante su estancia en una fonda de Trieste que dio lugar a que un ladrón le atacara causándole la muerte. Fue el primer arqueólogo que estudió la evolución del arte antiguo y que intentó la deducción lógica de la historia y el trasfondo social del mundo antiguo a través de los restos que les sobrevivieron.

Johann Joachim Winckelmann, otro de los héroes legendarios de la arqueología y uno de sus primeros sistematizadores.

Un pozo abierto por orden del príncipe de Elbeuf, a una corta distancia de su casa, fue lo primero que dio ocasión al descubrimiento que ellos perseguían entonces. El príncipe había levantado esta casa con la intención de convertirla en su residencia permanente. Estaba situada detrás del convento franciscano donde, cerca del mar, terminaba la roca de lava. Después pasó a

ser propiedad de la casa Falletti de Nápoles a quien se la compró el rey de España para convertirla en un lugar de pesca. El pozo en cuestión había sido horadado cerca del jardín de los carmelitas descalzos. Para hacerlo, habían realizado excavaciones a través de la lava, hasta llegar a la roca viva donde los obreros encontraron, bajo las cenizas del monte Vesubio, tres grandes estatuas vestidas de mujer. Asistiéndole el derecho para ello, el Virrey de Austria las reclamó y al entrar en posesión de estas, las envió a Roma para que fueran restauradas, ofreciéndoselas como presente al príncipe Eugenio, que las colocó en su jardín de Viena. A su muerte, su heredera las vendió al rey de Polonia por seis mil coronas o florines, no puedo precisarlo con exactitud. Siete años después de mi salida hacia Italia, se encontraban en un pabellón del gran jardín real, en las afueras de la ciudad de Dresde, junto con las estatuas y bustos del palacio de Chigi, por las que el último Augusto, rey de Polonia, había dado sesenta mil coronas. Esta colección fue incorporada a ciertos monumentos antiguos que el Cardenal Alejandro Albani había cedido al mismo príncipe por diez mil coronas.

Uno de los pozos abiertos en Herculano con los que se abría el acceso a las ruinas y riquezas de la ciudad sepultada por las cenizas del Vesubio.

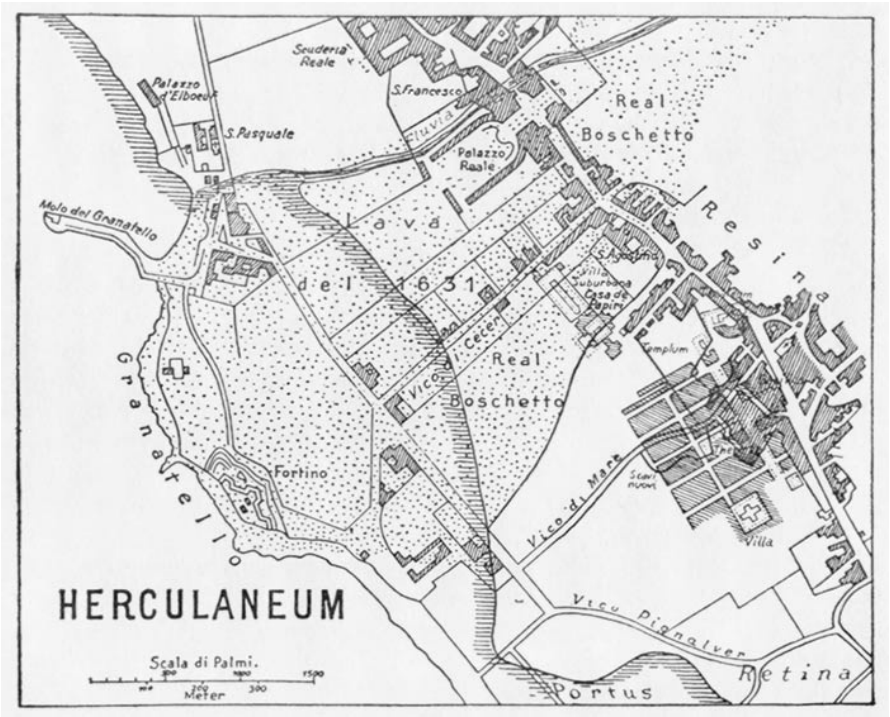
Al descubrir estas antigüedades, se dieron órdenes al príncipe de Elbeuf de no seguir excavando. Sin embargo, tuvieron que pasar treinta años antes de que se tuviesen nuevas noticias sobre las mismas. Al fin, después de haber conquistado Nápoles y tan pronto como consiguió pacificarlo, el rey de España fijó en Pórtico su residencia de primavera. Y, como continuaba existiendo el pozo, ordenó que prosiguieran los trabajos en el

fondo del mismo hasta alcanzar algunos de los antiguos edificios sepultados. Esta excavación existe todavía. Atraviesa perpendicularmente la lava hasta llegar al centro del teatro (el primer edificio descubierto) que no recibe más luz que la que entra por el citado pozo. Aquí se descubrió una inscripción que llevaba el nombre de Herculano, lo que dio lugar a numerosas conjeturas sobre el descubrimiento e indujo al soberano a ordenar que prosiguieran con la excavación.

La dirección de este trabajo fue confiada a un ingeniero español llamado Joaquín Roche Alcubierre que había seguido al rey hasta Nápoles y que ahora es coronel y jefe del cuerpo de ingenieros de Nápoles. Este hombre, del que (utilizando el proverbio italiano) podría decirse que sabía tanto de antigüedad como la luna de langostas ha sido, con su incompetencia, el culpable de que se perdiesen muchas antigüedades. Un simple hecho bastará para demostrarlo: Habiendo descubierto los obreros una gran inscripción pública (desconozco a qué edificio pertenecía) en letras de bronce de dos palmos de altura, ordenó que se arrancasen estas letras de la pared sin antes hacer una reproducción de las mismas y las arrojó atropelladamente a un cesto, presentándolas luego en aquel estado al rey. Posteriormente quedaron expuestas durante muchos años en el gabinete, donde todos tenían libertad para colocarlas en el orden que creyeran más conveniente. Alguien pensó que componían las palabras IMF. AUG. Explicaré más tarde cómo trataron una cuadriga de bronce siguiendo las orientaciones del mismo ingeniero.

Con el tiempo el Sr. Roche llegó a ocupar un cargo más elevado y la supervisión y dirección de los trabajos en cuestión fueron confiados a un funcionario suizo llamado Charles Weber, que ahora es Alcalde. Y a su buen juicio debemos agradecer todos las acertadas iniciativas adoptadas desde entonces para sacar a la luz este tesoro de antigüedades. Lo primero que hizo

fue levantar un plano exacto de todas las galerías subterráneas y de los edificios a donde estas conducían. Hizo más inteligible este plano mediante una minuciosa descripción histórica de todo el hallazgo. En él puede verse la antigua ciudad libre de todos los escombros que en realidad la desfiguran. El interior de los edificios, la mayoría de las habitaciones privadas y los jardines, así como los lugares donde se encontraron los objetos recuperados, aparecen en este plano exactamente igual que si estuvieran completamente al descubierto. Pero nadie está autorizado a ver dichos dibujos.

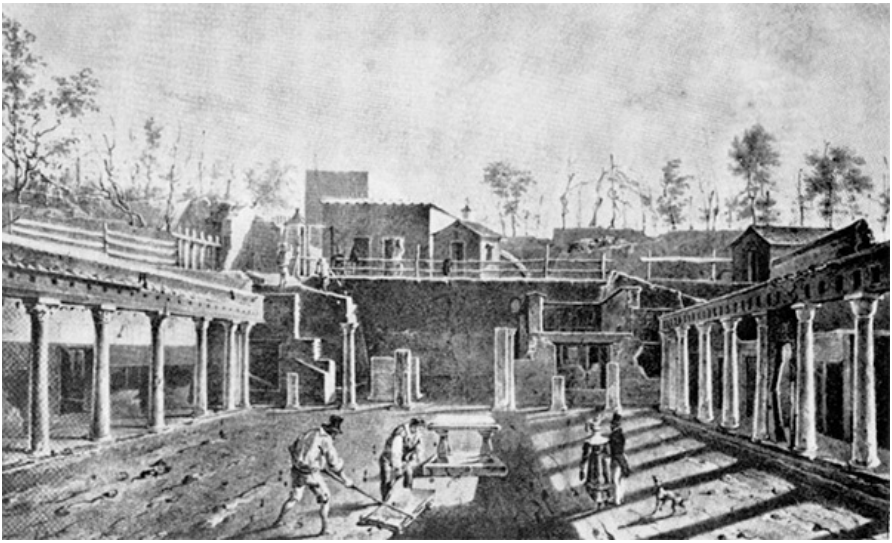


Plano de Herculano, en el que pueden apreciarse los lugares excavados y el emplazamiento de la actual población de Resina.

El feliz resultado de los trabajos emprendidos en Herculano determinó nuevas excavaciones en otros lugares. Al hacerlo pudieron fijar la situación de la antigua Stabies y en Pompeya llegaron, hasta los grandes restos de un anfiteatro construido so-

bre una colina que destacaba parcialmente sobre la superficie. En este lugar los trabajos de excavación resultaron bastante menos costosos que los de Herculano, pues no había tanta lava que perforar. Los trabajos subterráneos de Pompeya son más prometedores, pues no solo se tiene la seguridad de estar avanzando lentamente hacia una gran ciudad sino de haber descubierto la calle principal de ella que se extiende en línea recta. Pero aunque estábamos seguros de encontrar tesoros desconocidos de nuestros antecesores, los trabajos se ejecutaron con mucha lentitud e indolencia, y no se utilizaron más que cincuenta hombres, incluyendo entre ellos a los esclavos argelinos y tunecinos, empleados en todos estos trabajos subterráneos. A pesar de las grandes dimensiones de la ciudad de Pompeya, en mi último viaje, no encontré más que ocho hombres trabajando en sus ruinas.

Para compensar esta negligencia, en la actualidad se sigue un método de excavación que hace prácticamente imposible dejar sin descubrir los lugares más insignificantes. A ambos lados de un foso principal, que sigue una línea recta, los hombres cavan diversos pozos alternativos de una longitud, anchura y profundidad determinadas y, a medida que van avanzando extraen los escombros de cada uno de esos pozos y los pasan al anterior. Este método se sigue no solo con vistas a ahorrar gastos sino también con el objeto de reafirmar la tierra de cada uno de los pozos con los escombros extraídos del otro.



La excavación y limpieza de las viviendas de Herculano, cuya vida se interrumpió bruscamente, constituyen una de las aportaciones más interesantes para el conocimiento de la vida cotidiana en el mundo romano.

Sé que a los extraños, particularmente los viajeros que solo pueden ver de paso estas obras, les gustaría que se extrajeran todos los escombros para tener la oportunidad de ver, como en el plano del que he estado hablando, el interior de toda la ciudad subterránea de Herculano. Ellos podrán poner reparos a este capricho de las autoridades y de los que dirigen las obras. Pero esto no es más que un prejuicio que desaparecería con un examen racional de la naturaleza del lugar y otras circunstancias. Debo, sin embargo, coincidir con los extranjeros en lo que respecta al teatro, pues debería haber quedado completamente descubierto y habría justificado sin duda los gastos. Estoy, pues, muy lejos de sentirme satisfecho ante el hecho de que se hayan descubierto solamente las gradas, cuya forma podría deducirse fácilmente siguiendo el ejemplo de los numerosos teatros antiguos que todavía existen. Sin embargo, han dejado el escenario

como lo hallaron a pesar de constituir la parte más importante de todo el edificio y la única de la que no tenemos ideas claras ni precisas. Han hecho algo, es cierto, para dar satisfacción al curioso y al entendido, al haber despejado los peldaños que conducen desde la arena o foso al escenario. Por ello, es de esperar que algún día podremos contemplar en su totalidad el teatro de Herculano, aunque ello solo sea posible penetrando en los subterráneos donde está situado.

Y a los que desearían poder ver la ciudad entera, les ruego que tengan en cuenta que solamente han podido conservarse los muros, al haber cedido los tejados de las casas ante el enorme peso de la lava que cayo sobre ellos. Por otra parte, como las paredes que contienen pinturas han sido separadas y sacadas de allí a fin de que estas piezas inestimables no resultaran dañadas por el aire o la lluvia, solamente podrían contemplarse en su integridad los muros de las casas más pobres y humildes. Dejo ademas a cada cual que juzgue por sí mismo lo caro que resultaría quitar una costra de lava tan gruesa y de dimensiones tan enormes y extraer la enorme cantidad de cenizas acumuladas debajo. Y, después de todo, ¿qué ventaja obtendríamos de ello? Solo la de ver al descubierto un conjunto de viejas paredes ruinosas, destinadas exclusivamente a satisfacer la curiosidad enfermiza de algún «entendido», sacrificando para ello una ciudad populosa y bien construida. Es cierto que el teatro, podría haber quedado enteramente al descubierto a costa de sacrificar tan solo el jardín bajo el que se encuentra y que pertenece a los carmelitas descalzos.

Los que deseen ver muros de edificios antiguos enterrados, idénticos a estos, pueden satisfacer su curiosidad en Pompeya. Pero a excepción de los ingleses, son pocas las personas que tienen la suficiente resolución para viajar tan lejos con ese propósito. En Pompeya puede excavarse el terreno, sin riesgo alguno y a bajo coste, pues la tierra que cubre esta ciudad tiene escaso

valor. Antiguamente, es cierto, solía producir un vino delicioso pero el que produce en la actualidad es tan mediocre que el país apenas se perjudicaría si se destrozasen por completo sus viñedos. Debo añadir que esta región se halla más expuesta que cualquier otra a esos efluvios que sus moradores llaman «Musseta» y que queman todos sus productos agrícolas. He tenido la oportunidad de comprobarlo en numerosos olmos que hace seis años presentaban un aspecto vigoroso. Estas emanaciones preceden generalmente a una erupción y empiezan a ser percibidos en las capas subterráneas. Por esta causa, unos días antes de la última erupción, algunos de los habitantes de esta zona murieron al entrar en sus sótanos.

La indolencia con que se llevan estos trabajos hace suponer que un espléndido campo de descubrimientos quedará para la posteridad. Sin duda alguna, en Pozzuoli, Baiae, Cuma y Miseno, donde los romanos tuvieron sus poblaciones más importantes, seria posible descubrir, por el mismo sistema, tesoros arqueológicos tan considerables como estos. Pero la Corte se siente tan satisfecha con los descubrimientos que ahora se realizan, que ha prohibido hacer excavaciones en ningún otro sitio más allá de una profundidad determinada. Es cierto que en los distritos a que me he estado refiriendo existen edificios antiguos, hasta ahora poco o nada estudiados, según demuestra el hecho que voy a referir. Un capitán inglés, cuyo barco llegó hace dos años a estos lugares, descubrió debajo de Baiae una espaciosa y hermosa sala, accesible solo por el mar, en la que se conservaban todavía bellos ornamentos en estuco. Fue solo después de mi regreso a Nápoles cuando oí hablar del descubrimiento, que, sin embargo, solo conozco a través de sus gráficos. Mr. Adams, de Edimburgo, Escocia, me lo explicó todo detalladamente. Es un amante de las artes y piensa visitar Grecia y Asia Menor.

Los cadáveres en yeso de Pompeya

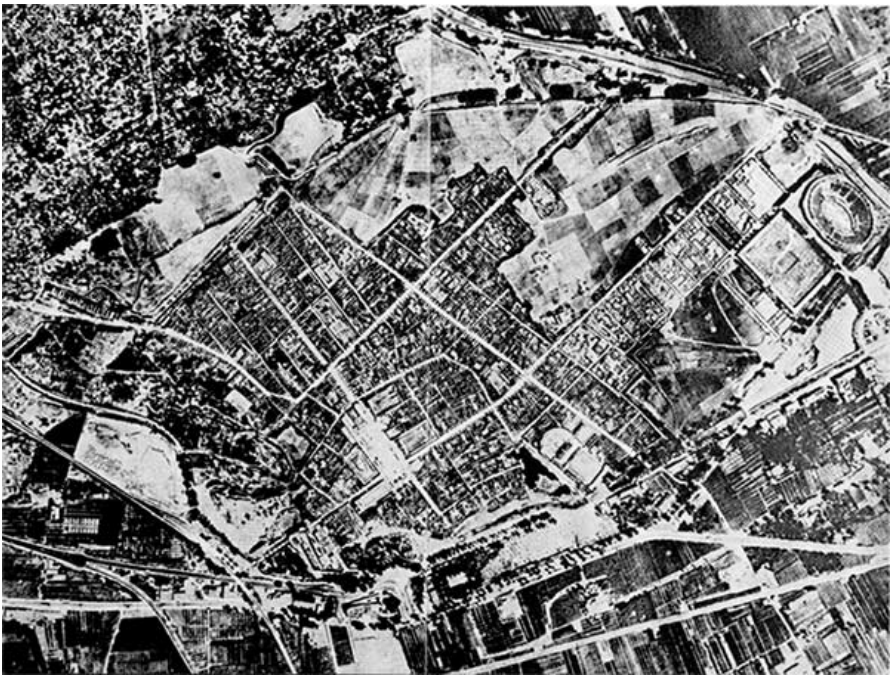
Augustus Goldsmidt, *hizo el siguiente informe sobre el hallazgo en Pompeya de algunos esqueletos en el curso de la primavera de este año.*

Coincidiendo con mi estancia en Roma y cediendo al deseo de algunos amigos el pasado invierno realicé una breve excursión desde Lent a Nápoles, impaciente por regresar con un informe personal sobre unos interesantes hallazgos de restos humanos que últimamente se habían efectuado en Pompeya.

«Gracias a la amabilidad del Sr. Vertumni, un artista romano de cierto prestigio que residía en Nápoles, pude presentarme a Cavaliere Fiorelli, el director oficial de los trabajos, quien me invitó a participar en una visita de exploración a las ruinas de Pompeya que se proyectaba para aquellos días.

Pompeya, una de las primeras ciudades *turísticas*, muestra a la vez el lujo y esplendor en que vivía la burguesía romana.

Después de visitar varias de las calles y sectores de la ciudad que habían sido descubiertos anteriormente, pasamos a un pequeño museo que el Sr. Fiorelli había organizado con la esperanza de mantener en el lugar donde fueron hallados los numerosos e interesantes objetos que diariamente son sacados a la luz en el curso de los sondeos, llevados a cabo más concienzudamente que nunca, desde la subida al poder del actual Gobierno italiano. En dos de las salas del museo los cuerpos han sido depositados procurando mantenerlos, dentro de lo posible, en las mismas posturas en que fueron hallados.



Una curiosa fotografía del plano de la ciudad.

Estoy muy agradecido a la amabilidad y cortesía de Cavaliere Fiorelli que me facilitó toda la información sobre estos descubrimientos y me permitió examinar los diarios que se conservan sobre el desarrollo y resultados de los trabajos.

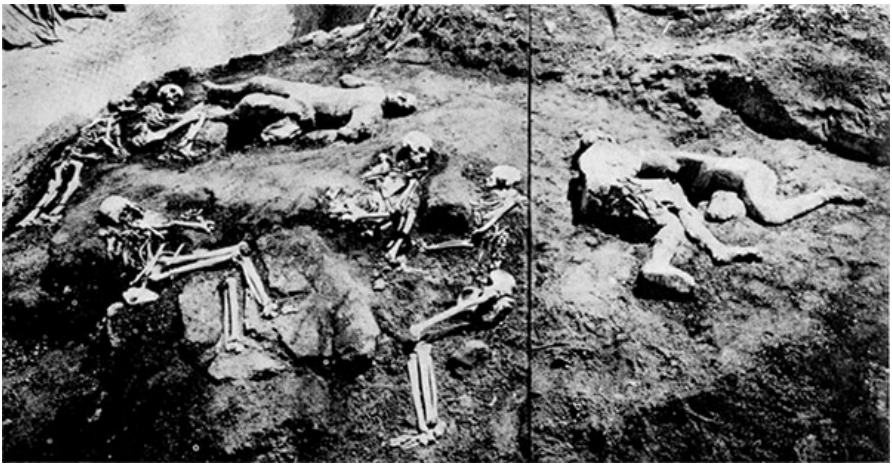
Parece ser que a principios de febrero pasado, mientras se extraía la tierra suelta que ahora cubre los restos de Pompeya, fueron encontrados los restos de una talega de tela que contenía varias monedas, ornamentos y dos llaves de oro. Por accidente un obrero abrió junto a este objeto un agujero con su piqueta y al examinarlo el Sr. Fiorelli comprobó que existía una cavidad de cierta extensión. Por algún tiempo, había acariciado la idea de que hubiese cuerpos humanos enterrados en las ruinas de la ciudad, cuyos restos podrían haber desaparecido dejando sus huellas en la capa de arena. Por ello hizo verter en la cavidad sulfato cálcico en estado muy fluido mientras aplicaba

una fuerte corriente de aire para que el yeso líquido penetrase hasta el centro de la cavidad.

Tan pronto como la cavidad estuvo llena de yeso fue retirando cuidadosamente la tierra que la rodeaba. Las cenizas en que estaban enterrados los cuerpos debieron estar sometidas durante algún tiempo a un estado de humedad endureciéndose gradualmente y a medida que las partes blandas de los cuerpos fueron descomponiéndose y encogiéndose se formó un hueco entre los cadáveres y el suelo. Esto formó la cavidad donde se vertió el yeso. En las partes óseas, al ser muy pequeño el espacio que quedó vacío, la capa de yeso es considerablemente delgada y muchas partes de las extremidades y del cráneo han quedado al descubierto.

Estas cenizas habían recubierto los cadáveres completamente y el vaciado está hecho de forma tan perfecta que el tejido de las prendas interiores, calzones y vestiduras interiores con mangas puede verse claramente. Los cuerpos, como puede apreciarse, presentan un aspecto entumecido en la región abdominal, como si hubieran sufrido los efectos del agua.

Los cadáveres en yeso de Pompeya. Sepultados por las cenizas que actúan de molde, nos es fácil revivir hoy toda la tragedia de estos seres, otros más de los muchos que murieron como consecuencia de la violenta erupción del Vesubio.



En la primera habitación se encuentra la figura de una mujer, al parecer de unos treinta años o más, que está acostada so-

bre el lado derecho en una posición algo contorsionada. Tiene levantada la mano izquierda y en el dedo meñique lleva un anillo bastante corroído, al parecer de plata. La cabeza está echada hacia atrás y pueden verse todavía sus cabellos, que parecen muy abundantes. Los pliegues del vestido se distinguen con bastante claridad. Los huesos de los pies están extendidos rígidamente. Las articulaciones de los tobillos y muñecas y las falanges de los dedos tienen un aspecto delicado y sus pulgares finos, largos y bien proporcionados parecen indicar que su alcurnia era muy superior a la de las otras mujeres que describiremos.

En la habitación siguiente hay dos estantes: en el primero se encuentra el cuerpo de un hombre que está acostado de espaldas y recoge con una mano su ropa interior hasta el pecho, dejando desnuda toda la parte inferior de su cuerpo, de muy bellas proporciones. Un detalle curioso, todavía apreciable, es que el vello de la región púbica está afeitado formando un semicírculo, como puede verse en las estatuas y que, según creo, se ha considerado siempre como un simple convencionalismo escultórico. El otro brazo está extendido, el puño cerrado con fuerza y las extremidades revelan una actitud de rigidez próxima al paroxismo. Estas circunstancias, así como la expresión de dolor y espanto que se observa claramente en su semblante, parecen demostrar que el infortunado murió consciente del terrible fin que estaba viviendo y contra el cual luchó en vano. Los huesos de los pies quedan al descubierto.

Sobre el otro anaquel, en la segunda habitación, yacen dos cuerpos de mujer, probablemente de la familia de aquel hombre, según supone el señor Fiorelli.

Los dos yacen con la cabeza junto a los extremos opuestos de la mesa, de forma que la parte inferior de uno queda paralela a la del otro. Se trata de una mujer de unos 30 o 40 años, y de una muchacha de 15 a 16 años. La mujer descansa sobre el lado iz-

quierdo, con un brazo ligeramente levantado y el otro junto al costado, según parece en una postura más cómoda que las dos figuras antes descritas, como si hubiese sufrido menos.

La más joven descansa también sobre el lado izquierdo y por tanto con la cabeza mirando en una dirección contraria a la de la otra mujer. Tiene apoyada la cara sobre el brazo izquierdo para protegerse los ojos, y la postura del brazo y la mano parecen indicar que sostuvieron un trapo o un pañuelo contra su boca con objeto de protegerse de la cenizas que caían. Las formas de estas figuras son más hermosas, especialmente la cintura y las nalgas que están perfectamente modeladas. Las manos y los brazos son también muy delicados aunque ambas mujeres parecen haber pertenecido a una clase social inferior a la de la primera. La tela del vestido se distingue con claridad. Debería haber dicho que en la de más edad se aprecia claramente que llevaba una túnica, siendo también visibles las huellas de sus sandalias.

Son muy notables la simetría de la espalda y de los miembros de esta mujer y lo mismo sucede con la joven ya aludida. Y teniendo en cuenta que este hecho se repite en cuerpos tomados al azar, todo parece indicar que se han conservado durante siglos para demostrar que los antiguos tuvieron realmente aquella perfecta simetría que nos han transmitido a través de esas magníficas estatuas que son todavía admiración del mundo y que, posiblemente, no fueron una asociación de características de diferentes individuos en una forma imaginaria.

Estos hallazgos son en muchos aspectos dignos de la atención de los arqueólogos y han contribuido a aumentar el prestigio del Sr. Fiorelli, a cuya penetración crítica son debidos».

Expresamos nuestro agradecimiento por sus revelaciones.

Proceedings of the Society of Antiquaries of London,
1863

El descubrimiento de la Venus de Milo

Claude Tarral

Quizá la época más feliz que han vivido los arqueólogos ha sido la segunda mitad del siglo XIX. *La arqueología, considerada como medio de estudio científico del pasado a través de sus reliquias y no como una simple y fructífera fuente de piezas de colección, estaba todavía en su infancia y ofrecía unas inmensas perspectivas al investigador y al excavador. Los hallazgos de estos crearon la estructura sobre la que se ha reconstituido en gran parte la cronología del mundo clásico. Pero dejando completamente al margen el valor de estos descubrimientos como evidencia histórica, se han recuperado estatuas que pueden catalogarse entre los grandes tesoros de la humanidad en su dimensión puramente artística.*

La Venus de Milo, obra maestra del arte griego conservada en el Museo del Louvre y cuya belleza muchos dudan pudiera superar cuando estaba completa.

Hace exactamente cuarenta y cuatro años que el azar sacó a la luz la encantadora Venus de Milo, la perla del Louvre. Desgraciadamente, este corto período de tiempo ha presenciado la desaparición de los principales actores de este magnífico triunfo sobre el paso del tiempo. El joven grumete Dumont d'Urville, el primero que quedó impresionado por la belleza de esta preciosa estatua, dibujándola y describiéndola con tanto acierto, encontró una trágica muerte en un accidente ferroviario. Fauvel, último superviviente de la expedición de Choiseul, el distinguido investigador Quatrèmere de Quincy, el doctor Clarac, Forbin Janson, el Marqués de Rivière y Émeric David, ya no están con nosotros. Marcellus, que tuvo el alto honor de recibir a la Venus y transportarla a Francia, murió recientemente estando aún en lo mejor de la vida. Por ello, para conseguir casi toda nuestra información hemos tenido que limitamos a los relatos que ellos dejaron a la posteridad. M. Brest, el agente consular de Francia en Melos, que desplegó tan elogiable energía en la adquisición de la obra maestra, vive todavía pero ha cumplido ya los ochenta y temo que su memoria ya no sea muy precisa. Esta convencido de que tanto sus superiores como los historiadores le han tratado injustamente. Para él nuestra arrebatadora diosa, lejos de ser un recuerdo gozoso es una fuente de

amargura. Teniendo en cuenta, sin embargo, que sus quejas no carecen de fundamento, deberíamos compadecernos de este anciano venerable y mitigar el sufrimiento de sus últimos años con la compensación adecuada.

M. Beulé declara abiertamente que Francia debe la Venus de Milo a Brest. Este hecho exige una detallada exposición. Tengo ante mí un informe absolutamente inédito, escrito hace dos años por M. Brest en el que declara que hacia finales de 1819 «compró la inmortal Venus para Francia a un campesino griego, llamado Theodore Kendrotas, por la suma de 600 piastras más 18 piastras por el embalaje, un total de 618 piastras, equivalente en aquel tiempo a la misma cantidad en francos». M. Brest trasladó luego la estatua a su casa y la guardó a pesar de las amenazas del Príncipe Mourousi. Después el torso fue robado y colocado a bordo de un barco inutilizado. M. Brest, ayudado por el teniente Berranger y doce hombres de la tripulación de la goleta «Estafette», la recobraron por la fuerza. Fue Brest también, quien se dedicó a proteger a los principales ciudadanos de la isla de Melos contra la venganza de Mourousi, viéndose obligado a pagar una multa de 6.000 piastras que el déspota les impuso. Solo diez años después fue indemnizado M. Brest por aquel gasto, pero entonces la diferencia en el cambio de moneda era ya muy desfavorable para él y perdió 5.000 francos. Esta pérdida, junto con las demás sumas gastadas, nunca le fueron compensadas. M. Brest dice aún que en ausencia del Marqués de Rivière, B. Beaurepaire, el encargado de negocios de Constantinopla, concibió una estratagema para que entregase todos los documentos y recibos que justificaban sus derechos. Estas son, en verdad, serias acusaciones contra el difunto. Nosotros las aceptamos con reservas, pues es factible que la memoria de M. Brest le haya conducido a errores involuntarios. He aquí algunos datos que nos inducen a dudar de la exactitud de sus declaraciones. En primer lugar, M. Brest nun-

ca pidió una rehabilitación pública por estas injurias que aseguraba haber sufrido. Mantiene que compró la Venus hacia fines de 1819 y que tan pronto como fue separada y levantada de su nicho se la llevó a su casa. Sin embargo, esta última afirmación se contradice con lo que declaró Dumont d'Urville. Este, por lo menos cuatro meses después (19 de abril de 1920), vio la parte superior de la Venus en un cobertizo de un campesino griego y encontró la parte inferior todavía en su nicho. M. Brest asegura también que no se encontraron los brazos y d'Urville, por el contrario, vio dos brazos y una mano sosteniendo una manzana, que fueron enviadas a Marcellus con la Venus y otros fragmentos. M. Brest cita solo dos figuras de Hennes descubiertas con la Venus. No obstante, había tres. Aquí hay suficientes pruebas de que M. Brest está equivocado en ciertos detalles pero es posible que tenga razón en otros. Corresponde a la Cancillería de Francia examinar sus pretensiones y si es necesario ofrecerle una compensación honorable ya que sería vergonzoso para este país que la ingratitud en un asunto semejante tuviese que enturbiar la posesión de un monumento de gloria imperecedera.

He aquí un relato abreviado del descubrimiento de la Venus. Es muy lamentable que las circunstancias del hallazgo estén pobremente documentadas, pues existe un número de puntos arqueológicos de importancia que se presentan muy oscuros. La primera descripción de la joya del Louvre es la que brinda el joven d'Urville. Es todavía la mejor. Aunque no es arqueólogo, su instinto de observación constituye un ejemplo para los anticuarios. Su notable informe es poco conocido, cuando en realidad merece un serio estudio. Como apoya mis conjeturas, citaré los pasajes más importantes.

«En 19 de abril de 1820», dice d'Urville («Annales maritimes», Bajot, 1821, p. 150), «fui a examinar unos fragmentos clásicos, encontrados en Melos poco antes de nuestra llegada.

Unas tres semanas antes de nuestra llegada a la isla, un campesino griego se hallaba cavando en su campo, situado dentro de los límites del asentamiento de la antigua Melos, cuando encontró unos trozos de piedra tallada. Como estos bloques son utilizados por sus moradores para construir casas y tienen cierto valor, se animó a cavar más hondo y así vino a descubrir una especie de nicho en el que encontró una estatua de mármol, dos figuras de Hermes y algunos otros fragmentos también de mármol.

La estatua estaba compuesta de dos piezas unidas por medio de dos clavos fuertes de hierro. El campesino, temeroso de perder el fruto de su labor se llevó la parte superior de la estatua y las dos figuras de Hermes a un cobertizo. La parte inferior permaneció en su nicho. Lo examiné todo detenidamente y todas las piezas me parecieron de un bello estilo, en la medida que mis pobres conocimientos de arte me permitían juzgarlas.

Medí las dos partes de la estatua separadamente y comprobé que tendría unos 6 pies de altura. Representaba a una mujer desnuda. Su mano izquierda estaba levantada sosteniendo una manzana y su mano derecha sostenía una prenda confusamente plegada que caía descuidadamente desde la cintura hasta los pies. Pero ambas manos se hallaban en mal estado y en realidad separadas del cuerpo. El pie que le quedaba estaba desnudo. Las orejas, perforadas, debían de haber llevado pendientes. Todos estos atributos parecen suficientes para identificar a la Venus del juicio de París. Pero ¿dónde están Juno, Minerva y el bello pastor? Es cierto que el aderezo de un borceguí y una tercera mano fueron encontrados al mismo tiempo. Sin embargo, el nombre de la isla, Melos, es muy afín a la palabra "melón", que significa "manzana". ¿No es probable que el principal atributo de la estatua indique esta relación verbal?

Las dos figuras de Hermes que la acompañaban en su nicho no se distinguen bien. Una está rematada por la cabeza de una

mujer o un niño y la otra tiene la cara de un anciano con una larga barba. Sobre la entrada del nicho hay una losa de mármol de 4 ⅕ pies de longitud y 6 a 8 pulgadas de anchura, que lleva una inscripción. De esta solo la mitad ha sobrevivido al tiempo. El resto está borrado por completo. No puede calcularse el valor de esta pérdida. Quizá podría habernos proporcionado un poco de luz sobre la historia de esta isla, que según todos los indicios tuvo una época de prosperidad pero cuya suerte después de la invasión ateniense, que duró veintidós siglos, nos es completamente desconocida. Podríamos haber sabido, al menos, con qué motivo y por quién fueron concebidas estas estatuas. Hice una copia de la inscripción. El pedestal de una de las figuras de Hermes debió de haber llevado también una inscripción pero las letras estaban demasiado desgastadas para poder descifrarlas. Con ocasión de nuestro viaje a Constantinopla el embajador me preguntó por esta estatua. Le expuse mi opinión y envié a M. Marcellus una copia del informe que usted acaba de leer. A mi regreso, M. de Rivière me comunicó que había comprado la estatua para el Museo. Supe entonces que M. Marcellus llegó a Melos en el mismo momento en que la estatua esperaba ser embarcada con otro destino. Pero después de varias dificultades, este amigo de las artes consiguió finalmente salvar para Francia esta preciosa reliquia de la antigüedad».

De este modo el joven naturalista d'Urville vio personalmente la parte inferior de la Venus en su nicho. Él afirma que la parte superior estaba unida a la inferior por medio de unos fuertes clavos de hierro. Esto respaldaría la creencia de que el campesino griego se las llevó y que la Venus estaba entera y permanecía de pie como lo describe M. Brest. Pero otras versiones señalan que la Venus fue encontrada en dos piezas separadas. Las claras huellas de un azadón sobre el torso apoya esta última versión. D'Urville es más explícito en el asunto de las dos manos, la izquierda sosteniendo la manzana, la derecha

sosteniendo la prenda. Yerra en la descripción de un Hermes, nuestro pequeño Mercurio, que él toma por una mujer o un niño (error que revela la ausencia de una preparación clásica). Él no pudo descifrar la inscripción de su base, lo cual demuestra su falta de familiaridad con los estudios epigramáticos. La copia que hizo de la inscripción de la losa de mármol situada encima del nicho ha resultado ser muy valiosa, como explicaré más adelante. Es mi opinión que Durmont d'Urville desempeñó un papel muy importante en la adquisición de la Venus. M. Brest no gozaba de reputación en el mundo de las artes, su opinión no pudo influir en el embajador en Constantinopla. Pero el acertado criterio de d'Urville fue un poderoso factor en la salvación para Francia de este excepcional monumento.

Respecto a la excavación de Melos, Marcellus nos ha dejado algunos detalles que parecen exactos aunque contradicen a M. Brest.

«Hacia fines de febrero de 1820, un griego llamado Yorgos estaba cavando en su campo cuando encontró una especie de nicho oblongo construido en la roca. Consiguió despejar esta pequeña obra y también una estrecha hornacina hundida 5 o 6 pies bajo la superficie del suelo. Allí, tendida en un confuso montón, encontró la parte superior de la estatua, que se llevó enseguida a la choza, tres figuras de Hermes, varios pies de estatuas y otros fragmentos de mármol. Quince días después, prosiguiendo la búsqueda, encontró la parte superior de la misma estatua y ciertas esculturas clásicas fragmentadas». He aquí ahora la descripción de la Venus hecha, a la vista de la misma, por Marcellus. «La estatua estaba formada por dos bloques, unidos por un clavo de hierro que no ha sido recuperado. Los pliegues de la tela que caían sobre la cadera izquierda ocultaban la línea donde se unen las dos piezas. Toda la mata de pelo (debemos entender por esta expresión el moño) estaba suelta pero bastante bien conservada y era elegante en su estilo. Una por

una, sobre el puente de la goleta "Estafette", desplegué las tres figuras de Hermes y los fragmentos clásicos que me habían sido entregados». En una nota Marcellus añade: «Sobre una losa de mármol de 4 ½ pies de longitud por 8 pulgadas de anchura habían varias palabras que parecían no tener ninguna relación con la estatua. La inscripción, que estaba parcialmente borrada, fue abandonada en Melos». ¡Qué cosa tan absurda! ¡Y el propio d'Urville, tan inteligente, la había considerado muy importante y se lamentaba de su mal estado! Marcellus hace esta observación: «Muchos volúmenes de disertaciones en elogio de la Venus les han inducido a opinar así. Entre otras cosas destacamos las páginas de Quatriéme de Quincy, Clarac y Saint-Victor, llenas de exquisitez y erudición. Algunos bocetos presentando las diversas posturas que pudo tener originalmente fueron mostrados al rey. Se intentó adosar a los hombros de la estatua dos brazos y una mano sosteniendo una manzana, solución que yo también rechacé. Pero era fácil darse cuenta que estos brazos, toscamente modelados, solo pudieron pertenecer a la Venus en un primer y rudo intento de restauración, atribuido al siglo octavo de la era cristiana. Se ha demostrado (¿por quién?) que la estatua, recargada de túnicas, collares y pendientes, representó a Panagia (la Virgen Santa) en una pequeña iglesia griega cuyas ruinas contemplé en Melos». Aquí hay absurdos si se quiere. La diplomacia no proporciona a un hombre los conocimientos necesarios para ser considerado un arqueólogo aficionado. He citado estas frases para demostrar que Marcellus no trajo a Francia realmente dos brazos fragmentados con una mano sosteniendo una manzana, los brazos y la mano que había descrito exactamente d'Urville. ¿Cómo pudo Clarac desconocer este hecho y escribir lo siguiente?: «Se creía que el brazo izquierdo había desaparecido completamente pero al visitar Melos para comprobar por sí mismo todo lo que concernía a la estatua, el Marqués de Rivière emprendió nuevas excavaciones y tuvo la

suerte de encontrar los fragmentos de un brazo y una mano. Estos, por la calidad del mármol y de su acabado, podían ser atribuidos a aquella Venus y deducimos por los orificios del clavo y las marcas de los rasguños que el brazo estaba unido a ella». ¿Son este brazo izquierdo y esta mano los que citaba y devolvió Marcellus? Estudiando a Marcellus y examinando la escultura de Venus donde se adosaba el fragmento del brazo, uno se siente inclinado a tachar a Clarac de confuso. Sin embargo, yo he leído en el informe inédito de M. Brest que tenía instrucciones de M. de Rivière de hacer nuevas excavaciones en Melos y que fueron hallados dos brazos que M. Brest creyó pertenecientes a la Venus. «El brazo derecho estaba dividido en tres piezas, con tres dedos cerrados y el pulgar e índice unidos, sosteniendo algo al parecer». M. Brest afirma que él envió estos fragmentos a Toulon a nombre de M. Bedfort.

En su informe inédito, M. Brest afirma que «la Venus no tenía brazos. El desmoronamiento de la parte superior del nicho podría haberlos roto y haber causado un ligero rasguño en la nariz de la estatua».

Existe un número de divergencias entre estos dos historiadores. M. Brest afirma que la Venus no tenía brazos pero d'Urville los vio y dice que la mano izquierda sostenía la manzana. Marcellus recibió los fragmentos de las manos de M. Brest y los devolvió a Francia. Clarac habla de una mano izquierda con una manzana. Pero para ser sinceros, M. Brest podría muy bien haberse equivocado aquí. De no ser así, resultaría que los dos fragmentos de la Venus que tenían la manzana fueron descubiertos en Melos. Hoy en el Louvre solo se encuentra un trozo del brazo y de la mano izquierda. Yo he sacado un molde de estas y no cabe duda de que pertenecen a nuestra estatua. Opino que estas dos piezas son las mismas que vio y describió d'Urville y que fueron devueltas a Francia por Marcellus. Clarac solo menciona un segundo brazo, recuperado en la segunda excava-

ción de Melos. M. Brest dice que él descubrió dos. M. de Sartiges, embajador en Roma, visitó Melos hace algunos años y me asegura que M. Brest le habló de los dos brazos que envió a Francia. M. Gobineau, arqueólogo muy destacado además de diplomático hábil, se encontró con Brest en Constantinopla a la vuelta de una misión en Persia. M. Brest le reiteró las mismas afirmaciones relativas a los dos brazos. Lo que es cierto es que varias piezas de la Venus, los fragmentos de un brazo derecho y un brazo izquierdo, cuya mano sostenía una manzana, las tres figuras de Hermes, un pedestal con una inscripción griega y parte de la base de la estatua atravesaron el umbral del Museo de Louvre. Aquí debemos admitir un hecho deplorable, inexplicable: hoy el museo ya no posee ni la mano derecha, ni el fragmento de la base, ni el pedestal de Hermes-Mercurio adornado con la inestimable inscripción griega. M. de Longpérier ha llevado a cabo investigaciones exhaustivas para recuperarlos excavando incluso en los pisos de los sótanos, todo ello sin resultado. Estos fragmentos se han perdido para siempre. En el arte, como en la política, los prejuicios, la vanidad, el orgullo profesional y la ignorancia desempeñan un gran papel. Los griegos y los romanos tenían mucha razón al hacer responder con su vida a los guardianes de sus tesoros artísticos que cometieran un error.

En el reinado de Luis Felipe, un hombre de gran influencia en el Louvre sugirió al rey la idea de hacerle unas magníficas cubiertas de mesa con los monumentos antiguos de Egipto. El arte, dijo este doctor arquitecto, no perdería nada con ello y el mobiliario de la Corona ganaría muchísimo. He oído decir a un pintor de moda y elocuente orador que si él fuera director del Louvre arrojaría a la calle aquellas desagradables figuras egipcias. ¿Cómo podríamos explicar la misteriosa pérdida de estos fragmentos de la Venus? Se insistió en que podían no haber pertenecido a la estatua original, que eran restauraciones y, por

ello, simples piezas de mármol carentes de valor. Clarac, según cree, consideró importante la inscripción. Pero ello negaba la teoría de que la Venus fueran obra de Praxíteles, Todo esto puso en peligro aquellos fragmentos. ¡Su pérdida será un estigma perpetuo para las autoridades de Louvre, ya que la peor mutilación de la Venus se produjo realmente dentro de las paredes de este santuario de las artes!

Hace cuarenta y tres años, en estos salones, su distinguido secretario permanente, Quatrèmere de Quincy, vino a rendir un brillante tributo a la adorable Venus de Milo. Su inteligente y atractivo discurso impresionó profundamente a su auditorio pues entonces, como ahora, la Venus era el tema de conversación en los salones, la preocupación de todo artista. Su terrible mutilación avivó la imaginación de los anticuarios. La gente se preguntaba cuál era la postura de su orgullosa diosa antes del sacrilegio. Cada uno tenía su propia versión y ¿quién mejor que el autor de «Júpiter Olímpico» para aclarar tan intrincado problema? Quatrèmere explicó, con su acostumbrada y lúcida erudición, que la noble estatua representó una vez a Venus victoriosa, conversando con París o Marte, asegurando que era creación de Praxíteles o de su escuela. Pero incluso la gran autoridad de Quatrèmere no logró convencer al mundo. Clarac se opuso a la idea del grupo propuesto por Quatrèmere, él creía que la estatua estaba sola pero relacionada con otras figuras que podrían haber sido París y las dos diosas a quienes con orgulloso desdén, mostraba la manzana, premio de su victoria. La solución de Clarac duró poco tiempo. El investigador Millingen descubrió un medallón corintio acuñado bajo S. Severo. En él una figura de mujer vestida sostiene un escudo en sus manos en el que parece estar contemplando la imagen de su rostro. Utilizando esto como guía, Millingen restauró la Venus de Capua, tan parecida a nuestra famosa estatua. Pero olvidó que la base de la estatua de Capua sostuvo una vez los dos pequeños

pies de Cupido. No importaba. El pobre Clarac fue seducido por Millingen: la Venus de Milo, a su juicio, estaba también contemplando la imagen de su rostro en el escudo. ¡Adiós a la manzana, adiós al orgullo, adiós al desdén de la victoriosa diosa! Émeric David afirmó que la Venus nunca había formado parte de un grupo, viendo en ella una auténtica estatua. «Ella no representa a Venus sino a la ninfa de Melos, es decir, a la personificación de la isla de Melos». M. Paillot de Montabert dice que es más probable que sea una musa. ¿No podría haber sido más bien una cortesana amante de la música Glicera de Argos, estatua ejecutada por aquel Herodoto de Olinto que trabajó con Praxíteles en la estatua de Friné? ¿No podríamos deducir lógicamente que sostenía la lira en la mano izquierda mientras que con la derecha se disponía a tocar? ¿Quién se atrevería a responder a estas preguntas? M. de Montabert dice solamente que nuestra preciosa Venus «no es más que una copia que Herodoto de Olinto habría rechazado». Finalmente, otros científicos de la talla de Montabert suponen a la Venus en el acto de tensar un arco, de contemplar su imagen en un espejo, o como una musa escribiendo la historia sobre una tabla que ocultaría automáticamente su magnífico busto. En conclusión, nuestro distinguido historiador nacional, M. Thiers, cree que la Venus es la Victoria tocando la trompeta. Él me ha enseñado incluso el punto en que la trompeta está unida a su rodilla. De este modo también este gran conocedor del arte comete su propio «pecadillo»… (Aquí se interrumpe el manuscrito.)

Revue Archéologique, series IV, vol. VII, 1906

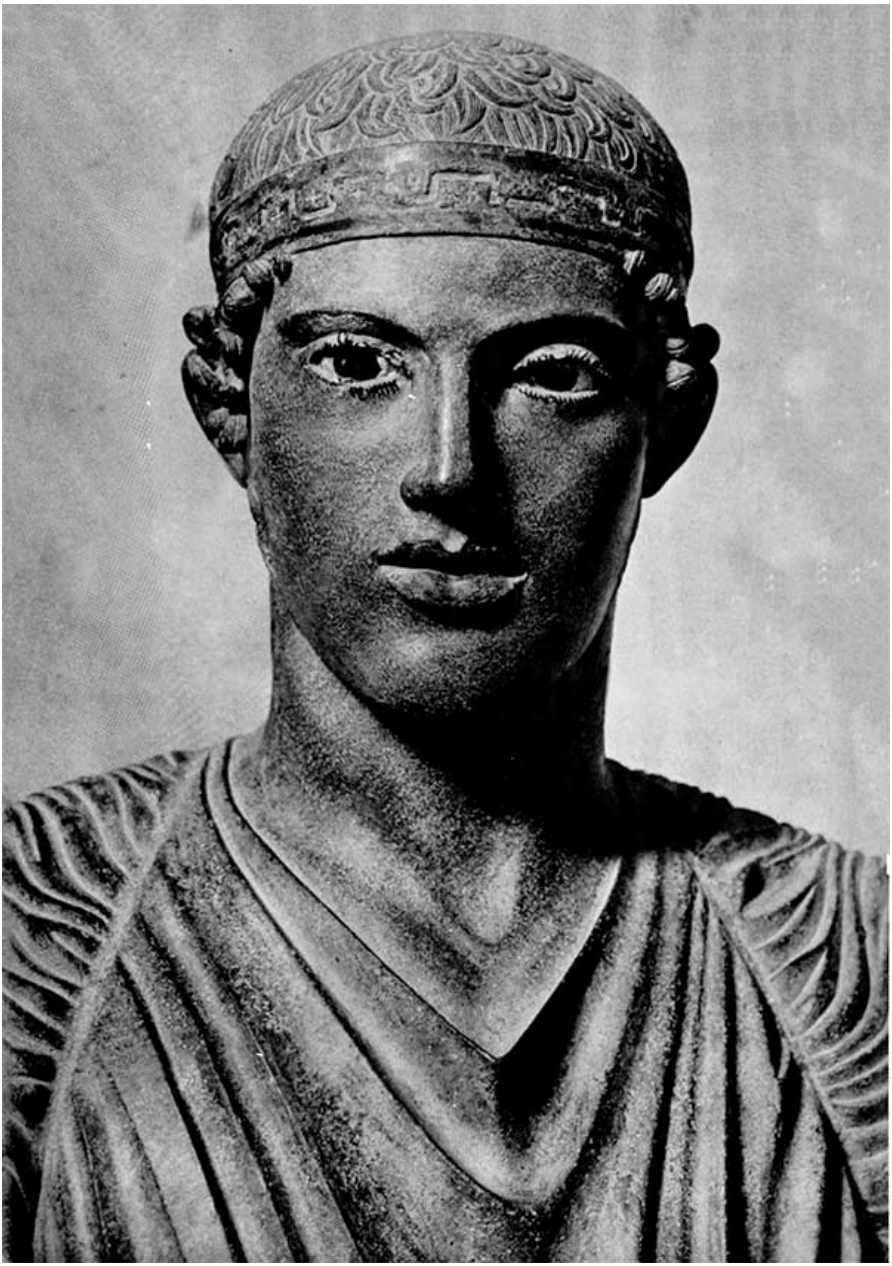
El auriga de Delfos

El martes, 28 de abril de 1896, debe ser una gran jornada en los anales de la gran excavación de Delfos. Ese día, el equipo que trabajaba en las ruinas de la casa de Kounoupis, acababa de arrancar una conducción de agua de tosco barro cocido, cuando apareció la parte inferior de una estatua de bronce (inv. 3.484), de 1,28 metros de altura, que llevaba una túnica caída en pliegues «con la regularidad de las columnas jónicas en las estrías». Al lado descubrieron la pata trasera, de tamaño natural, de un caballo, también de bronce (inv. 3.485). Al mismo tiempo extrajeron de la tierra un bloque labrado que llevaba la dedicatoria en verso (inv. 3.517). Una fotografía tomada en el mismo momento del hallazgo muestra la estatua y la inscripción todavía semienterrada en el suelo. Otros dos fragmentos de bronce completaron el descubrimiento: «Una vara a la que estaban unidas las riendas» (inv. 3.542) y el extremo encorvado de un yugo también «con sus riendas» (inv. 3.543).

En la tarde del viernes, 1 de mayo, la exploración de la casa de Kounoupis descubrió «la parte superior de la estatua cuyos pies habían sido descubiertos el martes en el mismo sitio» (inv. 3.520). Homolle calculó enseguida su fecha con precisión: «principios del siglo v». Se extrajeron tres piezas de bronce: el brazo derecho (inv. 3.540), con los fragmentos de riendas todavía en su mano, otra pata trasera (inv. 3.538) y la cola de un caballo (inv. 3.541).

Continuaron haciéndose hallazgos en el mismo lugar durante unos cuantos días más: el martes, 7 de mayo, fue una pata delantera de un caballo (inv. 3.597) y el otro extremo del yugo (inv. 3.598). Finalmente el sábado, 9 de mayo, un peto triangu-

lar (inv. 3.618) concluyó la serie de hallazgos que podían considerarse como pertenecientes al mismo grupo.



Auriga de Delfos, detalle.

Tales fueron las circunstancias en que el Auriga fue descubierto. Han sido relatadas de acuerdo con el «Diario de Excavaciones», que se conserva en los archivos de la Escuela Francesa. Este archivo, hay que destacarlo, contiene la única versión de que disponemos. Escrito en el lugar, día a día, por uno de los miembros de la Escuela que supervisaban la excavación, es una fuente exclusiva que contiene detalles valiosos. Estos coinciden con informes posteriores facilitados por los excavadores Homolle, Bourguet y Convert. A la vista de estos testimonios documentados, respaldados por el texto del «Diario», que fue contemporáneo de los descubrimientos, los relatos de un obrero inculto, conseguidos muchos años después por un investigador extranjero que ignoraba las fuentes autenticas, no merecen ningún crédito.

Homolle se dio cuenta al momento de que el hallazgo era excepcional. Dos telegramas, del 9 y el 11 de mayo, pusieron alerta a la «Académie des Inscriptions». El 12 de mayo, el director de la Escuela envió una carta con dos fotografías a París: transcribía la inscripción, identificándola como una dedicatoria de Polizalos a Deinoménida, y hacía una breve referencia a los méritos de la estatua. El 5 de junio, presentó un informe ante la Academia en el que encontramos por primera vez un detallado catálogo de los fragmentos existentes del grupo, una descripción del Auriga, notas precisas sobre su ejecución, su interpretación respecto a la época a que pertenece («principios del segundo cuarto del siglo v») y su estilo. Finalmente, solo un año después, publicó en «Monuments et Memoires, Fondation E. Piot, IV», 1897, pp. 169-208, lám. 15-16, un artículo titulado «L'Aurige de Delphes» que constituyó la primera publicación científica sobre la estatua. Y así este trabajo, que satisfacía todas las exigencias del estudio científico de la época, ofrecía la evidencia de un análisis documentado apenas transcurrido un año desde el descubrimiento.

Uno no sabe qué admirar más, si la ejemplar diligencia de su autor o la precisión de su criterio. Aun cuando algunos pasajes de su versión, en puntos de menor importancia, han sido descartados ahora, todas las partes esenciales permanecen válidas. La mayoría de los comentaristas posteriores se han equivocado precisamente en la medida en que se han apartado de Homolle. Indudablemente la moderna arqueología es más exigente que la de hace algunos años. Exige descripciones minuciosamente detalladas y una gran riqueza de medidas y cálculos. Aunque estos modernos sistemas adolecen de vez en cuando de una cierta ostentación inútil, coinciden, sin embargo, en mantener la característica general del respeto a la evidencia. De este modo se ha hecho necesario, después de cincuenta años de comentarios y controversias, volver a imprimir, de una forma más detallada, la magistral publicación de 1897. El trabajo de R. Hampe en el «Denkmäler» de Brunn-Bruckmann, trabajo en que figuran valiosas observaciones junto a errores notorios, hizo más necesaria esta nueva edición. Pero los ojos del observador no son nada sin el espíritu que interpreta. Homolle, a primera vista, vio y juzgó con precisión. Esta obra no podría comenzar sin un reconocido tributo hacia él…

El Auriga es un «efebo» de complexión atlética pero delgado. Sus anchos hombros denotan fortaleza pero las delicadas extremidades, manos y pies, parecen indicar distinción. La impresión general de ligereza está acentuada por su vestido, formado por la túnica del conductor de carros, la blanca «xystis» tradicionalmente llevada en las carreras. Llega casi hasta los tobillos formando pliegues paralelos desde el cinto, colocado muy por encima del estómago. Esta posición del talle, claramente más alto que las caderas, acentúa la delgadez de la figura. Por encima del cinto la túnica cuelga apreciablemente, sobre todo en los costados. Forma un cuello puntiagudo por delante y por detrás y termina con un frunce en los hombros y los brazos. El

juego combinado de este frunce y de una banda que pasa por debajo de las axilas forma unas mangas que bajan hasta el codo.

El Auriga está de pie pero sin rigidez. Sus pies descalzos, levemente separados en los talones, se abren en ángulo apoyándose con firmeza sobre el rudo piso del carro, y los dedos están ligeramente curvados, dando al cuerpo el equilibrio adecuado. Por una rotación del eje del cuerpo que se hace más y más pronunciada, las caderas, los hombros, la cabeza y la mirada giran progresivamente hacia la derecha: este movimiento controlado anima toda la figura. Los brazos están extendidos para sostener las riendas. El codo ligeramente avanzado. El antebrazo horizontal. Los hombros, fuertes y flexibles, están contraídos por el movimiento del carro. El brazo derecho, solo protegido por la manga, es de un bello modelado y los músculos han sido reproducidos con gran fidelidad. Los largos y delicados dedos, con las uñas redondeadas con un cincel, sujetan un objeto cilíndrico además de las riendas. Ello nos permite restaurar el látigo (χέντρον). Las cuatro riendas que llevan a los dos caballos del lado derecho deben de haber estado sujetas por el pulgar apoyado en el mango del látigo, pasando luego entre este y la palma de la mano antes de caer por detrás verticalmente hasta la cintura. Tres de estas riendas han sido conservadas fielmente. La mano izquierda tuvo posiblemente la misma posición, sosteniendo las cuatro riendas de los caballos del lado izquierdo de la cuadriga.

La cabeza llama particularmente la atención. Descansando sobre un largo y poderoso cuello, está modelada formando un amplio óvalo con el punto más pronunciado encima de las sienes. Las orejas, pequeñas y prominentes, enmarcadas por rizos descuidados, constituyen la única excepción a este riguroso contorno. El pelo descansa aplastado sobre el cráneo en cortos mechones, tallados más bien que modelados, salvo en el cuello y en torno a las orejas en donde los rizos se proyectan hacia

afuera. Unos pocos rizos errantes perfilan las patillas sobre los pómulos. Una cinta ancha cruza la frente y delimita el pelo en las sienes. Ésta sujeta ligeramente sobre el cuello en donde los dos extremos se cruzan sin formar ningún nudo. Esta cinta está decorada con incrustaciones que se han desprendido en parte. Otras dos cintas más oscuras caen ondulando y cada una de sus vueltas forma un arco donde se ha grabado una cruz griega. Las incrustaciones eran de cobre en las cintas horizontales, y de plata en los meandros de la cinta con cruces griegas. Los bordes estaban quizá descubiertos por una lámina de cobre.

Los rasgos, a pesar de su evidente estilización, producen una fuerte impresión de realidad. La fuerte y redonda barba penetra suavemente en la curva de la mandíbula. Las mejillas son gruesas aunque sus planos delicados permiten apreciar la estructura de los pómulos. La boca está semiabierta como tomando aire. Los labios, gruesos, están perfilados ligeramente en sus bordes. En cada extremo se aprecia una pequeña abertura. La nariz, más bien estrecha y con un caballete plano y bien marcado, parecería comprimida si los orificios, realzados con habilidad por el escultor, no estuviesen dilatados como si inhalasen. Las cejas, en bajo relieve, siguen la línea de la nariz después de un pronunciado cambio de dirección en su base, extendiéndose luego y disipándose en las sienes. Finalmente los ojos, largos y almendrados, están desigualmente abiertos, el izquierdo un poco menos que el derecho. Entre las pestañas postizas, hechas de alambre de bronce, han conservado su incrustación polícroma. El blanco del ojo está hecho de pasta blanca. El iris, de un color castaño muy claro, está bordeado por un círculo negro y forma a su vez una estrecha corona alrededor de la pupila, también negra. La armonía de estas piedras duras es tan perfecta que la combinación parece un conjunto uniforme. Su brillo produce reflejos y confiere a la expresión una extraña intensidad…

Erigido para conmemorar una victoria en los Juegos, el grupo dedicado por Polizalos tenía ante todo que ser auténtico, pero con aquella autenticidad que corresponde a las ofrendas de la antigüedad. No representa el triunfo del Auriga y de su carro. Está identificado con el símbolo y «es» en cierto sentido el Auriga de todos los tiempos. Además, en la dedicatoria, puede hablar en primera persona con una fórmula tradicional que aún en la actualidad tiene cierto significado: Πολυζαλός μ'άνέθηχεν. Esta verdad esencial de equivalencia, en un testimonio destinado a desafiar el paso del tiempo, impuso la escrupulosa reproducción de rasgos característicos, de detalles funcionales sin los cuales el espectador no hubiera creído en la imagen. De aquí brota la cuidada fidelidad tanto en los detalles anatómicos de los caballos como en la ejecución de los arreos y del carro. De aquí procede también la sensación de presencia que la estatua posee incluso actualmente.

En aquel tiempo, la consagración de una ofrenda era ante todo un acto piadoso y la satisfacción de la vanidad humana se había introducido solo de una forma leve. El Auriga es contemporáneo de Esquilo, Píndaro y Baquílides. Pertenece a una época de fe auténtica y lleva el sello de su espíritu. En su actitud ligeramente altiva, en su expresión de sublime reserva, hay algo religioso, una evocación de la noble austeridad de un gran coro. Podría afirmarse que estamos escuchando un himno. Acaba de ceñirse la banda de la victoria. Es un momento solemne que requiere meditación y devoción. Con sus hábiles y magistrales manos (ρυσίδιφρον Χείρα πλεξίππποιο φωτός, Píndaro, Istmicas II, 21) ha sabido cómo contener y desatar en los momentos oportunos el ardor de su equipo y ganar así el favor de Febo. Allí está él como buen servidor de Dios y de su príncipe. La estatua es la expresión del hombre lleno de vigor y humildad, consciente de su éxito pero libre de toda soberbia.

El estilo artístico sobrio se aplicó mejor que ningún otro estilo para expresar esta actitud. Fue utilizado lo mismo con los guerreros atenienses de Maratón y Salamina que con los gobernantes aristocráticos de las ciudades dóricas, todavía saturados con la grandeza de su destino. Este arte encuentra su expresión suprema en la estatua de bronce. Con fuego e hierro, la técnica del artista lucha aquí con un material hostil y lo doblega a su voluntad. El escultor, heredando el constante y acelerado avance de las generaciones, considera todavía una cuestión de honor desafiar a la naturaleza. Pero su fatigado cerebro subordina su creación al equilibrio artístico. Atraído por sutiles estímulos, la vista puede, a veces, captar en la forma inanimada el trazo de un movimiento. Así la obra alcanza una vibrante serenidad que deslumbra.

Con admirable meticulosidad, como un artífice que no busca otra cosa que la perfección, el escultor ha realizado parcialmente su tarea. Y en justicia, puede envanecerse de haberlo conseguido. No es una sensualidad terrenal la suya. No es una exaltación del cuerpo humano considerado como una reunión natural de formas plásticas. La preocupación por el realismo que revela esta obra, no tiene sus raíces en una apreciación de la belleza física del mundo. Todo está sujeto al concepto abstracto que informa toda la figura hasta la misma punta de los dedos. Es como un monumento en que el arquitecto hubiera calculado previamente cada detalle. Aun cuando reproduce el modelo con escrupulosa exactitud, se tiene la seguridad de que todos los rasgos han sido analizados y ordenados meticulosamente en la mente del artista.

Un estilo abstracto apenas puede ser concebido fuera de Atenas. Solo allí se desarrolló, en el período antiguo, una nueva concepción de la escultura en la que el artista estudia la forma viva como un geómetra que la traduce en fórmulas, como un naturalista que observa para comprender y como un técnico

que ve en cada dificultad un desafío que debe ser superado. Por esto el arte ático posee esa cualidad de pureza, de consciente finalidad, de claridad. Este arte, diáfano y delicado, sella sus mejores esculturas con un intelectualismo ligeramente frío que deja su marca como si se tratase de una firma. Tal es el caso del mismo Delfos, con las metopas del Tesoro Ateniense. El Auriga tiene el mismo espíritu. Es su presencia la que nos hace comprender por qué es examinado, estudiado detenidamente y considerado siempre como un ejemplar. No está destinado a la simple contemplación pasiva. La fría mirada de sus ojos pétreos y esmaltados lo impide.

Fouilles de Delphes, vol. 4, parte 5, 1890

El descubrimiento del Hermes de Praxíteles

Ernst Curtius

Ernst Curtius *(1814-1896) nació en Lübeck, Alemania. Viajó extensamente por Grecia y alcanzó gran renombre como historiador y arqueólogo, aceptando en 1844 el nombramiento de profesor extraordinario en la Universidad de Berlín y el cargo de tutor del príncipe Federico Guillermo. Es más conocido, sin embargo, por la labor realizada en Olimpia en donde concluyó, en 1874, un convenio para excavar en el lugar donde estuvo situada, tarea que, desde entonces, fue confiada exclusivamente a arqueólogos alemanes. Sus excavaciones de Olimpia, meticulosamente científicas, sobre todo la del Templo de Zeus y Hereo, sacaron a la luz gran número de soberbias obras de arte de la escultura y arquitectura griegas pero ninguna mereció tanta fama como el mármol de Hermes, considerado por muchos como una escultura original realizada por el escultor Praxíteles en el siglo* iv.

Entre las muchas piezas recuperadas por los trabajos de Ernst Curtius en Olimpia destaca este extraordinario mármol atribuido a Praxíteles que representa a Hermes con Dionisos en su brazo.

Por fin, el 8 de mayo llegó un telegrama transmitiendo una noticia de suma importancia. Decía así: «Considerables restos

de Hereo 80 metros al norte del "opistodom" del templo, 63 pies de ancho. Ha sido descubierto uno de los más antiguos y más importantes edificios de la antigüedad, cuya longitud la fija Pausanias en 63 pies».

Informes del 8 de mayo facilitaban más detalles sobre el Templo de Hera. Había aparecido un templo dórico con un peristilo y una escalera. Unos tambores de columna con veinte estrías, así como secciones de los muros de la cela de 2-3 metros de altura, todavía «in situ». Los capiteles presentan formas antiguas, la anchura de la plataforma más baja es de 19,95 metros. ¿Cómo pueden reconciliarse estas medidas con el pasaje incompleto e incierto de Pausanias (V, 19, I)? La identidad del edificio ha quedado demostrada, sin embargo, por el hallazgo de una estatua de mármol de la isla de Paros que Pausanias sitúa en el Templo de Hera. Se trata de un vigoroso Hermes cogiendo en sus brazos al joven Dionisio, y es obra de Praxíteles. La estatua fue descubierta en la cela, en donde había caído, tumbada boca abajo, junto con la figura romana vestida de mujer citada en el informe 17. El brazo y las piernas situadas debajo de las rodillas de Hermes, se han perdido como ocurre con la mitad superior del niño. Por otra parte, la cabeza de Hermes se encuentra intacta y este permanece en pie apoyándose casualmente en un tronco que queda cubierto con su túnica desplegada. Su mano derecha, que está levantada, parece haber sostenido una vez un racimo de uvas. La altura de la estatua es ahora de 1,80 metros. La composición recuerda vivamente el grupo de Eirene y Plutón de Munich. Una sección del vestido, que cuelga en magníficos pliegues, está formada de una pieza separada de mármol. La superficie del conjunto está extraordinariamente conservada. Detalles menos importantes, como el pelo y la espalda, aparecen deteriorados. Hay trazos de pintura roja en los labios y en el pelo. Como resultado de este importante hallazgo se está haciendo el máximo esfuerzo para realizar el má-

ximo de excavaciones en el Templo de Hera antes de que concluya la presente temporada.

Archaeologische Zeitung, vol. 35, parte 1, 1877

La reconstrucción de la Stoa

Paul Mackendrick

Paul Mackendrick *es americano y estudió en la Universidad de Harvard y en el Balliol College de Oxford. Fue profesor de estudios clásicos en la Universidad de Wisconsin y actualmente desempeña el cargo de profesor de la misma disciplina en la Academia Americana de Roma.*

Los atalidas no se contentaron con adornar su propia ciudad. Atalo II (159-138) se había educado en Atenas y, en señal de gratitud, erigió en el lado del Agora Ateniense la stoa que ahora lleva su nombre. El hermano de Atalo, Eumenes II (197-159) había dado ya el ejemplo construyendo una stoa en la vertiente sur de la Acrópolis de Atenas, entre el teatro de Dionisio y el sitio en que después se alzaría el Odeón de Herodes Atico. Ambas sirvieron al mismo fin: paseo, centro comercial, tribuna. La procesión de las Panateneas pasaba por la Stoa de Atalo en su camino hacia el Partenón. La Stoa central, formando ángulo recto con la Stoa de Atalo, paseo y mercado al mismo tiempo, como la Stoa de Filipo V en Delos (que describiremos más adelante), fue probablemente una donación del cuñado de Atalo y condiscípulo suyo en Atenas, el rey Ariarates V de Capadocia (162-130). Lo que los excavadores llaman Stoa Sur II pertenece al mismo período. Sirvió, con la Stoa Central y la Stoa Este, para separar una zona más pequeña de la plaza principal. Pero no era un ágora comercial. Los excavadores no encontraron en ella tiendas, ni puestos, ni tornos de alfarero, ni pesas ni medidas.

La Stoa de Atalo ha sido reconstruida completamente y ahora contiene el Museo del Agora, almacenes y oficinas. Es mejor dejar la descripción de las excavaciones del Agora en su conjunto para el capítulo sobre el mundo griego bajo la dominación romana, ya que el Agora alcanzó la cumbre de su desarrollo en tiempo de Augusto. Pero este es el lugar adecuado para descubrir la Stoa y su reconstrucción.

Sus dimensiones (382 pies de longitud, 64 pies de anchura) y plano (peristilo doble de dos pisos con veintiuna cámaras en cada uno de ellos) se conocían ya desde las excavaciones griegas de 1859-1862. Fue entonces cuando el descubrimiento de fragmentos del arquitrabe que llevaban el nombre del rey Atalo puso fuera de duda la identificación del edificio. Muchos de los restos estaban resguardados por la llamada «Muralla de Valerio», que fue construida aprovechando las ruinas del edificio después del incendio de su estructura de madera en el curso del saqueo de los hérulos en el año 267 de nuestra era. Debajo del extremo norte fueron descubiertas varias cámaras funerarias micénicas y una sala utilizada en los siglos V y IV como tribunal, según se desprende de algunas balotas encontradas en ella. Se trata de discos de bronce con una muesca en el centro, que se perforaban en caso de condena o se dejaban intactas en caso de absolución. Sujetando el disco por la muesca entre el pulgar y el índice el jurado podía depositar la balota en la urna sin que nadie conociese las decisiones individuales de los jueces. Estas balotas cayeron, al parecer por accidente, en el momento en que fue abandonada la sala. Una tapa de alcantarilla que se movió de su sitio dejó al descubierto un pozo del que se extrajeron sesenta y cinco recipientes de cinco galones llenos de vasijas de los años 520-480 antes de Cristo, sin duda alguna procedentes de una alfarería pequeña ya que muchos de los vasos eran del mismo tipo e incluso estaban hechos por la misma mano. Las tiendas de los helenos estaban destinadas a los fines más diver-

sos. Algunas han sido restauradas para exposiciones de museo con estantes nuevos modelados sobre los antiguos, cuya posición fue descubierta mediante incisiones practicadas en las paredes. Una tienda producía instrumentos de cirugía. En el extremo norte, el arco más antiguo que se conoce en la historia de la arquitectura griega insinúa una primitiva bóveda de cañón que soporta las escaleras.

El relato de la reconstrucción de la Stoa nos ofrece uno de los ejemplos más interesantes de deducción científica en la historia de la arqueología. Su inspirador fue Homer A. Thompson, director de las excavaciones del Agora, asistido por el ingenio y la agudeza de John Travlos, el arquitecto del Agora. Por los bloques antiguos que se habían conservado, conocieron los materiales requeridos: mármol azul del Himeto para las escaleras, piedra caliza gris del Pireo para las paredes, mármol blanco del Pentélico para la fachada, columnas y decoración interior, arcilla de los yacimientos del Atica para las tejas. Cuando se llevó a cabo su reconstrucción en 1953, se utilizaron materiales de estos mismos lugares. Los tambores de las columnas se extrajeron de la cantera en forma de toscos bloques. Luego se biselaron los cantos y gracias a la labor concienzuda de sesenta especialistas que utilizaron cinceles dentados y lisos bastante similares a los utilizados en la antigüedad, el mármol empezó lentamente a adquirir forma cilíndrica. Por los capiteles que se habían conservado, los restauradores sabían que las columnas exteriores eran dóricas en el piso bajo y jónicas dobles en el alto, con una balaustrada de seguridad cerrando los intercolumnios. Solo la fila exterior de columnas está estriada ya que el efecto que estas producen depende de que el sol incida sobre ellas. La fila interior era jónica en el piso bajo y corintia en el alto, ya que el capitel de este último estilo era muy apreciado entre los arquitectos de Pérgamo. En cuanto a las columnas de la fila exterior del fondo fue necesario estriarlas «in situ», pues estaban

formadas por tres tambores cada una, dejando sin estriar el tambor del fondo para evitar su deterioro por la acción de las pisadas. Equipos de cuatro hombres trabajaron durante setenta y seis días para estriar la primera columna, con un coste de 300 dólares. (Los documentos donde se reseñaron los datos relativos a la construcción del Erecteon señalan que en el año 407-406, equipos de cinco o siete hombres trabajaron durante 350 días por columna, a 350 dracmas por hombre. Pero aquellas eran columnas más altas, completamente estriadas y de piedra más dura.) Los pisos originales formaban un rudo mosaico de fragmentos de mármol («lithostroton»). La reconstrucción utiliza el mismo material, que, bruñido, se denomina «terrazzo». Para protegerlas del fuego, las vigas antiguas fueron restauradas con cemento armado revestido de madera laminada (que fue importada, lo mismo que debió ocurrir en la Atica sin bosques de los tiempos helenísticos). La posición y tamaño de las vigas fueron determinados por los huecos abiertos en la piedra antigua. Pilares de cemento armado se insertaron en el corazón de las viejas paredes pero, junto con los modernos, se intercalaron bastantes bloques antiguos para dejar una prueba de los elementos sobre los que se había basado la reconstrucción.

En septiembre de 1956 la Stoa terminada fue dedicada por el Patriarca de Atenas y de toda Grecia, en presencia del rey Pablo, de la reina Federica y de mil quinientos invitados, a todos los que, con tanto éxito, habían librado al edificio de la simple misión de proporcionar a la muchedumbre un ambiente fresco en los días cálidos. En la actualidad, como en los tiempos de Atalo, sirve para separar el mercado de la ciudad. Como consecuencia de su bajo emplazamiento, no rivaliza con los edificios de la Acrópolis o del Hefaistos y, a medida que el tiempo pasa y va siendo conocido por los amantes del arte, aumenta su valor y sirve para que los visitantes modernos tengan la incomparable oportunidad de apreciar las dimensiones y el efecto especial

de una esplendida pieza de la arquitectura civil helénica. Y las diez salas construidas en la planta baja, que constituyen el Museo del Agora, exhiben cinco mil años de historia ateniense. En el pórtico inferior, hay estatuas e inscripciones colocadas cerca del lugar donde fueron halladas bajo una luz indirecta que realza su belleza. En la planta baja y en el piso superior los especialistas tienen a su disposición una gran cantidad de material (más de 68.000 objetos y más de 94.000 monedas, según el inventario realizado en junio de 1961) que no se expone al público. Un modelo del Agora permite a los visitantes (47.000 el primer año, 150.000 el segundo, y su número aumenta progresivamente cada año) orientarse ventajosamente. De este modo el gesto de un filántropo de Oriente, amante de la Hélade, ha sido imitado en nuestro tiempo por los filántropos de Occidente. El nuevo mundo está ayudando al mundo antiguo a recuperar su equilibrio.

The Greek Stones Speak, 1962

El «Mithraeum» de Londres

Rupert Leo Scott Bruce-Mitford

Rupert Leo Scott Bruce-Mitford *(1914-1994) nació en Londres y se educó en el Christ's Hospital y en el Hertford College de Oxford. De 1950 a 1954 desempeñó el cargo de Secretario de la Sociedad de Antigüedades y desde 1954 ha sido Conservador de Antigüedades Británicas y Medievales en el Museo Británico.*

La última investigación contenida en este informe, necesariamente sucinto, presupone un regreso al centro de la ciudad.

En términos topográficos el sector circundado por la muralla está formado por dos colinas gemelas, Cornhill al este y la colina de St. Paul al oeste. Estas colinas están separadas por un valle pequeño y poco profundo por el que discurría el arroyo que desde tiempos remotos recibió el nombre de Walbrook, nombre que ahora lleva la pequeña calle que une la moderna zona bancaria con Cannon Street.

Cuando en 1952 las noticias relativas a los inminentes proyectos de construcción en la zona intensamente bombardeada situada al oeste de Walbrook Street hicieron deseable un examen del sector, se emprendió una excavación este-oeste (en tramos interrumpidos debido a los obstáculos existentes) con el objeto de conseguir una sección a través del valle. Como casi todo el sector estaba cubierto de cascote de metralla hasta una profundidad de varios pies, la elección del sitio se limitó, en realidad, a una estrecha senda entre los escombros en un punto

situado aproximadamente en el tramo central de Walbrook Street.

La excavación resultó considerablemente difícil a causa de las aguas subterráneas. La mayoría de las zanjas estaban anegadas permanentemente a una profundidad de unos cuatro pies por debajo de los sótanos y el agua aumentaba incesantemente conforme se profundizaba en el subsuelo. A pesar de estos y otros inconvenientes se consiguió, sin embargo, una imagen bastante completa de esta parte del valle. Su perfil natural se estableció como el de una cañada ancha y baja, cuyo borde occidental quedaba cerca de Sise Lane, y su borde oriental al este de Walbrook Street. El arroyo, en su forma «romana» primitiva, corría aproximadamente por debajo del centro de este valle y quedaba así a cierta distancia al oeste de la línea imaginaria antes referida. Por desgracia, la anchura completa del canal no pudo verse pero no tiene más de 12-14 pies. El arroyo en sí era poco profundo y su cauce corría a 32-35 pies por debajo del nivel actual de la calle…

Este cuadro tal vez difiera algo del que generalmente se atribuía al Walbrook romano que, conforme se aproxima al Támesis, se transforma en un insignificante arroyo que atraviesa una zona «subdesarrollada» de aisladas edificaciones de madera, con algunas casas más consistentes y otras construcciones en los márgenes. Fue solo en una fecha relativamente avanzada cuando empezaron a aparecer edificios en el propio valle. El primero de estos al norte, cerca de Bucklersbury, estaba representado por un diminuto fragmento de pared asociado a un pavimento de mosaico que era, probablemente (aunque no necesariamente), parte de una casa cuyos restos habían quedado completamente destruidos por las obras realizadas posteriormente en el lugar. El segundo fue el Templo de Walbrook de Mithras.

Los primeros indicios de este edificio se presentaron en la fase inicial de la incisión del extremo oriental. Por fortuna, aparecieron inmediatamente debajo del suelo del sótano. A medida que fue profundizándose se descubrieron nuevos pisos. El último de estos (o sea el primero que fue hallado) estaba entero en toda su superficie. A un nivel más bajo, los primeros pisos quedaban cerrados por una pared muerta que formaba línea con la entrada del ábside y mostraban «rellenos» o «nidos» de cemento distanciados para las columnas. De la limitada observación que permitió la incisión, pudo deducirse que el edificio había sido del tipo de basílica (es decir, una nave con columnas y un extremo por lo menos en ábside) y que, con el curso del tiempo, había sido reformado interiormente mediante la eliminación de las columnas y la elevación y renovación del suelo, para convertirlo en una sola nave…

El Mithraeum estaba compuesto por dos partes: el propio templo rectangular, de 60 por 25 pies aproximadamente, con su eje principal que seguía la orientación este-oeste y, unido a su extremo este, un narthex o vestíbulo que salió a la luz después, en una etapa posterior de las investigaciones. El cuerpo del edificio estaba dividido longitudinalmente por filas de columnas centrales y laterales. En su forma primitiva, el interior reflejaba las prácticas fundamentales mitraicas. El suelo de la nave, lugar destinado a la celebración de los ritos, estaba hundido. El de las naves laterales, donde se congregaban los fieles, era más elevado. Y el número de columnas, siete a cada lado, simbolizaba los siete grados en que se dividían los devotos del culto. En el extremo oeste, el suelo del santuario en forma de semicírculo quedaba bastante más alto que el de la nave y en él se alzaría la principal escultura, Mitras Tauroctonus, el dios matando al toro sagrado de cuya sangre brotaba toda la vida terrena. La parte frontal del ábside estaba partido por un sector central ligeramente elevado, que, probablemente, formaba par-

te de un conjunto que comprendía el uso de columnas o de otros sostenes para una viga destinada a soportar una cortina, tras la cual se ocultaría el grupo arquitectónico, excepto en los casos exigidos por el ritual. Unos escalones de madera facilitaban el acceso desde la nave al santuario y, delante del mismo y probablemente también en alguna otra parte de la nave, debían alzarse varios altares.

En el extremo este, la entrada se abría desde el narthex. El umbral, aunque muy gastado, se conservaba bien con los casquillos de hierro para los goznes de las puertas todavía en su sitio. También aquí unos escalones de madera daban acceso al suelo de la nave. El suelo del narthex que, según se presume, quedaba al nivel de la calle romana, tenía una altura de casi 2 ½ pies. Pero en realidad, no es mucho lo que se sabe del narthex, porque la mayor parte de este yace probablemente debajo de la moderna Walbrook. La parte que queda tiene que ser examinada todavía.

Un detalle destacado del exterior del edificio fueron los sólidos contrafuertes externos del extremo oeste. Los contrafuertes semicirculares que flanqueaban el ábside debieron de haber dado la impresión de un ábside triple en su estado primitivo. Ellos y un gran contrafuerte cuadrado sobre la parte más avanzada del ábside fueron añadidos mientras se erigió el edificio y reflejan claramente el carácter inestable del emplazamiento, determinado por la existencia del Walbrook romano solo a una distancia de unos pocos pies al oeste.

El templo en su forma original parece haber sido construido hacia fines del siglo II después de Cristo. La determinación de una fecha más exacta depende de un examen detallado de las pruebas de que disponemos. Con el tiempo, sin embargo, el edificio sufrió amplias modificaciones. Sin duda alguna como consecuencia de las condiciones de la zona circundante, que estaba anegada, el nivel del suelo de la nave fue levantándose gra-

dualmente durante el siglo III y las primeras alteraciones fueron acompañadas por una paralela variación del nivel de las naves laterales. Vinculados a estos cambios se produjeron reformas drásticas de la superestructura. El peristilo fue eliminado y, por último, un suelo uniforme convirtió el interior del templo en una nave única, como ya hemos indicado anteriormente.

Pero antes de que este proceso de transformación llegara a su final, algún peligro o la amenaza de algún peligro cayó sobre el templo y dio lugar a que fueran enterradas, eligiendo el sistema más asequible, las imágenes sagradas más importantes. En un hoyo cercano al ángulo noroeste de la nave fueron colocadas las cabezas de Mitra y de Minerva. En otro próximo a este, con una vasija de piedra, una mano gigantesca de mármol empuñando una daga, una pequeña figura de Mercurio y la cabeza de Serapis. Todos los signos indicaban que aquí se había producido otra colisión entre el mitraísmo y el cristianismo, lo que movió a los mitraístas a enterrar los objetos de su culto y a destruir sus templos cuando a principios del siglo IV el cristianismo alcanzó su hegemonía. Sin embargo, el templo de Walbrook no parece haber corrido una suerte paralela a la de las imágenes. Por lo menos, en dos de los pisos se sellaron los pozos que contenían las estatuas, lo cual indica que el edificio seguía en uso. Y tampoco hubo ningún signo de destrucción que pudiera calificarse de deliberado…

El grupo de estatuas como conjunto no tiene paralelo en Gran Bretaña. Todas son obras de artistas extranjeros. Serapis particularmente se halla casi en perfectas condiciones, pero Mitras, con los ojos vueltos hacia arriba como consecuencia del sacrificio de un toro, es un caso distinto a los demás en lo que se refiere a la sensibilidad de su interpretación. La mano, de tamaño mayor que el natural, presenta su propio problema: si verdaderamente pertenece a otro grupo que representa un sacrificio, la obra completa tuvo que ser tan grande que hubiera

sido difícil su instalación en el templo. Las numerosas cuestiones motivadas por estos y otros hallazgos deben aplazarse, sin embargo, para ser discutidas en otro lugar. Aquí debe bastar la aclaración de que la presencia de estas y otras deidades está de acuerdo con el carácter genérico del mitraísmo y de su tendencia a asimilar los cultos clásicos que poseían atributos semejantes o afines, como ocurría con Serapis, el dios greco-egipcio del infierno.

Y por otra parte, el Mithraeum de Walbrook ejemplifica el segundo de los principales aspectos del mitraísmo. Mitra, dios de la fuerza y de las virtudes masculinas, tenía sus adoradores, sobre todo, entre la soldadesca romana. Sus templos son numerosos en las zonas militares del Imperio. Pero Mitra fue también el dios del comercio justo y por ello era favorito de la comunidad mercantil. Los templos dedicados a Mitra (Mithraeum) son, por esta causa, corrientes en los puertos. Su templo de Londres refleja la riqueza y la influencia de la próspera clase comercial de la ciudad, con su arquitectura relativamente extraña, con el refinamiento y la extraordinaria calidad de sus obras de arte en abierto contraste con los casi siempre rudos pero vigorosos detalles de los relicarios militares.

Recent Archaeological Excavations in Britain, 1956

Huella de los etruscos

George Dennis

George Dennis (1814-1898) hizo su carrera en el servicio diplomático, desempeñando sucesivos cargos consulares en Bengasi, Creta, Sicilia y Esmirna. Durante su servicio en la zona del Mediterráneo, su profundo interés por la arqueología dio origen a la organización de expediciones a Cirenaica y Asia menor y, en 1842 y 1847, de varios viajes de exploración a Etruria. En gran parte como consecuencia de sus publicación sobre los etruscos, un modelo de precisión y detalles para su tiempo, revivió el interés público por esta civilización y nació toda una nueva rama de los estudios e investigaciones arqueológicas.

En precedentes capítulos he hablado de la antigua ciudad de Vitulano y de los varios asentamientos que se han atribuido, habiendo demostrado que todos ellos están lejos de ser satisfactorios. En el curso de mis viajes a través de la Marisma toscana en la primavera de 1844, tuve la fortuna de dar con un lugar de emplazamiento que, en mi opinión, tiene más motivos para considerarse como el de Vitulano que cualquiera de los que hasta aquí se le han atribuido.

Habían llegado hasta mis oídos vagos rumores relativos al descubrimiento de antigüedades etruscas cerca de Magliano, un pueblo situado entre Ossa y Albegna, unas ocho millas en el interior. Pero yo pensé que no se trataba de otra cosa que de esas excavaciones de tumbas que con tanta frecuencia se efectuaban en aquella época por toda Etruria. Resolví, no obstante, visitar este lugar en mi viaje desde Orbetello a Saturnia. Du-

rante algunas millas volví sobre mis pasos hacia Telamone y, luego, girando a la derecha, atravesé el Albegna algunas millas más arriba en un transbordador llamado «Barca del Grassi». Desde este punto hasta Magliano no había carretera y mi vehículo avanzó lentamente a lo largo de cinco millas de caminos reblandecidos por la lluvia.

Magliano era un pueblo miserable, sin posada, de trescientas almas, situado al pie de un castillo medieval de pintorescas ruinas. Después de hacer diversas averiguaciones aquí, me remitieron a un ingeniero, Tommaso Pasquinelli, que construía entonces una carretera desde Magliano a Saline en la desembocadura del Albegna. Encontré a este caballero en el convento del pueblo en medio de un círculo de venerables monjes cuyas barbas competían en blancura con el mantel del refectorio. Me complació saber que había sido él quien había dado origen a los rumores con su descubrimiento en esta localidad. No se trataba simplemente de tumbas sino de una ciudad de grandes dimensiones. La forma en que esta fue descubierta es bastante singular. Nada se veía encima del suelo (ni un solo fragmento de ruinas que pudiese indicar la existencia de una habitación anterior). De modo que fue solo por medios extraordinarios como pudo deducir que allí se había levantado una ciudad. El terreno sobre el que tenía que pasar la carretera era bajo y pantanoso en su mayor parte y la capa superior de la tierra de piedra caliza blanda y desmenuzable, por lo que se vio obligado a trabajar sin el material adecuado hasta destruir algunos bloques grandes, enterrados debajo de la superficie, que él identificó como los cimientos de una muralla antigua. Vio que estos continuaban en una línea ininterrumpida y los siguió, colocando en fila los bloques a medida que los desenterraba, hasta que hubo trazado la periferia de una ciudad.

Con la genuina cortesía de Toscana, «esa tierra extraña de la cortesía» como dice Coleridge, propuso enseguida acompañar-

me hasta el lugar de las excavaciones. Era la primera oportunidad que él tenía para hacer los honores a su ciudad pues, aunque el descubrimiento había sido hecho en mayo de 1842 y él había comunicado el hecho a sus amigos, la noticia no se había extendido, salvo a través de vagos rumores deformados, y ningún especialista en antigüedades había visitado el lugar. Las noticias viajan siempre a pie en Italia y generalmente mueren en el camino. Yo había oído decir a los anticuarios de Florencia que aunque nadie sabía con exactitud de qué se trataba había sido descubierto algo en los alrededores. Uno de ellos creía que eran tumbas. Otro había oído decir que eran objetos antiguos de oro. Otro estaba en la más completa ignorancia sobre este yacimiento pero había oído hablar de una ciudad descubierta en Monte Catini, al oeste de Volterra.

La ciudad se extendía entre Magliano y el mar, a unas seis millas y cuarto de la playa, sobre una baja meseta, justamente donde el terreno empieza a elevarse sobre las llanuras pantanosas de la costa. Su longitud, según Pasquinelli, era algo menor a una milla y media y tenía escasamente una milla de anchura. Pero teniendo en cuenta su forma cuadrada debió de haber tenido un perímetro de cuatro millas y media como mínimo. Al sudeste estaba limitada por el riachuelo Patrignone, cuyas márgenes se elevan en acantilados de escasa altura. Pero a ambos lados, la meseta desciende en suave pendiente hacia la llanura. En el extremo sudoeste, junto a una casa llamada La Doganella, la única vivienda sobre el yacimiento, fue encontrado un círculo interno de la muralla, mas pequeño que el anterior. Y este, que se hallaba también en la parte más alta de la meseta, fue señalado como el emplazamiento de Argos.

Aunque apenas quedaban vestigios de las murallas y ninguna ruina podía ser vista sobre el terreno, yo no tuve muchas dificultades para reconocer el yacimiento como etrusco. El suelo estaba densamente sembrado de cerámica rota, indicador infa-

lible e imborrable de una habitación antigua. Y aquí presentaba el carácter típico de los auténticos yacimientos etruscos, sin mezcla de mármoles, fragmentos de verde antiguo, pórfido ni otras valiosas piedras características de las lujosas moradas de los antiguos romanos. Aunque las murallas, o más bien sus cimientos, estaban completamente destruidos desde el primer descubrimiento, quedaron enteros unos cuantos bloques que determinaron el carácter etrusco de la ciudad. De estos, poco o nada pudo averiguarse respecto al tipo de albañilería. Pero los bloques en sí revelaban un origen etrusco (siendo algunos de «macigno», parecidos a los de Populonia en su tamaño y su forma tosca y otros de piedra caliza o de piedra blanda de la localidad, similar a la de Cometo, coincidiendo en tamaño y forma con los bloques corrientes de este material encontrados en los yacimientos etruscos). Algunos de ellos tenían nueve o diez pies de longitud. Pero los bloques no eran generalmente de grandes dimensiones y estaban unidos sin argamasa. En el lugar donde fue descubierta una parte de las murallas, en el vértice de la cañada, se halló también una boca de alcantarilla.

Dentro de las murallas, había sido trazado un camino o calle bordeando los cimientos de las casas. Fueron descubiertos muchos objetos, principalmente artículos de bronce o de cerámica, pero ninguna estatua o columna de mármol como en los yacimientos romanos. Yo mismo vi extraer del suelo una pieza de bronce, enterrada muchos pies debajo de la superficie, ¡que resultó ser una aguja de guarnicionero de diez pulgadas de largo con el ojo y la punta intactos! Debió de haber servido a algún etrusco ilustre para preparar embalajes con el objeto de realizar algún viaje a Fanum Voltumnae, el Parlamento de los Lucomones, o para el «grand tour», como hizo Herodoto, y que todavía puede considerarse un «grand tour». Quizá también para preparar el envío de sus mercancías a los países extranjeros desde

el vecino puerto de Telamón. Esta venerable aguja se halla ahora en mi poder.

Aunque hay que lamentar que para los futuros visitantes apenas quede una huella visible de esta ciudad, debe recordarse que a pesar de que la forma peculiar en que el ingeniero llevó a cabo los trabajos determinó la destrucción de sus murallas, sin su labor nunca hubiéramos llegado a conocer su existencia. Otras circunstancias podrían haber conducido al descubrimiento de una parte de la muralla, pero es difícil suponer otra causa que pudiera haber dado origen al descubrimiento del perímetro de la ciudad y a la consecuente determinación de sus límites precisos. Por tanto y a pesar de la destrucción de las murallas el mundo está enormemente reconocido al hombre que hizo el descubrimiento.

Cities and Cemeteries of Etruria, 3.ª edición, vol. II, 1883

El toro de Minos

Arthur Evans

Sir Arthur Evans *(1851-1941) nació en Nash Mills, Hertfordshire, y se educó en Harrow, en el Brasenose College, del que llegó a ser consejero, y en la Universidad de Gotinga. Después de visitar los Balcanes en 1875, se interesó profundamente por la arqueología de la región pero desvió su atención hacia Creta para estudiar unas joyas grabadas descubiertas en la isla. En 1899, tras prolongadas negociaciones consiguió el permiso para trabajar en el emplazamiento de Knosos y las excavaciones allí efectuadas revelaron la existencia de un brillante y sofisticado pueblo, anterior incluso a la recientemente descubierta civilización micénica, y al que dio el nombre de minoano. Su considerable fortuna privada y todos los recursos de sus extensos conocimientos científicos fueron dedicados posteriormente al examen y a la publicación de sus hallazgos en Knosos y a la reparación y restauración del palacio. Poco se conoce de las prácticas religiosas de los minoanos pero su arte representa frecuentemente uno de sus más espectaculares y peligrosos ritos.*

La venerable figura de Sir Arthur John Evans, excavador y estudioso de las ruinas de Creta y del fabuloso mundo del Minotauro.

Los restos de estos «frescos taurinos» (como ellos podrían haberlos llamado muy acertadamente) pertenecen a varios paneles. Aunque las figuras de estos son tres o cuatro veces más grandes que las de los paneles miniatura (32 cm. frente a 10-8 cm.), todos ellos tienen en común el ser comparativamente más bajos. La altura del restaurado en la figura 144 es de 72,8 cm., incluyendo el marco que lo decora. Esta altura aproximada de 80 cm. corresponde a la que, por deducción, se atribuye a los «frescos miniatura». Concuerda asimismo con la calculada para los frisos pintados de la «Casa de los frescos». En estos casos las capas de fresco parecen haberse extendido inmediatamente debajo de las vigas en que se prolongaban los dinteles y sobre unos bloques de forma cúbica de 1 metro de altura aproximadamente. Sin embargo, en el caso del «friso de la perdiz» del Pabellón Caravanserai, existe la evidencia inconfundible de que la capa pintada sobrepasaba el nivel de las vigas de los dinteles y, desde el punto de vista artístico, alcanzaba por lo tanto una altura excesiva. En el caso presente, podemos suponer que los «paneles taurinos» estaban situados sobre cubos de piedra de una altura superior a los dos metros y esto parece estar perfectamente de acuerdo con los métodos decorativos en boga dentro del palacio, de acuerdo con los cánones del Primer Período Minoano en que se llevó a cabo la restauración, aunque una posición más baja, como los de la «Casa de los frescos», podría haber armonizado mejor con los dibujos.

Es ciertamente difícil situar estos «frescos taurinos» después de finales del Primer Período Minoano. La delicada delineación de algunos y la superficie tan perfectamente esmaltada, especialmente con pintura blanca, apuntan hacia una época en que el arte de la pintura mural había alcanzado su mayor relieve. Por otra parte, ciertos detalles accesorios, como el trabajo de imitación «intarsia» sobre piedras jaspeadas, que decoran los bordes, revelan una cierta semejanza con un estilo de marco que estuvo de moda en la última época del Palacio (II Período Minoano).

Los dibujos estaban originalmente distribuidos en varios paneles y en uno de ellos fue posible restaurar toda la composición. Aquí, junto al artista masculino de típica tonalidad roja, que está dando un salto mortal hacia atrás sobre el toro, hay dos toreros femeninos que se distinguen no solo por su piel blanca sino por su atavío más ornamental. Su faja y ceñidor son iguales a los que lleva el hombre pero con tonalidad más jaspeada: el de este es amarillo uniforme, el de ellas adornado con franjas horizontales y verticales. Llevan pulseras en las muñecas y collares dobles (uno de ellos ensartado) y, en algunas figuras, cintas azules y rojas en torno a las cejas. Pero quizá su rasgo más característico sea la disposición simétrica de cortos rizos sobre la frente y sienes, ya observado en la mujer «cowboy» de la copa de Vapheio… Su calzado está formado por bor-

ceguíes cortos o medias y zapatos puntiagudos en forma de mocasines.

En el dibujo de la figura 144 la joven acróbata coge los cuernos de un toro que corre a pleno galope, uno de los cuales parece pasar por debajo de su axila izquierda. El objeto de esta sujeción, claramente expuesta en la reproducción ampliada de esta sección en la figura 145, parece ser el de conseguir apoyo para dar el salto mortal hacia atrás sobre el lomo del animal, como lo ejecuta el joven. La segunda mujer, situada detrás, extiende ambas manos como si fuera a coger el cuerpo del joven al caer o por lo menos como si intentara ayudarle a sostenerse en pie después del salto. La colocación de esta figura, preparada para dar una prueba de su arte taurino, provoca algunas cuestiones curiosas en cuanto a la disposición dentro de la arena.

Aparte de esto, ciertos detalles del dibujo han provocado escepticismo entre los expertos familiarizados con los modernos espectáculos de los «rodeos». Un veterano en «doblar reses», consultado por el profesor Baldwin Brown, fue de la opinión de que cualquiera que tuviese algo que ver con este deporte consideraría absolutamente imposible la empresa de coger los cuernos del toro para dar un salto mortal «pues no hay ser humano capaz de guardar el equilibrio cuando el toro arremete con toda su fuerza». El toro, como observó después, posee tres

veces la fuerza de un buey y cuando corre «cabecea hacia los lados y atropella a todo el que se pone por delante».

«El hecho de que el salto mortal se ejecutaba sobre el lomo del toro al embestir este, parece evidente y puede ser admitido sin dificultades, pero ¿acaso no es también evidente que si el toro corría a pleno galope el atleta caería no sobre su lomo sino en el suelo, detrás del animal?».

Todo lo que podemos decir es que el ejercicio plasmado por el artista minoano parece ser de un tipo que los modernos campeones del deporte calificarían de imposible. El motivo del fresco que ilustra la figura 144 no se encuentra aislado, como veremos, y su posible sucesión lógica encuentra una confirmación, parcial al menos, en un grabado en arcilla y en el grupo de bronce que representa este mismo ejercicio acrobático reproducido en la ilustración.

Estas proezas realmente sensacionales son, en principio, exhibiciones de pericia acrobática. A este respecto, como ya se ha dicho, difieren del espectáculo paralelo de los vaqueros minoanos, cuyo fin consistía más bien en atrapar animales salvajes o semisalvajes. El hecho de que aquellas jóvenes tomaron parte realmente en esta manifestación deportiva más práctica, como hoy sucede ocasionalmente en el «Salvaje Oeste» de América, está claramente reflejado en una escena de una Copa de Vapheio, pero la elegancia y los ornamentos de las mujeres acróbatas que se observa en los «frescos taurinos» pertenecen a una esfera muy distinta. Las cintas y los collares de cuentas están completamente fuera de lugar en las llanuras pedregosas o en los parajes desprovistos de vegetación. Son más apropiados para el circo del Palacio. No cabe duda de que los animales fueron entrenados concienzudamente. Como los toros de las plazas españolas, debieron pertenecer a una casta especial y fueron criados en manadas selectas o «ganaderías». Está claro que en todas estas escenas la atención del artista minoano está cen-

trada principalmente sobre el animal, que adquiere dimensiones desproporcionadas ya que para ellos el toro fue sin duda alguna lo que para nosotros es el león, el Rey de los Animales…

La idea que quiso dar del espectáculo el artista que diseñó este grupo en bronce parece haber sido esencialmente la misma que la del pintor del fresco que reproducimos en la figura 144. Este dibujo encaja, sin duda alguna, en la sucesión completa del ejercicio descrito anteriormente y que comprende tres tiempos bien definidos: presa sobre los cuernos, salto sobre la cabeza y salto mortal hacia atrás donde un sirviente le presta la ayuda oportuna.

Se ha demostrado claramente que la primera parte de este ciclo acrobático, concebido de esta forma lógica, rebasa los límites de fuerza y habilidad de un ser humano…

Como ya se ha sugerido, no es en modo alguno improbable que las escenas en que los toros son apresados por los cuernos, tales como los de los relieves que se conservaron, parcialmente al menos, en el Corredor de la Entrada Norte, en un tiempo en que los griegos ya se habían establecido en la isla, puedan haber influido en las tradiciones posteriores del Minotauro y de los jóvenes y muchachas cautivas. Pero no hay razón para llegar más lejos y suponer que las figuras acrobáticas de uno y otro sexo empeñadas en estos peligrosos ejercicios representan realmente a los esclavos, entrenados como los gladiadores romanos

para «hacer deporte» en las fiestas minoanas. Y todavía es más desacertada cualquier comparación con la costumbre más primitiva y feroz, ilustrada por los monumentos del Egipto prehistórico, según la cual los prisioneros de guerra eran entregados a los toros.

Los jóvenes participantes en estos espectáculos (como los de los combates de lucha o de boxeo que difícilmente pueden separarse de la misma categoría general) no tienen en verdad ninguna apariencia servil. Van, como hemos visto, elegantemente vestidos y, especialmente en los desafíos mano a mano, que serán descritos después, tienen con frecuencia un porte noble. En estos campeones de ambos sexos debemos reconocer más bien los ejemplares más puros de la raza minoana ejecutando, en muchos casos con un carácter eminentemente religioso, actos de valor y de pericia por los que todo el pueblo sentía una apasionada inclinación.

Las formas flexibles y vigorosas de los que practicaban los deportes de la arena minoana, con su violenta acción muscular y sus cinturas convencionalmente ceñidas, fueron tema de inspiración para los artistas de la época, de la misma manera que las formas simétricas de sus «efebos» lo fueron de los de la Grecia clásica. En ambos casos se trató de una glorificación de las excelencias atléticas, manifestándose en actos arriesgados de los que eran testigos los mismos dioses. Por tanto, tampoco la participación de las mujeres en las escenas taurinas minoanas puede considerarse en modo alguno como un síntoma de cautiverio o como la extravagancia de un perverso tirano. Fue más bien, como hemos visto, un producto natural de la organización religiosa en la que los ministros femeninos de la diosa ocupaban un lugar predilecto en su servicio. En Esparta, en donde la tradición religiosa de los minoanos parece haber tenido un considerable arraigo, los atletas femeninos continuaron tomando parte en los juegos públicos.

Trabajos de reconstrucción en Knosos

Arthur Evans

La conservación del «Sector doméstico» (debido en gran parte a la relativa protección contra los movimientos sísmicos proporcionada por la incisión hecha en tres partes de los estratos neolíticos del «Tell»), pareció realmente un milagro si se tiene en cuenta las razonables posibilidades que puede ofrecer una excavación. Especialmente «La Gran Escalera» (de la que fueron desenterrados tres tramos íntegros e indicios suficientes de otros dos y que una vez más ha sido restaurada hasta el punto de cumplir su función original tras un intervalo de más de tres milenios y medio) se nos ofrece todavía como una muestra monumental de pericia arquitectónica.

El hecho más sorprendente que se produjo en el curso de la exploración del emplazamiento del Palacio fue el que tuvo lugar al recorrer el sector sur de la Galería de los Laureles que flanquea los Almacenes Reales en donde se guardaba el «Medallón Pithoi». El pavimento que recorrimos detenidamente y que descansaba sobre arcilla neolítica, parecía representar el nivel por encima y por debajo del cual no existía posibilidad alguna de encontrar nuevos restos en esta dirección. Había empezado la estación calurosa y el trabajo de la excavación se había hecho realmente fatigoso, cuando al abrir una puerta bloqueada descubrimos la entrada a una escalera. Posteriores sondeos revelaron, más al fondo, la existencia de escalones, ascendentes y descendentes, pertenecientes, según comprobamos

después, al segundo y tercer tramo de una magnífica escalera de piedra…

Algo se ha dicho ya de las peculiares dificultades e incluso peligros encontrados al abrirnos paso por debajo de los tramos interiores y a través de los corredores y salas de la planta baja. Fue una verdadera suerte que entre los obreros entonces empleados hubieran dos de las minas de Laurion y que, bajo su dirección y mediante el uso constante de contrafuertes del tipo utilizado en minería, pudiéramos abrir un túnel debajo de los tramos inferiores y a lo largo de las bóvedas situadas al fondo. Nos dimos cuenta entonces de que aunque el sólido armazón de madera, que jugaba un papel tan importante en las características estructurales del ultimo periodo Medio Minoano y que estaba formado por fuertes pilares, vigas cruzadas y columnas y capiteles de madera, se encontraba casi carbonizado (más como consecuencia de agentes químicos que por la acción del fuego), casi todo el material estaba en su posición original, en puntos incluso tan alejados como la superficie del segundo piso.

Esto se debió a que en los espacios inferiores habían penetrado materiales que sin duda eran ladrillos resecos por el sol y desprendidos de los pisos más altos en esta parte del edificio. Pero la explicación completa del fenómeno no se produjo hasta más tarde, cuando fue excavado el *Caravanserai* «en el lado opuesto de la garganta situada al sur del Palacio». Pudimos comprobar que los surtidores de aquel lado, que estaban bastante impregnados de yeso, al combinarse con la arcilla del lugar y con los ladrillos desprendidos de las partes superiores, habían formado una capa tan dura como el cemento, que solo podía abrirse con picos afilados de acero y a costa de mucho tiempo y trabajo. Es evidente que se habría producido el mismo resultado que producen de una forma natural los surtidores de la colina Gypsádes al actuar sobre los materiales arcillosos, como consecuencia del efecto disolvente del agua de la lluvia so-

bre los restos de los bloques de yeso, pavimentos y losas de los pisos superiores cerrando los espacios de los pisos superiores y de los tramos de escalera. La acción destructiva de la lluvia sobre los elementos de yeso del Palacio fue rápida y el progreso de su desintegración se hizo muy perceptible en las partes expuestas del edificio desde los primeros días de las excavaciones. El grado en que puede ser atacado el yeso depende, desde luego, de la consistencia de la piedra. Algunas de las losas de piedra del Palacio son particularmente de una excelente calidad, con vetas onduladas traslúcidas y láminas pálidas, marrones y de color ámbar. Estas piedras parecen tener aún una capacidad casi ilimitada para resistir a los elementos. Pero las superficies expuestas han quedado reducidas por lo general a una masa tosca de cristales y en algunos casos casi podría compararse su estado con el efecto que produce una gota de agua sobre el terrón de azúcar.

Una conclusión inevitable que se dedujo de este proceso de desintegración fue el convencimiento de que para salvar algo de estos restos era necesario cubrirlos. Pero la excavación de la escalera y de las salas a las que esta daba acceso, trajo consigo necesidades todavía más urgentes. La separación de las concreciones de arcilla y la extracción de los restos combinados de tierra y de mampostería de los espacios intermedios, dejaron un vacío entre los espacios superiores e inferiores que amenazaba con el desmoronamiento de todo el conjunto. Según pudimos observar, los pilares carbonizados, las vigas y las columnas de diversas formas y dimensiones se resquebrajaban al quedar al aire no pudiendo, por supuesto, soportar ningún peso. El recurso de los contrafuertes de minas y de la combinación de maderos para sostener la masa situada encima fue temporal y en ocasiones tan insuficiente que se produjeron algunos desprendimientos peligrosos.

EL USO DE CEMENTO ARMADO MARCA UNA NUEVA ERA EN LA RECONSTRUCCIÓN

Nuestros esfuerzos habrían sido inútiles si los pisos superiores se hubieran precipitado sobre los inferiores dejándolo todo convertido en un montón informe de ruinas. La única alternativa que teníamos era reforzar las estructuras superiores de alguna forma permanente. En los primeros días de la excavación el arquitecto, M. Christian Doll, que emprendió decididamente esta tarea, no tuvo más remedio que confiar en las vigas de hierro traídas de Inglaterra a elevado coste y que fueron recubiertas de cemento. Los fustes de las columnas fueron sustituidas por bloques de piedra cubiertos por una capa de estuco y se prescindió prácticamente de los capiteles. Incluso la madera, que resultaba entonces difícil de obtener debidamente curada, desempeñó un papel importante en estos trabajos de reconstrucción. Como es lógico, los troncos de ciprés y las vigas que habían soportado grandes masas de mampostería en la obra primitiva no podía aprovecharse ya. Nos enteramos entonces de que también el pino del Tirol, que importado a través de Trieste, había podido resistir durante generaciones a los elementos en las casas de su región de procedencia, se pudría y quedaba reducido a polvo en pocos años como consecuencia de los violentos contrastes del clima de Creta.

Pero mediante el creciente uso del cemento armado (reforzado por gruesas barras de hierro) en las obras de reconstrucción de todas clases, se abrió una era en la reconstrucción y conservación del Palacio. Se ha demostrado ya cómo en el ala izquierda del edificio el nuevo método permitió reforzar, con mayor eficacia y economía, los pisos superiores colocando los viejos elementos a su nivel correspondiente, mientras que las columnas, los capiteles y otras piezas, incluso las que tenían detalles complicados, no tuvieron ya que cortarse y labrarse en la

piedra original sino que fue posible sacar de ella sus moldes completos de madera, que los carpinteros del lugar hacían con gran habilidad. Las vigas y pilares carbonizados fueron también restaurados por el mismo sistema del cemento armado, mientras que derramando este sobre una plataforma provisional reforzada por pilares fue posible dejar al descubierto considerables espacios del pavimento y a la vez proteger permanentemente del clima las capas y los bloques de yeso y otras partes quebradizas de las habitaciones y almacenes del piso bajo. En este sector, toda la estructura del edificio quedó tan consolidada con este nuevo material que resistió felizmente el fuerte terremoto del 26 de junio de 1926.

The Palace of Minos, vol. III, 1930

Ventris descifra la escritura cretense

William Taylour

Michael George Francis Ventris *(1922-1956) nació en Wheathampstead y fue arquitecto de profesión. Desde sus primeros años se interesó vivamente por las lenguas y por los problemas de la interpretación de escrituras y durante la guerra, llegó a ser un experto en el descifrado de claves. El método usado por el ejército se basaba especialmente en un análisis estadístico y Ventris pensó que este método podría aplicarse con la misma efectividad a las tablas lineales B en que los problemas de traducir una lengua desconocida, representada mediante una escritura desconocida, habían resultado hasta entonces insolubles. Comprendiendo que necesitaba la ayuda de un experto en filología, se puso en contacto con el profesor J. Chadwick, el cual quedó tan convencido por sus argumentos que se ofreció a colaborar inmediatamente. Cuando se publicaron sus trabajos, fueron tan concluyentes que apenas hallaron objeciones, si bien Ventris no vivió para presenciar el triunfo de su método ya que murió en un accidente de tráfico a la edad de treinta y cuatro años.*

En la historia de la antigüedad, civilización equivale, por definición, a sociedad letrada. Ciertamente, la misma complejidad de la sociedad civilizada requiere, para poder funcionar, una estructura de registros documentales. La civilización micénica no fue una excepción a esta regla, aunque las primeras excavaciones hayan ofrecido escasas pruebas de este hecho. Algunos de los conocimientos relativos a la escritura de esta civilización se dedujeron de los curiosos signos pintados sobre cierto número de vasijas micénicas encontradas en Micenas, Tirinto,

Orcomenos y Tebas. Pero hasta que, en 1939, no se iniciaron las excavaciones en Pilos donde se encontraron centenares de tablas de arcilla grabadas con unos caracteres similares, no se vio inequivocadamente que el conocimiento de la escritura podía haber estado generalizado y extendido por la Grecia micénica. Estas tablas de arcilla no eran únicas. Habían sido encontradas ya en Knosos, Creta, en 1900 por Sir Arthur Evans, que desde el principio reconoció su importancia. Knosos ha dado la cifra más alta de estos documentos: entre 3.000 y 4.000, aunque muchos de ellos son fragmentarios. Pero además han sido encontrados en otros lugares de la isla, en los palacios de Faistos, Hagia Triada y Mallia. Pilos ocupa el segundo lugar con algo más de 1.200, y cada año las excavaciones que se efectúan en el lugar vienen a aumentar la cifra. En Micenas, hasta el momento, no se han hallado más que unas setenta y la mayoría procede de las casas situadas fuera de la ciudadela.

Parece realmente extraño que el centro dinámico e inspirador de la civilización que nosotros llamamos micénica haya producido una cifra tan reducida. La explicación parece ser doble: la fragilidad de la sustancia de que están compuestas y, quizá, la falta de pericia de los primeros excavadores para reconocer estas masas de arcilla bastante confusas. La segunda explicación es muy corriente entre los modernos arqueólogos pero yo no creo que todas las tablas hayan escapado a la aguda penetración de Schliemann que se enorgullecía del cuidado con que coleccionaba y conservaba lo que, incluso para él, eran los objetos más insignificantes. Es cierto que las tablillas no son fáciles de reconocer. Las llamadas tablillas lineales B (las únicas encontradas en la península griega) son piezas oblongas de arcilla de unas tres pulgadas de longitud. Algunas son más grandes y casi cuadradas, otras son largas, estrechas y puntiagudas, como una hoja de palma. Entre el polvo y la suciedad de la excavación, las tablillas pueden confundirse fácilmente con fragmen-

tos de cerámica rústica, salvo aquellas superficies que presentan incisiones a los ojos del experto. Pero a diferencia de la cerámica no se cocían en un homo, lo cual las habría hecho indestructibles. Eran moldeadas con arcilla corriente y las inscripciones se grababan con un punzón cuando la arcilla estaba todavía blanda; luego eran sacadas al sol para que se secaran. Mientras permanecían almacenadas en un sitio seco tenían probabilidades de conservarse pero una vez se veían sometidas al efecto del agua se disolvían rápidamente transformándose en una masa informe. (Esta fue la suerte que corrieron algunas tablas, ¡almacenadas por Sir Arthur Evans en un cobertizo que tenía goteras!) El que estas tablillas hayan podido sobrevivir se debe en gran parte a la destrucción violenta de un yacimiento. Las llamas voraces las quemaron hasta que adquirieron la dureza de la cerámica. A pesar de ello, algunas siguen siendo frágiles y quebradizas.

En Pilos, la mayoría de las tablillas se hallaban concentradas en un mismo sector y en el curso de la excavación comprendimos que nos hallábamos ante los archivos del Palacio. Estaban almacenadas junto a la entrada del edificio, en una pequeña habitación con bancos bajos que soportaban estantes libres. Por lo menos, esto fue lo que pudimos deducir de la cuidadosa observación de los escombros calcinados que llenaban la habitación. También pudo deducirse que las tablillas se guardaban en cestos de mimbre, pues se conservaba una impresión de un trenzado de cestería en varias piezas de arcilla quemada que se encontraron adheridas a unas tablillas «etiquetas», es decir, tablillas que reflejaban de forma abreviada el tema de su contenido. Otro tipo de almacenamiento parece haber sido el de cajas de madera. Dentro de la Ciudadela de Micenas no se han encontrado archivos. Unas pocas tablillas, ocho en total, fueron recuperadas en 1960 en unas excavaciones efectuadas en las casas micénicas dentro de la Ciudadela y cerca del círculo de los

Sepulcros pero se hallaron en un estado muy fragmentado. Las circunstancias en que fueron encontradas indican que no eran más que restos de un gran tesoro que fue aniquilado por el fuego devastador que destruyó los edificios en que estaban guardadas. Las tablillas supervivientes se encontraron incrustadas en masas conglomeradas de piedras fundidas, ladrillos y arcilla, amalgamados hasta adquirir la consistencia y la dureza del cemento. Diseminados por estas ruinas, de constitución parecida a la piedra, había partículas y fragmentos de una sustancia parda rojiza que podría haber sido fragmentos de vasijas de barro o trozos de tablillas desintegradas. Si se tratara de esto último, parece ser que las tablillas fueron almacenadas en armarios de piedra o en recipientes. Las marcas bien evidentes del fuego que destruyó el palacio, situado en la cima de la Ciudadela, demuestran que también aquí fue de igual intensidad y violencia que el producido más abajo de la falda de la colina. Como consecuencia del mismo, todos los archivos que existían probablemente dentro del palacio habrían sido destruidos dejando huellas tan leves que habrían escapado a la atención de los excavadores.

Estos archivos en arcilla de Grecia y Creta, y unos cuantos de Chipre, son prácticamente los únicos documentos escritos que han quedado del mundo egeo del segundo milenio. Es muy posible que se utilizaran otros medios para escribir, sustancias tales como la madera, piel, pergamino, hojas de palma o papiros, ninguna de las cuales habría sobrevivido en condiciones normales. La conversión de las hojas de papiro en un material adecuado para escribir constituyó una industria especializada de Egipto y hay muchas pruebas de la existencia de relaciones comerciales entre los pueblos del Mar Egeo y aquel país. La escritura sobre arcilla fue el sistema adaptado en Babilonia y en los reinos vecinos (en ellos las tablillas se cocían en hornos) y se utilizaba un instrumento con una punta en forma de cuña para

reproducir la escritura cuneiforme (cuneus = cuña). Pero el escriba egeo prefería una pluma o herramienta puntiaguda y es posible que los documentos más importantes fuesen escritos sobre otros materiales más adaptables a este instrumento. Por otra parte, las tablillas, cuya fabricación resultaba fácil y barata en el lugar, habrían servido para archivos de los asuntos diarios. Esto es lo que son en realidad.

¿Y cómo lo sabemos? Sir Arthur Evans lo dedujo por los signos pictóricos de las tablillas de Knosos que se identificaron con caballos, carros, armas, etc.; pero hasta hace poco, en 1952 para ser más exactos, los numerosos intentos de descifrar la escritura no fueron coronados por el éxito. Esto se debió en gran parte al genio, a la brillantez y a los esfuerzos de un joven arquitecto, Michael Ventris, ayudado en la fase crítica de su trabajo por el filólogo de Cambridge, John Chadwick. Para comprender el alcance de esta empresa es preciso advertir que Ventris intentaba realizar algo mucho más difícil que el problema con el que se enfrentó Champollion al resolver el enigma de los jeroglíficos egipcios o Grotefend y Rawlinson con el descifrado de la escritura cuneiforme. Estos primeros pioneros tuvieron textos bilingües o trilingües en que apoyarse y por lo menos conocían el grupo lingüístico a que pertenecía la lengua. El egipcio antiguo, aunque muy modificado, se basaba en la lengua copta. El asirio y babilónico eran afines, como se vio claramente, con las lenguas antiguas hebraicas y semíticas en general. Pero Ventris estaba ante un tipo aislado de escritura y sin referencia alguna sobre la lengua a que podía pertenecer.

Muchos, por supuesto, precedieron a Ventris en la ingrata búsqueda. Sir Arthur Evans fue el primero en establecer las bases para posteriores investigaciones, y logró demostrar las diferentes etapas en la evolución de la escritura. La primera estaba representada por los signos jeroglíficos que se encuentran principalmente en las joyas cretenses y en los sellos de piedra

pertenecientes a la primera mitad del segundo milenio. Se conocen también varias tablillas con jeroglíficos. La segunda, se basaba en una versión cursiva y simplificada de estos signos que Sir Arthur Evans llamó Lineal A. Esta se inscribía en tablillas cocidas en hornos, según se cree, y en vasos, piedra y bronce. Finalmente, descubrió una escritura más posterior y avanzada, íntimamente relacionada con la Lineal A, que él llamó Lineal B. No pueden darse fechas exactas de los períodos en que estas escrituras estuvieron en uso pero puede decirse que la Lineal A desplazó a la escritura jeroglífica y pudo haber aparecido en el siglo VIII. Al parecer, dejó de utilizarse a principios del V. La Lineal B, que está grabada casi exclusivamente en tablillas empieza antes o poco después de 1400 antes de Cristo. Las últimas tablillas pueden fecharse hacia el año 1200 después de Cristo. La Lineal B es la única forma de escritura conocida en la Grecia continental.

En sus estudios Evans había establecido ciertos puntos básicos: que las tablillas eran listas o relaciones; que era claramente reconocible un sistema numérico; que alguno de los signos eran ideogramas (dibujos de los objetos designados) y que muy probablemente los otros signos eran silábicos. Él pensó en esta lista porque había notado que existían grupos de signos separados de otros grupos por trazos verticales. De ahí que cada grupo representara una palabra de varias sílabas. Evans no podía comprometerse a llevar más lejos sus conclusiones. Muchos de sus inmediatos seguidores, menos cautos que él (entre ellos distinguidos científicos) confiaron demasiado en conjeturas, eligiendo una lengua que tuviera cierta afinidad con la escritura e intentando acomodar las dos. Casi todos estos estudios se llevaron a cabo sin método. Sin un detallado análisis de las inscripciones había escasas posibilidades de éxito. Uno de los pocos que adoptaron un sistema metódico fue el americano, Dr. Alice E. Kober. Este pudo demostrar, por su análisis de los sig-

nos de la Lineal B, que se trataba de una lengua declinada, es decir, que las palabras tenían sufijos variables que indicaban el género, el plural, etc. (como en latín). Por ejemplo, notó que la forma general usada para los hombres y cierta clase de animales difería de la usada para las mujeres y otras clases de animales, lo cual sugería una diferenciación del género. Pero su mayor contribución al descifrado fue su demostración de que ciertas palabras que se componían de dos, tres o más signos silábicos podían tener dos variantes si se añadía un signo diferente o se cambiaba su terminación por otro signo. (Un ejemplo, en inglés sería: wo-man, woman's, wo-men.) ¡En los círculos lingüísticos estas variaciones se llaman temas de Kober! El profesor Emmett L. Bennett, Jr. fue también uno de los pocos en utilizar un método. Aparte de aclarar el sistema de pesas y medidas utilizado en la escritura, su contribución más importante fue ordenar y clasificar todos los signos de la Lineal B. Consiguió establecer la división de los signos en dos clases, ideográficos y silábicos y un detallado estudio de las variantes en la ortografía (la mala escritura manuscrita no es cosa nueva) reduciendo el número de los signos silábicos a unos noventa.

Para abordar el problema del descifrado existía una referencia útil aunque difícil. En Chipre se descubrió un manuscrito que fue catalogado como chipriota-minoano. Se trataba solamente de unas escasas tablillas, de las cuales la más antigua, según se ha afirmado, procede de principios del siglo quinto y tiene afinidades con la Lineal A. Dos detalles de estas tablas despiertan comentarios especiales. Se había empleado un estilo rústico y estaban cocidas al fuego. La técnica es, por tanto, distinta a la de las tablillas que hemos analizado anteriormente y está más relacionada con la de las civilizaciones orientales. Esto no es sorprendente teniendo en cuenta la posición geográfica de Chipre. Otro tipo de escritura, la clásica chipriota, estuvo en uso en la isla desde el siglo sexto al tercero o segundo a. de J. C.

y está claramente vinculado a la Lineal B. En la mayoría, si no en todos los casos, estaba presente el griego. De ahí que fuera posible su descifrado. Siete de los signos son similares o pueden equipararse a la Lineal B y los valores fonéticos del silabario chipriota son conocidos. Los signos representan una vocal o una consonante más una vocal. Como esta es una escritura silábica y no alfabética, surgen dificultades en las palabras que tienen dos o más consonantes seguidas o cuando terminan en consonante. Utilizando esta escritura silábica, «pastor», podría deletrearse «pa-so-to-re».

La vocal final de «re» no se pronunciaría ni tampoco la «o» de «so». Estas se considerarían vocales «muertas». Pero la elección del sonido silábico «so» (de los cinco sonidos silábicos que empiezan con «s»: «sa, se si, so, su») está determinada y debe concordar con la vocal del signo silábico siguiente, en este caso la «o» de «to». Así para «prison» el deletreo podría ser «pi-ri-so-ne» (la vocal final «muerta» es siempre «e»). Pero otra complicación más del silabario chipriota es que no se escribe «n» delante de consonante. Así «contralto» aparecería como «co-ta-ra-lo-to». De estos ejemplos se deduce claramente que el Silabario sería un método muy ineficaz para escribir en inglés. Y todavía lo sería más para el griego. La palabra «anthropos» tendría que escribirse «a-to-ro-po-se». Además un número considerable de palabras griegas terminan en «s» y, como el signo silábico chipriota «se» es igual a uno de los signos de la Lineal B podría demostrarse fácilmente si la Lineal B podía ser utilizada con el griego. Se comprobó que el signo «se» raramente se presentaba como signo desinencial en la escritura Lineal B. La conclusión lógica fue que el idioma no era el griego.

El trabajo preliminar, básico y esencial llevado a cabo por Kober y Bennett no era válido para Ventris, que ahora aportaba un nuevo instrumento para abordar el problema del descifrado, el conocimiento de la criptografía. En teoría cualquier código

puede ser interpretado, con tal de que se disponga de suficiente material codificado. Un detallado análisis del material debe revelar ciertos rasgos periódicos y esquemas fundamentales. Ya hemos comentado los que fueron anotados por el Doctor Kober. Ventris pudo aumentar el número de las observaciones básicas. Sobre la base del material disponible, considerablemente incrementado por la publicación en 1951 de la transcripción que hizo Bennett de las tablillas encontradas en Pilos en 1939, preparó un índice estadístico que reflejaba la frecuencia general de cada signo. Pudo deducir (y aquí tuvo la colaboración de Bennett y del investigador griego Ktistopoulus) que tres de estos signos eran probablemente vocales ya que se presentaban predominantemente al principio de grupos de signos. Un sufijo fue provisionalmente identificado como la conjunción «y» utilizada como «que» en latín. Se observaron otras variaciones de declinación de palabras identificadas como sustantivos y, como algunas de estas se presentaban con el ideograma de hombre y mujer, se pudo ver que en tales casos la inflexión pertenecía más frecuentemente al género que al caso.

Los datos reunidos con carácter transitorio fueron ordenados por él en forma *tabular* de tablas en lo que llamó la «reja». La reja fue revisada y reajustada constantemente. En una de sus últimas disposiciones constaba, esencialmente de quince filas de consonantes y cinco columnas de vocales. Como no se conocía ninguno de los valores de las consonantes o vocales, se les asignó un número. Dentro de estos setenta y cinco espacios, se dispusieron los signos silábicos de la Lineal B que se repetían con más frecuencia (cincuenta y uno de un total hipotético de noventa), sobre la base de datos estadísticos que se habían recogido en torno a ellos. Si el sistema era válido y los datos estaban correctamente ordenados, los signos de la misma columna deberían llevar la misma vocal y los signos de la misma fila deberían empezar con la misma consonante. Por ello, si se podía es-

tablecer tan solo el valor fonético de algunos signos silábicos, los valores de los otros se deducirían automáticamente mediante la reja.

ESCRITURA SILABICA LINEAL B

15º NOTA DE TRABAJO

(2º INFORME)

RELACION DE LAS FRECUENCIAS EN LAS TERMINACIONES DE VOCALES Y CONSONANTES EN EL MATERIAL DE PYLOS:

ATENAS, 28 SEPTIEMBRE 51

ESTOS 51 SIGNOS CONSTITUYEN EL 90% DE TODOS LOS CASOS EN EL INDICE DE GRUPOS DE SIGNOS, EN PYLOS. LAS FIGURAS AÑADIDAS DAN LA FRECUENCIA TOTAL POR MIL EN EL INDICE DE PYLOS

	Sílabas típicas de terminación "impura" ante [illegible] & [illegible] en los casos 2c & 3	Nominativos típicos de terminación "pura" en las formas de la columna I	Incluye posibles "acusativos"	También, pero menos frecuentemente, los nominativos en las formas de la columna I	
	ESTOS SIGNOS NO SE DAN ANTE - [illegible] -	ESTOS SIGNOS APARECEN CON MENOS FRECUENCIA O NO SE DAN EN ABSOLUTO ANTE - [illegible] -			
	¿MAS FRECUENTEMENTE FEMENINO QUE MASCULINO?	¿MAS FRECUENTEMENTE MASCULINO QUE FEMENINO?			¿MAS FRECUENTEMENTE FEMENINO QUE MASCULINO?
	NORMALMENTE SE FORMA EL GENITIVO SINGULAR AÑADIENDO - [illegible] -		NORMALMENTE SE FORMA EL GENITIVO SINGULAR AÑADIENDO - [illegible] -		
	vocal 1	vocal 2	vocal 3	vocal 4	vocal 5
¿vocales puras?	30.3				37.2
¿una semivocal?				34.0	29.4
consonante 1	14.8	32.5	21.2	28.1	18.8
2	19.6	17.5			13.7
3		9.2		3.3	10.0
4	17.0	28.6			0.4
5	17.7	10.3		4.1	10.2
6	7.4	20.5		14.8	14.4
7	4.1	44.0			
8	6.1	6.1		13.5	15.2
9		33.1		32.3	2.4
10	22.2		38.2	3.5	2.2
11	31.2	33.8	34.4	8.3	0.7
12	17.0			37.7	24.0
13		9.4	14.2		

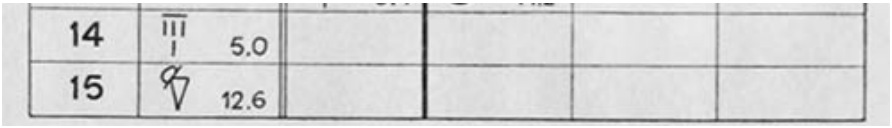


Tabla de valores fonéticos, según Ventris.

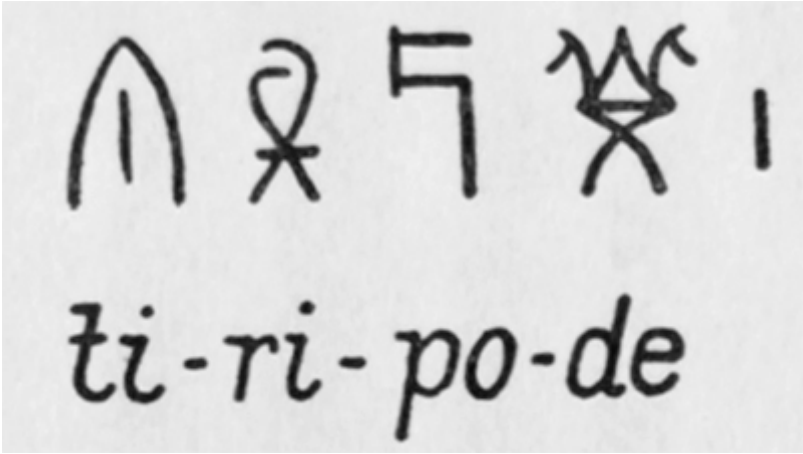
Hemos dicho ya que siete de los signos del silabario chipriota pueden ser equiparados a los signos de la Lineal B. Sería aceptable, por ello, experimentar con el valor fonético chipriota de estos signos. Esto fue lo que hizo Ventris. Por otra parte, había llegado a la conclusión, al observar la constante repetición de ciertos grupos de signos en las tablillas, que estos grupos representaban nombres de lugares. Partiendo de estas dos suposiciones hizo ensayos con nombres de lugares antiguos. Para las tablas de Knosos, la elección se hizo naturalmente entre nombres cretenses conocidos en los tiempos clásicos o citados por Homero (el mismo Knosos, Amnisos —un pueblo ribereño cercano— y Tulisos) y que podían reconocerse en los siguientes deletreos silábicos «co-no-so», «a-mi-ni-so», «tu-ri-so». Estas identificaciones fueron ciertamente válidas dentro de la estructura ortográfica chipriota en que las consonantes dobles (km, mn) están disociadas en sílabas. La utilización de «ri» en lugar de «li» en «tu-ri-so» (Tulisos) no entrañaba dificultad. Ventris había reconocido ya que la «r» y la «l» eran intercambiables como lo son en diversas lenguas incluyendo el antiguo egipcio. Una marcada diferencia del chipriota es que la «s» final no se escribe. De forma análoga, se omiten «l, m, n, r, s» a final de palabra o cuando anteceden a otra consonante y hay otras normas ortográficas impuestas por el descifrado que no están de acuerdo con las reglas chipriotas.

Aun cuando los resultados de estas pruebas fueran prometedoras, no proporcionaron todavía una pista segura respecto a la lengua que encubría la escritura. El propio Ventris opinaba que se trataba de la lengua etrusca y hasta última hora orientó

sus estudios en esta dirección. El hecho de que en las últimas fases del descifrado probase con el griego fue, según sus propias palabras, «una frívola digresión». Pero fue grande su sorpresa al comprobar que, con el griego, muchas de las tablillas tenían sentido. Es cierto que muchas resultaban ininteligibles pero si la lengua era en verdad griega se trataría necesariamente de una forma muy arcaica del idioma que fue registrado en la Lineal B unos 500 años antes de Homero (el mismo griego de Homero es arcaico). Si la lengua era griega podrían encontrarse muchos de estos arcaísmos homéricos simbolizados en los textos de la Lineal B y el hecho de que así fue en realidad determinó en gran parte la favorable acogida deparada por la mayoría de los investigadores a las definiciones revolucionarías de Ventris. Basta con recordar las disputas y controversias surgidas en torno al pretendido éxito en el descifrado de la escritura cuneiforme y de los jeroglíficos egipcios, para asombrarse de la aceptación general con que fue acogido este descubrimiento, mucho más espectacular y polémico. Hubo, como es natural, oposición pero antes de que pudiera organizarse, apareció una notable y dramática prueba de que no se había equivocado.

En la misma época en que Ventris alcanzaba la solución del problema de la Lineal B, se desenterró una tablilla en Pilos que iba a confirmar ampliamente la exactitud de su sistema. Era una de las 400 que fueron descubiertas durante las excavaciones de 1952. A principios del siguiente año, el profesor Blegen, su descubridor, las limpió y las estudió en Atenas. Él probó el silabario de Ventris en varias y especialmente en una de ellas lo hizo con sorprendentes resultados. La tablilla contenía un inventarío de trípodes y varias clases de vasos, algunos de cuatro asas, algunos de tres, y uno con una. El ideograma diferente utilizado en cada caso lo aclaró. Pero cada ideograma estaba precedido por esta descripción y, aunque el significado de cada palabra en la descripción no era patente por sí mismo, se apli-

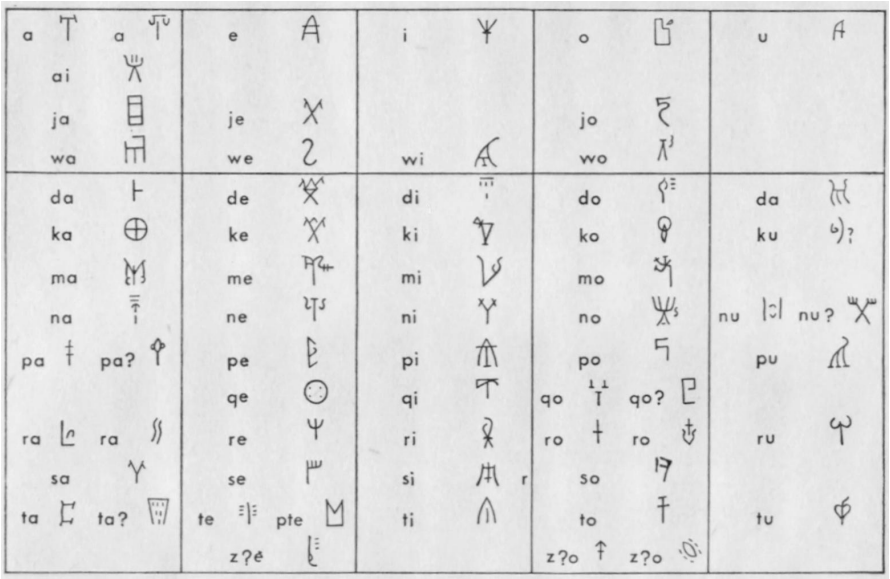
caron a algunas los valores fonéticos siguientes (y no otros) con arreglo al silabario de Ventris: «ti-ri-po», «qe-to-ro-we», «ti-ri-o-we». La palabra «ti-ri-po» aparece solo con el signo trípode. Siguiendo la regla ortográfica previamente expuesta, se identifica claramente con la palabra griega «tripos», trípode. O-we, que se presenta en las otras tres palabras citadas anteriormente, significa «con asa». La palabra «asa» se usa generalmente en griego para designar todos los asideros de las vasijas. Se encuentra arriba en combinación con «quetro» («tetra» en griego, «quattuor» en latín) «tri» (como en «tripos») y «an», el prefijo negativo griego, es decir, sin asas. El hecho de que las palabras antes indicadas se presentaran con los ideogramas a los que se refiere excluía toda posibilidad de coincidencia. La validez básica del descifrado de la Lineal B como una forma de griego arcaico resultaba por tanto confirmada y la publicación de esta tablilla en 1953 sirvió para convencer a muchos, que hasta entonces no se habían mostrado convencidos del todo. Pero, naturalmente, no todos estuvieron conformes con esta interpretación y aún hoy existe una pequeña minoría de científicos que no la aceptan. Sin embargo, el más famoso de este grupo, el profesor Beattie, ha reconocido la gran dificultad que entrañaba la lectura de la tablilla trípode admitiendo que este hecho debe ser explicado de alguna forma. Por ello se ha visto arrastrado al desesperado recurso de sugerir que Ventris tuvo la presciencia del contenido de la tablilla antes de llegar a la solución final. Tal insinuación no solo es indigna sino que carece completamente de fundamento.



Tras un trabajo de exégesis filológica de extraordinaria complejidad, Ventris logró descifrar la escritura cretense, afirmando que era un dialecto griego.

¿Cómo puede explicarse la oposición, aunque escasa, a la idea de que la Lineal B es griega? Las objeciones conciernen a las dificultades reconocidas de la traducción. Muchas palabras siguen careciendo de sentido y, debido a la extensa variedad de posibles lecturas, alternativas en ciertos casos, no se puede estar siempre seguro del origen griego de estas dudosas palabras… Se argumenta que ningún escriba podría hacerse comprender por otro con una escritura tan elástica. Por ejemplo, el signo «ka» puede representar hasta setenta sílabas: «ka, ga, kha, kai, kas, kan, etc.». Esto es cierto pero no ocurre con todos los signos silábicos y los signos no se leen aisladamente sino en combinación como palabras, Ciertas combinaciones se repiten constantemente. Con frecuencia aparecen pictogramas de carácter mnemotécnico. Pero hay muchos casos en nuestra propia lengua en que tenemos que elegir entre varios sentidos.

Una misma palabra puede tener dos significados y dos formas distintas de pronunciación… Al igual que el escriba micénico, podemos vacilar un momento antes de interpretar. Es la familiaridad y el contexto lo que decide en última instancia.



Reproducción de una página del trabajo de Ventris

Aunque hoy se acepta generalmente (al menos por la mayoría de los helenistas más insignes) que la lengua de la Lineal B es griega, hay que admitir que el material escrito hasta ahora disponible es limitado en cantidad y cualidad. ¿En qué reside la calidad? Inventarios y listas en su mayor parte: inventarios de mercancías, ganado y productos agrícolas; listas de hombres, mujeres y niños. Y en este último grupo una parte considerable del texto está representado por nombres propios y por las ocupaciones de los individuos en ella comprendidos. El 65 por ciento, como mínimo, de los grupos de signos son nombres propios… Unos 200 aproximadamente son, casi con seguridad, nombres de lugares aunque un número considerable de estos no pueden ser identificados geográficamente. Unas 3.500 tablillas han sido estudiadas y estas han proporcionado un vocabulario total de 630 palabras, de las cuales el 40 % puede leerse con una considerable exactitud. El número de textos que contienen frases de alguna extensión es limitado y, en consecuencia, nuestro conocimiento de la gramática y la sintaxis tiene

que serlo también. Estas son las tablillas relativas a «carros», «posesión de tierras» y «muebles». Es necesario poner de relieve estas limitaciones a fin de mantenernos fieles a nuestro deber de objetividad. El descifrado de la Lineal B ha ampliado considerablemente nuestra visión de la civilización micénica pero no podemos asegurar inequívocamente la precisión de las deducciones.

The Mycenaeans, 1964

Tercera parte

El libro de las pirámides

Los turistas y los monumentos

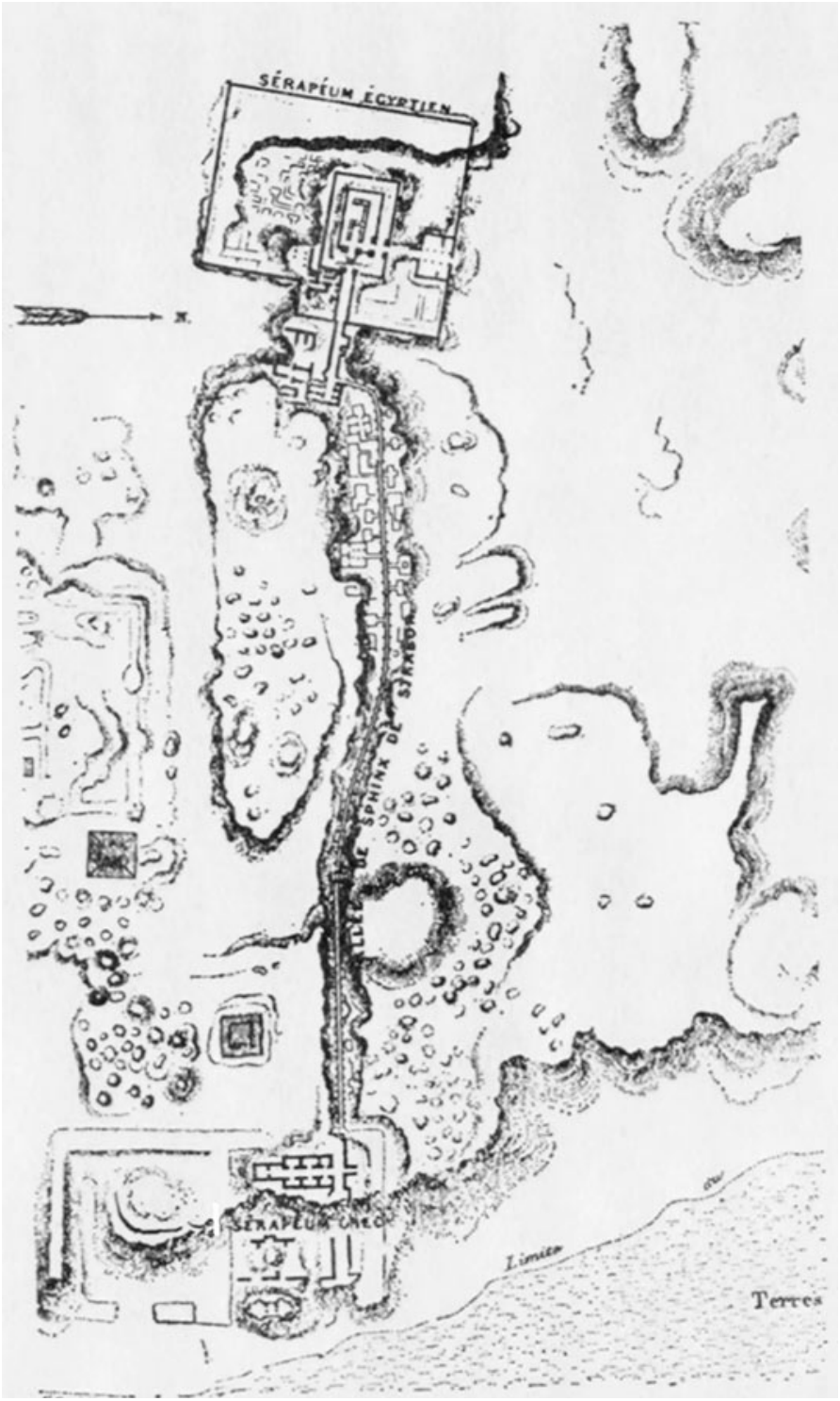
Auguste Mariette

Auguste Ferdinand François Mariette *(1821-1881) nació en Boulogne. En 1850 fue a Egipto con la misión de buscar y adquirir para la colección nacional todo manuscrito interesante en lenguas copta, siria, árabe y etíope, pero no tardó en abandonar esta empresa para dedicarse a una activa exploración y excavación de los monumentos antiguos. Después de descubrir el Serapeum, donde estaban enterrados los toros sagrados de Apis, pasó los cuatro años siguientes excavando y enviando sus hallazgos al Museo de Louvre del que fue nombrado superintendente adjunto a su regreso. En 1858 fue nombrado conservador de los monumentos egipcios y se trasladó con su familia a El Cairo. Entre los muchos yacimientos que exploró detenidamente se cuentan Menfis, las pirámides de Saqqara, Medinet Habu y Deir-el-Bahari y el templo que ha estado mucho tiempo enterrado por tempestades de arena entre las zarpas de la Esfinge. Los egipcios reconocieron su inestimable contribución a la arqueología concediéndole sucesivamente los títulos de Bey y Bajá.*

No es preciso destacar la importancia de los monumentos que se extienden por las orillas del Nilo. Constituyen el testimonio de la pasada grandeza de Egipto y, por decirlo así, las patentes de su antigua nobleza. Representan a los ojos de los extranjeros las páginas, deslustradas por el tiempo, de los archivos de una de las naciones más gloriosas del mundo.

Pero cuanto mayor sea la estima en que tengamos a los monumentos egipcios, mayor es nuestra obligación de velar por ellos. De su conservación depende en parte el progreso de esos

interesantes estudios que tienen por objeto conocer la historia del antiguo Egipto. Además, merecen también nuestra atención no solo por el alto concepto en que los tenemos sino por su utilidad para los futuros egiptólogos. En los próximos quinientos años, Egipto seguirá ofreciendo a los investigadores que lo visiten, los mismos monumentos que ahora estamos describiendo. El volumen de información ya obtenido del descifrado de los jeroglíficos es inmenso a pesar de que esta ciencia se encuentra todavía en su infancia. ¿Qué sucederá cuando varias generaciones de sabios hayan estudiado esas admirables ruinas, de las cuales bien podemos decir que cuanto más se conocen más compensan la labor realizada en ellas?


SÉRAPÉUM ÉGYPTIEN
N.
DROMOS
DES SPHINX
SÉRAPÉUM GREC
Limite
Terres

La famosa avenida egipcia de las esfinges fue puesta al descubierto por el francés Auguste Mariette. El mapa de aquella zona procede de uno de sus libros.

Por esta razón, rogamos encarecidamente a todos los que visitan el Alto Egipto que se abstengan de la pueril costumbre de escribir sus nombres en los monumentos. Si alguien visita la tumba de Tih en Sakkarah, podrá comprobar que en realidad ha sufrido más daño por causa de los turistas durante los últimos diez años que durante los seis mil años anteriores de su existencia. La hermosa tumba de Seti I en Bab-el-Molouk está casi enteramente desfigurada y todo lo que podemos hacer es evitar que su estado empeore. M. Ampère, que visitó Egipto en 1844, exagera quizás en las siguientes líneas escritas en su diario. Las transcribiremos para demostrar la ignominia que cometen aquellos viajeros que irreflexivamente gravan sus nombres en los monumentos: «Lo primero que nos llama la atención cuando nos aproximamos al monumento (Columna de Pompeyo) es la cantidad de nombres escritos en gigantescos caracteres por los visitantes que han dejado constancia de su estupidez en la columna que supo respetar el tiempo. Nada resulta más absurdo que esta manía, heredada de los griegos, que desfigura los monumentos cuando no los destruye por completo. En muchos sitios, se han dedicado horas enteras de paciente trabajo para grabar en el granito las grandes letras que lo mancillan. ¿Cómo puede un individuo completamente desconocido tomarse tantas molestias para dejar constancia de su visita a un monumento mediante la mutilación del mismo?». Recomendamos la lectura de estas líneas al joven turista americano que en 1870 visitó todas las ruinas del Alto Egipto llevando un bote de «alquitrán» en una mano y una brocha en la otra para dejar sobre todos los templos la indeleble y ciertamente deplorable huella de su paso.

No tenemos nada que aconsejar a aquellos viajeros que deseen comprar antigüedades y llevárselas a casa como recuerdo de su visita a Egipto. Encontrarán una fábrica excelente en Luxor. Pero a los viajeros que deseen sacar realmente algún provecho de su viaje, les recomendaríamos que buscasen papiros. Todos sabemos bien lo que puede esperarse de un templo o de una tumba pero el papiro es una fuente de sorpresas. Efectivamente, puede descubrirse un papiro que resulte tener más importancia que un templo entero y no cabe la menor duda de que si alguna vez se produce algún descubrimiento capaz de provocar una revolución en la ciencia de la egiptología, el mundo tendrá que agradecérselo a un papiro.

Como todas las excavaciones están prohibidas en Egipto y nunca se ha promulgado un decreto autorizándolas, se podra comprender con facilidad que la compra de papiros es prácticamente imposible. Pero este no es el caso. Todos los visitantes del Alto Egipto habrán visto fellahs trabajando en aquellas ruinas en que las paredes de ladrillo rustico se han ido deshaciendo poco a poco. Lo que buscan es el polvo en que se convierten los ladrillos antiguos para utilizarlo como abono. Sin embargo, de vez en cuando, la suerte se les muestra propicia y no es extraño que encuentren algún papiro en medio de este abono. Tampoco debe olvidarse que, a pesar de todas las prohibiciones, se efectúan exploraciones clandestinas, particularmente en Tebas y que estas también pueden hallar papiros entre los numerosos monumentos. Es el viajero el que tiene que hacer averiguaciones y sondear a los pobladores del país no solo en Tebas sino en todas las estaciones en que se detiene el «dahabeah». La bella colección que Mr. Harris tiene en Alejandría no se formó de otro modo y Madame d'Orbiney adquirió por pura casualidad los papiros, expuestos actualmente en el Museo Británico y que dieron fama a su nombre. En el estado actual de la egiptología, no puede prestarse un servicio mayor a la ciencia

que salvar algún papiro que haya podido, accidentalmente, caer en manos de un fellah, ya que de no ser así, su destrucción sería inevitable.

Monuments of Upper Egypt, 1877

Excavaciones en Egipto

Johann Ludwig Burckhardt

Johann Ludwig Burckhardt *(1784-1817) nació en Lausanne y recibió su educación en Alemania. Fue a Inglaterra con cartas de presentación para el Presidente de la Sociedad Real, que era también el fundador de la Asociación Africana. Después de tres años de estudios en Londres y Cambridge la Asociación le encargó que se desplazase a Siria para estudiar la lengua y las costumbres árabes como preparación de su viaje de exploración a las regiones del sur del Sahara. Así lo hizo y en 1812 llegaba a El Cairo pero, incapaz de encontrar una caravana que se dirigiera a su proyectado destino, remontó el Nilo en dirección este desde Shendi a Suakin, siguiendo desde allí hasta La Meca y Medina, pasando luego por Suez y regresando a El Cairo en 1815. Permaneció dos años en esta ciudad y murió sin conseguir realizar su expedición al Sahara.*

Le agradará saber que la colosal cabeza de Tebas, tras muchas dificultades, llegó por fin a Alejandría sana y salva. El Sr. Belzoni, que se ofreció para llevar a cabo la empresa, la ejecutó con gran entusiasmo, inteligencia y perseverancia. La cabeza espera ahora en Alejandría para ser enviada oportunamente a Malta. Mr. Salt y yo hemos sufragado los gastos conjuntamente y las dificultades de la empresa fueron vencidas por el Sr. Belzoni, cuyo nombre debe ser mencionado junto con el nuestro, ya que lo mismo que nosotros, participó en esta empresa con el mayor altruismo. El Comité no debe abrigar ningún temor de que esta transacción haya dado a mi nombre pública notoriedad en Egipto, cosa que sin duda alguna hubiera sucedido en

caso de haberse sabido que yo estaba relacionado de algún modo con esta cuestión. Los Kahirines se la atribuyeron completamente a los señores Salt y Belzoni quienes, según creen, lo enviaron a Inglaterra para analizarlo pieza a pieza con el objeto de encontrar la inestimable joya que contiene. La residencia del francés Savans en Egipto no ha contribuido a disipar ese concepto negativo, que ha sido también el que ha determinado la actitud del Shikh de Tedmor, que me negó el permiso para llevarme un pequeño busto mutilado encontrado cerca del pórtico de Pahnira. Por ello, esa es la opinión que sigue imperando en todas las partes de Egipto.

Los campesinos de Gourne me informaron que el francés se había esforzado inútilmente en sacar del país esta cabeza, practicando incluso un agujero en la parte inferior del busto para quitarle peso y hacerlo así más transportable. Desconozco la razón por la que abandonaron el proyecto pero resulta curioso comprobar que en el dibujo que, con gran esfuerzo, hicieron de la cabeza la muestra probablemente como quedó después de haber sido destruida la parte inferior.

Los descubrimientos efectuados por el Sr. Belzoni en el Alto Egipto son demasiado interesantes para no ser citados aquí. El profesor italiano extrajo del templo de Ebsambal en Nubia las arenas que lo cubrían. El frontispicio del templo, descubierto de este modo se encuentra lleno de Jeroglíficos. De los cuatro colosos que se levantan delante de él solo la cara de uno (que he citado en mi diario) permanece intacta. Una de las tres restantes ha sido reducida a una simple masa de piedra, como consecuencia de las mutilaciones.

Detrás de Gourne el Sr. Belzoni descubrió otra tumba real, a una milla de distancia aproximadamente de la más occidental de las «tumbas aisladas», como señala el francés en su mapa. Según afirma, es más bella y de mayores dimensiones que cualquiera de las otras que contienen sarcófagos. Todas las pinturas

están hechas sobre estuco blanco que, por no estar adherido con fuerza al muro, resulta fácil de desprender.

En Gourne, en la llanura entre el Memnonium y Medinet Habu, al excavar en dirección oeste partiendo desde los dos colosos sentados, y a una media milla de distancia de estos, encontró una gigantesca cabeza mutilada de granito, de unas dimensiones mucho mayores que las de la estatua que se había llevado y por todas las de Tebas, ya que su frente medía de diez a doce pies.

Recordamos el pequeño estanque existente en el interior del recinto amurallado del templo de Karnak, hacia el lado de Luxor, que circunda tres de los lados de un terreno elevado. Una fila de esfinges masculinas, o como se llamen, se levantan allí. Fueron descubiertas por el francés y Mr. William Banks se llevó las dos mejores de la serie. Excavando posteriormente en la dirección que señalaban esas estatuas, el Sr. Belzoni descubrió otras dieciocho de forma similar pero de una ejecución más perfecta, hallándose todas en excelente estado de conservación. Entregó seis de ellas a Mr. Salt, que le había facilitado dinero con el fin expreso de procurarle antigüedades, encargándole que se llevase la cabeza. Al lado de estas figuras encontró otra estatua hecha de una piedra dura y tosca. Se trata de una figura completamente desnuda, sentada en un sillón que tiene una cabeza de carnero sobre sus rodillas. La cara y el cuerpo sé conservan íntegros. El pelo trenzado le cae por los hombros. Esta es una de las más bellas, yo diría que la más bella de las estatuas egipcias que he visto. Su expresión es dulce y creo que debe tratarse de un retrato. De la excelente conservación de todas estas figuras, cosa bien rara en Egipto, el Sr. Belzoni deduce que los egipcios utilizaron este lugar para esconder sus ídolos cuando los persas llegaron para descubrirlos y, cuando vaya por segunda vez a Tebas, confía en poder hallar otros tesoros en el mismo sitio. En Karnak, encontró también el monumento

rectangular, con figuras en alto relieve en tres de sus lados, de las que habló tan favorablemente el francés y de las que hicieron un dibujo. Pero fue en un lugar completamente distinto al indicado por ellos, pues el Sr. Belzoni la encontró bajo tierra, lejos, al este de Karnak. Por llevar el bote ya excesiva carga, se vio obligado a abandonar esta estatua, junto con una docena de esfinges, a la orilla del río, cerca de Karnak. La cabeza sola pesa, según creo, de doce a quince toneladas.

El Sr. Belzoni, que es tan emprendedor como inteligente, magnánimo y desinteresado, nos sigue explicando que él excavó el coloso del lado noroeste del estanque citado anteriormente y que había sido indicado por el francés con el nombre de «Colosse renversé» en el mapa de Karnak que ellos tenían. Tras realizar la excavación, descubrió que se trataba de un torso sin cabeza ni pies, de bella ejecución y de una longitud aproximada de treinta pies. Afirma que no ha visto nada en Egipto, sin exceptuar siquiera nuestra cabeza, que pueda compararse con aquel, pues es una auténtica imitación de la naturaleza, y su realización no sigue el habitual estilo hierático sino que está de acuerdo con los mejores cánones de la época.

El Sr. Belzoni cree que de haber tenido una embarcación de fondo plano, habría podido descender por el río con uno de los pequeños obeliscos de File que miden unos veinticinco pies de longitud. Está acostumbrado a manejar masas de esta envergadura con la misma facilidad con que los demás manejan piedras y los egipcios que le consideran un gigante por su figura, ya que mide seis pies y medio de altura, piensan que es un hechicero. La mano de obra es tan barata en el Alto Egipto que con poco dinero se consiguen importantes resultados. Los servicios diarios de un fellah importan cuatro peniques. Aunque más de un centenar de fellahs estuvieron ocupados con nuestra cabeza durante muchos días y aunque pagamos cien libras por la embarcación e hicimos un obsequio al Sr. Belzoni, insignificante

en verdad pero de acuerdo con lo que nos permitían las circunstancias, nuestros gastos totales, en un punto tan lejano como Alejandría, no ascendieron a más de trescientas libras y la expedición completa del Sr. Belzoni a unas cuatrocientas cincuenta libras. Por fortuna, el Bajá de Egipto no conoce todavía el valor de estas estatuas. Si lo hubiese sabido, probablemente habría imitado al Bajá Wely de Morea, exigiendo derechos de peaje ya que goza del privilegio de imponer gravámenes sobre todo artículo producido en Egipto y de su voluntad depende incluso el comercio del estiércol de camello y de carnero. El Sr. Belzoni, que es conocido en Inglaterra como ingeniero de obras hidráulicas y que está casado con una inglesa que le acompañó a Egipto, empezó el año pasado a prestar sus servicios técnicos al Bajá pero, incapaz de soportar las intrigas de la corte turca y demasiado honorable para participar en ellas, fue destituido por ineptitud profesional y todavía se le deben cinco meses de sueldo. Esto es lo que ocurre con la protección que el Bajá brinda a los artistas europeos. Estos son atraídos con halagos por sus emisarios del Mediterráneo y entran a su servicio pero pronto tienen que lamentar su credulidad.

En las notas que completan mi traducción de Macrizi, encontrarán la descripción de otros descubrimientos muy interesantes llevados a cabo en las montañas del Alto Egipto. El pasado mes la antigua y tan frecuentemente visitada pirámide de Gizeh se exploró con tal precisión que muchos de sus detalles han salido por primera vez a la luz. El Sr. Caviglia, un italiano, el Sr. Kabitch, un alemán, establecidos ambos aquí, concibieron el proyecto de explorar el pozo de la gran pirámide. En el curso de la gran operación, descubrieron que una prolongación del pasadizo descendente conducía a una cámara situada en el centro de la pirámide comprobando que ningún otro pozo seguía esa dirección.

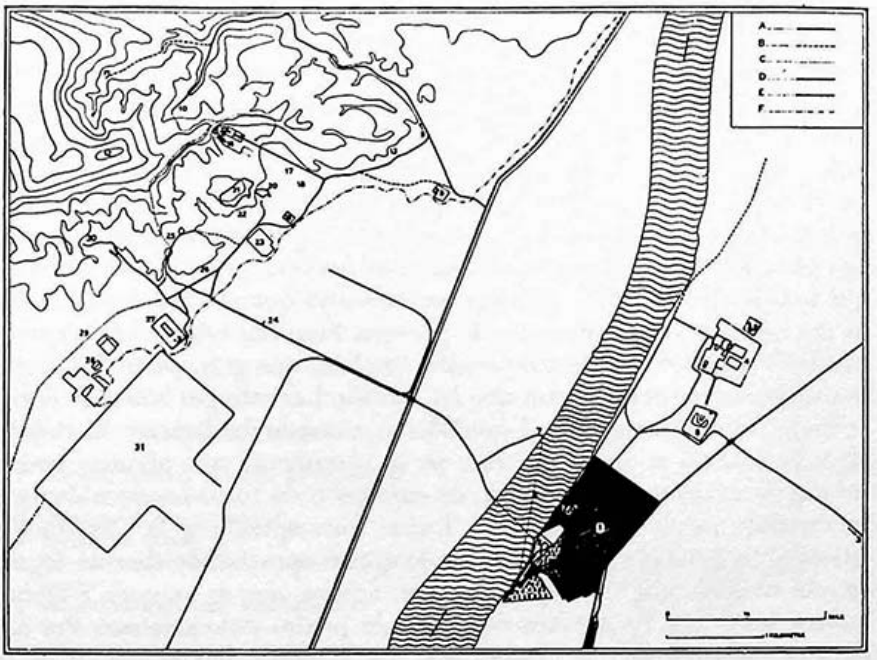
Analizando las circunstancias de este nuevo descubrimiento, he llegado a la conclusión de que esta prolongación de la entrada del pasadizo fue descubierta en tiempos del Califa que abrió la pirámide y que, desde entonces, había permanecido obstruida. Si tengo que creer a Sherif Edrys, autor de una historia de las pirámides, un libro, según pienso, desconocido en Europa y que he comprado últimamente aquí, el interior de la pirámide está llena de pasadizos y salas y aún quedan algunos sarcófagos por descubrir. Este autor escribió en el siglo XII y examinó la pirámide personalmente y con la mayor minuciosidad.

Travels in Nubia, 1819

Una visita a Tebas

Dominique Vivant Denon

Dominique Vivant, Baron Denon *(1745-1825) nació en Châlon-sur-Saone y estudió leyes en París. Fue un hombre versátil y polifacético, que pronto se orientó hacia las artes y las letras escribiendo una afortunada comedia a la edad de veintidós años, después de lo cual se dedicó al dibujo y a la pintura. Encontró el favor de los círculos de la corte y llevó a cabo diferentes misiones, diplomáticas y artísticas, para Luis XV. Cuando estalló la revolución se encontraba desempeñando una misión oficial en Nápoles pero inmediatamente regresó a Francia en donde consiguió sobrevivir, a pesar de su condición aristocrática, bajo la protección y el patrocinio del famoso pintor David. Napoleón, cuyo espíritu universal no dejaba escapar ningún detalle que pudiera conducir al engrandecimiento de Francia, invitó a Denon a que se uniese al grupo de investigadores que seguían al ejército en su marcha hacia Egipto para estudiar antigüedades. Denon tomó notas y dibujos de todo lo que vio, reflejando a veces sus observaciones con la mayor sangre fría en medio de una gran batalla. Posteriormente fue nombrado Director General de Museos y participó en otras campañas en idénticas condiciones.*



Mapa de Tebas

A Carretera asfaltada	14 Deir el-Bahri, templo mortuorio de Hatshepsut
B Carretera sin asfaltar	15 Deir el-Bahri, templo de Thutmosis III
C Sendero para peatones	16 Deir el-Bahri, templo mortuorio de Mentuhotep II Asasif
D Ferrocarril principal	17 Asasif
E Ferrocarril local	18 Khokha
F Límite de los cultivos	19 Ruinas del templo mortuorio de Thutmosis III
1 Luxor	20 Sheikh Abd-el-Gurna, recinto bajo
2 Templo de Luxor	21 Sheikh Abd-el-Gurna, recinto alto
3 Carretera del aeropuerto	22 Sheikh Abd-el-Gurna, llano
4 Temenos de Amón	23 El Rameseum
5 Temenos de Mut	24 Los colosos de Memnón
6 Temenos de Montu	25 Deir el-Medineh
7 Desembarcadero en la orilla oeste del río	26 Gurnet Murai
8 Templo mortuorio de Seti I	27 Medinet Habu
9 Carretera al Valle de las tumbas de los Reyes	28 Palacio de Amenhotep III
10 Valle de las tumbas de los Reyes	29 Antiguo camino escalonado
11 Valle oeste	30 Valle de las tumbas de las Reinas
12 La cima, el-Gurn	31 Lago o puerto de Amenhotep III
13 Dra Abu-el-Naga	

Hacia el mediodía, llegamos al territorio de Tebas y, a una distancia de tres cuartos de legua del Nilo, divisamos las ruinas de un gran templo que nunca había sido visto por los viajeros y que puede dar una idea de la inmensidad de esta ciudad ya que este era el edificio más alejado del sector oriental y el templo más occidental estaba a una distancia de Medinet-Abu. Era entonces la tercera vez que pasaba por Tebas pero, como si el destino me hubiera condenado a tener siempre prisa, no pude más que dar una rápida ojeada a lo que tanto me interesaba. Por

ello, me limité a reseñar lo que había visto y a tomar algunos esbozos de lo que podría dibujar a mi regreso, si tenía mejor suerte. Yo deseaba comprobar si en Tebas las artes habían tenido varias épocas, estableciendo su cronología. Si alguna vez ha existido un palacio en Egipto, las ruinas hay que buscarlas en Tebas, pues esta había sido la capital del Imperio. Y si hubo realmente diversas épocas artísticas, es necesario buscar en esta ciudad sus primeras producciones, aunque el lujo y la magnificencia la han apartado progresivamente de este punto inicial de simplicidad por hallarse vinculadas a la superfluidad y a la opulencia. Finalmente llegamos a Karnak, un pueblo erigido sobre una pequeña parte del asentamiento de un templo sencillo que, como alguien ha dicho, tiene un perímetro en cuyo recorrido se invierte media hora. Herodoto, que no lo visitó, ha dado, sin embargo, una idea exacta de su grandeza y magnificencia. Diodoro y Estrabón, que solo lo examinaron en estado ruinoso, nos proporcionaron una adecuada descripción del mismo y todos los visitantes que les han imitado no han llegado a comprender una gran cantidad de detalles relativos a la belleza de sus proporciones, limitándose a mostrarse sorprendidos en lugar de deleitarse en la contemplación de las más imponentes ruinas del universo, pero sin atreverse a afirmar que preferían estas ruinas a las de los templos de Apolinópolis en Etfu o a las de Tintira, o incluso al simple pórtico de Esneh. Los templos de Karnak y Luxor fueron construidos probablemente en tiempo de Sesostris, cuando el floreciente estado de Egipto dio nacimiento a las artes y cuando estas artes se ofrecieron posiblemente por primera vez al mundo apasionado. La vanidad de erigir colosos fue la principal muestra de opulencia ya que entonces se ignoraba todavía que la perfección otorga a las obras de arte una grandeza independientemente de sus proporciones relativas. Nadie se dio cuenta al principio de que la pequeña rotonda de Vicenza era un edificio más bello que el de San Pedro

en Roma, ni que la escuela de cirugía de París era, en cuanto a su estilo, tan grande como el panteón de la capital francesa, ni que un camafeo podía tener más valor que una estatua gigantesca. Por esa misma razón, es solo la suntuosidad de los egipcios lo que debe tenerse en cuenta en Karnak, donde se tallaron no solamente los materiales procedentes de las canteras sino también las montañas, lo que, a pesar de la delicadeza con que está ejecutada cada parte, da al conjunto un aspecto de gravidez. Estas masas se hallan cubiertas de rudos bajo relieves y jeroglíficos vulgares, tan bárbaros como la misma escultura. Los únicos objetos sublimes en cuanto a sus dimensiones y pericia en la ejecución son los obeliscos y algunos restos de las puertas exteriores, cuyo estilo es verdaderamente admirable. Si en las partes restantes de este edificio los egipcios nos impresionan por su grandeza, en la realización de las obras últimamente citadas, se nos presentan como genios. Por ello, estoy convencido de que estas maravillosas piezas arquitectónicas fueron añadidas posteriormente a los colosales monumentos. No puede, sin embargo, negarse que el plano del templo es bello y majestuoso. Pero en la arquitectura, el arte de proyectar bellos conjuntos precede invariablemente al de la perfecta ejecución de las partes respectivas y sobrevive durante varias centurias a la corrupción de estas partes, como se comprueba fácilmente comparando los monumentos de Tebas con los de Esneh y Tintira y también los edificios del reinado de Diocleciano con los de la edad de oro de Augusto.

Karnak. Vista general de las ruinas del templo de Amon-Ra y detalle de las columnas de la sala hipóstila repletas de escenas y jeroglíficos.

La esfinge, según un dibujo de V. Denon en 1802, durante la campaña egipcia de Napoleón.

Angulo del patio del Rameseum, en Tebas, con estatuas de Ramsés II intercaladas entre las columnas, y estatua del mismo faraón junto a la entrada de la sala hipóstila.

En cuanto a las descripciones ya conocidas de este gran edificio de Karnak, debo aclarar que se trata de un templo y que no podía ser otra cosa. Todo lo que existe actualmente es un santuario muy pequeño, una especie de tabernáculo cuyo objeto era, sin duda alguna, provocar la veneración de los fieles. Al examinar la masa completa de estas ruinas, la imaginación se fatiga ante la idea de tener que describirlas. Solo el pórtico de este templo contiene un centenar de columnas, midiendo las más pequeñas siete pies y medio de diámetro y las más grandes once. Su perímetro estaba rodeado de lagos y montañas y las avenidas de esfinges llegaban hasta sus mismas puertas. En resumen, para formarse una idea acertada de todo su esplendor es necesario que el lector piense que todo lo descrito no es más que un sueño ya que el mismo espectador no puede creer en el testimonio de sus ojos. Pero con relación al presente estado del edificio es necesario señalar también que gran parte del efecto se pierde por los desperfectos que ha sufrido. Las esfinges han

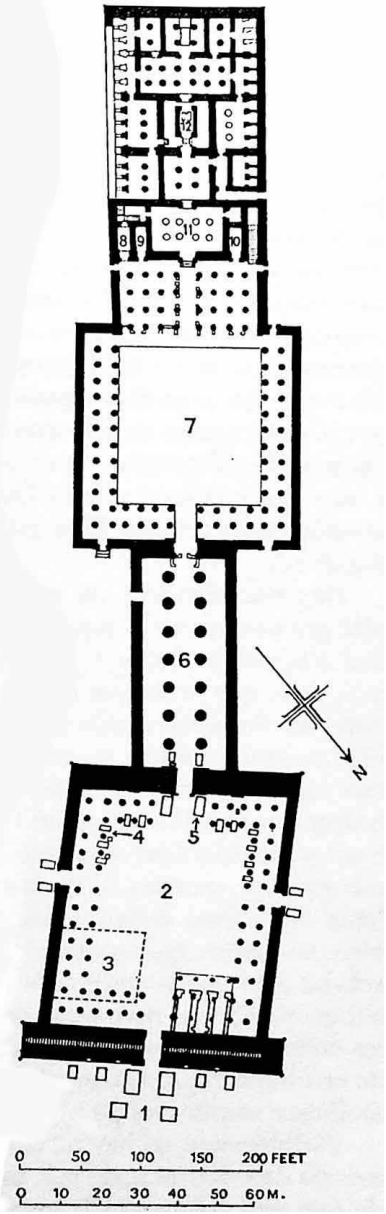
sido derribadas sin miramientos pero el vandalismo, cansado de destruir, ha dejado algunas intactas y, al examinarlas, se ve claramente que algunas tenían cabeza de mujer y otras de león, de camero o de toro. La avenida, que se extiende desde Karnak hasta Luxor, corresponde a la descripción citada anteriormente y alcanza una longitud aproximada de una legua, en una sucesión ininterrumpida de estas figuras, que se yerguen a ambos bordes, junto con fragmentos de muros de piedra y de estatuas. Por hallarse en el centro de la ciudad, que era la parte más ventajosa de la misma, hay razones para suponer que en aquel punto se levantaba el palacio de los reyes o de la aristocracia. Pero aunque algunos indicios apoyan esta hipótesis el hecho no está demostrado por ningún esplendor extraordinario.

Luxor, el pueblo más bello de estos contornos, se levanta también sobre las ruinas de un templo, no tan grande como el de Karnak pero que, sin embargo, se halla en un mejor estado de conservación al no haber destruido el tiempo las partes principales ni haberse derrumbado por su propio peso. Las partes de mayor envergadura están representadas por catorce columnas de diez pies de diámetro y dos estatuas de granito situadas en la puerta exterior y enterradas hasta la mitad de los brazos, frente a las cuales se levantan los dos obeliscos más grandes y mejor conservados de todo el país. El hecho de que la más rica y poderosa república del mundo no poseyera medios suficientes para extraer y transportar estos dos monumentos, que no son más que un fragmento de uno de los numerosos edificios de aquella imponente ciudad, constituye sin duda alguna una prueba del enorme esplendor de Tebas.

Una peculiaridad del templo de Luxor es el muelle que, mediante un sólido muro, protegía la parte oriental, cercana al río, de los daños que pudieran ocasionar las inundaciones.

Templo de Luxor

1 Obelisco, estatuas y pilono de Ramsés II
2 Patio de Ramsés II
3 Mezquita de Abu-'l- Haggag
4 Estatua de Ramsés II
5 Estatua de Ramsés II, "el sol de los gobernantes"
6 Pasillo decorado por Tutankamen
7 Patio de Amenhotep III
8 Primer santuario para la barca de Khonsu
9 Santuario para la barca de Mut
10 Santuario posterior para la barca de Khonsu
11 Capilla de la legión romana
12 Santuario para la barca de Amón construido por Alejandro



Este medio de defensa, que después de su construcción fue reparado y ampliado con obra de mampostería, prueba que el río no ha cambiado su curso y su estado de conservación demuestra también que el Nilo nunca estuvo flanqueado por

otros muelles ya que no se encuentran huellas de construcciones similares en otras partes de la ciudad.

La entrada del pueblo de Luxor ofrece una mezcla sorprendente de pobreza y magnificencia y una impresionante muestra de las diversas épocas de Egipto. A mí me parece el grupo más pintoresco y la representación más imponente de la historia humana. Nunca quedaron mis ojos y mi imaginación tan poderosamente impresionados como al contemplar este monumento. Con frecuencia me ponía a meditar en este lugar recreándome en su pasado y en su presente, comparando las sucesivas generaciones de sus habitantes a través del estudio de sus obras respectivas que me permitían acumular en mi mente un inmenso círculo de materiales capaces de servirme para mis futuras reflexiones. Estaba un día sentado sobre estas ruinas cuando el jeque de la localidad se acercó a mí y me preguntó si eran franceses o ingleses los que habían erigido aquellos monumentos. Esta pregunta puso punto final a todas mis meditaciones.

Hay dos obeliscos de granito rosa que sobresalen todavía setenta pies por encima de la superficie de arena y, a juzgar por la profundidad de las figuras podemos suponer que la parte enterrada mide unos treinta pies, de lo que se deduce que la altura total de estos monumentos era de cien pies. Su conservación es perfecta. Sus jeroglíficos están labrados profundamente y forman un relieve en la base que revelan la habilidad de una mano maestra. ¡Qué destreza debieron poseer los grabadores que trabajaban aquellos duros materiales! ¡Cuánto tiempo requeriría su trabajo! ¡Qué máquinas se necesitarían para extraer, transportar y poner en pie aquellos enormes bloques desde las canteras! Hay también dos colosos del mismo material pero están desgastados y descompuestos, si bien las partes que quedan revelan una ejecución perfecta. Podemos señalar aquí que la costumbre de perforar las orejas era conocida por los antiguos egipcios, pues estas estatuas presentan todavía la impresión de

los orificios. Las dos grandes masas que forman la puerta están cubiertas de esculturas representando batallas de carros. Estos se hallan dispuestos en líneas, van tirados por caballos y son conducidos por un solo hombre.

Posiblemente no hay nada más admirable que esa puerta que acabamos de describir ni nada más sencillo que el reducido número de objetos de que está compuesta la entrada. Ninguna otra ciudad ofrece tan imponentes riquezas arquitectónicas como este mísero pueblo cuya población está formada por dos o tres mil almas, que han hecho sus moradas sobre los tejados y debajo de las galerías del templo que, a pesar de ello, da la sensación de hallarse completamente desierto.

Mientras me hallaba ocupado en la proyección de un plano, nuestros jinetes pasaron persiguiendo a unos mamelucos que se habían extraviado, dos de los cuales fueron muertos y los otros escaparon cruzando a nado el río, abandonando sus armas, caballos y atavíos.

Travels in Upper and Lower Egypt, 1802

La apertura de una pirámide

Giovanni Battista Belzoni

Giovanni Battista Belzoni (1778-1823) nació en Padua y empezó su notable carrera como forzudo de circo. Gracias a este empleo tuvo oportunidad de viajar extensamente y, en 1815, reveló otro aspecto de su carácter polifacético cuando fue a Egipto a ofrecer al Gobierno una maquina de irrigación hidráulica de su propia invención. No aceptaron su oferta pero su talento para la ingeniería fue reconocido cuando, debido a la intervención del cónsul británico el Museo Británico le confió el transporte desde Tebas de la cabeza de Ramsés II, conocida como el coloso de Memnon. Llevó a cabo su misión con tanto éxito que decidió proseguir su trabajo con las antigüedades egipcias desempeñando esa labor con enorme tesón y entusiasmo. Exploró Edfu, Elefantina y File, despejó de arena el templo de Abu Simbel, realizó profundas excavaciones en Karnak, descubrió la tumba de Seti I que contenía el magnífico sarcófago expuesto actualmente en el Museo de Soane de Londres, y fue el primero en penetrar en la segunda pirámide de Giza. En 1819 volvió a Inglaterra para informar sobre sus descubrimientos y, en 1823, se le encargó la realización de un viaje a Tombuctú pero murió en el camino.

Giovanni Battista Belzoni (1778-1823) fue la primera personalidad que imprimió su huella en la historia de las excavaciones de Egipto.

Antes de mi partida hacia Tebas visité las pirámides en compañía de dos europeos. Al llegar a los monumentos, ellos entraron en la primera pirámide mientras yo daba una vuelta alrededor de la segunda. Me senté a la sombra de una de aquellas piedras del lado este pertenecientes al templo que se erguía frente a la pirámide. Tenía la vista fija en aquella enorme masa que durante muchos años había echado abajo las conjeturas de todos los escritores antiguos y modernos. El mismo Herodoto fue refutado por los sacerdotes egipcios cuando dijo que no había cámaras en ella. La contemplación de la maravillosa obra que tenía ante mis ojos me dejó tan fascinado como la total oscuridad en que nos encontrábamos en lo que se refería a su origen, su contenido y su construcción. En una época intelectual como la nuestra una de las grandes maravillas del mundo se levantaba ante nosotros sin que supiéramos siquiera si tenía alguna cavidad en su interior o si se trataba solamente de una estructura sólida. Los diversos intentos que numerosos visitantes habían llevado a cabo para hallar la entrada a la pirámide, especialmente los realizados por los equipos de sabios franceses, constituían ejemplos tan categóricos que parecía una locura pensar en una reanudación de la empresa. Verdaderamente, las últimas investigaciones que en torno a estas pirámides realizaron durante cuatro meses el mismo Mr. Salt y el Capitán Cabilia eran suficientes, al parecer, para disuadir a cualquiera. Poco antes de este período, los pocos residentes extranjeros con derecho de franquicia que vivían en Egipto decidieron solicitar un permiso de Mahomed Ali y con la ayuda de una suscripción que debía realizarse en varias cortes de Europa y cuya aportación mínima era de 20.000 libras, se abrirían paso hasta el centro de la pirámide utilizando cargas de dinamita o cualquier otro medio apropiado. El Sr. Drouetti tenía que supervisar los trabajos. En realidad la elección de quién tenía que encargarse de la dirección de aquella empresa provocó algunas divergencias entre

ellos. ¿No era esto suficiente para hacerme ver las dificultades con que tendría que tropezar, haciendo que me burlara de mí mismo por haber concebido una idea semejante? Además, había otro obstáculo que vencer. Yo debía considerar que en tales circunstancias y como consecuencia del trabajo que, por fortuna, tenía que efectuar en el Alto Egipto, no era probable que obtuviera la autorización para realizar la empresa que proyectaba. Era necesario tener en cuenta, por otra parte, que en caso de haberse creído en la menor posibilidad de penetrar en la pirámide, la operación se habría confiado a personas más influyentes que yo.

Con todos estos pensamientos girando en mi cabeza, me levanté y, siguiendo un impulso natural, dirigí mis pasos hacia el lado sur de la pirámide. Examiné todos los detalles y casi piedra por piedra. Continué haciéndolo por el lado oeste y finalmente en dirección norte. En esta parte las cosas me parecieron algo diferentes. La constancia de mis observaciones me permitió ver lo que no vieron otros visitantes. Y en verdad, pienso que esto debería considerarse como una prueba evidente de que en muchos casos la práctica da mejores resultados que la teoría. Otros visitantes habían estado ya donde yo me encontraba pero probablemente no hicieron las mismas observaciones que yo. Sin embargo, deseo aclarar que he visto con frecuencia a algunos visitantes que, seguros de sus propios conocimientos, desaprovecharon la oportunidad de comprobar la exactitud de sus puntos de vista. Y si alguien que no tuviera la suerte de haber recibido una sólida educación clásica, hacía alguna observación, se negaban a escucharle o le respondían con una sonrisa cuando no con un gesto de desaprobación, sin preocuparse de conocer si la observación era o no acertada. Muchas veces disfruté viendo a estos visitantes mortificados al comprobar el error de sus conjeturas. No pretendo afirmar con ello que una persona de sólida cultura se halle en inferioridad de condicio-

nes respecto a los que carecen de esta preparación, pero lo cierto es que, muchas veces, las personas que se creen bien documentadas sobre el tema no examinan las cosas con la misma meticulosidad que los que están seguros de sus conocimientos.

Prosiguiendo el examen de la pirámide observé en el lado norte tres marcas que me animaron a buscar allí la entrada. Debo señalar por otra parte, que los principales signos que descubrí no fueron debidos exclusivamente al conocimiento adquirido entre las tumbas egipcias de Tebas. Es evidente que todos los visitantes se ven obligados a reconocer que las pirámides tienen poco en común con las tumbas, tanto en lo que respecta a su configuración exterior como a cualquier otra faceta. Son dos cosas diferentes ya que una está formada por una vasta acumulación de grandes bloques de piedras y la otra está horadada en la roca viva. Mi guía principal, debo confesarlo, fue el cálculo que hice de la primera pirámide, y tal era la seguridad que tenía en este punto que poco me faltó para intentar entonces la empresa. Había estado varias veces en las pirámides pero nunca con la intención de estudiar la posibilidad de encontrar la entrada de las mismas, lo cual parecía casi imposible. El caso era ahora diferente. Vi algo que hasta entonces me había pasado inadvertido. Me di cuenta de que justamente en la parte central de la base de la pirámide, la acumulación de materiales que se habían desprendido de la capa que la recubría era más alta de lo que podía esperarse que fuera en la entrada, comparada con la altura de la entrada de la primera pirámide, medida desde la base. No podía aceptar que el descubrimiento de la entrada de la segunda pirámide fuese imposible de realizar cuando nadie había visto el sitio en que, por deducción natural, había que presumir su existencia, si es que realmente había alguna entrada. Seguí percatándome de que los materiales caídos exactamente en el centro de la parte frontal no eran tan compactos como los de los flancos. De aquí saqué la conclusión de que las

piedras de aquel sitio habían sido desplazadas tras la caída del revestimiento. Y pensé que tal vez en aquel sitio se encontrara una entrada a la pirámide. Animado por estas observaciones me reuní con mis compañeros en la primera pirámide. Visitamos la gran esfinge y regresamos a El Cairo aquella misma tarde.

Al día siguiente decidí realizar un examen más minucioso, que lleve a cabo sin comunicar mis intenciones a nadie, ya que habría movido a los residentes europeos de Egipto a emprender una investigación y con toda probabilidad no habría obtenido autorización para proseguir mis trabajos. El examen realizado al día siguiente me animó bastante. Estaba seguro de que si ciertas personas con influencia en la corte del Bajá hubieran conocido mis planes nunca habría conseguido el permiso. Por tanto, al día siguiente crucé el Nilo por Embabe. Allí residía el Cacheff que gobernaba la provincia donde se encuentran las pirámides. Me presenté a él y le di a conocer mi intención de excavar las pirámides si me autorizaba para ello. Su respuesta fue, como esperaba, que debía solicitar del Bajá o del Bey Kakia un firmán, sin el cual carecía de autoridad para concederme el permiso para excavar en los «harrans» o pirámides. Le pregunté si pondría nuevas objeciones en caso de que obtuviese el firmán del Bajá y él me respondió que «ninguna en absoluto». Fui entonces a la ciudadela y, como el Bajá no estaba en El Cairo, me presenté al Bey Kakia que me conocía de cuando estuve en Soubra. Al solicitar el permiso de excavación me respondió que no estaba seguro si alrededor de los «harrans» había terrenos arados, en cuyo caso no podría concederme la autorización. Envió un mensaje al citado Cacheff de Embabe, quien le aseguró que en torno a los «harrans» no había tierra cultivable sino terrenos rocosos.

Con esta garantía conseguí el firmán del Cacheff para contratar hombres que trabajasen en las pirámides. Mi empresa no

era de poca importancia: consistía en un intento de penetrar en una de las grandes pirámides de Egipto, una de las maravillas del mundo. Sabía que un fracaso en una empresa semejante provocaría la risa de todo el mundo por mi presunción en llevar a cabo la idea. Pero al mismo tiempo pensaba, para justificarme, que si no me arriesgaba, nunca podría conseguir nada. Sin embargo, consideré más conveniente preparar mi expedición en el mayor secreto y solo se la comuniqué al Sr. Walmas, un honrado comerciante levantino de El Cairo y socio en la casa Briggs. No debe pensarse que yo pretendía ocultar mis proyectos sobre las pirámides, pues bien pronto se iban a conocer los efectos de mi trabajo, pero estando cerca de la capital donde residían muchos europeos, no hubiera podido impedir la aparición de numerosas dificultades mientras llevaba a cabo mis preparativos. Y como sabía demasiado bien hasta dónde podían llegar la influencia y las intrigas de mis adversarios, no estaba completamente seguro de que la autorización que me había concedido no fuese anulada, poniendo así fin a todos mis esfuerzos. Por consiguiente, después de haberme provisto de una pequeña tienda y algunas provisiones para no tener necesidad de reponer en El Cairo, me dirigí hacia las pirámides.

Se pensó que mi repentina partida de El Cairo era debida a una expedición de algunos días de duración que iba a efectuar a la montaña de Mokatam, ya que este fue el pretexto que alegué yo mismo. En las pirámides encontré a los árabes, que ya estaban dispuestos para empezar a trabajar, e inmediatamente puse en marcha la operación.

Mi bolsillo estaba bastante vacío, pues apenas me quedaba algo del dinero que había recibido, en calidad de donación, de Mr. Burckhardt y del cónsul y, aunque se había incrementado algo con un tercio de la cantidad que, a cuenta, me había pagado el Conde de Forbin por las estatuas que últimamente le había vendido, todo mi capital no llegaba a las doscientas libras y

si no conseguía penetrar en la pirámide antes de que se me agotase, me quedaría sin terminar mi empresa, dejando tal vez el camino preparado para otros económicamente más fuertes que yo.

Dos puntos despertaron principalmente mi atención: el primero estaba en el lado norte de la pirámide y el segundo al este. En este último se veía parte de un pórtico del templo que se levantaba frente a la pirámide y que tenía una avenida de piedra que desciende directamente hacia la gran esfinge. Pensé que abriendo el suelo entre el pórtico y la pirámide llegaría necesariamente a los cimientos del templo y así lo hice. Puse ochenta árabes a trabajar, cuarenta en el sitio anteriormente indicado y cuarenta en el centro del lado norte de la pirámide, donde observé que la tierra no era tan sólida como en los lados este y oeste. Pagaba a los árabes una piastra por día, equivalente a seis peniques en moneda inglesa. Disponía también de varios niños y niñas para retirar la tierra, a los cuales les daba solamente veinte piaras, o sea, tres peniques por día. Procuré ganarme su simpatía obsequiándoles con baratijas y explicándoles las ventajas que podrían obtener si conseguíamos entrar en la pirámide ya que podrían venir numerosos visitantes a verla y podrían recibir muchas propinas de ellos. Nada influye tanto en la mente de un árabe como los razonamientos de carácter pecuniario y los consejos destinados a enseñarle a conseguir dinero. Al margen de eso, parece no comprender nada. Pero debo confesar que esto es exactamente lo mismo que sucede en Europa.

Durante varios días continuaron los trabajos sin que apareciese el menor rastro de nada. En el lado norte de la pirámide, los materiales que había que extraer eran fragmentos del material de recubrimiento que se había desprendido. A pesar de presentar huellas de haber sido removidos en un período posterior a su caída, habían formado una masa compacta y los hombres avanzaban lentamente en su trabajo. La única herramienta de

que disponían era una especie de hacha o azadón, que al ser bastante delgada y apta solo para abrir el terreno blando, no podía soportar mucho esfuerzo entre piedras y otros materiales que, al parecer, después de desprenderse, habían sido reblandecidos por el rocío formando poco a poco una sólida masa con las piedras.

En el lado este de la pirámide, encontramos la parte inferior de un gran templo que estaba unida al pórtico y que se hallaba a unos cincuenta pies de distancia de la base de la pirámide. Sus paredes exteriores estaban formadas por enormes bloques de piedra como puede apreciarse ahora. Algunos de los bloques del pórtico miden veinticuatro pies de altura. La parte interior del templo fue construida con piedra calcárea de varios tamaños, aunque muchas presentaban ángulos perfectamente cortados, y es, probablemente, más vieja que la pared exterior, que al parecer es tan antigua como las pirámides. Con el objeto de alcanzar por este lado la base de la pirámide y comprobar si había alguna comunicación entre ella y el templo, tuve que perforar todo el material allí acumulado que formaba una masa de más de cuarenta pies de espesor y constaba de grandes bloques de piedra y mortero del recubrimiento, como en el lado norte. Al fin llegamos a la base y vimos un pavimento liso labrado en la roca viva. Ordené que se trazase una línea recta desde la base de la pirámide al templo y se siguiera el pavimento hasta donde este terminaba ya que indudablemente el pavimento, de amplias dimensiones, se extendía desde el templo a la pirámide. Sin dudarlo, llegué a la conclusión de que dicho pavimento circundaba toda la pirámide. Supuse que la esfinge, el templo y la pirámide habían sido construidos al mismo tiempo, pues los tres parecen haber sido concebidos conjuntamente y ser de la misma época. En el lado norte los trabajos progresaban en dirección a la base. Habían sido extraídas numerosas piedras de gran tamaño y se había despejado gran parte de la base de la pi-

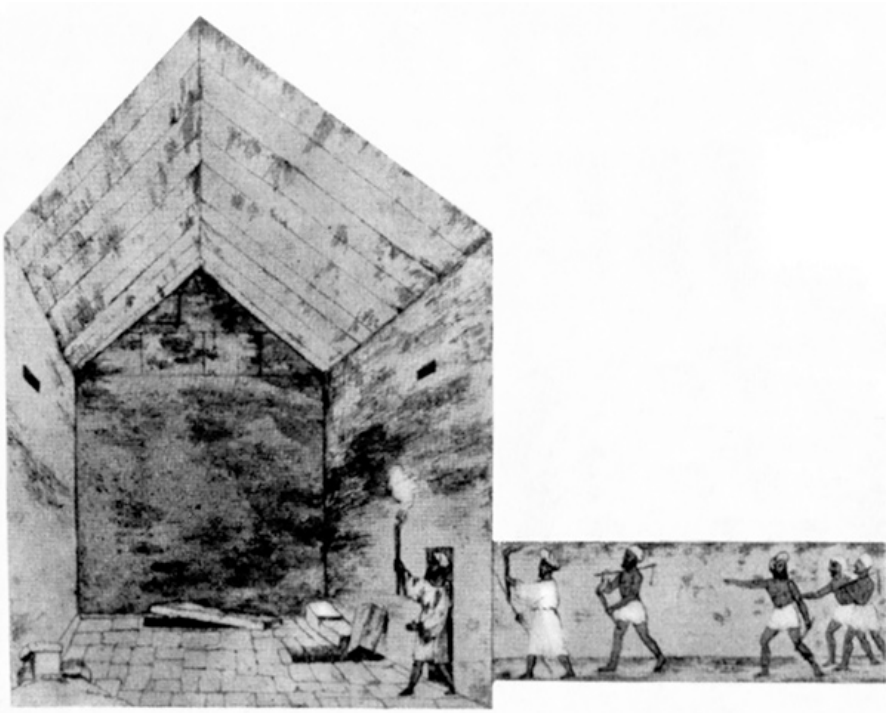
rámide, pero todavía no habían aparecido huellas de ninguna entrada ni el menor indicio que revelase su existencia en otro tiempo.

Los árabes tenían gran confianza en la promesa que les había hecho de que si se encontraba una entrada en la pirámide obtendrían fuertes propinas además de las que les dieran después otros extranjeros. Pero como consecuencia de la demora en la realización de sus esperanzas y del intenso trabajo que tuvieron que realizar para desplazar las enormes masas de piedras y cortar el mortero, tan duro que en él se rompían casi todas las hachas, su idea de encontrar algo empezó a debilitarse y estuve a punto de convertirme en objeto de burla por haber intentado penetrar en un lugar que a ellos les parecía, lo mismo que a otras personas civilizadas, una masa de piedra sólida. Sin embargo, como seguía pagándoles lo estipulado, continuaron su trabajo aunque con menos entusiasmo. Pero mis esperanzas no me abandonaron a pesar de todas las dificultades a que tenía que enfrentarme y a pesar de las escasas perspectivas de dar con la entrada de la pirámide.

A medida que avanzábamos en nuestro trabajo observé que las piedras no eran en aquel sitio tan compactas como en las partes más alejadas y este hecho me animó a proseguir hasta que me convenciera de que estaba equivocado en mis cálculos. Por fin, el 18 de febrero, después de dieciséis días de infructuosos trabajos, uno de los obreros árabes percibió una pequeña grieta entre dos piedras de la pirámide. Su entusiasmo fue enorme, pues pensaba que había encontrado la entrada que con tanta ansiedad se buscaba. Me di cuenta de que la abertura era pequeña pero introduje en ella una vara de palma de más de dos yardas de longitud. Animados por este descubrimiento, los árabes reemprendieron con más vigor su trabajo, lo cual favoreció mis planes pues las obras avanzaron rápidamente. Sabía que la entrada de la pirámide no podía encontrarse entre dos

piedras pero confiaba que la abertura proporcionase algún indicio que nos condujese al hallazgo de la verdadera entrada. Prosiguiendo los sondeos, me di cuenta de que una de las piedras que parecía estar encajada en las otras, en realidad estaba suelta. Conseguimos retirarla el mismo día y encontramos una abertura que conducía al interior. Esta especie de tosco acceso que no medía más de tres pies de ancho y estaba obstruido por piedras más pequeñas y arena resultó ser mucho más ancho en su interior, una vez extraídos los escombros. Un segundo y un tercer día fueron empleados en despejar este sitio, pero cuanto más avanzábamos más obstáculos encontrábamos. Al cuarto día, observé que caían piedras y arena de la parte superior de la cavidad, lo cual me sorprendió bastante. Finalmente descubrí un pasadizo que desde el exterior de la pirámide pasaba por una abertura más alta y al parecer sin comunicación con cavidad alguna. Cuando fueron extraídos todos los escombros y se despejó el suelo, continué trabajando en la parte inferior que quedaba a nuestros pies. Dos días más tarde llegábamos a una abertura interior. Después de ampliar suficientemente su diámetro cogí una vela y al mirar dentro vi una amplia cavidad de la que no pude hacerme una idea exacta. Después de despejar la entrada de arena y piedras encontré un pasillo relativamente espacioso, que cambiaba de curso dirigiéndose hacia el centro. Era, evidentemente, un pasadizo abierto a la fuerza mediante la utilización de instrumentos poderosos y al parecer destinados a proporcionar un acceso al centro de la pirámide. Algunas de las piedras, que eran de enorme tamaño, estaban taladradas, algunas arrancadas y otras a punto de caer por carecer de apoyo. El trabajo realizado para hacer una cavidad semejante era, sin duda alguna, algo increíble y era evidente que continuaba hasta el centro pero la parte superior del túnel se había derrumbado obstruyéndolo de tal modo que nos fue imposible avanzar más de cien pies. A cincuenta pies de la entrada existe otra cavidad

que desciende de una forma irregular cuarenta pies pero que también se desvía hacia el centro, sin duda alguna, el punto que pretendían alcanzar las personas que efectuaron la excavación. Poner muchos hombres a trabajar allí resultaba peligroso, pues varias de las piedras que quedaban sobre nuestras cabezas estaban a punto de caerse. Algunas se apoyaban solamente por sus bordes, insertados entre otras piedras y que podían desprenderse al menor roce aplastando a todos los que estuvieran debajo. Inicié el trabajo con algunos hombres pero me convencí pronto de la imposibilidad de seguir avanzando en la excavación. En uno de los pasadizos inferiores uno de los obreros estuvo a punto de quedar destrozado como consecuencia de la caída de un gran bloque de piedra, que medía no menos de seis pies de largo y cuatro de ancho. Pero afortunadamente se quedó entre dos piedras, entre las que estaba trabajando sentado y que sobresalían sobre su cabeza. El hombre quedó tan aprisionado que tuvimos muchas dificultades para sacarle. Pero afortunadamente no sufrió otro daño que un ligero rasguño en la espalda. La caída de esta piedra arrastró consigo a muchas otras hacia el pasadizo. Las piedras estaban colocadas de tal modo que consideré prudente salir de la pirámide, temiendo tener que arrepentimos demasiado tarde pues el peligro no residía solamente en el hecho de que pudiera caer sobre nosotros sino también en que obstruyeran el pasadizo y nos dejaran enterrados vivos. No tenía grandes esperanzas en este pasadizo, pues desde el principio me di cuenta de que no podía ser la verdadera entrada a la pirámide aunque sí esperaba que nos proporcionase algún indicio que nos ayudara a descubrir la verdadera entrada. Pero desgraciadamente no fue así y seguí tan desorientado como estaba antes de empezar.



Belzoni en el corredor que conduce a la cámara funeraria de Kefrén;
a la izquierda, dentro de la cámara.

Como había pasado muchos días en las pirámides sin ser descubierto por ninguno de los conocidos que tenía en El Cairo, no esperaba que mi ausencia pudiera ocultarse por más tiempo, ya que había muchos extranjeros residentes en Egipto que todos los domingos hacían excursiones desde El Cairo a las pirámides y visitantes, que como era natural, querían ver estas maravillas a su primera llegada a la metrópoli. Efectivamente, el mismo día que iba a renunciar a mi empresa, vi por la tarde a algunas personas en lo alto de la pirámide. Estaba seguro que eran europeos, pues ni los árabes ni los turcos subían nunca a menos que fueran acompañando a alguien para ganar algún dinero. Ellos vieron a algunos de mis hombres trabajando en la segunda pirámide, y dedujeron que los que estuvieran dirigiendo aquella operación tenían que ser necesariamente europeos.

Dispararon una pistola para advertirnos de su presencia y les respondí con otro disparo. Entonces descendieron por la pendiente que conducía hasta nosotros. Se trataba del Abad de Forbin que había acompañado a Egipto a su primo, el célebre Conde, pero que no querían seguir adelante. Con ellos venía el padre superior del convento de Terra Santa, el Sr. Costa, un ingeniero y Mr. Gaspard, vicecónsul de Francia que fue quien me presentó al abad. Todos ellos entraron en el pasadizo recientemente descubierto pero aquello le causó al abad menos placer que la taza de café que le invité a tomar en mi tienda. Naturalmente después de esta visita todos los residentes extranjeros en El Cairo supieron lo que yo estaba haciendo y no pasó un solo día sin que tuviera visitantes.

Estaba decidido a proseguir mi búsqueda y la última contrariedad que se nos presentó sirvió solamente para aumentar mi obstinación. Había concedido un día de descanso a los árabes y lo dediqué a efectuar una inspección más detenida de la pirámide. Sucede frecuentemente que las personas se ensimisman tanto en la prosecución de sus ideas que corren el riesgo de fracasar si no encuentran pronto la oportunidad de retirarse honorablemente o de lograr la realización de sus planes. Yo me encontraba también ante esta alternativa. El descubrimiento del falso pasadizo se consideró como un fracaso. Poco me preocupaba lo que pudiera pensar pero me contrariaba el hecho de haber sido engañado por aquellas marcas que me llevaron al falso pasadizo y por la pérdida de tanto tiempo y trabajo. Sin embargo, no me desesperé. Me fijé detenidamente en la posición de la entrada de la primera pirámide y vi claramente que no se hallaba en el centro de la misma. El pasadizo seguía una línea recta desde el exterior de la pirámide hasta el lado este de la cámara real. Y al hallarse esta cámara próxima al centro de la pirámide, lógicamente la entrada debía estar, con respecto al

centro de la base, a la misma distancia que existía desde el centro de la cámara al lado este de la misma.

Después de haber hecho esta sencilla observación, comprendí que si había alguna cámara en la segunda pirámide la entrada o pasadizo no podría estar en el mismo sitio donde yo había excavado, es decir, en el centro, sino de acuerdo con la situación del pasadizo de la primera pirámide, la entrada de la segunda pirámide debía de quedar a unos cuarenta pies hacia el este.

Animado por esta conclusión, me dirigí a la segunda pirámide para examinar la masa de escombros. Me quedé algo sorprendido al percibir en el centro, a unos treinta pies de distancia de donde yo me encontraba, las mismas marcas que había visto en el otro sitio. Esto me proporcionó una gran alegría y la esperanza de realizar mis «sueños piramidales». Observé también que en este sitio las piedras y el mortero no eran tan compactas como en el lado oriental, detalle que me había animado tanto a seguir adelante en mi primer intento. Pero lo que aumentó mi entusiasmo fue lo que descubrí en el exterior de la parte frontal donde se hallaba el pasadizo falso. En este sitio las piedras habían sido desplazadas varios pies de la pirámide, hecho que comprobé trazando una línea desde el revestimiento de la parte superior hasta la base, encontrando que la depresión tendía a acentuarse en el punto donde yo proyectaba llevar a cabo mi segundo ensayo. Cualquier visitante que a partir de ahora examine las pirámides, podrá ver fácilmente esta concavidad por encima de la entrada verdadera. Aquello fue el resultado de dos indicaciones distintas: en primer lugar, la referencia que tenía de Tebas, o sea, los puntos en que la sustancia pétrea no es tan compacta como la masa que le rodea; en segundo lugar, la concavidad de la pirámide sobre el punto donde podía suponerse la entrada de acuerdo con la distancia de la entrada de la primera pirámide partiendo desde el centro.

Inmediatamente avisé a los árabes para que trabajasen al día siguiente. Se alegraron de reanudar la búsqueda, no porque confiaran en descubrir la entrada de la pirámide sino porque podían seguir percibiendo la paga. No tenían ninguna esperanza de hallar la entrada y muchas veces les oí pronunciar en voz alta la palabra «magnoon», que en inglés vulgar significa «chiflado». Señalé a los árabes el sitio en que debían excavar y fue tan acertado mi cálculo que el punto elegido se encontraba a dos pies en línea recta de la entrada del primer pasadizo. Aquel fue un día venturoso para mí, pues descubrí al fin la entrada de la tumba de Psammethis. Los árabes empezaron su trabajo y los escombros resultaron ser tan duros como los de la primera excavación, con la agravante de que encontramos en nuestro camino bloques de piedra aún mayores que habían pertenecido a la pirámide, y partes desprendidas del recubrimiento. Las piedras fueron aumentando de tamaño a medida que avanzábamos.

Pocos días después de la visita del Abad de Forbin, me sorprendió la aparición de otro visitante europeo. Era el Caballero Frediani que, a su regreso de la segunda catarata del Nilo, había venido a contemplar las pirámides. Le había conocido en Tebas cuando descendía por el Nilo y me alegré mucho de verle pues pensé que podría ser un espectador imparcial de las operaciones que yo estaba realizando. Y así fue en realidad. Elogió mi empresa pero después de estar dos días conmigo, se dispuso a iniciar su partida. Supuse que confiaba tanto como los árabes que me llamaban «magnoon» en que yo pudiera abrir la pirámide. Pero el mismo día que tenía que salir hacia El Cairo vi un gran bloque de granito que se inclinaba apuntando hacia el centro y formaba el mismo ángulo que el pasadizo de la primera pirámide. Le pedí al Caballero Frediani que se quedase hasta la mañana siguiente con la esperanza de que, tal vez, pudiera ser él uno de los primeros en ver la entrada de la pirámide. Ac-

cedió y me alegré de tener a un compatriota como testigo de lo que iba a suceder en esta importante ocasión. El descubrimiento de la primera piedra de granito se produjo el 28 de febrero y el 1 de marzo descubrimos tres grandes bloques de granito, dos a cada lado y uno en la parte superior, todos orientados diagonalmente hacia el centro. Mis esperanzas y mi impaciencia aumentaron ya que, según todos los indicios, aquella parecía ser el objeto de nuestra búsqueda. No estaba equivocado pues al día siguiente, 2 de marzo, al mediodía, llegamos a la verdadera entrada de la pirámide. Los árabes, cuya expectación había crecido también con la aparición de las tres piedras, estaban entusiasmados ante el hallazgo de algo nuevo que enseñar a los visitantes y poder obtener así propinas. Después de despejar la cara frontal de las tres piedras, la entrada resultó ser un pasadizo de cuatro pies de alto y tres pies *seis* pulgadas de ancho. Estaba formado por grandes bloques de granito, que descendían hacia el centro a través de una rampa de ciento cuatro pies cinco pulgadas y con una inclinación de veintiséis grados. Casi todo este pasadizo estaba lleno de grandes piedras que habían caído de la parte superior y que, debido a su inclinación, resbalaban hasta que alguna piedra de mayor tamaño detenía su carrera.

Tuve grandes dificultades para extraer todas estas piedras que llenaban el pasadizo hasta la entrada de la cámara. Invertimos el resto de este día y parte del siguiente para despejarlo y por fin llegamos a una puerta de guillotina. Parecía un bloque de piedra que me miraba fijamente a la cara diciéndome «ne plus ultra» y que iba a terminar con todos mis proyectos pues formaba una unión perfecta con las estrías de ambos lados y en su parte superior parecía tan sólido como los restantes bloques que formaban el pasadizo. En un examen más detenido descubrí, sin embargo, que en su parte inferior se elevaba aproximadamente ocho pulgadas sobre la base destinada a recibirlo. De esta circunstancia deduje que el bloque que tenía ante mí no

era más que una puerta de guillotina de granito de un pie tres pulgadas de espesor.

Descubrí una pequeña abertura en la parte superior del citado bloque e introduje un trozo largo de una paja de cebada que penetró más de tres pies en dirección ascendente, lo cual me convenció de que existía un vacío destinado a recibir la puerta de guillotina. Levantarlo suponía un trabajo de no escasa envergadura. El pasadizo medía solo cuatro pies de altura y tres pies seis pulgadas de ancho. Dos hombres juntos no podían moverse y se necesitaban varios hombres para levantar una pieza de granito que media no menos de seis pies de alta, cinco pies de ancha y un pie tres pulgadas de espesor. Las palancas no podían ser muy largas pues no había espacio en los cuatro pies de altura para trabajar con ellas y, por otra parte, si eran muy cortas no podíamos utilizar a los hombres necesarios para levantarla. El único recurso que teníamos era elevarlo un poco de un solo impulso y poner algunas piedras en las acanaladuras de ambos lados sosteniéndolo así mientras se cambiaban las palancas por otras más gruesas. De este modo conseguimos alzarlo lo suficiente para que pudiera pasar un hombre. Entonces entró un árabe con una vela y volvió diciendo que el sitio era muy bello. Continuamos elevando la puerta de guillotina y por fin dejamos una abertura lo bastante ancha para que pudiera deslizarme yo mismo. Así, después de treinta días de esfuerzos experimentaba el placer de encontrarme en el camino que conducía a la cámara central de una de las dos grandes pirámides de Egipto, que ha sido durante mucho tiempo la admiración de los que la han contemplado. El Caballero Frediani me siguió y después de pasar por debajo de la puerta de guillotina entramos en un pasadizo que era de las mismas dimensiones que el primero. Medía veintidós pies siete pulgadas de largo y toda la estructura, incluyendo la puerta de guillotina, ocupaba seis pies once pulgadas en total. Donde acaba la obra de granito de este

pasadizo existe un pozo perpendicular de quince pies y, a ambos lados del pasadizo, sendas cavidades abiertas en la roca viva, una de las cuales, la de la derecha según se entra, sigue una dirección ascendente por espacio de treinta pies, aproximándose al extremo de la parte inferior del falso pasadizo… Delante de nosotros teníamos un largo pasadizo que se extendía en una dirección horizontal hacia el centro. Descendimos por el pozo por medio de una cuerda. En el fondo había otro pasadizo que descendía con la misma inclinación de 26 grados, como el de arriba, y seguía una dirección norte. Como mi principal objetivo era el centro de la pirámide, seguí aquella dirección y subí por un pasadizo inclinado que me llevó a otro horizontal que conducía al centro. Me di cuenta de que después de haber atravesado la puerta de guillotina de la entrada, todos los pasadizos estaban abiertos en la roca viva. El corredor que conduce al centro mide cinco pies once pulgadas de alto y tres pies seis pulgadas de ancho.

Al avanzar por el pasadizo, vimos que sus paredes estaban cubiertas por cristalizaciones de salitre, algunas de las cuales se proyectaban a modo de cuerdas mientras que otras recordaban la piel de un cordero blanco o la hoja de escarola. Llegamos entonces a una puerta que permitía el acceso a una gran cámara. Avancé lentamente dos o tres pasos y luego me detuve para contemplar el sitio en que me hallaba. Aunque no sabía exactamente dónde estaba; tenía la seguridad de encontrarme en el centro de la pirámide que, desde tiempo inmemorial, había sido objeto de numerosas interpretaciones e hipótesis por parte de miles de viajeros antiguos y modernos. Mi antorcha, formada de varias velas de cera, daba una luz muy débil. Pude, sin embargo, distinguir los principales objetos. Naturalmente, volví mis ojos hacia el extremo oeste de la cámara en busca del sarcófago, que estaba tan seguro de encontrar en la misma posición que el de la primera pirámide. Pero quedé decepcionado al

no ver nada. La cámara tenía un techo pintado y muchas de las piedras habían sido desplazadas de su sitio, evidentemente por alguien que buscaba un tesoro. Al avanzar hacia el extremo oeste, quedé gratamente sorprendido al comprobar que al nivel del suelo había un sarcófago enterrado.

El Caballero Frediani había entrado también en la cámara y juntos efectuamos un examen general de la misma, que resultó tener cuarenta y seis pies tres pulgadas de longitud, dieciséis pies tres pulgadas de anchura y veintitrés pies seis pulgadas de altura. Está labrada en la roca viva desde el suelo hasta el techo, formada por grandes bloques de piedra calcárea que se unen en el centro y le dan la misma inclinación que a la pirámide. El sarcófago mide interiormente ocho pies de largo, tres pies seis pulgadas de ancho y dos pies tres pulgadas de profundidad. Fue rodeado de grandes bloques de granito, según parece para impedir que lo cambiasen de posición, lo cual no podía hacerse sin gran esfuerzo. La tapa había sido rota por un costado, de forma que el sarcófago estaba a medio abrir. Está hecho con el granito de la mejor calidad, pero, al igual que el sarcófago de la primera pirámide, no contiene ningún jeroglífico.

Al examinar su interior vi una gran cantidad de tierra y piedras pero no me di cuenta de los huesos que había entre los escombros hasta el día siguiente, cuando estaba empeñado en la búsqueda de alguna inscripción que pudiera arrojar luz sobre el origen de esta pirámide. Examinamos detenidamente todas las paredes y vimos infinidad de trazos hechos con carbón pero en caracteres desconocidos y casi imperceptibles. Se convertían en polvo al más ligero roce. En la pared del extremo oeste de la cámara percibí una inscripción en árabe… y las diferentes interpretaciones dadas a la misma me obligan a explicar algunos puntos que quizá conduzcan a una explicación satisfactoria. Me parece que toda la dificultad reside en las últimas letras de la inscripción que se consideraban dudosas. Este es en realidad

el hecho pero debo señalar que estas letras estaban tan borrosas en la pared que apenas podían distinguirse. El amanuense que me las interpretó era un copto a quien traje de El Cairo para este fin, pues no confiaba en mi habilidad para transcribirlas. Y no bastándome sus pretensiones de exactitud, aunque fue copiada en mi presencia, invité a otras muchas personas, que estaban consideradas como los mejores expertos en lengua árabe de todo El Cairo, y les pedí que comparasen la copia con el original de la pared. La encontraron absolutamente correcta, excepto la palabra final que ciertamente parecía confusa. Sin embargo, si consideramos lo que se asemeja a la palabra auténtica, encontraremos que tiene un sentido correcto y podremos descifrar toda la inscripción.

Traducción de la inscripción del Sr. Salame

«El maestro Mohamed Ahmed, cantero, las abrió. El maestro Othman estuvo presente (*en su apertura*). Y el rey Alij Mohamed al principio (*desde el principio*) hasta su cierre».

Debo añadir que el hecho de que la pirámide hubiera sido cerrada por segunda vez concuerda con lo que ya he explicado sobre las circunstancias que acompañaron al hallazgo de la entrada.

En varias partes de la pared, el salitre había formado preciosas cristalizaciones como las del pasadizo pero más grandes y fuertes. Algunas eran de seis pulgadas de longitud recordando por su forma a una hoja de escarola, como ya he dicho antes. Debajo de uno de los bloques que habían sido desplazados encontré algo parecido a la parte gruesa de un hacha pero tan oxidada que había perdido su forma. En los lados norte y sur hay dos agujeros que siguen una dirección horizontal como los que se ven en la primera pirámide, pero más elevados.

Al salir de esta cámara llegamos al pasadizo inferior. En el fondo del pozo vertical habían tantas piedras que casi obstruían su entrada y, después de apartarlas, vimos que el pasadizo se dirigía hacia el norte con la misma inclinación que el de arriba, formando un ángulo de 26 grados… Este pasadizo tiene cuarenta y ocho pies seis pulgadas de longitud hasta el punto donde se une con un pasadizo horizontal de cincuenta y cinco pies que también corre en dirección norte. En mitad de este pasadizo, a la derecha, hay un nicho de once pies de longitud y seis de profundidad. Frente a él, a la izquierda, hay otro pasadizo que corre por espacio de veintidós pies hacia el oeste, con una inclinación de 26 grados. Antes de proseguir más hacia el norte, bajamos por este pasadizo y penetramos en una cámara de treinta y dos pies de largo, nueve pies nueve pulgadas de ancho y ocho pies seis pulgadas de alto. Esta cámara contiene muchos bloques pequeños de piedra, algunos de los cuales superan los dos pies de longitud. Tiene un techo ojival como el citado anteriormente, aunque labrado en la roca viva y debo señalar, como antes, que, después de atravesar la puerta de guillotina, todos los pasadizos y la cámara grande, tan alta como el techo, están labrados en la roca viva. En las paredes y techo de esta cámara hay varias inscripciones desconocidas como ocurre en la cámara superior. Se trata quizá de inscripciones coptas. Después de haber vuelto a subir hasta el pasadizo horizontal, encontramos al final del mismo las acanaladuras de una puerta de guillotina como la anterior, pero la piedra de granito había sido derribada y puede verse bajo los escombros y las piedras cercanas. Atravesando la puerta entramos en el pasadizo que subía en una dirección paralela a la de arriba… Este pasadizo asciende a lo largo de un tramo de cuarenta y siete pies seis pulgadas. En este lugar encontramos un bloque grande de piedra que había sido colocado allí haciéndolo descender desde arriba y, observándolo, deduje que este pasadizo se extendía hasta la mis-

ma base de la pirámide ya que, desde la parte superior de este bloque cuadrado, pude ver otras piedras que llenaban el pasadizo hasta la entrada. Por tanto, esta pirámide tiene dos entradas. En el centro del pasadizo horizontal, que conduce a la cámara grande, hay restos de mampostería pero creo que se trata solo del relleno de una cavidad natural que había en la roca.

Después de haber hecho todas estas observaciones, salimos de la pirámide con no escasa satisfacción. Mis esfuerzos se habían visto compensados por el éxito, conseguido después de haber trabajado durante algo más de un mes, con gastos que en total no ascendieron a 150 libras, a pesar de que, según cálculos iniciales, iban a suponer varios miles.

El Caballero Frediani fue a El Cairo aquel mismo día y la noticia de la apertura de la pirámide pronto animó a los residentes extranjeros en Egipto a visitar su interior. Como estaba seguro de que las mujeres árabes no entrarían en la pirámide, dejé libre la entrada («pro bono publico»). Y en el lugar donde se inicia el descenso perpendicular que desemboca justamente ante la puerta de guillotina hice una escalera de piedra para comodidad de los visitantes, dejando que la mitad del pasadizo penetrase en la cámara más profunda.

Narrative of Operations and Recent Researches in Egypt and Nubia, 1820

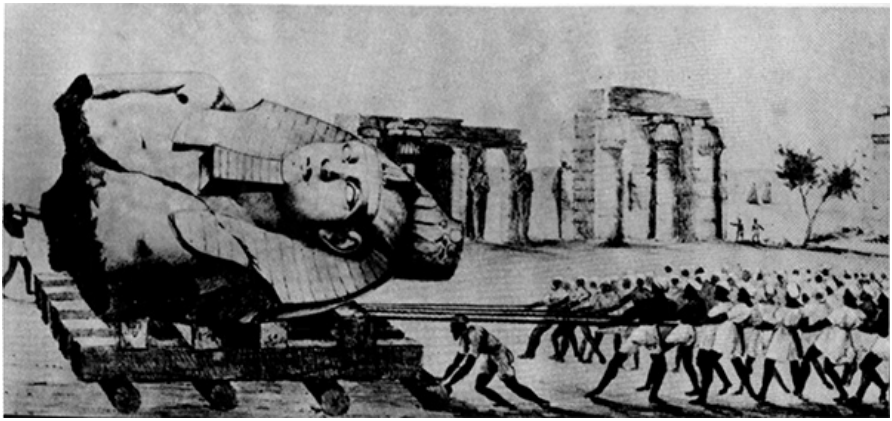
El escondrijo de las momias en Tebas

Giovanni Battista Belzoni

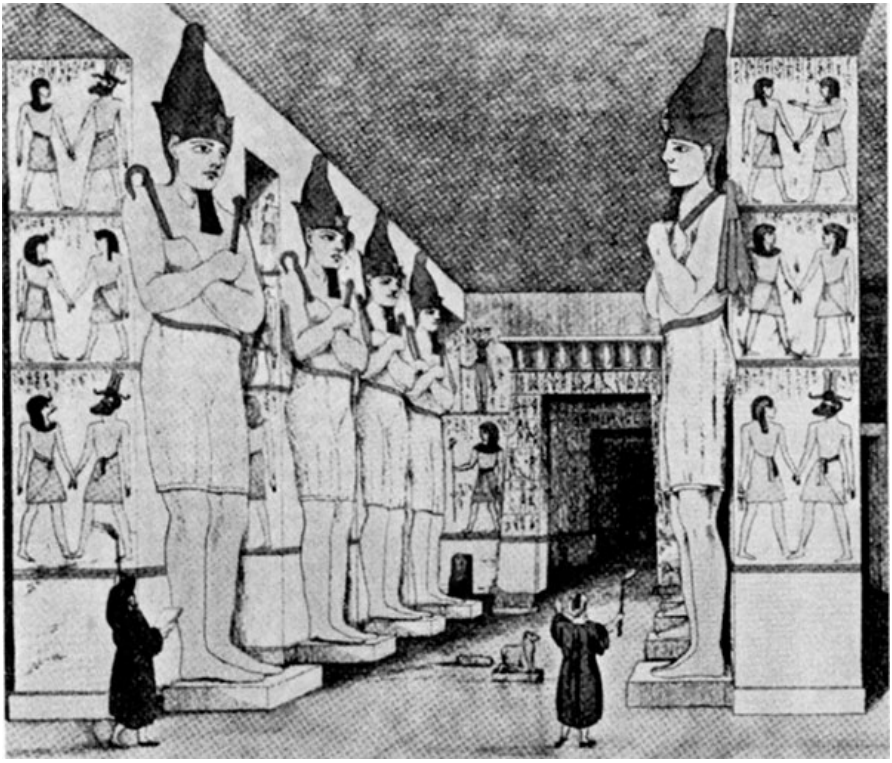
Generalmente el visitante se siente complacido después de haber visto el amplio salón, la galería, la escalera, y mientras avanza sin dificultades, admira los extraños trabajos labrados en distintos sitios y pintados a ambos lados de las paredes. Pero cuando llega a un pasadizo estrecho y difícil o tiene que descender al fondo de un pozo o cavidad rehúsa tomarse la molestia, porque, como es natural, cree no poder encontrar a esta profundidad nada tan magnífico como lo que contempla en la superficie y, en consecuencia, considera inútil, seguir adelante. En alguna de estas tumbas muchas personas no podrían soportar el aire sofocante, que a menudo produce desvanecimientos. Se levanta gran cantidad de polvo muy fino que penetra en la garganta y en la nariz y obstruye los conductos nasales y la boca de tal modo que se requieren unos pulmones muy fuertes para resistirlo. Igual ocurre con las fuertes emanaciones de las momias. Pero esto no es todo. La entrada o pasadizo donde se hallan los cadáveres es una abertura excavada toscamente en las rocas y la arena que cae de la parte superior del techo del pasadizo lo obstruye casi por completo. En algunos sitios el espacio libre que queda solo permite colocar un pie y uno tiene que arreglárselas para pasar reptando como una serpiente sobre piedras puntiagudas y resbaladizas que cortan como el vidrio. Después de atravesar estos pasadizos, algunos de doscientas o trescientas yardas de longitud, suele encontrarse un lugar más cómodo, quizá lo bastante alto para sentarse. ¡Pero qué si-

tio para descansar! Rodeado de cadáveres, de montones de momias por todas partes que, antes de que me acostumbrase a su presencia me producían horror. La negrura de la pared, la débil luz de las velas y antorchas necesitadas de aire, los diferentes objetos que me rodean y que parecían conservar entre sí y los árabes con las velas y antorchas en sus manos, desnudos y cubiertos de polvo, como si fueran momias también, formaban una escena indescriptible. En esta situación me encontré varias veces y frecuentemente volvía exhausto y mareado, hasta que al final me acostumbré a ello y me hice indiferente a lo que me sucedía, excepto al polvo, que nunca dejaba de obstruir mi garganta y nariz y aunque, afortunadamente no tengo mucho olfato me daba cuenta de que las momias resultaban muy desagradables de soportar. Tras el esfuerzo que suponía penetrar en un sitio como este a través de un pasadizo de cincuenta, cien, trescientas o tal vez seiscientas yardas, busqué, casi rendido, un lugar para descansar. Encontré uno e intenté sentarme pero cuando mi peso descargó sobre el cuerpo de un antiguo egipcio, este se aplastó como si fuera una caja de cartón. Naturalmente tuve que recurrir a mis manos para sostenerme pero no encontraron mejor apoyo y me hundí completamente en medio de las momias con un crujir de huesos, harapos y cajas de madera, levantando tanto polvo que me vi obligado a quedarme inmóvil durante un cuarto de hora en espera de que este volviera a caer al suelo. Pero no podía salir de allí sin aumentarlo y cada paso que daba aplastaba a alguna momia. Una vez me llevaron desde un lugar como este a otro parecido a través de un pasadizo de unos veinte pies de longitud y cuya anchura solo permitía el paso de una persona. Estaba repleto de momias y yo no podía pasar por él sin poner mi cara en contacto con algún egipcio corrompido. Sin embargo, como el pasadizo formaba pendiente, mi propio peso me ayudaba a avanzar aunque no pude evitar que me cubrieran los huesos, piernas, brazos y ca-

bezas que caían rodando desde arriba. Así fui pasando de una cueva a otra, todas llenas de momias apiladas de distintas formas, unas de pie, otras acostadas, otras de cabeza. El propósito de mis exploraciones era despojar a los egipcios de sus papiros, algunos de los cuales encontré escondidos en el pecho, bajo los brazos, sobre las rodillas y las piernas o escondidos en las numerosas vendas que envuelven a la momia. El pueblo de Goumou, que comercia en antigüedades de esta clase, desconfía mucho de los forasteros y las guardan en el mayor secreto posible, engañando a los visitantes al hacerles creer que llegan al fondo de los pozos cuando apenas les hacen cruzar la entrada. No pude impedir que me condujeran a estos lugares hasta mi segundo viaje, en que conseguí la admisión en todas las cuevas donde había momias.



G. B. Belzoni dirigiendo el transporte de un fragmento de estatua de Ramsés II.



Aguafuerte por A. Aglio, tomado de un dibujo de G. B. Belzoni.

Mi residencia permanente en Tebas fue la causa de mi éxito. Los árabes se dieron cuenta de que yo prestaba particular atención a la posición que tenía la entrada de las tumbas y que no podrían impedir que yo les viera cuando excavaban en busca de una nueva tumba, aunque procuran, cuando algún forastero se halla en Goumou, no revelar el sitio donde proyectan abrir la tierra. Y como los visitantes se quedan por lo general pocos días en aquel lugar, ellos suelen dejar de excavar durante el tiempo que estos permanecen en él. Si algún visitante era lo bastante curioso para pedir que se le dejase examinar el interior de una tumba, ellos le enseñaban una inmediatamente conduciéndole a alguna de las viejas tumbas donde lo único que se ve son las cuevas donde antiguamente se depositaban las momias y donde habían solamente unas pocas ya saqueadas. Así

no podían formarse más que una idea muy pobre de lo que eran las tumbas reales donde originalmente se depositaban los restos.

El pueblo de Goumou vive a la entrada de estas cuevas que ya han sido abiertas y por medio de las divisiones que hacen con tabiques de tierra, forman habitaciones para ellos, sus vacas, camellos, búfalos, borregos, cabras, perros, etc.

Narrative of Operations and Recent Researches in Egypt and Nubia, 1820

El templo de Abu Simbel

Johann Ludwig Burckhardt

El templo tallado en la roca que mandó construir Ramsés II en Abu Simbel estuvo cubierto de arena durante muchos siglos y cuando Burckhardt hizo su viaje por Nubia solo las cabezas de los colosos ramasidas se destacaban por encima de la superficie. Se dejó al más dinámico de los egiptólogos, Belzoni, la tarea de despejar de arena y explorar el templo, que inevitablemente se convirtió en el foco de atracción de serios investigadores e intrépidos turistas Victorianos como Amelia Edwards, que participó en una última expedición a Abu Simbel. Después de un breve período de tiempo en su larga historia, en el curso de la cual estuvo liberado de las arenas del desierto, fue amenazado por una inundación más destructora y permanente. Se calculó que cuando la nueva presa de Aswan estuviera acabada, el nivel del agua cubriría e inundaría el templo, quedando completamente destruidas las esculturas de piedra porosa. La Unesco hizo un llamamiento con la esperanza de recaudar suficiente dinero para elevar toda la estructura por encima del nivel de las aguas pero no se reunieron los fondos para una empresa tan costosa. A fin de salvar los templos se ha proyectado cortarlos en bloques de treinta toneladas y trasladarlos para su reconstrucción a la altura del nuevo nivel que alcanzará el Nilo.

Después de haber visto, según creía, todas las antigüedades de Ebsambal, estaba a punto de remontar la ladera arenosa de la montaña por el mismo camino que la había bajado cuando, afortunadamente, al desviarme hacia el sur, me encontré con lo que aún se distingue de las cuatro estatuas colosales e inmensas

talladas en la roca a una distancia de unas doscientas yardas del templo. Se levantan sobre un profundo nicho excavado en la montaña pero por desgracia se encuentran casi enteramente sumergidas en la arena, que se deslizó aquí abundantemente a lo largo del tiempo. Toda la cabeza y parte del pecho y brazos de una de las estatuas destacan todavía por encima de la superficie. De la que está a su lado apenas hay ninguna parte que sea visible. La cabeza se ha desprendido y el cuerpo está cubierto de arena por encima de los hombros. De las otras dos solo aparecen los *solideos*. Es difícil determinar si estas estatuas se hallan en una postura sedente o están de pie. Sus espaldas quedan unidas a una porción de la roca que se proyecta desde el tronco y que puede representar la parte de un sillón o tratarse simplemente de una columna de sostén. No miran hacia el río, como las del templo descrito últimamente, sino que sus caras están vueltas directamente hacia el norte, hacia los climas fértiles de Egipto, de forma que la línea sobre la cual se levantan forma un ángulo con el curso del río. La cabeza que sobresale de la superficie tiene un semblante muy expresivo y jovial, aproximándose más al modelo griego de belleza que cualquier otra figura del antiguo Egipto que conozco. Verdaderamente, si no fuera por la barba oblonga y delgada podría pasar muy bien por una cabeza de Palas. Esta estatua lleva un solideo alto, llamado vulgarmente medidor de grano, en cuya parte frontal tiene un saliente que sostiene la figura de una tabla destinada a medir el nivel del Nilo. Está cubierta de jeroglíficos, grabados profundamente en la piedra y bien ejecutados. La estatua mide siete yardas de hombro a hombro y no puede, por tanto, tener en posición vertical menos de sesenta y cinco a setenta pies de altura. La oreja tiene una longitud de una yarda y cuatro pulgadas. En la pared de la roca, en el centro de las cuatro estatuas, se ve la figura de Osiris con cabeza de halcón y sobre ella una esfera. Creo que excavando la arena depositada debajo de aquella, po-

dría descubrirse un templo de grandes proporciones de cuya entrada las colosales estatuas servirían probablemente como ornamentos, igual que sucede con las seis pertenecientes al templo vecino de Isis. Por la presencia de la figura con cabeza de halcón me inclino a pensar que este era un templo dedicado a Osiris. La superficie lisa de la roca, situada detrás de las estatuas, está cubierta de caracteres jeroglíficos. Por encima de estos se extiende una fila de más de veinte figuras sedentes labradas en la piedra como las demás pero tan deformadas que desde abajo no pude deducir claramente su significado. Miden aproximadamente seis pies de altura. A juzgar por los rasgos de la estatua gigantesca que se proyecta por encima de la arena, diría que estas obras corresponden al período más feliz de la escultura egipcia. Por otra parte, sin embargo, los jeroglíficos de la superficie rocosa reflejan una ejecución diversa y parecen corresponder a la misma época que los del templo de Derr. Al sur de los cuatro colosos, a unos cuantos pasos, existe una cavidad abierta en la roca con escalones que conducen hasta ella desde el río. Sus paredes están cubiertas de inscripciones jeroglíficas y representaciones de Isis. También contiene la cabeza de halcón de Osiris.

El templo de Ebsambal sirve como lugar de refugio a los habitantes de Balliane y a los árabes de los contornos contra una tribu mogrebí de beduinos que todos los años, de una forma regular, realiza incursiones sobre estos lugares. Pertenecen a las tribus asentadas entre el Gran Oasis y Siout. Cuando salen a efectuar sus correrías se dirigen primeramente a Argo en donde comienzan sus actos de rapiña saqueando todos los pueblos de la margen occidental del río. Luego pasan por Mahass, Sukkot, Batn el Hadjar, Wady Halfa, los pueblos situados frente a Derr y finalmente, por Dakke. Cerca de esta última localidad, suben a la montaña y regresan a Siout a través del desierto. La cuadrilla está compuesta generalmente por unos ciento cin-

cuenta jinetes a caballo y otros tantos que montan camellos. En Nubia nadie se atreve a hacerles frente. Al contrario, las autoridades les salen a recibir cuando llegan a las puertas de Derr y les ofrecen presentes. Las incursiones de esta tribu constituye una de las principales razones por las que se halla desierta casi toda la margen occidental del Nilo. Siempre que se aproximan a Balliane, sus habitantes se retiran con su ganado al templo de Ebsambal. El pasado año los mogrebíes intentaron penetrar en este lugar de refugio, pero fracasaron después de perder algunos hombres.

Travels in Nubia, 1819

Café en Abu Simbel

Amelia Edwards

En aquella situación, viendo que los hombres perdían el tiempo y se retrasaban en el trabajo, se nos ocurrió la idea de ponerlos a limpiar la cara del coloso situado al norte, todavía desfigurado por el yeso que quedaba sobre él desde que Mr. Hay sacó el gran molde hace más de medio siglo. Esta feliz ocurrencia fue llevada inmediatamente a la práctica. Se improvisó enseguida un andamiaje de palos y remos y los hombres, alborozados como niños, pronto se hallaron trepando por la enorme cabeza igual que podían haber trepado por ella en los días del reinado de Ramsés.

Todo lo que ellos tenían que hacer era quitar los pequeños pegotes que pudieran estar todavía adheridos a la superficie y luego oscurecer los parches blancos con café. Esto lo hicieron con trozos de esponja atados al extremo de un palo. Pero Reis Hassan como señal de dignidad llevaba uno de los viejos pinceles del pintor del que se sentía inmensamente orgulloso.

Necesitaron tres tardes para completar el trabajo y todos lamentamos que se terminase. Ver a Reis Hassan retocando con sus manos de artista la gigantesca nariz tan larga como él, a Riskalli y al cocinero yendo de un lado para otro con cargas de café «espeso y concentrado» para que sirviera a nuestro propósito, a Salame colgado con las piernas cruzadas, como un duende complaciente, sobre el marco prominente de la gran terraza donde terminaba la cabeza y al resto dispersándose y saltando por el andamiaje como si fueran monos, era, sin duda alguna, el

espectáculo más cómico que había presenciado en Abu Simbel, hasta entonces.

La sed de café de Ramsés era realmente prodigiosa. Consumía no sé cuantos galones al día. Nuestro cocinero se quedó estupefacto ante la demanda que se le hizo a sus almacenes. Nunca antes se le había pedido que sirviera a un invitado cuya boca medía tres pies y medio.

Pero el resultado justificó los gastos. El café resultó perfectamente adecuado para la piedra arenisca y aunque no fue posible restaurar íntegramente la uniformidad de la superficie original, al menos logramos borrar aquellos horribles parches que durante tantos años habían afeado este hermoso rostro, como si se tratara de una deformidad causada por la lepra.

A *Thousand Miles up the Nile*, 1889

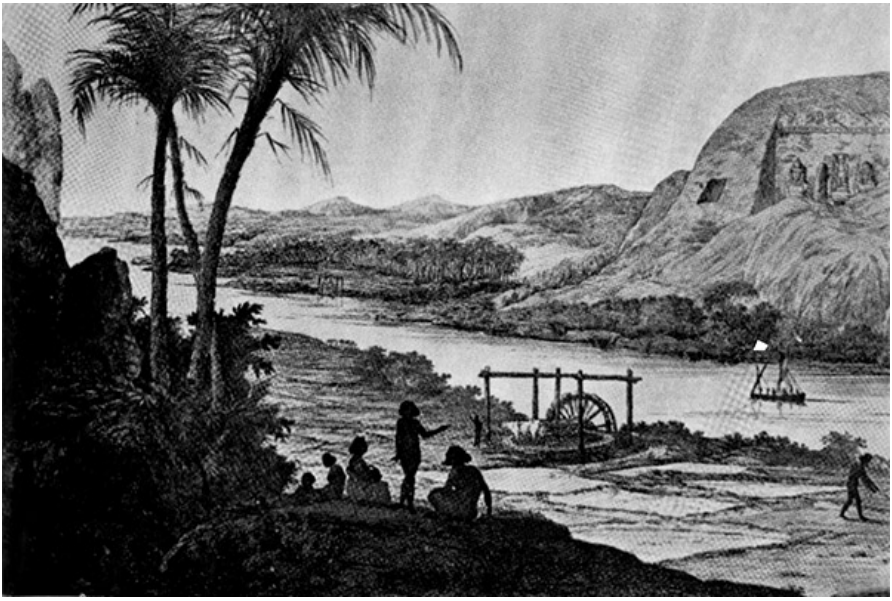
Apelación del Sr. Vittorino Veronese

DIRECTOR GENERAL DE LA UNESCO

Las obras se han iniciado en la gran presa de Aswan. Dentro de cinco años el Valle Central del Nilo quedará convertido en un vasto lago. Maravillosas estructuras, catalogadas entre las más espléndidas de la tierra, se hallan en peligro de desaparecer bajo las aguas. La presa fertilizará enormes extensiones de desierto pero la apertura de nuevos campos a los tractores, la provisión de nuevas fuentes de energía para las futuras factorías amenaza con exigir un precio terrible.

Ciertamente cuando está en juego el bienestar de seres que sufren, entonces, si es preciso hay que sacrificar sin vacilación las imágenes de granito y de pórfido. Pero nadie que esté obligado a dar un paso semejante puede contemplar sin angustia la necesidad de adoptar una decisión de este tipo.

No es fácil escoger entre la herencia del pasado y el bienestar actual de un pueblo que vive en la necesidad a la sombra de uno de los legados históricos más espléndidos. No es fácil elegir entre los templos y las cosechas. Lamentaría que la persona designada para tomar esta resolución pudiera hacerlo sin una sensación de angustia. Y sentiría que esta persona, cualquiera que fuese la decisión que adoptara al final pudiera soportar la responsabilidad de la misma sin sentir remordimiento.

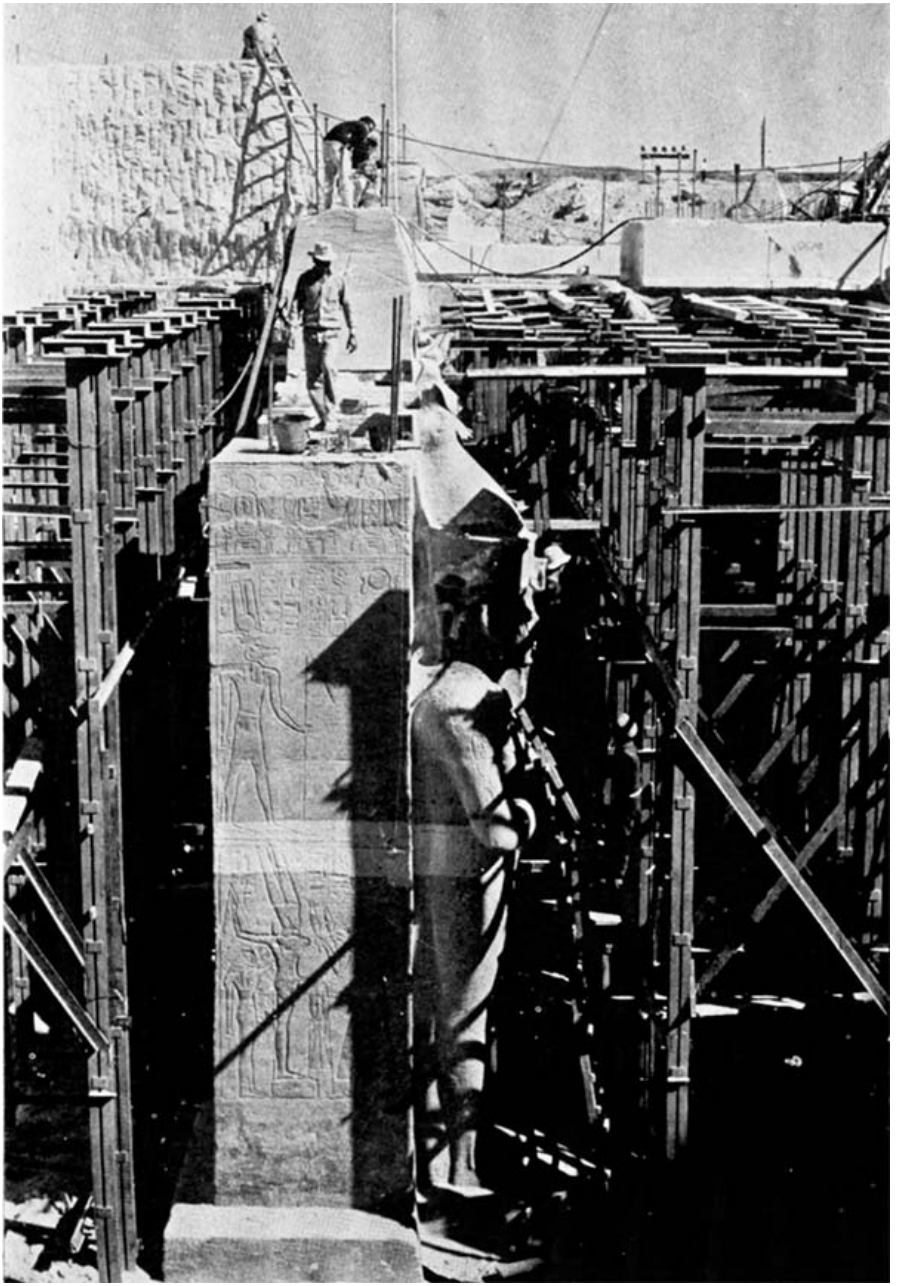


Aguafuerte por A. Aglio, tomado de un dibujo de G. B. Belzoni

Por tanto, no es sorprendente que los gobiernos de la República Árabe Unida y del Sudán hayan suplicado a un organismo internacional, la Unesco, que intente salvar los monumentos amenazados. Estos monumentos, cuya pérdida puede estar trágicamente cercana, no pertenece solamente a los países que los tienen en custodia. El mundo entero tiene derecho a procurar su supervivencia. Forman parte de una herencia común que comprende el mensaje de Sócrates y los frescos de Ajanta, las murallas de Uxmal y las sinfonías de Beethoven. Los tesoros de valor universal tienen derecho a una protección universal. Cuando algo bello, cuyas cualidades aumentan al ser compartidas en lugar de disminuir, se pierde, esta pérdida es común a todos los hombres.

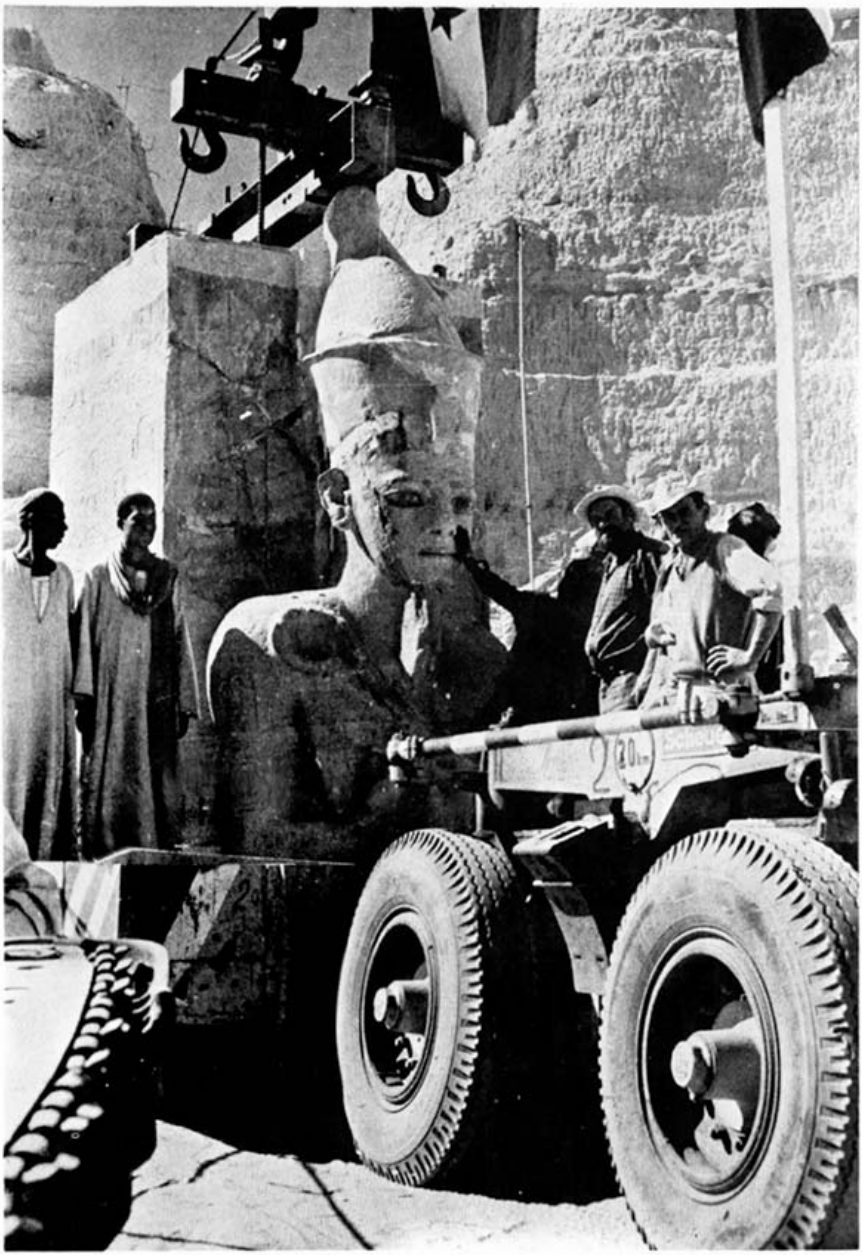
Gran speos de Ipsambul (Abú-Simbel). Entrada al templo, con las figuras de los cuatro colosos de Ramsés II.

Por otra parte, no se trata solamente de conservar algo que de otro modo puede perderse, sino de sacar a la luz una riqueza no revelada hasta ahora en beneficio de todos. A cambio de la ayuda que el mundo les presta, los gobiernos de El Cairo y Jartum brindarán todo su país a la excavación arqueológica y permitirán que la mitad de las obras de arte que puedan ser desenterradas por la ciencia o por el azar vayan a museos extranjeros. Accederán incluso al transporte, piedra por piedra, de determinados monumentos de Nubia.



Montando las 940 piezas de los templos de Abú-Simbel en su nuevo emplazamiento, a salvo del nuevo nivel de las aguas debido a la construcción de la presa de Assuán.

Una nueva era de espléndido enriquecimiento se abre así en el campo de la egiptología. A cambio de un mundo privado de una parte de sus maravillas, la humanidad puede esperar la revelación de joyas hasta ahora desconocidas.



Traslado de la cabeza de Ramsés II como parte integrante del complejo de Abú-Simbel.

Una causa tan noble merece una réplica no menos generosa. Esta es la razón por la cual, lleno de confianza, invito a los gobiernos, instituciones y organismos públicos y privados, así como los hombres de buena voluntad de todos los países, a contribuir con todas sus fuerzas al éxito de una tarea que no tiene precedentes históricos. Servicios, equipos, ayuda financiera, todo es necesario. Y las formas de prestar nuestro apoyo a esa empresa son innumerables. Es hermoso pensar que de un país que ha sido, a través de los siglos, el escenario —o el pretexto— de tantas disputas codiciosas, pueda surgir ahora una prueba inequívoca de la solidaridad internacional.

«Egipto en un regalo del Nilo». Esta fue la primera frase que muchos estudiantes aprendieron a traducir del griego. Que los pueblos de todo el mundo sean capaces de unirse para conseguir que el Nilo, al convertirse en una fuente poderosa de fertilidad y de energía, no sepulte bajo sus aguas las maravillas que nosotros, los hombres actuales, hemos heredado de viejas generaciones de hombres que desaparecieron, hace ya mucho tiempo, de la faz de la tierra.

Unesco Courier, 1960

Un tesoro de momias reales

Gaston Maspero

Gaston Camile Charles Maspero *(1846-1916) nació en París. En el segundo año que pasó en la Escuela Normal conoció al gran egiptólogo Mariette que estaba en París supervisando la sección egipcia de la Gran Exposición. Con su consejo y gracias a sus estímulos, concentró sus estudios en la arqueología. A su debido tiempo fue nombrado profesor de lengua egipcia y arqueología en la École de Hautes Études y, en 1874, ocupó la cátedra de Champollion en el Collège de France. En 1880, fue a Egipto al frente de un equipo de excavadores y al poco tiempo se le ofreció el puesto de Director General de Excavaciones y Antigüedades de Egipto, cargo que, exceptuando tres años que pasó en París (desde 1886 a 1889), desempeñó hasta su jubilación. Llevó a cabo una extensa labor en la ordenación y catalogación de colecciones e hizo muchos descubrimientos importantes.*

Desde hacía varios años se sabía que los árabes de Gurna habían encontrado una o dos tumbas reales cuyo paradero se negaban a divulgar. En la primavera de 1876 un general inglés llamado Campbell me enseñó el papiro ritual hierático del Gran Sacerdote Pinotem, comprado en Tebas por 400 libras esterlinas. En 1877, M. De Saulcy, para complacer a uno de sus amigos de Siria, me envió fotografías de un largo papiro perteneciente a la Reina Notmit, madre de Herihor, cuya parte final se encuentra ahora en el Louvre y el principio en Inglaterra. M. Mariette había negociado también en Suez la compra de otros dos papiros escritos en nombre de una reina llamada Tiuhathor Henttaui. Hacia esa misma época, aparecieron en el mercado

estatuillas funerarias del Rey Pinotem algunas de fina elaboración aunque otras más vulgares. Pronto se tuvo tanta seguridad de que se había producido un nuevo descubrimiento que ya en 1878 al analizar una tablilla perteneciente a Rogers Bey, pude afirmar que «procedía de una tumba próxima a las tumbas de la familia Herihor hasta entonces no localizadas…».

Encontrar el emplazamiento de estas tumbas fue en consecuencia si no el principal al menos uno de los principales motivos del viaje que efectué al Alto Egipto durante los meses de marzo y abril en 1881. Mi intención no era realizar sondeos o excavaciones en las necrópolis de Tebas. El problema era bastante más difícil. Era necesario conseguir que los fellahs revelaran el secreto que tan celosamente habían guardado hasta entonces. Yo sabía solo una cosa: los principales anticuarios eran un cierto Abd-er-Rassoul Ahmed, de Sheikh Abd-el-Guma, y un cierto Mustafá Aga Ayad, vicecónsul de Inglaterra y Bélgica en Luxor. Abordar al último no era fácil. Protegido como estaba por la inmunidad diplomática, podía eludir el procedimiento de la Dirección de Excavaciones. El 4 de abril, envié una orden de detención contra Abd-er-Rassoul Ahmed al jefe de policía de Luxor y telegrafié a Su Excelencia el Bajá Daud, Mudir (Gobernador) de Quena, así como al Ministro de Obras Públicas solicitando permiso para abrir una inmediata investigación sobre el encartado. Interrogado a bordo de un barco, primero, por M. Emile Brugsch y, después, por M. de Rochemonteix, que amablemente me ayudó con su experiencia, negó todos los cargos que yo había denunciado contra él (el descubrimiento de la tumba, la venta de los papiros y estatuillas funerarias y la destrucción de los féretros) impugnando las afirmaciones casi unánimes de los visitantes europeos. Acepté su ofrecimiento para que fuese registrada su casa, no con la esperanza de encontrar objetos que le pudieran delatar sino con el deseo de brindarle la oportunidad de cambiar de idea y llegar a una conciliación con

nosotros. Ni las buenas razones ni las amenazas tuvieron éxito y, el 6 de abril, llegó la orden necesaria para iniciar la investigación oficial. Envié entonces a Abd-er-Rassoul Ahmed y a su hermano Hussein Ahmed a Quena, donde el Mudir requería su presencia para comparecer ante un tribunal.

La investigación se llevó a cabo con normalidad pero en general sin resultados positivos. Las preguntas y los argumentos de los magistrados de Mudiria (provincia) en presencia de nuestro delegado, el inspector de Dendera, Aly-Effendi Habib, dieron lugar a numerosos testimonios pronunciados en favor del acusado. Los ciudadanos más prominentes y los concejales de Gurna declararon bajo juramento que Abd-er-Rassoul Ahmed era uno de los hombres más rectos y desinteresados del distrito y le consideraban incapaz de apropiarse de la más insignificante antigüedad y mucho menos de robar una tumba real. El único detalle interesante que salió a colación durante la investigación fue la insistencia con que Abd-er-Rassoul Ahmed aseguraba que era sirviente de Mustafá Aga, el vicecónsul inglés en Luxor y que vivía en la casa de este. Pensaba que diciendo que estaba al servicio del vicecónsul se beneficiaría de los privilegios diplomáticos y quedaría bajo protección belga o británica. Mustafá Aga había inducido a él y a sus cómplices a cometer este error. Les persuadió de que, respaldándose en él, estarían en lo sucesivo a cubierto de los agentes administrativos locales y mediante esta simple artimaña, consiguió concentrar en sus manos todo el comercio de antigüedades de la llanura tebana.

Entretanto, Abd-er-Rassoul Ahmed fue puesto en libertad provisional bajo fianza, abonada por dos amigos, Ahmed Serour e Ismail Sayid Nagib, regresando a casa con un intachable certificado de buena conducta avalado por los más prominentes de Gurna. Pero su detención y los dos meses de cárcel, junto con la severidad con que Su Excelencia el Bajá Daud había lle-

vado a cabo la investigación, demostraron claramente que Mustafá Aga no podía proteger ni a sus más fieles agentes. Se supo también que yo intentaría reanudar la investigación cuando regresara a Tebas durante el invierno y que Mudiria haría también ulteriores averiguaciones. Varias denuncias imprecisas llegaron al Museo y tuvimos noticia de nuevas informaciones del extranjero pero la mejor de todas fue la de las diferencias surgidas entre Abd-er-Rassoul Ahmed y sus cuatro hermanos. Unos pensaban que el peligro había ya pasado y que las autoridades del Museo habían perdido la causa. Otros creían que era más prudente llegar a un acuerdo con el Museo y divulgar el secreto. Tras un mes de discusiones y disputas, el mayor de los hermanos, Mohamed Ahmed Abd-er-Rassoul, se decidió repentinamente a confesar. Fue en secreto a Quena y dijo a Mudir que conocía la situación del lugar que durante varios años había sido buscado en vano. La tumba contenía no una o dos momias sino alrededor de cuarenta y la mayoría de los sarcófagos tenían en la frente una pequeña serpiente como las que se veían en los tocados de los faraones. Su Excelencia el Bajá Daud comunicó esto inmediatamente al Ministro del Interior quien transmitió el despacho a Su Excelencia el Khedive. Su Alteza, quien había hablado sobre el asunto a mi regreso del Alto Egipto, reconoció sin ninguna dificultad la importancia de esta inesperada denuncia y decidió enviar un miembro del personal del museo a Tebas. Yo acababa de volver a Europa pero había dejado a M. Emile Brugsch, mi adjunto, los poderes necesarios para actuar en mi nombre. Habiendo recibido la orden de proceder, él salió de Tebas el sábado, 1 de julio, acompañado por un amigo de confianza y de Ahmed Effendi Kamal, el intérprete y secretario del Museo. Una sorpresa le esperaba en Quena: el Bajá Daud se había apoderado de varios objetos preciosos en casa de Abd-er-Rassoul Ahmed incluyendo tres papiros de la Reina Makere, la Reina Isiemkheb y la Princesa Nesikhonsu.

Fue un principio alentador. Para asegurar el feliz resultado de esta delicada operación que acababa de empezar, Su Excelencia había colocado a su «wekil» y también a varios empleados del Mudir, al servicio de nuestros agentes.

El miércoles, día 6, los señores Emile Brugsch y Ahmed Effendi Kamal fueron llevados por Mohamed Ahmed Abd-er-Rassoul directamente a donde estaba situada la bóveda funeraria. El ingeniero egipcio que la había excavado, hacía ya mucho tiempo, proyectó sus planos de un modo muy inteligente. Nunca hubo un lugar oculto tan perfectamente camuflado. La línea de montañas que separa el Biban-el-Moluk (Valle de los Reyes) de la llanura tebana forma una serie de pasos naturales circulares entre el Assassif y el Valle de las Reinas, de los cuales el más conocido es aquel en que se construyó el templo de Deir el-Bahari. En la superficie rocosa que separa Deir el-Bahari del paso siguiente situado justamente detrás de la colina de Sheikh Abd-el-Guma, a unos sesenta metros por encima del nivel de la tierra cultivada, se había horadado un pozo de once metros y medio de profundidad y dos metros aproximadamente de diámetro. En el fondo del pozo, en el lado oeste se encontraba la entrada de un pasadizo de 1,4 metros de ancho y 80 centímetros de alto. Después de 7,40 metros, giraba repentinamente hacia el norte y continuaba por espacio de otros 60 metros, sin que las dimensiones se mantuvieran nunca constantes. En algunos sitios el pasadizo medía dos metros de ancho y en otros no superaba el metro treinta centímetros. Cerca del centro, cinco o seis toscos escalones presentaban un pronunciado cambio de nivel y, en el lado derecho, un nicho inacabado revelaba que en otro tiempo se proyectó una desviación del pasadizo. Por último desembocaba en una cámara irregular y oblonga de unos ocho metros de longitud.

El primer objeto que se ofreció a la vista de M. Emile Brugsch al llegar al fondo del pozo, fue un féretro blanco y amarillo

con el nombre de Nesikhonsu inscrito. Se hallaba en el pasadizo a unos sesenta centímetros de la entrada. A cierta distancia se encontraba un féretro del estilo de la XVII dinastía, otro de la Reina Tiuhathor Henttaui y un tercero perteneciente a Seti I. Junto a los sarcófagos y diseminados por el suelo, habían estatuillas funerarias de madera, vasijas, vasos de bronce para libaciones y, detrás, en el ángulo que formaba el pasadizo al desviarse hacia el norte, se hallaba el manto funerario de la Reina Isiemkheb, retorcido y arrugado como un objeto sin valor y que un sacerdote, al precipitarse hacia la salida, había arrojado despreocupadamente a un rincón. Todo el pasadizo principal se hallaba igualmente obstruido y en desorden. Fue preciso avanzar a gatas sin saber dónde poníamos los pies y las manos. Los féretros y las momias que resplandecían fugazmente a la luz de la vela llevaban nombres históricos: Amenhotep I, Tutmosis II. En el nicho próximo a los escalones, Amasis I y su hijo Siamun, Sequenre, Reina Aah-Hotep, Amasis, Nefertari y otros. La última cámara ofrecía un aspecto extremadamente confuso pero a primera vista podía deducirse que predominaba el estilo de la XX dinastía. El informe de Mohammed Ahmed Abd-er-Rassoul, que en principio parecía exagerado, expresaba muy sobriamente la realidad: donde yo esperaba encontrar uno o dos reyes de menor importancia, los árabes habían hallado una cripta llena de faraones. ¡Y qué faraones! Probablemente los más famosos de la historia de Egipto, Tutmosis III y Seti I, Amasis el Libertador y Ramsés II el Conquistador. M. Emile Brugsch, al encontrarse tan de repente con una colección semejante, pensó que estaba soñando. Como él yo me pregunto todavía si es cierto y si estoy soñando cuando contemplo y toco los cuerpos de todos estos personajes, de los que nunca habíamos pensado conocer otra cosa que los nombres.

Dos horas bastaron para efectuar un examen previo. Luego empezó el trabajo de sacar los sarcófagos. Trescientos árabes

fueron reunidos rápidamente por los funcionarios del Mudir y empezaron a trabajar. El barco del museo, reclamado sin pérdida de tiempo, no había llegado todavía pero uno de sus pilotos, Reis Mohamed, que era de absoluta confianza estaba presente. Descendió al fondo del pozo e inspeccionó la extracción de su contenido. Los señores Emile Brugsch y Ahmed Effendi Kamal recibieron los objetos y los clasificaron en el suelo lo mejor que pudieron sin abandonar la vigilancia un solo momento. Luego los objetos fueron trasladados al fondo de la colina y colocados unos junto a otros. En cuarenta y ocho horas de duro trabajo, consiguieron sacar todo de su escondrijo, pero la misión no estaba ni mucho menos terminada. Todavía era necesario que el convoy cruzase la llanura de Tebas hasta las márgenes del río, cerca de Luxor. Varios de los sarcófagos, que solo con grandes esfuerzos pudieron ser levantados por doce o dieciséis hombres, necesitaron siete u ocho horas para recorrer el trayecto que los separaba del río y puede imaginarse fácilmente la clase de recorrido que efectuarían con el polvo y el calor de julio.

Por fin, el día once por la noche, todas las momias y sarcófagos se encontraban en Luxor, cuidadosamente envueltas en esteras y lonas. Tres días más tarde llegaba el barco del Museo y una vez colocado todo a bordo regresó a Bulaq con su cargamento de reyes. ¡Y sucedió una cosa extraña! Desde Luxor a Quft, sobre ambas orillas del Nilo las mujeres fellahs, sollozando y con el pelo desgreñado, seguían el barco y los hombres disparaban sus armas, igual que hacían en los funerales. Mohamed Abd-er-Rassoul fue recompensado con quinientas libras esterlinas y yo pensé que sería acertado nombrarle capataz de las excavaciones de Tebas. Si él sirve al Museo con la misma inteligencia con que durante tantos años le ha perjudicado, podemos esperar que se realicen magníficos descubrimientos.

Institut Égyptien Bulletin, serie 2, n.º 2, 1881

Una falsa interpretación de los jeroglíficos

Athanasius Kircher

Athanasius Kircher (1601-1680) nació en Geisa, cerca de Fulda. Ingresó en el Colegio de Jesuitas de esta ciudad y en 1618 se hizo novicio de aquella orden. Ascendió al puesto de profesor de filosofía, matemáticas y lenguas orientales en Wurzburg pero en 1631 las vicisitudes de la Guerra de los Treinta Años le impulsaron a retirarse a Avignon. En 1656 el Cardenal Barberini le ofreció un puesto en Roma para enseñar matemáticas en el Colegio Romano y, después de ocho años en este cargo, renunció para dedicarse enteramente al estudio de las antigüedades. No fue investigador de gran originalidad y su obra, que comprende una solución totalmente incorrecta de los jeroglíficos egipcios es valiosa solo por su interés histórico ya que constituye una prueba de los errores cometidos por los primeros arqueólogos. El pasaje siguiente es una introducción de sus trabajos. No tendría sentido incluir su gramática y vocabulario jeroglíficos, absolutamente imaginarios.

PREFACIO

Al juicioso y benévolo lector

Si alguna vez comprendí la verdad de aquel proverbio hebreo que decía «El que aumenta sus conocimientos aumenta su tristeza» fue, sin duda, con motivo de la renovación del estudio de esta lengua, hasta aquí desconocida en Europa y en la que hay tantos dibujos como letras, tantos signos como sonidos,

constituyendo, en suma, un auténtico laberinto de dificultades que superar. La historia ilustra claramente los grandes escollos con que se tropieza al emprender tareas arduas y desacostumbradas y al abrir, sin orientación alguna, caminos aún no pisados por nadie, así como los riesgos inherentes a una investigación que pretende revelar los misterios de una lengua que nadie ha estudiado anteriormente. Sin embargo, la perseverancia ha triunfado sobre las dificultades de esta abstrusa materia, mi continuo interés por resolver estos problemas ha iluminado mi interminable trabajo y la fuerza innata de mi vocación para promover y reanudar estudios abandonados por razón de su dificultad me ha ayudado a superar todos los obstáculos. El esfuerzo dio paso al descanso, la decepción a la alegría y desaparecieron los temores que yo abrigaba respecto a las dificultades de llegar a la raíz del problema y a la solución del mismo.

Sabiendo que voy a ser juzgado por usted, lector, no debería temer las críticas de los demás ni buscar la defensa de mi trabajo. Soy consciente, sin embargo, de estar viviendo en tiempos en que las cosas más nobles son las más expuestas a la censura, los temas más serios son los más ridiculizados y las empresas más honorables se contemplan con la más profunda sospecha. Además, es tal la mentalidad de mucha gente, que no está dispuesta a creer en nada que sea nuevo, extraño y ajeno a su experiencia a menos que se le demuestre con pruebas convincentes y el testimonio de personas dignas de confianza o al menos que su valor práctico sea indudable. Por ello, a fin de acrecentar la confianza en mi trabajo y concederle mayor autoridad, he considerado oportuno explicar con concisión y claridad cómo se llegó a escribir y cómo llegó por primera vez el Autógrafo a mis manos, aportando al mismo tiempo un ejemplo que demuestra la utilidad del mismo. De este modo confío poder escapar más fácilmente a las vergonzosas y absurdas acusaciones

de falsificación a que pudiera dar lugar la fértil imaginación de ciertas personas mal intencionadas.

Las cosas sucedieron así. Acuciado por su amor a la filosofía y a la antigüedad, el ilustre D. Petrus a Valle, caballero y patricio de Roma, viajó como un segundo Apolonio por Grecia, Palestina, Persia, India, Arabia y casi todo oriente llegando finalmente a Egipto, fructífera fuente de todo conocimiento, con la intención de explorar las maravillas que conocía a través de la lectura. Entre las cosas memorables que investigó con diligencia se encontraba este vocabulario o lista de palabras copto-árabe, que estaba en manos de personas, ignorantes, incapaces de apreciar su valor. Él lo examinó detenidamente y lo consideró de un interés inestimable para resucitar la antigua lengua de Egipto que casi había perecido con el tiempo. Por esta razón, lo compró por una suma considerable y después de un largo y peligroso viaje se lo llevo, jubiloso, a Roma, tratándolo con el mayor cuidado y deseando que pudiera ser conocido en el mundo para uso y utilidad de muchos. Para facilitar una prueba convincente de este relato, conviene aportar el testimonio autentico de un pasaje del principio del Autógrafo:

«A finales del año de gracia 1615, me encontraba en la ciudad de El Cairo, la más famosa de las ciudades de Egipto en aquel tiempo, estudiando afanosamente los monumentos abandonados de la antigüedad. Allí encontré este libro, perdido entre hombres cuya ignorancia les impedía comprender su valor. Después de un largo y difícil viaje, lo traje finalmente a Roma con el propósito de que, con su exclusiva ayuda, la lengua antigua de Egipto, que casi había muerto entre los mismos egipcios, pudiera revivir con el tiempo y arrojar mucha luz sobre la literatura sagrada y secular. Que la posteridad se digne aceptar mi contribución a esta empresa y que mi deber para con la Ciudad Eterna y mi país sea fuente de buenas enseñanzas. Hasta siempre».

Mientras tanto D. Nicolás Fabricius, consejero real en la corte de Aix, ese distinguido centro de erudición, había sido informado oportunamente sobre este tesoro recientemente traído a Roma e hizo todos los esfuerzos posibles para que se publicara cuanto antes en versión latina. Se buscó en el extranjero una persona idónea para llevar a cabo esta labor, especialmente en Francia donde el estudio de las lenguas y las letras en general había alcanzado un extraordinario florecimiento. Por fin, yo, que había adoptado a Francia como mi segunda patria después de abandonar Alemania a raíz de los disturbios que allí provocaron los suecos, fui persuadido a emprender el trabajo, a pesar de que era completamente superior a mis posibilidades, por instigación de mis amigos y, sobre todo, por la apremiante solicitud de mi querido amigo Fabricius. Como llegaron ciertos comentarios sobre estos esfuerzos a oídos de Su Eminencia el Cardenal Barberini, este participó también en la empresa con no menos entusiasmo. Quiso que yo fuera a Roma con toda urgencia para realizar allí este trabajo y resucitar el estudio de los jeroglíficos. Llegué a Roma, no sin cierto riesgo, empecé el trabajo que se me había confiado y con la ayuda de Dios, en el curso de dos años, alcancé el fin que me había propuesto. El libro fue terminado y quedó listo para ser impreso pero se retrasó su publicación por un viaje que tuve que efectuar a Sicilia y Malta y por la falta de los medios necesarios para imprimir los caracteres. Debido a estas dificultades, el trabajo quedó estancado durante varios años y se disipó por completo la intención que su autor tenía de publicarlo. Ciertamente, no parecía improbable que el tesoro rescatado, con tan gran esfuerzo, de las polillas y gusanos volviese a su primitivo desorden. Mientras meditaba sobre estas cosas, el Sacro Emperador de Roma, conociendo bien las razones de este retraso, con su notable y natural magnanimidad, facilitó muy generosamente fondos para procurar los tipos de todas las lenguas orientales y otras cosas ne-

cesarias para completar el trabajo. Menciono esto a fin de que el lector pueda apreciar las incomparables virtudes de este indómito emperador que no fue dominado por la barbarie de la guerra y las olas consecutivas de las invasiones hasta el punto de abandonar completamente a Pallas Atenea para dedicarse a su arte por completo. Podría decirse aquí muchas cosas más sobre la sabiduría de este invencible emperador, de su entusiasmo por todas las artes y de su amabilidad rayana en lo increíble. Sin embargo, pretendo considerar este aspecto en otro lugar y como no podría tratarlo aquí con la suficiente brevedad renuncio a hacerlo por el momento. Los tipos, pues, se consiguieron gracias a la generosidad del emperador y el trabajo tanto tiempo esperado pasó a la imprenta y vio por fin la luz del día.

Se podrá comprobar que está dividida en tres partes. La primera se ocupa de la gramática, la segunda del vocabulario y la tercera contiene una lista de palabras dispuestas por orden alfabético. Apenas podrá creerse en las dificultades que hemos tenido para lograr una traducción exacta de los nombres de las cosas. En realidad hubiéramos fracasado a no ser por la colaboración de dos coptos y otros expertos, especialmente Abraham Ecchell, un científico en diversas ramas del saber, incluyendo las lenguas orientales, que nos prestaron toda clase de ayuda, sobre todo por su concienzudo cotejo de toda la obra con el Autógrafo.

Además, hemos procurado traducir todo al latín, palabra por palabra. En interés de la integridad y también de la claridad, hemos evitado las interpretaciones y marcado con un asterisco aquellos puntos en que la traducción era dudosa debido a que la humedad había hecho ilegible el original. Para evitar errores graves en la traducción de otros vocablos ambiguos y equívocos, hemos consultado (y pueden imaginarse la envergadura de esta labor) en los manuscritos de las Sagradas Escrituras del Vaticano. Gracias a Dios, hemos conseguido con nuestros incan-

sables esfuerzos el grado de precisión necesario para reavivar el estudio de los jeroglíficos y restaurar esta abandonada disciplina.

Confío en que esto sea suficiente para evitar los ataques de aquellos que puedan corroer nuestra labor con los dientes de la envidia. Este libro ha estado animado por el deseo vehemente del público en general y por minorías selectas. Ciertamente, las más eminentes personalidades de nuestro tiempo en la república de las letras, no solo de Europa sino también de Asia y África, le han dado su aprobación y nos han deseado el mayor éxito en nuestra empresa, como podríamos demostrar profusamente con cartas que hemos recibido de judíos, griegos, árabes, armenios, sirios, etíopes, y persas, de Constantinopla, Aleppo, Damasco, Alejandría, El Cairo, Éfeso, Túnez y otros lugares. Sin embargo, dejamos a Edipo para que sea él quien ratifique lo que hemos dicho. Pues, si la bondad de Dios prolonga su vida, Edipo tendría que aclarar cuánto hemos logrado para resucitar esta lengua. A menos que esté muy equivocado, los estudiantes de estas materias abstrusas admitirán en el futuro que las obras monumentales de Edipo no podrían haber sido íntegramente comprendidas sin la ayuda de esta lengua y nosotros confiamos en ganarnos la gratitud de una posteridad reconocida cuando, en su momento oportuno, se recojan todos los frutos de nuestro trabajo. Lo que hemos hecho es producir un Sileno, rudo e inculto a primera vista pero que en su tiempo, estamos seguros, resplandecerá iluminando la oscuridad. Estos son los hechos, querido lector, que hemos creído conveniente informarle. Hasta siempre y que sea condescendiente en la continuación de mi obra, haciéndome saber si descubre algo que pueda ayudar a Edipo.

Lingua Aegyptiaica, 1643

Cómo llegó la Piedra de Rosetta al Museo Británico

Tomkyns Hilgrove Turner

Sir Tomkyns Hilgrove Turner *(1766 P-1843) fue un soldado profesional toda su vida y alcanzó considerable renombre en su carrera militar y como anticuario. Desde 1793, participó constantemente en campañas en los Países Bajos y Francia y, en 1801, se desplazó con su regimiento a Egipto en donde combatió en las batallas de la Bahía Aboukir y Alejandría. Después de la capitulación de esta ciudad, uno de los artículos referentes a las condiciones de rendición imponía a los franceses la entrega de muchas de las antigüedades que había coleccionado, siendo Turner quien negoció la transferencia de estos objetos e insistió en que la colección incluyese el hallazgo más importante conseguido por los franceses: la Piedra de Rosetta. Turner redactó una relación de estas transferencias para la Sociedad de Anticuarios en virtud de la cual la piedra pasaba antes de su traslado al Museo Británico, en donde permaneció posteriormente.*

Argyle Street, 30 de mayo de 1810

8 de junio de 1810

Distinguido señor:

Teniendo en cuenta la gran atención que ha despertado la Piedra Rosetta en el mundo intelectual y particularmente en esta sociedad me brindo a ofrecerles a través de usted un informe sobre la forma en que llegó a posesión del Ejército británico

y de los medios utilizados para traerla a este país con la esperanza de merecer su aprobación.

En virtud del artículo 16 de la Capitulación de Alejandría, cuyo asedio terminó con las operaciones del Ejército británico en Egipto, todas las curiosidades, naturales y artificiales, coleccionadas por el Instituto Francés y otros, debían entregarse a los vencedores. El general francés se negó a cumplir esta condición, alegando que todas ellas eran propiedad privada. Se cruzaron numerosas cartas. Finalmente y en consideración a que el cuidado de conservar los insectos y los animales le conferían, en cierto modo, el carácter de propiedad privada, Lord Hutchinson renunció a la misma. Pero la colección artificial, que estaba formada por manuscritos árabes y antigüedades, entre los cuales se encontraba la Piedra Rosetta, fue reclamada insistentemente por el noble General con su característico celo por la ciencia. Con este motivo, yo sostuve varias conversaciones con el general francés, Menou, que terminó por ceder ante el argumento de que, puesto que la Piedra Rosetta era propiedad suya y se le obligaba a entregarla, podía presentar una queja lo mismo que los otros propietarios. En consecuencia, recibí del subsecretario del Instituto, Le Pere (el secretario Fourier estaba enfermo), un escrito que contenía una lista de las antigüedades con los nombres de los demandantes de cada pieza de escultura. En ella se indica que la piedra estaba hecha de granito negro, contenía tres inscripciones y pertenecía al General Menou. Por los especialistas franceses supe que la Piedra Rosetta había sido encontrada en las ruinas del Fuerte St. Julien cuando fue reconstruido por los franceses y habilitado para la defensa. Este se halla en la desembocadura del Nilo, en el afluente Rosetta, donde, con toda probabilidad, están los demás fragmentos. También fui informado de que había una piedra semejante en Menouf, destruida o casi destruida por las jarras de barro que habían sido colocadas encima, ya que se halla cerca del agua, y

que el fragmento de otra se había utilizado y colocado en las murallas de las fortificaciones francesas de Alejandría. Cuando la vi por primera vez, la Piedra Rosetta había sido llevada con cuidado a la casa del General Menou, cubierta con una tela suave de algodón y un acolchado doble. El General se había reservado esta preciosa reliquia de la antigüedad. Cuando se supo por el Ejército francés que íbamos a apoderarnos de las antigüedades, fue arrancada la cubierta produciendo desperfectos en su superficie y destrozándose las excelentes cajas de madera, a pesar de que se habían tomado el mayor interés, desde el primer momento, para asegurar y preservar de cualquier daño todas las antigüedades. Hice varias gestiones pero la principal dificultad que tuve fue con motivo de esta piedra y del sarcófago, ya que el Capitán Bajá que había entrado en posesión de la misma al ser esta depositada por los franceses a bordo de su barco, se negó decididamente a entregarla. Coloqué, sin embargo, un centinela en la playa, gracias a la intervención de Mon. Le Roy, prefecto de marina que, lo mismo que el General, se comportó con gran corrección, contrariamente a la actitud adoptada por otros.

Cuando le conté a Lord Hutchinson lo que había hecho con la piedra, puso a mi disposición un destacamento de artilleros y una pieza de artillería, llamada por su potencia de fuego «el carro del demonio», con la cual fui aquella noche a casa del General Menou. Me llevé la piedra sin que sufriera ningún daño, pero con ciertas dificultades desde las estrechas calles hasta mi casa, en medio de las risas de una multitud de curiosos y de oficiales franceses, y tuve la eficaz ayuda de un inteligente sargento de artillería que mandaba el grupo, cuyos componentes estaban muy satisfechos de prestarme sus servicios: eran los primeros soldados británicos que entraban en Alejandría. Durante el tiempo en que la piedra permaneció en mi casa, algunos caballeros agregados al cuerpo de especialistas solicitaron permiso

para sacar un molde, permiso que yo concedí sin objeciones con tal de que la piedra no sufriera ningún daño. El molde en cuestión se lo llevaron a París, dejando la piedra bien limpia de tinta de imprenta, con la que había sido cubierta para sacar varias copias enviadas a Francia cuando se descubrió por primera vez.

Tras comprobar el embarque de los demás restos de la escultura egipcia a bordo de la Almiranta, el navío «Madras» de Sir Richard Bickerton, que amablemente puso a mi disposición todos los medios a su alcance, subí con la Piedra Rosetta, decidido a correr la misma suerte, a bordo de la fragata «Egyptienne», toqué el puerto de Alejandría y llegué a Portsmouth en febrero de 1802. Cuando el barco arribó a Deptford fue colocada en un bote y desembarcada en la Aduana. Y Lord Buckinghamshire, Secretario de Estado a la sazón, accedió a mi petición y consintió en que permaneciese algún tiempo en los locales de la Sociedad de Anticuarios antes de ser depositada en el Museo Británico, en donde confío que permanezca largo tiempo esta reliquia tan valiosa de la antigüedad, eslabón, aunque débil, del egipcio con las lenguas conocidas, honroso trofeo de las armas de Gran Bretaña (casi podría decir «spolia opima») no arrebatada a una población indefensa sino conseguida honorablemente por la suerte de la guerra.

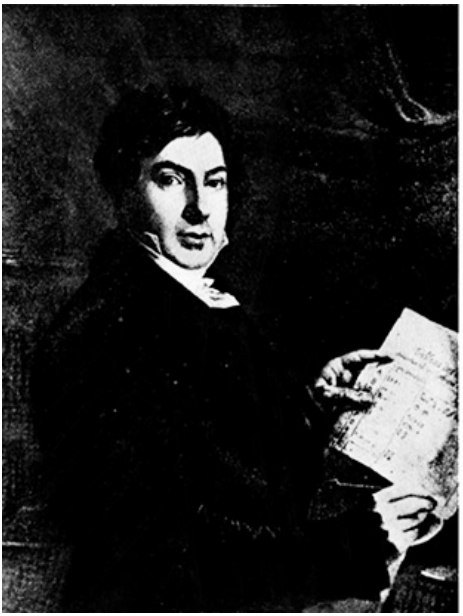
Tengo el honor de ser, Señor,
Su más obediente y humilde servidor,
H. Turner, Mayor General

Ilmo.
Nicholas Carlisle
Secretario de la Sociedad de Anticuarios

Archaeologia, vol. XVI, 1812

Champollion descifra los jeroglíficos

Jean François Champollion *(1790-1832) nació en Figeac y pronto demostró grandes aptitudes para las lenguas, aptitudes que su hermano mayor supo estimular aun a costa de permanecer él mismo, desconocido. Cuando tenía dieciséis años, leyó un escrito en la Academia de Grenoble que dejó asombrados a los científicos que le escuchaban y, en una época en que muchos alumnos se esforzaban por conseguir la admisión, le nombraron profesor. Su labor fue interrumpida con frecuencia por las agitaciones políticas de aquellos tiempos pero en 1821 pudo dar a conocer el documento que probaba la definitiva solución de los jeroglíficos egipcios. Sus ideas estaban en abierta contradicción con las propuestas por muchos científicos de su época y tropezaron con una fuerte oposición pero su tenacidad resistió todas las pruebas y muy pronto tuvieron que ser aceptadas. En 1831 fue creada especialmente para él una cátedra en el College de France como reconocimiento a sus méritos.*



Retrato de Champollion (1790-1832), fundador de la egiptología y descifrador de los jeroglíficos gracias al descubrimiento de la piedra de Rossetta (British Museum).

Carta a M. Dacier referente al alfabeto de los jeroglíficos fonéticos:

Distinguido señor:

Es a su generoso patrocinio a lo que debo la indulgente atención que la «Académie Royale des Inscriptions et Belles-Lettres» ha tenido a bien dispensar a mi trabajo sobre la escritura egipcia, al permitir presentar ante la misma mis dos informes sobre la escritura «hierática» o sacerdotal y la «demótica» o popular. Tras esta estimulante prueba de confianza, creo haber conseguido demostrar que ninguno de estos dos tipos de escritura están compuestos de letras alfabéticas, como se ha afirmado tantas veces, sino de «ideogramas», como los mismos jeroglíficos, es decir, de signos que expresan los «conceptos» en lugar de los «sonidos» de un idioma. Creo asimismo que, después de diez años de dedicación al estudio, he llegado a una fase en

que puedo reunir un informe casi completo sobre la estructura general de estas dos formas de escritura, su origen, naturaleza, forma y número de sus signos, reglas de combinación por medio de símbolos que cumplen funciones puramente lógicas y gramaticales, estableciendo así los primeros cimientos de lo que puede llamarse «gramática y diccionario» de estas dos escrituras que se encuentran en la mayoría de los monumentos y cuya interpretación ayudará sensiblemente a conocer la historia general de Egipto. Con respecto a la escritura «demótica» debo señalar que la valiosa inscripción Rosetta contiene un texto suficientemente amplio para identificar el conjunto. La crítica documentada se ha debido en primer lugar a la inteligencia de su ilustre colega, M. Silvestre de Sacy, posteriormente al último M. Akerblad y al Dr. Young, por sus primeras ideas acertadas acerca de este monumento y a esta inscripción se debe también el que yo haya deducido las series de símbolos demóticos que, teniendo un valor silábico-alfabético, fueron usados en los textos «ideográficos» para expresar los nombres propios de personas de fuera de Egipto. Es también por este medio cómo fue descubierto el nombre de los Ptolomeos, que constan en esta misma inscripción y en un papiro manuscrito recientemente traído de Egipto.

En consecuencia, para completar mi estudio de los tres tipos de escritura egipcia solo me resta exponer mi informe sobre los «jeroglíficos» puros. Me permito confiar en que mis últimos esfuerzos encuentren también una favorable acogida en su famosa institución cuya buena disposición ha sido un estímulo tan valioso para mí.

Sin embargo, en la situación en que actualmente se hallan los estudios egipcios, cuando abundan tantas reliquias en todas partes, coleccionadas tanto por reyes como por expertos, siendo objeto todas ellas por parte de los investigadores de todo el mundo de laboriosos estudios para lograr una comprensión ab-

soluta de estas memorias escritas que deben servir para explicar las restantes, no creo que deba retrasarme en ofrecer a estos investigadores, bajo su honroso patrocinio, una breve pero vital relación de los nuevos descubrimientos comprendidos en mi «Informe» sobre la escritura «jeroglífica» y que, indudablemente, les ahorrará a ellos los esfuerzos que tuve que realizar yo para alcanzarlos y, quizás, algunas interpretaciones erróneas sobre los períodos de la historia de la cultura egipcia y su gobierno en general, pues estamos tratando con las series de «jeroglíficos» que, constituyendo una excepción en el carácter común de los signos de la escritura, tuvieron la propiedad de expresar «sonidos» de palabras y sirvieron para inscribir en los monumentos nacionales egipcios los «títulos», nombres y apellidos de los gobernantes griegos y romanos que sucesivamente dirigieron el país. Es posible que muchas verdades concernientes a la historia de este famoso país caigan por tierra como resultado de mis investigaciones a las que he llegado por un proceso completamente natural.

La interpretación del texto «demótico» de la inscripción de Rosetta a través del texto idéntico griego que lo acompañaba me ha hecho comprender que los egipcios usaban cierto número de caracteres «demóticos» cuya función consistía en expresar sonidos con el objeto de introducir en sus escritos ideográficos «nombres propios» y «palabras extranjeras en la lengua egipcia». Se comprende fácilmente la indispensable necesidad de esta práctica en un sistema ideográfico de escritura. Los chinos, que también utilizan la escritura ideográfica, tienen un recurso similar creado por las mismas razones.

El monumento de Rosetta nos muestra la aplicación de este método auxiliar de escritura que yo denomino «fonética» es decir, que expresa los sonidos en los nombres propios de los reyes «Alejandro» y «Ptolomeo», la reina «Arsinoe» y «Berenice», en los nombres propios de otros seis personajes «Aetes»,

«Pirra», «Philinus», «Areia», «Diógenes», e «Irene» y en las palabras griegas ΞΓΝΤΑΞΙΣ y ΟΓΗΝΝ…

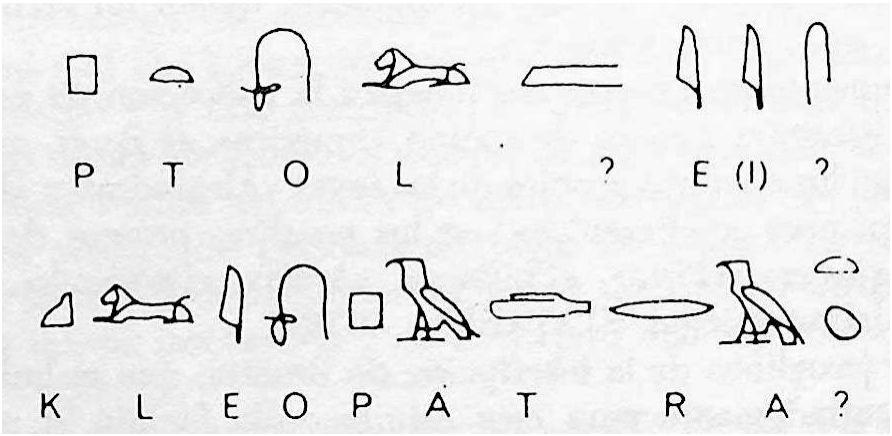
El texto jeroglífico de la inscripción de Rosetta, que se hubiera prestado tan acertadamente para este estudio, solo facilitó el nombre de «Ptolomeo», debido a las fracturas que presentaba.

El obelisco encontrado en la isla de Philae y llevado recientemente a Londres contiene también el nombre jeroglífico de Ptolomeo escrito con los mismos símbolos que en la inscripción de Rosetta e insertado en forma similar en una sección a la que sigue otra que debe llevar el nombre propio de una mujer, una reina ptolomea, ya que termina con los signos jeroglíficos femeninos que, sin excepción adoptan también a los nombres propios jeroglíficos de todas las diosas egipcias. El obelisco parecía estar unido al pedestal que llevaba una inscripción griega con una súplica de los sacerdotes de Isis en Philae dirigida al rey Ptolomeo, a su hermana Cleopatra y a su esposa Cleopatra. Si este obelisco y su inscripción jeroglífica tuvieron su origen en la súplica de los sacerdotes que realmente se mencionan en un monumento similar, la inscripción correspondiente al nombre femenino solo podía ser el de Cleopatra. Este nombre y el de Ptolomeo, que tienen ciertas letras iguales en griego, tenía que servir para un estudio comparativo de los símbolos jeroglíficos que componían ambos. Y si los signos idénticos en estos nombres representan los «mismos sonidos» en ambas inscripciones su carácter tenía que ser «enteramente fonético».

Una comparación preliminar me reveló también que estos dos nombres, escritos fonéticamente en la escritura demótica, contenían cierto número de caracteres idénticos. La semejanza entre las tres escrituras egipcias en sus principios generales me impulsó a buscar el mismo fenómeno y las mismas correspondencias cuando los mismos nombres se presentaran en los «jeroglíficos». Esto pudo comprobarse fácilmente por simple

comparación entre el jeroglífico que contenía el nombre de Ptolomeo y el del obelisco de Philae aunque, según creía por el texto griego, debía llevar el nombre de Cleopatra.

El primer signo del nombre de Cleopatra, que recuerda una especie de «cuadrante» y que representaba la K, debía estar ausente del nombre de Ptolomeo, como así fue efectivamente.



Cartuchos de Ptolomeo y Cleopatra con los que Champollion empezó a descifrar los caracteres jeroglíficos.

El segundo signo, un «león acostado», que estaría, representado por Λ es exactamente igual al cuarto signo en el nombre de Ptolomeo, también un Λ (Πτολ).

El tercer signo en el nombre de Cleopatra es una «pluma» o una «hoja» y representa la vocal corta E. Vemos también dos hojas similares al final del nombre de Ptolomeo que, por su posición, pueden tener solamente el valor del diptongo I, en ΑΙΟΣ.

El cuarto carácter en el jeroglífico de Cleopatra, una especie de «flor con un tallo combado», representaría la O en el nombre griego de esta reina. Es efectivamente el tercer carácter en el nombre de Ptolomeo (Πτο).

El quinto signo en el nombre de Cleopatra que se presenta por un paralelogramo y que debe indicar Π, es igualmente el primer signo en el jeroglífico de Ptolomeo.

El sexto signo, que representa la vocal A de ΚΛΕΟΠΑΤΡΑ es un «halcón» y, como es lógico, no aparece en el nombre de Ptolomeo.

El séptimo carácter es una «mano abierta» representando la T. Pero esta mano no aparece en la palabra Ptolomeo en donde la segunda letra, la T, está expresada por un «segmento de círculo» que, sin embargo, es también una T. Veremos después por qué estos dos jeroglíficos tienen el mismo sonido.

El octavo signo de ΚΛΕΟΠΑΤΡΑ que es una «boca» vista de frente y que sería la P no aparece ni debe aparecer en la inscripción de Ptolomeo.

Finalmente, el noveno y el último signo en el nombre de la reina, que debe ser la vocal A, es efectivamente el «halcón», que hemos visto ya representado esta vocal en la tercera sílaba del mismo nombre. Este nombre propio termina en los dos símbolos jeroglíficos del género femenino. El de Ptolomeo termina en otro signo que consiste en una saeta doblada equivalente a la Σ griega, como veremos después.

Los signos combinados de las dos inscripciones, analizados fonéticamente nos dieron doce signos que correspondían a las once consonantes, vocales o diptongos, A, AI, E, K, Λ, M, O, Π, P, Σ y T, del alfabeto griego.

El probable valor fonético de estos doce signos adquiere carácter indiscutible cuando al aplicar estos valores a otras secciones o pequeños paneles aislados que llevan nombres propios y han sido tomados de monumentos jeroglíficos egipcios, podemos leer sin esfuerzo y de un modo sistemático, los nombres propios de los gobernantes extraños a la lengua egipcia…

Usted, señor, quedará tan asombrado como yo cuando al aplicar el mismo alfabeto de los jeroglíficos fonéticos a infinidad de inscripciones labradas en este mismo monumento, obtenga títulos, nombres e incluso apellidos de los emperadores

romanos, deletreados en griego y escritos con estos mismos jeroglíficos fonéticos.

Una página del «Compendio del sistema jeroglífico de los antiguos egipcios», de Champollion. París, 1824.

Efectivamente, leemos aquí:

El título imperial Αυτοχρατωρ que ocupa una inscripción entera o va seguido por otros títulos ideográficos «aún existentes», transcribía AOTOKPTP, AOTKPTOP, AOTAKPTP e incluso AOTOKΛTΛ, siendo la Λ utilizada como sustituto bastardo (perdonen la expresión) de P.

Las inscripciones que llevan este título están casi juntas o unidas a otras inscripciones que contienen, como veremos enseguida, los «nombres propios» de los emperadores. Pero ocasionalmente encontraremos también esta palabra en inscripciones completamente aisladas…

Solo nos queda, señor, hablar brevemente de la naturaleza del sistema fonético que rige la escritura de estos nombres para formarse una idea exacta del carácter de los signos usados y para averiguar las razones de que se adopte la imagen de uno o dos objetos para representar una consonante o una vocal en lugar de otra…

No me cabe duda, señor, de que si pudiéramos determinar definitivamente el objeto representado o expresado por todos los jeroglíficos fonéticos comprendidos en nuestro alfabeto, sería un trabajo relativamente fácil para mí demostrar, en los léxicos egipcio-copto, que los nombres de estos mismos objetos empiezan con la consonante o con las vocales que su imagen representan en el sistema jeroglífico fonético.

Este método, seguido en la composición del alfabeto fonético egipcio, nos da una idea de hasta qué punto podríamos, si así lo deseáramos, continuar multiplicando el número de jeroglíficos fonéticos sin sacrificar la claridad de su expresión. Pero todo parece indicar que el alfabeto que nos ocupa ha sido utilizado ampliamente en ese sentido. Estamos, pues, justificados al

sacar esta conclusión, ya que este alfabeto es el resultado de una serie de nombres propios fonéticos grabados en los monumentos egipcios de varias partes del país por espacio de «cinco siglos».

Es fácil comprobar que las vocales del alfabeto jeroglífico se usan indiscriminadamente unas por otras. En este punto solo fijaremos las siguientes reglas generales:

1. El halcón, el ibis y tres otras clases de pájaros se usan siempre como A.

2. La hoja y la pluma representan las vocales cortas A y E y a veces también O.

3. Las hojas gemelas o las plumas pueden representar igualmente las vocales I y H o los diptongos IA y AI.

Todo lo que acabo de decir sobre el origen, formación e irregularidades del alfabeto «jeroglífico fonético» se aplica casi enteramente al alfabeto «fonético demótico»…

Estos dos sistemas de escritura fonética están tan íntimamente relacionados como lo estaba el sistema «ideográfico hierático» con el «ideográfico popular», que no era más que un derivado suyo, y con el «jeroglífico puro», que constituía su fuente. Efectivamente las letras demóticas son por lo general, como he dicho, las mismas que los signos «hieráticos» para los jeroglíficos que son fonéticos. Usted, señor, no tendrá dificultades para reconocer la veracidad de esta afirmación si se molesta en consultar la Tabla comparativa de los signos hieráticos clasificados junto al correspondiente jeroglífico, Tabla que presenté ante la «Académie des Belles-Lettres» hace más de un año. Por tanto entre los alfabetos «jeroglífico» y «demótico» no existe otra diferencia básica que la forma actual de los signos, siendo idénticos sus valores y también las razones de estos valores. Finalmente quisiera añadir que, puesto que estos símbolos fonéticos populares eran simplemente caracteres hieráticos

necesariamente inalterados no puede haber habido más que «dos» sistemas de escritura fonética en Egipto:

1. La escritura «jeroglífica fonética», usada en los monumentos públicos.

2. La escritura «demótica-hierática», usada para los nombres propios griegos en el texto intermedio de la inscripción de Rosetta y en el papiro demótico de la biblioteca real… y que veremos posiblemente utilizado un día para transcribir el nombre de algún gobernante griego o romano contenido en los rollos de papiros redactados en escritura hierática.

La escritura fonética, pues, estuvo en uso entre todas las clases sociales de la nación egipcia y se utilizó durante mucho tiempo como auxiliar indispensable de los tres métodos ideográficos. Cuando, como resultado de su conversión al cristianismo, el pueblo egipcio recibió de los apóstoles la escritura griega alfabética, teniendo entonces que escribir todas las palabras de su lengua materna con este nuevo alfabeto, cuya adopción les separó para siempre de la religión, historia e instituciones de sus antepasados, siendo «silenciados» todos los monumentos por estos neófitos y sus descendientes, los egipcios conservaron aún algunos vestigios de su método fonético antiguo. Y vemos que, efectivamente, en los textos coptos más viejos, en el dialecto tebano, la mayoría de las vocales cortas se omiten completamente y que con frecuencia, al igual que los nombres jeroglíficos de los emperadores romanos, están formados nada más por hileras de consonantes interrumpidas a grandes intervalos por unas cuantas vocales, casi siempre largas. Esta semejanza me parece digna de tenerse en cuenta. Los escritores griegos y latinos no nos han dejado anotaciones formales sobre la escritura fonética egipcia. Es muy difícil deducir incluso la existencia de este sistema forzando el sentido de algunos pasajes donde esto queda sugerido vagamente. Por tanto

debemos abandonar la tentativa de estudiar, a través de la tradición histórica, el período en que la escritura fonética fue introducida en la escritura jeroglífica del antiguo Egipto.

Pero los hechos hablan suficientemente por sí solos para que podamos afirmar con toda certeza que la utilización en Egipto de la escritura auxiliar para representar los sonidos y articulación de ciertas palabras precedió a las dominaciones griegas y romana, aunque parezca más natural atribuir la introducción de la escritura egipcia semi-alfabética a la influencia de estas dos naciones que habían venido usando desde mucho tiempo el verdadero alfabeto.

Yo baso aquí mi opinión en las dos consideraciones siguientes que quizá considere usted suficientemente razonadas:

1. Si los egipcios hubieran inventado su escritura fonética como imitación de los alfabetos griego y romano, habrían establecido lógicamente un número de signos fonéticos iguales a los elementos conocidos del alfabeto griego o egipcio. Pero nada de esto ocurre. Y la prueba incontestable de que la escritura fonética egipcia surgió con fines totalmente distintos al de expresar los sonidos de los nombres propios de los gobernantes griegos o romanos, se deduce de la transcripción egipcia de estos mismos nombres, que están alterados en su mayor parte hasta el punto de ser irreconocibles, primero por la supresión o confusión de la mayoría de las vocales; segundo, por el uso persistente de las consonantes Ⲧ y Ⲇ, Ⲕ por Ⲅ, Ⲡ por Ⲫ; y finalmente, por el uso occidental de Ⲗ por Ⲣ y Ⲣ por Ⲗ.

2. Estoy seguro de que los mismos signos de los «jeroglíficos» fonéticos utilizados para representar los sonidos de los nombres propios griegos y romanos eran también de uso corriente en los textos ideográficos grabados mucho antes de que los griegos llegasen a Egipto y que, en

ciertos contextos, tenían ya el mismo valor y representaban los mismos sonidos o articulaciones que en las inscripciones grabadas en la época de los griegos y los romanos. El desarrollo de esta valiosa y decisiva conclusión está relacionada con mi trabajo sobre los jeroglíficos puros. No podría exponer sus fundamentos en esta carta sin sumirme en complicaciones demasiado extensas.

Por ello, señor, creo que la escritura «fonética» existía en Egipto en tiempos muy lejanos, que al principio fue una parte necesaria de la escritura ideográfica y que fue utilizada también después de Cambises, como lo hemos hecho nosotros, para transcribir (de una forma burda, es cierto) en los textos ideográficos los nombres propios de pueblos, países, ciudades, gobernantes y personajes extranjeros que debían perpetuarse en los textos históricos o inscripciones monumentales.

Y aún me atrevo a decir más. En esta escritura fonética del antiguo Egipto, a pesar de sus imperfecciones, sería posible hallar, si no la fuente, al menos el modelo sobre el cual estaban basados los alfabetos de las naciones asiáticas occidentales, especialmente todos los de los vecinos inmediatos de Egipto. Si se fija, señor, en que:

1. cada letra de los alfabetos que llamamos hebreo, caldeo y sirio llevan un nombre que la distingue, denominación muy antigua ya que casi todos fueron transmitidos por los fenicios a los griegos cuando los últimos adoptaron el alfabeto;

2. que la «primera consonante o vocal de estos nombres» es también en estos alfabetos la «vocal o consonante que debe leerse», verá, como yo, en la creación de estos alfabetos una perfecta analogía con la creación del alfabeto fonético de Egipto. Y si los alfabetos de este tipo están, como todo indica, formados primitivamente de signos que

representan ideas u objetos, es evidente que hemos hallado a la nación que inventó este método de expresión escrita, entre todas las que usaron particularmente una escritura ideográfica. Quiero decir, en suma, que Europa, que recibió del antiguo Egipto los elementos de las artes y las ciencias, está todavía más en deuda con él por el beneficio inestimable de la escritura alfabética.

Sin embargo, yo solo he intentado aquí sugerir brevemente las consecuencias importantes de este descubrimiento, que surgió naturalmente del objeto principal de mi estudio, el «alfabeto de los jeroglíficos fonéticos», cuya estructura general, junto con algunas aplicaciones, propuse exponer al mismo tiempo. Este último produjo resultados que ya han encontrado una respuesta favorable por parte de ilustres miembros de la «Académie», cuyos estudios especializados han dado a Europa los primeros fundamentos de una sólida enseñanza y que continúan ofreciéndole el más valioso de los ejemplos. Mis ensayos, quizá, han añadido algo a la serie de definitivas realizaciones que han enriquecido la historia de los pueblos antiguos, entre ellos el egipcio, cuya justa fama sigue teniendo eco en todo el mundo. Y ciertamente no es un logro insignificante el que hoy podamos dar con seguridad el primer paso en el estudio de sus monumentos escritos, disponiendo de ideas exactas sobre sus principales instituciones que la antigüedad misma calificó de sabias sin que hayan podido ser superadas. En cuanto a los extraordinarios monumentos erigidos por los egipcios, podemos leer al fin, en las inscripciones que las adornan, su cronología exacta desde Cambises, la época de su fundación o las sucesivas ampliaciones realizadas bajo las diferentes dinastías que gobernaron en Egipto. La mayoría de estos monumentos llevan simultáneamente los nombres de los faraones y de los griegos y romanos, caracterizándose los últimos por su reducido numero de signos, resistiendo invariablemente todo intento de aplicar-

les con éxito el «alfabeto» que he descubierto hace poco. Este, señor, será el valor de este trabajo que he tenido el placer de realizar bajo su honroso patrocinio. El publico culto no me negará su admiración y apoyo, que me ha prestado ya el venerable Nestor de la investigación y de la literatura francesa, cuyos consagrados estudios le honran y le dan prestigio y que con una actitud a la vez protectora y estimulante, se complace siempre en apoyar y guiar, en cumplimiento de la difícil tarea que tan gloriosamente ha sabido realizar, a tantos jóvenes imitadores que más tarde han justificado por completo su entusiasta apoyo. Aunque me siento profundamente satisfecho de mi trabajo, nunca me hubiera atrevido a dirigirme a usted sin expresarle mi profunda gratitud y mi afecto respetuoso. Le ruego, señor, me permita reiterarle públicamente el testimonio de esta estimación.

J. F. Champollion el joven

París, 22 de septiembre de 1822

Lettre à M. Dacier Relativo à l'alphabet des Hiéroglyphes Phonétiques, 1822

Una interpretación fantástica de la Gran Pirámide

Charles Piazzi Smyth

Charles Piazzi Smyth *(1819-1900) nació en Nápoles. Su segundo nombre le fue impuesto en honor del famoso astrónomo siciliano.*

Justifico esta elección convirtiéndose en astrónomo y obteniendo primeramente un puesto de auxiliar en el Observatorio Real del Cabo de Buena Esperanza y, más tarde, el nombramiento de Astrónomo Real de Escocia. Durante el tiempo que se dedicó a la astronomía y a las disciplinas auxiliares de metereología y espectroscopia, realizó una tarea de gran valor y originalidad pero, hacia la mitad de su vida, se sintió interesado por la piramidología e hizo un viaje a Egipto para estudiar y medir las dimensiones de la Gran Pirámide, ya que estaba firmemente convencido de que estas mediciones le proporcionarían inapreciables revelaciones sobre el pasado y el futuro de la raza humana. Entre otras curiosas fantasías, mantenía la tesis de que el objetivo de la pirámide, destinada al parecer a anunciar el principio del «milenario» bíblico para 1882 —profecía cuya inexactitud tuvo la mala suerte de comprobar por sí mismo—, fue revelado por Dios a «su creador Melquisedec» y que las mediciones, adecuadamente interpretadas, darían una solución criptográfica al problema de la cuadratura del círculo. Sus interpretaciones son demasiado extensas y excesivamente fantásticas para ser tratadas en los límites de este libro, por lo que hemos seleccionado una parte de la introducción de sus teorías.

A juicio de los especialistas más prestigiosos de todo el mundo, las pirámides de Egipto están consideradas como los restos «más antiguos» de la arquitectura «más antigua» conservada en el país «más antiguo» habitado por el hombre. Constituyen, por tanto, una de las obras intelectuales del hombre cronológicamente más cercanas a los días que siguieron a la dispersión bíblica de la Humanidad. Y son, en realidad, las únicas pruebas «contemporáneas» a que puede recurrirse para realizar un estudio de lo que sucedió en aquellos tiempos tan remotos, anteriores al nacimiento de la historia escrita.

El número de estos nobles monumentos puede ascender a treinta y siete o posiblemente a treinta y ocho. Pero el número exacto tiene escasa importancia ya que después de haber exa-

minado las siete u ocho primeras que son las más grandes y están construidas con admirable maestría en piedra tallada, recortándose sobre el horizonte como cristales gigantescos, las restantes tienen una importancia real mucho menor, lo mismo en sus dimensiones que en lo que se refiere a la resistencia de sus materiales, presentando un aspecto ruinoso y masivo que hace que puedan distinguirse apenas de las lomas circundantes.

Todas ellas son, o fueron, pirámides de base cuadrada, con cuatro caras triangulares inclinadas que se reúnen en el vértice sobre el centro de la pirámide. Son, además, construcciones sólidas hechas de piedra o de ladrillo secado al sol y todas están situadas en la orilla occidental y más desértica del Nilo, en territorio libio, a lo largo de una línea de casi setenta millas de longitud. La línea empieza cerca del punto meridional del Delta o Bajo Egipto (Egipto Septentrional) desde donde se divisa la moderna ciudad de El Cairo, extendiéndose desde aquí hacia el sur o hacia el Alto Egipto, aunque sin llegar a esta zona ya que toda su arquitectura es del tipo de templo adornado y pertenece a una fecha mucho más posterior de la historia egipcia si bien anterior a los restos clásicos de Grecia o Roma.

Si, además, en esta fase preliminar de nuestro exclusivo estudio declarásemos que las pirámides de Egipto «en general» fueron construidas para servir como sepulcros perpetuos para el gran difunto egipcio, el faraón y sus deudos, nos respaldaría toda la ciencia egiptológica de los tiempos modernos. Pero existe una entre ellas que rechaza esta interpretación y que es, desgraciadamente, la más grande, la mejor construida y la mejor conservada de todas. La que ha despertado con más frecuencia la atención histórica de los visitantes y escritores de todos los tiempos y edades es la que, durante siglos, ha recibido «par excellence» el nombre de la Gran Pirámide y que, por sus propios méritos, se cita más frecuentemente que las demás. También ha sido considerada casi por unanimidad como la más primitiva

de la antiquísima colección de monumentos erigidos por el hombre, estimándose como la más grande y más antigua de las siete maravillas de la tierra en tiempo de los griegos y siendo en la actualidad la única de todas ellas que se ha conservado desde aquella época.

Esta pirámide se conoce bajo el nombre de Jeezeh, Geezeh o Ghizeh, por levantarse, junto con otras pirámides similares de fecha posterior y menor tamaño, sobre una loma baja de cima horizontal, situada en el lugar desértico ya descrito, que lleva ese nombre árabe moderno. Sin embargo, sus características bastan para que los visitantes se dividan en dos tipos completamente opuestos: los que, coincidiendo con la tendencia más generalizada, son entusiastas de las «pirámides» (en plural) de Egipto y de todo lo auténticamente egipcio y los que concentran su admiración y su interés en una Gran Pirámide, precisamente teniendo en cuenta sus caracteres anti-egipcios. Y es que, a pesar de ello, en todas las épocas ha habido personas que pensaban así aunque la idea ha empezado a dar frutos intelectuales recientemente, recibiendo al fin una justificación digna de que todos los investigadores de la Biblia y los creyentes cristianos se ocupen de analizarla.

Nuestra civilización debe esta nueva hipótesis que aclara, con una precisión desconocida hasta el momento, el principal misterio del mundo civilizado de todos los tiempos, al fallecido Mr. John Taylor de Londres por su libro publicado en 1859 bajo el título «La Gran Pirámide. ¿Por qué y por quién fue construida?». Él no visitó personalmente la Pirámide pero, durante treinta años, reunió y comparó todos los estudios publicados, especialmente las interpretaciones más autorizadas (pues algunas carecían de fundamento real) de los que habían estado allí. Y conforme avanzaba en su labor investigadora, la nueva teoría (como me decía en una carta) fue surgiendo ante sí de una forma realmente espontánea.

Aunque su método, que partía de hechos tangibles y de carácter científico, fue rigurosamente inductivo, las conclusiones de Mr. Taylor encontraron un apoyo intelectual y espiritual desde el momento en que comenzó sus investigaciones, que en esencia consisten simplemente en lo siguiente:

Mientras otros escritores han creído generalmente en la existencia de un gran personaje desconocido, a quien ellos atribuían en sus investigaciones históricas la dirección de los trabajos de construcción de la Gran Pirámide (y al que los egipcios, en sus primeras traducciones, mantenidas a lo largo de los siglos posteriores, consideraron como un ser inmortal y al mismo tiempo abominable), admitiendo su presunta maldad como una realidad y justificando con ello el hábito, mantenido desde la antigüedad hasta nuestros días, de injuriar y pisotear a aquel monstruo ya desaparecido del que en realidad no sabía nada, Mr. John Taylor, analizando los pasajes característicos en que la «Biblia» habla de la precaria religiosidad de los creadores de ídolos egipcios, llegó a la conclusión de que el desconocido dirigente y arquitecto a quien tanto odiaban y al que nunca se cansaban de ultrajar, fue en realidad esencialmente «bueno» o, en todo caso, de una «fe religiosa más pura» que la de la de los hijos mithraitas de Cam.

Después, recordando «mutatis mutandis» que el mismo Cristo dice que el hecho de que todo el mundo hable bien de alguien debe ser considerado como algo sospechoso, Mr. Taylor insiste en esta idea basándose en el testimonio del Antiguo Testamento acerca de los postulados más vitales y fundamentales de la religión hebraica. Y analiza lo que, algunos siglos después de la construcción de la Gran Pirámide, fue descrito como una evidente «abominación para los egipcios», a la luz de ciertos hechos históricos indiscutibles e inequívocos. Ello le llevó a conclusiones sensatas y cristianas que parecían apoyar la hipótesis de que el director de las obras de construcción y quizá sus

ayudantes inmediatos, que controlaron los miles de obreros «nativos» de la Gran Pirámide, no eran en modo alguno egipcios sino extranjeros de la raza «elegida», hijos de Sem, de la misma familia étnica a la que luego perteneció Abraham, aunque tan primitivos que estaban más cerca de Noé que de aquel patriarca. Y a ello añadió la hipótesis de que aquellos hombres, gracias a la revelación divina, fueron capaces de comprender la necesidad absoluta del sacrificio y la expiación de los pecados del hombre por la sangre y libre entrega a la muerte de un Mediador Divino, lo que constituye la forma más elevada y evangélica del Cristianismo.

Esta misma idea, crucial en nuestra fe actual, fue, no obstante, de una antigüedad contemporánea de la lucha entre Caín y Abel y se transmitió, a través del Diluvio, a ciertas familias predestinadas de la Humanidad. Pero, a pesar de todo, era una concepción ideológica que ningún egipcio contemplaría impasible, ya que los egipcios de aquellos tiempos, desde el primero al último, y todos sus faraones en particular así como los ninivitas y babilónicos en general, eran fanáticos cainistas en su pensamiento, en su forma de comportarse y en sentimientos más íntimos, y estaban firmemente aferrados a sus convicciones de las que no se apartaban en modo alguno, seguros de su perfecto sentido de la justicia y de su libertad absoluta, unidas a su pureza innata y a su rectitud inquebrantable, inmutable y completa, ante cualquier clase de infracción, leve o grave, contra las leyes de Dios o de los hombres, mantenida a lo largo de toda su vida.

Sobre estos postulados de carácter general, basó Mr. Taylor sus conclusiones. Y tras oponerse a la opinión pública mundial que siempre había aceptado sin reservas las ideas tradicionales sobre los egipcios y rechazar también alguno de los prejuicios vigentes durante tanto tiempo para los modernos egiptólogos, hasta el punto de llevar a cabo, desde la base, un examen com-

pleto, justo e imparcial de este difícil sector de investigación, anunció que había descubierto que algunas de las disposiciones y medidas de la Gran Pirámide (debidamente rectificadas con el objeto de completar los posibles daños y desgastes producidos por el transcurso del tiempo) constituían auténticas revelaciones científicas pertenecientes no a una ciencia egipcia ni babilónica, ni mucho menos griega o romana sino a una cultura mucho más importante y absolutamente distinta a las creaciones humanas que constituían los cimientos de las demás épocas históricas.

Y afirmó que, además de aparecer «repentinamente» en la historia primitiva más remota, sin la menor huella de un período preliminar de gestación y sin las típicas etapas de evolución y preparación (los estudios positivos de la Gran Pirámide aportan al parecer pruebas matemáticamente exactas de un gran fenómeno cósmico producido en la tierra y en el cielo), este monumento presupone no solamente una evidente superación del conocimiento limitadísimo y casi infantil de la ciencia alcanzado por el hombre en cualquiera de las naciones Gentiles de hace 4.000, 3.000, 2.000 e incluso 300 años, sino también la posesión y aplicación de los grandes secretos físicos de la naturaleza hasta el punto de superar incluso los conocimientos de los filósofos de nuestra propia época.

Esta es sin duda una afirmación sorprendente acerca de un monumento antiguo de piedra. Hay que tener en cuenta además que nadie se atrevería a aplicar esta hipótesis a las «Pirámides de Egipto» en plural, sino solamente a la extraña gran pirámide existente «en» Egipto y que, aunque se levanta «allí» no parece responder a las concepciones científicas o religiosas de aquella cultura tal como fueron grabadas en los jeroglíficos de Egipto y descritas en su propia historia. Aunque esta interpretación es susceptible de la más completa y segura refutación, hay que advertir que la posibilidad de impugnar esta teo-

ría acerca de la Gran Pirámide existe lo mismo en este caso que en los demás monumentos de la antigüedad. Porque es preciso tomar en consideración el hecho de que las ciencias exactas de nuestro tiempo, comparadas con las de hace solo cien años, han conseguido un prodigioso desarrollo y nos ofrecen una base suficiente para establecer con exactitud no solamente los hechos históricos sino también el orden y la época en que fueron obtenidos los instrumentos prácticos humanamente necesarios para alcanzar el desarrollo paulatino indispensable a cada nuevo descubrimiento.

La ciencia matemática moderna puede emitir afirmaciones realmente positivas mediante la comparación de sus conocimientos actuales, tan extensos, con lo poco que conocía el hombre mediante su propio esfuerzo y los métodos de estudio existentes en aquellos remotos tiempos, anteriores a la iniciación de la física matemática o a su posible desarrollo, si es que se llegó a cultivar alguna vez con seriedad. Es decir, en los tiempos verdaderamente prehistóricos, cuando los hombres que poblaban la tierra no eran muy numerosos, la Gran Pirámide fue construida, terminada y sellada, quedando igual como ha llegado hasta nosotros, aunque con las lógicas huellas del paso del tiempo, en medio de un mundo incrédulo, dispuesta para guardar su propio secreto a través de los siglos y servir a su debido tiempo al fin propuesto, cualquiera que este fuese, en los días postreros de la Humanidad.

Prosigamos, pues, el examen de todos los datos que poseemos de la Gran Pirámide a la luz de la ciencia moderna y hasta donde nos sea posible. Y procuremos mantener los ojos bien abiertos siempre para estar prevenidos, por un lado, contra accidentales coincidencias favorables a esta teoría de la Gran Pirámide, y por otro, contra la posibilidad de que se descubran detalles reales intencionales, comunes también a cualquiera de las restantes pirámides.

Ante las numerosas dificultades de este estudio, que requiere tantos conocimientos prácticos, me habría mostrado más cauto en mis conclusiones en el caso de que estas estuvieran basadas exclusivamente en los libros que tratan de la materia y que se consideran fundamentales. Pero tras haber visitado las pirámides de Egipto, acampando allí durante varios meses, en 1864 y 1865; tras haber utilizado diariamente una gran variedad de aparatos científicos de medida; después de haber pasado más de veinte años trabajando, luchando y superando las dificultades inherentes a toda investigación, por la gracia de Dios, debo confiar humildemente en que he conseguido no solo excelentes resultados sino que creo también posible demostrar que el progreso de la labor de investigación y de selección de las pruebas necesarias para fundamentar mi hipótesis ha resultado una labor más fácil de lo que podrían haber imaginado todos aquellos que, en el fondo, están inclinados a aceptar esta teoría y desean verla adecuadamente cimentada para poder adoptarla plenamente.

Our Inheritance in the Great Pyramid, 1890

La tumba submarina

William Flinders Petrie

Sir Wllliam Matthew Flinders Petrie (1853-1942) nació en Charlton y pronto demostró inclinación por las antigüedades. Empezó su labor en este campo con un estudio de Stonehenge y publicó un libro sobre este tema en 1880, que fue también el año de su primera expedición a Egipto. A él se debe en gran parte la determinación de la cronología egipcia en la forma en que hoy se utiliza y la creación de la Escuela Británica de Arqueología en Egipto, bajo cuyos auspicios fue descubierto y excavado el emplazamiento de Menfis asegurando la continuidad del estudio científico de las antigüedades egipcias. Los lugares donde realizó sus estudios y exploraciones comprenden el templo de Tanis, la ciudad griega de Naucratis, las ciudades del Delta, Fayum, Meydum y las pirámides de Guizeh.

Cuando reflexionaba sobre los lugares que podrían resultar más favorables para futuras excavaciones sugerí a M. Grébaut, entre otros, los nombres de Havara e Illahun. Este me propuso trabajar en toda la provincia de Fayum. La exploración de las pirámides de este distrito constituía mi principal objetivo ya que la disposición de las mismas, la fecha de su construcción y sus autores eran bastante desconocidos. Havara no era un lugar conveniente para trabajar, pues el pueblo se encontraba a dos millas de la pirámide y entre ambos existía un canal. Resolví, por tanto, instalar allí un campamento de trabajadores, como hice en Dafne. Para ello, tuve que reclutar una cuadrilla en una localidad cercana y empecé mi trabajo en la antigua Arsinos o Crocodilópolis cerca de Medinet el Fayum. Despejé el pórtico

del templo, del que quedaban unos cuantos bloques deformados, y encontré una segunda cita de Amenhotep II junto a la ya conocida. Pero toda su obra había sido modificada y reconstruida, probablemente, por Ramsés II. Pudieron trazarse cuatro o cinco niveles diferentes de edificios y las obras de reconstrucción, comprobando que los escombros acumulados sobre la entrada del templo en la parte más superficial de los montículos tenían un espesor de veinticuatro pies. Dentro del gran recinto amurallado construido de ladrillo y barro, podía determinarse la superficie del emplazamiento del templo siguiendo la capa de arena sobre la que descansaban los cimientos. Pero apenas quedaba una sola piedra. Un bloque que fue usado por segunda vez llevaba la imagen de un rey de la XIX dinastía, probablemente de Ramsés II, detalle que nos permite situar en tiempos de Ptolomeo II el templo que acabábamos de descubrir. Sin duda alguna, fue este monarca quien lo construyó, pues en su época el lugar fue objeto de gran atención siendo dedicado a su hermana y esposa Arsinos, que fue adorada con los grandes dioses, como sabemos por la estela de Pitome. Los únicos objetos primitivos que encontramos allí eran unos cuchillos de pedernal diseminados por el suelo y pertenecientes a la XX dinastía, como hemos podido confirmar gracias a algunos hallazgos posteriores.

Los breves trabajos realizados en Biahmu aclararon las dudas que teníamos sobre las llamadas pirámides allí existentes. Tan pronto como empezamos a extraer la tierra encontramos fragmentos de colosos de piedra arenisca. Al segundo día, encontramos la nariz gigantesca de un coloso, tan ancha como el cuerpo de un hombre. Luego hallamos piezas talladas pertenecientes a un trono y un fragmento de una inscripción de Amenemhat III. Era evidente que los dos grandes pilares de piedra habían formado los pedestales de las colosales estatuas monolíticas sedentes, talladas en piedra de cuarzo y brillantemente

pulimentadas. Estas estatuas miraban hacia el norte y alrededor de cada una había un muro protector con la cara exterior inclinada y con una entrada de granito rojo en la fachada norte. La altura total del coloso era de unos sesenta pies contados desde el suelo. El pedestal de piedra caliza alcanzaba veintiún pies y el coloso, de piedra arenisca, tenía una base de cuatro pies, sobre la cual se elevaba la figura sentada en el trono que medía otros treinta y cinco pies. De este modo la estatua completa y parte del pedestal serían visibles por encima del muro protector y desde lejos parecería estar descansando sobre un tronco de pirámide. La descripción de Herodoto, por tanto, responde exactamente a la realidad y demuestra que él vio personalmente las figuras aunque, a juzgar por su descripción, desde una distancia considerable.

En aquella época, contaba yo con un buen equipo de trabajadores y me desplacé a Havara con todos los hombres que necesitaba. La única dificultad que tuve que vencer fue reducir el número de los que deseaban trabajar. Nunca en nuestro tiempo se había entrado en la pirámide y su disposición era completamente desconocida. Los exploradores habían destruido inútilmente gran parte de la obra de mampostería del lado norte pero la entrada seguía sin descubrir. En tiempo de los romanos, había sido arrancado el revestimiento de piedra y como el cuerpo de la estructura era de ladrillo de barro se hallaba desmoronado en parte. Cada uno de sus lados estaba lleno, por tanto, de fragmentos de piedra y de barro. Después de examinar, sin resultado, el terreno del lado norte en busca de alguna entrada, despeje el centro del flanco oriental pero no hallamos huellas de ninguna puerta. Teniendo en cuenta que el plano era completamente distinto al de todas las pirámides conocidas y que carecía de sentido excavar todo el terreno circundante, me puse a hacer un túnel en el centro. Este trabajo resultó muy difícil pues los ladrillos grandes estaban incrustados en la arena y

bastante distanciados entre sí. Por eso tan pronto como se quitaran algunos, la arena se escaparía por los huecos debilitando todas las partes circundantes. La extracción de cada ladrillo se hizo, pues, con el mayor cuidado posible y yo tuve que entrar tres veces por día para apuntalar el techo con nuevos tablones, trabajo que requería mayor habilidad y cuidado del que podía tener un obrero indígena. Después de muchas semanas de trabajo (pues solo había espacio para un hombre) me di cuenta de que habíamos avanzado hasta la mitad pero que todo era ladrillo. En un lado del túnel, sin embargo, percibí signos que revelaban la existencia de una pared empotrada y, adivinando que habíamos circundado el pozo abierto para dejar la cámara comunicada con el exterior durante la construcción, examiné el suelo de la roca y vi que descendía ligeramente conforme se alejaba de la pared. Giramos entonces hacia el oeste siguiendo con nuestra perforación y, a los pocos días, llegamos a las vigas maestras que sostenían el techo de la cámara. Ningún albañil del distrito, pudo, sin embargo, pasar a través de ellas y tuve que aplazar el trabajo hasta la temporada siguiente. Luego, tras efectuar una nueva búsqueda de la entrada en los cuatro lados, los albañiles se ocuparon del techo inclinado de piedra y, en el curso de dos o tres semanas, hallaron una abertura situada debajo de ellos. Con ansiedad observé cómo la ensanchaban y cuando pude deslizarme a través de ella, entré en la cámara situada encima del sepulcro. A un lado vi una abertura más baja y al descender encontré un pasadizo que conducía al sepulcro de piedra arenisca pero que era demasiado estrecho para mis hombros. Después de medir la profundidad del agua contenida en la nueva cámara, bajó un muchacho con una escalera de cuerdas. Por fin, al mirar por la abertura, pude ver a la luz de su vela los dos sarcófagos abiertos y saqueados. En un día o dos, despejamos los escombros de la entrada original que conducían a la cámara y salimos a los pasadizos que giraban y discurrían

de un lado para otro. Estos estaban tan obstruidos por el baño que en muchas partes, para pasar por ellos tuvimos que arrastrarnos y deslizarnos por el lodo con la ayuda de las manos y los pies. De este modo, deslizándome, arrastrándome y nadando me acerqué como pude a la boca exterior del pasadizo. Luego, al regresar a la cámara, estuvimos cerca de encontrar la entrada en la parte exterior de la pirámide. Pero estaba tan hundida debajo de los escombros y tan cubierta por grandes bloques de piedra que necesitamos casi quince días para llegar a ella desde fuera.

La pirámide había sido cuidadosamente dispuesta para burlar y hacer desanimar a los posibles ladrones, que hubieran necesitado ser muchos para poder forzar la entrada. Esta se hallaba al nivel del suelo en el lado sur a una distancia equivalente a la cuarta parte de la base a partir de la esquina sudoccidental. Los primeros exploradores de la pirámide bajaron por un pasadizo descendente hasta una cámara al parecer sin salida. El techo estaba formado por una puerta deslizante a modo de rampa y, atravesándolo llegamos a otra cámara situada a un nivel más alto. De ella partía un pasadizo hacia el este cerrado por una puerta de madera y que conducía a otra cámara con un techo en forma de trampa. Pero frente a nosotros se extendía un pasadizo que había sido taponado sólidamente con piedras, circunstancia que nos hizo pensar que conduciría al objeto de nuestra búsqueda y en consecuencia excavamos todas las piedras aunque no conseguimos ningún resultado positivo. Desde la segunda cámara, un pasadizo conducía en dirección norte a la tercera cámara. Desde esta, un pasadizo orientado hacia el oeste daba acceso a una cámara con dos pozos que aparentemente conducían a la tumba pero que eran pozos ciegos. Esta cámara estaba también casi llena de ladrillos que en realidad no ocultaban nada pero que dieron gran trabajo a los saqueadores que los apartaron en vano. Una zanja repleta de estos, situada

en el suelo de la cámara, conducía efectivamente al sepulcro pero al llegar al mismo no encontramos ninguna puerta ya que la entrada se efectuaba por el techo, uno de cuyos enormes bloques había sido bajado para cerrar la cámara. Por fin forzamos una salida abriendo un orificio en la piedra arenisca, tan dura como el vidrio, de que estaba hecho el bloque, alcanzando así la cámara y su sarcófago. Ensanchando un poco el boquete abierto por los saqueadores, conseguí entrar en la cámara pasando a través del mismo. El agua me cubría hasta la cintura y por esta causa me resultó difícil la exploración. Pero el suelo estaba cubierto de escombros entre los que podía haber fragmentos de los vasos funerarios y que era preciso examinar. Yo mismo extraje los restos del sarcófago y luego ocupé varios muchachos en la tarea de recoger los fragmentos del suelo con la hoja plana de una azada (pues al estar debajo del agua no se podían coger con el brazo) y después de examinarlos, los fuimos arrojando dentro del sarcófago. Así continuamos con ansiedad nuestro trabajo en busca de fragmentos. Mi impaciencia estaba motivada por el posible hallazgo del sello del rey. La de los muchachos, por la gran recompensa que les había prometido «por» cada jeroglífico encontrado y la prima extra por los sellos reales. El sistema dio resultado, pues el primer día conseguí ya el codiciado trofeo: un fragmento de un vaso de alabastro con el nombre de Amenemhat III, que revelaba por fin a quién pertenecía la pirámide. Encontramos también vasos con inscripciones. Todavía existían dudas respecto al segundo sarcófago que se encontraba entre el sarcófago grande central y uno de los muros de la cámara. Sin embargo, al despejar la cámara que conducía al sepulcro, encontramos un bello altar para depositar ofrendas, hecho en alabastro y cubierto con figuras votivas, más de cien en total, todas ellas con su nombre, y que estaban dedicadas a la hija del rey, Neferuptah. Junto al mismo habían fragmentos de varias tazas en forma de ánade que llevaban

también el nombre de la princesa. Era, por tanto, indudable que el segundo sepulcro pertenecía a ella y que debió de morir en vida de su padre y antes del cierre de la pirámide. Dentro del sarcófago había algunos restos de huesos calcinados junto a trozos de carbón y granos quemados de fluorita. También se encontró en la cámara una barba de lapislázuli para incrustar. Los ataúdes interiores de madera, que llevaban incrustaciones de piedras preciosas talladas, estaban quemados. La cámara en sí es una obra maravillosa. En casi toda su altura está labrada en un solo bloque de piedra arenisca de cuarcita formando un enorme depósito en el que se colocaba el sarcófago. Interiormente mide 22 pies de largo y casi 8 pies de ancho mientras que los lados miden 3 pies de espesor aproximadamente. La superficie está pulimentada y los bordes están cortados tan sutilmente que lo confundí con una obra de albañilería. Sin embargo, busqué inútilmente las uniones. Por supuesto, originalmente quedaba por encima de la superficie del agua pero toda esta zona había estado bañada por un canal elevado en tiempo de los árabes. Después saqué toda la tierra de los pasadizos para hacerlos accesibles pero no encontramos nada más. No existen huellas de inscripciones ni en las paredes ni en los sarcófagos. Y a no ser por los adornos funerarios, no se habría recuperado ni siquiera el nombre.

Ten Years Digging in Egypt, 1892

El descubrimiento de las tablas de Amarna

Ernest Budge

Sir Ernest Alfred Wallis Budge *(1857-1934) nació en Cornwall y se educó en el Chrisfs College de Cambridge, donde se hizo especialista en las culturas asiria y hebrea. En 1883, entró al servicio del Museo Británico y finalmente llegó a ser Conservador de antigüedades egipcias y asirias. En 1920, fue nombrado caballero por los servicios prestados a la arqueología. Hizo muchas expediciones al Mediterráneo oriental y, además de dirigir excavaciones, consiguió gran número de antigüedades para el Museo Británico así como papiros y manuscritos en lengua griega, copia, árabe, siria y etíope. Su adquisición más importante fue, sin embargo, una colección de documentos escritos de finales de la dinastía XVIII, conocida bajo el nombre de tablas de Amarna.*

Aquel día llegó un individuo de Hajji Kandil llevando consigo media docena de tablas de arcilla que habían sido halladas ocasionalmente por una mujer en Tall al-Amarnah. Me pidió que las viera y que le dijese si eran «kadün» (viejas) o «jadid» (nuevas), es decir, si eran genuinas o falsificadas. La mujer que las había encontrado creía que se trataba de trozos de «arcilla vieja» sin valor alguno y vendió todo su «hallazgo» —más de 300 tablas— a un vecino por 10 piastras (¡2 chelines!). El comprador se las llevó al pueblo de Hajji Kandil y las vendió a su vez por 10 libras esterlinas. Pero quienes las compraron no tenían idea de su valor y enviaron un hombre a El Cairo con unas

cuantas para enseñárselas a los tratantes nativos y europeos. Algunos de los comerciantes europeos creían que eran «viejas» y otros que eran «nuevas», pero se pusieron de acuerdo para declararlas falsas con el objeto de poder comprarlas al precio que les conviniera como «muestras de imitaciones modernas». Los tratantes del Alto Egipto las consideraban auténticas y se negaron a venderlas y, al enterarse que yo tenía algunos conocimientos de escritura cuneiforme, me mandaron al referido individuo pidiéndome que les dijera si eran o no falsificaciones. Se ofrecieron a pagarme además por la información. Cuando examiné las tablas me di cuenta de que la cosa no era tan sencilla como parecía. En color, forma y material las tablillas eran distintas a todas las que había visto en Londres y París y su escritura tenía unos caracteres rarísimos que me desconcertaron durante unas horas. Paulatinamente, llegué a la conclusión de que las tablillas no eran falsificadas y que no se trataba de anales reales ni de inscripciones históricas en el sentido corriente de la palabra, ni tampoco de documentos comerciales o de negocios. Mientras estaba examinando la media docena de tablillas que me habían traído, un segundo individuo de Hajji Kandil llegó con setenta y seis tablillas más, algunas de ellas bastante grandes. En la mejor y más grande de las tablillas del segundo lote pude descifrar las palabras «A-na Ni-ib-mu-a-ri-ya», es decir «A Nibmuariya» y en otra las palabras «A-na Ni-im-muri-ya shar mâtu Mi-is-ri», es decir «A Nimmuriya, rey del país de Egipto». Estas dos tablillas eran ciertamente cartas dirigidas al rey de Egipto llamado «Nibmuariya» o «Nimmuriya». En otra tablilla descifré claramente las palabras iniciales «A-na Ni-ip-khu-ur-ri-ri-ya shar mâtu (Misri)», o sea, «A Nibkhurririya, rey del país de (Egipto)». Sin duda alguna, se trataba de una carta dirigida a otro rey de Egipto. Las palabras iniciales de casi todas las tablillas eran genuinas y tenían una gran importancia histórica.

Hasta el momento en que llegué a aquella conclusión ninguno de los hombres de Hajji Kandil me habían invitado a comprar las tablillas. Yo suponía que estaban simplemente esperando mi dictamen respecto a su autenticidad para llevárselas y pedir un precio muy alto por ellas, un precio mayor del que hubiera podido pagar. Por ello, antes de exponer a los tratantes mi opinión sobre las tablillas acordé con ellos no cobrar nada por examinarlas si me permitían entrar inmediatamente en posesión de las ochenta y dos piezas. Me pidieron que les dijera el precio que estaba dispuesto a pagar y así lo hice. Aunque tenían que esperar un año entero para recibir el dinero no realizaron el menor intento de pedir más de la suma que acordaron conmigo.

Intenté luego llegar a un acuerdo con los hombres de Hajji Kandil para entrar en posesión de las restantes tablillas de Tall al-Amarnah pero me dijeron que pertenecían a unos tratantes que estaban en negociaciones con un agente del Museo de Berlín en El Cairo. Entre las tablillas había una muy grande, de unas 20 pulgadas de largo y 20 de ancho. Ahora sabemos que contenía una lista de la dote de una princesa de Mesopotamia que iba a casarse con un rey de Egipto. El individuo que la llevaba a El Cairo la escondió entre su ropa interior cubriéndose con una gran túnica. Al subir al vagón de ferrocarril la tablilla resbaló de su ropa y cayó a la vía del tren rompiéndose en pedazos. Muchos nativos que estaban en el tren y en el andén presenciaron el accidente y hablaron sin reservas sobre el mismo y, de este modo, la noticia llegó a oídos del Director de Antigüedades. Este telegrafió enseguida a Mudir de Asyút y le ordenó que detuviese y encarcelase a todo aquel que poseyera alguna de aquellas tablillas. Como pudimos comprobar, él mismo partió hacia el Alto Egipto para incautarse de todas las tablillas que pudiera encontrar. Mientras tanto un caballero de El Cairo que había conseguido cuatro de las más pequeñas por el precio

de 100 libras esterlinas, se las enseñó a un profesor inglés que inmediatamente escribió un artículo sobre ellas publicándolo en un periódico británico. Le atribuyó una fecha posterior, con un error de casi 900 años, y dio una interpretación absolutamente falsa de la naturaleza de su contenido. El único efecto de este artículo fue para los tratantes en antigüedades, aumentar la importancia de las tablillas elevándose también los precios y haciendo así más difícil para todos la adquisición del resto del «hallazgo».

By Nile and Tigris, vol. I, 1920

Tutankamen

Howard Carter

Howard Carter *(1873-1939) nació en Swaffham, Norfolk. Recibió una educación de carácter privado y a la edad de diecisiete años entró al servicio del Fondo de Exploración de Egipto. Flinders Petrie fue uno de los que supervisaron su formación en las técnicas arqueológicas. Tomó parte en varias excavaciones bajo los auspicios del Fondo hasta 1899, en que fue nombrado Inspector General del Departamento de Antigüedades del Gobierno egipcio. Desde 1902 supervisó las excavaciones de Davis en el Valle de los Reyes, en el curso de los cuales se descubrieron las tumbas de Tutmosis IV y la reina Hatsepsut. Posteriormente se hizo cargo de una excavación patrocinada por Lord Carnarvon y, en 1922, descubrió la tumba del faraón Tutankamen, de la dinastía XVIII, que fue la primera y la única sepultura real que se descubrió intacta en el Valle de los Reyes.*

Fue el 3 de febrero (1924) cuando pudimos ver claramente por primera vez esta obra maestra de la arquitectura general considerada como una de las muestras más bellas del mundo. Tiene un rico entablamento que consta de una cornisa cóncava semicircular, una moldura con toros y un friso con inscripciones. Pero los detalles sobresalientes de este sarcófago son las diosas protectoras Isis, Neftis, Neith y Selk, talladas en alto relieve en cada uno de los cuatro ángulos y colocadas de forma que sus alas completamente desplegadas y sus brazos extendidos lo rodean como protegiéndolo. Alrededor de la base hay un dado con los símbolos protectores «Ded» y «Thet». Los cuatro ángulos del ataúd descansan sobre losas de alabastro. Entre la

última urna y el sarcófago no había ningún objeto, a excepción de un símbolo «Ded» colocado en la parte sur para dar «fuerza» y posiblemente «protección» a su dueño.

Cuando nuestra luz cayó sobre el noble monumento de cuarcita, aparecieron ante nuestros ojos los detalles de aquella solemne llamada a los dioses y a los hombres y nos pareció intuir que, en el caso del joven rey, se había dignificado hasta la muerte. Como consecuencia del intenso silencio que reinaba, nuestra emoción se hizo más profunda y sentimos como si el pasado y el presente se identificaran, como si el tiempo se hubiera detenido esperando, mientras nosotros nos preguntábamos si no fue ayer mismo cuando, con la pompa y el ceremonial de aquella época, el joven rey había sido depositado en el ataúd.

Tan actuales, tan recientes eran aquellas patéticas evocaciones, que cuanto más los contemplábamos tanto mayor fuerza cobraba nuestra fantasía. ¡Sentíamos el deseo de que aquel viaje por los túneles horrendos del infierno no fuera perturbado hasta conseguir la felicidad completa! Las cuatro diosas, modeladas en alto relieve en los ángulos del sarcófago parecían estar rezando y velando por el cadáver. ¿Acaso no teníamos en ellas una perfecta elegía egipcia en piedra?

La tapa hecha de granito, teñida para hacer juego con el sarcófago de cuarcita, estaba agrietada en el centro y firmemente empotrada en los cantos superiores rebajados. Las grietas habían sido cubiertas cuidadosamente con masilla y revestidas de pintura para armonizar con el resto y evitar la sensación de que habían sido retocadas. Sin duda alguna, originariamente se intentó utilizar una tapa de cuarcita que hiciera juego con el sarcófago. Parece, pues, que tuvo que ocurrir algún accidente. Posiblemente, la tapa no estaba preparada al tiempo del entierro del soberano y esto obligó a sustituirla por una losa de granito.

La grieta complicó grandemente nuestra operación final de elevar la tapa, ya que si esta hubiera estado intacta el trabajo hubiera sido bastante más fácil. Sin embargo, superamos la dificultad pasando de parte a parte unas barras de hierro y fijando firmemente los lados de la losa, lo cual permitió que fuese levantada mediante un juego de poleas.

Muchas escenas extrañas deben de haber ocurrido en el Valle de las Tumbas de los reyes desde que se convirtió en el cementerio real del Nuevo Imperio Tebano, pero el lector debe perdonamos si creemos que lo que nosotros protagonizamos no fue la menos interesante y dramática. Para nosotros fue el momento culminante y supremo (un momento anhelado desde que se hizo evidente que las cámaras descubiertas en noviembre de 1922 debían formar la tumba de Tutankamen y no un escondrijo para sus tesoros como se había pretendido). Sin embargo, ninguno de nosotros fue capaz de intuir la solemnidad del instante. Ninguno de nosotros se impresionó ante lo que estábamos presenciando: los sistemas de enterramiento de los reyes que hace treinta y tres siglos se practicaba en Egipto. ¿Cómo encontraríamos al monarca? Estas eran las preguntas que giraban en nuestra mente mientras todos guardábamos silencio.

Una vez estuvo todo preparado para levantar la tapa, di la señal para que se iniciase aquella delicada operación. En medio de un intenso silencio, la enorme losa que estaba partida en dos y pesaba más de una tonelada y cuarto, fue separada de su lecho. La luz brilló en el interior del sarcófago. Nuestros ojos vieron algo que al principio nos confundió dejándonos decepcionados. El interior estaba repleto de finas vendas de hilo. Mientras manteníamos la tapa suspendida en el aire, desenrollamos aquellas vendas, una por una, y, cuando terminamos con la última, un rumor de admiración se escapó de nuestros labios. La escena que contemplan nuestros ojos era impresionante:

Una efigie de oro del joven rey, maravillosamente realizada, ocupaba el interior del sarcófago. Era la cubierta de un maravilloso ataúd antropoide de unos siete pies de largo, que descansaba sobre un soporte bajo en forma de león y constituía el ataúd exterior de una serie de ataúdes depositados unos dentro de otros y que contenían los restos mortales del rey. Abrazando el cuerpo de este magnífico monumento hay dos diosas aladas: Isis y Neith, forjadas en oro sobre estructuras de escayola, tan brillantes como el día en que salieron de las manos del artífice. Su encanto quedaba realzado por finos bajo relieves que acentuaban la belleza de la cabeza y las manos del rey, labradas primorosamente en oro macizo. Era una obra bellísima que superaba a todo lo imaginable. Las manos, cruzadas sobre el pecho, sostenían los distintivos reales (el báculo y el flagelo) con incrustaciones de mayólica de azul intenso. La cara y los rasgos maravillosamente trabajados en láminas de oro. Los ojos eran de aragonito y obsidiana. Las cejas y las pestañas tenían incrustaciones de cristal de lapislázuli. Mientras que el resto de este ataúd antropoide, cubierto de ornamentos de plumas, era de oro brillante, la cara y las manos desnudas tenían un aspecto distinto siendo el oro que las cubría de diferente aleación, como símbolo de la palidez de la muerte. Sobre la frente de la figura recostada del joven rey, había dos distintivos delicadamente trabajados con brillantes incrustaciones (la cobra y el buitre) que simbolizaban el Alto y Bajo Egipto. Pero tal vez lo más impresionante, por su humana simplicidad, era la diminuta guirnalda de flores que circundaba estos símbolos evocando una ofrenda de despedida que la reina viuda hacía a su joven esposo, el representante de los «Dos Reinos».

Entre todo aquel esplendor, entre toda aquella magnificencia en que el oro brillaba por doquier, no había nada tan hermoso como aquellas pocas flores marchitas que conservaban aún sus tonalidades y que evidenciaban la brevedad de los tres mil tres-

cientos años transcurridos. Era como si el pasado y el presente se hubieran unido por un instante para identificar la civilización antigua y nuestra civilización actual.

Y así, después de contemplar la escalera, el pasadizo que descendía bruscamente, la Antecámara y la Cámara Funeraria, después de examinar aquellas urnas de oro y aquel noble sarcófago, nuestros ojos se volvían ahora hacia su contenido: un ataúd empotrado, de oro, adaptado a los contornos del cuerpo reclinado del joven rey, que simbolizaba a Osiris y que, a juzgar por su semblante impertérrito, reflejaba la fe del hombre antiguo en la inmortalidad. Las emociones que suscitaba aquella imagen de Osiris eran múltiples y confusas y, aunque silenciosas, se percibían claramente en medio de aquel gran silencio. Casi podían escucharse las pisadas fantasmales del cortejo fúnebre al salir de la cámara.

Empuñamos nuestras antorchas y una vez más subimos aquellos dieciséis escalones. Contemplamos nuevamente la bóveda azul del firmamento donde el sol es dueño y señor. Pero nuestros pensamientos continuaban aferrados al esplendor de aquel desaparecido faraón, cuyas últimas palabras de súplica, escritas sobre su ataúd, recordábamos todos: «¡Oh, madre Nut! Extiende tus alas sobre mí como las estrellas sempiternas».

The Tomb of Tut-ankh-Amen, vol. II, 1927

El féretro de oro

Howard Carter

La temporada había empezado para nosotros. Tras vivir sus dos últimos días sumido en el alboroto de los trabajadores y en el griterío de los guías, había caído nuevamente en su letargo estival y recuperado la paz que se adueñaría de él hasta que los visitantes invernales, con su legión de acompañantes, volvieran a turbar su dorado silencio.

Tras despojar a la Antecámara de su hermosa ornamentación y a la Cámara Funeraria de sus urnas de oro, solo el sarcófago central de piedra, ahora abierto, con sus ataúdes dentro, guardaba su secreto.

Las tareas que teníamos que realizar consistía en levantar la tapa del primer ataúd, el más exterior de los que contenía el sarcófago.

Este gran ataúd antropoide de madera dorada, de 7 pies 4 pulgadas de longitud, que llevaba el estilo «Khat» de peinado y el rostro y las manos cubiertos de láminas de oro de muchos quilates es del tipo «Rishi» (término que se utilizaba cuando la decoración principal está formada por un motivo de plumas, detalle común en los ataúdes del período correspondiente a la Dinastía XVII de Tebas y al período intermedio anterior al mismo). Durante el Nuevo Imperio, en los entierros de altos funcionarios y plebeyos, el estilo de la decoración de ataúdes cambia completamente a comienzos de la Dinastía XVIII. Pero en el caso del féretro real, según vemos ahora, se conservó aún la moda antigua, aunque con ligeras modificaciones como es la

utilización de figuras de ciertas diosas tutelares. Esta es una inversión completa del orden normal de las cosas (la moda cambia generalmente con más rapidez entre las clases altas que en las bajas). ¿Acaso este hecho no es revelador de alguna idea religiosa vinculada al rey? Puede haber respondido a una tradición. La diosa Isis protegió una vez el cadáver de Osiris bajo sus alas, de la misma manera que ahora protege a este nuevo Osiris representado en efigie.

Tras un detenido estudio del féretro, llegamos a la conclusión de que las asas de plata originales (dos a cada lado) estaban hechas sin duda con el objeto de poder manejarlo y se conservaban suficientemente bien como para soportar el peso de la tapa podiendo ser utilizadas sin peligro para levantarla. La tapa estaba fija al casco por medio de diez lengüetas de plata maciza encajadas en sus correspondientes cuencas abiertas en el cuerpo del casco (cuatro a cada lado, una a la cabecera y otra a los pies), donde quedaban sujetas por fuertes clavos de plata con cabeza de oro. ¿Nos sería posible extraer los clavos de plata que fijaban la tapa al casco del féretro sin causar daño al ataúd depositado en el interior del sarcófago? Como el féretro ocupaba casi la totalidad del sarcófago, dejando solo espacios libres muy pequeños en la cabecera y en los pies, no era nada fácil extraer los clavos. No obstante, mediante una concienzuda manipulación se comprobó que era posible extraer todos los clavos a excepción del de la cabecera donde el espacio que quedaba no permitía sacarlo más que hasta la mitad. Sería preciso, pues, limarlo ante la imposibilidad de extraer la mitad que quedaría dentro.

El siguiente paso consistía en colocar adecuadamente todo el dispositivo de elevación necesario para izar la tapa. Este dispositivo estaba formado por dos juegos de tres haces de poleas provistas de frenos automáticos y sujetas a un andamio elevado, que quedaban suspendidas de forma que podían desplazar-

se rápidamente hacia el centro de la tapa frente a las asas de ambos lados. Se ataron los cables a las asas de la tapa del ataúd y, de este modo, conseguimos equilibrar su peso, ya que de lo contrario hubiera existido el peligro de que la tapa se golpease contra los lados del sarcófago en el momento en que fuera extraída y quedara colgada en el espacio.

Fue un momento tan angustioso como emocionante. La tapa se elevó con gran facilidad poniendo al descubierto un segundo y magnífico ataúd antropoide cubierto con una fina sábana de gasa, oscurecida y bastante gastada. Sobre esta mortaja de hilo, había guirnaldas de flores formadas por hojas de olivo y de sauce, pétalos de loto azul y plantas de aciano, y una pequeña corona del mismo tipo había sido colocada, también sobre la mortaja, encima de los distintivos de la frente. Debajo de esta cubierta, en algunos sitios, la rica decoración de cristales multicolores incrustados en la fina orfebrería del féretro producía vivos destellos.

El verano anterior se había estudiado durante algún tiempo el sistema que se debía adoptar para llevar a cabo esta empresa y los medios necesarios que requería. De esta forma pudimos terminar en una mañana lo que de otro modo habría costado como mínimo varios días. La tumba se dejó absolutamente intacta en espera de que el Sr. Harry Burton tomase las fotografías.

Hasta aquel momento nuestro trabajo había sido bastante satisfactorio pero entonces nos dimos cuenta de un detalle inquietante. El segundo ataúd, que visto a través de las cubiertas de hilo tenía toda la apariencia de ser una pieza de maravillosa ejecución, presentaba en algunos sitios los efectos causados por la humedad y sus incrustaciones tendían a desprenderse. Debo admitir que esto fue desconcertante, pues revelaba que la humedad había penetrado en el «nido» de los ataúdes. Si esto se

confirmaba la conservación de la momia real habría sido menos satisfactoria de lo que esperábamos.

El 15 de octubre, llegó el Sr. Burton y el 17, a primera hora de la mañana, fotografiábamos al fin la mortaja y las guirnaldas de flores que cubrían el segundo ataúd todavía depositado en el interior del casco del primero.

Una vez sacadas las fotografías, estudiamos el medio más idóneo para manejar el segundo ataúd y el casco del primero. Nuestras dificultades habían aumentado debido a la profundidad del sarcófago y era evidente que el casco más exterior y el segundo ataúd, ninguno de los cuales estaba en condiciones de soportar demasiadas manipulaciones, no debían izarse juntos. Finalmente decidimos utilizar nuevamente las poleas, efectuando el enganche por medio de clavos de acero que atravesaban las cuencas de las lengüetas del primer casco. De este modo pudimos levantarlo con un mínimo esfuerzo.

Aunque el peso de los ataúdes era considerable (bastante mayor de lo que en principio se creyó) conseguimos levantarlos hasta la altura del sarcófago y pasamos tablones de madera por debajo de los mismos. En el limitado espacio de que disponíamos para maniobrar, la empresa presentaba no pocas dificultades, incrementadas aún más por la necesidad de evitar que se dañasen las superficies doradas de yeso del ataúd más exterior.

Después de tomar nuevas fotografías saqué la corona y las guirnaldas y desenrollé el sudario que cubría el cadáver. Fueron unos instantes de emoción. No podíamos dejar de contemplar con ojos extasiados aquella muestra tan extraordinaria del arte antiguo de construcción de féretros: Tenía también la forma de Osiris como las anteriores pero la concepción era más delicada y de líneas muy bellas. Depositado en el ataúd exterior sobre un caballete que improvisamos, ofrecía la imagen maravillosa de una Majestad yacente.

La corona y las guirnaldas, colocadas sobre el sudario en recuerdo de «las coronas ofrecidas a Osiris a su triunfal salida del Tribunal de Heliópolis» que, como señala el Dr. Gardiner, nos recuerdan «la corona de la justicia» (2 Tim. iv. 8), no eran sino una ilustración de la descripción que Plinio ha dejado de las antiguas coronas egipcias. Si nos fijamos en el cuidado y la precisión con que estas están hechas, hay poderosas razones para creer que en este arte particular de los antiguos egipcios, debió de convertirse en época posterior en un comercio especializado.

Este segundo ataúd, de 6 pies 8 pulgadas de longitud, suntuosamente ornamentado con cristales opacos, cortados y tallados sobre una capa de oro bastante ancha e imitando jaspe rojo, lapislázuli y turquesa, es similar en forma y estilo al primero. Simboliza a Osiris, su ornamentación es de tipo «Rishi» pero difiere en ciertos detalles. En este caso el rey lleva el tocado «Nemes» y, en lugar de las figuras protectoras de Isis y Neftis, su cuerpo está rodeado por las alas del buitre Neckhebet y de la serpiente Buto. Lo más característico es la delicadeza y la excelsitud de su concepción que le confiere indudablemente el carácter de una obra maestra.

Nos enfrentábamos con un complicado problema, no diferente al que tuvimos que resolver dos temporadas atrás cuando fueron desmanteladas las urnas protectoras. Se trataba nuevamente de un caso insólito al que no podíamos aplicar las conclusiones que habíamos obtenido de los ejemplos anteriores. Al comprobar que el ataúd exterior tenía asas para facilitar su manejo, esperábamos, como era lógico, que hubiera asas metálicas idénticas en el segundo ataúd. Pero no había ninguna y su ausencia nos colocó ante un dilema. El segundo féretro resultó muy pesado y su superficie, de frágil decoración, encajaba tan justamente en el casco exterior que entre ambos no cabía el dedo índice. Su tapa había sido fijada, como en el caso del ataúd

exterior, por medio de clavos de plata con cabeza de oro que no podían extraerse mientras permaneciera dentro del ataúd exterior. Resultaba evidente que tenía que ser alzado enteramente antes de seguir adelante. De este modo el problema se traducía a descubrir un método para efectuar esta operación sin poner en peligro su frágil ornamentación, afectada ya por una especie de humedad cuyo origen desconocíamos de momento.

Puede darse el caso de que la tensión inherente a esas operaciones desorbite nuestro celo por evitar que estos extraños y bellos objetos puedan ser dañados irreparablemente. Durante los primeros días de la investigación arqueológica de Egipto se perdieron muchas cosas debido, sin duda alguna, a la manipulación negligente de los objetos, a la excesiva impaciencia con que se efectuaron los trabajos y sobre todo a la falta de medios suficientes. Pero todos podemos tener mala suerte aun cuando hayamos tomado las precauciones necesarias. Las cosas pueden ir aparentemente bien hasta que de repente, en el momento más crítico de la operación, escuchamos un crujido: unas piezas pequeñas del ornamento de la superficie se han desprendido. Nuestra tensión nerviosa llega entonces al máximo. ¿Qué sucede? El espacio que queda libre en el estrecho recinto está totalmente ocupado por los trabajadores. ¿Qué se puede hacer para evitar una catástrofe? Por otra parte, como al levantar la tapa, la emoción de contemplar un objeto nuevo y hermoso puede desviar la atención de los hombres, existe el peligro de que por un instante se olviden de lo que están haciendo y causen un daño irreparable.

Estas son las emociones que normalmente recuerda el arqueólogo cuando sus amigos le interrogan acerca de las sensaciones que experimentaba en aquellos momentos críticos. Únicamente los que han manipulado antigüedades pesadas pero frágiles en circunstancias tan difíciles pueden saber lo agotadora y enervante que pueden resultar la expectación y la res-

ponsabilidad que acompaña a esta clase de trabajos. Además, en nuestro caso, no estábamos seguros de que la madera del ataúd pudiera resistir su propio peso. Sin embargo, después de largas consultas, y tras haber estudiado el problema durante dos días, elaboramos un plan. Para sacar el segundo ataúd del casco del primero necesitábamos varios puntos de sujeción. Debemos recordar que no tenía asas. Por ello, consideramos más conveniente hacer uso de los clavos de metal que sujetaban la tapa.

Un examen demostró, sin embargo, que aunque el espacio existente entre el casco del ataúd exterior y el segundo féretro era insuficiente para extraer totalmente estos clavos, estos podían extraerse un cuarto de pulgada permitiendo de ese modo que fijásemos cables gruesos de cobre entre ellos y el andamio situado sobre nuestras cabezas. Y así lo hicimos. Introdujimos fuertes argollas metálicas en el borde superior del casco del ataúd exterior con objeto de poder separarlo del segundo ataúd mediante cuerdas que se deslizaban sobre poleas.

Al día siguiente, concluidos estos preparativos, pudimos iniciar la siguiente fase que constituyó uno de los momentos más importantes en el desmantelamiento de la tumba. El proceso adoptado fue contrario al que en un principio podría considerarse más lógico. Hicimos descender el casco exterior del segundo ataúd en lugar de levantarlo para extraerlo del primero. La razón residía en que el espacio para maniobrar era insuficiente y, quedando el peso estacionario, habría menos riesgo de ejercer una presión indebida sobre aquellos clavos antiguos de plata. La operación resultó un éxito. Una vez más bajamos el casco del ataúd exterior al interior del sarcófago dejando por un instante el segundo ataúd suspendido en el aire con la ayuda de diez fuertes cables de alambre. Una plancha de madera, suficientemente grande para sostener el sarcófago, fue colocada debajo y de este modo el segundo ataúd, bien asegurado, quedaba libre y fácilmente accesible para nosotros. Después de su-

jetar los cables de alambre y de retirar el mecanismo de la parte superior, el señor Burton tomó sus fotografías y nosotros pudimos concentrar nuestras energías en la elevación de la tapa.

Las incrustaciones de la superficie se hallaban, como ya hemos dicho, en un estado muy quebradizo y había que evitar todas las manipulaciones innecesarias. En consecuencia, para levantar la tapa sin dañarla, se atornillaron argollas metálicas destinadas a servir de asas en los cuatro puntos donde no había peligro de que quedaran deformaciones permanentes. Nuestro dispositivo de elevación fue fijado a estas argollas, se extrajeron los clavos de plata y la tapa fue levantada poco a poco. Al principio, la tapa tendía a permanecer adherida pero gradualmente fue separándose de su lecho y cuando estuvo lo suficiente alta para que permitiera extraer el contenido del ataúd, se bajó a una plancha de madera que habíamos colocado al lado para recibirla. Esto reveló la existencia de un tercer ataúd que, como los anteriores, tenía la forma de Osiris aunque los principales detalles del trabajo manual quedaban cubiertos por una ajustada mortaja de hilo de color rojo. La cara de oro, pulimentada, estaba descubierta. Sobre el cuello y el pecho, llevaba un collar de cuentas y flores, primorosamente trabajado, cosido sobre el reverso de un papiro e, inmediatamente encima del peinado del «Nemes», había una servilleta de hilo.

El Sr. Burton tomó inmediatamente sus fotografías. Quité entonces el collar de flores y la cubierta de hilo y descubrimos algo sorprendente. ¡Este tercer ataúd, de una longitud de seis pies y 1 ¾ de pulgada, era de oro macizo! El misterio del enorme peso que tanto nos había intrigado quedaba así aclarado. Ello explicaba también por qué el peso había disminuido tan ligeramente después de la extracción del primer ataúd y la tapa del segundo. Su peso era muy superior a lo que podían levantar ocho hombres juntos.

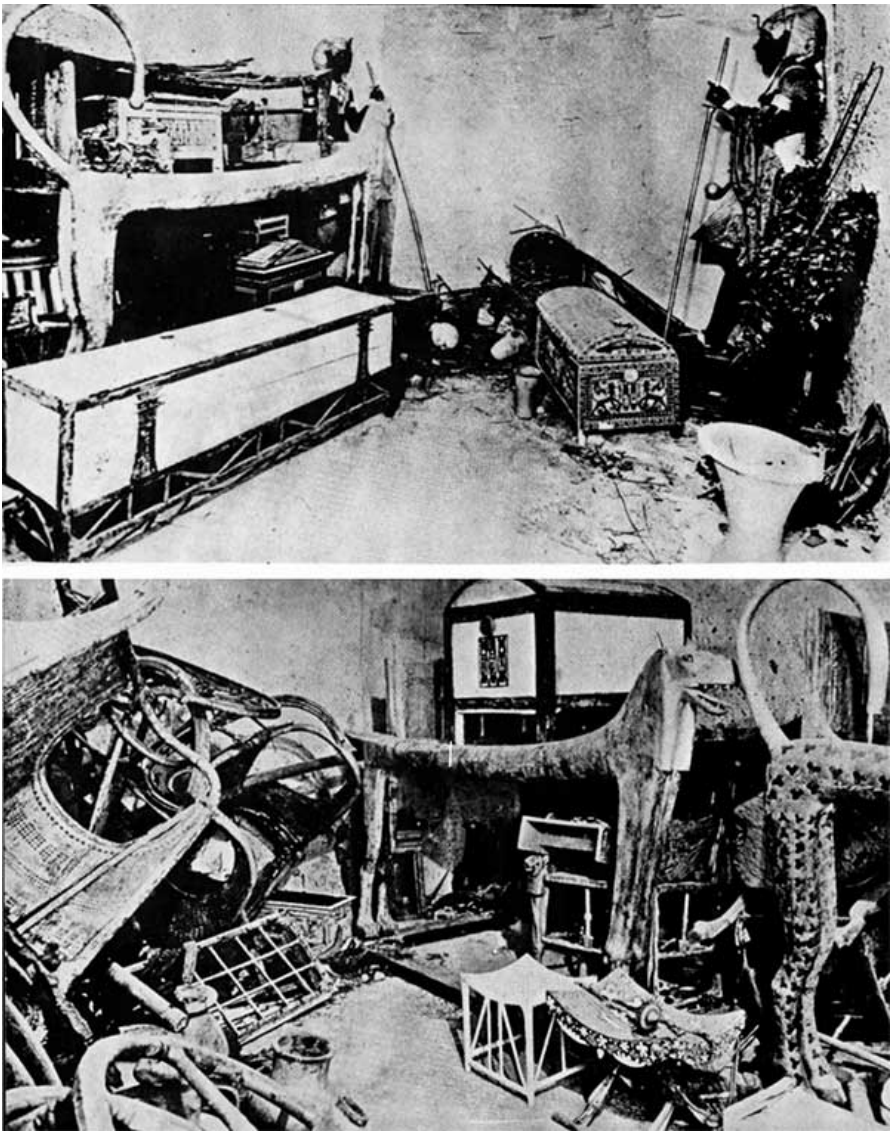
En este ataúd estaba también representado el rostro del rey pero los rasgos que simbolizaban a Osiris aunque convencionales eran más juveniles que los de los restantes. Su diseño era similar al del ataúd más exterior ya que era del tipo «Rislii» y tenía grabadas las figuras de Isis y Neftis, si bien ostentaba como elementos auxiliares las figuras aladas de Neckhebet y Buto. Estas últimas figuras protectoras, símbolos del Alto y Bajo Egipto, constituían el detalle más destacado. Estaban superpuestas en un primoroso y sólido trabajo de esmalte sobre la espléndida talla del ataúd, siendo sus incrustaciones de piedras naturales semipreciosas. Además de esta decoración, sobre el collarín convencional del «halcón» (también esmaltado) hay un collar doble abrochable de grandes cuentas en forma de discos de oro rojo y amarillo y mayólica azul que realzaba la riqueza de todo el conjunto. Pero los últimos detalles de la ornamentación quedaban cubiertos por una capa negra brillante debida a los ungüentos líquidos que evidentemente se habían vertido en grandes cantidades dentro del ataúd. Como consecuencia de este hecho este monumento inigualable no solo estaba desfigurado (aunque temporalmente, según se comprobó después) sino que se había adherido firmemente al interior del segundo ataúd y el líquido llenaba por completo el espacio existente entre el segundo y el tercer féretro casi hasta el nivel de la tapa del tercero.

Estos ungüentos de embalsamar, que evidentemente se habían utilizado en gran cantidad, eran sin duda los causantes de la desintegración que pudimos apreciar en los demás ataúdes ya que por hallarse en el interior de un sarcófago de cuarcita sellado herméticamente no podían resultar afectados por los agentes externos. Es necesario también poner de relieve que la cubierta y el collar de flores con las cuentas de mayólica azul se hallaban alterados y, aunque a primera vista parecían hallarse

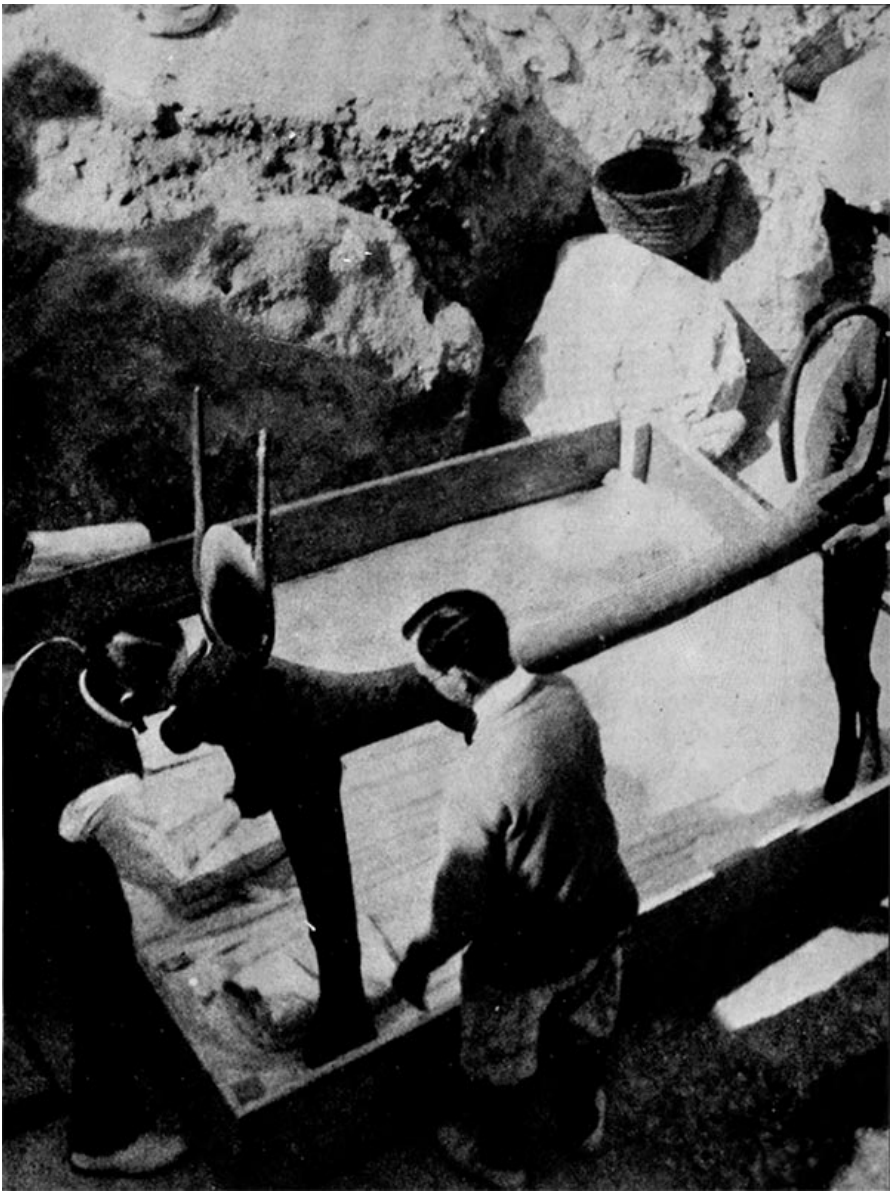
en buen estado, resultaron tan quebradizos que el material se rompía apenas tocarlo.

Levantamos el tercer ataúd contenido en el casco del segundo que ahora descansaba en la parte alta del sarcófago y los trasladamos a la Antecámara donde podía ser examinado y manejado más fácilmente. Fue entonces cuando nos percatamos con seguridad de la magnitud de nuestro último descubrimiento. Este singular y maravilloso monumento (un ataúd de más de 6 pies de longitud de bellísima realización artística, forjada en oro macizo de 2 ½ a 3 ½ milímetros de espesor) representaba una enorme masa de oro puro.

Imagen que representa a Tutankhamón. Su descubrimiento, que tuvo lugar en 1922, no se hizo público hasta 1923. Puede verse el curioso aspecto del ayudante que lleva el busto del faraón.



Antecámara de la tumba sepulcral de Tutankhamón. *Abajo*, en el extremo izquierdo, puede verse la rueda de uno de los carros de combate del faraón.



El cuidadoso traslado de la vaca Hathor, uno de los más importantes símbolos de la mitología egipcia.

¡Qué tesoros debieron de enterrarse con aquellos antiguos faraones! ¡Qué riquezas debió de ocultar aquel valle en otros tiempos! De los veintisiete monarcas allí enterrados Tutanka-

men fue probablemente el de menor importancia. ¡Qué irresistibles tentaciones para la codicia y rapacidad de los audaces ladrones contemporáneos de tumbas! Es imposible imaginar atractivo más poderosos que el ejercido por aquellos inmensos tesoros. El saqueo de tumbas reales registrado en el reinado de Ramsés IX se comprende perfectamente cuando el móvil de estos delitos se relaciona con este ataúd de oro de Tutankamen. Sin duda alguna, debió de representar una riqueza fabulosa para los doladores, artesanos, los portadores de agua y los campesinos, para los trabajadores actuales en general y, por supuesto, para los ladrones de tumbas. Estos saqueos tuvieron lugar durante los reinados de los últimos ramasidas (1200-1000 antes de C.) y están registrados en documentos legales conocidos en la actualidad como los papiros de Abbott, Amherst, Turin y Mayer, descubiertos en Tebas hacia principios del pasado siglo. Probablemente los ladrones que registraron inútilmente la tumba de Tutankamen conocían la existencia de la masa de oro que cubría los restos del joven faraón bajo su urna protectora, su sarcófago y sus ataúdes empotrados…

Después de haber retirado los ornamentos externos y las incrustaciones flexibles de oro, la momia del rey yacía desnuda cubierta únicamente por sus simples envolturas exteriores y una máscara de oro. Ocupaba todo el ataúd de oro, que medía en total 6 pies y 1 pulgada de longitud.

Las envolturas externas estaban formadas por una sábana de hilo grande sujeta por tres fajas longitudinales (una pasando por el centro y las otras por los flancos) y cuatro transversales del mismo material cuya composición correspondía a las incrustaciones flexibles anteriormente mencionadas. Sin duda alguna, estas fajas de hilo se habían fijado a la cubierta también de hilo por alguno de los tipos de pegamento que describe Herodoto. Eran dobles y su anchura variable de 2 ¾ a 3 ½ pulgadas. La faja central longitudinal, que partía del centro del abdo-

men (en el tórax realmente), pasaba por debajo de la capa inferior de cada una de las fajas transversales, seguía por encima de los pies, continuaba por debajo de las plantas y volvía en sentido contrario extendiéndose por debajo de la segunda capa de las fajas transversales. A ambos lados de los pies, las envolturas de hilo estaban rozadas, probablemente como consecuencia de los golpes contra los lados del ataúd de metal en el curso de su transporte a la tumba. La momia yacía formando un ligero ángulo, de lo que podía deducirse que sufrió alguna sacudida al colocarla dentro del sarcófago. Por indicios similares podía deducirse también que los ungüentos se habían vertido sobre la momia y el féretro antes de ser estos introducidos en el sarcófago. En ambos lados el líquido se extendía a diferentes niveles deteriorando poco a poco el interior del ataúd.

Teniendo en cuenta el estado quebradizo y carbonizado de las envolturas, toda la superficie que quedaba al descubierto se cubrió con parafina fundida a una temperatura conveniente para que al enfriarse formase una delgada capa sobre la superficie con una penetración mínima en las envolturas antiguas situadas debajo. Cuando se enfrió la cera, el Dr. Derry hizo una incisión longitudinal en el centro del vendaje exterior hasta donde había penetrado la cera, permitiendo así que las vendas solidificadas pudieran ser extraídas en grandes trozos. Pero nuestras dificultades no terminaron aquí. Las voluminosas envolturas interiores se hallaban todavía en peor estado de carbonización y descomposición. Habíamos confiado en que mediante la extracción de la capa exterior de los vendajes podríamos desprender a la momia en los puntos en que estaba adherida al féretro y poder así extraerla. Pero también aquí sufrimos una decepción. Se comprobó que el tejido situado debajo de la momia y el mismo cadáver se habían saturado tanto de los ungüentos que habían formado una masa parecida a la brea en el fondo del ataúd adhiriéndolos tan firmemente al mismo que

era imposible levantarlos sin riesgo de dañarlos. Incluso después de haber retirado cuidadosamente la mayor parte de los vendajes, la masa solidificada tuvo que ser cortada por debajo del tronco y de las extremidades para poder levantar los restos del rey.

Los vendajes que envolvían la cabeza se encontraban en mejor estado de conservación que los del resto del cuerpo ya que al no estar impregnados de ungüento habían resultado afectados solamente por oxidación indirecta. Esto fue lo que ocurrió en gran parte con las envolturas de los pies.

El sistema general de vendaje, según pudimos comprobar, era del tipo normal. Comprendía una serie de vendas, sábanas y almohadillas de hilo, estas últimas destinadas a completar el contorno antropoide. El conjunto revelaba un esmero considerable. El lino era evidentemente de una clase fina parecida a la batista. Los numerosos objetos depositados sobre la momia estaban introducidos en las capas alternativas de las envolturas y cubrían literalmente al rey desde la cabeza a los pies. Algunos de los objetos más grandes estaban sujetos por una diversidad de capas de vendajes arrollados longitudinal y transversalmente.

Aunque en realidad el examen se efectuó empezando necesariamente por los pies, con objeto de facilitar mis explicaciones lo describiré partiendo de la cabeza enumerando todos los objetos y detalles interesantes en este mismo orden.

Sobre la cabeza, había una almohadilla de forma cónica hecha de borras de hilo que presentaba el aspecto de un vendaje moderno y que por su forma nos recordaba la corona «Atef» de Osiris sin los accesorios de los cuernos y las plumas. Desconocemos el objeto de esta almohadilla. Por su forma induce a creer que se trata de una corona pero, por otro lado, podría tratarse también de una almohadilla alta destinada a servir de so-

porte y de relleno al espacio vacío que quedaba en el interior del tocado de estilo «Nemes» de la máscara de oro, especialmente si tenemos en cuenta el hecho de que la máscara forma parte integrante del equipo de la momia y coincide con las efigies colocadas sobre los féretros.

Debajo de esta almohadilla en forma de corona, descansando en la parte posterior de la máscara, había una pequeña almohada-amuleto de tipo «Urs» de hierro que servía de apoyo para la cabeza y que, según el capítulo 166 del «Libro de los Muertos», tiene el siguiente significado: «Elévate de la nada, oh postrado… Vence a tus enemigos, triunfa frente a todas sus asechanzas». Tales amuletos están hechos generalmente de hematita pero en este caso es de hierro puro, circunstancia que nos proporciona un importante punto de referencia para analizar la evolución y desarrollo de la historia de la civilización.

Junto a la almohadilla y rodeando la parte superior de la cabeza, había un lazo doble (en árabe «aqal») semejante al tocado de los beduinos, hecho de fibras fuertemente trenzadas con cuerda, y con anillos en los extremos a los que sin duda se le fijaban cintas que se ataban en la parte posterior de la cabeza. Desconocemos cuál era su objeto ya que no hemos hallado nada igual o parecido, pero creemos que servía de respaldo a la cabeza que soportaba así más fácilmente el peso de la corona.

La extracción de algunas capas de la envoltura dejó al descubierto una magnífica diadema que circundaba por completo la cabeza del rey, un objeto de gran belleza formado por un sencillo aro metálico al que se había unido una cinta de oro ricamente adornada en forma de espiral, con diminutos clavos, también de oro, destinados a mantenerla fija, y un arco floral en forma de disco en la parte posterior del cual colgaban dos apéndices de oro, a modo de cinta, decoradas de idéntica forma. A ambos lados del aro central hay apéndices de la misma clase, pero más anchos, que llevan un emblema macizo colgan-

te con la figura de la serpiente unida a sus bordes delanteros. Debo mencionar aquí el hecho de que los distintivos de la soberanía del norte y del sur correspondientes a esta diadema, fueron hallados más abajo, separados de la misma, sobre los muslos derecho e izquierdo respectivamente y que como el cadáver del rey yacía dentro del sarcófago con la cabeza orientada hacia el oeste, y la serpiente de Buto estaba sobre el lado izquierdo y el buitre de Neckhebet sobre el derecho, los distintivos ocupaban su posición geográfica correcta como ocurría con los emblemas de los féretros. Estos dos distintivos de oro de la realeza tienen fijadores acanalados en el dorso en los que encajan unas lengüetas en forma de T labradas sobre la diadema. Son, por tanto, movibles y podían fijarse sobre cualquier corona que pudiera haber llevado el rey.

El Neckhebet de oro con ojos de obsidiana es un notable ejemplo de orfebrería. La forma de la cabeza con el occipucio cubierto de arrugas y la nuca rodeada por un collar incompleto de plumas cortas y rígidas, aclara bastante que el pájaro que representa a la diosa del Alto Egipto era un «Vultur auricularis», el buitre simbólico. Esta especie concreta abunda hoy en Nubia pero no es corriente en las provincias del centro y del sur de Egipto siendo una especie rara, si es que se ha visto alguna vez, en el Bajo Egipto.

Esta diadema debe de haber tenido un origen muy antiguo ya que, según parece, ha derivado su nombre —«Shesmen»— y su forma de las cintas circulares que llevaban los hombres y las mujeres de todas las clases sociales en los remotos tiempos del Antiguo Reino, unos 1.500 años antes del Nuevo Imperio…

Cuando este tipo de diadema aparece en las pinturas de los monumentos, el rey suele llevarla adosada en torno a una peluca sobre la que ostenta la corona «Atef» de Osiris.

Alrededor de la frente, bajo varias vendas de hilo, había una faja ancha de oro pulimentado que cubría las sienes y terminaba por detrás y por encima de las orejas. En sus extremos tenía unos ojales a través de los cuales pasaban cintas de hilo que se unían formando en su sitio, encima de las cejas y las sienes, un fino tocado «Khat», de hilo parecido a la batista, reducido desgraciadamente a un estado de descomposición tan extremo que solamente era reconocible por un fragmento, similar a la cola de un cerdo, correspondiente a la parte posterior. Cosido a este tocado «Khat» se hallaba una insignia real, encontrándose la segunda sobre el cuerpo del rey. La serpiente, con el cuerpo y la cola formados por secciones flexibles ensartadas, trabajadas en oro y ribeteadas con cuentas diminutas, pasaba por encima del eje de la corona, extendiéndose hacia atrás hasta el «lambda», mientras que el buitre Neckhebet (esta vez con las alas abiertas y con idénticas características a las ya descritas) cubría la parte superior del tocado, quedando su cuerpo paralelo al de la serpiente. A fin de que el hilo blando de este tocado adquiriese su forma convencional, se colocaron almohadillas de lino debajo del mismo y por encima de las sienes.

Debajo del tocado «Khat» habían nuevas capas de vendaje que cubrían un casquete de tejido fino de lino ajustado sobre la cabeza afeitada del monarca y adornado con un artístico motivo de serpientes en diminutas incrustaciones de oro y mayólica. El casquete se sujetaba por un aro de oro, similar al que acabamos de describir y que pasaba sobre las sienes. Cada una de estas serpientes lleva en su centro el símbolo «Aten» del Sol. El tejido del casquete estaba desgraciadamente muy carbonizado y descompuesto, pero el ensartado había sufrido bastante menos conservándose el dibujo prácticamente intacto ya que estaba adherido a la cabeza del rey. Intentar desprender este exquisito trabajo hubiera sido desastroso y por ello lo protegimos

con una fina capa de cera dejándolo como lo habíamos encontrado.

La separación de las últimas envolturas que protegían el rostro del rey exigía el mayor cuidado ya que, debido al estado carbonizado de la cabeza, existía el riesgo de dañar sus frágiles facciones. Nos dábamos cuenta de la particular importancia y responsabilidad que tenía nuestro trabajo. Soplando ligeramente, conseguimos que los últimos fragmentos se desprendieran del tejido corrompido dejando al descubierto un semblante sereno y plácido propio de un hombre joven. Su cara tenía un aspecto noble y refinado. Sus rasgos estaban bien formados, especialmente los labios, claramente marcados, y creo, sin pretender inmiscuirme en el terreno de los doctores Derry y Saleh Bey Hamdi, haber sido el primero en apreciar un detalle importante: El notable parecido con su padre político Akenaton, una afinidad que ha podido ya ser observada en los monumentos.

La reina Elizabeth de Bélgica visitando la tumba de Tutankhamón, acompañada por lord Carnarvon y Howard Carter.

La pirámide enterrada

Zakaria Goneim

Zakaria Goneim nació en Egipto. Obtuvo su diploma de egiptólogo en la Universidad de Giza en 1934, bajo la supervisión de Newberry, Junker y Vikentiev. En 1937, fue destinado al Servicio de antigüedades y empezó su carrera en Saqqara. En 1939, fue nombrado Inspector de Antigüedades en Aswan y Edfu y, en 1943, Conservador de la necrópolis de Tebas. Realizó su trabajo con tanto éxito que, en 1946, fue designado para el puesto de Inspector Jefe del Alto Egipto y, en 1951, se le confiaron en exclusiva las antigüedades de Saqqara. Fue aquí donde hizo el notable descubrimiento de una nueva pirámide enterrada. Desgraciadamente, su labor quedó interrumpida en 1956 por razones políticas y económicas muriendo en 1959 en circunstancias muy lamentables.

La pirámide escalonada de Sakkara, construida por Imhotep para el faraón Djoser, de la tercera dinastía, (hacia 2650 a. de J. C.). Es la primera tumba monumental egipcia y está formada por seis mastabas superpuestas.

Durante los últimos días de septiembre de 1951, Hofni y yo recorríamos el extenso yacimiento en busca de un lugar apropiado para empezar nuestro trabajo. Unos restos de mampostería que apenas sobresalían del suelo en el límite occidental de la terraza, llamaron nuestra atención. Empezamos, pues, a cavar en aquel sitio. Con gran júbilo por nuestra parte, el primer día apareció un sólido muro de mampostería formado por hileras de piedras. Cavamos hasta los cimientos del muro, a unos 27

pies de profundidad, y descubrimos que había sido construido sobre un estrato rocoso y que tenía un espesor de más de 60 pies. Estaba formado por tres tabiques paralelos. El tabique central tenía unos 11 pies de espesor, cerrado por ambos lados por dos tabiques de unos 41 pies de espesor, cuyas caras externas se inclinaban hacia dentro formando un ángulo de 72 grados. Los arquitectos dan a este tipo de construcción el nombre de muro «batido».

El hallazgo sirvió para reafirmarme en mi idea original y, durante los dos meses siguientes, continuamos haciendo excavaciones en puntos que seguían la longitud de este muro macizo. Aumenté a cincuenta mi cuadrilla de trabajadores. Bajo la dirección de Hofni Ibrahim, se tendió la línea férrea «Decauville» para transportar la arena y la piedra extraída del yacimiento a una escombrera adecuada. La terraza se halla en el ángulo sudoriental de la gran depresión existente al sudoeste del recinto amurallado de Djoser. Escogí como escombrera una zona situada al oeste del límite occidental de la terraza, tras haber examinado previamente el lugar abriendo varios pozos de sondeo destinados a asegurarme de que lo único que había allí era un estrato de roca y que no ocultaba tumbas o monumentos. El «Decauville» es un tren ligero, de vía estrecha, que puede instalarse fácilmente y ser trasladado de un lugar a otro en caso necesario. Los volquetes corren por él y el estruendo que producen, unido a las canciones y a los gritos rítmicos de los obreros, forman un conjunto armónico familiar a todos los arqueólogos egipcios. ¡Es una música que llega al corazón del excavador!

El muro estaba formado por grandes bloques uniformes de piedra caliza gris, procedente de aquella misma región y su parte superior parecía haber sido terminada en una época remota. Cuando tuve bien localizado este muro, busqué las esquinas y por último los límites. Descubrí que formaba un rectán-

gulo con su lado mayor orientado de norte a sur y su lado menor de este a oeste, midiendo 1.700 y 600 pies respectivamente.

El enorme espesor de este muro (66 pies) y el hecho de que no estuviese cubierto de piedra caliza fina, como ocurría con la muralla de Djoser, me confundió al principio. Luego me di cuenta de que se trataba realmente de una plataforma de cimientos sobre la cual se había levantado originalmente el muro superior. La situación del terreno explicaba la razón. La pirámide de Djoser se alzaba en un lugar elevado sobre el mismo vértice de la meseta que domina el valle. Pero el rey que ordenó la construcción del recinto amurallado recién descubierto no tuvo esa ventaja. Su monumento tenía que ser erigido en una depresión y con el objeto de superar esta desventaja, su arquitecto construyó primeramente aquella plataforma maciza de piedra, destinada a permanecer oculta y sobre ella construyó la muralla «real», de tipo similar a la de Djoser, probablemente con contrafuertes y puertas simuladas con el objeto de que todo pudiera ser visto desde lejos. La mayor parte de esta muralla destinada a servir de «biombo» había desaparecido. La fina piedra caliza fue una tentación demasiado grande para los constructores posteriores. Los reyes del Antiguo Egipto saqueaban frecuentemente los monumentos de sus antecesores y esta muralla cayó, como las demás, victima de esta costumbre. Sin embargo, no me cabe duda de que la muralla más alta había sido terminada, ya que encontramos varios fragmentos de la misma en los límites del extremo norte del recinto amurallado, teniendo los bastiones artesonados y los sectores de muralla comprendidos entre estos las mismas medidas que los de la muralla de Djoser. Esta, incidentalmente, es una de las razones por las que creo que el rey que construyó este recinto amurallado fue posterior a Djoser ya que si el monumento de este último rey no hubiera existido, entonces los constructores de esta nueva estructura la hubiesen levantado sin ningún género de

dudas, más cerca del límite de la meseta, no solo por su posición más ventajosa sino porque habría estado más próxima a la orilla occidental del Nilo, donde tenían que descargarse las piedras de revestimiento puesto que, aunque el núcleo de la pirámide estaba construido con piedra caliza, la piedra de fino granulado, requerida para los bloques de revestimiento, se había extraído de las colinas de la orilla oriental del Nilo.

Las posteriores excavaciones realizadas en la zona norte de la terraza rectangular revelaron la existencia de varios muros de piedra paralelos que seguían una dirección este oeste y que se unían mediante pequeños muros transversales, también de piedra. El conjunto recordaba sorprendentemente las estructuras existentes en el recinto amurallado de la pirámide de Djoser. Nos costó unos dos meses excavar y examinar este impresionante conjunto de muros transversales ya que resultaba difícil decidir por dónde había que empezar a excavar en este enorme recinto. Debo destacar a este respecto las enormes dimensiones del lugar. No se trataba de excavar una simple tumba en un sitio determinado claramente sino de trabajar en una zona de un tamaño varias veces superior a la Plaza de Trafalgar de Londres. Infinidad de veces fui con Hofni Ibrahim a examinar nuevamente el recinto amurallado de Djoser, particularmente su extremo norte, con la esperanza de encontrar huellas sobre la disposición del recinto descubierto últimamente. Encontramos los mismos muros en varios lugares pero sobre todo en el extremo norte.

La razón de que existieran estos muros cruzados era la siguiente: Cuando los constructores de aquel remoto período deseaban elevar la superficie de un terreno, construían primeramente muros cruzados, dividiendo la superficie en compartimentos que luego rellenaban con piedras. Es importante recordar también que los edificios de Djoser no eran auténticos edificios concebidos para habitar en ellos sino edificios simulados.

Podían ser considerados como estructuras macizas y sobre sus muros se simulaban los vanos.

El conjunto puede ser descrito de la forma siguiente: Cuando se está excavando una casa o un templo es posible determinar con exactitud dónde están los muros y cuáles son los espacios destinados a las cámaras. Pero en el presente ejemplo los espacios existentes en el interior de las estructuras eran tan pequeños que toda la construcción parecía constituir un cuerpo macizo. La mayoría de estos edificios tenían en realidad un carácter simbólico y su objeto era representar ciertos elementos del palacio real de Menfis que se juzgaron imprescindibles para la vivienda que el monarca tenía que ocupar en el otro mundo y para asegurar los derechos de su soberanía.

Pueden imaginarse fácilmente las dificultades que encontraríamos para fijar la disposición de estos edificios ya que lo único que quedaba de ello eran los cimientos. Por esta razón volví con frecuencia al recinto amurallado de Djoser, que fue objeto de una sistemática labor de excavación, con el objeto de intentar conseguir datos que me permitieran interpretar la disposición de la nueva estructura. Los paralelismos eran sorprendentes y llegué a convencerme cada vez más de que aquel era en verdad el recinto amurallado de una pirámide escalonada, aunque entonces fueron muy pocos los que creyeron en mi teoría.

En trabajos de esta naturaleza, el arqueólogo se encuentra a veces ante un callejón sin salida (tanto en un sentido figurado como real) y esto fue lo que ocurrió mientras excavábamos en esta zona. Observamos que la mayoría de los fragmentos utilizados para rellenar los espacios vacíos de la muralla eran restos de esa arcilla blanda, llamada en árabe «tafl», que se encuentran normalmente en las ruinas de las galerías subterráneas. Esto nos indujo a sospechar que en el subsuelo podíamos encontrar galerías subterráneas, que tal vez conducían a algunas tumbas, posibilidad que se hacía más evidente si tenemos en cuenta que

estos grandes espacios cruzados de murallas han sido hallados muchas veces sobre este tipo de galerías en la parte septentrional del recinto amurallado de Djoser. Por consiguiente, buscamos la entrada y recuerdo que mis dos obreros principales y yo pasamos mucho tiempo haciendo conjeturas sobre su posible ubicación. Los restantes trabajadores se unieron con entusiasmo a la búsqueda y, como generalmente ocurre en estas ocasiones cada uno expuso su propia teoría. En su afán por encontrarla, todos lanzaban gritos anunciando «¡La entrada está aquí!» … «¡No, está aquí!». Y cada día surgían nuevas interpretaciones. Resultaba muy difícil salir de aquel laberinto de hipótesis y dudas, sobre todo cuando los visitantes y otros arqueólogos venían a vernos y, después de examinar el yacimiento, nos aseguraban que el recinto amurallado nunca fue terminado del todo y que no conseguiríamos encontrar nada.

Convencido de que era inútil proseguir la búsqueda de una tumba, decidí finalmente desplazar el trabajo unas yardas más al norte. Fue en las Navidades de 1951 cuando dije a «Reis» Hofni que trasladara el ferrocarril Decauville a ese otro punto. Imagínense nuestra alegría cuando, el Día de Año Nuevo de 1952, encontramos inesperadamente un tramo de peldaños que conducían a un enorme muro transversal que se extendía de este a oeste cruzando el recinto. Esta pared era bastante diferente a las que había descubierto antes. Estaba recubierta con piedra caliza fina y construida con bastiones y cortinas exactamente iguales a la muralla de Djoser. También estaba artesonada de igual forma. Por alguna razón no estaba terminada y se hallaba empotrada en una masa de mampostería seca compuesta de muros transversales de piedra, que se alzaban a intervalos sobre el muro principal. Los intersticios estaban también rellenados de escombros. Debido a esto, se encontró intacto el muro en una longitud de 138 pies, hasta que su construcción se interrumpió, debido posiblemente a una modificación en los pro-

yectos del arquitecto. A medida que fuimos descubriendo la belleza de esta obra en la fase en que la habían dejado los obreros hace casi cinco mil años, me iba dando cuenta de que estábamos ante un hallazgo de la mayor importancia…

El Año Nuevo nos había llenado a todos de nuevas esperanzas. Hofni, su hermano y el resto de los trabajadores estaban tan satisfechos como yo. Anteriormente habían trabajado en varias excavaciones importantes y para ellos era una cuestión de honor encontrar algo valioso para la ciencia en cada yacimiento en cuya excavación participaban. Como es lógico, no siempre veían cumplidos sus deseos y se comprende perfectamente que cuando sus esperanzas no eran defraudadas experimenten una satisfacción muy grande. Estas experiencias pasan luego a formar parte integrante de sus vidas y constituyen materia de relatos para sus hijos.

Tal vez, algunos lectores se pregunten por qué se concede tanta importancia a una simple muralla. Debemos aclarar que esta no era una muralla corriente ya que resulta realmente difícil encontrar en Egipto una estructura semejante que no haya sido alterada por el tiempo. A medida que fuimos despejándola en su totalidad, encontramos pruebas incontestables de que la «Pared Blanca», como la llamábamos, debió de quedar enterrada muy poco después de su construcción. Ante nosotros teníamos algo que ningún ser humano había contemplado en casi cincuenta siglos.

Pudimos observar marcas y dibujos pintados en rojo sobre la superficie blanca de piedra caliza, obra de los antiguos constructores. Algunos bloques de piedra, por ejemplo, tenían marcas que habían sido hechas antes de salir de los yacimientos situados en la orilla opuesta del Nilo. Los de la «Pared Blanca» eran meros símbolos cuyo significado se ha perdido aunque, por otras muestras encontradas en las ultimas pirámides, sabemos que algunas de estas marcas indicaban los nombres de las

cuadrillas o equipos que cortaban la piedra. Se cree que estas cuadrillas estaban formadas por unos ochocientos o mil hombres. He aquí las inscripciones que dejaron algunas de estas cuadrillas que extraían piedra de las canteras para las pirámides de Cheops y Mycerinus:

Muchachos: Cheops incita al amor

Muchachos: La Corona Blanca de Klmmw-Khufu (Cheops) es poderosa

Otras marcas han sido interpretadas de la siguiente forma:

En posición vertical

Reservada

Para la tumba real

Estos signos y dibujos mal trazados nos hacen comprender más fácilmente la forma en que trabajaban los antiguos constructores. Sobre la «Pared Blanca», por ejemplo, encontramos las líneas de nivelación hechas por el procedimiento de tensar sobre la superficie una cuerda previamente sumergida en pintura roja, y «pellizcarla» exactamente igual que en la actualidad hacen los modernos albañiles. Sin duda alguna, este procedimiento se utilizaba con objeto de que los obreros dejasen las piedras al mismo nivel a lo largo de toda la pared. Aun cuando este era en realidad el segundo o el tercer intento de construir muros monumentales en mampostería de piedra, los constructores habían adquirido una gran habilidad.

Luego encontramos algo que nos hizo sentir muy cerca de nosotros aquel pasado remoto y que ponía una nota de vida en aquel monumento egipcio: Los antiguos obreros, en sus ratos libres habían dibujado sobre la pared figuras de hombres, animales y barcas en ocre rojo o en negro de humo. Entre ellas había una figura de un libio con una larga túnica y un tocado alto,

que llevaba un arco. Los libios, nómadas que vivían en el Desierto Occidental, eran, por supuesto, extranjeros para los egipcios cuyas vestimentas eran bastante diferentes. También había dibujos inconfundibles de leones. En aquel tiempo, en el desierto de Egipto era posible todavía encontrar leones y otras fieras carnívoras y probablemente los hombres las habían visto muchas veces correteando por las dunas lejanas. Otros dibujos representaban barcas, algunas con velas, otras sin ellas, y falúas similares a las utilizadas por los antiguos egipcios, destinadas a transportar bloques de piedra caliza desde el este a la orilla noreste del Nilo.

En este punto debo insistir en que hasta entonces no se habían presentado indicios que confirmasen que lo que habíamos descubierto era una pirámide. Habíamos encontrado un recinto amurallado que tenía cierta similitud con el del rey Djoser y una muralla cruzada tan parecida a la existente en aquel mismo lugar que, según todos los indicios, ambos monumentos habían sido construidos en una época muy próxima al reinado de Djoser. Pero nuestros descubrimientos terminaban allí. Aparte de la «Pared Blanca», los que visitaban el yacimiento en aquellos primeros meses de 1952 encontraban poco que les impresionara. Solo la planicie, desnuda de arena y piedras, sembrada de hoyos desde uno de los cuales corría el Decauville hasta la escombrera. «¿Dónde está la pirámide?», se preguntaban jocosamente mis colegas de profesión sin que yo tuviese otra respuesta que darles que mi propia fe en hallar lo que estaba buscando debajo de aquella vasta extensión de arena. Pero cuando pensaba que la modesta subvención de que disponía se agotaba rápidamente, me sentía inquieto porque si el dinero se gastaba en excavaciones infructuosas podría ser difícil obtener nuevos fondos. Teníamos que escoger con sumo cuidado el sitio adecuado para efectuar nuestros sondeos y, por las noches, cuando regresaba a mi casa después del trabajo de la jornada me dedi-

caba a estudiar el plano de la zona, analizaba la labor realizada por otros arqueólogos que habían trabajado en pirámides, discutía nuevas soluciones y conversaba hasta altas horas de la noche con mis primeros obreros, Hofni y Hussein.

Creo llegado el momento oportuno de explicar a mis lectores el plano del recinto amurallado de la pirámide… Ellos observarán que al norte del punto en que la «Pared Blanca» se une a los muros norte-sur del recinto, se observa un curioso cambio de estructura. Descubrimos este detalle poco después de que la muralla quedase al descubierto sumiéndose en un mar de dudas durante algún tiempo. En realidad había dos detalles que me hicieron reflexionar. El primero podía observarse partiendo de la «Pared Blanca» en dirección norte. Los muros este-oeste del recinto no seguían la misma línea que antes sino que quedaban enterrados a una profundidad de seis pies formando un ángulo. Esto indicaba o bien la existencia de otro monumento unido al primero en el lado norte o «una prolongación del monumento original». Después comprobé que esta última suposición era la correcta.

El segundo detalle extraño consistía en el hecho de que esta prolongación septentrional de la «Pared Blanca» quedaba encima del nivel de la parte sur del recinto, formando una especie de plataforma elevada. ¿Por qué estaba construido así? Solo las excavaciones que realizamos posteriormente nos darían la respuesta final.

Entretanto en mi afán por encontrar una solución al problema, empecé a excavar el recinto en toda su longitud desde el este al oeste, siguiendo la línea de la «Pared Blanca». Encontramos primeramente grandes bloques de fina piedra caliza, dispuestos de tal modo que formaban un tramo de escalones en el extremo oeste del muro macizo, y que, por su situación, habría podido servir de cantera a los constructores.

La pared resultó estar formada por una gruesa capa interior de piedra caliza, regularmente dispuesta, revestida exteriormente de piedra caliza blanca. La cara exterior del muro, estaba artesonada y reforzada con bastiones colocados a intervalos regulares. Toda aquella magnífica estructura presentaba exactamente el mismo diseño que la muralla de Djoser. Los intervalos de muro situados entre los bastiones tenían la misma anchura y longitud. Los bastiones eran de las mismas dimensiones, siendo aprovechados los espacios más amplios para tallar en ellos las puertas simuladas, con sus grandes hojas cerradas, lo mismo que en la muralla de Djoser. Yo estaba entusiasmado porque de pronto parecía ser evidente que había encontrado un recinto construido con arreglo a las líneas arquitectónicas de Djoser.

Durante el resto de la temporada de 1952, es decir, desde enero a marzo, continuamos trabajando en la muralla, excavando 150 pies de su longitud. Solamente nos detuvimos cuando en su extremo este, el más próximo a la necrópolis, nos dimos cuenta de que la muralla había sido dañada como consecuencia de la extracción de algunas de las piedras que la formaban.

Sin embargo, en la disposición estructural de las piedras pudimos observar dos diferencias esenciales. Las dimensiones de estas eran aquí mucho más grandes que las del recinto amurallado de Djoser. En la nueva muralla, la altura de las piedras es de 50-52 centímetros mientras que en las partes bajas de la muralla de Djoser es solamente de 24-26 centímetros. Por otra parte, la piedra fina de caliza fue utilizada mucho más sobriamente en el revestimiento.

Estos dos factores son de suma importancia para determinar la fecha del monumento. Es cierto que ya en el reinado de Djoser existía la tendencia a aumentar el tamaño de los bloques de piedra ya que los constructores se habían dado cuenta por fin de que un aumento del tamaño significaba cierta economía en el trabajo de cortar los bloques y daba una mayor resistencia y

cohesión a los muros. Por ello, el tamaño de las piedras y la forma en que fueron usadas en esta nueva muralla sugieren una fecha «posterior» a la de Djoser, si bien todavía dentro de la Tercera Dinastía. La economía en el revestimiento indica también un método de construcción más racional y, en consecuencia, más perfeccionado. Pero las obras de la muralla fueron abandonadas y el límite norte del recinto había sido desplazado seiscientos pies más hacia el norte. La hipótesis de que fue abandonada durante su construcción queda demostrada por el hecho de que el sexto y último muro de piedras no habían sido revestidos aún presentando una superficie rústica. Por otra parte, varios tabiques de piedra caliza sin pulir se apoyaban directamente sobre la fachada ya ornamentada aunque parte de su superficie estaba todavía sin alisar y conservaba las numerosas marcas de la cantera y las inscripciones trazadas por los albañiles y a las que ya he hecho referencia anteriormente.

Durante todo este tiempo mis obreros y yo estuvimos pendientes de la aparición de posibles restos de galerías subterráneas como las que existen en el subsuelo del sector septentrional del recinto amurallado de Djoser, hasta que un día encontramos algo que alimentó nuestras esperanzas. Era un túnel abierto al parecer por uno de los antiguos ladrones de tumbas… Para el arqueólogo, estos túneles pueden ser a la vez motivo de esperanza o de desesperación. De esperanza porque indican que, hace miles de años, algún osado bribón sabía o sospechaba la existencia de la tumba en las proximidades. De desesperación porque ¡cabía la posibilidad de que la hubiera encontrado y saqueado!

Pero esta vez prevalecieron nuestras esperanzas. Descendimos por aquel pasadizo y seguimos el túnel hecho por el ladrón. Tenía una longitud de sesenta y dos pies. Penetraba dentro de la roca y describía un amplio semicírculo. Tuvimos que avanzar con cuidado por temor a que se desprendiesen rocas o

se produjera un desmoronamiento total del túnel pero, cuando Hofni y yo llegamos al final del mismo y comprobamos que terminaba en la roca, nos llevamos una alegría y nos tranquilizamos. En esta ocasión al ladrón le salieron mal sus cálculos y tuvo que ceder disgustado. ¿Pero habría tenido éxito en otra parte? Pasaría mucho tiempo antes de que halláramos una respuesta a esa incógnita.

El período comprendido entre enero y principios de abril de 1952, fue aprovechado para despejar la «Muralla Blanca» hasta su base y en toda su longitud hasta el punto donde había sido deformada como consecuencia de la extracción de sus piedras. Durante este tiempo había conseguido comprender mejor la estructura del recinto amurallado. Siempre que realizo excavaciones en algún yacimiento procuro identificarme con los constructores antiguos, captar su idea con el objeto de comprender «por qué» su monumento había adoptado una forma determinada. Los arquitectos antiguos introducían, con frecuencia, modificaciones en sus planos durante la fase de construcción y mediante la observación y el razonamiento metódicos, y la experiencia y conocimientos obtenidos del estudio de otros monumentos, es posible a veces deducir dónde y por qué se efectuaron esos cambios e imaginar acertadamente lo que puede haber quedado oculto en el subsuelo.

De este modo, llegué a convencerme de que la Muralla Blanca había formado originalmente el límite norte del recinto pero que por alguna razón, aún no aclarada, los constructores decidieron extenderla hacia el norte a un nivel más alto. También pude deducir que tratándose inequívocamente de un recinto amurallado, debió de haber tenido un edificio central situado aproximadamente en el centro geométrico del recinto «primitivo». Podría objetarse que existía la posibilidad de que los constructores hubieran abandonado el recinto antes de empezar el edificio central, independientemente del carácter del

mismo (pirámide o «mastaba»). Pero esto era improbable, pues sabíamos por otras estructuras que las diversas partes del edificio eran construidas simultáneamente y en este no se apreciaban huellas de un edificio central semejante, ni siquiera de restos de mampostería, que pudieran haberme conducido hasta la muralla.

A principios de abril, medí el recinto original con el teodolito a fin de determinar su centro geométrico exacto. Expuse a Hofni mi idea y este la compartió con entusiasmo. Nunca había trabajado antes en pirámides de una época tan antigua aunque desempeñó un papel importante en la excavación de la famosa pirámide del rey Senusret (din. XII) en el-Lahun. En realidad fue Hofni Ibrahim quien encontró uno de los objetos más bellos descubiertos en una pirámide egipcia unos treinta años antes. Había trabajado para Sir Flinders Petrie en la tumba de la princesa Sit-Hathor-Iunet, hija de Senusret II. En el curso de la excavación de un nicho en una esquina de la tumba encontró una muestra extraña del «uraeus» real o serpiente sagrada. Era de oro, con una cabeza de lapislázuli ojos de granate, y estaba adornada con cornerina, turquesa y lapislázuli. Este símbolo real, que representaba el dominio sobre el Bajo Egipto, era llevado por los faraones en sus coronas. Incrustado en el barro, no fue visto por los ladrones cuando saquearon la tumba y había permanecido intacta durante cuatro mil años hasta que Hofni la encontró. Él me explicó una vez que visitaba frecuentemente el Museo de El Cairo solo para admirar el «uraeus» en su vitrina y recordar aquel día, hacía ya treinta y seis años, en que lo tuvo por primera vez en sus manos. Son recuerdos como este los que llenan de gloria la vida de estos hombres y les estimulan cada vez que empiezan a trabajar en un nuevo yacimiento. Llenos de esperanza mis trabajadores emprendieron la nueva fase de la excavación, que consistía en intentar localizar el edificio central, si es que existía.

En todo trabajo de esta naturaleza, la suerte tiene tanta importancia como el buen sentido y, en esta ocasión, nos favoreció la suerte. Yo había fijado el sitio donde debía estar el edificio pero cuando di instrucciones para que se abriese el primer pozo de sondeo no tenía la menor idea de si tropezaríamos con el bloque de la muralla o, por el contrario, cavaríamos inútilmente en la tierra de alguno de los patios interiores. Por ello, ya pueden imaginar mi satisfacción cuando el 29 de enero de 1952, Hofni vino hacia mí excitado diciéndome que habían encontrado restos de mampostería. Por fortuna, localizado el verdadero límite sur de la estructura oculta, ya no nos resultaría difícil desde allí seguirla hasta sus esquinas y definir los límites de todo el edificio.

Este edificio resultó estar formado por una serie de muros independientes que se apoyaban unos en otros y se inclinaban hacia dentro formando un ángulo de 75 grados, mientras las «hileras de ladrillos unidas a la muralla principal formaban un ángulo recto con respecto a esta». Los lectores que hayan seguido detenidamente el Capítulo Primero en el que he explicado cómo fueron construidas las Pirámides escalonadas podrán comprender que esa experiencia contenía datos muy positivos para determinar la fecha de construcción de aquellas estructuras. Sabemos que en los pocos ejemplos que sobreviven de las pirámides escalonadas, las distintas terrazas están construidas oblicuamente mientras que en las pirámides posteriores, erigidas después de Snofru, las hileras de piedras se colocan horizontalmente. Inmediatamente fui a ver a Monsieur Lauer, el arquitecto del Departamento de Antigüedades que había trabajado durante muchos años en la pirámide escalonada de Djoser y que es responsable de la restauración y consolidación de los monumentos. Le encontré como siempre trabajando cerca de esta pirámide y juntos nos dirigimos al terraplén donde Hofni, Hussein y otros obreros estaban despejando los muros recién

descubiertos. Cuando los hubo visto y examinado me dijo: «No cabe la menor duda de que esto forma parte de una pirámide escalonada».

Aun así fueron todavía muchos los que dudaron de nosotros y, desgraciadamente, habíamos llegado ya al final de la temporada de 1952. Sabía que tendría que pasar algún tiempo antes de que se disiparan estas dudas, lo cual tenía que ocurrir inevitablemente. Las excavaciones se clausuraron en mayo de 1952 y no se reanudaron hasta noviembre del año siguiente. Los trabajos habían alcanzado una fase crítica y comprendí que necesitaba tiempo para estudiar los hallazgos y meditar detenidamente sobre mi futuro plan de operaciones. Fue necesario también obtener una subvención adicional con el objeto de poder continuar los trabajos.

En noviembre de 1953, volví a reunir a mis hombres y una vez más las vagonetas cargadas empezaron a rugir a lo largo del Decauville, mientras nos esforzábamos por descubrir más detalles de este misterioso edificio. Primeramente me dediqué a delimitar su perímetro. Para ello prolongamos el pozo asegurándonos de que la estructura continuaba a los lados este y oeste. Luego di órdenes de desviar levemente los trabajos hacia el oeste en un punto donde creí que podía encontrarse la esquina del edificio. Descubrimos que el lado sur estaba cubierto de arcilla blanda procedente de las obras de excavación de las galerías subterráneas y este detalle, casi imperceptible, nos reveló dónde terminaban los rellenos artificiales y dónde empezaban los que estaban constituidos por las piedras, extraídas de la pirámide. Al cavar bajo la superficie del desierto, comprobamos dónde acababa este material relleno. Poco después de empezar este trabajo me hallaba excavando en otro punto del recinto amurallado cuando Hussein Ibrahim, el hermano de Hofni, vino corriendo hacia mí con los brazos extendidos y gritando:

«¡Mabruk elnasia!». («¡Enhorabuena. Hemos encontrado la esquina!»)

Volví con él y comprobé con gran satisfacción que habían hallado la esquina de una pirámide, quedándome entonces más convencido de que no se habían equivocado. Difícilmente podía tratarse de una «mastaba», debido en parte a su tamaño pero sobre todo si teníamos en cuenta que no se conocen «mastabas» con «muros escalonados y plataformas oblicuas». Este sistema es típico en la construcción de las pirámides.

Todo yacimiento arqueológico tiene sus propias características y es necesario trabajar mucho tiempo para encontrarlas y comprender lo que ocurrió en los tiempos antiguos. Teniendo en cuenta la enorme superficie del recinto amurallado, adopté el método de buscar primero los puntos principales. De otro modo, hubiera gastado mucho tiempo y dinero en una labor infructuosa antes de poder interpretar la distribución de la estructura.

Y así, después de haber descubierto la primera esquina, fue fácil para nosotros encontrar las otras tres. Por las fotografías podrá verse que se trataba de una estructura escalonada, pero de la que queda solamente una de las plataformas. La obra de albañilería es de excelente calidad, aunque los bloques de piedra caliza son relativamente pequeños, como en la pirámide de Djoser. Los constructores no habían alcanzado todavía la fase en que realizaban sus construcciones con enormes bloques megalíticos. Las dimensiones totales de la estructura alcanzan los 400 pies cuadrados. La base es mayor que la de la pirámide de Djoser. A pesar de no haber sido finalizada, tenía una altura máxima de 23 pies pero creo que las intenciones de los constructores estaban orientadas a duplicar esa altura y que, por otra parte, esta había sido considerablemente disminuida como consecuencia de la labor de extracción de piedras de la antigua muralla. No hallamos la menor huella de revestimientos exte-

riores, por lo que nuestra opinión según la cual la pirámide fue iniciada pero nunca terminada, fue reforzándose poco a poco.

Esta tiene una estructura cuadrada formada posiblemente por unas catorce plataformas de albañilería que van disminuyendo paulatinamente en altura desde el centro hacia el exterior del edificio apoyándose en un núcleo central y formando un ángulo que oscila entre 71 y 75 grados con relación a su cúspide formando cada una de esas plataformas un ángulo recto con relación al eje de la pirámide. La superficie externa de las plataformas se dejó sin pulir. Si partimos de la hipótesis de que cada dos plataformas contiguas estaban destinadas a formar un escalón, como sucede en el caso de la pirámide de Djoser, podemos deducir que la nueva pirámide tenía que estar formada por siete escalones en lugar de seis como la de Djoser.

Si esta pirámide hubiera sido terminada, habría alcanzado probablemente una altura de unos 230 pies, es decir, 30 pies más que la de Djoser. Se apoya directamente en la roca y fue construida con piedra caliza gris y tosca. Los bloques son irregularmente cuadrangulares y se unieron mediante un mortero compuesto por arcilla fina, extraída de los túneles y pasadizos subterráneos, mezclada con fragmentos de piedra caliza. Las piedras fueron colocadas de forma que cada una de ellas descansara sobre el punto de unión de las dos piedras de debajo como se hace en la actualidad con los muros de ladrillo. Las diversas hileras de piedras son paralelas y están perfectamente niveladas y los espacios existentes entre estas son mucho más anchos en su base que en su parte superior. La existencia de un fragmento de una losa indicadora que lleva grabado el nombre de Djoser y que fue aprovechado para construir el nuevo monumento constituye una prueba evidente de que la nueva pirámide fue construida en fecha posterior a la de Djoser.

The Buried Pyramid, 1956

Cuarta parte

El libro de las torres

Una segunda interpretación de la escritura cuneiforme

Henry Rawlinson

Sir Henry Creswicke Rawlinson *(1810-1895) nació en Chadlington, Oxfordshire. En 1827, fue a la India como cadete de la Compañía de las Indias Orientales y, después de permanecer allí seis años, fue trasladado a Persia con otros oficiales para reorganizar las tropas del Shah. En aquel tiempo se tenían bastantes conocimientos acerca de la escritura cuneiforme, pero solo el alemán Grotefend había encontrado una pista para su descifrado y Rawlinson, que no conocía el trabajo de Grotefend, se interesó profundamente en el problema. Salvando grandes peligros y dificultades escaló el Peñón de Behistún, transcribiendo parte de la inscripción. Pero las fricciones políticas internacionales le obligaron a salir del país antes de terminar su trabajo. En 1840, fue agente político de Kandahar y solicitó su traslado a la Arabia Turca. Se estableció en Bagdad y continuó sus investigaciones sobre el problema de las inscripciones. Fue entonces cuando transcribió, descifró e interpretó el resto de la inscripción de Behistún. Durante los dos años de permiso que disfrutó en Londres, dejó su valiosa colección de antigüedades al cuidado del Museo Británico, el cual le concedió una subvención para continuar las excavaciones iniciadas por Sir Austen Layard, prosiguiendo con ellas hasta que se retiró en 1855. Le fue concedido el título de Caballero de la Orden del Baño por su labor y durante el resto de su vida, que la pasó principalmente en Londres, continuó sus investigaciones sobre la escritura cuneiforme y sus actividades políticas internacionales.*

H. C. Rawlinson, según un retrato pintado por H. W. Phillips en 1850.

«A mi llegada a Bagdad durante el presente año diferí la terminación de mis traducciones y de la Memoria por la que pensaba ordenarlas y explicarlas hasta que recibiera de Inglaterra los libros que me permitirían estudiar con más detenimiento las peculiaridades de la gramática sánscrita. Mientras tanto, me ocupé de la geografía comparada. Fue entonces cuando recibí, a través del Vicepresidente de la Real Sociedad Asiática una carta

del profesor Lassen que contenía un manual de su último sistema corregido de interpretación y el alfabeto Bonn, comprendiendo enseguida que era infinitamente superior a todos los que anteriormente había examinado. Los puntos de vista del profesor coincidían realmente, en todo lo esencial, con los míos y como yo estaba capacitado, por la afinidad del sánscrito y el zenda, para analizar cualquier palabra de las inscripciones cuneiformes transcritas hasta entonces en Persia y demostrar así el valor alfabético de casi todos los caracteres cuneiformes, tenía suficientes motivos para admirar la aptitud del profesor Lassen, que con los materiales tan limitados de que disponía en Europa había llegado a resultados tan exactos. La estrecha aproximación de mi alfabeto con el adoptado por el profesor Lassen se reflejará en una referencia a la tabla comparativa aunque, de hecho, los trabajos del profesor no me han servido más que para añadir un nuevo carácter a mi alfabeto y para confirmar opiniones, dudosas en ocasiones, y que exigían una comprobación. Como las mejoras que su sistema de interpretación introduce en el alfabeto empleado por M. Burnouf parecen haber precedido no solamente al anuncio sino a la adopción de mis propios criterios, no pretendo discutirle la prioridad del descubrimiento alfabético. Mientras estuve ocupado en la redacción de la presente Memoria, tuve oportunidad de examinar las inscripciones de Persépolis pertenecientes a Mr. Rich y la inscripción persa de Jerjes que se encuentra en Ván. También, por las páginas del "Journal Asiatique", he podido conocer más a fondo la lengua de los parsis según el Dr. Müller, y familiarizarme con las traducciones del profesor Lassen por la lectura de una de las notas críticas de M. Jacquet.

Tras haber descrito brevemente el progreso de mis estudios cuneiformes durante los últimos cuatro años y explicado el procedimiento seguido para completar mi alfabeto, tengo que hacer ahora algunas observaciones particulares sobre las tra-

ducciones. Esta rama del estudio, aunque depende y sigue necesariamente la correcta determinación de los caracteres, constituye desde luego la única parte realmente valiosa de la investigación. Es ciertamente la cosecha que ha producido el cultivo de un terreno escabroso y, según tengo entendido, pobre en frutos hasta la fecha.

La traducción del profesor Grotefend y de Saint Martin son totalmente erróneas y no merecen ninguna atención. La memoria de M. Burnouf sobre las inscripciones de Hamadán se limita a una ilustración de veinte lineas breves de escritura, que contienen una invocación a Ormuz, unos cuantos nombres propios, y una fría enumeración de títulos reales. Ciertamente, algunas de las peculiaridades gramaticales, por su identidad con ciertas estructuras similares al zenda, están correctamente expuestas. Pero la naturaleza de las inscripciones ha restado interés histórico a los trabajos del secretario de París, no obstante la amplitud y erudición de los mismos. Y la condición defectuosa de su alfabeto le ha llevado, además, a cometer errores importantes en la traducción. Su examen incidental de los nombres geográficos contenidos en una de las inscripciones persepolitas de Niebuhr constituye, con mucho, el aspecto más interesante de sus investigaciones. Sin embargo, en una lista que refleja los títulos de veinticuatro de las naciones más célebres del Asia antigua, solo ha descifrado correctamente diez de los nombres.

Carezco de base para juzgar las traducciones del profesor Lassen, exceptuando la muestra que me ha enviado de su sistema de interpretación aplicado a la inscripción geográfica de Niebuhr y la crítica de M. Jacquet sobre el mismo tema. Las grandes ventajas del alfabeto Bonn han permitido alcanzar, en la identificación de los nombres geográficos de Persépolis, una exactitud mucho mayor que la ofrecida por la de M. Bumouf, aunque creo que no está exenta de errores en la lectura e iden-

tificación de estos nombres. También ha interpretado mal en muchos casos tanto la etimología de las palabras como la estructura gramatical de la lengua, lo cual se hace ostensible en el apéndice de la presente Memoria donde comparo la traducción que hace el profesor de la inscripción de Niebuhr con la mía.

Por tanto, aquí debo proclamar modestamente mi originalidad por haber sido el primero en presentar al mundo una traducción gramatical literal y, según creo, correcta de casi doscientas líneas de escritura cuneiforme, una memoria del tiempo de Darío Histaspes, tan perfectamente conservada que brinda una base amplia y definida para efectuar un análisis ortográfico y etimológico de tanto interés para el historiador como las peculiaridades de su lengua para el filólogo. Por otra parte no pretendo afirmar que mis traducciones son impecables. Aquellos que en el presente escrito esperen ver traducidas e interpretadas las inscripciones cuneiformes con la misma precisión y claridad que las tablillas antiguas de Grecia y Roma, quedarán muy decepcionados. Debe recordarse que hace ya mucho tiempo que el persa de los tiempos pre-alejandrinos dejó de ser una lengua viva y que su interpretación depende de la ayuda auxiliar del sánscrito, del zenda y de los dialectos deformados que en los bosques y montañas de Persia han sobrevivido a la desaparición de la vieja lengua. Además, en los casos en que estas lenguas derivadas o afines no han conseguido perpetuar las raíces antiguas o cuando mis limitados conocimientos de los diferentes dialectos no me han permitido encontrar sus afinidades, me he visto obligado a atribuirles significados arbitrarios obtenidos por analogía en un campo de investigación tan limitado. Por tanto, creo que en algunas ocasiones mis traducciones pueden ser dudosas y que a medida que vayan acumulándose nuevos materiales y los orientalistas más expertos prosigan sus estudios, podrá considerarse necesario alterar o modificar algunos de los significados que yo he establecido. Pero

al mismo tiempo no dudo, no puedo dudar, de que he interpretado con exactitud el sentido general de cada párrafo, estando así en condiciones de presentar un perfil histórico que constituye una exposición real y contemporánea de los importantes acontecimientos que precedieron a la aparición y determinación de la carrera de uno de los más célebres monarcas de los primeros tiempos de Persia».

Cuando escribí la precedente introducción en el año 1839, mi intención se limitaba tan solo a publicar un texto sobre las inscripciones de Behistún con un breve comentario ilustrativo sobre aquellos temas de filología, historia y geografía que, a mi juicio, merecían una atención especial, con la esperanza de que la Memoria, en esta forma modesta, quedaría preparada para su impresión antes de que expirase el año. Sin embargo, a medida que fui avanzando en mi trabajo, las dificultades aumentaron sensiblemente. El estudio de una lengua, tan venerable por su antigüedad y tan interesante por su estrecha afinidad con el sánscrito veda, parecía exigir más atención de la que podía dedicársele en una simple serie de notas críticas. Al mismo tiempo, las cuestiones geográficas e históricas que surgían continuamente en cada fase de las investigaciones amenazaban con enterrar el texto bajo el peso de los comentarios y oscurecer, o posiblemente disipar por completo, la fuerza y claridad de los argumentos. En consecuencia, en el otoño de 1839, me puse a trabajar en la refundición de la Memoria, disponiendo el material bajo títulos diferentes y dedicando un capítulo independiente para tratar cada tema en particular. Esta distribución fue de gran valor para mí. El progreso de los trabajos era necesariamente lento pero también constante y uniforme. Podía, pues, seguir confiando en publicar la Memoria, revisada, en la primavera de 1840 pero circunstancias imprevisibles y ajenas a mi voluntad detuvieron mis estudios en pleno desarrollo, retrasando por largo tiempo la posibilidad de reanudarlos.

Copia, por Rawlinson, del texto cuneiforme del bajorrelieve de Behistun.

DETACHED INSCRIPTIONS.

Marked *A*.

. Adam . Dár(a)yawush . k'hsháyathiya . wazarka . k'hsháya
Ego Darius, rex magnus; rex

thiya . k'hsháyathiyánám . k'hsháyathiya . Pársiya . k'hsh
. regum; rex Persidis; rex

áyathiya . dahyunám . Vishtáspahyá . putra .
provinciarum; Hystaspis filius;

Arshámahyá . napá . Hak'hámanishiya . Thátiya . Dár(a)
Arsamis nepos; Achæmenemis. Dicit Da.

yawush . k'hsháyathiya . maná . pitá . Vishtáspa . V
rius rex: mihi pater Hystaspes;

ishtáspahyá . pitá . Arshánia . Arshámahyá . pi
Hystaspis pater Arsames; Arsamis pa-

tá . Ariyáram(a)na . Ariyáram(a)nahyá . pitá
ter Ariaramnes; Ariaramnis pater

. Chishpish . Chishpishahyá . pitá . Hak'hámanish
Teispes; Teispis pater Achæmenes.

. Thátiya . Dár(a)yawush . k'hsháyathiya . awahya
Dicit Darius rex: ea

rát'iya . wayam . Hak'hámanishyá . thahyá
ratione nos Achæmenenses ap-

mahya . hachá . par'uviyat . amátá .
pellamur; ab antiquo invicti(?) [oriundi(?)]

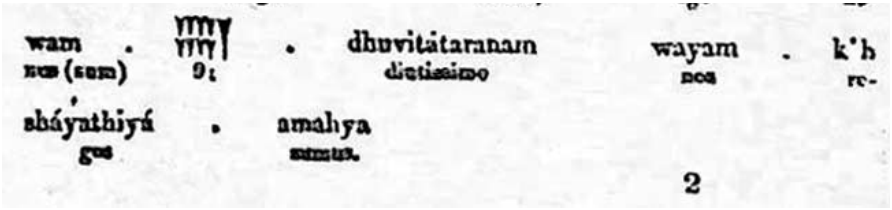
amahya . hachá . par'uviyat . hyá . amá
sumus; ab antiquo quæ nos-

k'haın . tumá . k'hsháyathiyá . áha . Th.a
tram stirpe (erat,) reges fuere. Di-

tiya . Dár(a)yawush . k'hsháyathiya . 𐏑𐏑𐏑 . ma
cit Darius rex: 8 nsi

ná . tu'máyá . tyiya . par'uwa
generis (sunt) qui prius

m . k'hsháyathiyá . áha . adam . na
reges fuere; ego na-



Transcripción y traducción, por Rawlinson, de la inscripción anterior.

No es mi intención insistir en los detalles de la interrupción que retrasó mi trabajo. Baste con decir que el Gobierno reclamó mis servicios, que salí repentinamente del erudito aislamiento de Bagdad para desempeñar un comprometido y difícil cargo en Afganistán y que continué en aquella situación durante todo el tiempo que duró nuestra agitada ocupación del país. Aquellos que hayan experimentado la dificultad de simultanear una intensa dedicación a los asuntos literarios con el ordinario ajetreo de los negocios, admitirán, creo yo, que la súbita incorporación al cargo público en Afganistán, que exigía una atención exclusiva y una constante dedicación, no me dejó otra alternativa que abandonar la investigación arqueológica. Haber continuado mis trabajos sobre las inscripciones durante las pocas horas de ocio que justificadamente podía permitirme no hubiera dado ningún resultado. Haber dedicado una parte considerable de mi tiempo al estudio hubiera sido incompatible con mis deberes para con el Gobierno.

Pero los años pasaron y, en diciembre de 1843, me encontraba nuevamente en Bagdad. El interés por las inscripciones que había inspirado mis investigaciones, nunca flaqueó y quizá resultó acentuado por los imponderables que durante tanto tiempo habían retrasado su realización. Por ello, me apresuré con viva satisfacción a aprovechar el primer intervalo de descanso de que disfruté en tantos años para proseguir mis investigaciones. Mr. Westergaard, bien conocido por su contribución a la

literatura sánscrita, que había estado viajando por Persia durante el año 1843 con el propósito de coleccionar material paleográfico y arqueológico, tuvo la gentileza de facilitarme nuevas inscripciones que había copiado en Persépolis. La inscripción del pórtico contiguo a la gran escalinata, que había escapado a la observación de todos los visitantes anteriores, era de mucho valor. Lo mismo sucedía con las correcciones de las inscripciones *H* e *I* de Niebuhr y la restauración de todas las tablillas menores de la tribuna. Pero la joya de esta colección y en realidad el documento más importante de su clase que existe en Persia, con excepción de las tablillas de Behistún, fue para mí la extensa inscripción de Nakhsh-i-Rustam en el sepulcro de piedra labrada de Darío. La inscripción destacaba no solo por su extensión e interés sino también por la exactitud de su diseño. Realmente, me vi obligado a reconocer que la copia de Mr. Westergaard, defectuosa por necesidad, tanto por la erosión que había sufrido la roca como por la dificultad que suponía seguir los trazos de las letras mediante un catalejo a una altura tan elevada, revelaba todavía, por su superioridad sobre todos los ejemplares de Niebuhr, Le Brun, Porter y Rich, la inmensa ventaja que tiene el amanuense familiarizado con los caracteres y la lengua sobre el que solo puede confiar la fidelidad de su transcripción a la precisión imitadora de un artista.

En mis recientes trabajos, me resultaron de la mayor utilidad las inscripciones de Mr. Westergaard así como la copia meda de la inscripción de Nakhsh-i-Rustam, que recibí, poco después de mi llegada a Bagdad, gracias a la amabilidad de M. Dittel, un orientalista ruso que era coadjutor de Mr. Westergaard en Persépolis. Confío que ambos caballeros me permitan expresar públicamente mi agradecimiento por sus favores.

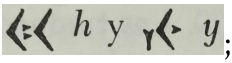
Tal vez con este abundante material en mi poder, y con el conocimiento más preciso de la lengua que este me proporcionaba, hubiera sido aconsejable realizar una tercera revisión de

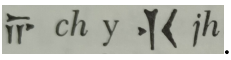
la Memoria que estaba escribiendo. La necesidad de llevarla a efecto se hizo evidente por el feliz resultado de una segunda visita que hice al peñón de Behistún en el otoño del pasado año y en la que conseguí copiar toda la escritura persa de aquel lugar y también una parte muy considerable de las transcripciones medas y babilónicas. No hablaré de los peligros o dificultades de la empresa, que cualquier persona suficientemente equilibrada podría salvar felizmente pero que han impedido que las inscripciones fuesen presentadas hace tiempo al público por alguno de los numerosos viajeros que las contemplaron a distancia.

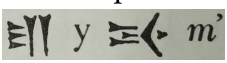
Al regresar a Bagdad después de mi gira por el Kurdistán meridional, mis ocupaciones públicas y mi precaria salud me impidieron nuevamente proseguir mi trabajo durante cierto tiempo. Las mismas causas, en mayor o menor grado, impidieron su continuación durante la primavera y el verano y si no hubiera tenido la suerte de contar con la ayuda del Teniente Jones, un inteligente oficial de la Armada India que había bocetado las esculturas de Behistún contribuyendo en gran medida a la ejecución del texto, hubieran fracasado todas mis esperanzas de una pronta publicación. Puedo señalar igualmente que, en febrero de aquel año, tuve la precaución de enviar a la Real Sociedad Asiática una transcripción literal de cada pasaje de la escritura persa de Behistún, descartando así toda reclamación que la Sociedad pudiera presentar en aquel tiempo sobre los resultados que se publican en la siguiente Memoria.

Paso ahora a reseñar la marcha actual de los descubrimientos hechos sobre el Continente durante el período transcurrido desde la publicación de las Memorias de Bonn y París de 1836. En 1838 el profesor Lassen, según creo, fundó en Bonn un diario que trataba exclusivamente de Paleografía y Literatura Orientales. En aquel periódico tuve ocasión de leer varias páginas sobre las Inscripciones Cuneiformes que habían aparecido

en diversas fechas. Estando en Calcuta en 1843, el Dr. Aloys Sprenger me explicó (ya que desgraciadamente desconozco el alemán) uno de estos periódicos, que contenía una traducción de la inscripción de Artajerjes Oco. Pero del contenido de los restantes no tuve el menor conocimiento. Gracias a Mr. Westergaard he podido examinar el estudio que el profesor Grotefend llevó a cabo en 1839, en el que ponía en duda los descubrimientos del profesor Lassen y los rebatía con los argumentos infalibles del anticuado alfabeto de 1815, procedimiento que los especialistas alemanes consideraron justamente como muy poco eficaz.

Al profesor Grotefend se debe el alto honor de haber efectuado un descubrimiento primitivo, aunque imperfecto, pero el profesor Lassen puede competir con él incluso en la identificación numérica de los valores alfabéticos, y, por otro lado, en todos los puntos esenciales de la interpretación no caben comparaciones entre los sistemas antiguos y modernos. Por la misma fuente supe también que otros orientalistas, cuya labor apenas conozco, participaban en la investigación. Según parece, al Dr. Beer, de Leipzig, se le atribuye en Alemania el descubrimiento de los caracteres 

; se dice además que el llorado Jacquet se había apropiado en sus investigaciones la determinación de la letra 

. Las únicas identificaciones en la presente Memoria, que entiendo son esencialmente distintas de las que se aceptan universalmente en el Continente, son 

pero la atribución del valor *sh* en lugar de s al carácter y de *tr* (con una consonante líquida más bien virtual que articulada) al carácter supone modificaciones de

cierta importancia y hay que señalar dos nuevas letras y que yo represento por *ñ'* y *ñ* respectivamente. Para aquellos que estén interesados en la enumeración alfabética, la relación tabular que encabeza el capítulo III sobre el alfabeto cuneiforme persa les brinda una información completa y satisfactoria. Para la simple lectura de las inscripciones, los valores fonéticos que se reflejan en la columna de la derecha de la tabla constituirán una guía suficiente y amplia.

Por último debería rendir tributo también a la agudeza y espíritu de observación del profesor Lassen. Parece ser que Mr. Westergaard, a su regreso a Europa a comienzos de 1844, puso las inscripciones persas en manos del profesor Lassen entendiéndose que estos materiales eran de considerable importancia y exigían un concienzudo e inmediato análisis. Consecuentemente, el profesor Lassen dedicó uno de los primeros números de su diario a este tema y aprovechó la ocasión para reunir al mismo tiempo las restantes inscripciones de la misma clase y publicar todas las series juntas en un texto corregido y con traducciones revisadas. Este es, según creo, el último trabajo aparecido sobre el tema y, como podía esperarse, anticipa en cierto grado la novedad de la presente Memoria. He recibido una copia del panfleto mientras escribía las páginas siguientes y creo que tienen un gran interés como manual de referencia. Las notas marginales, que he añadido al texto actual, demostrarán de forma inequívoca el cuidado con que la he examinado. Pero al mismo tiempo debo señalar que mis traducciones, ya terminadas cuando llegó el libro, aunque fueron comprobadas, permanecieron invariables en su forma. Y tengo que lamentar además que mi desconocimiento del idioma alemán me haya privado del suficiente apoyo, en ciertos puntos gramaticales dudosos que, de haber podido seguir los argumentos del profesor, un in-

vestigador tan eminente y exacto, sin duda alguna habría resuelto fácilmente.

Solo me resta hacer la observación de que aunque la presente Memoria, como consecuencia del fuerte aumento del material, ha sido refundida el presente año, en cuanto se refiere a los materiales originales y a todos sus puntos esenciales de construcción etimológica y gramatical, es absolutamente idéntica a la que dejé en un avanzado estado de preparación para ser impresa en 1839. Las traducciones pueden ser corregidas (reconociendo mis limitaciones en lo que se refiere al conocimiento perfecto de las sutilezas de la gramática zenda y sánscrita, las someto con humildad y respeto al juicio del público), pueden ser objeto de un examen crítico del texto pues los materiales disponibles para su análisis o verificación no están, creo yo, agotados. Pero a menos que se emprendan excavaciones a gran escala en Susa, Persépolis o Pasargada, debemos contentarnos con las modestas observaciones aquí contenidas con el convencimiento de que, en estas pocas páginas, hemos utilizado todo lo que queda de las lenguas persas antiguas y todo lo que está registrado en los archivos contemporáneos del país sobre las glorias de los aqueménidas.

The Persian Cuneiform Inscriptions at Behistun, 1846

¿Estuvo Babilonia aquí?

Claudius James Rich

Claudius James Rich (1787-1820) nació en Dijon, Burgundy, pero se educó en Bristol. Siempre demostró un acentuado interés por las lenguas y empezó a estudiar árabe a la edad de nueve años. Fue probablemente esta inclinación suya lo que decidió a la Compañía de las Indias Orientales a destinarle a Egipto cuando llegó a cadete en 1803, pero en el viaje de ida hacia su primer destino sufrió un naufragio y después de pasar algún tiempo en Malta y más tarde en Italia fue enviado a Constantinopla y Esmirna. Viajó extensamente por Asia Menor y luego se trasladó a Egipto. Sus conocimientos de la lengua y costumbres árabes eran tan vastos que consiguió pasar por mameluco y viajar sin ser identificado por todo Egipto, Siria y Palestina, consiguiendo incluso entrar en la Gran Mezquita de Damasco. En 1807 fue destinado a Bombay pero la Compañía resolvió al poco tiempo que sus excepcionales dotes podían ser mejor aprovechadas en Asia Menor y le destinaron a Bagdad donde se acreditó como administrador. Su trabajo no le absorbió tanto como para no disponer de tiempo que dedicar a sus estudios. Hizo un viaje a las ruinas de Babilonia en 1811 y en 1820 proyectó una expedición mucho más importante a través del Kurdistán pasando por Nínive, Shiraz y Persépolis, concluyó su viaje en Bagdad tras descender por el Tigris. Se declaró, sin embargo, un brote de cólera en Shiraz y tras haber prestado su valiosa ayuda, Rich cogió la enfermedad y falleció a consecuencia de la misma. Sus libros, manuscritos y gran número de valiosas antigüedades fueron vendidos al Museo Británico.

Los que han investigado las antigüedades de Babilonia han insistido mucho sobre la autoridad de Diodoro, probablemente atendiendo más a la cantidad que a la calidad de la información que este nos proporciona. Diodoro nunca estuvo en aquel lugar. Vivió en una época en que, como él mismo nos relata, aquella zona era removida por los arados. Por ello, recurrió a Ctesias y debe afirmarse que la necesidad de discriminación en los antiguos y la credulidad del mismo Diodoro nunca estuvieron mejor ejemplificados que en su elección de un escritor que confunde el Éufrates con el Tigris y nos dice que Semíramis erigió a su esposo un monumento que, a juzgar por las dimensiones que él nos proporciona, debió de haber sido superior en altura al Monte Vesubio y casi igual al Monte Hecla. Si esto no son «cuentos de hadas», verdaderamente no sé como calificarlo. Cuando de forma tan evidente y reiterada podemos denunciar la ignorancia y exageración de un autor no estamos ciertamente justificados para alterar lo que ya se ofrece ante nuestra vista para adaptarlo a sus descripciones. Disponemos únicamente de la autoridad, muy dudosa, de Stesias respecto al segundo palacio y el maravilloso túnel bajo el río, pero este escritor no aclara si la Torre de Belus se levantaba en el lado este o en lado oeste. Herodoto, que adquiere mayor crédito a medida que se le estudia y se le comprende, es el único historiador que visitó personalmente Babilonia y es en todos conceptos la mejor autoridad de su época sobre la materia. El perímetro que le atribuye a Babilonia se ha considerado por lo general exagerado pero después de todo no podemos demostrarlo. No nos ofrece detalles que nos permitan determinar la situación del Palacio (pues no habla sino de uno) y del Templo y no habla de que se levantaran en el lado este o en el oeste ni de que estuvieran próximos al río. Es cierto que partiendo de este historiador se ha dicho que el Templo se hallaba exactamente en el centro de una de las mitades en que el río divide a la ciudad, y que, hay

que tenerlo en cuenta, si no hemos calculado mal no coincidiría con la posición que le atribuye el Mayor Rennel sobre las márgenes del río. Pero el error parece haber surgido por la traducción de μέσοζ centro… Estrabón, como podría esperarse, cita menos detalles que Herodoto y los demás historiadores griegos y romanos todavía menos. Son, por consiguiente, de escasa utilidad en un examen topográfico. Parece, pues, que ninguno de los antiguos aclara si la Torre de Belus estaba situada al este o el oeste del Éufrates, que su posición en el centro de la ciudad o en una de sus divisiones no está en absoluto determinada con claridad y que, mientras la descripción del más eminente de los autores antiguos no entraña dificultades, los detalles que nos confunden están respaldados precisamente por el testimonio aislado del peor de todos ellos…

Reitero por tanto mi creencia, fundada en el examen de las ruinas encontradas cerca de Hilla, de que estas tienen un carácter uniforme ya que deben ser consideradas enteramente como parte de Babilonia o rechazadas en su totalidad sin reservas. Y debo señalar aquí lo que me parece ser la mejor prueba de su antigüedad, independiente de su apariencia, dimensiones y correspondencia con las descripciones de los antiguos: los ladrillos calcinados de que están principalmente compuestas las ruinas y que contienen inscripciones con caracteres cuneiformes, solo encontrados en Babilonia y Persépolis, están todos invariablemente colocados de la misma forma, o sea, con la cara o lado escrito hacia abajo. Esto demuestra cierto plan en su colocación aunque su significado sea ahora imposible de conocer. Ello, sin embargo, prueba suficientemente, que los edificios debieron de haber sido erigidos al mismo tiempo que los ladrillos, coincidiendo también la antiquísima y peculiar forma de sus caracteres. Cuando se han encontrado estos ladrillos en otras modernas construcciones, como en Bagdad y Hilla, han estado desde luego colocados sin orden alguno, sin tener en cuenta las

inscripciones que contenían. En las capas más profundas de las excavaciones de Kassr, en el pasadizo subterráneo o canal, yo mismo he encontrado fragmentos pequeños de arcilla cocida, conteniendo escritura cuneiforme y, algunas veces figuras indiscutiblemente babilónicas, que serán descritas cuando hable de las antigüedades de esa civilización. Si estas ruinas hubieran sido más recientes de lo que aquí se presume, las inscripciones no habrían tenido este orden y disposición y con toda probabilidad habríamos hallado otras con los caracteres de la lengua de aquella época. Por ello, si la ciudad hubiera sido mahometana o cristiana, podíamos haber esperado razonablemente encontrar fragmentos de Coufic o Stranghelo. Existe en estas ruinas otra circunstancia de la mayor importancia, casi decisiva para determinar su antigüedad. En el mismo corazón del montículo llamado Kassr y también en las ruinas de la orilla del río, que se han desmoronado y resquebrajado por la acción del agua, pude observar urnas de tierra llenas de cenizas, con algunos fragmentos pequeños de huesos en su interior; y en la parte septentrional del Mujelibè descubrí una galería llena de esqueletos que estaban depositados en ataúdes de madera. Sobre la gran antigüedad de las urnas funerarias nadie puede dudar un solo instante y la de los esqueletos está suficientemente comprobada por el hecho de que los cadáveres fueran enterrados, sistema nunca practicado en este país desde la introducción del islamismo, y aún más por un curioso ornamento de metal que encontré en uno de los ataúdes. Estos descubrimientos tienen suma importancia y si bien es cierto que resulta difícil reconciliarlos con cualquier teoría sobre estas ruinas, constituyen en sí mismas una prueba de su antigüedad. Del mismo modo las dos formas separadas de inhumación merecen la mayor atención. Creo que no existen razones para suponer que los babilónicos enterraban a sus muertos; los antiguos persas que conocemos nunca lo hicieron. Cabe la posibilidad de que la diferencia pue-

da revelar la existencia de costumbres distintas entre los babilónicos y los griegos y que las urnas puedan contener cenizas de los soldados de Alejandro y de sus sucesores…

Solo me resta hablar de las ruinas más interesantes y notables de toda Babilonia: Birs Nemrud. Si un edificio ha dejado alguna vez huellas considerables, este es ciertamente la Pirámide o la Torre de Belus, que por la forma, dimensiones y solidez de su construcción estuvo bien calculada para resistir los embates del tiempo y que de no haberla destruido el hombre, con toda probabilidad habría llegado hasta nuestros días casi en el mismo estado de conservación en que se hallan las pirámides de Egipto. Y a pesar de la devastación de que, como sabemos, fue objeto en una época muy lejana, nos resulta posible seguir sus huellas después de haber desaparecido de la faz de la tierra todos los demás vestigios de Babilonia. Por ello, cuando a corta distancia del lugar que los geógrafos, anticuarios y también la tradición del país señalan como emplazamiento de la antigua Babilonia, vemos una magnífica torre que parece haber sido construida en fases sucesivas y que lleva las huellas más indiscutibles de la violencia del hombre y el transcurso de los años y que todavía se destaca sobre el desierto maravillando a las generaciones actuales, es imposible que su perfecta correspondencia con todos los relatos sobre la Torre de Belus no sorprenda al más descuidado de los observadores y le induzca a aclarar las dificultades que planteó el Mayor Rennel para situarla dentro de los límites de Babilonia. Entiendo que estas ruinas son de tal naturaleza que fijan por sí mismas la ubicación de Babilonia y excluyen incluso las de la margen oriental del río. Y si los antiguos atribuyeron realmente a la Torre una posición irreconciliable con la de Birs, sería más razonable suponer que hubo algún error en sus cálculos que ignorar la más importante de todas las ruinas. Pero no hay necesidad de hacer conjeturas. Como ya he señalado en la primera parte de esta

Memoria, según el criterio de los historiadores antiguos, parece ser que ninguno de ellos fijó positivamente el lugar en donde se levantaba la Torre de Belus y si aceptamos las dimensiones que el mejor de los historiadores antiguos (él mismo testigo ocular) fijaba a Babilonia, tanto Birs como las ruinas orientales quedan claramente dentro de sus límites. Para rechazar su testimonio disponemos solamente de nuestro sentido de la probabilidad. Hemos reducido las dimensiones simplemente porque no coinciden con nuestras ideas sobre el tamaño de la ciudad. Pero sabemos que Babilonia fue más bien un distrito amurallado que una ciudad y, desde luego, no vacilaríamos en abandonar las pruebas menos fehacientes y en aceptar las afirmaciones de Herodoto si en el lugar hubieran vestigios que las justificaran.

La altura total de Birs Nemrud desde la llanura hasta la cima de la muralla de ladrillo es de doscientos treinta y cinco pies (235). La muralla de ladrillo que se levanta sobre el borde de la cima y que era indudablemente la fachada de otra terraza mide treinta y siete (37) pies de altura. Junto a la torre y algo por debajo de la cima se aprecia claramente la parte de otra muralla de ladrillo, parecida precisamente al fragmento que corona la parte superior, pero que encierra todavía y soporta su parte correspondiente del edificio. Esto revela claramente la existencia de otra terraza de grandes proporciones. La mampostería es infinitamente superior a todo lo que he visto en su género. Prescindiendo del origen que pudieran tener estas ruinas, la impresión que se tiene al contemplarla es la de que se trata de una torre maciza, formada interiormente por ladrillo crudo y tal vez por tierra y cascotes. Fue construida en fases sucesivas y recubierta con ladrillos finos cocidos, que contenían inscripciones y estaban colocados sobre una fina capa de argamasa, y que fue reducida por la violencia a su estado ruinoso actual. Los pisos superiores han sido derribados por la fuerza habiendo sido el fuego el agente destructor, si bien no resulta fácil explicar las

razones y la forma en que la destrucción se produjo. El recubrimiento de ladrillos se ha desprendido parcialmente quedando cubierto en parte por la caída de la masa que soportaba. Estoy firmemente convencido de la existencia de diferentes terrazas en este edificio, habiendo sido confirmadas y extendidas recientemente mis propias observaciones por un inteligente visitante que, según afirma, ha apreciado claramente las huellas de «cuatro» terrazas. Como creo que proyecta publicar un relato de sus viajes, no deseo anticipar ninguna de sus observaciones aunque no puedo dejar de citar una notable conclusión que surge de las mismas: La Torre de Belus medía un estadio de altura. Por ello, si suponemos que las ocho torres que componían la Pirámide de Belus tenían la misma altura, con arreglo a la idea del Mayor Rennel (preferible a la del Conde de Caylus —véase «Mem. de l'Academie», volumen XXXI—) deberíamos encontrar huellas de las mismas en los restos que hoy se aprecian y que miden 235 pies. Y en este cálculo coincido con los descubrimientos de Mr. Buckingham. Esta conclusión merece la mayor atención, ya que no se le ocurrió al propio Mr. Buckingham.

Parece ser que Birs Nemrud es la Torre de Belus de Benjamín de Tudela, quien afirma fue destruida por el fuego del cielo (una observación curiosa ya que demuestra que examinó las masas vitrificadas de la cima). Mr. Beauchamp habla de ella citando a Brouss ya que él nunca la visitó personalmente. Desde luego visitarla no es fácil sin una fuerte escolta. El excelente Niebuhr, cuya inteligencia, laboriosidad y precisión nunca serán suficientemente elogiadas, sospecha que Birs ha sido la Torre de Belus. Aporta un buen informe sobre ello si bien con la precipitación que las circunstancias imprimieron a su empresa: «Au sud ouest de Hellè à 1 ¼ mille, et par conséquent à l'ouest de l'Euphrate, on trouve encore d'autres restes de l'ancienne Babylone: ici il y a toute une colline de ces belles pierres de

murailles dont j'ai parlé; et au dessus il y a une tour qui à ce qui parait est intérieurement aussi toute remplie de ces pierres de murailles cuites; mais les pierres de dehors (qui sait combien de pieds d'épaisseur) sont perdues par le tems dans cette épaisse muraille, ou plutôt dans ces grands tas de pierres: il y a ici et là de petits trous qui percent d'un coté jusqu'à l'autre, sans doute pour y donner un libre passage à l'air, et pour empêcher au dedans l'humidité, qui auroit pu nuire au batiment ("Voyage", vol. II, p. 235)». Aunque nuestro conocimiento del francés es deficiente, no cabe la menor duda de que esta descripción corresponde a Birs.

Después de esto me sorprendió, ciertamente, comprobar que el Mayor Rennel no solo la excluía de los límites de Babilonia sino que dudaba de que el montículo fuese artificial. El hecho de que toda la mole, desde la cúspide hasta la base, es artificial es tan evidente que no tuve más remedio que escribir un tratado para demostrar que las pirámides son obra del hombre, haciendo hincapié en este asunto. Ciertamente, si había algo que confundía en el aspecto del montículo, los principios de la geografía física rechazaban completamente la suposición de que se trataba de una colina aislada de formación natural en un terreno constituido por las sedimentaciones del río. Por ello, si algún viajero imaginó estar viendo una colina natural en Musseil o en cualquier otro sitio de aquella zona, estaba absolutamente equivocado.

Las mismas razones demuestran que nunca pudieron existir manantiales bituminosos en Babilonia. (Véase «Geog.» de Herod., p. 369.) Diodoro, no dice, como supone el mayor Rennel, que fuese encontrado alquitrán en la ciudad de Babilonia sino en el estado de Babilonia, que es cosa bien distinta.

Birs Nemrud se encuentra actualmente, con toda probabilidad, casi en el mismo estado en que la halló Alejandro, si hemos de dar crédito a la referencia de que diez mil hombres trabajan-

do durante dos meses solo pudieron extraer los escombros, para preparar su restauración. Si verdaderamente fue preciso utilizar la mitad de esa cifra para despejarlo, el estado de destrucción debió de haber sido completo. Las enormes masas de ladrillo vitrificado que se ven en lo alto del montículo parecen haber caracterizado su cima desde el tiempo de su destrucción. Probablemente, los escombros acumulados alrededor de su base fueron mucho más abundantes, habiendo desaparecido gran parte de los mismos en el transcurso de tantos siglos. Y posiblemente gran parte del recubrimiento exterior, formado por ladrillo fino, debió de haber desaparecido en diferentes períodos.

En las precedentes observaciones me he esforzado por demostrar que las ruinas de Babilonia en su estado actual pueden conciliarse perfectamente con las mejores descripciones de los escritores griegos sin necesidad de forzar ninguno de los relatos. Estoy persuadido de que cuanto más se investigue sobre el asunto tanto más fundada se encontrará dicha conformidad. Pero es un tema en que el espíritu sistemático puede resultar mal enfocado. Y me hallo tan lejos de dejarme arrebatar por mis propias opiniones que si en el curso de mis investigaciones se llegaran a descubrir detalles que razonablemente pudieran refutarlas, sería el primero en exponerlos al público.

Bagdad, julio 1817.

P. D. Después de haber escrito este trabajo he recibido un extracto del suplemento de la quinta edición de la «Encyclopaedia Britannica» que contiene un sumario de mis anteriores referencias sobre Babilonia, con las ideas personales del autor sobre el tema. Me satisface mucho comprobar que mis opiniones encuentran la confirmación de este escritor.

Second Memoir on Babylon, 1818

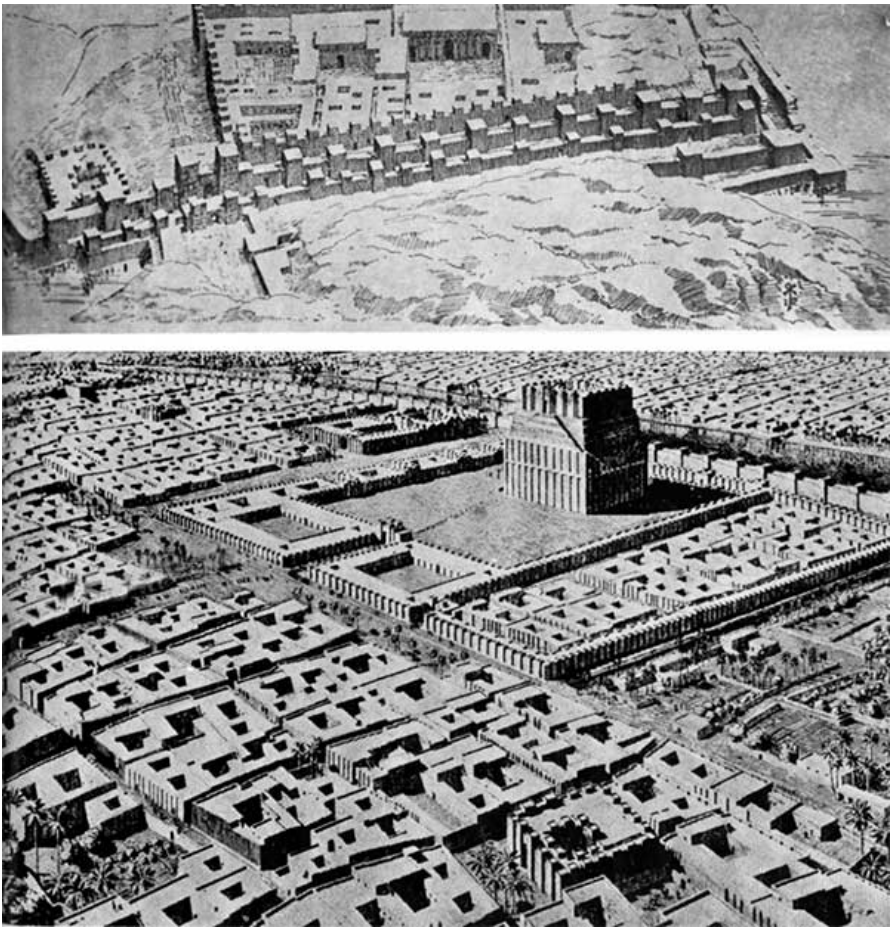
Las murallas de Babilonia

Robert Koldewey

Robert Koldewey *(1855-1925) estudió arquitectura, arqueología e historia antigua en Berlín, Munich y Viena. Su primera investigación arqueológica la efectuó en la Acrópolis de Assos, tras la cual el Instituto Arqueológico Alemán le confió la excavación de Lesbos y, en 1887, el Museo Británico le envió al Irak. Durante los diez años siguientes, alternó la enseñanza en Gorlitz con las excavaciones en la zona del Mediterráneo. En 1897, la Sociedad Oriental Alemana, deseando lograr nuevos hallazgos de tablas cuneiformes, le encomendó la realización de un estudio de los prometedores yacimientos de Mesopotamia, informando favorablemente sobre Babilonia. En 1899 inició los trabajos y permaneció allí por espacio de dieciocho años, salvo el tiempo que permaneció ausente durante la primera guerra mundial, cuando el avance británico estuvo a punto de cortar la última salida que le quedaba para escapar. Su expedición fue quizá la más científica y ciertamente una de las mejor equipadas de su tiempo, siendo la primera en instalar un tren ligero para el transporte de los escombros y en emplear a más de 200 hombres. Con su labor contribuyó poderosamente a que la legendaria Babilonia de la Biblia pudiera conocerse y estudiarse como un hecho histórico y geográfico.*

En tiempos de Nabucodonosor el viajero que se aproximaba a la capital de Babilonia desde el norte se encontraba, donde en la actualidad fluye el Canal del Nil, frente a frente con la colosal muralla que circundaba la poderosa Babilonia. Parte de esta muralla existe hoy todavía formando una pequeña loma de tierra de unos 4 a 5 kilómetros de longitud. Hasta el momento he-

mos excavado solamente una pequeña parte de la misma y podemos dar únicamente una descripción detallada de los rasgos más notables de estas fortificaciones, a las que tanta fama dieron los escritores griegos.



Reconstrucción del palacio real de Babilonia con la puerta de Isthar y la vía de las procesiones, según Koldewey.
Babilonia. Barrio de los templos, según la reconstrucción de Koldewey. (La torre truncada carece de los últimos pisos)

La construcción original estaba formada por una muralla de ladrillo crudo y tenía unos siete metros de espesor. Frente a ella y a una distancia de 12 metros, se levantaba una segunda mura-

lla de ladrillo cocido de 7,8 metros de espesor con la muralla reforzada del foso a sus pies, también de ladrillo cocido y de 3,3 metros de espesor. El foso quedaría posiblemente frente a esta última pero no hemos efectuado todavía investigaciones a fondo y, por ello, no se ha encontrado aún la contraescarpa.

Sobre la muralla de barro, se levantaban torres de 8,37 metros (unos 24 ladrillos) de anchura, que se proyectaban por fuera de la muralla en ambas caras. Medidas de centro a centro, entre estas torres existía una distancia de 52,5 metros, levantándose una torre cada 100 alnas, teniendo en cuenta que el alna babilónica medía aproximadamente medio metro.

Debido al estado incompleto de las excavaciones, no es posible determinar todavía cómo estaban construidas las torres de la muralla exterior. El espacio que quedaba entre las dos murallas estaba lleno de cascotes, por lo menos hasta la altura en que las ruinas se han conservado, y es de suponer que hasta la cima de la muralla exterior. En lo alto de la muralla corría una calzada que permitía el paso de un grupo de cuatro caballos en línea e incluso el doble de este número. Sobre la parte superior de la muralla las estancias superiores de las torres se miraban unas a otras como si fueran pequeñas casas.

Esta amplia calzada que coronaba la muralla y que adquirió renombre universal gracias a las descripciones que hicieron de ella los escritores clásicos, era un elemento importantísimo para la protección de la ciudad. Permitía en cualquier momento un rápido desplazamiento de las fuerzas defensivas a aquella parte de la muralla que se hallase especialmente comprometida por el ataque. La línea defensiva era muy larga; el frente nordeste, que todavía puede medirse, era de 4.400 metros de longitud y la extensión de la muralla sudoriental, aunque reducida a escombros, puede fijarse, sin necesidad de efectuar excavaciones, en unos 2 kilómetros. Estos dos flancos de la muralla se extendían realmente hasta el Éufrates, que corría de norte a

sur. Junto con el Eufrates, cerraban aquella parte de Babilonia de la que existen todavía ruinas, pero según Herodoto y otros escritores estaban reforzadas por otras dos murallas, de forma que el emplazamiento de la ciudad constituía un cuadrángulo por el que el Éufrates fluía diagonalmente. De las murallas occidentales no quedan restos en la actualidad. No ha podido confirmarse todavía que las huellas de una muralla observadas al sur, junto al pueblo de Sindjar, hayan pertenecido a aquellas.

Las excavaciones realizadas hasta la fecha no han revelado la existencia de ninguna muralla que circundase esta fortificación. El perímetro tenía una extensión de 18 kilómetros. Sin embargo, Herodoto habla de 86 kilómetros y Ctesias de 65. Esta discrepancia debe responder a un cálculo erróneo. Los 65 kilómetros de que habla Ctesias equivalen prácticamente a cuatro veces la longitud correcta y bien puede suponerse que confundió la cifra correspondiente al perímetro total por las medidas de un lado del cuadrado. Posteriormente volveremos a hablar con más detalle del testimonio de los escritores antiguos comparándolo con la evidencia que por sí solas ofrecen las ruinas. Hablando en términos generales, las medidas facilitadas no corresponden a las actuales y, por el contrario, la descripción general, es en su mayor parte correcta. Herodoto dice que la muralla de Babilonia está construida con ladrillo cocido. Para un observador superficial parecerá cierto ya que solo el remate de la muralla interior de barro puede verse desde fuera. La escarpa del foso estaba formado por ladrillos cuadrados, excepcionalmente numerosos en Babilonia, que miden 33 centímetros y llevan el sello corriente de Nabucodonosor. Los de la pared de ladrillo son algo más pequeños (32 centímetros) y no están sellados. Estos ladrillos menores no sellados son comunes a la época anterior a Nabucodonosor pero pueden datar muy bien de los primeros años de su reinado, como veremos más adelante. No podemos fijar el período a que pertenece la muralla de

ladrillo de barro, aunque, desde luego, es anterior. Según parece, tenía una escarpa de la que aún quedan algunos restos dentro de la muralla de ladrillos grandes. Parece haber sido atravesada por la última en su parte exterior.

Hasta el momento hemos descubierto solamente unas 15 torres en la muralla de barro. Son las llamadas torres de Cavalier y se proyectan por ambas caras de la muralla trepando sobre la misma. Eran, por supuesto, más altas que las murallas pero de las ruinas no podemos deducir nada respecto a su altura ya que solo han sobrevivido las paredes inferiores. Las torres miden 3,36 metros de anchura y están separadas por una distancia de 44 metros. De este modo, la parte frontal de la muralla tuvo alrededor de 90 torres y en todo su perímetro (contando con que la ciudad formaba un cuadrado) debieron alzarse unas 360. No sabemos cuántas contenía la muralla exterior. Ctesias habla de 250. Aún no se ha encontrado ninguna entrada, lo cual no es sorprendente si consideramos la limitada extensión de las excavaciones.

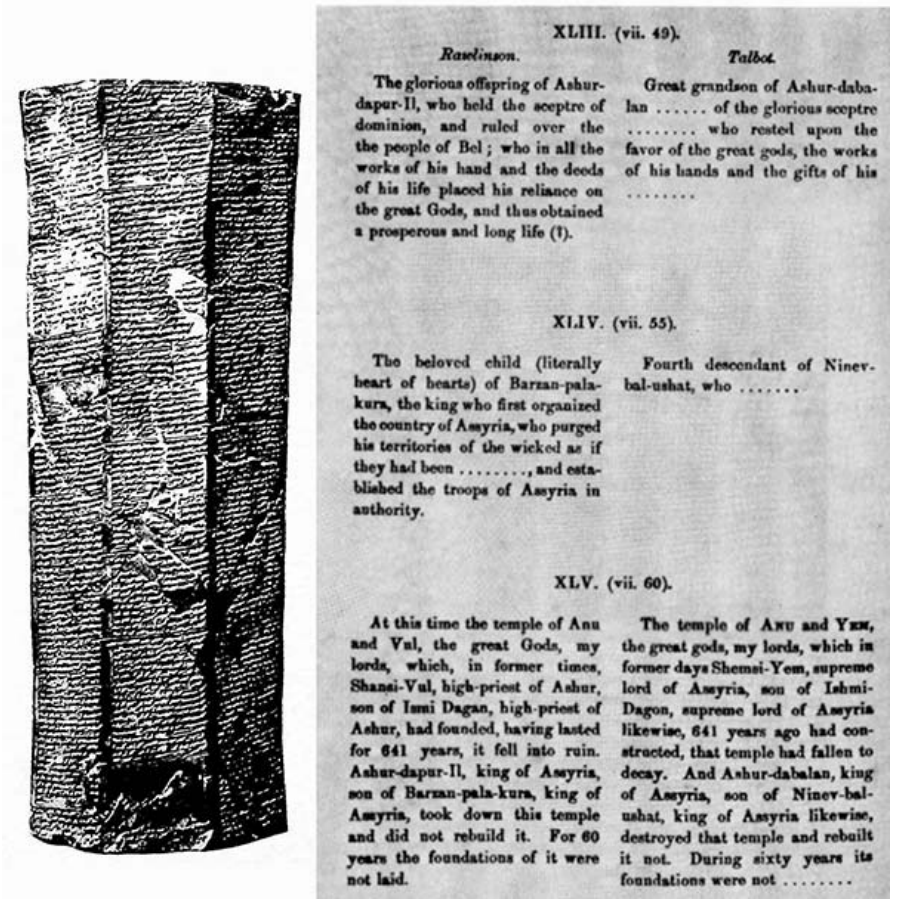
Posiblemente, durante el período de los partos, estas líneas de fortificación no se encontraban ya en condiciones de garantizar la debida protección. En algunas partes de la muralla de barro de la ciudad, se han encontrado sarcófagos partos, introducidos en nichos horadados en la propia muralla.

Mientras que los cimientos de la muralla de ladrillo se hallan por debajo del actual nivel de las aguas, la muralla de barro se alza sobre un dique artificial. Como regla general, las murallas de barro no tenían cimientos muy profundos. El mortero utilizado en la muralla de barro era la arcilla y para la muralla de ladrillo se usó el alquitrán. El mismo método de construcción puede apreciarse en otras partes de la ciudad mejor conservadas y donde puede ser estudiado más satisfactoriamente.

En el extremo norte de la línea de nuestra muralla, que comprende el montículo de las ruinas llamado «Babil», y forma una curva a modo de gancho, la muralla interior también está construida de ladrillo. Así parece deducirse, al menos, de las dos profundas zanjas dejadas por los saqueadores pero debe confirmarse por posteriores excavaciones. Los sondeos efectuados en tiempos recientes en busca de ladrillos aprovechables han dejado profundas huellas en la fina superficie del suelo que no encontramos en las demoliciones llevadas a cabo en tiempos más antiguos.

Por esta razón, exceptuando la parte próxima a Babil, no puede verse nada de la muralla de ladrillo cocido sin efectuar excavaciones mientras que la muralla de barro, que solo ha sufrido los embates propios del tiempo, ha dejado una línea, claramente definida, de ruinas de cierta altura. La muralla de la ciudad de Seleucia, sobre el Tigris, también construida en barro, destaca asimismo sobre los montículos de escombros a una altura considerable. No puede afirmarse, sin embargo, que una muralla de ladrillo cocido de 480 estadios (las gigantescas dimensiones registradas por Herodoto) haya tenido que dejar necesariamente huellas considerables e inconfundibles y no es esto lo que nos lleva a dudar de la existencia de una muralla circundante de tales dimensiones, que se ha considerado como una afirmación definitiva desde las excavaciones efectuadas por Oppert en Babilonia. Tampoco puede afirmarse que tan fantásticas dimensiones constituyan una prueba en contra de su existencia real. La Gran Muralla China, de 11 metros de altura y 7,5 de anchura y con una longitud de 2.450 kilómetros, es justamente 29 veces más larga que la de Herodoto. Existen otras consideraciones convincentes que estudiaremos luego. En cualquier caso, la ciudad, teniendo en cuenta su perímetro, fue la mayor que se construyó en el antiguo Oriente, sin exceptuar siquiera Nínive, que en otros aspectos rivalizaba con Babi-

lonia. Pero fue en la época de Herodoto cuando la fama de las enormes dimensiones de Babilonia se extendió por el mundo y en aquel entonces Nínive había dejado ya de existir.



XLIII. (vii. 49).

Rawlinson.

The glorious offspring of Ashur-dapur-Il, who held the sceptre of dominion, and ruled over the the people of Bel; who in all the works of his hand and the deeds of his life placed his reliance on the great Gods, and thus obtained a prosperous and long life (†).

Talbot.

Great grandson of Ashur-dabalan ..... of the glorious sceptre ..... who rested upon the favor of the great gods, the works of his hands and the gifts of his .....

XLIV. (vii. 55).

The beloved child (literally heart of hearts) of Barzan-pala-kura, the king who first organized the country of Assyria, who purged his territories of the wicked as if they had been ....., and established the troops of Assyria in authority.

Fourth descendant of Ninev-bal-ushat, who .....

XLV. (vii. 60).

At this time the temple of Anu and Vul, the great Gods, my lords, which, in former times, Shansi-Vul, high-priest of Ashur, son of Ismi Dagan, high-priest of Ashur, had founded, having lasted for 641 years, it fell into ruin. Ashur-dapur-Il, king of Assyria, son of Barzan-pala-kura, king of Assyria, took down this temple and did not rebuild it. For 60 years the foundations of it were not laid.

The temple of Anu and Yem, the great gods, my lords, which in former days Shemsi-Yem, supreme lord of Assyria, son of Ishmi-Dagon, supreme lord of Assyria likewise, 641 years ago had constructed, that temple had fallen to decay. And Ashur-dabalan, king of Assyria, son of Ninev-bal-ushat, king of Assyria likewise, destroyed that temple and rebuilt it not. During sixty years its foundations were not .....

Prisma de arcilla del British Museum, cuya traducción fue realizada simultáneamente por Fox Talbot, H. C. Rawlinson, Hincks y Jules Oppert.

Fragmento del opúsculo *Inscription of Tiglath Pileser* I, *King of Assyria, B. C. 1150, as translated by Sir Henry Rawlinson, Fox Talbot Esq., Dr. Hincks and Dr. Oppert.*

Apenas puede establecerse una comparación con las ciudades modernas sin hacer ulteriores consideraciones. Debe recordarse siempre que la ciudad antigua era ante todo una forta-

leza que rodeaba a la parte habitada, estando esta última protegida por el cinturón circundante de las murallas. Nuestras grandes ciudades modernas tienen un carácter totalmente distinto, son espacios habitados, abiertos por todos lados. Por ello, solo cabe establecer una razonable comparación entre Babilonia y otras ciudades amuralladas, en cuyo caso Babilonia ocupa el primer lugar, en cuanto se refiere a la extensión de la zona amurallada y habitada, tanto entre las ciudades de la antigüedad como entre las ciudades modernas de este tipo.

Nabucodonosor menciona frecuentemente esta magna obra en sus inscripciones. El pasaje más importante está contenido en su inscripción «Steinplatten», col. 7,1, 22-55: «Para que ningún ataque pudiera alcanzar Imgur-Bel, la muralla de Babilonia, hice lo que ningún rey anterior había hecho. Sobre cuatro mil alnas de tierra de la parte de Babilonia, a una distancia calculada para que el ataque no pudiera profundizar, hice levantar una poderosa muralla sobre la parte oriental de Babilonia. Excavé en ella un foso y construí una escarpa con alquitrán y ladrillos. Abrí en ella amplios accesos, colocando puertas dobles de madera de cedro recubiertas de cobre. A fin de que el enemigo, que tiene la astucia del diablo, no pudiera presionar sobre los flancos de Babilonia, la rodeé de grandes canales como en las tierras que azota el mar agitado. Sus avenidas eran como las oleadas del poderoso mar. A fin de que no pudiera abrirse ninguna brecha, hice construir una presa de tierra junto a ella, cercándola con muros de contención hechos de ladrillo cocido. Construí poderosas defensas en el baluarte y convertí la ciudad de Babilonia en una fortaleza». (cf. H. Winckler, «Keilinschriftliche Bibliothek», vol. III, 2, p. 33.) Resulta difícil, en el estado inicial en que se encuentran las excavaciones, precisar categóricamente el significado de todos los detalles aquí referidos. Cuando se lleven a término los trabajos completos de excava-

ción, cosa que deseamos ocurra lo más pronto posible, podremos llegar a las conclusiones adecuadas.

The Excavations at Babylon, 1914

Una curiosa escultura

Robert Koldewey

En el ángulo nordeste, delante de donde empezaron nuestras excavaciones, había una figura grande de basalto que representaba a un león pisoteando a un hombre que, caído debajo de él, apoyaba su mano derecha sobre el costado del animal y la izquierda sobre su hocico. Este último ha sido arrancado por algunos supersticiosos y el hombre presenta en todo su cuerpo las marcas de las piedras y bolas de pedernal que fueron lanzadas y siguen lanzándose todavía sobre él, pues se le conoce por el muy temido «Djin». En un lado, los árabes han horadado un profundo agujero en sus costados que ahora está relleno de cemento. Todo ello tiene la siguiente explicación: Un europeo llegó una vez preguntando por el león del que probablemente había tenido noticias a través de los libros de los primeros viajeros. Los árabes se lo enseñaron y después de mirar detenidamente al animal, escogió de entre los pequeños agujeros que había en el basalto el de la derecha e introdujo en el mismo una llave que hizo girar, llenando acto seguido sus manos de monedas de oro. Después de llevar a cabo su fructífera broma, el viajero prosiguió su camino sin pronunciar una palabra pues no sabía hablar el árabe. A fin de poder sacar provecho del tesoro, los árabes ilustres hicieron un agujero en el león, lo cual debió costarles un trabajo inmenso pues la piedra es extremadamente dura. La figura no está labrada del todo y apenas está acabada de modelar. Por ello parece más antigua de lo que realmente es ya que difícilmente puede ser anterior al tiempo de Nabucodo-

nosor. La gente se halla dividida en cuanto a su significado. Algunos ven en ella a Daniel en la cueva de los leones y otros a Babilonia sobre la derrotada Egipto. Pero la realidad es que ningún acontecimiento histórico determinado ha sido nunca representado más que en forma de relieves y, por otra parte, tomar como base de sus expresiones artísticas la representación de una idea abstracta constituye un procedimiento que no es nunca utilizado en el arte de Babilonia.

The Excavations at Babylon, 1914

Problemas en la excavación de Nínive

Paul Emile Botta

Paul Emile Botta *(1805-1870) era hijo de un prominente político e historiador italiano. En 1826 emprendió un viaje por mar alrededor del mundo en el que invirtió tres años y, a su regreso, viajó extensamente por la región del mediterráneo Oriental, realizando una expedición a Sennaar como médico del dirigente árabe Mehemet Ali. Entró después en el servicio diplomático y en 1836 fue destinado a Trípoli donde permaneció por espacio de veinte años. Fue durante su estancia en esta ciudad cuando realizó la expedición a los montículos de Kouyunjik y Jorsabad, emplazamiento de Nínive, iniciando las excavaciones que posteriormente continuaría Layard. En 1845 se reconocieron los méritos de su labor como diplomático y anticuario al ser designado miembro de la Légion d'Honneur.*

Le explicaba, señor, que en su extremo la muralla giraba hacia el norte, formando una especie de nicho. Este mide alrededor de un metro y medio de profundidad y está ocupado por una estatua simbólica de mediana longitud que representa la parte delantera de un toro con cabeza humana proyectándose desde la muralla. Aunque las patas son muy naturales y están admirablemente realizadas, la parte superior no solo se encuentra muy deteriorada sino que parece enteramente convencional. Unas escamas, regularmente estriadas, parecen representar unas alas. La barba está rizada con meticulosidad y la cerneja está delineada por una ancha faja de surcos horizontales. La cabeza está inclinada y en mal estado pero no deja lugar a dudas de que el rostro era humano. Esta estatua debió de me-

dir 5 metros de altura y está labrada en un bloque único de yeso.

La muralla XXXIII, que forma el nicho, presenta otra figura simbólica. Se trata de un personaje alado con la cabeza de un ave. El pico, aunque es bastante largo, corresponde a un ave de rapiña. Las plumas están plegadas con rigidez y la cabeza queda rematada por una especie de penacho que desciende hasta los hombros. El cuello está rodeado por un collar o gargantilla, los brazos y las muñecas adornados con brazaletes. La mano derecha levantada, y la izquierda sostiene una cesta similar a las que llevan las figuras aladas del pasaje núm. II. Este personaje va vestido con una túnica corta, y un cinto ribeteado, de mayor anchura en sus extremos, cuelga entre sus piernas. Como prueba de la profusión de esculturas que decoran este monumento, debo señalar que la pequeña superficie de la pared que queda entre el toro y esta figura alada se encuentra asimismo decorada con bajo relieves.

La construcción de este edificio es uniforme: Las losas de yeso grandes o pequeñas, están colocadas verticalmente sobre la tierra del montículo. No puedo creer que estas piedras hayan sostenido nunca una techumbre de piedra y esta es una de las razones que me hace pensar que era de madera. No obstante, no he podido documentarme debidamente sobre este tema. El carbón de leña, muy abundante en algunos sitios, no se observa en otros donde, sin embargo, las paredes presentan igualmente un aspecto calcinado. Por esta circunstancia, continúo indeciso. Señalaré simplemente que las dimensiones del toro son tan enormes que no cabe suponer que hubiera sido llevado a su sitio atravesando pasadizos estrechos abiertos en el montículo. Quizá fue colocado en el exterior de uno de los pórticos. En este caso, la muralla debió de haber formado la parte exterior del monumento, lo cual explica suficientemente el estado de conservación en que se encontraron las esculturas y la misma pie-

dra y el hecho de que no haya sufrido daño por la caída de la techumbre en llamas. Pero no ha llegado todavía el tiempo de entrar en estas discusiones. Cuando todo haya sido desenterrado podremos probablemente aclarar con toda exactitud nuestras dudas. Haciendo averiguaciones me he esforzado, aunque inútilmente, por saber si este pueblo no tuvo antiguamente algún otro nombre de carácter más caldeo que el de Jorsabad o Jhestéabad (pues así se escribe todavía). No existe ninguna tradición local al respecto y sus mismos habitantes desconocían los tesoros arqueológicos que yacían enterrados bajo sus pies y que la suerte me permitió descubrir. No obstante, continuaré investigando. Con respecto a la futura dirección de los trabajos, tengo, señor, la satisfacción de informarle que, con toda probabilidad, no tropezaré con nuevos obstáculos. Después que Su Excelencia, el Ministro del Interior, prestó su amable apoyo a mis trabajos, estoy en situación de actuar más libremente y he conseguido persuadir al Principal del pueblo a que abandone su casa que impedía nuestro paso. Trasladará su morada a la llanura y el resto de la gente le seguirá. Todo el montículo quedará así a mi disposición y nada podrá quedar fuera de mi examen. Me veo, sin embargo, obligado a suspender mis excavaciones por algún tiempo. El aire de Jorsabad es particularmente insano como hemos podido comprobar no solo yo sino también todos los que me acompañaban. Con frecuencia me he visto obligado a cambiar de trabajadores y su capataz, que me ayudaba muy eficazmente, se encuentra ahora gravemente enfermo. Por esta razón, no puedo regresar a Jorsabad antes de que haya pasado el calor y, si tuvieran que continuarse los trabajos en este momento, el estado de las esculturas es tan precario que me hace suponer que se perderían antes de que pudiera ir a recogerlas. Por consiguiente, he suspendido mis trabajos por un corto tiempo y he vuelto a enterrar aquellas partes de las que no tuve tiempo de sacar copias. En cuanto a las otras, lamento decir que

pronto se convertirán en polvo. Careciendo ya de apoyo, las paredes ceden como consecuencia de las contracciones del suelo, la acción del sol reduce a polvo la superficie y ya ha desaparecido una parte considerable de las mismas. Esto es verdaderamente lamentable pero no puedo poner remedio a menos que el conjunto, según mi proyecto, sea rellenado de nuevo y quede preservado así para futuras investigaciones. Esta es mi sugerencia actual ya que, considerando todos los aspectos, siempre puede efectuarse una segunda excavación mientras que, dejando las paredes al descubierto, en cuestión de tres meses no quedarían vestigios de las mismas.

Letters on the Discoveries at Nineveh, 1850

Excavaciones en Nimrud

Austen Henry Layard

Sir Austen Henry Layard *(1817-1894) nació en París y se educó en Italia, Francia, Suiza e Inglaterra. Su padre fue funcionario público y su espíritu cosmopolita contribuyó sin duda alguna a despertar su afición por los viajes y las bellas artes. Empezó su carrera en el despacho de un abogado londinense pero a los seis años lo dejó con el propósito de realizar un viaje a Ceilán, donde proyectaba seguir a su padre en el servicio a la Administración. Cuando llegó al Oriente Próximo, sin embargo, abandonó toda idea de continuar su viaje y, durante algunos años, desempeñó misiones diplomáticas en el curso de las cuales se familiarizó con las ruinas de Nimrud, Nínive y Babilonia. Después de asegurarse protección y estímulo oficiales para su expedición, emprendió la excavación del montículo de Nínive y poco después de Babilonia, donde adquirió la mayor parte de la*

magnífica colección de las esculturas asirias ahora existentes en el Museo Británico.

Hacia fines de octubre, estaba de nuevo entre las ruinas. Faltaba poco para la llegada del invierno y era necesario construir una casa adecuada para alojarnos yo y mis criados. Tracé un plano sobre el suelo en el pueblo de Nimrud y en pocos días tuvimos listas nuestras habitaciones. Mis obreros hicieron los tabiques de ladrillos de barro cocido al sol y cubrieron los cuartos con vigas y ramas de árboles. Se aplicó una espesa capa de barro sobre todo el conjunto para que no penetrara la lluvia. Mis dos habitaciones estaban separadas por un Iwan o nave divisoria, quedando el conjunto rodeado por una pared. En el segundo patio construimos las chozas para mi ayudante, mis invitados árabes, mis criados y cuadras para los caballos. Ibrahim Agha dio una muestra de su ingenuidad haciendo aberturas equidistantes, de aspecto muy militar, en las fachadas, que yo ordené tapar inmediatamente para evitar ser acusado de estar construyendo fortificaciones destinadas al establecimiento permanente de una colonia francesa en el país. Sin embargo, no nos descuidamos en tomar precauciones para el caso de que se produjera algún ataque por parte de los beduinos a los que Ibrahim Agha tenía un miedo exagerado. Desgraciadamente, el único aguacero que presencié durante el resto de mi permanencia en Asiria cayó precisamente antes de haber colocado los techos y saturaron tanto los ladrillos que ya no volvieron a secarse hasta la primavera siguiente. La consecuencia fue que la única muestra de vegetación que mis ojos pudieron contemplar antes de mi regreso a Europa la dio mi alojamiento cuyas paredes estuvieron cubiertas continuamente con un manto de hierba.

Sobre el montículo propiamente dicho e inmediatamente por encima de los grandes leones alados primeramente descubiertos, construimos una casa para mis trabajadores nestoria-

nos y sus familiares y una choza a la que podían trasladarse inmediatamente para su custodia todos los pequeños objetos descubiertos entre las ruinas. Dividí a mis árabes en tres grupos con arreglo a la rama de la tribu a que pertenecían. Montamos unas cuarenta tiendas de campaña en diferentes partes del montículo a la entrada de las principales zanjas. Cuarenta más se levantaron alrededor de mi alojamiento y el resto sobre la orilla del río, donde se fueron depositando las esculturas con anterioridad a su embarque en las balsas. Los hombres estaban todos armados con el objeto de velar por la defensa de mi campamento.

El Sr. Hormuzd Rassam vivía conmigo y a él le confié la contabilidad y el pago de los salarios. Consiguió pronto ganarse la confianza de los árabes y su fama se extendió por todo el desierto.

Los obreros se dividieron en cuadrillas. En cada equipo había generalmente ocho o diez árabes que transportaban la tierra en cestas y dos o cuatro excavadores nestorianos, según fuera la naturaleza del suelo y los escombros que había que manejar. Estaban controlados por un capataz, cuya responsabilidad consistía en mantenerlos ocupados y notificarme el hallazgo de una losa o de algún objeto pequeño con el fin de que yo pudiera ayudarles a despejarlo o a extraerlo. Distribuí a unos cuantos árabes de una tribu hostil entre los equipos con el propósito de poder estar siempre enterado de lo que ocurría, y saber fácilmente si se estaba tramando algún complot, localizando a los que proyectasen apropiarse de alguna de las reliquias descubiertas en las excavaciones. Como consecuencia de la escasez de recursos económicos puestos a mi disposición, me vi forzado a seguir en las excavaciones el mismo plan que hasta entonces había adoptado: cavar zanjas a lo largo de las paredes de las cámaras y dejar al descubierto el conjunto de las losas sin quitar la tierra del centro. De este modo, eran pocas las cáma-

ras que se exploraban completamente y es posible que muchos objetos pequeños de gran interés hayan quedado sin descubrir. Como tenía instrucciones de cubrir los edificios con tierra después de haber sido examinados, rellené las zanjas, para evitar gastos innecesarios, con los escombros extraídos de las abiertas últimamente, tras haber sacado copia de las inscripciones y retirado las esculturas.

Se reanudaron las excavaciones a gran escala el primero de noviembre. Mis grupos de obreros fueron distribuidos por el montículo, sobre las ruinas de los palacios del noroeste y del sudoeste, junto a los toros gigantes del centro y en el ángulo sureste, donde no se habían descubierto todavía huellas de edificios.

Es preciso que recordemos que la mayoría de las losas que formaban el lado sur de la gran sala del palacio del noroeste habían caído de cara al suelo. Mi deseo era al principio levantar estos bajo relieves y embalarlos para su transporte a Busrah. Para realizar esta labor fue necesario extraer una gran cantidad de tierra y escombros y vaciar prácticamente toda la cámara, pues las losas caídas se extendían hasta casi la mitad de la misma. Las esculturas pertenecientes a nueve losas se encontraron en admirable estado de conservación aunque rotas por la caída. Las losas estaban divididas, como las ya descritas, en dos secciones por unas inscripciones muy similares.

Las esculturas eran muy interesantes. Representaban las guerras del rey y sus victorias sobre las naciones extranjeras. Los bajo relieves de las dos primeras losas constituían un solo tema: el monarca con sus soldados en una batalla ante las murallas de un castillo enemigo. Permanece en pie, suntuosamente ataviado, sobre un carro arrastrado por tres caballos, extraordinariamente protegidos, disparando su arco contra los que defienden las murallas o contra un soldado, ya herido, que está cayendo de su carro. Un ayudante protege la persona del rey

con un escudo, y un auriga sostiene las riendas excitando a los caballos. Sobre el rey se halla el distintivo de la suprema Deidad representada, como en Persépolis, por una figura alada dentro de un círculo, llevando un casquete con cuernos que recuerda al de los leones con cabeza humana. Como el rey, está disparando una flecha, con la punta en forma de tridente.

Detrás del rey hay tres carros, el primero arrastrado por tres caballos (uno de los cuales está encabritándose y otro cayendo) y ocupado por un guerrero herido que pide clemencia a sus perseguidores. En los otros hay dos soldados, uno disparando una flecha, el otro conduciendo su caballo que corre a todo galope. En cada carro de guerra asirio se ve un estandarte (cuyo distintivo, encerrado en un círculo ornamentado con borlas y gallardetes, representa a un arquero con un casco con cuernos pero sin alas, de pie sobre un toro). Los dos toros quedan de espaldas entre sí. En la parte inferior del primer bajo relieve se aprecian líneas onduladas que representan el agua o un río y, entre ambos animales, hay varios árboles. Los infantes asirios, que combaten o matan al enemigo, se introducen en varios sitios. Y en el fondo tres cuerpos, degollados sobre las figuras principales del segundo bajo relieve, representan a la muerte.

Sobre la parte superior de las dos losas que siguen a la escena de la batalla, se encuentra el retorno triunfal tras la victoria. Encabezando el desfile, hay soldados que arrojan las cabezas de los enemigos a los pies de los conquistadores. Dos músicos tocando instrumentos de cuerda, preceden a los aurigas, desarmados, que llevan estandartes. Sobre ellos, hay un águila con una cabeza humana entre sus garras. Seguidamente vienen el rey sobre su carro, llevando en una mano su arco y en la otra dos flechas (la actitud en que se le representa tantas veces en los monumentos asirios y que probablemente denota el triunfo sobre sus enemigos). Sobre los caballos está la divinidad regente, también llevando un arco. El ayudante, que en el combate lle-

vaba el escudo, es ahora sustituido por un eunuco levantando el parasol abierto (distintivo oriental de la realeza). Los caballos van conducidos por lacayos aunque el auriga sigue sosteniendo las riendas. Detrás de la carroza del rey hay un jinete montando un segundo caballo brillantemente encubertado.

Tras el desfile, el castillo y pabellón del victorioso monarca (el primero representado por un círculo dividido en cuatro compartimentos iguales y rodeado por torres y almenas). En cada división se observan figuras evidentemente ocupadas en la preparación del festín. Una está sacrificando un cordero, otra aparece cociendo el pan y las demás se hallan frente a las cazuelas y utensilios que están colocados sobre las mesas. El pabellón está sostenido por tres columnas, una rematada por una piña (alegoría vista tan frecuentemente en las esculturas asirías), las otras por las figuras del rebeco o cabra montesa. Era probablemente de tejido de seda o de lana, ricamente adornado y ribeteado por una orla de piñas y ornamentos en forma de tulipán. Debajo del palio, hay un lacayo que está limpiando un caballo mientras que otros, estacados por sus ronzales, están comiendo en unas bateas. Un eunuco se halla a la entrada de la tienda y recibe a cuatro prisioneros que con sus manos atadas detrás, son llevados ante él por un guerrero asirio. Sobre este grupo, hay dos curiosas figuras con cabeza de león. Una con un látigo o correa en la mano derecha mientras con la izquierda se sujeta la mandíbula inferior. La otra está levantando las manos. Van vestidas con túnicas que descienden hasta las rodillas y pieles que caen desde la cabeza y se extienden por los hombros hasta llegar a los tobillos. Van acompañadas por un individuo que está levantando un garrote.

Los cuatro siguientes bajo relieves registran una batalla en la que están representados el rey, dos guerreros con sus estandartes y un eunuco, montados en carros, y cuatro soldados a caballo, entre los que también hay un eunuco. El enemigo marcha a

pie y va disparando sus flechas contra sus perseguidores. Unas águilas revolotean sobre los vencedores y devoran a los muertos. Sobre la cabeza del monarca vemos nuevamente la divinidad alada dentro del círculo.

Estos bajo relieves ilustran en muchos aspectos las costumbres y civilización de los asirios. Encontramos aquí al eunuco dotado de autoridad en la guerra y enfrentándose en combate con el enemigo, como antes lo hemos visto auxiliando al rey en las ceremonias religiosas o siguiéndole como portador de sus armas durante la paz. El hecho de que los eunucos alcanzaron los rangos más elevados entre los asirios y fueron incluso generales de sus ejércitos, aparece claramente establecido en la Sagrada Escritura donde el rabari, o jefe de los eunucos, se cita como uno de los principales oficiales de Senaquerib y como uno de los príncipes de Nabucodonosor. Evidentemente, en la corte asiria, parecen haber ostentado los mismos cargos y haber ejercido la misma influencia que disfrutaron en Turquía y en Persia, donde frecuentemente han ocupado el cargo de visir o primer ministro.

Los caballos de los arqueros van conducidos por guerreros montados que llevan casquetes circulares, probablemente de hierro. Los caballeros son citados frecuentemente en la Biblia como formando una parte destacada de los ejércitos asirios. Ezequiel (XXIII, 6) los describe de la forma siguiente: «Los asirios, vestidos de azul, capitanes y gobernantes, todos ellos hombres jóvenes honorables, cabalgando sobre sus corceles». Y Holofernes capitaneaba unos 12.000 arqueros a caballo. El jinete se sienta sobre el lomo desnudo del caballo, que solo se adorna con una tela cuando va detrás del carro del rey, probablemente para utilizarla en caso de que el carro sufriera un accidente.

Los caballos representados en las esculturas parecen ser de pura sangre. Asiria y particularmente aquella parte del imperio

que estaba bañada por el Tigris y el Éufrates eran conocidas por sus caballos en la antigüedad. Lo mismo que hoy, las «llanuras de Arabia» eran ya famosas entonces por la pura raza de sus corceles. Probablemente los judíos, obtenían los corceles para su caballería en este país y el general del rey asirio les ofrecía esos caballos como un inestimable presente. En los monumentos egipcios, se citan continuamente los caballos de Mesopotamia entre el botín o los tributos. El caballo de los bajo relieves asirios fue plasmado partiendo de modelos perfectos. La cabeza es pequeña y bien formada, las ventanas de la nariz grandes y erguidas, el cuello arqueado, el cuerpo largo, las patas finas y vigorosas. El profeta exclama refiriéndose a los caballos de los caldeos: «Son más rápidos que el leopardo y más fieros que los lobos nocturnos». Y la magnífica descripción del combate de los caballos en el libro de Job es familiar a cualquier lector. En una época posterior, las llanuras de Babilonia suministraron caballos a los persas tanto para el uso privado del rey como para sus tropas. Los fértiles pastos de Mesopotamia debieron de proporcionarles siempre suficiente forraje y aquellas vastas llanuras, expuestas a los calores del estío y al frío del invierno, los acostumbraron al duro ejercicio y a la fatiga.

Uno de los hallazgos más interesantes de Layard fue el obelisco negro de Salmanasar III (859-824 a. de J. C.).

Nineveh and its Remains, 1867

Descubrimientos y alarmas

Austen Henry Layard

Al día siguiente a estos descubrimientos cuando, después de haber visitado el campamento del Jeque Abd-ur-rahman, regresaba al montículo, vi a dos árabes de su tribu que se acercaban hacia mí galopando vertiginosamente sobre sus yeguas. Al alcanzarme se detuvieron. «Dese prisa, oh Bey», exclamó uno de ellos. «Vaya inmediatamente a donde están los excavadores. Han encontrado a Nemrod. ¡Wallah! Es milagroso pero es cierto. Le hemos visto con nuestros propios ojos. No hay más que un solo Dios». Y pronunciando ambos al unísono esta devota exclamación, se alejaron al galope, sin más palabras, en dirección a sus tiendas.

Al llegar donde estaban las ruinas, bajé a la zanja recientemente abierta y encontré en ella a los obreros, que ya me habían visto aproximarme, de pie frente a un montón de cestas y tapas. Mientras, Awad se adelantó y solicitó un presente para celebrar el acontecimiento, los árabes retiraron la pantalla protectora que habían construido a toda prisa y descubrieron una enorme cabeza humana modelada totalmente en alabastro del país. Habían descubierto la parte superior de una figura. El resto se hallaba todavía bajo tierra. Me di cuenta enseguida de que la cabeza debió pertenecer a un león o toro alado, semejante a los de Jorsabad y Persépolis. Estaba admirablemente conservada. Su expresión era tranquila, incluso majestuosa, y el perfil de los rasgos mostraba una libertad y conocimiento del arte, difícilmente apreciables en obras tan antiguas. El casquete tenía

tres cuernos y a diferencia de los toros con cabeza humana, que se habían encontrado en Asiria hasta entonces, era redondo y sin ornamentos en su parte superior.

Layard descubre los monstruos antropocéfalos que custodian la puerta de Nimrud, en Nínive.

No me sorprendió que los árabes se sintieran confusos y aterrados ante su aparición. No hacía falta gran imaginación para sentirse dominado por las más extrañas fantasías. Esta gigantesca cabeza, blanqueada por el tiempo, surgiendo de las entra-

ñas de la tierra, podía muy bien haber pertenecido a uno de esos terribles seres descritos en las tradiciones del país, apareciéndose a los mortales, emergiendo lentamente de las regiones de ultratumba. Uno de los obreros, al captar la primera mirada del monstruo, arrojó el cesto y salió corriendo hacia Mosul como alma que lleva el diablo, hecho que me dejó bastante preocupado pues podía tener malas consecuencias.

Mientras vigilaba la extracción de la tierra, que aún seguía adherida a la escultura, y daba instrucciones para la continuación del trabajo, se escuchó el cabalgar de unos caballos y a los pocos instantes se presentaba Abd-ur-rahman, seguido por la mitad de su tribu, junto al borde de la zanja. Tan pronto como los árabes que me habían encontrado llegaron a sus tiendas y divulgaron las maravillas que habían visto, todos montaron sobre sus yeguas y cabalgaron hasta el montículo para convencerse por sí mismos de la certeza de aquellas noticias inconcebibles. Cuando contemplaron la cabeza, gritaron todos a la vez: «¡No hay más que un solo Dios y Mahoma es su profeta!». Nos costó mucho tiempo persuadir al Jeque para que descendiera al interior de la zanja y se convenciera por sí mismo de que la imagen que había visto era de piedra. «Esto no es obra de las manos del hombre», exclamó, «sino de aquellos gigantes infieles de los cuales dijo el Profeta, ¡que en paz esté!, que eran más altos que la palmera más alta. Este es uno de los ídolos que Noé, ¡que en paz esté!, maldijo antes del Diluvio». Con esta opinión, resultado de un detenido examen, coincidieron todos los presentes.

Uno de los grandes toros alados que flanqueaban la entrada del palacio de Khorsabad. Museo del Louvre.

Seguidamente ordené la excavación de una zanja al sur de la cabeza con la esperanza de encontrar una figura relacionada con ella y, antes de la caída de la noche, encontré el objeto que buscaba a unos doce pies de distancia. Después de elegir a dos o tres hombres para que durmieran cerca de las esculturas, regresé al pueblo y celebramos el hallazgo del día con la matanza de un cordero, del cual participaron todos los árabes que nos acompañaban. Como daba la casualidad de que algunos músicos ambulantes se encontraban en Selamiyah, mandé a buscarlos y se bailó casi toda la noche. A la mañana siguiente, los árabes de la otra orilla del Tigris y los habitantes de los pueblos limítrofes se reunieron en el montículo. Incluso las mujeres, no pudiendo dominar su curiosidad, llegaron en tropel con sus hijos después de hacer un largo recorrido. Un ayudante permaneció durante todo el día dentro de la zanja, con el objeto de impedir que los curiosos descendieran a ella.

Como era de esperar, la noticia del hallazgo de la gigantesca cabeza, transmitida a Mosul por el aterrorizado árabe, había provocado una conmoción en la ciudad. Este no había dejado de correr hasta que llegó al puente de la ciudad y entrando sin respiración en el mercado, anunció a todo el mundo que Nemrod se había aparecido. La noticia llegó pronto a oídos del Cadí que convocó al Mufti y al Ulema para consultarles sobre este acontecimiento inesperado. Sus deliberaciones terminaron con una marcha hasta la residencia del Gobernador y en una protesta formal por parte de los musulmanes de la ciudad contra una conducta que infringía tan directamente los preceptos del Corán. El Cadí no sabía con certeza si se habían descubierto los restos auténticos del poderoso cazador o solamente su estatua. El Bajá Ismail tampoco recordaba con exactitud si Nemrod era en realidad un profeta creyente o un infiel. En consecuencia, recibí un mensaje algo ininteligible de Su Excelencia en el que ordenaba que los restos fueran tratados con respeto y que no se

tocaran bajo ningún pretexto. Expresaba, además, su deseo de que las excavaciones fueran detenidas y me invitó a tratar el asunto con él.

Me desplacé enseguida a Mosul y le visité. Tuve alguna dificultad para hacerle comprender la naturaleza de mi descubrimiento. Por fin quedó convencido de que solamente habíamos descubierto parte de una figura de piedra y que no se había turbado la tranquilidad ni de Nemrod ni de ningún personaje citado por el Corán. Sin embargo, como me pidió que interrumpiese mis operaciones hasta que cediese un poco la tensión en la ciudad, regresé a Nimrud y despedí a los obreros, reteniendo únicamente a dos hombres para que cavasen tranquilamente a lo largo de las murallas sin dar motivo a nuevas interferencias. Hacia finales de marzo descubrí la existencia de una segunda pareja de leones alados con cabeza humana, cuya forma difería de los descubiertos anteriormente, pues la parte humana se extendía hasta la cintura y tenían brazos y patas de león. Cada una de las figuras llevaba en una mano una cabra o venado y, en la otra, que caía sobre un costado, una rama con tres flores. Formaba la entrada norte de la sala o cámara, cuyo pórtico occidental estaba constituido por los leones con cabeza humana que hemos descrito anteriormente. Tras descubrirlos completamente pude comprobar que se conservaban íntegros. El cuerpo y los miembros estaban plasmados admirablemente. Los músculos y los huesos, aunque vigorosamente desarrollados para acentuar su fortaleza, revelaban al mismo tiempo un perfecto conocimiento de la anatomía y forma del animal. Las alas extendidas partían de los hombros y cubrían la espalda. Un cinturón anudado, terminado en borlas, circundaba los costados. Como estas esculturas estaban colocadas delante de los muros que formaban una puerta o entrada, de modo que solamente se veía parte del cuerpo, fueron labradas parcialmente en forma lisa y sin detalle y en forma detallada tan solo en las partes visi-

bles. La cabeza y el tórax que miran a la cámara son figuras completas. El resto es un trabajo de alto relieve. Y para que el espectador pudiese disfrutar de una vista frontal y otra lateral se le pusieron cinco patas, cuatro en la parte que forma la entrada y otra adicional en el frente. La piedra, no ocupada en toda su extensión por la figura, estaba cubierta de inscripciones en caracteres cuneiformes. Podían apreciarse todavía huellas del color de los ojos: (las pupilas estaban pintadas de negro y el globo del ojo cubierto con un pigmento blanco. El resto de la escultura no presentaba ninguna coloración…).

Yo solía contemplar horas enteras estas misteriosas alegorías meditando sobre su significado e historia. ¡Qué formas tan nobles habría introducido el pueblo en el templo de sus dioses! ¡Qué imágenes más sublimes tomaron de la naturaleza los hombres que, sin la ayuda de la revelación, materializaron su concepción de la sabiduría y del poder de un Ser Supremo! No pudieron encontrar mejores símbolos que la cabeza del hombre para representar la inteligencia y la sabiduría, que el cuerpo del león para representar la fuerza, que las alas del ave para representar la ubicuidad. Estos leones alados con cabeza humana no eran creaciones triviales, ni el producto de la simple fantasía. Tenían su significado. Aterrorizaron y dominaron a razas que florecieron hace 3.000 años. A través de los pórticos custodiados por aquellas estatuas, los reyes, los sacerdotes y los soldados habían llevado ofrendas a sus altares, mucho antes de que la sabiduría de Oriente hubiera penetrado en Grecia transmitiendo a su mitología los símbolos cuya antigüedad reconocían los adoradores asirios. Es posible que hubieran sido enterrados y que su existencia fuera desconocida antes de la fundación de la ciudad eterna. Por espacio de veinticinco siglos, habían estado ocultos a la vista del hombre y ahora surgían una vez más con su majestad ancestral. ¡Pero qué distinto era el ambiente que les rodeaba! El lujo y la civilización de una nación podero-

sa había dejado paso a la miseria e ignorancia de unas cuantas tribus semisalvajes. La riqueza de los templos y los palacios de las grandes ciudades se habían transformado en ruinas y montones de tierra. Sobre la amplia sala donde se erguían, había pasado el arado y se agitaba el trigo. Egipto posee monumentos no menos antiquísimos y no menos maravillosos, pero han resistido al paso de los tiempos para dar testimonio de su primitivo poderío y renombre. Los que tenía ante mi vista no parecían sino repetir las palabras del profeta: «En otro tiempo, Asiria fue como un cedro del Líbano, de bellas ramas y elevada copa, con su cima entre los gruesos cepos… Su altura destacaba sobre todos los árboles del bosque. Sus brazos se multiplicaban y sus ramas se alargaban gracias a la gran cantidad de agua que absorbía. Todas las aves del cielo hacían sus nidos en sus ramas y a su sombra parían todas las bestias del bosque y se refugiaban todas las grandes naciones». Pero ahora Nínive es «desolada y seca como un desierto y el ganado yace en su interior. Animales de todas clases, el cormorán y el avetoro se cobijan en sus dinteles superiores. Sus gritos se escuchan en las ventanas y la desolación se ha adueñado de todo».

Nineveh and its Remains, 1867

Se encuentra el poema épico de Gilgamesh

George Smith

George Smith (1840-1876) nació en Chelsea, Londres. Careciendo de una sólida formación universitaria, empezó su carrera profesional como grabador de billetes de banco pero pasó tantos ratos libres en el Departamento Asirio del Museo Británico que despertó la atención de Sir Henry Rawlinson quien le procuró un puesto en el Departamento. Al poco tiempo justificó su nombramiento mediante la publicación de una inscripción en la que se fijaba la fecha del eclipse de sol del año 763 antes de Cristo y de otra que establecía la fecha de la invasión de Babilonia por los elamitas en el 2280 antes de Cristo. En 1872, transcribió y tradujo el poema épico de Gilgamesh que, a excepción de dieciséis líneas, se conservaba íntegro. Cuando se descubrió la laguna, el «Daily Telegraph» financió una expedición, dirigida por Smith, para encontrar las líneas que faltaban y, por muy increíble que parezca, estas fueron descubiertas en una tablilla extraída a comienzos de la primera etapa de los trabajos de excavación. El periódico, considerando que estaba cumplido el objetivo de la expedición, renunció a seguir prestando su apoyo y gracias a una afortunada casualidad, en la última fase de la búsqueda se encontró un grupo de tablillas que detallaban la sucesión de las dinastías babilónicas. En 1874 y 1876, el Museo Británico financió dos expediciones más bajo la dirección de Smith, pero este era persona de constitución débil y las condiciones de vida y de trabajo en el desierto resultaron

demasiado duras para su salud. Contrajo unas fiebres y murió en Alepo en 1876.

A mi regresó cabalgué por los terrenos bajos de la orilla del Tigris y por los acantilados que sobresalían del agua, y llegué pronto a Mosul, de donde pasé a Kouyunjik para examinar el estado en que se encontraban las excavaciones. Las zanjas del palacio de Senaquerib avanzaban lentamente y sus resultados eran inapreciables, ya que el suelo estaba tan desecho por las excavaciones anteriores que resultaba difícil realizar una buena labor sin efectuar operaciones más extensas de lo que me permitían mi tiempo y mis medios. Las inscripciones, el gran objetivo de mi trabajo, fueron encontradas lo que constituyó una compensación a mis esfuerzos.

Tablilla con fragmentos de la epopeya de Gilgamesh. Archivos de Asurbanipal. British Museum.

Reverso del original sumerio sobre las epopeyas babilónicas de Gilgamesh. University Museum. Pennsylvania.

En el palacio septentrional, los resultados fueron más positivos. Aquí existía un foso grande hecho por anteriores excavadores donde se hallaron muchas tablillas. Este foso fue utilizado como cantera desde la terminación de las últimas excavaciones y de él fuimos extrayendo regularmente las piedras para el edificio del puente de Mosul. El fondo del foso estaba ahora lleno de pesados fragmentos de roca pertenecientes a los cimientos del palacio, aprisionados entre montones de pequeños fragmentos de piedra, cemento, ladrillo y arcillas, formando un montón informe de escombros. Al quitar algunas de estas piedras con una palanca y al extraer los escombros que había detrás de la misma, apareció la mitad de una curiosa tablilla, copia de un original babilónico, que contiene algunas advertencias dirigidas a los reyes y jueces sobre los males que podrían derivarse si no se hacía justicia en el país. Más adelante, conforme avanzábamos en la exploración de la zanja, descubrimos la otra mitad de la tablilla que, sin duda alguna, se había roto antes de surgir de entre los escombros.

El 14 de mayo, Mr. Charles Kerr, el amigo que había dejado en Alepo, me visitó en Mosul. Cuando yo entraba en el kan donde me alojaba me encontré con él. Después de saludarle, me senté para examinar el conjunto de fragmentos con inscripciones cuneiformes que habíamos descubierto durante el día, cepillando la tierra de los fragmentos para leer su contenido. Al limpiar uno de ellos encontré, con sorpresa y regocijo, que contenía el texto casi íntegro de una inscripción de dieciséis líneas pertenecientes a la primera columna de la descripción caldea del Diluvio y que encajaba en el único punto donde la historia presentaba una importante laguna. Cuando publiqué por primera vez la descripción de esta tablilla, calculé que faltaban alrededor de quince líneas que en la actualidad casi puedo completar con este fragmento.

Después de explicar a mi amigo el contenido del fragmento, hice una copia del mismo y, pocos días más tarde, telegrafiaba el acontecimiento a los propietarios del «Daily Telegraph». Mr. Kerr deseaba ver el montículo de Nimrud pero como los hallazgos de Kouyunjik eran tan importantes, no pude abandonar el yacimiento para ir con él y por ello envié mi intérprete para que le enseñase el lugar, quedándome yo en Kouyunjik para supervisar las excavaciones.

El palacio de Senaquerib nos proporcionó también numerosos objetos, entre ellos una pequeña tabla de Esarhaddon, rey de Asiria, algunos fragmentos de uno de los históricos cilindros de Asurbanipal y un curioso fragmento de la historia de Sargón, rey de Asiria, relativo a su expedición contra Ashdod, citada en el capítulo vigésimo del Libro de Isaías. En el mismo fragmento aparecía también parte de una lista de los jefes medos que rendían vasallaje a Sargón, parte de un cilindro inscrito de Senaquerib y la mitad de un amuleto de ónice con el nombre y los títulos de este monarca, extraído posteriormente, así como numerosas impresiones en sellos de arcilla, con utensilios de bronce, hierro y vidrio. También encontramos parte de un trono de cristal, una magnífica pieza de mobiliario en muy mal estado para sacar una copia pero cuya forma recordaba de una forma asombrosa el bronce descubierto por Mr. Layard en Nimrud.

El sábado, día 17 de mayo, por la tarde, después de pagar a los obreros, empecé a examinar los montículos de Jorsabad. Atravesé el Tigris y pasé por las ruinas de Nínive junto al río Khosr y atravesé los campos hasta el montículo de Kalata. Debido a lo avanzado de la hora no pude visitar Kalata y me alojé en un pueblo cercano al montículo. A la mañana siguiente me levanté temprano y fui al montículo de Kalata, una elevación artificial grande y cónica que había sido ya explorada por anteriores investigadores. Lo único que podía verse era una cámara

situada en la ladera del montículo que me parecía una tumba. La cúpula había sido despojada recientemente de su contenido y, según me dijeron, se habían encontrado varias antigüedades en ella. Desde Kalata me desplacé a Barimeg, un pueblo bien construido situado al pie de las montañas de Jebel Maklub y, atravesando un bello paisaje, cabalgué hasta Jorsabad. Un poderoso río tributario del Kohsr, corre desde Barimeg hasta esta última localidad. En un lugar determinado existe una bella catarata y se aprecian signos de cultivos y fertilidad en todas direcciones. Las montañas y torrentes vecinos, los campos y las flores hacen que esta región aparezca claramente en contraste con las vastas y oscuras planicies de la mayor parte de Asiria y justifican plenamente la elección de Sargón, que fijó en Jorsabad su capital.

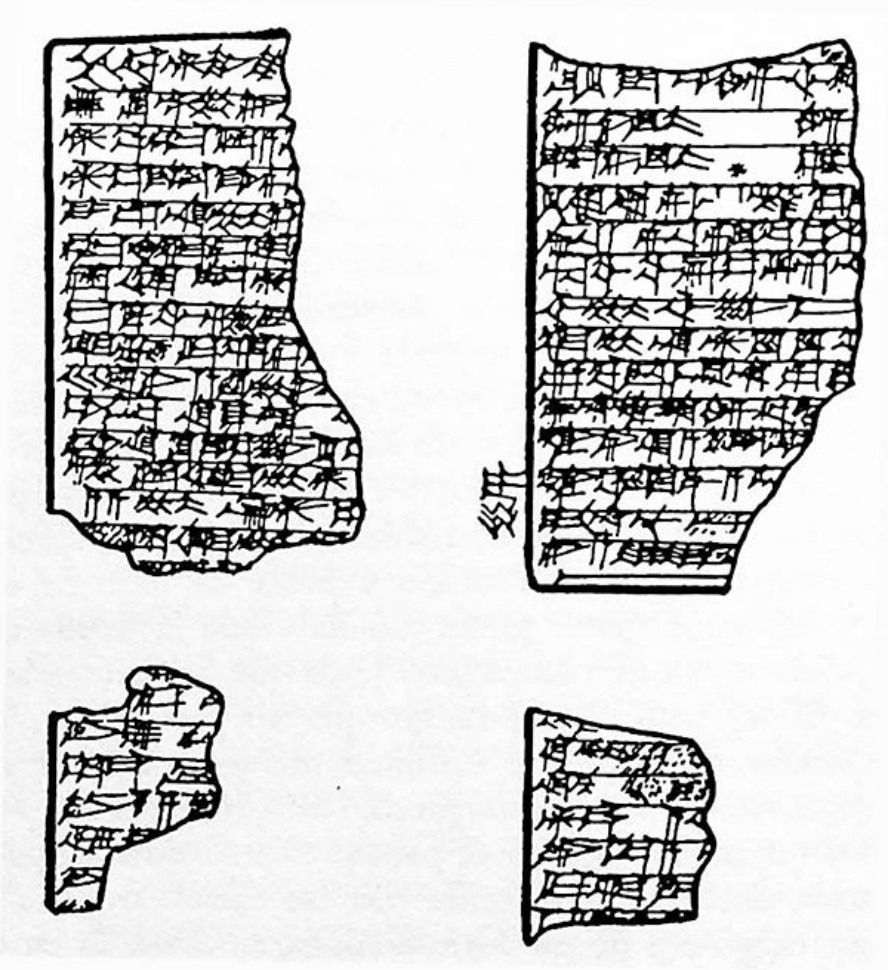
Las ruinas de Jorsabad corresponden a la vieja ciudad asiría de Dursargina y están formadas por el poblado y un palacio sobre un montículo. La muralla de la ciudad es casi cuadrada, midiendo cada lado bastante más de una milla. Los ángulos de este cuadrado están orientados hacia los puntos cardinales. En la fachada sudoccidental de la muralla, se halla el recinto fortificado de una ciudadela y, en la fachada noroccidental, a lo largo de la cual corre el río Barimeg, se levanta la plataforma del palacio que tiene un perfil parecido a una T mirando la base de la letra hacia el noroeste. Esta parte se halla más próxima al río y la parte más elevada del montículo cubre los restos del palacio y de un templo. Las excavaciones realizadas aquí por Mr. Botta se efectuaron de un modo sistemático y dejaron al descubierto una parte considerable del palacio, pudiéndose apreciar todavía algo del mismo aunque todo ha sido cubierto de nuevo con vistas a su conservación. Pasé algún tiempo inspeccionando estas ruinas y luego regresé a Mosul.

He dicho que telegrafié a los propietarios del «Daily Telegraph» notificando mi descubrimiento del fragmento perdido de

la tabla del Diluvio. La información sobre el hallazgo apareció en el periódico el 21 de mayo de 1873 pero, por algún error que desconozco, el telegrama publicado difiere materialmente del que yo envié. Debo poner especialmente de relieve el hecho de que en el texto que publicó el periódico aparece la frase «como está concluyendo la estación», lo que indujo a pensar que estaba llegando a su fin la estación idónea para efectuar excavaciones. Mi intención era contraria a este texto que no es el que yo envié. Por aquellos días esperaba instrucciones y confiaba en que continuarían las excavaciones ya que estábamos obteniendo buenos resultados. Los propietarios del «Daily Telegraph», sin embargo, consideraron que el descubrimiento del fragmento perdido del texto del Diluvio constituía la realización de los objetivos que se habían marcado y renunciaron a seguir con las excavaciones, expresando a pesar de todo su interés por los trabajos y deseando que siguiera adelante con la ayuda del estado. Quedé decepcionado ya que hacía muy poco que habían comenzado mis excavaciones. Comprendí, sin embargo, que no podía hacer objeciones y en consecuencia me dispuse a terminar mis excavaciones y regresar. Proseguía mis excavaciones en Kouyunjik hasta concluir los preparativos para mi regreso a Inglaterra. En el palacio septentrional, junto al lugar en donde había encontrado la tabla con las advertencias a los reyes, desenterré un fragmento de un curioso silabario, dividido en cuatro columnas perpendiculares. En la primera columna se indicaban los valores fonéticos de los caracteres cuneiformes reflejados en la segunda columna. La tercera contenía los nombres y significados de los signos mientras que la cuarta columna daba las palabras y las ideas que representaba.

Busqué por los alrededores otros fragmentos de esta importante tabla, prolongando la zanja entre la masa de piedras y escombros, desprendidos del muro del palacio. Grandes bloques de piedra, con tallas e inscripciones, fragmentos de pavimento

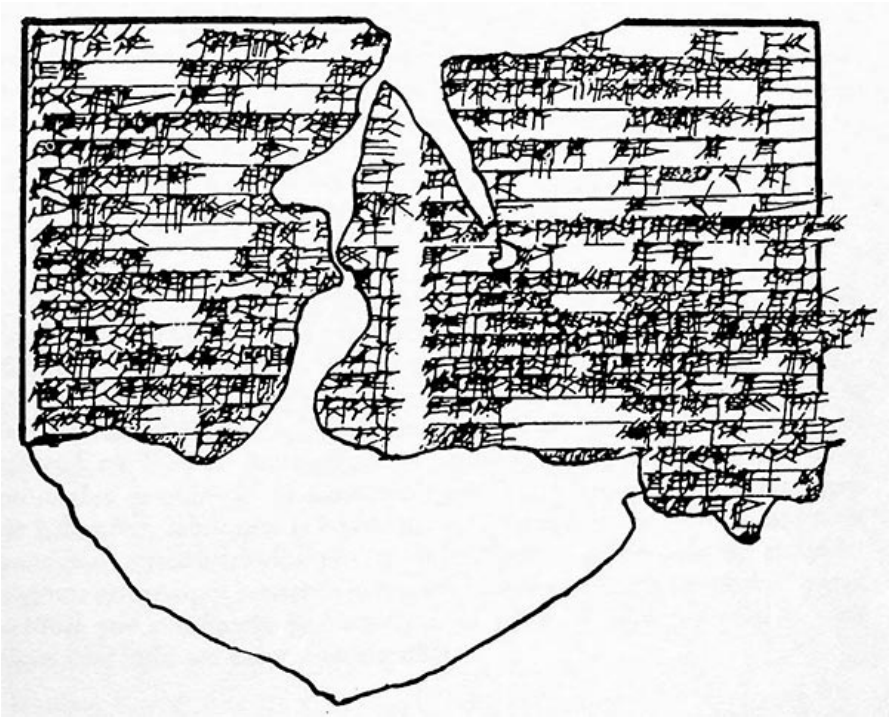
decorado, ladrillos pintados y motivos decorativos: los materiales se hallaban diseminados en todas direcciones, mostrando el absoluto estado de ruina en que había caído este sector del palacio. De vez en cuando, aprisionados entre estos fragmentos, aparecían trozos de tablillas de terracota. Cierto día un obrero dio con su pico sobre una masa de mortero dejando al descubierto el borde de una tabla que se hallaba encerrada entre dos bloques de piedra. Inmediatamente despejamos los escombros y luego, utilizando una palanca, levantamos el bloque de piedra de arriba y extrajimos el fragmento de la tabla que resultó ser una parte del silabario perteneciente al fragmento ya encontrado. La porción mayor de esta tabla fue hallada a una distancia considerable en un túnel adyacente de la derecha. Estaba adherida al techo del túnel y se desprendió con facilidad dejando la impresión de todos sus caracteres en la tierra. Otras dos porciones de la sexta tabla de la serie del Diluvio se encontraron también aquí. Se refieren a la conquista del toro alado y se darán con las otras porciones de la serie de Isdubar.



Gilgamesh y la Tierra de la Vida. Copia manual de dos fragmentos inéditos de Nippur en el museo de Antiguo Oriente.

A la izquierda de mis excavaciones había una masa sólida de escombros sobre la que ya se había trabajado en el curso de las excavaciones precedentes. Entre ella y el montículo que quedaba detrás se había abierto una grieta y todo parecía indicar que iba a derrumbarse de un momento a otro. Durante algún tiempo, temían tocarla pero yo esperaba encontrar en ella algunos fragmentos y ello me indujo a ordenarles que excavasen por su parte superior. Me vi recompensado con varios trozos de ta-

blas. Una segunda zanja de la derecha nos proporcionó un buen texto, que era una variante del relato de la conquista de Babilonia por los elamitas en el año 2280 antes de Cristo. La mayoría de los fragmentos de esta parte se obtuvieron con mucha dificultad debido a las masas de piedras que hubo que extraer para conseguir las inscripciones.



Gilgamesh y la Tierra de la Vida. Copia manual del anverso de la tablilla de cuatro columnas de Nippur, en el museo de Antiguo Oriente.

En el sector norte del palacio de Senaquerib realicé algunas excavaciones y descubrí cámaras similares a las del palacio sudoriental de Nimrud. Aquí no conseguí ninguna inscripción pero, en la zona del templo próxima a este palacio, descubrí un nuevo fragmento del cilindro de Bel-zakir-iskun, rey de Asiria, en el año 626 antes de Cristo. Más al sudeste, en esta parte del montículo, descubrí inscripciones en ladrillo de Sahnanasar

(1300 a. de C.) y de su hijo, Tugulti-ninip (1271 a. de C.). Ambos habían llevado a cabo restauraciones y ampliaciones en el templo de Isthar. Allí había una muralla posterior en el curso de cuya construcción resultaron mutiladas y destruidas algunas bellas esculturas de la época de Assurnazirpal (885 a. de C.).

Estos fueron mis principales descubrimientos en Kouyunjik. Concluí mis excavaciones el 9 de junio. Durante mi estancia en Mosul hice muchos amigos entre los misioneros católicos y comerciantes de la ciudad y en compañía de algunos de ellos realicé una visita de despedida a Nimrud el 4 y el 5 de junio. El 8 de este mes, como estaba a punto de salir del país, ofrecí una comida de despedida a mis amigos y al día siguiente, partía hacia Europa con mis tesoros.

Assyrian Discoveries, 1875

Primeros avances técnicos

Herman Hilprecht

Herman Volrath Hilprecht *(1858-1925) nació en Hohenerxleben, Alemania, y estudió en la Universidad de Leipzig. En 1886 fue a Filadelfia donde se incorporó al profesorado del Departamento de Asiriología de la Universidad, alcanzando el cargo de Conservador de la sección babilónica del Museo de la Universidad. A raíz de las excavaciones que efectuó en Nippur fue invitado a sistematizar sus hallazgos, que eran propiedad estatutaria del Gobierno turco, en el Museo Imperial Otomano de Estambul, labor que le ocupó desde 1893 a 1909. Sus años posteriores quedaron ensombrecidos por su injustificable pretensión de defender algunos errores que contenía su informe sobre las excavaciones de Nippur, actitud que conduciría finalmente a su retiro. A pesar de ello, su obra sigue teniendo un valor considerable*.

Cuando examinaba los alrededores del interesante edificio, lo primero que encontró Haynes fueron las cenizas grises y negras que se esparcen por todo el atrio del «ziggurrat» debajo mismo del pavimento de Naram-Sin. Luego descubrió los montones de «arcilla amasada» y seguidamente varios trozos dispersos de mortero de cal. Todas estas huellas de actividad humana se hallaban incrustadas en los escombros, característicos de los estratos inferiores, que están formados en su mayor parte de tierra, cenizas y gran número de fragmentos de vasijas de barro.

Al llegar a una profundidad de nueve pies, contados desde el remate de la sólida estructura (es decir, al descender unos cua-

tro pies por debajo de la antigua terraza del lado sudoriental de la torre escalonada) encontró gran cantidad de fragmentos de tuberías de agua, de terracota, que tenían la forma aquí descrita. Aunque los informes de que disponemos no ofrecen una orientación satisfactoria respecto al uso a que fueron destinadas, es evidente que pertenecen al período real pre-sargónico. Intentaré explicar su aplicación posteriormente y considero más conveniente no hacer referencia a la interpretación de Haynes.

Este descubrimiento despertó la curiosidad del explorador y después de ahondar en el pozo varios pies, precisamente en el lugar donde se había encontrado el mayor número de estas conducciones de terracota, tuvo la suerte de realizar el hallazgo más importante que, en forma aislada, se llevó a cabo en los estratos inferiores de Nippur. Tras una corta búsqueda, dio con un desagüe muy curioso que nos hizo recordar el avanzado sistema de alcantarillado que tiene París en la actualidad. Corría diagonalmente bajo el edificio rectangular citado anteriormente y empezaba, según creo, en un ángulo del antiguo santuario. Se deduce claramente que cayó en desuso mucho antes de que se construyese el edificio en forma de L. Aún puede seguirse su trazado, en una longitud aproximada de seis pies, hasta el interior de las ruinas que se hallan debajo del «ziggurrat». Pero sus principales restos se descubrieron en el patio abierto, donde su longitud era el doble que en su sector subterráneo. La boca, bastante bien conservada, se encontraba directamente debajo de la antigua terraza, detalle de la mayor importancia, pues constituye un nuevo argumento en favor de la teoría anteriormente expuesta de que esta terraza marcaba los límites del recinto sudoriental más antiguo del «ziggurrat» o de cualquier otra construcción que antiguamente pudiera haberse levantado en este sitio. Pero esto nos lleva también a la conclusión de que en algún lugar de la terraza, debió de existir alguna especie de

desagüe que desde este sector llevase el agua a la correspondiente alcantarilla.

Apenas había comenzado Haynes a extraer los escombros del acueducto cuando descubrió, con gran asombro, que terminaba en una sección abovedada de tres pies de longitud formando un auténtico arco elíptico (el más antiguo descubierto hasta la fecha). De este modo, la cuestión tan debatida acerca del lugar y la fecha de construcción de este arco se decidió en favor de la antigua Babilonia. Las pruebas indiscutibles de este testimonio de la civilización pre-sargónica se hallan quince pies bajo el pavimento de Naram-Sin y a diez pies debajo de la base de la torre, que fue construida, probablemente, un siglo o dos después. Por ello, podemos situarlo con seguridad a finales del quinto milenio antes de la era cristiana. El arco en cuestión presentaba una serie de detalles muy interesantes. Tenía 2 pies 1 pulgada de altura (medida interior), una abertura de 1 pie 3 pulgadas y un arco de 1 pie 1 pulgada y estaba construido con ladrillos planoconvexos, bien cocidos, siguiendo la disposición de cuñas o dovelas radiales. Estos ladrillos (12 × 6 × 2 ½ pulgadas) eran de color amarillo claro, y llevaban ciertas marcas en su cara superior o convexa como consecuencia de haber presionado con fuerza el pulgar y el índice sobre el centro del ladrillo o por haberlo sujetado longitudinalmente con varios dedos. A pesar de ser muy primitivos, no «representan» como infiere Haynes, «el tipo más antiguo de ladrillo encontrado en Nippur o en toda Babilonia» (donde son más pequeños y a veces algo más gruesos), si bien durante mucho tiempo se utilizaron simultáneamente ambas clases y con frecuencia en el mismo edificio. La curva del arco se formó «a base de uniones en forma de cuña con el mortero corriente de arcilla que se usaba para pegar los ladrillos». «En su vértice había una tubería de terracota de unas 3 o 3 ½ pulgadas de diámetro», cuyo objeto desconoce Haynes. Me inclino a pensar que sirvió para un fin

similar al de los orificios que a intervalos regulares se encuentran en los tabiques de nuestras modernas terrazas, etcétera. En otras palabras, que la conducción estaba destinada a dar salida al agua de lluvia que entraba en la terraza impidiendo así el reblandecimiento del mortero de arcilla extendido entre los ladrillos del arco y el posible desprendimiento de toda la bóveda como consecuencia de la humedad. Esta explicación, de ser aceptada, llevaría necesariamente a la conclusión de que el piso del patio que rodeaba al primer santuario no estaba pavimentado con ladrillos cocidos, deducción confirmada enteramente por las excavaciones.

Hay muchos argumentos en favor de la teoría de que este túnel, hábilmente proyectado, estaba abovedado originalmente en toda su longitud. Como su cúpula, la parte inferior del acueducto presentaba varios detalles muy sorprendentes. «Debajo mismo del pavimento y en medio del canal de agua, había dos tejas paralelas de terracota de 8 pulgadas de diámetro, con un reborde de 6 pulgadas». Haynes, considerando este túnel como un desaguadero y no como una estructura destinada a protegerlo, halló dificultades para explicar su presencia y objeto. Estaban unidas con mortero de arcilla y por secciones simples, de 2 pies de longitud cada una, integradas en el mismo material. Aquí podemos plantearnos la siguiente pregunta: ¿Por qué existen dos conducciones pequeñas en lugar de una sola grande? Evidentemente porque conducían el agua desde dos lugares distintos a un punto situado en el interior del recinto sagrado, donde confluían, y atravesaban juntas el túnel abovedado. Estas conducciones prueban, sin lugar a dudas, la existencia de un sistema muy perfecto de drenaje en el periodo más primitivo de la historia de Babilonia. Por ello, no dudo que los llamados «desagües», antes citados, tuvieron una aplicación relacionada con este complicado sistema de canalización y que deben considerarse como uniones especialmente preparadas para empal-

mar las conducciones de terracota que confluían formando un ángulo recto.

La boca del túnel presentaba una construcción en forma de T hecha de ladrillos planoconvexos. Haynes cree que se trata de un «medio utilizado para centrar el arco» o de «un recurso destinado a evitar que los animales domésticos, como el cordero, buscasen abrigo en su interior contra los rayos implacables del sol estival», mientras que el que suscribe este informe ve en ella un contrafuerte levantado para proteger el sector más expuesto del túnel en el punto en que se inicia la parte abovedada propiamente dicha y donde las paredes laterales tienden a ceder ante la desigual presión ejercida por la masa de tierra que les rodea. El hecho de que el punto de vista últimamente citado es el más plausible y que la conducción única que se extiende sobre el arco es razonable se deduce por lo que sucedió en el curso de las excavaciones. Pocos meses después de que Haynes retirase la estructura de ladrillo y sus dos brazos, informó de pronto que el arco «se había deformado debido, probablemente, a la desigual presión ejercida por la masa situada encima del mismo que se había saturado de agua de lluvia». El destino original de estos sencillos recursos, que aseguraron la conservación del arco por espacio de seis mil años, no pudo demostrarse más fehacientemente. Al mismo tiempo, Haynes, que nunca creyó en que este incidente tuviera relación con el problema, considerado en su conjunto, no pudo hacer un mayor cumplido a la inventiva y al sentido previsor de los arquitectos de la antigua Babilonia.

Como todas las partes restantes, las largas paredes laterales de este túnel único estaban construidas con notable esmero, por once hileras de ladrillos unidos con mortero de arcilla (prueba evidente de que el túnel no estaba concebido para conducir el agua). Las seis hileras inferiores, la octava, la décima y la undécima, seguían una disposición horizontal en que el bor-

de mayor quedaba al descubierto mientras que la séptima y la novena descansaban sobre su lado ancho, como los libros en una estantería, siendo visible su borde más pequeño. Considerando todos los detalles de este excelente sistema de canalización del quinto milenio antes de la era cristiana y que no hace mucho tiempo se creía perteneciente a una fase prehistórica, se nos puede perdonar si hacemos la siguiente pregunta: ¿Dónde reside el avance, tantas veces proclamado, del drenaje de las capitales europeas y americanas del siglo XX de nuestra era? Parece que los métodos de hoy difieren poco de los utilizados en la antigua Nippur o Calneh una de las cuatro ciudades del reino de «Nemrod, el poderoso cazador ante el Señor (Gen. 10:9)», en el llamado "despertar de la civilización" (¡un descubrimiento algo humillante para el espíritu progresista de la edad moderna!). ¡Cuántos siglos incontables de evolución humana se ocultan tras aquella maravillosa época en que se construyó el túnel abovedado con las dos conducciones de terracota instaladas con la mayor seguridad en su fondo, cuatro pies por debajo la antigua «llanura de Shinar»!

Explorations in Bible Lands, 1903

Las tumbas reales de Ur

Charles Leonard Woolley

Sir Charles Leonard Woolley (1880-1960) se educó en St. John's College de Leatherhead y en el New College de Oxford. Poco después de completar sus estudios en esta universidad fue nombrado Conservador Adjunto del Ashmolean Museum y, desde entonces, dedicó su vida a la arqueología. Tomó parte en muchas excavaciones. Primeramente lo hizo en la colonia romana de Corbridge y posteriormente se unió a la expedición que Oxford envió a Nubia participando también en las excavaciones que el Museo Británico efectuó en Carcemish. La gran guerra de 1914 le sorprendió en el Oriente Próximo, donde su conocimiento personal de Palestina y Egipto fue de un valor inestimable cuando ingresó en el Servicio Militar de Inteligencia. Sin embargo, en 1916 fue hecho prisionero por los turcos permaneciendo en cautiverio hasta la terminación de la guerra en 1918. Al año siguiente, reanudó sus excavaciones de Carcemish y, en 1921, pasó un año en Tell el-Amarna. En 1922, empezó el trabajo a que dedicaría los doce años siguientes realizando los descubrimientos más espectaculares e importantes desde que Schliemann halló las tumbas reales de Micenas: la excavación de la ciudad caldea de Ur.

En la parte exterior de la muralla que circunda el Temenos de Ur, la Zona Sagrada dentro de la cual se levantaba la torre escalonada del Dios de la Lima y los principales templos del culto, hay un espacio abierto que tres mil años antes de Cristo fue el cementerio de los habitantes de Ur. Posteriormente, en los días de Sargón de Akkad (2560 a. de C., aproximadamente), el lugar volvió a utilizarse para el mismo fin y los sepultureros

turbaron la tranquilidad de centenares de tumbas precedentes. Posteriormente, después del año 2000 a. de C., se construyeron casas sobre el antiguo cementerio y el descubrimiento de sepulcros antiguos que contenían tesoros indujo a los hombres a excavar profundamente el suelo en busca de botín. De este modo, la mayoría de las tumbas reales que encontramos fueron saqueadas mucho tiempo atrás y al haberse removido la tierra de una forma continuada los estratos se han mezclado unos con otros. No obstante, podía apreciarse claramente que el cementerio primitivo fue algo anterior a la primera dinastía de Ur, una dinastía de reyes cuya existencia histórica había sido ya demostrada por las excavaciones del templo de al'Ubaid erigido por A-anni-pad-da, segundo en la línea dinástica.

Entre las mil tumbas pertenecientes al período primitivo solo dieciséis son tumbas reales. El resto está constituido por las tumbas de los súbditos, que se abrían lo más cerca posible del sepulcro del gobernante semidivino, lo mismo que hoy en un cementerio musulmán las lápidas humildes se agrupan en torno al «turbeh» cubierto del jeque religioso…

En aquel lugar se había excavado un foso grande al que se descendía por una rampa. En el foso había una tumba de piedra y ladrillo, abovedada o en forma de cúpula, que podía ser una simple cámara o una casa diminuta con tres o cuatro habitaciones unidas por un corredor. La cara interior de las paredes y los suelos de la cámara estaban finamente revocados con mortero blanco. Esta era la tumba propiamente dicha. El cadáver se introducía en ella llevado en andas y era rodeado por las ofrendas que revelaban la riqueza del gobernante y que podían incrementar su dicha en el más allá. Se sacrificaba a dos o tres de sus más íntimos colaboradores y sus cadáveres se depositaban a ambos lados del féretro. Luego se tapiaba la entrada de la tumba. La rampa descendía hasta el interior del foso cuyas paredes de tierra estaban cubiertas por una estera de caña, que era todo

el decorado que acompañaba a los que tenían que ir al otro mundo junto con su soberano. Ministros de la corte, músicos, danzarinas, esclavos y soldados de la guardia, los lacayos y los animales, se agrupaban en filas ordenadas en el fondo del foso. Se cree que tenía lugar una especie de ceremonia (en la tumba de la reina Shubad los dedos de una joven arpista tañían aún las cuerdas de la lira) al final de la cual cada uno tomaba una copa, la llenaban de un narcótico, posiblemente depositado en un gran recipiente de bronce colocado en el centro del foso, bebían del mismo y se acostaban adormecidos por sus efectos. Y, desde arriba, los miembros del cortejo fúnebre arrojaban la tierra extraída del foso y enterraban a los durmientes en la cámara funeraria, pisando después la tierra hasta dejar el suelo horizontal para la siguiente fase de la ceremonia. Sobre el suelo, todavía a bastante profundidad de la superficie del terreno se celebraba una fiesta fúnebre y luego se sacrificaba y amortajaba a dos o tres personas más. Nuevamente se arrojaba y se pisaba la tierra, para repetir el ritual dos o tres veces hasta que el foso quedaba enteramente a nivel del suelo, si bien no tenemos pruebas evidentes que puedan confirmar este hecho. Para señalar el sitio, se construía una capilla sobre el terreno, dispuesta para recibir las ofrendas en memoria de los muertos y destinada a la celebración de los servicios religiosos en su honor.

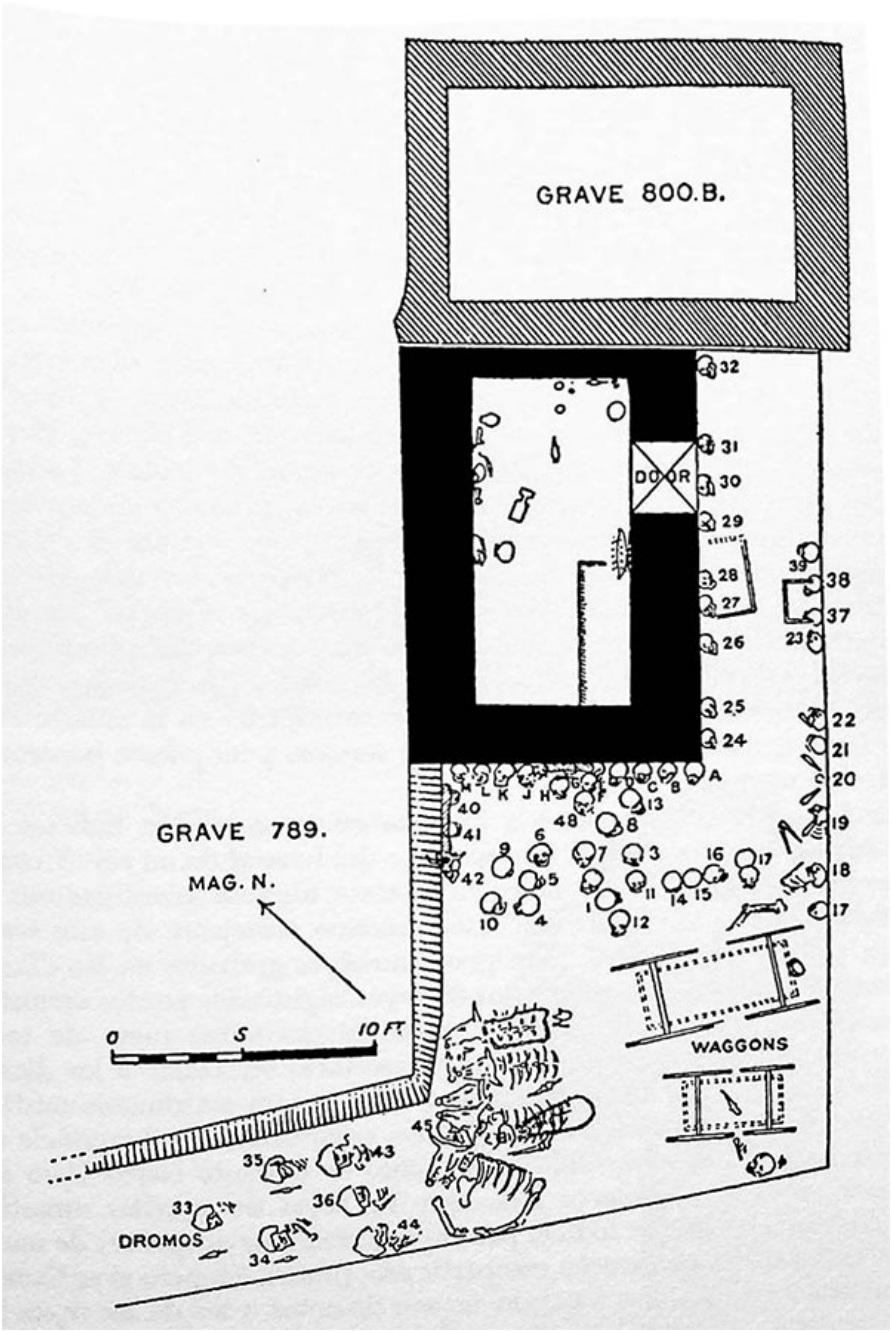
Esta descripción general no responde a ninguna exaltación de la fantasía. Está basada rigurosamente en las pruebas que se encontraron en las mismas tumbas. En el sector de la P. G. 1.054 excavaron metódicamente el foso, piso a piso, hasta descubrir sus diversos depósitos votivos y las inhumaciones accesorias, hasta llegar a la cámara abovedada de piedra, con su puerta bloqueada, sobre la cual se habían colocado los huesos de los animales sacrificados y, en su interior, hallamos el cuerpo del rey cubierto de oro acompañado de los cadáveres de sus servidores. En la tumba de la reina Shubad, la arpista, con su

arpa, y los cantantes formaban un grupo aparte. Los lacayos se hallaban junto al trineo, arrastrado por dos asnos y adornado suntuosamente. Un ayuda de cámara yacía junto al arca que había guardado el vestuario real. En el interior de la cámara funeraria, las damas de compañía se reclinaban sobre el féretro en el que yacía su soberana, adornada con cuentas de oro, lapislázuli y cornerina, llevando su cabellera peinada primorosamente, la cinta de oro macizo para el pelo, las guirnaldas de oro y los alfileres de cinco flores propios de las reinas, mientras que en un estante contiguo había una peluca de ceremonias rodeada por una cinta ancha de lapislázuli que tenía engarzadas unas figuritas de animales, frutos y espigas de trigo, maravillosamente labradas en oro.

Arpas descubiertas en Ur. Fotografía tomada durante exhumación.

Detalle de la «arpa del toro». British Museum.

La tumba de la reina había sido abierta en el foso de una tumba algo antigua, posiblemente la de su esposo cuyo último lugar de descanso quería compartir. Los sepultureros la abrieron sobre el techo abovedado de la antigua cámara del rey y, dominados por la tentación, irrumpieron en ella y la despojaron de todas sus riquezas, colocando el arca del vestuario de la reina para taponar el agujero y ocultar así su delito. Pero no causaron ningún daño en el «foso de la muerte», pues lo encontramos todo en orden. Ocho soldados con lanzas y cascos yacían, formando una doble fila, al pie de la rampa. También se encontraba allí el pesado carro (que había bajado la pendiente en sentido inverso), arrastrado por los bueyes, que llevaban argollas de plata y riendas decoradas con enormes cuentas de lapislázuli que terminaban en el hocico. Junto a la pared de la cámara funeraria, se hallaban el arpista y los cantantes. Los soldados guardaban la entrada tapiada junto a las paredes del foso cubiertas con esteras. Sesenta y tres personas se habían reunido allí para esperar la muerte.



Ur. Plano de dos tumbas reales que nos muestra la disposición de las víctimas

En otro lugar (PG. 1.237), el piso del foso fúnebre estaba cubierto de cadáveres que formaban filas ordenadas. En la pared de la entrada había seis hombres y sesenta y ocho mujeres vestidas de gala con túnicas rojas, bocamangas adornadas con abalorios y cinturones con anillos de concha, tocados de oro y plata, grandes pendientes en forma de luna y múltiples collares de azul y oro. Entre ellas había una joven que no llevaba la cinta de plata para el cabello (fue hallada en su bolsillo guardada cuidadosamente en su estuche, como si hubiera llegado tarde para el funeral y no hubiera tenido tiempo para ponérsela). Había un grupo de cuatro arpistas con sus liras y junto a ellos, en un espacio abierto, una caldera de cobre. Debió guardar, lógicamente, relación con el pequeño jarro encontrado junto a cada uno de los 74 cadáveres del foso.

Ninguna de las tumbas privadas del cementerio presentaba nada semejante a esta matanza colectiva. Incluso la más rica, la tumba de Meskalamdug, que contenía un magnífico caudal de armas y vasos de oro, plata, bronce y piedra, no tenía en su interior otro cadáver que el del «señor de la buena tierra», solitario en su ataúd de madera. La construcción de la cámara funeraria y el sacrificio humano era un privilegio reservado a los reyes. Ello nos ha hecho suponer que aquellos reyes eran poco menos que divinidades para los que la muerte no era más que una transición. Y si tenemos en cuenta que las personas que morían con ellos lo hacían acompañados por la música que ellas mismas interpretaban y que bebían voluntariamente el narcótico, no podemos sino afirmar que a esta gente les animaba la confianza de que acompañar en la muerte a su señor les aseguraba la continuación de su servicio y un puesto honorable en el otro mundo.

En toda la literatura sumeria que poseemos no existen indicios de que ninguno de estos rituales formen parte del funeral de un rey. Y como el descubrimiento de Ur era único en su cla-

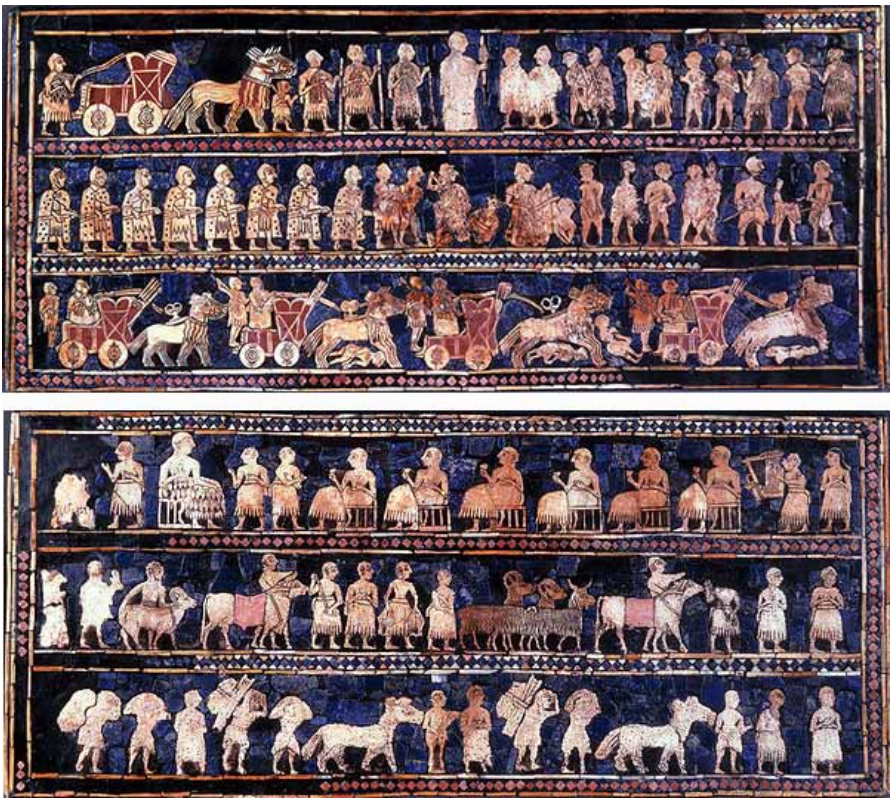
se, algunos investigadores se mostraron reacios a aceptar una interpretación semejante de este testimonio, poniendo de relieve que algunos nombres grabados en las «Tumbas reales» no figuraban en las listas de reyes registradas por los cronistas sumerios. La realidad de aquellos entierros quedaban fuera de toda discusión pero preferían ver en ellos un sacrificio ofrendado a los dioses reconocidos, un «rito de la fertilidad» por el que un matrimonio místico que simbolizaba la fecundidad de la tierra culminaba con el sacrificio de la desposada y del novio. El primer punto es bastante cierto. Pero los cronistas sumerios enumeran solamente los reyes de aquellas dinastías que intentaron gobernar todo el país de Sumeria. Los ocupantes de nuestras tumbas reales no parecen compartir esta pretensión pero sí se llaman a sí mismos «reyes». Sus nombres no son distintos a los de los reyes de la Primera Dinastía (que podían perfectamente haber pertenecido a la familia) pero, a juzgar por los testimonios arqueológicos, son más antiguos, lo cual demuestra que no se trataba de reyes dinásticos a los que se les rindiera vasallaje sino solamente de señores que gobernaban una ciudad determinada. Si eran las víctimas escogidas del «rito de la fertilidad» muy difícilmente podían llamarse reyes.

Por otra parte, la literatura sumeria, que es rica en textos litúrgicos y religiosos, no contiene la menor sugerencia al eventual sacrificio de alguno de los protagonistas del rito del «matrimonio místico». No se hace referencia a ningún sacrificio humano como parte integrante de la ortodoxia religiosa. La hipótesis del «rito de la fertilidad» no está en absoluto de acuerdo con el testimonio de la literatura como tampoco lo está la hipótesis de que se trataba de entierros reales (sobre todo porque en ningún pasaje de la literatura sumeria se describen ese tipo de entierros). Además, el «matrimonio místico» comprende a dos personas, el esposo y la esposa, y si tenían que ser sacrificados sin duda alguna hubieran sido enterrados juntos.

Pero cada una de las tumbas reales de Ur contiene solamente un cadáver principal. Y otro argumento es este: la necesidad de recoger los frutos de la tierra es constante y si se practicó algún «rito de la fertilidad» tendría un carácter de ceremonia anual, como efectivamente lo fue en Sumeria en los tiempos históricos. Pero en el cementerio de Ur, que debió de utilizarse durante muchas generaciones, hay solamente 16 «tumbas reales». ¿Acaso en todos aquellos años solamente en dieciséis ocasiones se decidieron a celebrar los ritos necesarios para asegurar una buena cosecha? Por otra parte, el testimonio de las tumbas reales no se encuentra aislado, pues hemos descubierto que mil años más tarde los poderosos gobernantes de la Tercera Dinastía construyeron en Ur tumbas de grandes dimensiones al otro lado de la muralla de Temenos, donde muchas personas fueron enterradas con ellos. En dichas tumbas, sobre las que se levantaba un templo-palacio, el hijo mayor de la casa real rendía culto al monarca que era deificado en vida y considerado como un dios después de su muerte. Aunque la literatura guarda silencio respecto a ella, la idea de que el «aparcero» de Dios participa de su divinidad y no muere sino que es transferido al cielo, es una tradición que se conservó fielmente.

Aquí pues, en este prehistórico cementerio de Ur, las tumbas de los reyes y plebeyos nos aclaran considerablemente el pensamiento y las creencias de un pueblo que no nos ha dejado ningún testimonio escrito auténtico, dándonos a conocer detalles muy interesantes sobre su arte, industria y sobre los aspectos materiales de su vida. Solamente existe un aspecto que parece quedar oscurecido por el comparar este con otros yacimientos: el hecho de no haber encontrado estatuas ni efigies, tan abundantes en Tell Asmar, al norte del Irak, durante las excavaciones que allí efectuaron los americanos. La razón reside en el hecho de que en Ur se descubrió el emplazamiento de un cementerio mientras que en Tell Asmar se trataba de un tem-

plo. Una estatua hubiera sido lo último que se les habría ocurrido colocar a los sumerios en una tumba. Las estatuas representaban o bien un dios, en cuyo caso el altar era el sitio más apropiado para colocarla, o bien a su adorador, en cuyo caso el sitio idóneo era también el templo, donde podía permanecer noche y día frente a su dios orando en perpetua adoración. Para lograr un cuadro completo de Sumeria tal y como fue hace cinco mil años, debemos recurrir no solo a una sino a muchas de las fuentes que en años recientes nos ha brindado la arqueología. Sin embargo, los objetos de la ceremonia de Ur nos hablan claramente del carácter de una civilización que se desarrolló en el valle del Éufrates durante los reinados de al'Ubaid, Uruk y Jemdet Nasr y que floreció en el alborear de la historia.



Estandarte de Ur. Reverso y Anverso.

Quinta parte

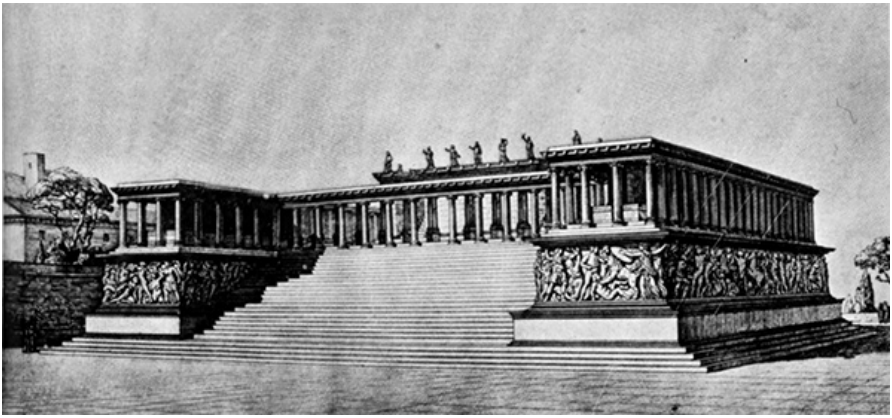
El libro de las rocas y de los valles

Excavaciones en Pérgamo

Carl Humann

Carl Humann (1839-1896) fue un ingeniero de ferrocarriles que, en 1861, concentró sus actividades en las bajas latitudes por razones de salud. Durante su permanencia en Samos demostró claramente su interés por la arqueología. Se hizo famoso por su excavación del Altar de Pérgamo (reconstruido en Berlín) que concluyó en 1886.

Pérgamo, 19 de diciembre de 1871



Altar de Júpiter en Pérgamo.

La Gigantomaquia, en el altar de Pérgamo. Detalle: Atenea con la Victoria, separa del suelo al gigante Alcioneo mientras implora piedad a su madre la Tierra (Gea).

Mi querido Curtius:

Cinco semanas han transcurrido desde mi última carta y de no haber prometido entonces escribirle, en un plazo de ocho o catorce días, para comunicarle los resultados de las excavacio-

nes y enviarle el plano de Pérgamo, le hubiera contestado hace mucho tiempo.

Y lamento comunicárselo pero hasta hoy no he conseguido ninguna de las dos cosas, al menos de una forma definitiva. Aquí ha estado lloviendo sin cesar durante cinco semanas y desde la luna nueva ha soplado un viento del norte muy frío. No tengo otra excusa aunque debo decirle que no he estado perdiendo el tiempo. Siempre que no llovía, aprovechaba el mediodía para subir a la Acrópolis con mi gente y me complace decirle que he conseguido realmente vencer muchas dificultades.

¿Recuerda Vd. aquel muro, alto y espeso, en el que yo le mostré dos esculturas que sobresalían mirando hacia abajo? He conseguido sacarlas y llevarlas a territorio «prusiano»…

Número 1.— Se trata de la piedra situada a la izquierda, de la que podía verse el pecho. Cuando derribé la pared para llegar junto a ella personalmente, con el mayor cuidado, fui retirando piedra por piedra y encontré el cuello y la barbilla y más tarde la mejilla izquierda y el ojo. Cuando vi el ojo grité: «¡Es un hombre muerto!». Pues esta estatua, aunque ofrece un aspecto completamente natural y es de bella realización, tenía ciertamente el aspecto macilento y rígido de la muerte. Le aclaro esto porque demuestra que no puede confiarse mucho en mis facultades críticas «artísticas». Más tarde la estatua fue desenterrada completamente y resultó ser un hermoso joven de pelo rizado, erguido y con el pecho alto y cilíndrico (25 centímetros), con el brazo derecho, que desgraciadamente se había roto, levantado, el izquierdo caído, la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado, la boca entreabierta con un rictus que no reflejaba dolor sino fatiga, como si el joven estuviera durmiendo. Solo los ojos completamente abiertos, vueltos hacia arriba revelaban que estábamos contemplando a un hombre muerto en combate. La fuerza y la belleza se aunaban aquí en una maravillosa armonía.

En la parte izquierda se ve una pierna perteneciente a una segunda estatua.

Número 2.— En el dibujo se muestra a un hombre viejo y con barba que, derrotado en la batalla, mira con tristeza. Esta cabeza, aunque faltan la barbilla y la nariz, está magníficamente labrada. Al principio la confundí con la cabeza de un león antes de que fuera desenterrado el hombro izquierdo y el durmiente bellamente modelado. Las cejas parecen gruesos bucles pero no ofrecen un perfil exagerado. Una mano, que probablemente no pertenece a esta escultura pues tendría que haber sido la derecha, sostiene un escudo sobre su cabeza. Este escudo, labrado con delicadeza, tiene escasamente el espesor de un dedo y por esta razón se halla destrozado en su mayor parte. Detrás, se encuentra un hombre del que solo se ha conservado el brazo derecho, el pectoral derecho y un fragmento de la parte posterior de la cabeza. Se halla en actitud de golpear al viejo con un garrote. Sobre el hombro izquierdo llevaba una piel de león, conservándose una de las garras. La cabeza, el brazo izquierdo y el pectoral izquierdo no existen ya por desgracia y probablemente se perdieron a bastante distancia de la muralla.

Número 3.— La mano de un caballo, pertenece también al mismo estilo. ¡Nunca antes había visto una mano como aquella! Todos los huesos de la articulación se muestran a través de la piel. Entre los números 1 y 3 no sabría por cuál decidirme.

Las tres piezas citadas están labradas en mármol blanco azulado. Las dos primeras tienen una altura de 89 centímetros. Como varios bloques han sido descubiertos aquí con anterioridad y por desgracia han quedado destruidos, es evidente que también estas dos formaban parte de un friso continuo que representaba una batalla.

Hace años vi un bloque que representaba a un hombre con un león (fue enviado a Constantinopla a nombre de Mr. Kara-

theodoris). Además de este, encontramos en número 3, la mano del caballo, de modo que disponemos de una batalla completa con hombres, caballos y animales salvajes. El friso podría haber formado parte de uno de los sectores de un edificio muy importante, como el Templo de Minerva en la Acrópolis. Posteriormente comprobé con gran alegría que todos los fragmentos arquitectónicos del edificio, cuyos cimientos y bóvedas inferiores admiraba usted tanto, estaban hechos del mismo mármol puro, blanco azulado, que concuerda además con el diámetro de las columnas de este templo, cuyas medidas no he podido todavía precisar por completo, y con la altura de 89 centímetros que tiene el friso.

Confío en que no sea precisamente el entusiasmo de haber descubierto algo personalmente lo que me hace afirmar que se trata de una obra maestra de la escultura. Mis bocetos, tomados en el patio con los dedos helados, pueden darle a usted una idea muy imprecisa de la belleza de estas piezas. En la parte superior, la dura piedra caliza de la pared se encuentra todavía entre las partes más delicadas, que he dejado allí para evitar su deterioro. La núm. 1 y la núm. 2 están partidas en dos sitios pero ninguna de las partes más delicadas están agrietadas. La gran extensión y el peso desigual de la pared parecen haberlas quebrado. Difícilmente podemos calificarlas de «alto relieve» ya que las figuras son completamente redondas y parecen estar adheridas a las losas de 15 a 20 centímetros de espesor, por lo que se pueden considerar como auténticas estatuas. El busto del joven recuperado junto con la losa mide más de medio metro de espesor. Todos los dibujos están tomados a escala 1/10, de manera que pueden calcularse las dimensiones en todos los casos. El sombreado indica las partes desprendidas de las figuras.

Número 4.— Es un bajo relieve y muestra una armadura. Sobre el hombro izquierdo se aprecian unos flecos como los que

llevaban nuestros tambores mayores. Ambos lados presentan figuras de guerreros, muy interesantes, pero demasiado pequeñas para ser esbozadas aquí.

Número 5.— Es una inscripción sobre una losa blanca de mármol. Extraje cuatro o cinco de la pared.

Los 6 a y 6 b me los facilitó un turco. En el mismo friso que usted vio en la puerta de un Han, pero en mejor estado de conservación. Haberle dibujado el pequeño león alado con todos sus músculos me hubiera llevado medio día y además no podía ya continuar utilizando la página del primer dibujo. Por ello he señalado únicamente las dimensiones y el color.

Asimismo tengo en la casa un bajo relieve de una tumba, en el que aparece un jinete y, frente a él, un árbol con una serpiente, pero todo bastante confuso. También poseo un pequeño capitel jónico cuya base es de 1,5 pies de diámetro, tan bello y delicado que gustaría a cualquier arquitecto y cuyas dimensiones el perito (Adler) deseará comprobar inmediatamente. También una estela con una inscripción que ya no tengo tiempo de copiar hoy. Falta la mitad superior aunque me acaban de decir que se conserva en una casa de esta localidad. La incluiré mañana. ¡Ischallah! (¡Dios lo quiera!) Luego dispondré de los fragmentos del hombre que descubrimos y de otros fragmentos arquitectónicos.

¡Posteriormente descubrí una figura representando a una mujer vestida sentada, labrada en brillante mármol blanco del mejor período! Faltan la cabeza, los brazos, un pecho y los pies. Está sentada sobre un almohadón. Le enviaré pronto el boceto. Espero que la bajarán mañana de la colina. El pie desnudo que sobresalía de la pared fue sacado hace dos años y enviado a Constantinopla para el Museo Turco. Era magnífico. Confío en que me permitan recuperarla en otra ocasión. «¡Bakshish!». Aquí todo es posible.

El trono, que probablemente debe acompañar a las restantes figuras, y una nueva estatua aparecerán mañana o pasado mañana, pues casi he llegado hasta el lugar donde se encuentran. En un pueblo situado a cinco horas de aquí compré una vasija de arcilla cocida, más alta que un hombre y tan voluminosa que tres personas no podían abarcarla. Con arreglo a la descripción, esas son sus dimensiones, pero debido al estado fangoso de la carretera, resulta imposible traerla aquí de momento.

Aún no he podido sacar copia de media docena de inscripciones de los cementerios turcos. Son todavía desconocidas. Otras tres más llegarán esta semana procedentes de la muralla. He enviado a una persona a Kilise-Keni. Piden diez libras por la piedra. Yo he ofrecido dos y espero que acepten.

Los griegos no quieren desprenderse de la piedra perteneciente a la iglesia. Lo consideran un sacrilegio y, por otra parte, no están autorizados a enviar sus obras tradicionales autóctonas al extranjero. Esos búlgaros estúpidos solo quieren regatear y esperan obtener una suma gigantesca por ella.

En una mezquita encontré una talla grande de piedra con un motivo de flores, casi de un metro cuadrado, bellamente ejecutada y conteniendo uvas, ciruelas, laurel, bellotas, higos y palmas. Nuestro gobernador que, como usted sabe, es íntimo amigo mío, está realizando grandes esfuerzos por adquirirlo para mí. Pero el condenado Imán piensa que sería pecaminoso vender a los infieles algo de la mezquita a pesar de que les ofrecí diez liras por ella. Tendré que dar al Imán unas cuantas libras. Por lo demás he conseguido convencer al Mufti y al Cadí para que demuestren que el Corán establece que pueden venderse objetos de la mezquita si se obtiene un beneficio con ello. «¡Baccalym!». No le hablaré de mis monedas ni de mis vasos de arcilla. Esta carta se ha hecho ya demasiado larga.

Tan pronto como haya sacado de las murallas todas las estatuas visibles, iniciaré las excavaciones sobre las ruinas del Templo de Minerva y sin duda encontraré todavía más relieves. Todas las cabezas que se pueden ver en el museo de aquí han sido encontradas en ese yacimiento. Y en él espero poder conseguir fragmentos arquitectónicos muy valiosos. En Dikeli, en la costa, descubrí una columna «con verde ántico», de una longitud aproximada de 1,5 metros. Ordené entonces detener los trabajos en el montículo camposanto del Vigía o de Atalo porque deseaba estar presente, aunque me fue imposible. No la dejaremos perder.

Como es lógico, mi plano de Pérgamo, se ha retrasado por causa del mal tiempo y la consiguiente demora en las excavaciones. Tres o cuatro días más de trabajo y estará acabado. De momento, le adjunto el borrador de una copia. He descubierto muchas cosas. Permaneceré aquí hasta que pasen las Navidades y no iré a Esmirna hasta la próxima semana. Estoy haciendo bajar las losas de mármol de la Acrópolis sobre una rastra grande pero tendré que dejarlas depositadas abajo para subirlas después nuevamente pieza por pieza. Usted sabe lo alta que es. He hecho construir carretas especialmente fuertes para transportar las cosas a Dikeli en la costa, desde donde las enviaré a Esmirna por barco. Si para entonces existe mucha acumulación de mercancías quizás el embajador imperial pueda encargarse de su transporte.

Envío esta carta al Dr. Luhrsen para su información, en parte por el interés que ha demostrado y en parte por razones oficiales, con objeto de que pueda ayudarme, en caso necesario, con sus consejos y su experiencia, si bien hasta el momento no he tropezado con la menor dificultad.

Si se planteara, en cualquier aspecto, el problema de los gastos, debo poner de relieve que, hasta la fecha, no hemos incurrido en ningún gasto a cargo del Gobierno y que, por otra par-

te, he coleccionado todos los objetos en nombre del Gobierno, al que pertenecen en propiedad.

Bien, esto es todo. Le deseo, querido Mr. Curtius, una feliz Navidad y un próspero Año Nuevo y espero que me brinde pronto el placer de recibir unas líneas suyas. Le escribiré en otra ocasión.

Con mis afectuosos saludos, su incondicional

Carl Humann

Der Pergamon-Altar, entdeckt, beschrieben und gezeichnet von Carl Humann, 1959

El descubrimiento de las piedras de Hamah

William Wright

William Wright (1837-1899) era hijo de un granjero y se educó en County Down, Irlanda. Gracias a sus conocimientos académicos consiguió becas para estudiar en el Queerís College. Durante su permanencia en esta Universidad, surgió en él la idea de hacerse sacerdote, convirtiéndose en misionero. Con este objeto, cursó estudios en los seminarios de teología de Dublín y Ginebra. En 1865 fue a Damasco y permaneció en esta región por espacio de diez años. Junto a su labor religiosa, dedicó mucho tiempo a los viajes y a estudiar antigüedades, efectuando viajes por Palestina, Siria y Arabia septentrional y escribiendo artículos para la «Pall Mall Gazette». Fue durante este tiempo cuando se interesó por la recién descubierta civilización hitita y al tener noticias de las inscripciones que se habían hallado, decidió hacerse con ellas y estudiarlas.

La primera de las cuatro «piezas de Hamath», que William Wright arrancó en 1872 de una pared en Siria. Con alguna dificultad se logra reconocer en la parte superior un busto de persona. El signo indica el principio de las tres líneas del jeroglífico hitita, que deben leerse «bustrófedon», o sea, «como ara el buey».

El 10 de noviembre de 1872 salí de Damasco con el propósito de adquirir las inscripciones de Hamah.

Sesenta años antes Burckhardt, en su exploración de Hamah, había descubierto, en la esquina de una casa de uno de los mercados, una piedra cubierta de figuras y signos que él calificó de jeroglíficos distintos a los jeroglíficos de Egipto. Todo el que en aquel tiempo se preocupaba por conocer algo de Siria leía los viajes de Burckhardt. Todos reconocían la exactitud de sus observaciones y su capacidad descriptiva pero incluso los exploradores profesionales demostraron tan escaso interés en sus descubrimientos que Porter, en el «Manual» de Murray, declara en 1868 que «no existen antigüedades en Hamah».

Por fin en 1870, Mr. J. Augustus Johnson, el Cónsul General americano, y el reverendo S. Jessup, un misionero americano, encontraron por casualidad las inscripciones de Hamah y, desde entonces, un celoso esfuerzo por protegerlas sucedió al largo período de indiferencia y abandono que se había atravesado. El entusiasmo que ahora despiertan los curiosos jeroglíficos, cuya interpretación se había hecho esperar tanto tiempo, parecía que iba a poner en peligro su existencia y, desde Damasco, llenos de emoción, seguimos detenidamente los diversos intentos, heroicos pero infructuosos, que se hicieron para conseguir copias de los mismos.

La influencia, difusa pero temible, del Cónsul americano así como el conocimiento del ambiente local y la habilidad de un misionero americano, no bastaron para que se pudieran hacer transcripciones exactas de los jeroglíficos que de nuevo surgían a la luz.

Al publicar en 1871 una fotografía de una de las inscripciones en el «Primer Informe Trimestral de la Sociedad Americana de Exploración de Palestina», Mr. Johnson dice: «No conseguimos obtener impresiones por compresión pues un grupo de

musulmanes fanáticos se agolparon en torno a nosotros cuando empezamos a trabajar con las piedras y nos tuvimos que contentar con las presentes copias y otras inscripciones que, gracias a la ayuda de un pintor nativo, transcribimos de unas piedras halladas "cerca" de la puerta de la ciudad y "en" el puente antiguo que une los Orontes». Mr Johnson debió de trabajar agobiado por las prisas, pues al parecer vio solamente una de las piedras y comete errores al describir la posición de las restantes, sin duda alguna por haberse dejado llevar por los relatos imprecisos de la gente. Pero sus esfuerzos no fueron vanos y el imperfecto facsímil de una de las inscripciones publicado en el «Primer Informe Trimestral de la Sociedad Americana para la Exploración de Palestina» contribuyó mucho a que se despertara el interés por los nuevos jeroglíficos y estimuló a otros a lograr lo que él solamente había conseguido en parte.

Las imperfectas transcripciones del «pintor nativo» fueron vistas por los señores Drake y Palmer cuando, en su camino de regreso a su país, después de sus exploraciones en el desierto, se detuvieron en Beirut. Y la Fundación para la Exploración de Palestina envió a Mr. Drake nuevamente a Siria para que examinase e hiciese copias de las inscripciones. Gracias a su habilidad para tratar a los nativos, Mr. Drake consiguió en parte tomar fotografías e impresiones de lo más importante pero las acaloradas reuniones del populacho le obligaron a acelerar las operaciones antes de conseguir su propósito.

El Capitán Burton, a la sazón Cónsul de Su Majestad en Damasco, visitó también Hamah. Ofrece una buena descripción de las piedras y destaca con precisión los lugares donde fueron halladas pero tuvo que contentarse también con los descifrados de un Kostatin-el-Khuri. Sus descubrimientos fueron publicados en «Siria inexplorada» con la siguiente explicación: «Las diez láminas que acompañan a este artículo fueron aplicadas a las superficies de cuatro piedras ennegrecidas o pintadas de ro-

jo, trazando después los contornos con una pluma roja. En casos contados se ha permitido que el copista diera rienda suelta a su fantasía, etcétera».

El Capitán Burton sugirió que la piedra debería ser objeto de medidas de seguridad «por medio de una orden del Visir destinada a ser obedecida» y añade: «Cuando en Hamah empecé a tratar con el propietario de la número 1, el Jabbour Cristiano, que daba muestras de una codicia primitiva como todos los de su tribu, empezó pidiendo cien napoleones».

La publicación de las transcripciones imperfectas en «Siria inexplorada» incrementó todavía más el interés general por las inscripciones y se ofreció una suma considerable de dinero por la piedra más pequeña aunque el pueblo de Hamah no quería desprenderse de ella a ningún precio. A partir de entonces un grupo de hombres completamente distinto empezó a valerse de intimidades y artimañas y presenciamos con desánimo el comienzo de una activa reventa que no hacía mucho había conducido a la destrucción de la piedra moabita. Era la ocasión propicia no solo para adquirir sino para salvar las preciosas inscripciones.

La Sublime Puerta, dominada por uno de sus cíclicos arrebatos de celo reformador, había nombrado a un hombre honesto, el Bajá Subhi, que desempeñó el cargo con la mejor voluntad y, no contento con reparar los errores que habían determinado su presencia, decidió visitar todos los distritos de su provincia con objeto de descubrir a los corruptores y conocer las necesidades del pueblo. Me invitó a que le acompañase en una gira por Hamah y acepté gustoso su ofrecimiento. Mr. W. Kirby Green, nuestro excelente Cónsul en Damasco, fue también su huésped. Consideré más oportuno unirme al grupo en los alrededores de Hamah para impedir que la familiaridad pudiera originar dificultades antes de que llegara el momento crítico de solicitar autorización para copiar las inscripciones. Y así lo hice después

de hacer tiempo deteniéndome en las escuelas del pueblo de Jebel Kalamoun.

Después de pasar varios días en Saidnâya, M'alûla, Yabrûd, Nebk y Deir Atîyeb, entre los amables campesinos de Siria, algunos de los cuales hablaban un «patois» del país y todos el árabe con acento sirio, me dirigí hacia el norte por Hasya y en Hums me uní al grupo que acompañaba al Bajá.

Al día siguiente, partimos hacia Hamah con un enorme séquito. Jefes de todas partes se reunieron con sus partidarios para rendir honores al Waly. Muchos nobles, cuyas posesiones habían quedado reducidas a un caballo, algunas armas y una levita ricamente adornada, galopaban por la llanura evolucionando, arrojando al aire sus lanzas y realizando increíbles ejercicios de equitación. Las huestes beduínas del desierto, los ulemas con turbantes blancos, los derviches con panes de azúcar en la cabeza, los sacerdotes y los campesinos formaban una procesión de diez en fondo y más de una milla de longitud que durante todo el viaje se vio rodeada por un pintoresco ejército de guerrilleros que giraba en torno al núcleo principal de la comitiva.

El 25 de noviembre, llegamos a Hamah ya avanzada la tarde. Durante el día, el Waly nos habló a Mr. Green y a mí sobre los proyectos que tenía de mejorar las condiciones de vida de su pueblo. Conversamos hasta muy entrada la noche y tuve la oportunidad de pedir a Su Excelencia que me ayudase a obtener unas copias perfectas de las inscripciones. Prometió hacerlo y fue tan amable y condescendiente que nos acompañó hasta nuestros dormitorios para asegurarse de que sus huéspedes se hallaban cómodos.

A la mañana siguiente, a primera hora, Mr. Green y yo salimos en busca de las inscripciones. No habíamos recibido de Damasco ninguno de los libros o artículos que hacían referen-

cia a las mismas y tuvimos que empezar nuestras operaciones sin poder recurrir a la experiencia de los que nos precedieron en esta labor. Nuestro primer trabajo fue encontrar las piedras, cosa que no resultó fácil ya que todos aquellos a quienes interrogamos nos miraban fijamente a la cara y juraban con vehemencia que en Hamah no había ninguna de las piedras que buscábamos.

En una gran ciudad de calles estrechas y sinuosas hubiera sido una labor interminable buscar las inscripciones por nuestra cuenta. Por ello, decidimos preguntar a todos los que se cruzaban con nosotros con la esperanza de poder encontrar a alguien dispuesto a no ocultamos la existencia de las inscripciones. El primer hombre que encontramos después de tomar esta decisión resultó ser Suliman-el-Kallas, que en la fachada de su casa tenía un rótulo con la inscripción H. 1. Descubierto el secreto no tuvimos dificultades para encontrar todas las piedras, hecho que comunicamos al Waly.

El Bajá Subhi, que era conocido en Europa como el Bey Subhi antes de ser destinado a Damasco, era descendiente de una noble familia griega. Era un turco inteligente y culto y su colección privada de monedas y tesoros de arte, la mayor parte de la cual ha sido vendida en Londres desde entonces, le brindó la oportunidad de sostener intercambios científicos con muchos especialistas de Europa. El Bajá Subhi, que fue el fundador del Museo de Constantinopla, reconoció inmediatamente la gran importancia de las inscripciones y envió un telegrama al Sultán pidiéndole que aceptase las piedras para el Museo.

Puse de relieve a Su Excelencia que tales inscripciones debían ser propiedad común de todos, que los científicos de Europa esperaban ansiosos las copias exactas de las mismas y que, sin duda alguna, abrirían un nuevo capítulo en la historia demostrando que un pueblo, llamado hitita en la Biblia, pero nun-

ca citado en la historia clásica, había constituido un poderoso imperio en aquella región.

El Bajá no solo consintió en que tomase copias de las inscripciones sino que prometió llevar las piedras al «Serai» donde podría copiarlas con tranquilidad. En otras circunstancias hubiéramos tropezado con grandes dificultades para obtener las copias de las inscripciones, pues los recientes y débiles esfuerzos realizados para entrar en posesión de las piedras había llevado a los habitantes de Hamah a atribuirles un valor extraordinario. Y cuando con el Gobernador General atravesamos la ciudad con dirección a los baños, escuchamos numerosas provocaciones apenas contenidas y amenazas de violencia contra todo el que pudiera aventurarse a profanar sus tesoros sagrados y venerables.

Más avanzado el día, cuando se supo que el Bajá iba a recoger las piedras, oímos decir a algunos individuos que destruirían las inscripciones, como habían hecho con las de Alepo.

Comprendí entonces que se había llegado a un momento crucial ya que durante centenares, quizá miles de años, estas inscripciones habían esperado a que alguien escuchase su relato. Los egipcios, asirios, griegos, seléucidas, romanos, sarracenos, cruzados y turcos consideraron que no merecían siquiera que se las citara. Y ahora que habían llegado los viajeros procedentes de las Islas del Mar, impacientes por conocer su secreto, su voz estaba a punto de ser silenciada para siempre. Era inminente una desgracia aún mayor que la padecida por la piedra moabita. Un poderoso imperio estaba a punto de reclamar su justo lugar entre las grandes naciones del mundo antiguo, y unos cuantos fanáticos estaban dispuestos a hacerlo regresar a la oscuridad en que la había sumido la historia clásica.

Mr. Green y yo comprendimos que debíamos apresurarnos si queríamos lograr nuestro propósito. Visitamos a todos los

individuos en cuyos terrenos o edificios se encontraban las piedras y les aseguramos que a juicio del Cónsul Británico, el Bajá Subhi era completamente distinto a los demás Bajás que ellos habían conocido y que pagaríamos todo su valor y aún más por las piedras. Les aclaramos también que el Sultán había contestado por telegrama aceptando y que todo aquel que dificultase la investigación de las inscripciones sería castigado con la mayor severidad. Nos esforzamos por estimular la codicia y el temor de los hamahitas en favor de las piedras.

Expusimos también el asunto ante el Waly que, durante la noche, colocó las inscripciones bajo custodia del Bajá Ibrahim y envió un número de soldados para protegerlas. Conocedores, gracias a algunas personas, de que una gran conspiración estaba tramándose para destruir las inscripciones, les dimos cuenta de lo que habíamos oído y las autoridades aseguraron que un severo castigo caería sobre ellos si les ocurría una desgracia a las piedras. Fue una noche de zozobra y de insomnio y a la mañana siguiente el Waly, siguiendo nuestros consejos, pagó sumas que oscilaron entre tres y quince napoleones por cada piedra iniciándose la operación de sacarlas del «serai».

La retirada de las piedras se llevó a cabo por un ruidoso ejército de hombres que mantuvo agitada la ciudad durante todo el día. Dos de aquellas piedras tuvieron que ser sacadas de unas casas que estaban habitadas y una de ellas era tan grande que para arrastrarla una milla fue preciso utilizar cincuenta hombres y cuatro bueyes durante todo el día. Las otras piedras estaban partidas en dos y las partes que contenían inscripciones se transportaron sobre los camellos hasta el «Serai». Cuando los alborotados musulmanes llamaron a oración a los fieles en la puesta del sol, la última piedra estaba, para dicha nuestra, puesta ya a salvo.

La retirada de estas misteriosas reliquias produjo una gran conmoción en Hamah. El hecho de que el Cónsul británico y el

misionero protestante fueran huéspedes del Waly de Siria y le acompañasen a las mezquitas y a los baños, parecía algo extraño y portentoso a ojos de los fanáticos musulmanes pero fue algo alentador para los serviles cristianos indígenas. Los signos del firmamento también se combinaron para impresionar la mente de los musulmanes pues, en la noche siguiente a la retirada de las piedras hasta el «Serai», una lluvia de estrellas fugaces, con esplendor oriental, fue vista por los hamahitas que presenciaban en sus brillantes reflejos un presagio de la ira que el cielo desataría contra Hamah si sus piedras sagradas eran sacadas de la ciudad. Las estrellas enfurecidas habían aparecido respondiendo a una antigua profecía.

El pueblo de Hamah estuvo agitadísimo y se pronunciaron invocaciones del nombre de Mohamed y Alá durante la noche. A la mañana siguiente una comisión influyente de musulmanes con turbante verde y blanco esperaban al Waly para comunicarle los funestos presagios y exigirle la devolución de las piedras.

El Waly ordenó se sirviera café y cigarrillos para todos los miembros de la comisión, quienes se sentaron en cuclillas con solemne dignidad en torno a él. Escuchó pacientemente a todos los emisarios algunos de los cuales hablaron largo rato y con mucha animación. Cuando acabaron, el Waly siguió acariciándose la barba durante algunos instantes. Luego preguntó, con acentuada gravedad, si las estrellas habían causado daño a alguien. Respondieron que no. «Ah», dijo el Waly, sonriendo y hablando con voz sonora y alegre que pudieron escuchar incluso los guardas que estaban junto a la puerta, «entonces los presagios son buenos. Ellos indican la brillante aprobación de Alá por la lealtad que habéis demostrado al enviar estas preciosas piedras a vuestro amado Califa, el Padre de los fieles». La grave comisión se levantó reconfortada. Cada uno de sus miembros besó la mano del Waly y se retiró.

Habíamos cobrado la pieza de nuestra caza pero ahora teníamos que cocinarla. Fue necesario hacer transcripciones que estuvieran libres de lo que el Capitán Burton, en las que él reprodujo, calificó de «los caprichos del pintor indígena». No había ningún fotógrafo en Hamah y nosotros carecíamos de cámara fotográfica y creíamos que era de la mayor importancia obtener facsímiles exactos, pues no sabíamos lo que podía suceder con las piedras. Intenté en vano obtener yeso en Hamah. Me enteré, sin embargo, que se había encontrado yeso en las cercanías y envié a dos hombres de confianza, bien retribuidos, en busca del mismo.

Luego empezó el trabajo de limpiar las inscripciones. El moho y la suciedad acumulados por el tiempo habían cubierto los huecos existentes entre los relieves de los caracteres. El mortero de cal se había esparcido entre aquellos y, con el paso de los siglos, se había hecho tan duro como la piedra misma. Era un trabajo que no podíamos delegar en nadie y tuvimos que rasparlo constantemente por espacio de dos días, con cepillo, agua y un palo afilado para limpiar las piedras. Mientras tanto, habían regresado los hombres con una carga de yeso en bloques que transportaron en camello y que tuvimos que convertir en polvo y preparar de una forma adecuada.

En varias ocasiones, intentaron distraemos de nuestro trabajo, induciéndonos a la caza de chochas o jabalíes, gacelas o avutardas. Pero nosotros nos aferramos a nuestra tarea hasta que tuvimos dos juegos de moldes perfectos de yeso de todas las inscripciones. Este trabajo fue compartido plenamente por Mr. Green, que me sustituía cuando me veía obligado a ausentarme y que consiguió impedir que mi ausencia fuese descubierta por los partidarios del Bajá.

Tan pronto como los moldes adquirieron firmeza, los enviamos por medio de un hombre de confianza a Damasco. Desde allí Mr. Green envió uno al Gobierno para el Museo Británico

y, a petición de Mr. Tyrwhitt Drake, envié el otro juego a la Fundación para la Exploración de Palestina. De este modo, conseguimos poner al alcance de los investigadores facsímiles exactos de las inscripciones de Hamah que mostraban las dimensiones reales de las líneas, barras, caracteres y espacios en blanco y que, a pesar de los defectos que presentaba la piedra, eran bastante perfectas.

Nos proponemos ahora investigar los archivos de Egipto y Asiria y las Escrituras Hebreas relacionadas con los hititas, antes de preguntarnos si estas curiosas inscripciones constituyen los restos de esta civilización.

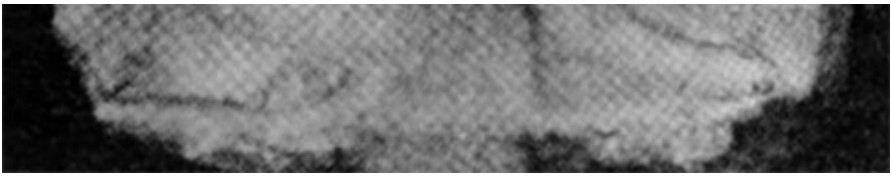
The Empire of the Hittites, 1884

Hacia Boghazköy

Hugo Winckler

Hugo Winckler *(1863-1914) nació en Sajonia y dedicó toda su carrera académica al estudio de textos antiguos. En 1904, ocupó la cátedra de Lenguas Orientales de la Universidad de Berlín y tradujo las cartas de Amarna y el Código de Hammurabi pero es mejor conocido por sus hallazgos en Boghazköy. Allí sus excavadores descubrieron gran número de bellos edificios e infinidad de tablas pero desgraciadamente el interés de Winckler estuvo centrado principalmente en el problema de las tablas y, en consecuencia, gran parte de los sistemáticos hallazgos de la excavación cayeron en el olvido. Entre las tablas que descubrió y tradujo se encuentra una versión cuneiforme del tratado firmado entre Ramsés II y los hititas después de la batalla de Kadesh.*

Muralla de Boghaz-Koei, capital de los hititas del Norte. Asia Menor.



El guerrero de la Puerta Real. Boghaz-Koei.

La conclusión de esta tarea estaba proyectada para el invierno, Primeramente, intentamos obtener de fuentes influyentes que estaban activamente interesadas en la expedición, los medios relativamente modestos necesarios para realizar una expedición preliminar. Pero los científicos que fueron consultados tenían un criterio diferente al mío sobre el asunto Boghazköy, de modo que tuve que recurrir a otra solución. Sucedía, sin embargo, que la Sociedad del Cercano Oriente y el Confitó Oriental de Berlín habían limitado los fondos disponibles. Pero mis amigos el Dr. Georg Hahn y el Primer Capellán Castrense, Otto Strauss (Spendau) nos facilitaron el dinero que faltaba. De este modo hacia el verano teníamos la suma necesaria para nuestro objetivo preliminar y estábamos en disposición de demostrar las perspectivas potenciales de Boghazköy.

El 17 de julio, muy temprano, visitamos el campamento del Bey Zia que nos recibió como si fuéramos viejos amigos (tenía agradables recuerdos de Bakshish). Como descendiente de una raza antigua de príncipes, el Bey goza aún de gran prestigio y hay que contar con su influencia si se quiere trabajar sin tropiezos en su distrito. Una expedición emprendida en nombre del Gobernador no debería, naturalmente, tropezar con ningún género de dificultades pero no hay que olvidar la existencia de otros personajes de la mayor importancia. Y aquí el europeo se halla en desventaja porque no dispone de tanto tiempo como el oriental. ¡Y el primer requisito para librar este tipo de lucha es el tiempo! Nuestras relaciones con el Bey habían sido cordiales (este había pedido muchas cosas, desde una buena botella de

coñac hasta ayuda en dificultades momentáneas) pero a cambio y a su modo nos había prestado buenos servicios. Nos facilitó sin el menor inconveniente un grupo de trabajadores que estaban a sus órdenes (¡los pequeños favores de amistad valen mucho en el Oriente!).

Contábamos aproximadamente con un trabajo de ocho semanas y como estábamos en pleno verano queríamos pasarlas en las tiendas o en las chozas construidas de ramas y de hojas. Vinieron a mi mente los recuerdos de las delicias estivales del Líbano. Aunque aquí en Asia Menor uno se traslada a las montañas para pasar bajo la lona las vacaciones del verano (que es lo que hacía el Bey Zia), yo estaba amargamente decepcionado, porque me había hecho la ilusión de disfrutar del calor. Pudimos acampar al pie de la montaña del Valle de Büyük en el nacimiento de un buen manantial. Es el lugar donde el pasado año construimos nuestra casa. Bajo el sol ardiente del mediodía la modestísima tienda que instalamos para nosotros dos nos proporcionaba una temperatura que no habría sido desagradable en un baño turco pero que hacía insoportable la siesta del mediodía. Poco después del ocaso, el aire refrescaba sensiblemente y a este descenso de temperatura acompañaba un fortísimo viento procedente de las montañas desnudas. La noche era tan fría que nos hacía echar de menos el calor del campamento. Por la tarde nos sentábamos a cenar delante de nuestra tienda mientras el viento quejumbroso hinchaba nuestras chaquetas. Pero el frío era demasiado intenso y uno terminaba por escaparse hacia la tienda sin demasiadas formalidades. En esta tienda convivieron dos hombres, infatigables en su trabajo, y en aquel estrecho contacto, nunca hubo una palabra disonante, ni siquiera un pensamiento de impaciencia, a pesar de que entonces ambos se veían obligados a sufrir grandes privaciones.

Se habilitó la cocina bajo una enramada y en ella un cocinero de origen búlgaro cumplía su misión de una forma realmente

espantosa. Se había presentado a mi experimentado amigo por recomendación de unos conocidos alemanes que bien podían haber hecho más agradable mi estancia aquí. Este hombre fue autorizado en otro tiempo a practicar con los pacientes de un hospital alemán. Acepté sus artimañas con ecuanimidad pues comprendía que en mis viajes no podía disfrutar de grandes comodidades. ¡Pero mi pobre Macridi nos obligaba a contener nuestro enfado más de dos y tres veces al día y no podía resarcirse con tablas de arcilla! Un segundo emparrado de hojas que nos servía de refugio para estudiar las tablas de arcilla estuvo listo enseguida para ser utilizado asiduamente. Todo el campamento se hallaba rodeado por una cerca alta hecha de ramas y que al mismo tiempo actuaba como parabrisas, tan necesario en aquel lugar. Junto a la misma, algo más abajo, construimos con ramas un cobertizo bastante grande donde se protegieron cinco criaturas que nunca se habían dado tan buena vida como en aquellos días: ¡nuestros caballos! Se ganaban su sustento sin hacer prácticamente nada mientras que todos trabajábamos intensamente. Su presencia atraía a una enorme cantidad de moscas y para mí ello se traducía en el placer de verme obligado a copiar mis tablas de arcilla con la cabeza y el cuello cubiertos y las manos enguantadas para no tener que detenerme después de cada símbolo con el objeto de ahuyentar a los amistosos animalitos que tanto interés mostraban por mi trabajo. Pero, naturalmente, el deseo de salvaguardar el derecho de primogenitura en lo que se refiere a nuestras investigaciones constituye un anhelo claramente comprensible.

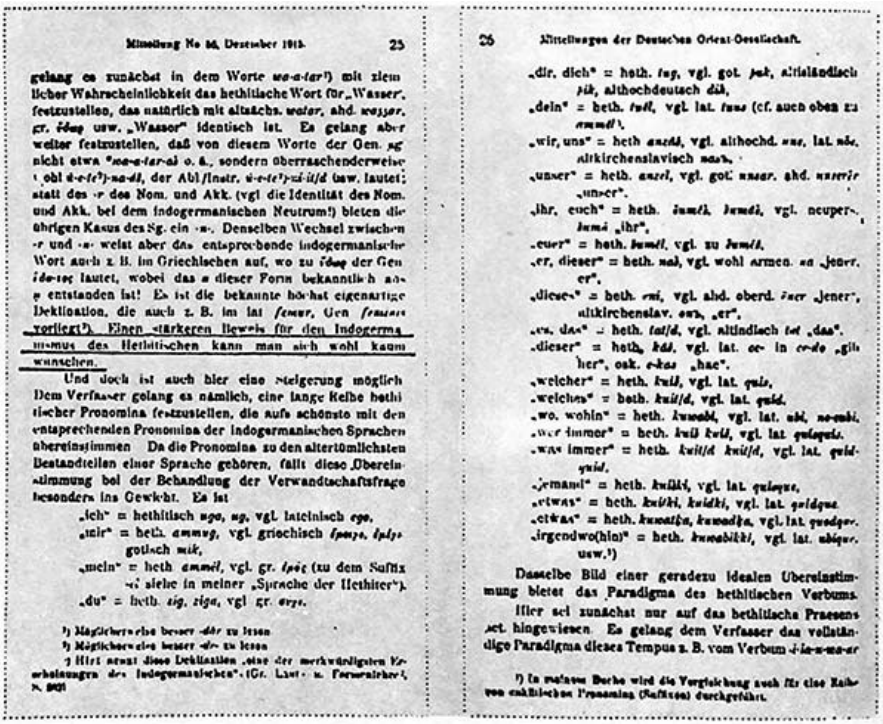
Desde el campamento (como ahora desde la fachada frontal de la casa construida en 1907) sobre el valle de Boghazköy y Jükbas se divisa la cadena de montañas que lo limitan por el oeste. Detrás se extiende el alto Valle de Büyük que linda con las elevaciones de la depresión montañosa.

Así pues, nos establecimos rápidamente y afilé mis lápices para que estuviesen prestos a registrar sobre el papel los documentos cuyo valor esperábamos descifrar y poner de relieve lo antes posible.

Primeramente, teníamos que analizar los hechos conocidos hasta la fecha con el objeto de valorar los posibles descubrimientos: La lengua de las tierras pertenecientes a Arzawa, el país registrado en las cartas de el-Amarna y en los documentos de la época de el-Amarna. El siguiente paso consistía, pues, en encontrar información sobre Arzawa y localizar su centro en Boghazköy. Pero las mismas dimensiones del emplazamiento de la ciudad confería un significado especial al lugar y, consecuentemente, a todo el país. No tendríamos que esperar demasiado tiempo. El 21 de julio, pudimos empezar el trabajo en el Valle de Büyük y, el primer día, aparecieron ya documentos. Al principio se trataba solo de pequeños fragmentos. Los que habían sido recogidos con anterioridad fueron descubiertos en las laderas de la colina del castillo, entre los cascotes que cayeron rodando por la misma, extendiéndose en una franja claramente definida. Por tanto, tuvimos que examinar la gran extensión de la ladera montañosa despojándola de escombros desde la base hasta la cima. Fue un trabajo bastante peligroso para los obreros, pues un desprendimiento inesperado de la tierra y rocas suspendidas en lo alto podía evitarse solamente mediante la adopción de las mayores precauciones. Cuanto más avanzábamos en la montaña, tanto mayores eran los fragmentos que descubríamos. La franja que formaba el yacimiento se estrechaba algo a medida que se aproximaba a la cumbre y nuestro éxito reveló que Macridi había calculado exactamente, desde el principio, el sitio más conveniente para realizar la búsqueda eficazmente. No se encontró nada ni a la derecha ni a la izquierda de la franja pero, al año siguiente, se descubrió que la

fuente real de los tesoros había estado situada en el borde de la parte más alta de la montaña.

Tablilla de arcilla de Boghaz-Koei, con los llamados «Anales de Mursil».



Mitteilung No 16, Dezember 1915. 25

gelang es zunächst in dem Worte *wa-a-tar*[1]) mit ziemlicher Wahrscheinlichkeit das hethitische Wort für „Wasser", festzustellen, das natürlich mit altsächs. *watar*, ahd. *wazzar*, gr. *ὕδωρ* usw. „Wasser" identisch ist. Es gelang aber weiter festzustellen, daß von diesem Worte der Gen. sg nicht etwa **wa-a-tar-aš* o. ä., sondern überraschenderweise (ohl *ú-e-te?)-na-aš*, der Abl *finatr, ú-e-te?)-na-it/d* usw. lautet; statt des *-r* des Nom. und Akk. (vgl die Identität des Nom. und Akk. bei dem indogermanischen Neutrum!) bieten die übrigen Kasus des Sg. ein *-n-*. Denselben Wechsel zwischen *-r* und *-n-* weist aber das entsprechende indogermanische Wort auch z. B. im Griechischen auf, wo zu *ὕδωρ* der Gen *ὕδατος* lautet, wobei das *a* dieser Form bekanntlich aus *e* entstanden ist! Es ist die bekannte höchst eigenartige Deklination, die auch z. B. im lat *femur*, Gen *femoris* vorliegt[2]). Einen stärkeren Beweis für den Indogermanismus des Hethitischen kann man sich wohl kaum wünschen.

Und doch ist auch hier eine Steigerung möglich. Dem Verfasser gelang es nämlich, eine lange Reihe hethitischer Pronomina festzustellen, die aufs schönste mit den entsprechenden Pronomina der indogermanischen Sprachen übereinstimmen. Da die Pronomina zu den altertümlichsten Bestandteilen einer Sprache gehören, fällt diese Übereinstimmung bei der Behandlung der Verwandtschaftsfrage besonders ins Gewicht. Es ist

„ich" = hethitisch *ugu*, *ug*, vgl. lateinisch *ego*,
„mir" = heth. *ammug*, vgl. griechisch *ἐμοῖο, ἐμεῖο* gotisch *mik*,
„mein" = heth *ammêl*, vgl. gr. *ἐμός* (zu dem Suffix *-el* siehe in meiner „Sprache der Hethiter").
„du" = heth. *zig, ziga*, vgl gr. *σύγε*.

[1]) Möglicherweise besser *-ádr* zu lesen
[2]) Möglicherweise besser *-ér-* zu lesen
[3]) Hirt nennt diese Deklination „eine der merkwürdigsten Erscheinungen des indogermanischen" (Gr. Laut- u. Formenlehre, S. 202)

26 Mitteilungen der Deutschen Orient-Gesellschaft.

„dir, dich" = heth. *tuq*, vgl. got. *þuk*, altisländisch *þik*, althochdeutsch *dih*,
„dein" = heth. *tuêl*, vgl. lat. *tuus* (cf. auch oben zu *ammêl*),
„wir, uns" = heth *anzêl*, vgl. althochd. *unz*, lat. *nôs*, altkirchenslavisch *nasъ*,
„unser" = heth. *anzel*, vgl. got. *unsar*, ahd. *unzêr* „unser".
„ihr, euch" = heth. *šumêl, šumêš*, vgl. neuper., *šumâ* „ihr",
„euer" = heth. *šumêl*, vgl. zu *šumêš*,
„er, dieser" = heth. *naš*, vgl. wohl armen. *na* „jener, er",
„dieser" = heth. *eni*, vgl. ahd. oberd. *ener* „jener", altkirchenslav. *onъ*, „er",
„es, das" = heth. *tat/d*, vgl. altindisch *tat* „das",
„dieser" = heth, *kâš*, vgl. lat. *ce-* in *ce-do* „gib her", osk. *e-kas* „hac".
„welcher" = heth. *kuiš*, vgl. lat. *quis*,
„welches" = heth. *kuit/d*, vgl. lat. *quid*,
„wo, wohin" = heth. *kuwabi*, vgl. lat. *ubi, no-bis*,
„wer immer" = heth. *kuiš kuiš*, vgl. lat. *quisquis*,
„was immer" = heth. *kuit/d kuit/d*, vgl. lat. *quidquid*,
„jemand" = heth. *kuiški*, vgl. lat. *quisque*,
„etwas" = heth. *kuitki, kuidki*, vgl. lat. *quidque*
„etwas" = heth. *kuwatka, kuwadka*, vgl. lat. *quodque*,
„irgendwo(hin)" = heth. *kuwabiki*, vgl. lat. *ubique*, usw.[3])

Dasselbe Bild einer geradezu idealen Übereinstimmung bietet das Paradigma des hethitischen Verbums. Hier sei zunächst nur auf das hethitische Praesens act. hingewiesen. Es gelang dem Verfasser das vollständige Paradigma dieses Tempus z. B. vom Verbum *-ši-u-wa-ar*

[3]) In meinem Buche wird die Vergleichung auch für eine Reihe von enklitischen Pronomina (Suffixen) durchgeführt.

Las dos páginas capitales del informe de Friedrich Hrozný, «La solución del problema hitita», en el que aporta la prueba de que la escritura cuneiforme hitita es una lengua indoeuropea.

La mayoría de las piezas encontradas en esta ocasión mostraban los ya familiares caracteres de la lengua desconocida. El contenido era variado pero al principio demasiado reducido para responder al problema principal que seguía sin resolver: el país en que nos hallábamos. Era evidente que había sido el centro de una civilización importante ya que, sin duda alguna, aquellas inscripciones que íbamos recuperando a un ritmo de 100 a 200 por día no podrían constituir los restos del archivo de un monarca insignificante. Transcurridos los primeros días, también nos vimos obligados a descartar esa hipótesis.

No tardaron en aparecer unas cuantas piezas en lengua babilónica que nos proporcionaron la información que buscábamos: Al principio eran pequeños fragmentos de cartas pertenecientes por completo al tipo el-Amarna, restos de la correspondencia diplomática cruzada entre dos monarcas. Estos eran el rey de Egipto y el rey (C) Hatti. Por ello, a los pocos días no había ninguna duda de que nos encontrábamos sobre el emplazamiento de la capital de Imperio de los hititas (?) y que habíamos, encontrado los archivos reales pertenecientes a la época en que esta civilización había entrado en contacto con Egipto. Esto ocurrió en tiempos de el-Amarna y durante el período inmediatamente posterior, es decir entre los siglos XV y XIII antes de Cristo. Las primeras piezas no contenían todavía los nombres de los reyes en cuestión. Una tabla muy bien conservada, que hablaba de un tratado entre Egipto y (C) Hatti, no citaba tampoco, contrariamente a la costumbre vigente en estos casos, a los reyes interesados en el tratado, de forma que al principio no pudo lograrse una determinación más precisa. Era evidente que confiábamos en encontrar algo relativo a las negociaciones y los acuerdos firmados entre Ramsés II y (C) Hatti para la firma del tratado entre Ramsés II y «Chetafar», como se le llamaba entonces. Pero no esperaba encontrar algo verdaderamente importante acerca de esta cuestión y, por otra parte, me sentía pesimista porque la experiencia me había demostrado que las cosas raramente salen a la medida de nuestros deseos.

Esta vez, sin embargo, nuestra labor no nos hacía concebir excesivas esperanzas. El 20 de agosto, después de veinte días de trabajo, la zanja excavada entre los escombros de la ladera de la montaña había alcanzado la primera pared divisoria. Debajo de esta fue encontrada una tabla magníficamente conservada, cuyo aspecto hizo que nos sintiéramos optimistas. Nunca había contemplado nada semejante. En ella se contiene un escrito calificado, quizá jocosamente, como un gesto absurdo: Ramsés

escribiendo a Chattusil sobre el tratado bilateral. Aunque durante los últimos días habíamos hallado gran número de fragmentos referentes al tratado firmado por los dos estados solo aquí se confirmaba realmente que el famoso tratado, conocido por el registro jeroglífico grabado sobre el templo de Karnak, había sido también archivado por la segunda parte interesada en la firma del mismo. Ramsés, con sus títulos y atributos, descrito exactamente con las mismas palabras que las del texto del tratado, escribe a (C) hattusil, que se cita también en los mismos términos, y el contenido del documento sigue palabra a palabra los artículos del tratado. No es, por tanto, el texto definitivo del tratado sino una carta escrita sobre este tema, o tal vez la versión final enviada por la parte egipcia que fue utilizada por los hititas para la preparación del tratado definitivo. Además de este se encontró un pequeño fragmento (el principio de la citada tabla) de una segunda copia de la carta. Lo mismo que otros documentos legales, se conservó por duplicado en los archivos.

Fueron extrañas las sensaciones que yo, conocedor de todos los pueblos, experimenté al contemplar este documento. Dieciocho años antes había tenido ocasión de estudiar la Carta de Arzawa de el-Amarna en el Museo Bulaq y la lengua mittani en Berlín. En aquel tiempo, como consecuencia de los hechos revelados por el hallazgo de el-Amarna, me atreví a sugerir que también el Tratado de Ramsés pudo haber estado redactado originariamente en escritura cuneiforme y ahora tenía en mis manos una de las cartas que se habían cruzado para preparar la firma del mismo (¡en la más bella escritura cuneiforme y en buen lenguaje babilónico!). El hecho de hallar en el corazón del Asia Menor una confirmación de las primeras aventuras de los egipcios en tierras orientales constituía realmente una extraña coincidencia para un hombre como yo. Sin duda alguna, era una coincidencia tan fantástica como un cuento de las «Mil y

una noches». Pero al año siguiente siguieron produciéndose hechos tan fabulosos como el anterior al aparecer la totalidad de los documentos en que surgían de nuevo los personajes que habían ocupado mi imaginación continuamente en el curso de aquellos dieciocho años. ¡El rey de los mittani, Tusratta, apareció en un documento hitita e incluso el príncipe de Amuri, Arizu, enemigo de Rib-Addi de Biblos, considerado como un pez voraz en el plácido estanque de Fenicia, fue citado en unos documentos que eran probablemente una glosa a sus cartas de el-Amarna! ¡Fue, ciertamente, una rara combinación de circunstancias en la vida de un hombre…!

Nach Boghazköy. Der Alte Orient, vol 14, parte 3,
1913

Hrozný descifra los jeroglíficos hititas

L. Matous

Friedrich (Bedrich) Hrozný (1879-1952) nació en Lysa nad Labem, Bohemia, y estudió en Praga, Viena, Berlín y Londres. En 1904, tomó parte en una expedición al norte de Palestina y, al siguiente año, fue nombrado profesor en la Universidad de Praga. Se sintió atraído por el problema de los jeroglíficos hititas y estaba dedicado al estudio de su descifrado cuando su labor fue interrumpida como consecuencia de la primera guerra mundial para ser incorporado a filas. Afortunadamente para las investigaciones orientales, su comandante comprendió sus ambiciones y se dio cuenta de la importancia de su trabajo dispensándole del servicio activo con objeto de que continuase sus estudios. Basando sus interpretaciones en la hipótesis del origen indoeuropeo de la lengua hitita, publicó en 1915 su descifrado y traducción de los jeroglíficos. Su obra fue objeto de numerosos y virulentos ataques por parte de otros investigadores pero cuando se aplicó su sistema a un gran número de documentos hititas, incluyendo un extenso código legal, el valor de sus descubrimientos fue reconocido sin reservas. Durante el resto de su brillante carrera científica, tomó parte en diversas expediciones y continuó su trabajo sobre los problemas del descifrado realizando incluso un intento de interpretación del minoico Lineal B que no dio los frutos apetecidos.

El año 1913 marca el fin del primer período de la carrera de Hrozný. Como se ha dicho anteriormente, la historia de la cultura que estaba proyectando habría dejado sin explicación (si la hubiera escrito entonces) muchos aspectos de la interpretación de las diversas culturas del Cercano Oriente. La interrupción

que sus planes sufrieron este año es solo aparente siendo en realidad beneficiosa para su labor posterior. Sabía que tareas más importantes le estaban llamando en otros campos, que todo un complejo de problemas exigían una solución sin la cual no le sería posible alcanzar la síntesis final que proyectaba realizar. Una de sus características fundamentales fue el mantenerse fiel al objetivo que se había marcado sin desmayar por muy grandes que fueran los obstáculos con que tuviese que enfrentarse.

¿Cuáles eran estos urgentes problemas? Desde el descifrado de la escritura cuneiforme efectuado por Grotefend y Rawlinson, se había recogido suficiente información acerca de las tablas de arcilla sumero-babilónicas para ofrecer un cuadro de la historia y vida cultural de las antiguas Babilonia y Asiria, pero la historia del Asia Menor seguía siendo un enigma. Las únicas fuentes de información disponibles eran indirectas (documentos asirios y babilónicos, textos jeroglíficos egipcios y la Biblia) y los documentos escritos de las naciones del Asia Menor continuaban siendo incomprensibles. No hace mucho tiempo, en 1906, el asiriólogo de Berlín, Hugo Winckler (que había sido profesor de Hrozný durante la estancia del último en Berlín en el otoño de 1901) había logrado descubrir en las proximidades del pueblo turco de Boghazkeui en Asia Menor, unos 145 kilómetros al norte de Ankara, las ruinas de Khattushash, la antigua capital del reino de los hititas. Estas contenían los archivos reales en unas 1.300 tablas cuneiformes escritas en lengua hitita, todavía desconocida. Sin embargo, los archivos de Boghazkeui no eran los primeros ejemplos vivientes de la lengua hitita. Pronto se demostró que la lengua utilizada en estas inscripciones era idéntica a la del país de «Arzava» (es decir, Cilicia Oriental) de la que se han encontrado dos ejemplos en cartas descubiertas en 1888 en los archivos de Tell-el-Amarna, conteniendo correspondencia de los faraones egipcios, Amenofis III

y Amenofis IV con reyes y príncipes contemporáneos de Asia Menor. No obstante, debido a la ausencia de material relativo al contexto, estas cartas continuaban siendo indescifrables. Era bien conocido, gracias a los documentos cuneiformes de Babilonia, que los hititas habían desempeñado un importante papel en la historia de Mesopotamia. Los ejércitos hititas fueron un motivo constante de preocupación para el poderoso imperio de Babilonia desde la primera mitad del segundo milenio antes de Cristo y las crónicas babilónicas atribuyen a ellos la caída de la gran dinastía Khammu-Rabi. Según la Biblia, Heth era hijo de Canaan y el Viejo Testamento siempre menciona a Siria como la patria de los hititas. Estos exiguos datos bíblicos fueron mejorados un tanto por las fuentes egipcias en donde se cita a los hititas en los documentos de las XVIII y XX dinastía, o sea de 1500 a 1190 antes de Cristo. Está bien claro, sin embargo, que estas fuentes indirectas y fragmentarias de información proporcionaron ideas incompletas y absolutamente erróneas sobre los hititas.

La labor de aclarar la misteriosa lengua de esta desconocida nación, que había vivido en el Asia Menor durante el segundo milenio antes de Cristo y que había dejado cantidades tan considerables de inscripciones cuneiformes en los archivos de Boghazkeui, puede considerarse de la mayor importancia. El trabajo fue facilitado considerablemente gracias al hecho de que pudiera leerse la escritura cuneiforme (si bien la lengua que expresaba había resistido hasta entonces todos los intentos de interpretación). Antes de Hrozný, el Dr. Weidner, asiriólogo berlinés, el profesor Böhl de Gronhingen y el descubridor de los archivos, el mismo Hugo Winckler, había estado trabajando en ello. Ya en 1910 Hrozný se ofreció a colaborar con el último pero no pudo dedicarse plenamente a su labor por estar ocupado en sus estudios sobre el trigo babilónico. Fue después de terminar estos estudios y después de que la Sociedad Oriental

de Berlín le encargase oficialmente (después de la muerte de Winckler en 1914) la publicación de los archivos hititas, cuando Hrozný empezó realmente su trabajo del descifrado. Solo la parte más reducida de las inscripciones se hallaba en Berlín. La más considerable se encontraba en el Museo de Constantinopla. Además del ya citado Dr. Weidner, el profesor Delitzsch había analizado ya las inscripciones junto con el asiriólogo berlinés, Dr. Figulla, que había estado trabajando allí desde el 1 de enero de 1914. Con el objeto de compensar su retraso, Hrozný no perdió un momento y copió de inmediato las inscripciones para la proyectada edición. Al mismo tiempo, transcribió un número de tablas que no pensaba publicar pero que necesitaba para llevar a cabo su trabajo de descifrado. Pasaba los días en el Museo Otomano sacando copias de las tablas del Cuerno de Oro y, de noche, muchas veces hasta las primeras horas de la madrugada, transcribía textos hititas en su residencia en la costa asiática del Mar de Mármara. Agrupó las palabras así transcritas en diccionarios alfabéticos no solo con arreglo a iniciales sino también de acuerdo con sus terminaciones, «a tergo» (siendo esta una condición indispensable para el esclarecimiento de las formas gramaticales desconocidas). La guerra le sorprendió en plena labor, hacia finales de agosto de 1914, y se requirió su inmediato regreso a Viena. Por entonces, sin embargo, había copiado un número suficientemente grande de inscripciones para poder asegurar la continuidad de su labor, cuyos frutos presentó al público un año más tarde.

El método que utilizó para descifrar esta lengua desconocida no carece de interés. Escogió como punto de partida inscripciones de una sola lengua que debían de ser interpretadas por sí mismas. Había, es cierto, vocabularios bilingües y trilingües, incluso, hitita-babilónico-sumerios, publicados en 1914 por el profesor Delitzsch, pero su uso ofrecía escasas oportunidades de penetrar en la estructura gramatical de la lengua. Sin embar-

go, Hrozný encontró una gran ayuda en los nombres propios y en los ideogramas sumero-babilónicos, es decir caracteres cuneiformes que expresaban palabras completas (palabras imágenes). Debe recordarse que los hititas, al adoptar la ortografía cuneiforme de los babilónicos, asimilaron también no solo los ideogramas sino palabras enteras que deletreaban fonéticamente. Tales palabras, imágenes y vocablos adoptados por los hititas servían con frecuencia para deducir el significado de frases enteras. Utilizando el método de combinación, comparando frases y significados, progresando de lo conocido a lo desconocido, Hrozný pronto consiguió comprender su estructura y asignarle un lugar en la familia de las lenguas.

Su punto de partida fue la frase «nu NINDA-an ezzateni vâdar-ma ekutteni». El único elemento conocido era el ideograma sumero-babilónico NINDA, que significaba «pan». Por ejemplos de otros lugares Hrozný estableció que el sufijo «-an» era la terminación del acusativo singular. La suposición de Hrozný era correcta ya que podía esperarse razonablemente que la frase que daba énfasis a la palabra «bread» (pan) comprendiera el significado de «eat» (comer) que solo podía contenerse en la palabra «ezzateni». Puesto que otros pasajes habían demostrado que el sufijo «-teni» era la terminación de la segunda persona del plural del presente o del futuro, podía aventurar una traducción de la primera mitad de la frase: «Tú comes (comerás) pan». La estructura de la segunda frase era claramente paralela con la de la primera, de aquí que si el sustantivo correspondiente a NINDA era «vâdar» (que podía significar «agua») entonces el verbo del que dependía el sustantivo solo podía ser «ekutteni», que en tal caso significaría «beber». Hrozný podía aventurar ya una lectura de toda la frase: «Ahora comerás pan, luego beberás agua».

Hrozný identificó enseguida la raíz hitita «ad-», «-ez», contenida en «ezza-teni», con el latín «edo», el alemán «essen», el

germano antiguo «ezzan», es decir con las raíces del grupo indoeuropeo, que comprendía la familia de las lenguas eslavas, la germánica, las lenguas latinas, etc. Afinidades similares pudieron encontrarse también en las palabras de la segunda frase. La hitita «vâdar» parecía relacionada con la inglesa «water» (agua), la checa «voda», y la raíz «e(a)ku-» contenida en la palabra «ekutteni» «bebes (beberás) agua» revelaba una afinidad con la latina «agua». El carácter indoeuropeo de la lengua hitita se reveló claramente en su estructura general, así como en la comparación de los pronombres personales («uga, ug», «I» y el latín «ego», el hitita «kuish», «who» y el latín «quis»). Otra importante característica era la declinación de los nombres y la conjugación de los verbos en los que los participios en «-nt» y las formas semi-pasivas en «-ri» recuerdan especialmente las formas latinas. Análisis más detallados demostraron posteriormente que la estructura general de la lengua la situaba en el grupo «Kentum» indoeuropeo occidental, es decir en la misma división en que se incluyen las lenguas griega, latina y germánica.

El reconocimiento de que el hitita pertenecía al tronco indoeuropeo constituyó una gran sorpresa para Hrozný. El hecho de que él había excluido esta posibilidad queda claramente demostrado si tenemos en cuenta que entre los libros que se llevó a Constantinopla, la filología indoeuropea solo estaba representada por el reducido y bastante inadecuado manual de Meringer, de la colección Göschen. Cuando Hrozný anunció por primera vez sus conclusiones en una reunión de la Sociedad del Cercano Oriente en Berlín, el 24 de noviembre de 1915, provocó una discusión que se prolongó hasta avanzada la noche. En general, su conclusión de que la hitita era una lengua indoeuropea fue recibida con gran escepticismo. Se prestó atención especial al carácter físico no indoeuropeo de la raza hitita, que con su nariz grande curvada y las espaldas inclinándose hacia

adelante parecía aproximarse al tipo armenoide. Se sugirió que la hitita era una lengua caucásica y Weidner la consideró incluso íntimamente emparentada con la «gruzinian». Los más enérgicos de los oponentes de Hrozný fueron los profesores Bartholomae y Bork. Por otra parte, la conferencia de Hrozný (repetida el 16 de noviembre en la Universidad de Viena bajo el patrocinio de la Sociedad Eranos Vidobnensis y publicada el mismo año bajo el título de «La solución del problema hitita» —«Die Lösung des Hethitischen Problems»—), fue recibida por la prensa de Alemania así como por la de Austria con gran respeto, siendo calificada de «hito en la historia de la filología y arqueología indoeuropeas». Debe admitirse también que las conclusiones de Hrozný fueron atacadas frecuentemente mediante alegatos absurdos. Así, un experto en filología comparada se negó incluso a analizar sus argumentos porque Hrozný había asegurado que la palabra hitita «vâdar» se deletreaba con una larga sílaba inicial (lo que en virtud de las reglas de la filología comparada, declaró totalmente inadmisible).

El 1 de diciembre de 1915, Hrozný fue llamado a filas por el Regimiento de la Guarnición de Viena donde, en vista de su acentuada miopía, sirvió hasta la terminación de la guerra como administrativo. Sus oficiales superiores mostraron una simpatía y comprensión desacostumbradas por su actividad extramilitar y le permitieron dedicar varias horas al día a sus estudios sobre los hititas. De este modo Hrozný pudo publicar en Leipzig, incluso antes de la terminación de la guerra, la primera gramática de la lengua hitita bajo el título «La lengua de los hititas, su estructura y su clasificación en el tronco indogermánico» «Die Sprache der Hethiter, ihr Bau und ihre Zugehörigkeit zum indogermanischen Sprachstamm». En ella publicó por primera vez sus conclusiones en forma de gramática sistemática y definió la posición de la lengua hitita dentro del grupo indoeuropeo (sin duda una notable hazaña si tenemos en cuenta

que en solo tres años consiguió hacer lo que tantos otros habían intentado en vano). Había aclarado el misterio de esta extraña lengua indoeuropea, la más antigua conocida hasta entonces.

Con el fin de demostrar la verdad de sus teorías, Hrozný empezó enseguida una traducción sistemática de las inscripciones religiosas e históricas, que apareció en Leipzig en 1919 bajo el título de «Transcripciones y traducciones de las inscripciones cuneiformes hititas de Boghazkeui» (Hethetische Keilschrifttexte aus Boghazköi in Umschrift und Ubersetzung). El número de los oponentes y escépticos se fue reduciendo y los filólogos indoeuropeos empezaron a reconocer la verdad de sus teorías sobre los hititas, su hipótesis de que se trataba de una lengua Kentum, de sus lecturas e interpretaciones y sus puntos de vista sobre la gramática hitita. El primero que adoptó el criterio de Hrozný fue el filólogo noruego Marstrander, en 1919. Al año siguiente, el filólogo alemán de lenguas indoeuropeas, F. Sommer, tras muchas vacilaciones, llegó a la conclusión de que el hitita era indoeuropeo en su estructura pero que su vocabulario había sido tomado principalmente de fuentes indígenas de Asia Menor. Después de esto, el número de seguidores de Hrozný creció progresivamente y hoy no existe ninguno entre los reconocidos científicos expertos en lenguas indoeuropeas que dude de la exactitud de su interpretación. Un justo tributo fue rendido por Friedrich, el profesor de Hititología de la Universidad de Leipzig: «El nombre de Hrozný ocupará siempre un lugar egregio al frente de los estudios hititológicos. Vio y comprendió tan correctamente los caracteres básicos de la declinación e inflexión que, sobre los cimientos levantados por él, otros pudieron proseguir sus estudios. No es sorprendente en el trabajo de un vanguardista que cometiese errores ocasionales en la identificación de las formas. Hrozný, como el genio descubridor y Sommer como el cuidadoso metódico, fueron cier-

tamente los polos gemelos de la filología hitita». Por consiguiente, gracias a la brillante labor de pionero realizada por Hrozný, la hititología se convirtió rápidamente en una rama independiente de la filología y sirvió para arrojar nueva luz sobre la historia del Asia Menor en el segundo milenio antes de Cristo.

Bedrich Hrozný: The Life and Work of a Czech Oriental Scholar, 1949

Excavaciones en la montaña negra

Helmuth Bossert

Helmuth Bossert *(1889-1962) nació en Landau y se educó en las universidades de Heidelberg, Estrasburgo, Freiburg y Munich. Durante algunos años realizó investigaciones arqueológicas por cuenta propia dedicándose al estudio del Oriente Próximo, pero en 1934 aceptó el cargo de profesor de lenguas y cultura del Cercano Oriente en la Universidad de Berlín, convirtiéndose después en Director del Instituto de Investigación de Lenguas y Cultura del Cercano Oriente de la Universidad de Estambul. Dirigió muchas expediciones sobre el terreno y realizó extensos estudios de los jeroglíficos hititas. Desde 1947 dirigió las excavaciones de los restos hititas de Karatepe.*

Durante la exploración que el Instituto de Investigación de Civilizaciones Antiguas Orientales de la Universidad de Estambul emprendió en Anatolia el verano de 1945 (formaban el equipo de la expedición el profesor H. Th. Bossert, sus ayudantes Dr. Halet Qambel, Nihal Ongunsu y Muhibbe Darga y Bay Ali Riza Yalgin de la Dirección de Antigüedades de Ankara), atravesamos la ruta que, pasando por el Taurus, une Kayseri con la Anatolia sudoriental y el Norte de Siria por Gezbel, Saimbeyll, Feke, Kozan y Ceyhan. Nuestro objetivo consistía en determinar dentro de nuestras posibilidades, el trayecto recorrido por los antiguos hititas en tiempos del Nuevo Imperio Hitita. Siempre que podíamos, preguntábamos en nuestro camino a los habitantes de aquellas tierras sobre los monumentos hititas que pudiera haber en las cercanías. De este modo, reunimos un número de referencias que parecieron interesantes des-

pués de examinadas. Existía entre nosotros un rumor relativo a un supuesto relieve hitita que representaba a un león labrado en la roca y que se encontraba, al parecer, en la región montañosa situada al este de Kadirli. Como consecuencia de estar ya muy avanzada la estación no pudimos comprobar esta información y tuvimos que aplazar nuestra búsqueda hasta el año siguiente.

Cuando en febrero de 1946 nuestro grupo (compuesto por las mismas personas) llegó a la misma región (gracias a la ayuda de Bay Hüsameddin Arkan, Director de Instrucción Pública en Adana), consideramos que nuestro deber era comprobar la exactitud de los informes y, a pesar de las malas condiciones de las carreteras, intransitables para los automóviles debido a las fuertes lluvias que cayeron durante los últimos días, decidimos partir hacia la región montañosa que se extendía más allá de Kadirli. Teniendo en cuenta las dificultades que entrañaba realizar el viaje bajo estas condiciones y debido a la imprecisión de las informaciones que poseíamos, todos intentaron disuadimos de esta empresa y nosotros mismos estábamos perfectamente convencidos de que, aunque algunos rumores tenían cierta verosimilitud, todo el asunto podía resultar completamente inútil ya que el relieve en cuestión podía ser muy bien un monumento romano, pues no hay que olvidar que estos son bastante frecuentes en la región de Kadirli. Después de la consabida deliberación, decidimos continuar nuestras investigaciones en dos direcciones distintas y separamos en dos grupos, uno de los cuales, formado por Nihal Ongunsu y Muhibbe Darga, partiría para Adana y, desde allí, seguiría hacia la región de Mersin, mientras que el otro, formado por el Dr. Halet Qambel y por mí, y también por Bay Naci Kum, Director del Museo de Adana, que entretanto se había unido amablemente, a nuestro grupo, partiría hacia Kadirli.

El 27 de febrero, a la una de la tarde, salimos nosotros tres de Kozan en un carro. Al principio las carreteras eran bastante buenas y mientras atravesamos una cadena montañosa no muy elevada, no tropezamos con grandes dificultades. Sin embargo, después de llegar al pueblo de Koseli, en la llanura situada al este de la cadena montañosa, supimos por los campesinos que, debido a las fuertes lluvias, la carretera que conducía a Kadirli se encontraba anegada en una longitud bastante considerable. En consecuencia, nos vimos obligados a enviar a nuestro carretero nuevamente a Kozan, ya que, además de no conocer las carreteras, había utilizado caballos en tan lamentable estado que era imposible que salvaran las dificultades de la marcha a través del terreno pantanoso. Nos vimos, pues, obligados a recurrir a otro carretero más experto antes de que se hiciera demasiado tarde. Con la amable ayuda de los habitantes del pueblo, pudimos conseguirlo y, a los pocos minutos, estaba listo un segundo carro con caballos más resistentes. Algo más allá de Koseli, después de haber pasado por el pueblo de Karaómerli y haber examinado «Mustafa Alinin Hüyüğü», que se halla cerca de nuestra ruta, en busca de objetos de cerámica, vimos que la carretera principal había desaparecido completamente en el territorio pantanoso y nos alegramos mucho de haber encontrado a otro carretero que, atravesando un laberinto de caminos, nos llevó, sanos y salvos, hasta Kadirli a pesar de que ya había oscurecido y pese a nuestra caída accidental en una zanja.

Eran ya las 7,30 de la tarde cuando llegamos al ayuntamiento de Kadirli, donde las autoridades locales, que habían sido informadas telefónicamente de nuestra llegada estaban esperándonos ya. Muy amablemente nos invitaron a comer con ellos y durante la excelente comida que fue servida en el mismo ayuntamiento, tuvimos oportunidad de hablar con el «kaymakam» de Kadirli, Bay Münir Alkan, Bay Ibrahim Savrun (jefe del municipio), Bay Tevfik Coskun (miembro del consejo municipal) y

Bay Hilmi Inan, director de la escuela primaria de Kadirli. Les expusimos nuestros planes y les pedimos que nos facilitaran información sobre el monumento del león que buscábamos. Desgraciadamente ninguno de estos caballeros lo habían visto ni habían oído hablar del mismo y, por ello, al principio nos sentimos bastante deprimidos y decepcionados. Pero sin perder completamente la esperanza, preguntamos si no había en Kadirli alguien que conociera bien la región, que la hubiera recorrido y conociera el monumento. Nos dijeron que Bay Ekrem Kusçu, maestro de la escuela primaria de Kadirli en el curso de los últimos veinte años, de quien se decía que había recorrido más de una vez toda la región, era el hombre idóneo. Fueron a buscarle inmediatamente y llegó a los pocos instantes. Afortunadamente, pudo darnos una información exacta sobre el monumento que, según decía, había visitado cuatro veces desde 1927 a 1944.

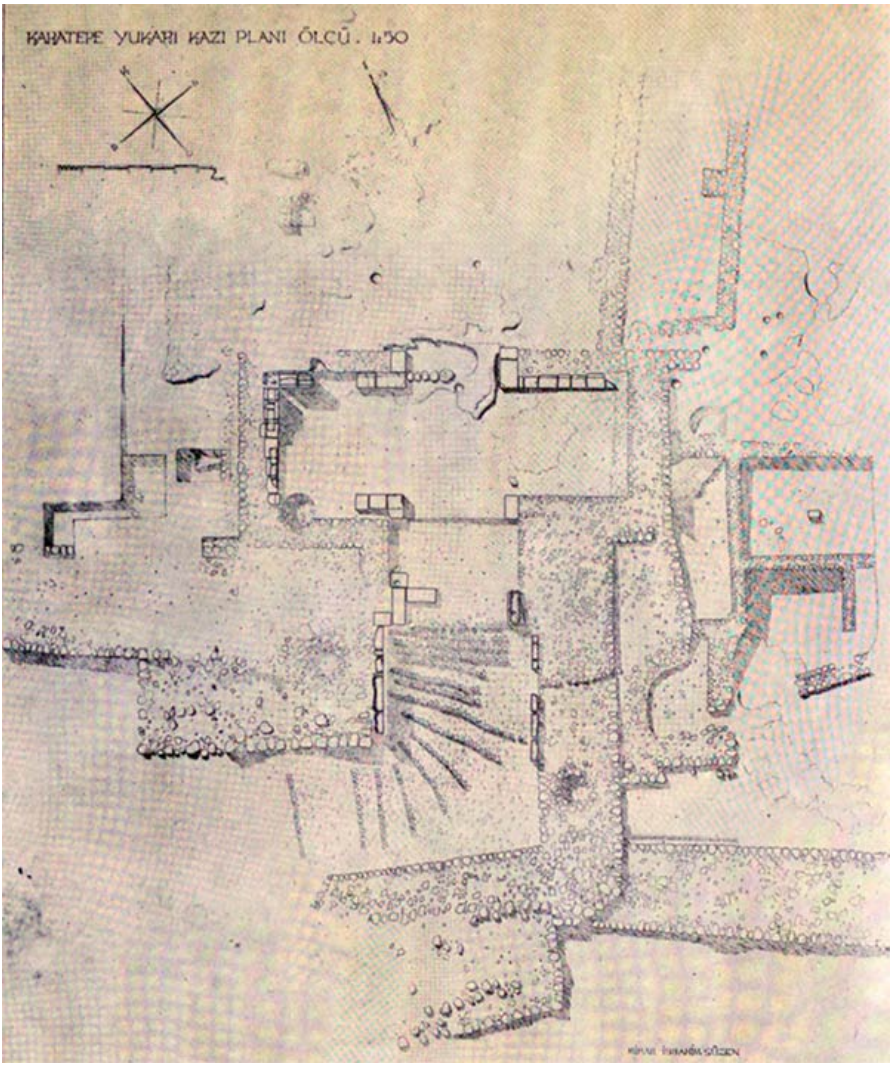
Según nos dijo, el monumento del león no era un relieve labrado en la roca sino una escultura redonda, un basamento con figura de león. Sobre él había descansado originalmente la estatua de un hombre pero esta se había caído, perdiendo la cabeza con el paso de los años. Su cuerpo estaba completamente cubierto de inscripciones cuneiformes. El monumento, decía él, se encontraba a cinco o cinco horas y media de caballo al este de Kadirli, en la cima de una elevación poblada de árboles, que formaba parte de una larga montaña cubierta de bosques llamada Karatepe. Por todas partes había fragmentos de piedras con restos de escritura y relieves. Todos estaban trabajados en una especie de piedra negra que no solía encontrarse en los alrededores y que debió de ser traída desde una distancia bastante considerable. Además de estos restos, un número bastante grande de piedras negras similares se hallaban dispersas en el lado opuesto del río Ceyhan, que atraviesa Karatepe. Dichas piedras tenían que ser necesariamente los restos de una antigua

ciudadela perteneciente al castillo. Bay Ekrem nos dijo también que, según información obtenida de los campesinos, hacía sesenta años que existía la estatua, incluyendo la cabeza. Naturalmente, teníamos curiosidad por conocer si el maestro había encontrado este antiquísimo monumento por casualidad o si había oído hablar de él a través de los campesinos. Luego nos explicó que, en 1927, descubrió el monumento siguiendo las indicaciones del anciano Abdullah de ochenta años (que había muerto en 1932), hijo de Vahab y padre del actual «muhtar» de Kizyusuflu (un pueblo ubicado entre Karatepe y Kadirli). A continuación nos relató la siguiente historia: en 1915, un sabio «hodja» llegó a Kizyusuflu y permaneció allí dos meses como huésped de Abdullah. No hallándose en condiciones de devolver a su anfitrión los favores de su hospitalidad, se brindó a ofrecerle su ciencia para ayudarle a encontrar un tesoro. «Muéstrame un lugar», dijo, «y encontraré un tesoro para ti». Seguidamente Abdullah le condujo al monumento del león pero el «hodja» le explicó que debía llevarle a otro lugar ya que este era el monumento funerario erigido a un rey que fue destrozado por un león en una cacería y que, por ello, no podía encontrarse en él ningún tesoro. En consecuencia, le condujo a Bodrum, más abajo del río Ceyhan, pero si encontraron o no el tesoro es algo que ignoramos.

Bay Ekrem nos explicó también que, excepto los campesinos, él y un hombre de Mersin a quien no conocía, nadie y naturalmente tampoco ningún experto, había visitado todavía este antiguo lugar. Oportunamente habló de él al Bay Ah Riza Yalgin, entonces Director del Museo de Adana, pero no le había llevado hasta donde se encontraba. Bay Ali Riza, con quien discutimos el asunto más tarde, confirmó lo que había dicho el maestro: AH Riza había estado en Kadirli en la primavera de 1939 para estudiar las costumbres de los turcomanos de la región y había conocido al maestro en aquella ocasión. Bay AH

Riza despertó nuestra atención por su artículo titulado «Los turcomanos de Kadirli», publicado en el Türksözü y que apareció en Adana el 19 de abril de 1939, donde, basándose en la información oral del maestro, escribe: «… Además de todas estas reliquias, Kadirli puede también proporcionar monumentos de épocas más antiguas. Pero estos se hallan arriba en las montañas en un estado que no permite su transporte. Las ruinas de Karatepeh sobre el río Ceyhan pueden considerarse entre las que merecen un detenido estudio». Luego, siempre siguiendo la línea montañosa, giramos hacia el sudeste en Dögüsgedigi en dirección a Karatepe, una montaña negra que podía divisarse a lo lejos. El camino, bastante transitable para los caballos, estaba constituido tan solo por un estrecho sendero. Favorecido por un tiempo espléndido de primavera, cabalgamos sobre un terreno cubierto de plantas que empezaban a brotar, arbustos y pinos bajos y al cabo de tres horas y media llegamos a Kizyusuflu, un pueblo cuyas casas se hallaban muy diseminadas. Allí conseguimos recipientes para el agua necesaria para humedecer el papel de imprimir. Uno de los aldeanos, Haci Aga, nos acompañó a pie. Siempre siguiendo la cresta de las colinas, cabalgamos sin cesar contemplando el maravilloso paisaje de las alturas cubiertas de nieve del Anti-Taurus, situadas al este, y el Amanus, que habíamos atravesado hacía solo unas pocas semanas, al sur. Nuestro sendero descendía ahora gradualmente sobre el valle y, después de remontarse de nuevo, bajaba hacia Akyol (pronunciado Agyol por los campesinos). Esta es una vieja ruta de caravanas, todavía utilizada por los habitantes de la región cuando van y vienen a sus pastos estivales. Ante nosotros se elevaba una larga montaña, densamente poblada de árboles, con una altura máxima de quinientos metros aproximadamente. Era el Karatepe, en cuyo pico más septentrional y más bajo encontramos el monumento del león.

La ascensión a este lugar por un estrecho sendero de pastores no ofreció ninguna dificultad. En cuestión de quince minutos habíamos alcanzado la cima y ante nosotros yacían las ruinas del destrozado castillo real de los hititas.



Plano de una de las zonas excavadas de Karatepe.

II

No lejos del palacio, siguiendo el sendero de pastores que conducía a la cima de la colina, el monumento del león que habíamos estado buscando se hallaba destruido. La base, que mostraba un relieve de dos leones sostenido por un hombre erguido, parecía no encontrarse «in situ» y, probablemente, descansaba originalmente sobre una superficie horizontal labrada en la roca natural, no lejos de allí. La estatua humana que le pertenecía se hallaba al lado destrozada. Faltaba la cabeza y no se veía ningún fragmento que pudiera haber pertenecido a la misma, por lo menos en sus inmediaciones. La estatua yacía vuelta hacia abajo. La espalda, más bien suave, estaba cubierta con una inscripción en arameo arcaico de veinte líneas. El principio de las líneas del lado frontal, visibles aun sin necesidad de volver la estatua, revelaban que había sido grabada una segunda inscripción. Teniendo en cuenta el gran peso de la estatua y el hecho de que la tierra que había debajo era muy pedregosa, no estimamos aconsejable darle la vuelta ya que existía la probabilidad de dañar la espalda, que se conservaba en excelente estado. La parte frontal de la estatua había sido ya dañada, quizás en el momento de ser desprendida violentamente de su base. Y es posible incluso que un fragmento que llevaba una inscripción en arameo arcaico, que se hallaba a su lado, hubiera formado parte de ella. La primera cuestión que teníamos que resolver consistía en decidir si debíamos sacar una copia de la inscripción de la espalda o si era más conveniente tener en cuenta el hecho de que disponíamos solamente de tres horas para sacar los moldes, inmediatamente después de haber tomado las fotografías necesarias. Como la inscripción estaba en parte cubierta de musgo que impedía totalmente efectuar una lectura correcta sin una limpieza previa, parecía más conveniente empezar, sin pérdida de tiempo, con los moldes aun a riesgo de que, debido a la estación, no llegaran a secar completamente.

Mientras que uno de nosotros (H. Qambel) se ocupaba de las fotos y de los moldes, otro colega (H. Th. Bossert) se dedicó a buscar nuevos restos de piedras modeladas o con inscripciones. Aunque la búsqueda era bastante difícil a causa de los matorrales espinosos que abundaban por todas partes, el hecho de que las piedras utilizadas para las inscripciones y esculturas fueran de un color más negro y más duras que la piedra natural de la montaña de Karatepe constituyó una gran ayuda. Primeramente, se le dio la vuelta a las piedras que podían moverse y se hallaban en las inmediaciones de la base del león, parcialmente enterrada, quedando así al descubierto un número de fragmentos modelados y con inscripciones. Aunque por desgracia las esculturas, salvo alguna excepción, se hallaban muy fraccionadas, algunas por lo menos pudieron identificarse como relieves hititas, al parecer de un estilo todavía más rústico que el de los relieves de Zincirli e Islahite. La mayoría de ellos habían formado parte, probablemente, de algún conjunto decorativo similar al que se observa en otros edificios hititas. A pesar de toda su simplicidad, esta representación, como los tres pájaros, parece prometer el hallazgo de nuevos diseños en este lugar. Sin embargo, algunos de los hallazgos más importantes fueron los fragmentos de la inscripción jeroglífica hitita ya que hasta entonces no se habían encontrado en ninguna parte inscripciones sobre piedra con jeroglíficos del arameo arcaico y del hitita. Mientras que las inscripciones en arameo arcaico de Karatepe, según sabemos, están talladas, entre las inscripciones jeroglíficas parece haber una al menos que presenta un trabajo en relieve muy cuidado. Según podemos deducir de sus caracteres, las inscripciones jeroglíficas grabadas parecen pertenecer aproximadamente a la misma época que las de arameo arcaico. Otra gran sorpresa fue el descubrimiento de un fragmento muy pequeño con inscripciones que, a pesar de tener solo unas pocas letras, pudo encuadrarse en el tipo «boustrophedon». Hasta

hoy no se han identificado tales inscripciones arameas y no existe razón para creer que estas existieron. Por ello, es muy probable que esta inscripción no estuviese escrita en arameo arcaico sino más bien en una lengua no semita que utilizó los caracteres de aquella lengua. Prosiguiendo nuestras investigaciones, encontramos el fragmento de un busto de otra estatua (?) que llevaba una inscripción en arameo antiguo y que no juzgamos necesario describir en este informe preliminar ya que solamente podían distinguirse unas pocas letras sobre la misma.

La mayoría de los descubrimientos hechos en este breve período de tiempo se agruparon en torno a la base del león. Sobre las partes restantes de la cresta de la colina descubrimos muchísimos fragmentos de piedra del mismo tipo, pero estos no parecían llevar ninguna clase de inscripción o decoración aunque este hecho, desde luego, pudo haber sido una simple coincidencia. Debido a la brevedad del tiempo de que disponíamos y a la espesura de los arbustos, que dificultaba nuestros desplazamientos, no pudimos examinar completamente las laderas y la base de la colina, aunque es casi seguro que allí pueden encontrarse todavía numerosos fragmentos modelados y con inscripciones. No obstante, en la ladera vimos una base de columna, evidentemente desplazada de su sitio, del mismo tipo que las de Zincirli pero sin ninguna decoración plástica. En diferentes puntos encontramos restos de la muralla de una ciudadela destruida violentamente. Nos dimos cuenta también de que, aproximadamente en el centro de la cofina, podía verse todavía una formación rocosa de la que sin duda había sido extraída la piedra para la construcción de la ciudadela. Dos zanjas, una cerca de la base del león, la otra más próxima al límite de la cima de la colina, probaban el hecho de que en ocasiones los campesinos y pastores habían buscado tesoros en Karatepe… También buscamos objetos de cerámica pero al estar la roca natural muy cerca de la superficie de la cresta de la colina, las lluvias habían arrastrado probablemente la mayoría de las vasijas laderas abajo y solo pudimos encontrar unas pequeñísimas y envejecidas piezas de loza amarillenta, que no facilitaron la menor pista sobre la forma, el tipo o la época a que pertenecían.

La densa vegetación del territorio nos impidió tomar unas vistas de las ruinas de la ciudad desde el río. Estas ruinas pertenecieron probablemente a la ciudadela de Karatepe. Desde la

copa de un árbol, pudimos tomar una fotografía de la zona donde, según se dice, se encuentran las ruinas. Al disponer de tan poco tiempo y debido al gran caudal que lleva el río Ceyhan en esta época del año, no fue posible cruzarlo para examinar las ruinas.

Había empezado a anochecer y nuestros guías tenían prisa por regresar. Los moldes necesitaban todavía mucho tiempo para secarse y lo único que podíamos hacer era bajarlos y ponerlos a secar sobre el fuego. Así pues, los metimos en una caja de hojalata, cargamos los fragmentos más pequeños en nuestras alforjas para depositarlos posteriormente en el Museo de Adana y, después de hacer una foto de nuestro grupo, partimos hacia nuestros dormitorios de la casa de Molla Mehmet, a una hora y media de distancia.

Relieve de músicos exhumado en las excavaciones de Karatepe.

Detalle de uno de los relieves hallados por Bossert en la ciudad hitita de Karatepe.

El resto de las inscripciones, relieves, estatuas, y la muralla de la ciudadela que dejamos atrás y que lentamente fueron desapareciendo de nuestra vista, constituían el testimonio fehaciente de que un nuevo yacimiento hitita había sido recuperado para la ciencia.

Karatepe, 1946

La residencia real de Nymphaios

Friedrich Dörner

Friedrich Karl Dörner *(1911-1992) nació en Gelsenkirchen, Alemania, y se educó en la Universidad de Greifswald, donde se especializó en historia antigua, clásica y arqueología. Viajó extensamente por la zona oriental del mediterráneo, visitando primeramente Kommagene (Siria), en 1938. Es miembro del Instituto Arqueológico Germano de Berlín y Estambul y de la Academia de Ciencias austríaca, habiendo enseñado en la Universidad de Tübingen. Desde 1950, ostenta el cargo de profesor de Historia Antigua en la Universidad de Münster. Fue en 1951 cuando descubrió el palacio real de Arsameia en Kommagene, donde ha venido efectuando excavaciones desde entonces.*

El descubrimiento de la residencia real de Arsameia en Kommagene, sobre el río de las Ninfas, no es producto de la casualidad sino el resultado de un examen sistemático de la región cultural de Kommagene sobre el Alto Éufrates, en el magnífico paisaje montañoso de los Antitauros. En la literatura hay solo algunas referencias sobre esta región. Hace su primera aparición en los anales de los reyes asirios, en los que se dice que los gobernantes de Kummhi (Kommagene) tenían que rendir tributo a Asiria principalmente, con los valiosos troncos de cedro entonces tan solicitados. Al parecer Kummhi se incorporó al Imperio Asirio en el reinado de Sarrukin (Sargón) II, que gobernó desde el año 721 al 705.

Aunque, el país, como consecuencia de los importantes puntos vadeables del Éufrates, debió de haber jugado un gran papel

en relación con las comunicaciones entre el Norte de Mesopotamia y la costa del Mediterráneo y aunque su posición era también muy importante para el tráfico en la ruta terrestre hacia Asia Menor, no tenemos más noticias de su historia en el curso de los siglos posteriores. Kommagene no vuelve a mencionarse en los registros históricos hasta el siglo primero antes de Cristo, cuando los romanos intentaron adelantar su frontera oriental hacia el territorio de sus enemigos, los partos. Es comprensible que estas fuentes (escritas desde un punto de vista romano) no contengan comentarios favorables sobre un país cuyos gobernantes procuraron mantener su independencia política y cultural en la lucha entre el Imperio Romano y el reino parto.

La información que procuraron estos antiguos documentos se vio aumentada por los inesperados y notables resultados conseguidos por una expedición alemana que fue a Kommagene en 1883 bajo la dirección de Karl Humman y Otto Puchstein. Los dos investigadores habían sido encargados por la Academia de Ciencias de Berlín de investigar la necrópolis que el rey de Kommagene, Antíoco I, había ordenado erigir en su nombre, sobre uno de los picos de los Antitauro. Pudo comprobarse que los relatos, que parecían fantásticos, enviados a Berlín por el ingeniero alemán Karl Sester, no eran exagerados. En Nemrud-Dagh, a más de 2.000 metros de altura, existía ciertamente una Ciudad de los Muertos construida por Antíoco «lo más cerca posible de los tronos celestiales». Un hallazgo singular fue el descubrimiento que allí se hizo de una inscripción monumental, un documento contemporáneo único, en el que Antíoco hizo que fueran registradas sus ideas religiosas para la posteridad. La comprobación de que el rey fue el creador de la religión cuyos elementos eran idénticos a los de las religiones de los mundos griego y persa no fue menos sorprendente. Enfrente del montículo que formaba el cementerio y que tenía

más de cincuenta metros de altura, el rey se había hecho representar en el círculo de los dioses nativos (en proporciones monumentales, de acuerdo con el gusto de los monarcas orientales, y de una forma austera e inmutable como los inanimados peñascos de aquel paisaje montañoso).

En la publicación de los resultados de su viaje, Humann y Puchstein expresaron su deseo de que se llevara a cabo una exploración intensiva. Pero las sensacionales excavaciones realizadas en la costa oriental del Asia Menor gozaron de una indiscutible preferencia, especialmente porque eran más fácilmente accesibles que la solitaria e intransitable región montañosa. De este modo, transcurrió más de medio siglo antes de que la ciencia volviera a interesarse por Kommagene.

Desgraciadamente, mi primera expedición a Kommagene, emprendida en 1938 junto con R. Naumann, fue solamente un breve preludio. Pero durante todos los años de la guerra nunca olvidé la promesa que me había hecho a mí mismo y a mis compatriotas de regresar y efectuar nuevos trabajos de investigación.

En 1951 volví efectivamente y, ya en los primeros días de la exploración, tuve la gran suerte de encontrar la residencia real de Arsameia sobre el río de las Ninfas. Después de una larga marcha a través de una altiplanicie pelada de árboles y abrasada por el sol, llegamos al pueblecito de Alut ¡Qué placer causaba relajarse sobre las vistosas alfombras, tejidas a mano, que habían preparado los aldeanos para darnos la bienvenida junto a un fresco manantial, a la sombra de los árboles! Rápidamente desembalamos nuestras provisiones. Nuestros anfitriones añadieron a estas yoghurt refrescante y uvas exquisitas. Luego empezó el clásico juego oriental de palabras: «desde dónde», «adónde». Cuando los aldeanos supieron por mí que buscaba ruinas antiguas, se citó por primera vez el nombre turco de la montaña que se hallaba cerca: Eski Kale (o sea, viejo castillo)

donde se había descubierto una «piedra grabada». Estaba ansioso por examinar más detenidamente esta localidad pero como suele ocurrir en Oriente, tuve que reprimir mi impaciencia pues Nuri, que parecía saber más que nadie sobre Eski Kale, no tenía ningún deseo de hacer de guía bajo el sol ardiente ni de enseñarme el estrecho camino que conducía a las alturas escarpadas. Sugirió que debíamos esperar el frío de la noche junto al manantial. Y así, por primera vez, a la luz del sol poniente, pude ver la colina del castillo, que estaba rodeada de una leyenda. Sus laderas eran escarpadas. Solo desde el sur era posible aproximarse. ¿Pero dónde estaba el castillo que había dado su nombre a esta vertiente desabrida y desnuda? Miré a mi alrededor, buscando inútilmente vestigios de murallas o restos de fortificaciones. Cuando pregunté a Nuri por qué había llamado a aquella montaña «Viejo Castillo», no hizo más que encogerse de hombros y responder de un modo circunspecto: «Así es como le llamaba ya mi abuelo».

Sentía la misma impaciencia por contemplar la «piedra grabada». Debía de haber sido descubierta muy recientemente y abandonada posteriormente por los campesinos que buscaban piedra para construir viviendas, por ser demasiado pesada para bajarla hasta el valle. ¡Una primera ojeada me reveló que la pieza en cuestión era el fragmento de un relieve de los tiempos de Kommagene que presentaba a Mithras, dios persa de la luz, llevando una gran corona de rayos! ¡Este hecho me proporcionó la primera pista importante para hallar el significado al «Viejo Castillo»!

Seguí buscando con renovado entusiasmo y pronto descubrí que el flanco sur había sido aplanado en otro tiempo y que, cuando fueron destruidas las murallas, todos los edificios habían quedado enterrados bajo las mismas. Una pared de piedra, hundida en la tierra pero que asomaba levemente, atrajo especialmente mi atención.

¿Podía ser que las paredes de piedra no solamente hubieran sido trabajadas sino también cubiertas de inscripciones? Todo parecía indicar que era así. En mi excitación me aproximé a la piedra y la contemple de frente, con la luz del sol poniente a mis espaldas, y no pude ver otra cosa que una muralla de piedra gris, bastante desmoronada y fragmentada. Desilusionado, me retiré. Era evidente que todo había sido producto de mi imaginación. ¡Pero de repente a la luz que incidía oblicuamente sobre la inscripción, me pareció descubrir algo! Los perfiles verticales y horizontales de las letras, casi imperceptibles, aparecieron entre las huellas que el tiempo había dejado sobre las piedras. Impaciente, pedí un pico y una pala y empecé a desempolvar las letras con mi pañuelo y a quitar la tierra de la pared de piedra con mis manos. Antes de que me entregaran las herramientas había confirmado ya mis sospechas: ante mí tenía una inscripción escrita en caracteres griegos.

A los primeros golpes, el pico hizo saltar los cascotes que habían protegido las letras de la parte inferior de la destrucción de los agentes atmosféricos. Una vez libre de toda la costra que la recubría, apareció la inscripción que ofrecía un aspecto más bello de lo que cabía esperar. Durante los días subsiguientes, intenté acabar con los escombros que se habían acumulado delante de la muralla de piedra. Cuando intenté leer por primera vez las letras, me di cuenta de que se trataba del final de una inscripción dispuesta en varias columnas que, a juzgar por los caracteres, pertenecía al tiempo del Rey Antíoco, es decir, a la primera mitad del siglo primero antes de Cristo.

Como es lógico, intenté enseguida avanzar hacia el principio de la inscripción pero tuvimos dificultades debido a la enorme cantidad de escombros. Cuando tras la segunda columna apareció la tercera, mi alegría por el descubrimiento fue tan grande como mi desesperación ante la imposibilidad de profundizar más en los enormes montones de cascotes que había en la

terraza. ¡Pero la improvisación es el gran arte de toda exploración! Por eso, decidí no llevar a cabo una excavación completa sino abrirme camino a lo largo de la muralla de piedra a través de un túnel. Afortunadamente, el muro presentaba una curva después de la cuarta columna y corría entonces paralelo a la ladera. Por fin, al llegar a la quinta columna, descubrí el principio de la inscripción.

Como la inscripción real de Nemrud Dagh, a la que se parecía en muchos aspectos, esta había sido labrada también por orden del rey Antíoco de Kommagene. En lenguaje culto, escrito con belleza, el rey anuncia que su insigne padre, Mitrídates Kalinicos, había escogido este lugar como su Hierothesion (su retiro secreto). Ordenaba que allí debía rendirse culto al padre y al hijo, dando instrucciones exactas.

Afortunadamente, el rey hacía referencia también al lugar de la inscripción, elogiando sus excelentes ventajas para levantar una fortificación, circunstancia que había conducido a su antecesor Arsames a ordenar la construcción de una fortaleza y a la fundación de una ciudad que, en caso de necesidad, serviría de excelente refugio para la casa real. En honor suyo, Arsames bautizó a la ciudad que estuvo situada sobre el río de las Ninfas con el nombre de Arsameia. Aquí, en los suburbios de Arsameia, sería enterrado su padre, de acuerdo con sus propios deseos.

Si no hubiera estado firmemente convencido de que la excavación de la residencia real de Arsameia y la búsqueda de la tumba real tenían gran importancia para nuestros conocimientos históricos y de que debíamos lograr la realización de este plan, pronto me habría desesperado ante las inmensas dificultades. Pero una voluntad firme vence todos los obstáculos. Tardamos dos años en facilitar las pruebas completas de las experiencias y en conseguir que se aprobara el primer presupuesto para la excavación. El Gobierno turco había dado también su

autorización para que se efectuasen las excavaciones en Arsameia sobre el río de las Ninfas y así en el otoño de 1953 y en 1954 pude efectuar la excavación.

Por supuesto, concentramos nuestro trabajo sobre la zona del Hierothesion del rey Mitrídates Kalinicos. Descubrimos por completo la gran inscripción del monarca. Con ella encontramos el magnífico relieve que representaba la escena del rey Mitrídates y el dios Heracles saludándose. Por su excelente ejecución, este hallazgo supera a todos los demás relieves encontrados hasta la fecha en Kommagene y tiene importancia en la historia del arte como ejemplo magnífico de la nueva interpretación que la cultura helenística experimentó en la esfera oriental.

¿Pero dónde se encontraba la tumba del rey? ¿Estaba quizás en la colina del castillo? Debajo de la tercera columna habíamos tropezado, efectivamente, con un arco redondo abierto en la roca, que formaba la entrada de un pasadizo, abierto cuidadosamente en la montaña, al que se descendía por un tramo de escalones de piedra, cuya inclinación formaba un ángulo de 34-45 grados.

La excavación de estos escalones presentaba problemas técnicos muy difíciles, pues la entrada a la roca se había efectuado mediante serias fracturas hechas en varios puntos de la piedra y los constructores antiguos habían continuado el pasadizo escalonado sin que les detuviera la sucesión alternativa de partes duras y blandas de la roca, en la misma dirección que al principio, aun cuando al hacerlo tuvieron que atravesar secciones blandas de profundidad variable. A juzgar por los fragmentos que encontramos, en la antigüedad alguien hizo exactamente lo que nosotros estábamos haciendo entonces, apuntalando estos peligrosísimos pasadizos con soportes de madera. Después de atravesar cada una de estas inseguras secciones descubríamos siempre que el pasadizo continuaba labrado en la roca y así pu-

dimos penetrar a una profundidad de 115 metros. Pero, en el otoño de 1954, en medio de una capa terrosa, tuvimos que interrumpir nuestro trabajo por carecer del adecuado equipo técnico, de forma que la cuestión de si el pasadizo conducía realmente a la tumba del rey Mitrídates o había servido para algún otro propósito dentro del santuario, continuó sin respuesta.

Simultáneamente, el trabajo en otras partes de la pendiente sur se hallaba también en marcha. Allí descubrimos una serie de cimientos de pedestales, algunos de los cuales contenían fragmentos de sus relieves. Asimismo obtuvimos importantes resultados de las excavaciones efectuadas en las superficies cultivadas de las alturas de la meseta montañosa. Allí comprobamos que Eski Kale había sido habitado en tiempos posteriores a Kommagene hasta la edad media y que, por otra parte, había sido habitado también en tiempos prehistóricos, mucho antes de la fundación helenística de Arsames. De este modo Eski Kale emergió inesperadamente de la oscuridad de la historia como una colonia favorita en Kommagene y debemos confiar en que, mediante la exploración del montículo del castillo, consigamos aumentar nuestros conocimientos sobre el Asia Menor oriental y sobre el papel que desempeñó como lazo de unión entre los países del Mediterráneo y las culturas sólidamente desarrolladas de Asia.

Die Königsresidenz am Nymphenfluss, 1956

El descubrimiento de Ugarit

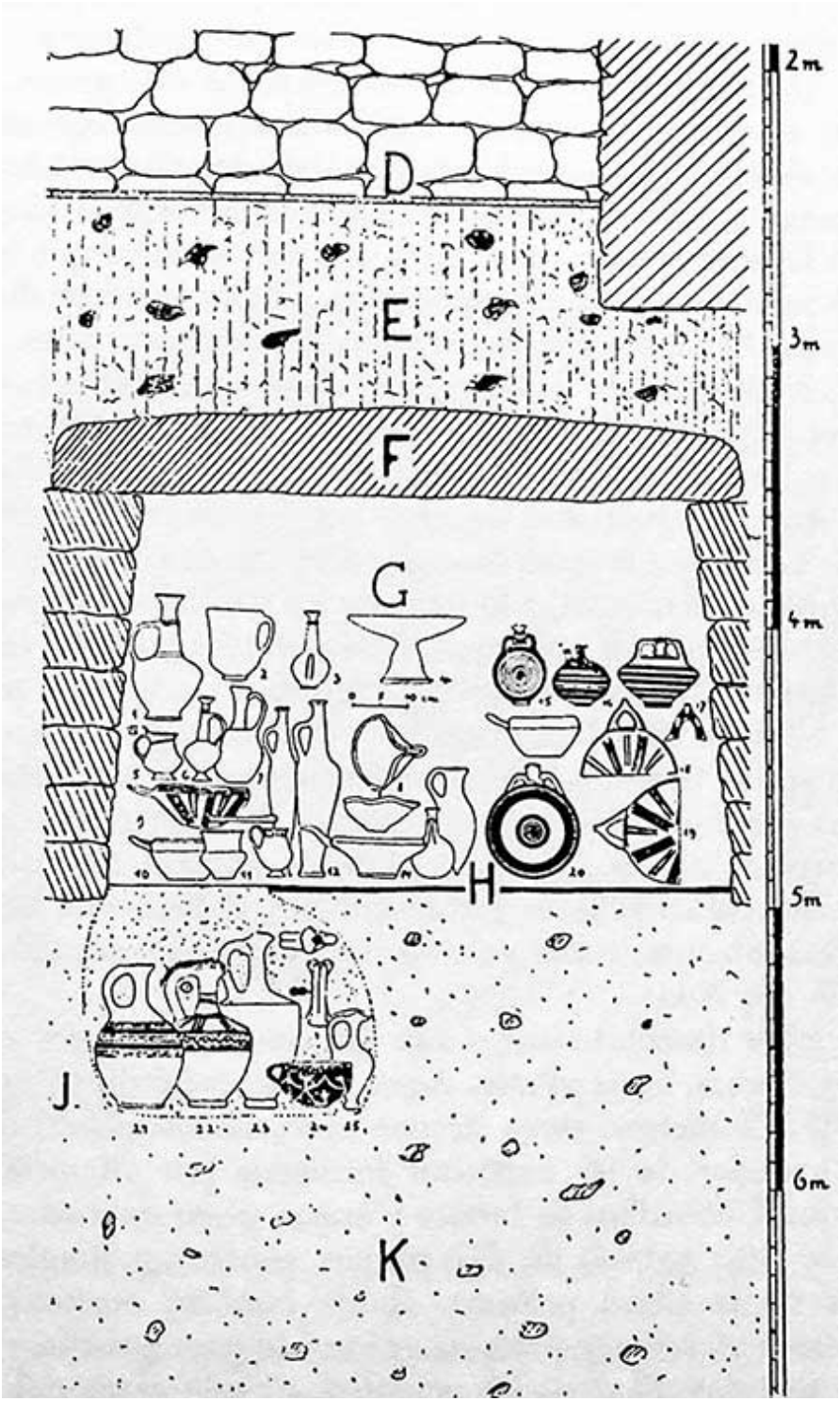
Claude Schaeffer

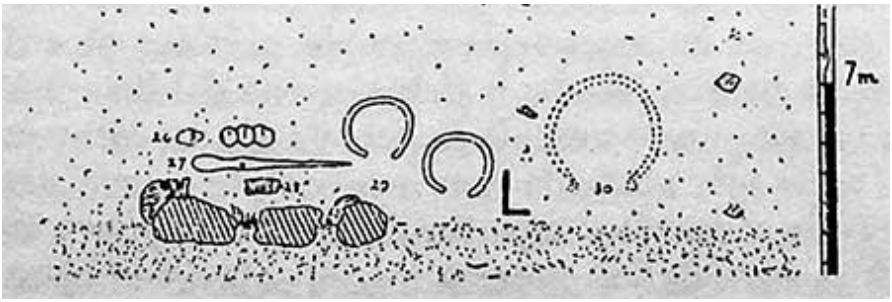
Claude Frederick Armand Schaeffer *(1898-1982) nació en Alsacia, estudió arqueología en las universidades de Estrasburgo y París y contrajo matrimonio con la hija de un eminente arqueólogo. No solo ha trabajado en museos y participado en expediciones sino que ha servido como consejero en cuerpos oficiales tales como la «Commission des Fouilles et Missions Archéologiques» y el Consejo nacional de Investigaciones Científicas, en gran número de cuestiones relacionadas con la antigüedad. Sus contribuciones a la arqueología egea a través de los trabajos que efectuó en Enkomi, Chipre, son de gran importancia lo mismo que su excavación del emplazamiento de la antigua Ugarit, ahora llamada Ras Shamra, que al principio confundió con Sapuna.*

Relieve que representa a Baal lanzando el rayo, procedente de Ugarit.

Las excavaciones en Minet el Beida y Ras Shamra, iniciadas en 1929 y proseguidas en 1930, se emprendieron por sugerencia de M. Rene Dussaud, miembro del Instituto y Conservador del Museo del Louvre. El puerto natural de Minet el Beida (la Bahía Blanca) se halla frente a Chipre y fue este hecho lo que hizo a M. Dussaud pensar en la existencia de una colonia micénica que, desde Chipre, importaría cobre para ser desembarcado y transportado al interior de Mesopotamia. Esta teoría se apoya en el hecho de que a 1.000 metros de la bahía se encuentra un enorme montículo llamado por los nativos Ras Shamra (Cabo Samphire) que bien podía ocultar las ruinas de este presunto puerto de mar.

En 1928 se produjo en Minet el Beida el descubrimiento accidental de una bóveda funeraria con contrafuertes, conteniendo alfarería micénica y chipriota del siglo XIII antes de Cristo. Esta fue la primera confirmación de las teorías sobre la antigüedad de Minet el Beida y Ras Shamra. La «Académie des Inscriptions et Belles Lettres», por iniciativa de M. Dussaud, envió una expedición para localizar el antiguo puerto natural, la ciudad y los cementerios de Minet el Beida. La dirección fue confiada a este escritor, que eligió como ayudante a M. Chenet, bien conocido por sus excavaciones de los hornos romanos y fábricas de vidrio de Argonne.


D
E
F
G
H
J
K
2m
3m
4m
5m
6m

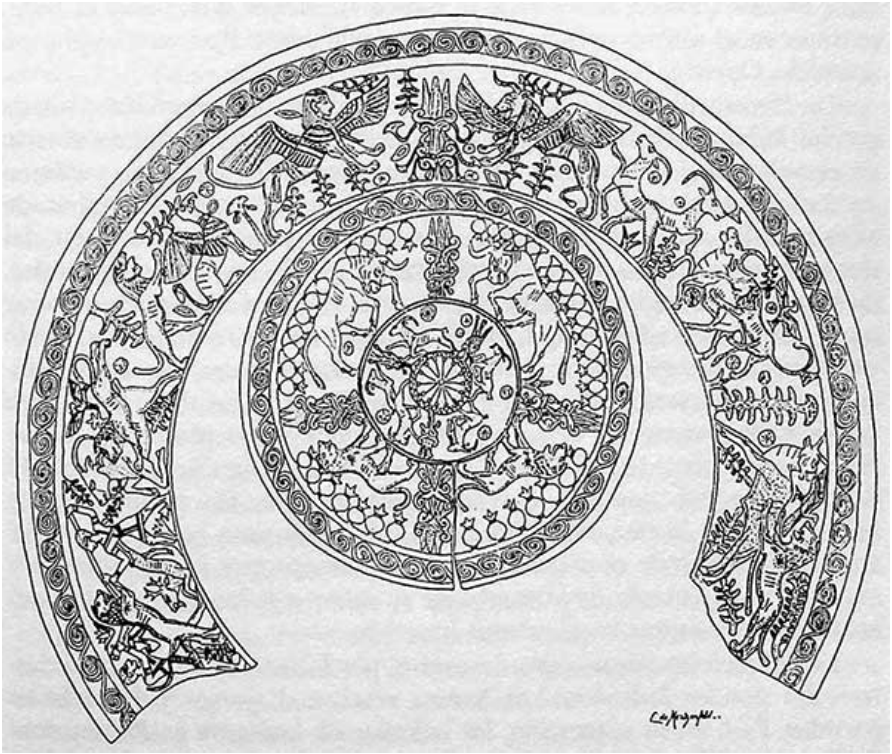


Corte estratigráfico de Ras Shamra

Las excavaciones que efectuamos en las proximidades de la bahía, han revelado la existencia de un cementerio que contiene varias tumbas grandes rectangulares con bóvedas reforzadas, a las que se llega atravesando las escaleras de un corto vestíbulo o antesala construido completamente en bloques de piedra bien trabajados. Una de estas tumbas se hallaba oculta bajo un edificio bastante importante, a juzgar por las columnas a las que se unían unos tabiques, únicos restos que quedan hoy de él y que no tienen una fácil explicación. Comunicándose directamente con las tumbas había otros edificios todavía más importantes, uno de los cuales fue completamente desenterrado aquel año. Contenía trece salas, habitaciones y pasillos, sin contar el piso superior, cuya escalera con sus barandas de piedra se conservan. Este edificio está profusamente dotado de pozos y conducciones de agua que fueron inutilizados rellenándolos artificialmente y tapándolos con cubiertas de cemento. Sobre estas fuentes y junto a las mismas, a lo largo de los pasillos, en las habitaciones y al pie de casi todas las columnas, había objetos votivos, vasijas micénicas y chipriotas, vasos corrientes y utensilios de bronce, plata y oro, tales como alfileres, lámparas, cuchillos y puñales. Ellos demuestran que el edificio no pudo tener un fin exclusivamente utilitario. Quizá pueda ser considerado como una de aquellas casas de la muerte semejantes a las que construyeron algunos faraones egipcios junto a sus cáma-

ras mortuorias. La comparación se ve fortalecida por el hecho de que la civilización de Ras Shamra, como veremos seguidamente, asimiló mucho de la del Valle del Nilo.

Una serie de descubrimientos aún más importantes nos esperaba al norte de las tumbas, hacia el mar. Aquí, a una profundidad que oscilaba entre 0,50 y 1,50 metros, cerca de una estancia toscamente construida, hallamos alrededor de 80 depósitos formados por alfarería chipriota, micénica y local, utensilios de bronce y armas, pesas de piedra, casi equivalentes a la mina egipcia de 437 gramos, conchas o simplemente piedras planas de la playa próxima. Había también curiosas tablas de piedra, placas perforadas y palos de piedra de gran tamaño y extraordinariamente realistas. El depósito más rico, situado cerca del centro del grupo, contenía dos halcones representando a Horus al estilo egipcio. Uno de ellos, de bronce, llevaba la doble corona del Bajo y Alto Egipto. El otro, de bronce y oro, sostenía la cobra sagrada entre sus pies. No lejos de él, yacía una estatuilla que representaba a una diosa sentada con ojos de plata y esmalte, impartiendo la bendición con su mano extendida, a la manera de los dioses sirios. El principal objeto del grupo es la estatuilla (25 cm. de altura) del dios sirio Reshef (algunas veces identificado con Baal). Es de bronce plateado y la cabeza y el peinado alto están terminados con una hoja de oro. El dios está representado de pie. Antiguamente blandía un rayo o hacha de guerra en su mano derecha, mientras que en la izquierda sostenía el cetro o lanza, como aparece en otras representaciones de Ras Shamra.



La decoración de la copa de oro de Ras Shamra-Ugarit

No lejos del majestuoso Reshef yacía su compañera, la diosa Astarté con el peinado de Hathor, sosteniendo la flor de loto en sus manos. Su hermosa y suave figura está artísticamente trabajada en oro. Un collar de cuentas de cuarzo y cornerina completan el tesoro.

Debemos imaginar que este tesoro y los que se encontraron junto a él habían sido enterrados en honor de personas de alto rango, probablemente los reyes de la ciudad antigua de Ras Shamra enterrados en las cámaras contiguas.

La primera cámara funeraria, que tenía las losas que la cubrían casi al mismo nivel de la superficie, había sido saqueada por los nativos. De sus escombros se recuperó cerámica chi-

priota y micénica del siglo XIII, una espátula grabada y un brazalete de bronce.

La cúpula núm. 2 había servido como cantera desde los tiempos antiguos. Las dos primeras hileras de losas de la bóveda, que estaba reforzada por bellos pilares, y las de la escalera habían sido arrancados. La propia bóveda, los nichos votivos de los muros y los pequeños salientes que circundaban el recinto, fueron también saqueados en su totalidad. Las puntas de flechas, las espátulas de bronce y algunos restos de cerámica encontrados en el suelo de la tumba muestran que, como el resto, pertenecen al último período micénico, pudiéndose fijar en el siglo XIII antes de Cristo.

La tercera cámara, que se halla casi intacta, fue también visitada por los ladrones en tiempos pasados. Penetraron por un agujero abierto en el techo, se llevaron todos los objetos valiosos de metal que pudieron encontrar en la tumba y cerraron nuevamente el agujero después de abandonarla. Afortunadamente, su visita fue clandestina y a pesar del desorden que dejaron detrás de sí, gran parte de los objetos grabados, de gran suntuosidad, quedaron intactos y ni siquiera consiguieron entrar en el pasadizo. Fue por aquí, por la entrada de las tumbas, por donde penetramos, recogiendo las ofrendas de cerámica colocadas en los rincones de cada escalón, dejando libre el centro de la escalera. Consistían en lámparas canaanitas de terracota, pequeños vasos cónicos, una hermosa copa micénica cubierta de ornamentos y un magnífico vaso egipcio de alabastro, con dos asas, completamente intacto. En el quicio de la bella puerta de la cámara, hallamos un cráneo humano bien conservado. Resulta difícil decir si perteneció a un ayudante que fue sacrificado y enterrado a la entrada de la tumba de su señor o si fue arrojado allí por los ladrones al entrar en el recinto funerario.

Los esqueletos (en número de cuatro, por lo menos) habían sido destrozados por los ladrones. Los huesos estaban dispersos y los cráneos partidos. Pero en su ofuscación, los ladrones no buscaron en los rincones de la cámara, donde estaban los anillos y las cuentas de oro, plata y hierro (considerado entonces como un metal precioso), los sellos cilíndricos de hematita, los vasos de loza y alabastro y sobre todo las cajas ovaladas de marfil, una de las cuales tiene una tapa espléndidamente tallada. Representa a la diosa de la Fertilidad (la «potnia theron») sentada en un trono flanqueado por dos machos cabríos, y es indiscutiblemente la pieza micénica de marfil más bella que se conoce en la actualidad. La cerámica sitúa también esta cúpula en el último período micénico (siglo XIII antes de Cristo).

Nuestra excavación en el sector norte del montículo de Ras Shamra trajo a la luz un templo grande con dos atrios rectangulares unidos y rodeados por gruesos muros. Encontramos fragmentos de estatuas de granito de tamaño natural que representaban dioses y que en otro tiempo descansaron en el patio sobre elevados pedestales de piedra. Su estilo corresponde al final de la dinastía XVIII (1580-1350). De una estela dedicada por Mami, funcionario real del Tesoro, a Baal de Sapouna, sacamos el nombre antiguo de la ciudad. Este gran templo de carácter egipcio revela la fuerte influencia ejercida por los faraones y también su control político del país de Sapouna en los siglos XIV y XIII antes de Cristo. Junto a él, encontramos varias urnas de menor importancia que parecen haber estado dedicadas al culto de las divinidades locales, dos de cuyas imágenes encontramos. Una, de mujer, mutilada. La otra, de hombre, afortunadamente intacta. Representa a un dios en posición erguida con un tocado egipcio de plumas de avestruz. De la frente surge un cuerno en espiral. En la mano izquierda lleva una lanza y en la derecha el «hiq», una especie de cetro que presentaban los egipcios a los gobernantes extranjeros. El dios viste

con sencillez llevando un pequeño calzón sujeto por un cinturón del que cuelga un puñal de grueso mango. Calza unas sandalias de tiras de piel y las uñas de sus pies están afiladas según las costumbres hititas.

Al lado del templo, como en Nippur, se levantaba una escuela o seminario donde los jóvenes sacerdotes debieron aprender sumerio (el latín de aquellos tiempos) y las otras lenguas usadas en Sapuna. Allí aprendieron también la difícil profesión de escriba. Encontramos sus ejercicios en escritura cuneiforme, sus listas de palabras sumerias y babilónicas (acadias), así como diccionarios regulares bilingües destinados a ayudarles en la lectura y en la composición de documentos religiosos y diplomáticos. Una carta que responde completamente al estilo bien conocido de correspondencia de Amarna hace referencia a las alteraciones de la frontera entre tres ciudades sirias hasta entonces desconocidas, Halbini, Hazilu y Panashtai.

Pero lo que concede excepcional importancia a las tablas encontradas en Ras Shamra es el hecho de que la mayoría de ellas contienen una escritura completamente desconocida que había llegado a ser ya alfabética. El profesor Bauer de Halle y el Padre Dhorme, de la «École Biblique» de Jerusalén, reconocieron una lengua semita en estos documentos y dieron una explicación preliminar de la misma. El descifrado completo y la primera traducción de la nueva escritura son obra de M. Charles Virolleaud, el erudito asiriólogo a quien confié la publicación de los documentos de Ras Shamra. Este acaba de enviar una comunicación a la Académie des Inscriptions et Belle-Lettres referente a estos textos, parte de los cuales está compuesto en un fenicio casi puro y cuyo contenido es de capital importancia para la historia religiosa de Oriente.

El documento principal es un poema épico, cuyo carácter fundamental se llama «Taphon» y que consta, en su estado actual, de casi 800 líneas. Las primeras divinidades son la diosa

Anat y el dios Alein, hijo de Baal. Pero hay más de veinte, entre los que se encuentran Asharat, Astarté, Dagon, El-Hokmot, dios de la sabiduría y Din-el, la Justicia de Dios. El glosario bilingüe contiene una lista muy completa de palabras y algunas frases sumerias pero en lugar del babilónico, que se emplea generalmente en estos glosarios para traducir sumerio, el glosario de Ras Shamra contiene una lengua totalmente desconocida hasta el presente. M. Thureau Dangin, el distinguido asiriólogo, dará pronto a conocer su significado. El número de documentos que hemos encontrado este año da motivos para suponer que la escuela de los escribas poseía una importante biblioteca que contenía, entre otras cosas, grandes tablas de tres y cuatro columnas cada una, lo cual aumentó nuestra confianza en poder conseguir gran número de nuevos conocimientos históricos.

Debajo del suelo de la biblioteca y en todo su contorno, hicimos numerosos descubrimientos: copas de plata y cobre, barras de cobre, un vaso lleno de objetos de plata y, sobre todo, una espléndida colección de 74 utensilios y armas de bronce en un magnífico estado de conservación. Esta última consta de 4 espadas, 2 puñales, 25 hachas planas, 11 puntas de lanza, 3 cabezas de flecha, 6 cinceles, 4 hoces y un hermoso trípode ornamentado con flores de granado. Los objetos más valiosos son 5 utensilios grandes de uso desconocido y 9 azuelas, cinco de las cuales llevan inscripciones cuneiformes hechas con punzón, probablemente dedicatorias. La presencia de dos barras de metal y el hecho de que varias de las armas estaban sin terminar demuestran que el taller donde fueron hechas no podía haber estado muy lejos de allí.

A un nivel más bajo, claramente separado del que quedaba encima, que pertenece a los siglos XIV y XIII, sacamos a la luz un cementerio de los siglos XVII y XVI completamente libres de la in-

fluencia micénica. La cerámica pertenece al tipo indígena canaanita, con franjas negruzcas y rojizas, sin pintar.

Profundizando todavía más, a siete metros, encontramos paredes de ladrillo sin cocer que pertenecían a edificios que se levantaban aquí antes de la existencia del cementerio de las capas superiores. Deben corresponder a principios del segundo o incluso del tercer milenio. Debe aplazarse su examen necesariamente hasta que se hayan excavado las dos capas superiores.

The French Excavations in Syria, Antiquity, vol. IV, n.º 16, 1930

Las fundiciones de Salomón

Nelson Glueck

Nelson Glueck (1900-1971) es un hombre cuya vida ha estado orientada siempre por su inequívoca devoción al estudio. Se graduó en arqueología, en disciplinas orientales y en hebreo en las universidades de Cincinnati, Berlín, Heidelberg, Jena y en el Hebrew Union College. Muchas otras instituciones le han concedido sus más altos honores académicos. Primeramente fue a Jerusalén en 1928 como miembro de la Escuela Americana de Investigaciones Orientales y, a partir de 1932, prosiguió sus exploraciones de Palestina con un entusiasmo que no decreció ante las duras condiciones de la arqueología en el desierto. Durante mucho tiempo, ignoró las peligrosas hostilidades políticas latentes en la zona pero, hacia 1952, se hizo imposible para un destacado científico judío vivir y trabajar en los estados árabes y, en consecuencia, desvió su atención hacia la región aparentemente desierta y estéril del Negev, donde sus exploraciones han aportado una considerable ayuda a los estudios bíblicos y orientales.

Se ha hablado mucho, naturalmente, de la producción de cobre de Arabah y Ezion-geber. Con enorme sorpresa nuestra, las excavaciones demostraron que aunque Ezion-geber era sin duda alguna un puerto de mar, no fue menos importante como centro industrial. Producía clavos, madera, resina y cuerda, materiales que fueron utilizados sin duda para la construcción y reparación de barcos. Había anzuelos y pesas, montones de conchas marinas que ponen de relieve la importancia de la pesca que se practicaba evidentemente en las ricas aguas del brazo oriental del Mar Rojo, que aún hoy es un paraíso para los pes-

cadores. No había, ciertamente, ningún vestigio de muelles pero quizá no debíamos haber esperado encontrarlos. Es muy posible que los barcos de Tarsis fueran algo más grandes que los pequeños «dhows» que anclaban cerca de la playa. Y cuando, en ocasiones, se levantaba de pronto una tormenta y sus amarras no resistían, podían ser arrastradas a la costa y quedar destrozadas al chocar contra las rocas. Esto es justamente lo que le sucedió, según hemos visto, a la flota de Josafat hacia mediados del siglo noveno antes de Cristo.

Lo que nos confundió realmente al iniciar nuestras operaciones en Tell el-Kheleifeh fue la situación del yacimiento, que nos parecía particularmente desacertada. Situado en el centro de la depresión de Arabah, que está flanqueada a ambos lados por las altas colinas que conducen, respectivamente, a Arabia y a Sinaí, se halla expuesto a la furia de los vientos casi constantes que soplan implacables sobre Wadi Arabah, como si fueran impulsados por un cañón de rocas. El resultado es una interminable sucesión de tormentas de arena, con frecuencia tan fuertes que impiden la visión. Los arquitectos de Ezion-geber no pudieron haber elegido un sitio más borrascoso en toda la costa. Era comprensible que no lo hubieran construido más al oeste, donde el suelo es pobre y el agua aún peor por carecer de potabilidad tanto para el hombre como para los animales. Pero ¿por qué razón —nos preguntábamos nosotros, realmente indignados al tener que trabajar, comer y dormir bajo frecuentes tormentas de arena— no habían escogido un emplazamiento más al este en Nabataean Aila o en Aqabah, donde el agua es excelente, el suelo fértil y los vientos están suavizados por las montañas? Empezamos nuestra excavación en el extremo noroccidental del Tell-el-Kheleifeh, con objeto de quedar de espaldas y no de frente a los mordientes vientos y a las cegadoras tormentas de arena. Mientras tanto, lanzamos maldiciones contra lo que parecía un absurdo de los planificadores de la

ciudad de Salomón. Su aparente insensatez, sin embargo, quedó pronto explicada.

Precisamente el primer edificio que se descubrió en el ángulo noroccidental del montículo resultó ser el más grande y más acabado horno de fundición de la antigüedad de que tenemos noticia. Todas las paredes de sus compartimentos estaban perforadas por dos filas de aberturas cuidadosamente construidas que no podían ser otra cosa que chimeneas. Las filas superiores estaban destinadas a que los gases formados en una cámara pudieran penetrar en la segunda, esta a su vez en la tercera y así sucesivamente, con el fin de elevar la temperatura. Fue fácil reconstruir el proceso de fundición. El mineral se sometía a un «tostado» previo en los distintos yacimientos de las minas de Wadi Arabah y luego se transportaba para su posterior fundición y refinado a Ezion-geber. Las capas de mineral se colocaban entre capas de cal, en grandes crisoles de cerámica de gruesas paredes. Las pilas de carbón vegetal procedentes de los bosques de las montañas de Edom se colocaban alrededor de los mismos, en los compartimentos abiertos del horno, encendiéndose los fuegos sucesivamente y en los intervalos adecuados. No era necesario un sistema de fuelle manual porque con su brillante forma de calcular, el ingeniero de Salomón se sirvió de los vientos para procurarse una corriente natural. El principio de Bessemer de la corriente de aire circulante, descubierto hace menos de un siglo, era ya familiar hace tres milenios. El horno fundidor estaba tan bien construido que cuando quedó completamente al descubierto, colocamos las manos en los orificios de los cañones de la pared del extremo sur de la estructura y pudimos sentir cómo llegaba el aire que había entrado por los orificios de los cañones del lado norte, situados a varios compartimentos de distancia.

Como resultado de las excavaciones, quedaba más claro que nunca por qué Edom y Judá habían luchado tanto tiempo y tan

encarnizadamente entre sí por Arabah y Ezion-geber aunque la Biblia, como ya hemos señalado, guarda el más completo silencio sobre las principales razones por las que se prolongó el estado de guerra entre ellos. Las minas de cobre y de hierro de Arabah y el control de la salida al Mar Rojo fue una causa de constante rivalidad entre ambos, de la misma manera que el petróleo de Arabia y del Golfo Pérsico es una fuente de competencia y conflicto entre muchas naciones de hoy. Tanto para Edom como para Judá, la posesión de los recursos de Arabah y de la carretera que pasaba por ella y el control de Ezion-geber o Elath, con sus industrias y accesos al Mar Rojo, eran indispensables para su seguridad, bienestar económico y posibilidades de crecimiento.

El hecho de que Ezion-geber o Elath estuvo sometida a una doble influencia queda ilustrado por sus dos nombres, uno edomita y el otro hebreo, que encontramos en el curso de las excavaciones de la ciudad de Elath. Construida por los judeos sobre las ruinas de Ezion-geber, fue dominada por los edomitas (II Reyes 16:6) con los que sale de la historia. El nombre edomita se presenta en las impresiones selladas sobre las asas de jarras de fina porcelana que se encontraron en un almacén en grandes cantidades. En las asas de cada una de ellas se veía la siguiente inscripción: «Perteneciente a Qausanal, servidor del Rey». Sabemos que Qausanal es un nombre típico edomita, cuya primera parte, Qaus, es la designación de una deidad edomita, nabateana y árabe. Parece ser que este Qausanal, que era indudablemente edomita, fue gobernador del distrito de Elath cuando la ciudad estuvo bajo la dominación edomita. Actuó como representante, es decir «servidor» del rey edomita.

La otra inscripción se encontró en una capa más antigua de Elath, cuando la ciudad se hallaba en manos judeas. Formaba parte del sello-anillo real de un monarca judío, el único sello de este tipo descubierto hasta entonces. Esto tiene su historia.

Unos momentos antes de que finalizaran nuestras excavaciones decidí hacer un recorrido final de despedida por el yacimiento. Nuestro capataz árabe, Abbas, hizo la ronda conmigo. Cediendo a un impulso repentino, le pedí que derribase con su pico el trozo de un muro de ladrillo de barro que habíamos dejado en pie hasta que fue medido y fotografiado. Al derrumbarlo vio un diminuto objeto que yacía debajo y lo cogió rápidamente. «¿Qué tienes ahí, Abbas?», pregunté. En lugar de contestarme me preguntó si el sistema de pagar el «baksheesh» por cada objeto encontrado seguía en vigor a pesar de que la expedición había concluido formalmente.

Debo explicar aquí que por cada objeto hallado pagábamos a nuestros hombres una recompensa, proporcional a su valor en el mercado, ya fuese una cuenta rota, un fragmento de marfil o una pieza de oro. Esto era necesario para asegurarnos de que todos los objetos irían a parar a nuestras manos y no a las de los tratantes, cuyos precios, dicho sea de paso, estábamos siempre dispuestos a mejorar. En vez de llevar una contabilidad pagábamos inmediatamente a cada trabajador por las cosas que encontraba y entregaba al que supervisaba la sección de los zapadores, paleros o cargadores. Los interesados examinaban detenidamente la tierra excavada y retirada y pocas cosas de valor escapaban a su atención ya que en ocasiones incluso hacíamos pasar por tamices los escombros de nuestras zanjas para estar doblemente seguros.

Le dije a Abbas que estaría encantado de pagarle el «baksheesh», incluso en aquella fase de trabajo. Insistió y me preguntó si estaba dispuesto a pagar un chelín o dos por lo que tenía en la mano. «Enséñamelo, Abbas», le dije. Me lo dio, le di una rápida ojeada, lo metí en un bolsillo interior y le dije que juntase las manos. Vacié en ellas toda la plata y billetes que llevaba en mis bolsillos. Posiblemente habría el equivalente de cincuenta dólares. Era mucho dinero en aquel país. Con él podría

haber puesto en marcha una pequeña revolución. Él se quedó mirando el montón de chelines y libras, que suponían una verdadera fortuna para él, y al instante, me dijo: «Ya Mudir (Oh maestro), yo no puedo tomar de usted todo ese dinero». Le aseguré que lo que había encontrado merecía una buena recompensa y que de todos modos deseaba ofrecerle un presente de despedida. Había sido muy leal y servicial durante los años que habíamos trabajado juntos y nos habíamos convertido en buenos amigos. Nos dimos un abrazo y nos despedimos, regresando él a Aqabah y nosotros a nuestros automóviles que nos conducirían a Amman y Jerusalén.

Tan pronto como pude, examiné el hallazgo. Desde el primer momento me había parecido que se trataba de un anillo-sello con una guarnición de cobre en torno a una sucia piedra incrustada. Era del tipo de las que, sujetas por un cordón, pendían del cinturón de las personas prominentes y que servía en realidad como distintivo de autoridad (I Reyes 21:8; Haggai 2-23). Después de limpiarlo un poco, pude descubrir lo que había grabado en el sello de piedra, manchado de verde a consecuencia de la banda de cobre que la rodeaba. Se trataba de un camero con cuernos y un hombrecillo de pie frente a él. Las incisiones de los caracteres bien visibles del hebreo antiguo correspondientes a la inscripción LYTM se apreciaban claramente en el negativo del sello. La letra «L» significa «a» o «perteneciente a». Y teniendo en cuenta la omisión de las vocales, característica de la antigua escritura canaanita, las tres restantes consonantes «Y T M» no podían significar otra cosa que «YOTAM», o sea el nombre propio de «Jotham». La traducción de toda la inscripción es por tanto «Perteneciente a Jotham». ¡En consecuencia, tenía que ser el anillo-sello de Jotham, rey de Judá!

Sabemos que Jotham gobernó Judá como regente durante los últimos años del reinado de su padre, Uzziah, que había padecido lepra, sucediéndole como rey después de su muerte. Fue Uz-

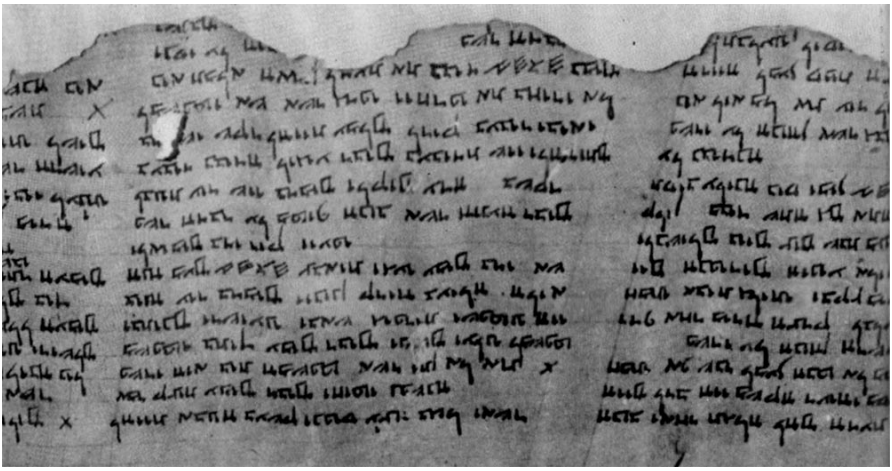
ziah quien había construido la nueva ciudad de Elath sobre el montículo, cubierto de arena, de la anteriormente destruida y abandonada Ezion-geber. Y fue durante el reinado de su nieto, Ahaz, hijo de Jotham, cuando los edomitas expulsaron a los judíos y se establecieron definitivamente en Elath. Era bastante lógico, por tanto, que la impresión de Qausanal hubiera sido encontrada en el estrato edomita de Elath y el anillo de Jotham en el estrato judío, más antiguo que el anterior. Es casi seguro que este anillo-sello confería autoridad real al gobernador de la ciudad más meridional del reino de Judá, que gobernaba en nombre de su rey, Jotham.

Rivers in the Desert, 1959

Los manuscritos del Mar Muerto

John Marco Allegro

John Marco Allegro *(1923-1988) se educó en la Universidad de Manchester y después de recibir una beca para investigación oriental, ingresó en el Magdalene College para estudiar dialectos hebreos. Ha dirigido expediciones arqueológicas a Asia Menor y ha dado a conocer sus resultados en conferencias, emisiones y películas de televisión así como en diversas publicaciones. En 1953 fue nombrado representante británico del equipo internacional encargado de la edición de los manuscritos del Mar Muerto, una tarea que exigía la mayor pericia y destreza teniendo en cuenta el estado fragmentario en que se encontraba el material.*



La Biblia. Una parte de los rollos del Mar Muerto.

La edición y publicación de un pergamino completo es una tarea relativamente sencilla. En algunas partes, la lectura puede

resultar difícil pero, al menos, donde el pergamino se halla intacto la posición de las palabras y de las frases no ofrece dudas. Muy diferente es la preparación de centenares de diminutos fragmentos, algunos no mayores que una uña. Todos estos deben ser ordenados y examinados minuciosamente con la esperanza de que guarden relación con documentos precedentes y sean de alguna utilidad para la reconstrucción de los pasajes incompletos o fragmentarios. El trabajo de editar los fragmentos descubiertos en la Primera Cueva fue confiada a los padres J. T. Milik y D. Barthélemy, ambos agregados a la Escuela Francesa de Jerusalén. Iniciado el trabajo en 1952, los resultados del mismo aparecieron después. No es sorprendente, pues, que el segundo de los colaboradores mencionados tuviera que regresar poco después por vía aérea a su país para ser sometido a un intenso tratamiento médico, si bien Milik ha podido continuar su labor de preparación de textos semitas de Murabba'at y de los fragmentos de la Cuarta Cueva. Es justo que el mundo conozca el precio que en fatiga visual y mental tienen que pagar este tipo de científicos a cambio de la reconstrucción de estos inestimables fragmentos de pergamino en el menor tiempo posible.

A medida que fue apareciendo el material de la Cuarta Cueva se hizo más evidente que su volumen rebasaba considerablemente lo encontrado en la Primera Cueva y que excedía a la capacidad de uno o dos investigadores para editarlo en un tiempo razonable. Por ello, De Vaux y Harding, decidieron que el trabajo fuera compartido por un equipo de científicos que habían sido enviados a Jerusalén y que residían en esta ciudad con este propósito desde hacía varios años, o por lo menos desde hacía un año, con visitas periódicas de varios meses de duración. Puesto que las excavaciones habían sido realizadas siempre por equipos conjuntos de las Escuelas Francesa y Americana, bajo la dirección del inglés Lankester Harding, se decidió además que el equipo debería tener un carácter internacional. Para rea-

lizar este sugestivo trabajo llegaron a Jerusalén científicos de América, Gran Bretaña, Francia, Alemania y Polonia, que se sumaron a los ocho que componían nuestro grupo. Todo el proyecto ha sido un ejemplo de auténtica colaboración internacional y una maravillosa experiencia para todos nosotros. La división del trabajo ha sido en líneas generales, la siguiente: Los dos científicos americanos, el Dr. Frank Cross y el Padre Patrick Skehan, se han hecho cargo de la sección bíblica con los restos de un centenar de diferentes manuscritos. El Padre Jean Starcky de la parte del arameo. El Dr. Claus Hunzinger de las copias del manuscrito de la Guerra y de otros papiros manuscritos. El Padre Milik de la sección apócrifa y pseudoepigráfica, del Manual de los Manuscritos de los Documentos de Damasco y otros trabajos de interpretación religiosa. Mr. John Strugnell de los pergaminos de los himnos y otras obras no bíblicas. Y yo de los comentarios de la Biblia y de algunos textos de filosofía. El material de las otras cuevas se puso bajo el cuidado del Padre Maurice Baillet, francés. Cuando no podemos permanecer en Jerusalén, las fotografías que nos llevamos a nuestros respectivos países nos son de gran utilidad, pero las piezas originales son absolutamente esenciales para realizar nuestro trabajo y el examen de los fragmentos no identificados es constante, seleccionándose el nuevo material para que los miembros ausentes del equipo puedan estudiarlo en el curso de sus visitas periódicas a nuestro investigador en Palestina.

Naturalmente, reclutar y mantener un equipo de científicos de partes tan distantes del globo para un trabajo semejante es un procedimiento caro. Algunas de las instituciones a las que pertenecen los miembros han financiado su viaje y residencia mientras que otros han recibido una generosa beca de Mr. John Rockefeller, bajo cuyo patrocinio pudo construirse el Museo de Jerusalén y continuar esta labor. Los resultados de nuestros trabajos serán publicados en una serie de volúmenes, el primero

de los cuales ha sido el de Barthélemy y Milik, que trata de los fragmentos descubiertos en la Primera Cueva.

El siguiente será probablemente el volumen de las cuevas de Murabba'at y luego el de los fragmentos de las cuevas menores, a los que seguirán el volumen bíblico de la Cuarta Cueva y los volúmenes no bíblicos. También aquí el coste de la publicación ha sido cubierto en gran parte por la subvención de Mr. Rockefeller.

Los fragmentos llegan al Museo desde Kando en cartones de cigarrillos y envases similares y se sellan inmediatamente en el reverso con las letras en clave asignadas a los distintos donantes que han facilitado el dinero para realizar las investigaciones. No es preciso aclarar que esto no significa que los fragmentos correspondan siempre a los mismos manuscritos ya que en muchas ocasiones pueden estar mezclados documentos distintos, o fragmentos correspondientes a un mismo manuscrito pueden ir separados en distintos envíos. En estos casos, se combinan provisionalmente los fragmentos que sean de más fácil acoplamiento hasta que, en un reajuste posterior, se consiga la reconstrucción adecuada. Después hay que limpiar la mayoría de los fragmentos del polvo blanco que los recubre. Algunas veces este se halla tan firmemente adherido que por mucho que se cepille no llega a desprenderse. Descubrimos, sin embargo, que una ligera frotación con un cepillo de pelo de camello untado con un aceite no ácido (aceite de castor, por ejemplo) daba transparencia al pergamino facilitando mucho la visión de la escritura. Muchas veces, más que el polvo lo que borra la escritura es el propio color del pergamino, ennegrecido completamente como consecuencia de la exposición a la humedad y que impide distinguir la escritura. En estos casos el procedimiento fotográfico por rayos infrarrojos ha sido especialmente valioso en nuestro trabajo. Afortunadamente en el museo disponemos de un laboratorio fotográfico magníficamente equi-

pado bajo la inteligente dirección de Mr. Nejid Antón Albina, que actualmente debe ser uno de los expertos más notables del mundo en este tipo de trabajo. Utilizó placas y películas de rayos infrarrojos Kodak, fabricados especialmente en Estados Unidos, y un filtro rojo-violeta o Rojo 3, acoplándolos a una cámara Linhoff. La exposición en f. 11 varía, por supuesto, con la oscuridad del objeto y la distancia de la lente pero para fotografiar en una placa de cristal de tamaño ordinario (12 por 9 ½ pulgadas) los fragmentos normalmente ennegrecidos, la cámara se sitúa a unas 32 pulgadas del objeto y se realizan exposiciones de seis minutos entre las 8 y las 10 de la mañana y de cuatro minutos entre las 10 y las 2 de la tarde. Los fragmentos más oscuros pueden necesitar ocho minutos y no son raras las exposiciones de más de una hora para piezas particularmente difíciles. La luz es tan constante en Jerusalén que se considera innecesario el uso del fotómetro. El revelado se efectúa en ID 2 en un tiempo de cinco minutos y sobre un papel de bromuro de concentración leve. Los resultados son sencillamente sorprendentes y este milagro nos ha evitado un gran esfuerzo visual, pues el ojo humano no puede captar de ningún modo los trazos de los caracteres escritos en estos fragmentos.

Muchas veces la piel del fragmento está seca y quebradiza y algunas veces muy arrugada debiendo ser sometida entonces a un proceso de hidratación antes de poder desarrollarlo sin peligro de que se rompa. Las piezas que han de tratarse se introducen en un vaso de cristal que contiene agua en el fondo, sobre cuya superficie hay una lámina perforada de cinc y una tapa sellada. Después de someterlo diez o quince minutos a una temperatura elevada el fragmento adquiere la flexibilidad suficiente para permitir una fácil manipulación aunque algunas veces, con ciertas piezas particularmente difíciles, es necesario un tratamiento de varias horas. Si la pieza se expone demasiado tiempo a la acción del deshidratante este puede estropear un frag-

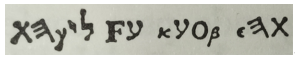
mento que podría ser interesantísimo para la ciencia. En cada placa de cristal, pueden colocarse varias decenas de fragmentos ya limpios y dispuestos para su manejo ulterior.

Para el técnico que entra en la «sala de pergaminos» por primera vez el efecto es bastante sombrío. Se encuentra rodeado por unas quinientas placas de cristal cubiertas con fragmentos de diversos tamaños. De ellas tendrá que ocuparse uno o dos años seleccionando piezas pertenecientes a sus documentos o intentando identificar los nuevos fragmentos. Si su incorporación al equipo es reciente quizá los resultados ya obtenidos le estimulen un poco. En diversos sectores de la nave están coleccionadas las secciones de los demás miembros del equipo y al recorrerla podrá ver cómo los fragmentos que originalmente tenían un tamaño no superior a la palma de la mano han crecido hasta convertirse en volúmenes completos de textos cuyos secretos le serán mostrados con orgullo por el colaborador responsable. Podrá contemplar con admiración un texto bíblico capaz de revolucionar las concepciones actuales sobre la transmisión de los libros sagrados o un comentario que arroje nueva luz sobre las esperanzas mesiánicas de la época. Puede sorprenderse asimismo contemplando el texto arameo de un trabajo pseudoepigráfico único en su lengua original y encontrarse rodeado por todas partes de textos bíblicos miles de años más antiguos que los manuscritos hebreos de la Biblia conocidos hasta ahora. Habrá penetrado en un mundo nuevo y sugestivo, pero la forma de arrancar esos tesoros es difícil y antes de que pueda sentarse a leer las columnas de texto y preparar las transcripciones y las traducciones para su publicación, tiene muchos meses de trabajo de ensayo por delante. Partiendo de uno de los fragmentos más grandes, irá buscando lentamente, entre aquellas cantidades de placas no identificadas, las piezas perdidas que le faltan para completar cada texto. A medida que adquiere mayor conocimiento de su labor, podrá reconocer un

elemento valioso para su colección en una carta e incluso en una parte de la misma. Uno de los factores que ha ahorrado más tiempo a los investigadores ha sido el hecho de que entre los cuatrocientos manuscritos son muy pocos los que han sido escritos por el mismo escriba. Por ello, reconociendo las características propias de cada escriba se puede trabajar con una razonable seguridad de hallar los fragmentos correspondientes al texto buscado. Evidentemente, no siempre ocurre esto y con frecuencia puede suceder que, tras varios meses de paciente selección, tenemos sobre la placa distintos trabajos que proceden de la mano del mismo escriba. Sin embargo, junto a la escritura, existe el criterio de identificación basado en el tipo del pergamino utilizado, aunque este sistema no es muy seguro. Si la clase del pergamino se mantiene uniforme en todos los fragmentos puede ser un medio utilísimo para identificar rápidamente las partes de un mismo texto. Pero, por desgracia, se producen con frecuencia variaciones en el color y en el material incluso después de haber reunido varios fragmentos. Por otra parte, la desintegración del pergamino como consecuencia de su antigüedad hizo que sobre los fragmentos actuasen diversos agentes y puede suceder que una piel esté limpia y flexible mientras que la de al lado está oscurecida por la humedad y deformada por completo. El mayor problema que presentan los pergaminos reside en sus arrugas ya que ello no solamente dificulta considerablemente la unión de los fragmentos, aun cuando estos sean conocidos por el texto, sino que desfigura las letras de la escritura, de modo que si solo hay una o dos letras en el fragmento y el color de la piel ha cambiado con respecto al documento matriz, puede transcurrir mucho tiempo antes de que pueda determinarse el pergamino a que realmente pertenece.

Otra dificultad puede estar determinada por el hecho de que los gusanos y la humedad hayan atacado los bordes de los fragmentos impidiendo con ello la auténtica unión del «rompeca-

bezas». Por otra parte, hay que tener en cuenta que muchos pergaminos se desintegraron con el paso del tiempo pero el hecho de haberse encontrado algunos manuscritos completamente despedazados, hace suponer que en la Cuarta Cueva alguien entró hace mucho tiempo dañando intencionadamente su contenido. Sea lo que fuere, gran parte de la reconstrucción relativa de los fragmentos de un documento debe hacerse por un cálculo aproximado en lugar de efectuar uniones perfectas de borde a borde. Esto no resulta demasiado difícil en el caso de un texto bíblico en el que se conoce el orden de las palabras, pero las variaciones de los textos originan problemas que ya analizaremos en el capítulo siguiente. Las cosas presentan mayor dificultad en el caso de textos no bíblicos que anteriormente eran desconocidos o se conocían solo a través de traducciones a otros idiomas antiguos.

Un problema sorprendente al que hemos tenido que enfrentamos ha sido el descifrado de una serie de códigos secretos en que estaban escritos algunos textos. Afortunadamente no son más complicados que los nuevos alfabetos compuestos por ciertas sectas para impedir la divulgación de algunas obras, recurriendo a veces a la escritura inversa aunque no en todas las palabras y utilizando una mezcla de cuatro o cinco alfabetos, entre ellos uno o dos de su propia invención. Podemos encontrar una palabra escrita mediante una combinación de alfabetos que sean, por ejemplo, así:  . El lector puede ensayar con este ejemplo imaginario teniendo presente que los alfabetos representados en él son el latino, el griego, el fenicio y el arameo y que la utilización de letras antiguas por sus equivalentes modernos es precisamente el sistema aplicado por el autor del documento de Qumran. Después de haber descifrado una columna que contenía una frase particularmente complicada, fue aleccionador encontrar en el curso de una investigación ulterior, otro fragmento que contenía la misma frase escrita, con un evidente olvido del código secreto, en claro «hebreo», lo cual sirvió para confirmar el descifrado.

Otro código utilizaba enteramente letras de su propia invención y comenzaba en «claro» hebreo: «La sabiduría con que él habló a los hijos de la Aurora» continuando con esta desconocida escritura que empieza con «Escuchad vosotros». Un día, cuando los tres que constituíamos el equipo estábamos cansados de limpiar los millares de fragmentos que teníamos en las cajas, decidimos activar el trabajo estableciendo una competición para ver quien podría abrir la primera brecha en el código. La principal dificultad consistía en que, como consecuencia de su estado sumamente fragmentado, había muy pocas palabras que estuvieran completadas, por lo cual determinar la relativa frecuencia con que se repetían las letras (cosa que habría facilitado la respuesta normalmente en un tiempo muy breve) no re-

sultaba una tarea fácil. Algunas de las letras parecían pertenecer a la escritura proto-hebraica, una derivación de la antigua escritura fenicia, pero al aplicárseles estos equivalentes, carecían de sentido. Mientras Cross y yo nos tirábamos de los pelos comentando las dificultades con que teníamos que enfrentarnos, llegó Milik y nos informó que él lo había conseguido o que, al menos, había logrado que muchas de las letras pudieran facilitar finalmente un descifrado completo. Había descubierto el significado de una de las pocas palabras completas que presentaba la estructura ABCBAD. Puesto que el hebreo está basado en el sistema radical de tres letras, no es posible efectuar una gran combinación de palabras con aquella estructura. Un grupo común LHTHLK, infinitivo o reflexivo del verbo HLK con el prefijo L, cuyo significado era «recorrer», le proporcionó letras suficientes para formar otras palabras más simples y, de este modo, analizar todo el fragmento hasta obtener el alfabeto o la parte del mismo que pudo deducirse de aquellas conclusiones previas. Hay, sin embargo, otras escrituras secretas que no han podido ser descifradas hasta el momento por falta de material suficiente.

He dicho anteriormente que un factor que origina serios problemas es el cambio que experimentan los pergaminos. Lo mismo que en momentos como este se desea fervientemente que hubieran existido animales con la piel suficientemente grande para confeccionar un pergamino completo, deseamos también con frecuencia que la pluma estilográfica hubiera estado ya inventada en el siglo primero antes de Cristo. Algunos de nuestros escribas parecen haber tenido «dificultades con el cañón de la pluma» como consecuencia de su desgaste por el uso, dando a la escritura un aspecto totalmente distinto del que ofrecía cuando el escriba acababa de afilar la pluma. Tengo un manuscrito en mi sección, un comentario sobre Isaías, cuya escritura cambia sorprendentemente en las primeras dos colum-

nas, y los fragmentos que proceden de fragmentos posteriores tienen un aspecto también distinto. Por supuesto, un detenido examen revela la existencia de las mismas características pero cuando uno busca entre fragmentos varias piezas que puedan unirse, estas variaciones pueden originar muchos problemas. Sabemos también, que el Scriptorium de Qumran juega una treta muy funesta a la «casa de los pergaminos» de Jerusalén haciendo que un mismo manuscrito fuera preparado por varios escribas distintos. Esto es imperdonable y ha causado grandes trastornos.

The Dead Sea Scrolls, 1956

Sexta parte

El libro de las estepas

La pirámide de Cholula

Alexander von Humboldt

Alexander Friedrich Heinrich von Humboldt *(1769-1859) fue un gran investigador, explorador y sabio. Nació en Berlín, y, después de estudiar ampliamente diversos aspectos de las Ciencias Naturales, fue nombrado asesor de Minas al servicio del Estado. Pronto escaló los más altos puestos, pero, siendo su deseo disfrutar de libertad para viajar, dimitió de su cargo. En los cinco años siguientes a su dimisión, exploró Centroamérica, donde recogió tal cantidad de datos sobre geografía, antigüedades, meteorología y botánica de aquella región que tardó veintiún años en prepararlos para la publicación a su regreso a Europa.*

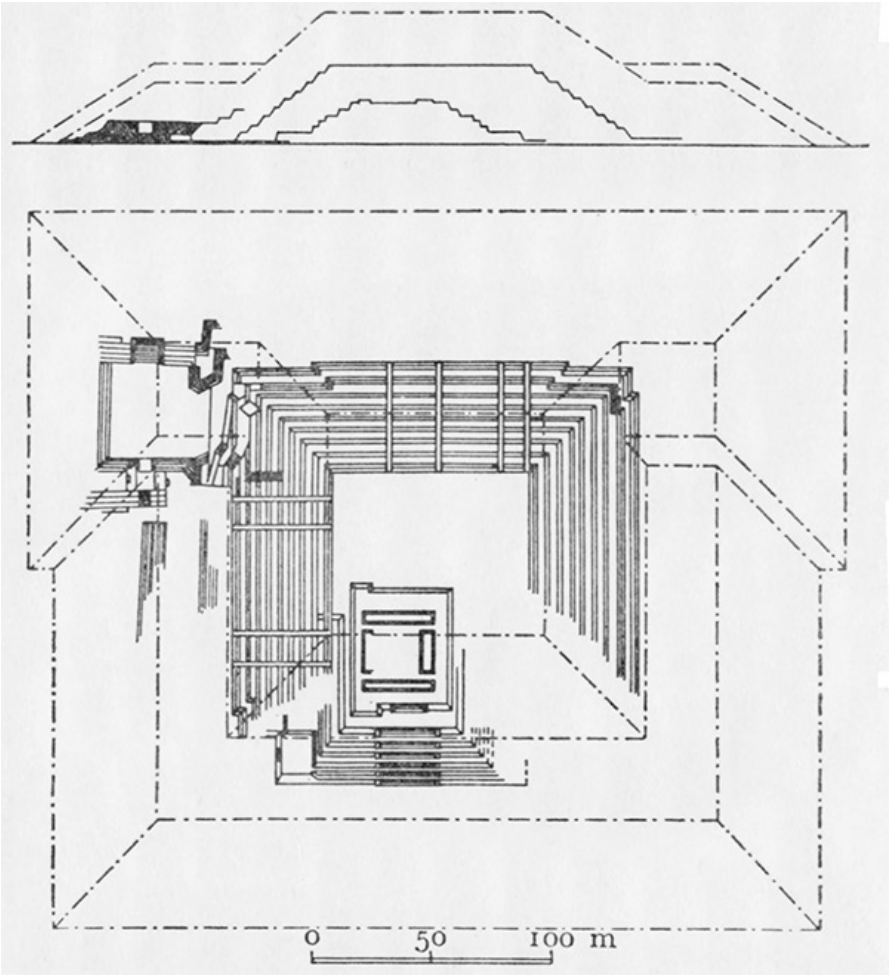
La pequeña ciudad de Cholula, que Cortés, en sus Cartas a Carlos V, compara con las más populosas ciudades de España, tiene actualmente apenas 16.000 habitantes. La pirámide se encuentra al este de la ciudad, en la carretera de Cholula a Puebla. Está bien conservada en la parte oeste, que es la representada en el grabado. La llanura de Cholula ofrece el aspecto de aridez propio de planicies a 2.200 metros sobre el nivel del mar. Una pobre vegetación de cardos y dragos es todo lo que se ve en primer plano, mientras que en lontananza se divisa la cumbre nevada del volcán Orizaba. Es una colosal montaña de 5.200 metros de altitud y de la que publiqué un esquema en mi «Atlas de México», lámina 17.

El teocali de Cholula tiene cuatro plantas, todas de la misma altura. Parece que fue construido exactamente en la dirección de los cuatro puntos cardinales; pero, como las fronteras de la

historia no están muy claras, resulta por ello difícil poder precisar su dirección primitiva. Este monumento piramidal tiene una base más amplia que la de cualquier otro monumento de su especie del Viejo Continente. La medía con todo esmero, comprobando que su altura perpendicular era tan solo de 50 metros, y que cada lado de la base medía 439 metros de longitud. Torquemada había calculado su altura en 77 metros; Betancourt, en 65 metros; y Clavijero, en 61 metros. Bernal Díaz del Castillo, soldado raso del ejército de Cortés, se entretuvo en contar los peldaños de las escaleras que conducían a las respectivas plataformas de los teocalis; contó 114 en el gran templo de Tenochtitlan, 117 en el de Tezcuco y 120 en el de Cholula. La base de la pirámide de Cholula mide el doble de la de Cheops; pero su altura es algo menor que la de la pirámide de Micerino. Al comparar las dimensiones del Templo del Sol de Teotihuacán con las de la pirámide de Cholula se ve que el pueblo que construyó estos notables monumentos trataba de darles la misma altura, pero con bases cuya longitud debía mantenerse en la proporción 1: 2. Hallamos también una considerable diferencia entre las distintas relaciones base/altura de estos monumentos. En las tres grandes pirámides de Ghezza, la relación base/altura es 1: 1,7 en la de Papantla cubierta de jeroglíficos, 1: 1,4; en la gran pirámide de Teotihuacán, 1: 3,7, y en la de Cholula, 1: 7,8. Este último monumento está construido con ladrillos sin cocer (xamillí), alternando con capas de arcilla. Algunos indios de Cholula me aseguraron que el interior era hueco y que, durante la estancia de Cortés en esta ciudad, sus antepasados habían ocultado, en el cuerpo de la pirámide, un considerable número de guerreros, que habrían de caer inesperadamente sobre los españoles. Pero los materiales de que está construido el teocali y el silencio de los historiadores de aquellos tiempos, conceden pocas posibilidades a este aserto.

Es cierto, sin embargo, que en el interior de esta pirámide, como en otros teocalis, existen muchas cavidades que fueron utilizadas como tumbas por los nativos. Hace siete u ocho años, la ruta de Puebla a Méjico, que antes pasaba al norte de la pirámide, fue desviada. Al trazar la carretera, quedó cortada la primera planta, de modo que una octava parte de la misma quedó aislada, como un montón de ladrillos. A través de este corte se pudo observar la existencia de una casa cuadrada en el interior de la pirámide, de piedra y sostenida por vigas de madera de ciprés deciduo (cupressus disticha). En la casa había dos esqueletos, ídolos de basalto y gran cantidad de vasos curiosamente barnizados y pintados. No se molestaron mucho en preservar estos vasos, pero se dice que se comprobó minuciosamente que esta casa, de ladrillo y capas de arcilla, no tenía salida. Suponiendo que la pirámide hubiese sido construida no por los toltecas, primeros habitantes de Cholula, sino por prisioneros de naciones vecinas hechos por los cholulas, es posible que se trate de los restos de infortunados esclavos que habían sido sepultados vivos en el interior del teocali. Examinamos las ruinas de esta casa subterránea y observamos una particular disposición de los ladrillos, como tendiendo a disminuir la presión ejercida sobre el tejado. Como los nativos ignoraban la manera de construir arcos, colocaban horizontalmente ladrillos muy grandes, de modo que el paso superior se desplazara del inferior. La continuación de este tipo de escalonamiento hacía, en cierta medida, el oficio de la bóveda gótica, y vestigios semejantes fueron hallados en varias construcciones egipcias. Sería interesante construir una galería subterránea a través del teocali de Cholula para examinar su estructura interna; y es raro que el ansia por descubrir tesoros ocultos no haya estimulado esta clase de trabajo. Durante mis viajes por Perú para visitar las extensas ruinas de la ciudad de Chimu, cerca de Mansiche, me introduje en el famoso Huaca de Toledo, la tumba de un príncipe

peruano, donde García Gutiérrez de Toledo había descubierto, al excavar una galería en 1576, oro por valor de más de cinco millones de francos, como lo atestiguó el libro de cuentas que se conserva en el ayuntamiento de Trujillo.



Plano y elevación de la pirámide de Cholula, mostrando las superposiciones.

El gran teocali de Cholula, llamado también «Montaña de los ladrillos sin cocer» (Tlalchiliualtepec), tenía un altar en su parte superior dedicado a Quetzalcoatl, dios del viento. Este Quetzalcoatl, cuyo nombre significa «serpiente cubierta con

plumas verdes de quetzal», de *coatl*, serpiente, y *quetzalli*, plumas verdes, es el ser más misterioso de toda la mitología mejicana. Era un hombre blanco y con barba, como el Bochica de los muiscas, del que hemos hablado al describir las cataratas de Tequendama. Era el Sumo Sacerdote de Tula (Tollan), legislador, jefe de una secta religiosa, que como los soniasis y budistas del Hindostán, se infligían las más crueles flagelaciones.

Introdujo la costumbre de agujerearse los labios y orejas y de lacerarse el resto del cuerpo con las espinas de las hojas de los cardos y los cactos; y de meter cánulas en las heridas para hacer ver que la sangre manaba más abundantemente. En un grabado mejicano que hay en la Biblioteca del Vaticano he visto una figura que representaba a un Quetzalcoatl tratando de calmar con sus sufrimientos las iras de los dioses, cuando mil trescientos años después de la creación del mundo (me atengo a la vaga cronología calculada por Ríos) hubo una gran hambre en la provincia de Culán. El santón había elegido su lugar de retiro cerca de Tlaxapuchicalco, en el volcán Catcitepetl (Montaña Parlante), donde se paseó con los pies descalzos sobre hojas de cardo llenas de espinas. Parece como si contempláramos una de esas «rishi» o ermitas del Ganges, cuya piadosa austeridad es festejada en las Pouranas.

El reinado de Quetzalcoatl marca la edad de oro del pueblo de Anahuac. En aquel tiempo, todos los animales, e incluso los hombres, vivían en paz; la tierra producía frutos sin necesidad de cultivarla, dando las más ricas cosechas; y el aire estaba lleno de una multitud de pájaros, que eran admirados por sus cantos y la belleza de su plumaje. Pero este reinado, como el de Saturno y la felicidad terrena, poco iba a durar; el gran espíritu Tezcatlipoca, el Brahama de las naciones del Anahuac, le ofreció a Quetzalcoatl un brevaje, que, al hacerlo inmortal, inspiraba en él un ansia irresistible de viajar; y principalmente un irrefrenable deseo de visitar un país lejano, llamado tradicional-

mente Tlapallan. La semejanza entre este nombre y el de Huehuetlapallan, el país de los toltecas, parece no ser puramente accidental. Pero ¿cómo podemos pensar que este hombre blanco, sacerdote de Tula, se haya encaminado, como enseguida comprobaremos, hacia el Sureste, es decir en dirección a las llanuras de Cholula, para, desde allí, visitar este país septentrional, de donde sus antepasados habían salido en el año 596 de nuestra Era?

Quetzalcóatl como dios del viento (Códice Magliabecchi). El picudo sombrero del dios está atravesado por un puñal de hueso como símbolo de la penitencia sacerdotal. La cadena de flores chupadas por un colibrí señala la sangre.

Quetzalcóatl, cuando atravesaba el territorio de Cholula, cedió a las invitaciones de sus habitantes, que le ofrecieron las

riendas del poder. Permaneció dos años entre ellos, les enseñó a fundir metales, dispuso ayunos de ocho días y reglamentó el Año Tolteca. Predicó la paz entre los hombres y no permitió ninguna otra ofrenda a la Divinidad que no fuesen los primeros frutos de las cosechas. Desde Cholula, Quetzalcóatl pasó a la desembocadura del río Goasacoalco, donde desapareció después de haber declarado a los cholulas (cholotecatles) que regresaría pronto para seguir gobernándolos y reanudar así su felicidad.

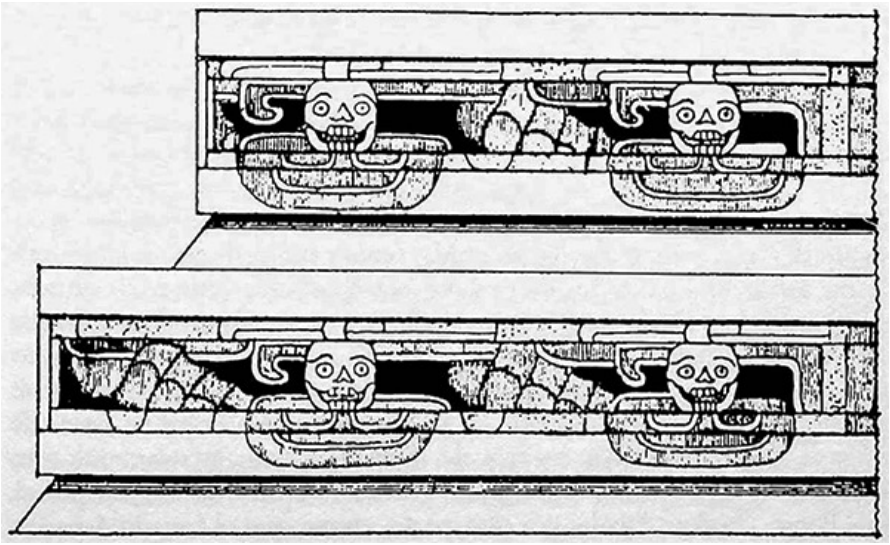
Fue la descendencia de este santón la que el infortunado Moctezuma creyó reconocer en los soldados de Cortés. «Sabemos por nuestros libros —dijo en su primera entrevista con el general español— que yo, y los que habitamos este país, no somos nativos, sino extraños venidos de muy lejos. Sabemos también que el jefe que condujo hasta aquí a nuestros antepasados regresó por cierto tiempo a su país de origen, volviendo aquí de nuevo para visitar a los que se habían establecido. Los encontró casados con mujeres de este país y padres de numerosas proles, viviendo en ciudades por ellos construidas».

«Nuestros antepasados no se unieron a su antiguo amo, y este regresó solo. Siempre hemos creído que sus descendientes vendrían algún día a tomar posesión de este país. Puesto que vosotros venís de esa región del Sol Naciente y, según me aseguráis, nos conocéis desde hace tiempo, no me cabe duda que el Rey que os envía es nuestro Señor natural».

Existe también entre los indios cholulas otra notable tradición, según la cual la gran pirámide no estaba originalmente destinada al culto de Quetzalcoatl. Después de mi regreso a Europa, al examinar en Roma el manuscrito mejicano en la Biblioteca del Vaticano, hallé que esta misma tradición estaba recogida en un manuscrito de Pedro de los Ríos, un monje dominico, que, en 1566, copió «in situ» las pinturas jeroglíficas que encontró a su alcance. «Antes de la gran inundación que tuvo

lugar cuatro mil ochocientos años después de la creación del mundo, el país del Anahuac estaba habitado por gigantes (tzocuillixeque). Los supervivientes se convirtieron en peces, excepto siete, que huyeron a las cavernas. Cuando las aguas cedieron, uno de estos gigantes, Xelhua, por sobrenombre "el arquitecto", se fue a Cholollan, donde, a guisa de recuerdo del Monte Tlaloc, que le había servido de refugio a él y sus seis hermanos, construyó una colina artificial en forma de pirámide. Ordeno que los ladrillos se fabricasen en la provincia de Tlamanalco, al pie de la Sierra de Cocotl y fuesen transportados hasta Cholula colocando una hilera de hombres que se iban pasando los ladrillos de mano en mano. Los dioses contemplaron con enojo esta construcción, cuya cima debía alcanzar las nubes. Irritados por el atrevimiento de Xelhua, prendieron fuego a la pirámide. Muchos obreros perecieron, los trabajos fueron suspendidos y, más adelante, fue dedicado a Quetzalcoatl…».

Esta historia nos recuerda las de las viejas tradiciones de Oriente, que los hebreos han recogido en sus libros sagrados. Los cholulas conservaban una piedra, que, envuelta en una bola de fuego, había caído de las nubes sobre la cúspide de la pirámide. Este aerolito tenía la forma de un sapo. Ríos, para probar la gran antigüedad de esta fábula del Xelhua, hace notar que estaba contenida en un himno que los cholulas cantaban en sus fiestas bailando alrededor del teocali; y que este himno comenzaba con las palabras «Tulanian hulutaez», que son palabras que no pertenecen a ningún dialecto conocido en Méjico actualmente. En todas las partes del globo terráqueo, en las faldas de las cordilleras, así como en la isla de Samotracia, en el mar Egeo, se conservan fragmentos de lenguajes primitivos en los ritos religiosos.



Dos cuerpos de una pirámide del primer período de construcción de la gran pirámide de Cholula, con frisos ornamentales al estilo teotihuacano.

La superficie de la plataforma de la pirámide de Cholula, donde realicé un gran número de observaciones astronómicas, es de 4.200 metros cuadrados. Desde allí, la vista abarca una magnífica perspectiva: Popocatepetl, Iztaccibuatl, el pico del Orizaba y la Sierra de Tlascalla, famosa por las tempestades que se desencadenaban en sus cumbres. Se ven, al mismo tiempo, tres montañas más altas que el Monte Blanco, dos de las cuales son aún volcanes encendidos. Una capillita, rodeada de cipreses y dedicada a la Virgen de los Remedios, sustituyó al templo del dios del aire, el mejicano Indra. Un sacerdote de raza india celebra Misa todos los días en la cima del antiguo monumento.

En la época de Cortés, Cholula estaba considerada ciudad sagrada. En ninguna otra parte existía un mayor número de teocalis, sacerdotes, órdenes religiosas (tlamacazque); ningún otro lugar desplegaba mayor magnificencia en la celebración del culto público, o una mayor austeridad en sus penitencias y

ayunos. A partir de la introducción del Cristianismo entre los indios, los símbolos de la nueva religión no bastaron para borrar del todo el recuerdo de la vieja. Gentes procedentes de los más alejados lugares se apiñan en multitudes en la cumbre de la pirámide para celebrar la fiesta de la Virgen.

Un terror misterioso, un temor religioso, invade el alma del indio a la vista de este inmenso montón de ladrillos cubiertos de matorrales y un verde perenne.

Hemos hablado anteriormente de la gran semejanza de construcción entre los teocalis mejicanos y el templo de Bel, o Belus, en Babilonia. Esta analogía había sorprendido ya a Zoega, aunque solo fuese capaz de recopilar descripciones muy incompletas del grupo de pirámides de Teotihuacán. Según Herodoto, que visitó Babilonia, y contempló el templo de Belus, este monumento piramidal tenía ocho plantas. Su altura era de un *stadium*, y el ancho de su base era igual a su altura; la muralla exterior que lo rodeaba, περιβολος, cubría una superficie de dos *stadiums*. Un *stadium* olímpico normal equivalía a 183 metros; el *stadium* egipcio medía solo 98 metros. La pirámide estaba construida con ladrillo y asfalto. Un templo (ναος) existía en su cúspide y otro entre su base. El primero, según Herodoto, carecía de estatuas. Contenía solamente una mesa de oro y una cama en la que reposaba una hembra elegida por el dios Belus. Diodoro Sículo, por otra parte, afirma que el templo superior contenía un altar y tres estatuas, a las que, según notas tomadas del culto griego, les dio los nombres de Júpiter, Juno y Rea. Pero ninguna de estas estatuas ni parte alguna del monumento existían en tiempos de Diodoro y Estrabón. En los teocalis mejicanos, como en el templo de Belus, el itaog inferior se diferenciaba del templo situado en la plataforma de la pirámide. La misma diferenciación está señalada con toda claridad en las cartas de Cortés y en la historia de la Conquista escrita por

Bernal Díaz, que residió varios meses en el palacio del rey Axajacatl, y, por consiguiente, frente al teocali de Huitzilopochtli.

Researches Concerning the Institutions and Monuments of the Ancient Inhabitants of America, 1814

Viaje por Yucatán

Jean de Waldeck

Jean Frédéric Maximilian, Conde de Waldeck *(1766-1875) descendiente de una noble familia alemana, que se había afincado en Francia. Igual que Denon, empezó su carrera como estudiante de artes, teniendo como maestro al pintor David; más tarde, marchó con el ejército de Napoleón a Egipto, viajando por propia iniciativa hasta el delta del Nilo, a la altura de Asuán. Estimulado por el éxito de su viaje, organizó a continuación una expedición que habría de cruzar el Sahara, pero terminó en el desastre, con la muerte de todos los expedicionarios menos él. En 1821 efectuó su primer viaje a Guatemala, y al año siguiente se encaminó a Londres, donde debía ilustrar un libro sobre Palenque. Allí encontró a Lord Kingsborough, que financió varias de sus expediciones a América Central. Después de la muerte de Kingsborough, Waldeck comprobó que no podría recaudar fondos suficientes para publicar los resultados de sus investigaciones, pero un llamamiento a Próspero Mérimée y a la Academia Francesa tuvo finalmente éxito, y a la edad de cien años fue capaz de publicar su relato sobre Palenque. La narración de sus primeros viajes por Yucatán había sido publicado en 1838, pero, escrita antes de que los descubrimientos de John Lloyd Stephens hubiesen suscitado cierto interés popular por la arqueología precolombina, atrajo poca atención.*

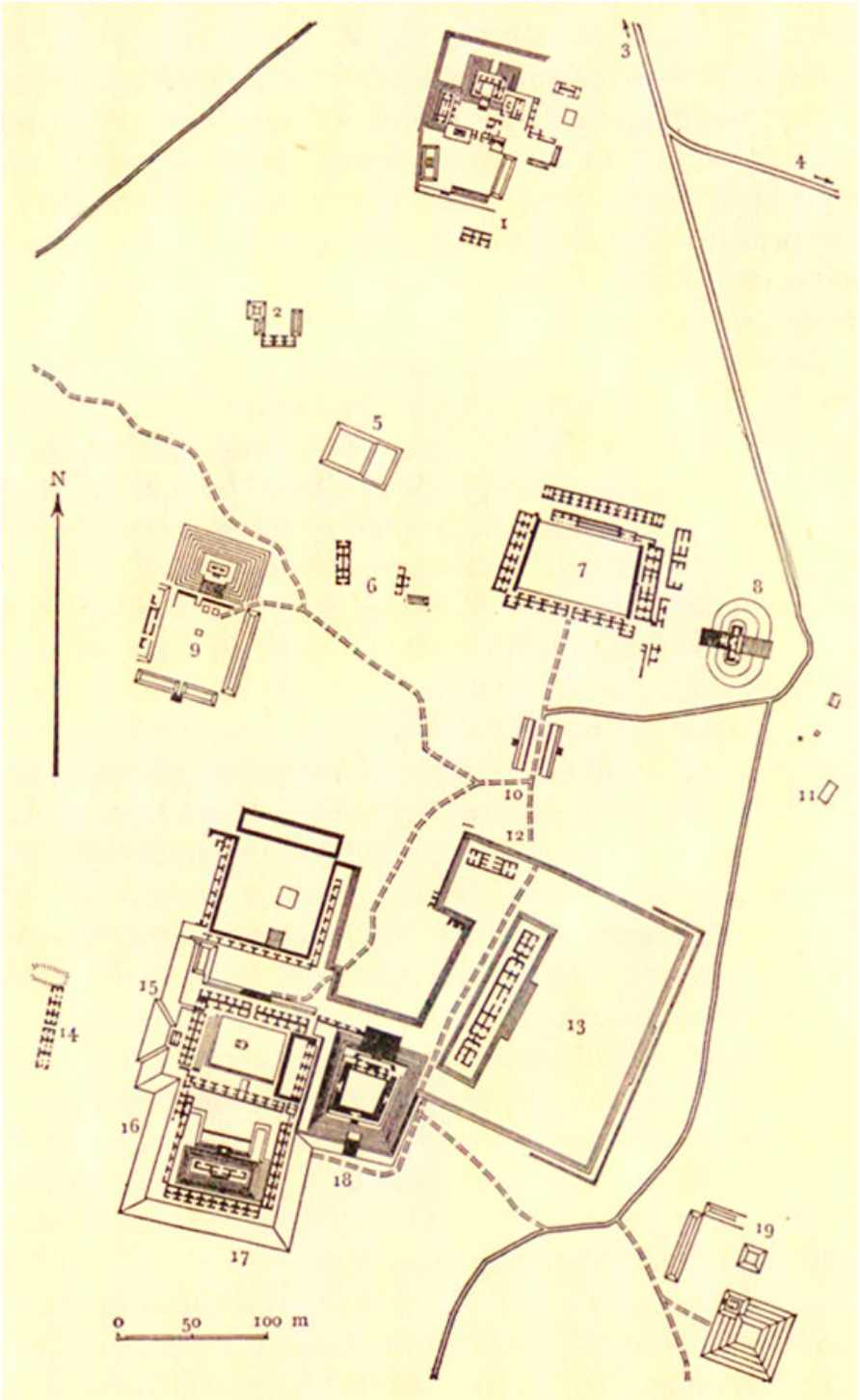
Con anterioridad a mi expedición, las ruinas de Uxmal solamente habían sido visitadas por los propietarios de la finca vecina, gente pudiente para quien una ciudad destruida no es más que una cantera de materiales de construcción; pero estas rui-

nas, tan pobremente descritas por Cogolludo y sus sucesores, son los restos de una poderosa ciudad, comparable en extensión a nuestras mayores urbes europeas. ¿Qué nombre podríamos darle? ¿Serán parte de Mani, o quizá de Itzalana? No existen antecedentes históricos que arrojen luz sobre esta importante cuestión; pero creo que hay indicios verosímiles que pueden conducimos a esclarecer la verdad.

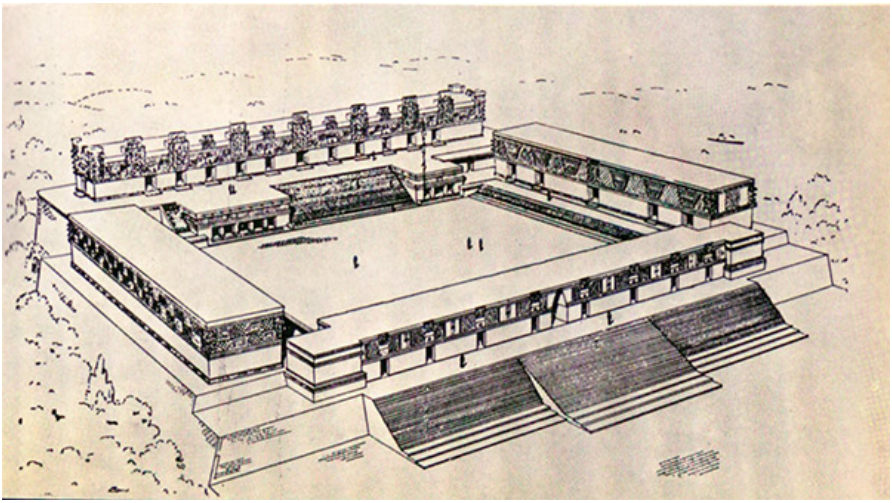
En primer lugar, es imposible que los pobladores de esta ciudad fuesen de una categoría inferior; si así fuese, ¿qué podríamos hacer con Mani, Mayapán, Tichualajtun y otras grandes ciudades cuyas ruinas todavía prevalecen? Por ello, aquí existió un extenso y pujante centro, un pueblo lo bastante grande para dar nacimiento a una capital inmensa. Podemos, pues, descartar la teoría de que estas ruinas corresponden a un puesto extraurbano o a otra antigua ciudad cercana, ya que su emplazamiento en una alta meseta de la montaña es suficiente indicio de una ciudad aislada. Respecto a estos dos extremos, no cabe, pues, discutir. Aún más: si recordamos que Itzalana se supone estuvo cerca de Mani, de lo cual quedan huellas en el altiplano; que estos últimos vestigios y los que se hallan en la cumbre de la montaña están muy cerca entre sí; que no existen otros indicios o vestigios en las cercanías, entonces podemos asegurar que el cinturón o recinto que exploré corresponde, desde luego, a Itzalana. Por último, sabemos que los *itaexes* eran los más crueles habitantes de aquella región; el único teocali en todo Yucatán está en estas ruinas. Este problema, que quizá carezca de peso, me tuvo absorbido por algún tiempo; pero estoy seguro que será resuelto cuando hombres competentes en materia de deducción en este campo sigan mis investigaciones, aportando las suyas propias, para disipar la niebla a través de la cual espero filtrar un tenue rayo de luz.

Las estructuras de Palenque son, excepto el palacio, de pequeñas dimensiones; por el contrario, las de Uxmal son de di-

mensiones colosales y fueron construidas con piedra pulimentada. Cuatro grandes naves principales separadas por espacios abiertos abarcan un área de 57.672 pies cuadrados. El lado más largo de este rectángulo mide 227 pies y 8 pulgadas; el más corto, 172 pies y 9 pulgadas, sin contar los dobles fosos que se ven a cada extremo de la edificación, de 20 pies de longitud. El teocali está construido sobre una pirámide; su escalera principal tiene 100 peldaños, de 1 pie de altura y 5 pulgadas de espesor. Es este el único templo dedicado a sacrificios que se conoce en Méjico. Incluso me atrevería a decir que no fue reconocido como tal, ya que la población local lo había rebautizado con el nombre de Torre del Mago, epíteto que no acusa para nada la función de teocali. Como quiera que este monumento era el más alto y singular de los cinco que yo exploré —y también el primero sobre el que puse mis ojos—, seguí investigándolo después de bautizarlo con el nombre de mi generoso patrocinador Lord Kingsborough.


N
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
0
50
100 m

Plano de Uxmal, 1, Grupo septentrional. 2, Grupo del noroeste. 3, Carretera de Mérida. 4, Carretera de Campeche. 5, Terraza. 6, Grupo de columnas. 7, Cuadrilátero de las monjas. 8, Casa del adivino. 9, Grupo del cementerio. 10, Juego de pelota. 11, Casa de la administración. 12, Casa de las tortugas. 13, Palacio del gobernador. 14, Grupo occidental. 15, Grupo del palomar. 16, Templo meridional. 17, Grupo meridional. 18, Gran pirámide. 19, Casa de la vieja.



Reconstrucción del llamado *Cuadrángulo de las Monjas*, uno de los edificios más enigmáticos del conjunto de Uxmal.

Pronto salta a la vista la influencia asiática en la arquitectura de estos monumentos. El símbolo de un elefante se aprecia en las redondeadas esquinas de la edificación, con su trompa levantada hacia Oriente, y en posición baja hacia Occidente. Es una pena, sin embargo, que no se conserve ninguna figura entera; por lo general, les faltan las patas. Estas esculturas fueron ejecutadas en relieves de tamaño natural; su diseño es extremadamente exacto en algunos puntos, pero precario en otros. Es precisamente en los ornamentos donde se puede admirar la paciencia de estos artesanos —o artistas— de la edificación y percibir el gusto de estos pueblos antiguos por el esplendor monumental.

La nave que forma la fachada norte de la edificación y cierra el área que describí, tiene una galería doble y mide 227 pies y 8 pulgadas de largo por 27 pies y 8 pulgadas de ancho; contiene 16 pequeñas habitaciones de 11 pies de ancho y que oscilan entre 22 y 26 pies y 6 pulgadas de profundidad. No podría decir si esta irregularidad tiene o no un significado, o si fue simple capricho del constructor. Cada habitación tiene una entrada, y pudimos observar en su interior aros de piedra fijados a lo alto del soporte situado en la parte superior de estas entradas. Estos aros servían, sin duda, para sostener el tubo o varilla de que pendía la cortina que cerraba cada una de estas aberturas; no hemos visto aquí, como en Palenque, las bisagras de piedra que son firme indicio del sólido precinto que sellaba las puertas del edificio allí. Sobre las entradas de estas 16 habitaciones y en su parte exterior, vimos una versión ampliada del signo del *cali*. Existen dieciocho signos de este tipo, y suponemos que simbolizaban un determinado período de tiempo transcurrido con anterioridad a la construcción del edificio. Igualmente, bien pudiera tratarse de que, análogamente a los *katuns* con que marcaban las divisiones de su Era, los mayas tuvieran otro método de registrar el tiempo, un sistema simbólico relacionado con sus ritos religiosos como el que se encuentra en estos *calis*. Así, pues, se supone que la edad de esta construcción es de 832 años; lo que es seguro es que existía un siglo antes de la Conquista; toda vez que no podemos remontarnos más atrás, apoyémonos en estas pruebas, dignas de crédito. Existe, pues, aquí una antigüedad de 932 años hasta la llegada de los españoles; por otra parte, dado que la invasión del Yucatán tuvo lugar en 1519, se colige que los mayas formaban ya una nación y que habían alcanzado un alto nivel de civilización en el año 587 de la Era Cristiana. La plaga que diezmó a los toltecas no prolongó sus calamidades —según las cronologías y fechas que hemos recogido— más allá del año 1050. Así, se produce una laguna de

567 años entre el período de apogeo de Mayapán y la plaga que devastó a Tula; sería, pues, verosímil afirmar —como siempre he creído antes de esta prueba irrefutable— que fueron los mayas los que transmitieron a los toltecas y aztecas su civilización y parte de su cultura. Añadamos el hecho de que no encontramos ninguna palabra azteca en la lengua yucateca (de Yucatán), lo cual hubiera sido imposible si los mayas fueran los últimos en llegar. Puede que los mayas desciendan de Palenque y que el legislador de Tula, Quetzalcoatl, fuese nieto de Zamma, o descendiente de cualquiera de los que formaban parte de la corte del jefe cuando llegó para civilizar Yucatán.

Las ruinas de Itzalana acusan una gran diferencia respecto a las de Palenque. Aunque las galerías simples o dobles de Itzalana terminan en forma piramidal, no observamos aberturas que unieran las galerías entre sí; ni tampoco existe ningún acceso desde el interior al exterior. En Palenque, por el contrario, encontramos numerosos ventanales altos en forma de T griega, que servían para que el aire y la luz entraran en las habitaciones de la edificación. Las únicas aberturas en las habitaciones de las construcciones de Uxmal tienen solo 6 pulgadas de profundidad y están colocadas unas frente a otras; esta disposición nos hizo pensar que fueron hechas para sostener vigas cruzadas de las que colgaban posiblemente hamacas; por lo tanto, estas habitaciones eran dormitorios. La ausencia de ventanas indica —como he dicho anteriormente— que las aberturas estaban cerradas solamente por cortinas; de otro modo, en estos cuartos totalmente precintados, el calor hubiera sido intolerable. Las puertas de las edificaciones de Palenque eran de madera y giraban sobre bisagras de piedra, necesitando ventilación interior, y eran precisamente las aberturas en T las que permitían el paso del aire y la luz a las galerías. Esta forma de T era el símbolo del culto del Lingam, por cuanto desempeñaba una parte en la

religión de Palenque, donde, por otra parte, el budismo parecía conservarse extremadamente puro.

Los jeroglíficos de Itzalana, que, sin duda alguna, están relacionados con los de los toltecas y aztecas, son: *couhatl, cali, miquitli, atl* y *quiahuitl*, que pueden identificarse con un *cipactli*. Una representación de Tonatiuh con máscara se repite siete veces en la fachada de un edificio de lo más notable. Son estos los únicos signos en las ruinas que muestran alguna relación con los de Méjico; el resto son totalmente diferentes; tampoco hallé allí más de un jeroglífico como los de las ruinas toltecas de Xochicalco.

Los trajes de las estatuas de Itzalana se acercan más al estilo de Palenque que a cualquier otro. El peinado que lleva uno de los sacrificadores puede verse también en un bajo relieve de Ototiun; también es igual el tocado de cabeza. Esta correspondencia apunta a una tradición de Palenque, hipótesis igualmente apoyada por la estrecha similaridad entre los métodos de construcción de mayas y palenquinos.

Entre el tipo de construcción de las edificaciones mayas y el de los mejicanos —cuyo único ejemplo se encuentra en Xochicalco—, no existe una marcada diferencia. Los toltecas levantaban primero la estructura principal y esculpían luego los ornamentos «in situ». Los mayas seguían un proceso inverso. Cuando deseaban cubrir una fachada con ornamentos o figuras simbólicas, comenzaban pintando toda la pared con el color elegido; este fondo era casi siempre rojo, como en las estructuras de Palenque. Una vez terminada la primera fase del trabajo, pegaban sobre la pared pintada la marquetería de piedra, que había de servir de ornamentación, pintándola al agua con algo más de cuidado que el fondo. Aquí usaban el azul, pues todavía pudimos ver trazas de este color en las estrías de los cuadrados que encierran una especie de pequeña cruz invertida. Rojo y azul son los únicos colores que pude distinguir en el templo de los

sacrificios de Itzalana. Sin embargo, quizá se utilizó también el amarillo, y el blanco, ya que estos dos matices todavía se perciben en otras edificaciones… Observamos que incluso las piedras minúsculas están esculpidas con todo cuidado, y todo el conjunto es una unidad perfectamente ensamblada.

Las cajas o cofres que adornan las fachadas de las edificaciones de Itzalana atraerán, sin duda, la atención de artistas e investigadores. Nadie que examine de cerca los cubos que componen esta atractiva decoración podrá poner en duda que los autores de esta sorprendente muestra de esculpido conocían totalmente los principios de la geometría. Medí todas las líneas, comprobé todas las juntas, y jamás hallé la más ligera desviación por debajo de la cuerda. Los nativos del país afirman continuamente que los indios del pasado eran bárbaros. Esta necia aseveración, fomentada por los españoles, que tenían sus motivos para extender la creencia de que no había nada allí hasta su llegada sino miseria y tinieblas, esta aseveración —repito— es prueba de que no necesitamos vacilar en descargar sobre las espaldas de los actuales habitantes de Yucatán su propio reproche de barbarismo. Si no saben apreciar el esplendor y belleza de las ruinas desparramadas por su suelo patrio, es porque están sumidos en la más profunda ignorancia. Esta verdad no necesita ulterior demostración.

Voyage Pittoresque et Archéologique dans la Province d'Yucatan et aux Ruines d'Itzalane, 1838

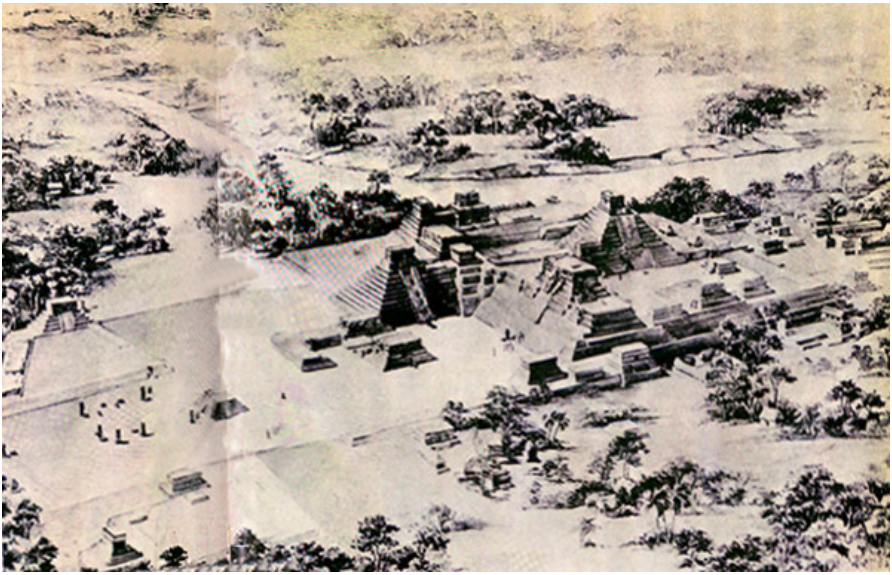
La compra de una ciudad

John Lloyd Stephens

John Lloyd Stephens (1805-1852) nació en Shrewsbury, Nueva Jersey, y estudió Derecho, pero su máximo interés se concentró siempre en él estudio de la arqueología. Viajó mucho por la cuenca mediterránea oriental, y allí encontró a Mr. Frederick Catherwood, que había participado en la infortunada expedición de Robert Hay en Egipto. A su regreso a EE.UU., comenzó a estudiar los documentos existentes relativos a las grandes civilizaciones de América Central, que le convencieron de que en las selvas todavía podrían encontrarse ruinas vivientes de grandes ciudades. Su nombramiento para una misión diplomática le dio la oportunidad que necesitaba, asegurándose la cooperación de Mr. Catherwood para dibujar los objetos hallados en su búsqueda de las ruinas. Esta búsqueda fue altamente recompensada, y el relato de su viaje tiene viveza y humor, y es muy instructivo.

Durante todo el día me vi embargado por las caballerescas hazañas de don José María, y, enfundándome en la manta, le propuse a Mr. Catherwood «una operación» (¡Qué no le oigan los traficantes y especuladores de lotes…!): ¡Comprar Copan! ¡Trasladar los monumentos de un pueblo fenecido desde la desolada región en que fueron enterrados sus habitantes; organizarlos y colocarlos en el «gran emporio comercial»; y encontrar una institución que sirviera de núcleo a un gran museo nacional de antigüedades americanas! Pero ahora me pregunto: ¿podremos remover los «ídolos»? Estos se encontraban en las márgenes de un río que desembocaba en el mismo océano cu-

yas aguas bañan también los muelles de Nueva York, pero había unas cataratas allá abajo. En respuesta a mi pregunta, don Miguel me informó que dichas cataratas eran infranqueables. Sin embargo, hubiera sido indigno de mí vivir en una época que «era toda una prueba para el alma humana» si no hubiese intentado una alternativa, y esta se limitaba a exhibir por muestras: excavar, extraer la figura u objeto y trasladarlo en piezas, y hacer moldes de las otras. Las copias del Partenón se consideran y contemplan como verdaderos monumentos recordatorios en el Museo Británico, y las copias de Copán harían el mismo papel en Nueva York.

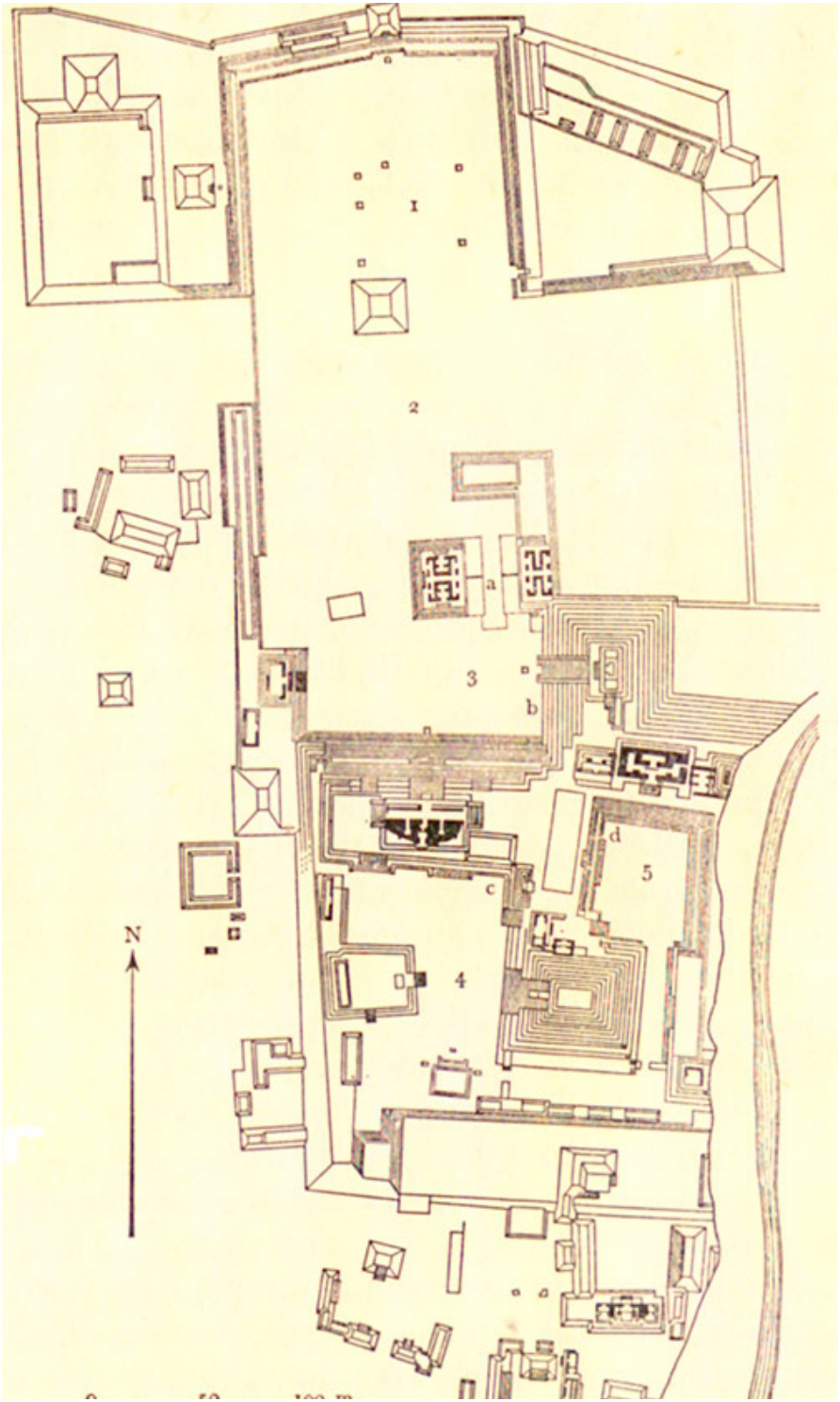


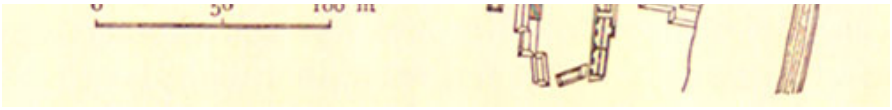
Vista de conjunto de la ciudad de Copan, según la reconstrucción de Tatiana Proskouriakoff.

Aún podrían descubrirse otras ruinas todavía más interesantes y accesibles. Pronto su existencia sería conocida y su valor apreciado, y los amigos de las artes y las ciencias en Europa tomarían posesión de ellas. Nos pertenecían por derecho propio, y aun cuando no sabíamos si fracasaríamos más tarde o más temprano, resolví, no obstante, que dichas ruinas habrían de

ser nuestras; con sueños de gloria y pensando, en mis elucubraciones, en el agradecimiento de las corporaciones que flotaban ante mis ojos, me enfundé la manta y me dispuse a dormir.

Al alba, las nubes todavía colgaban sobre el bosque; cuando salió el sol, se disiparon; los hombres de nuestro equipo hicieron acto de presencia; y a las nueve, abandonamos la cabaña. Las ramas de los árboles goteaban agua, y el terreno era un barrizal. Explorando de nuevo la zona que contenía los principales monumentos, nos quedamos atónitos ante la inmensidad de la obra que se nos ofrecía ante nuestros ojos, y pronto nos dimos cuenta de que sería totalmente imposible explorar toda la superficie. Nuestros guías solo conocían este distrito; pero, después de haber visto columnas más allá de la aldea, a una legua de distancia, teníamos motivos para creer que aún habría otras desparramadas por distintos lugares, completamente enterradas en los bosques, enteramente desconocidas. Los bosques eran tan espesos que casi era inimaginable el poder atravesarlos. La única manera de realizar una completa expedición a través de la selva sería cortar la vegetación y quemar los árboles. Esto era incompatible con nuestros objetivos inmediatos: podía considerarse como una licencia por nuestra parte, como un abuso de confianza, y, por otra parte, solamente podía hacerse en la época seca. Después de deliberar, resolvimos conseguir primero dibujos de las columnas esculpidas. Aun aquí tropezamos con grandes dificultades. Los dibujos eran muy complicados y tan distintos a lo que Mr. Catherwood había visto hasta el momento, que resultaban totalmente ininteligibles. Eran abultados relieves que requerían una potente luz para poder captar toda la figura; y el follaje era tan denso, y la sombra tan intensa, que su reproducción resultaba imposible.

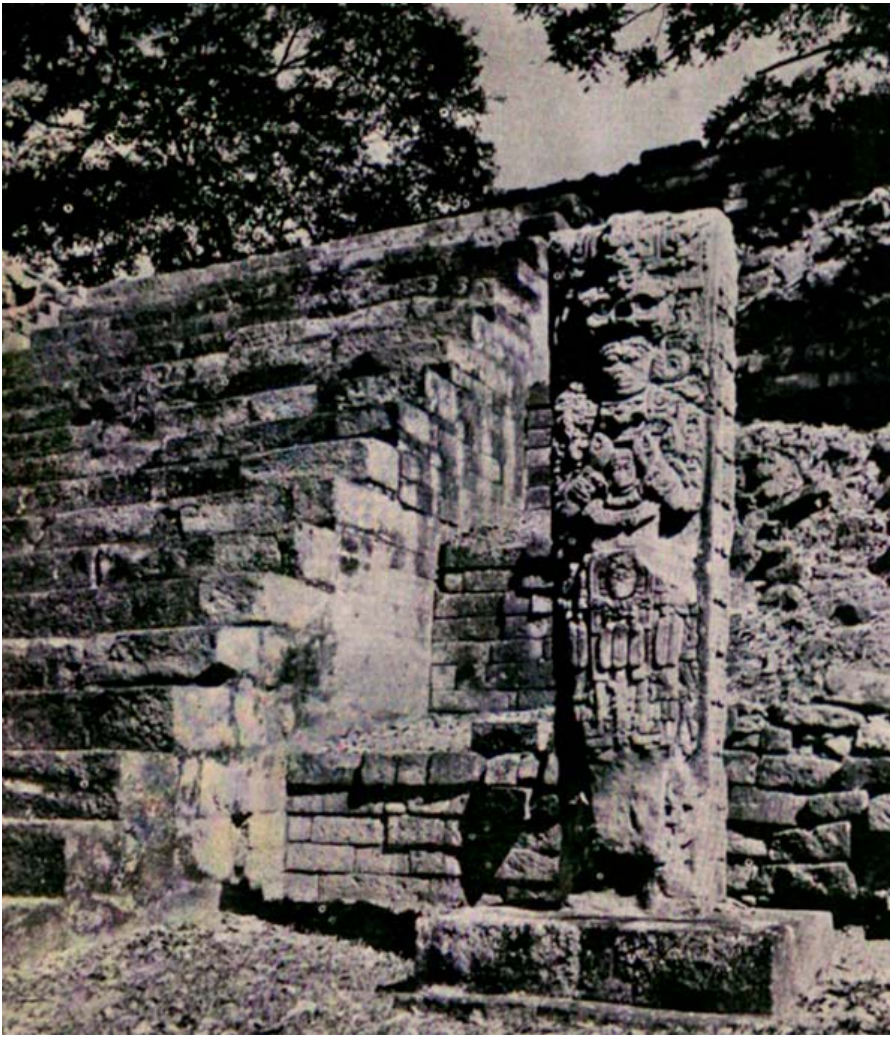

I
2
a
3
b
c
d
5
4
N



Plano de Copan. 1, Gran patio. 2, Patio central. 3, Patio de la escalera jeroglífica. 4, Patío occidental. 5, Patio oriental: *a)* Juego de pelota; *b)* Escalera jeroglífica; *c)* Tribuna de los espectadores; *d)* Escalera de los jaguares.

Después de muchas consultas, seleccionamos uno de los «ídolos», y optamos por cortar los árboles que había a su alrededor, dejándolo así expuesto a los rayos del sol. Aquí tropezamos también con dificultades. No teníamos hachas, y el único instrumento que llevaban los indios era el machete, o la navaja típica, que varía de forma según la región del país; blandiéndola con una mano, resultó útil para cortar arbustos y ramas, pero casi inofensiva con los árboles grandes; y los indios, como en los días en que los españoles los descubrieran, se aplicaban al trabajo con indolencia, desplegando poca actividad, y, como niños, fácilmente lo eludían. Uno se ponía a cortar un árbol y, cuando se cansaba —lo cual sucedía muy pronto—, se sentaba a descansar, mientras otro le relevaba. Cuando uno trabajaba, siempre había un corro de curiosos observándolo. Me acordaba de las hachas de nuestros leñadores de las Verdes Montañas y deseaba tener a mi lado a unos cuantos de aquellos muchachotes. Pero teníamos que armarnos de paciencia y vigilar a estos indios mientras macheteaban los árboles, y aún teníamos que admirarnos de que lo hicieran tan bien. Al fin, los árboles caían y eran arrastrados a un lado, dejando un espacio libre en torno a la base; Mr. Catherwood preparó el cuadro y se dispuso a trabajar. Tomé a dos mestizos, Bruno y Francisco, y, ofreciéndoles una recompensa por cada hallazgo que realizaran, me puse a explorar el lugar brújula en mano. Ninguno de ellos había visto los «ídolos» hasta la mañana de nuestra primera visita, en que siguieron nuestra caravana para reírse de «los ingleses»; pero

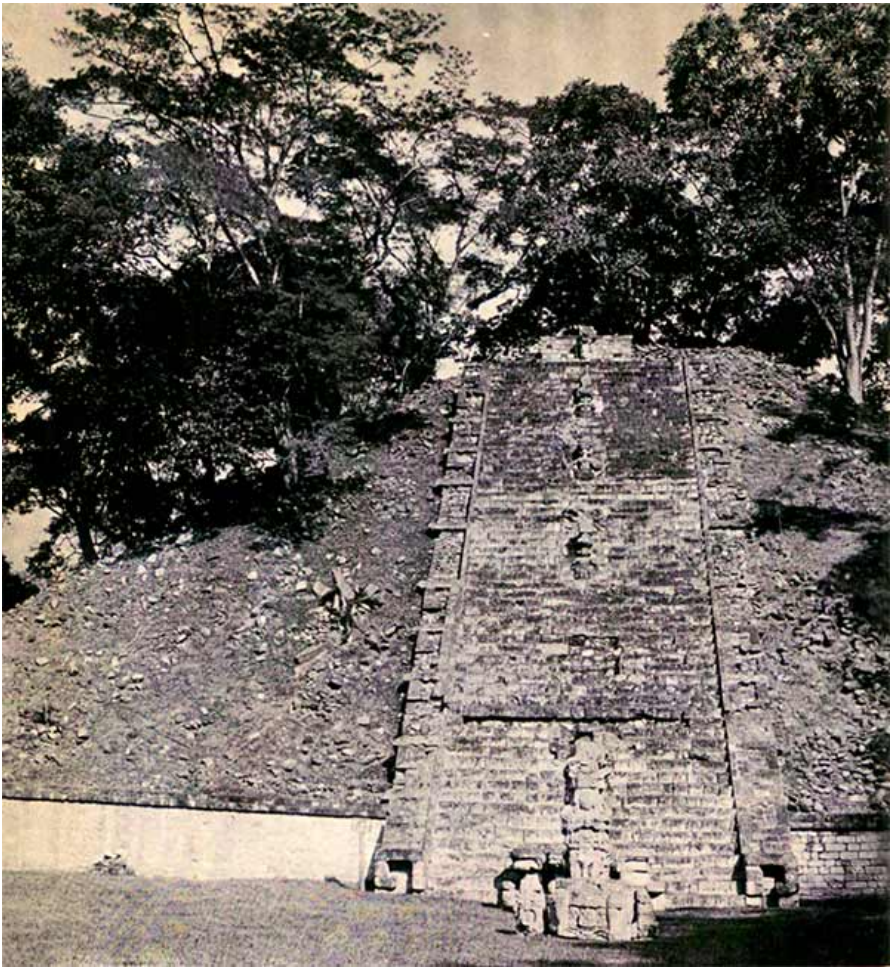
pronto demostraron tal interés que los contraté. Bruno atrajo mi atención por su admiración —como me supuse— hacia mi persona; pero enseguida me percaté de que lo que admiraba era mi sobretodo, un largo abrigo de caza, con muchos bolsillos. Él me dijo que podía hacer otro igual, aunque sin faldón. Era sastre, y en los momentos que le dejaba libre su afanosa labor en torno a un chaquetón que estaba confeccionando, trabajaba con el machete. Pero poseía un gusto innato por las artes. Cuando atravesábamos los bosques, nada escapaba a su vista, y mostraba una curiosidad profesional palpando los trajes de las figuras esculpidas. Me sorprendió su primer brote de afición por lo antiguo. Francisco halló los pies y piernas de una estatua, y Bruno una parte del cuerpo, que correspondía a aquellas extremidades; el efecto del hallazgo sobre ambos fue el de una sacudida eléctrica. Buscaron y rebuscaron el terreno con sus machetes hasta que encontraron los hombros, componiendo enteramente la figura excepto la cabeza; y mostraron grandes deseos de conseguir herramientas que les permitieran seguir excavando hasta encontrar este fragmento —la cabeza— que les faltaba.



Escalera y estela de uno de los santuarios mayas de la ciudad de Copan (Honduras).

Es imposible describir el interés con que exploré estas minas. El lugar era totalmente nuevo. No había planos ni guías; todo era territorio virgen. No podíamos ver a más de 10 yardas y no sabíamos con qué íbamos a tropezar en cualquier momento. Una vez nos detuvimos para cortar ramas y cepas que obstruían la visión del monumento, y luego para cavar en derredor con objeto de extraer un fragmento, una de cuyas esquinas es-

culpidas resaltaba al exterior. Me incliné con ávida curiosidad, el aliento contenido, mientras el indio trabajaba, y vi cómo desenterraba un ojo, una oreja, una mano…; y, cuando el machete tocó la piedra cincelada, eché a un lado a los indios y me dispuse a remover la tierra excavada con mis propias manos. La belleza de la escultura, la solemne quietud de los bosques, perturbada solamente por los chillidos de los monos y el griterío de los loros, la desolación que ofrecía la ciudad y el misterio que flotaba sobre ella… todo ello creaba un interés mayor, si cabe, que el que jamás haya experimentado en cualquiera de las del Viejo Mundo. Después de varias horas de ausencia, regresé a donde estaba Mr. Catherwood, entregándole más de cincuenta objetos que debía reproducir.



Copan. Vista de la llamada *Escalera ele los Jeroglíficos*, una muestra más de la maravillosa arquitectura maya.

No le encontré tan contento como esperaba con mi informe. Estaba con sus pies en el barro y dibujaba con los guantes puestos para proteger sus manos de los mosquitos. Como temíamos, los dibujos eran tan intrincados que los hacía con verdadera dificultad. Había hecho varios intentos, lo mismo con cámara lúcida que sin ella, pero nada le satisfacía, y ni siquiera a mí, que era menos severo en materia de crítica. El «ídolo» parecía desafiar su arte; dos monos encaramados a un árbol a

nuestro lado parecían reírse de él; y me sentí decepcionado, vacilante. En efecto, me percaté, no sin pena, de que teníamos que abandonar la idea de llevar antigüedades a los traficantes del ramo, y contentarnos, al menos, con haberlos podido contemplar con nuestros propios ojos. De esta satisfacción nadie ni nada podría privarnos. Regresamos a la cabaña no con el ánimo decaído, pero sí descorazonados ante el resultado de nuestros trabajos.

Nuestro equipaje no había podido cruzar el río, pero el saco azul que tantas molestias me había causado pudo ser recuperado. Había ofrecido la recompensa de un dólar, y Bartolo, el presunto heredero al inquilinato de la cabaña, se había pasado todo el día en el río y lo había encontrado en un matorral en la orilla. Su desnudo cuerpo parecía contento de este baño improvisado, y el saco, que suponíamos contenía materiales de dibujo de Mr. Catherwood, al ser sacudido nos hizo el regalo de un viejo par de botas, que, sin embargo, en aquel momento valían su peso en oro, pues eran impermeables, y, a continuación, procuramos levantar el decaído espíritu de Mr. Catherwood, que se encontraba con un presunto ataque de fiebre o reumatismo, por haber permanecido todo el día en el barro. Nuestros hombres se fueron a sus casas y Federico tenía órdenes, antes de incorporarse al trabajo por la mañana, de ir a casa de don Gregorio a comprar pan, leche, velas, manteca y unos cuantos *metros* de carne de vaca. La puerta de la cabaña miraba al Oeste y el sol poniente, reflejando sus rayos de luz sobre la oscura floresta, ofrecía un bello espectáculo difícil de superar. Luego, durante la noche, volvió a llover con gran aparato de truenos y relámpagos, pero no tan violento como la noche anterior, y por la mañana había clareado ya.

Aquel día, Mr. Catherwood fue mucho más afortunado con sus dibujos; en efecto, al comienzo, la luz caía exactamente donde él deseaba, logrando paliar así las dificultades. Sus pre-

parativos eran también mucho más completos, ya que llevaba su impermeable y permanecía de pie sobre una pieza de lona engrasada, que solía utilizar para cubrir el equipaje en las marchas. Pasé la mañana buscando otro monumento, desbrozando el terreno y preparándoselo para que pudiera dibujar… Mr. Catherwood se fue a las ruinas para seguir con sus dibujos y yo me encaminé a la aldea, llevándome a Agustín conmigo para que se ocupase de disparar los rifles de señales y comprase legumbres por un poco más de lo que realmente costaban. Mi primera visita fue para don José María. Después de aclararle nuestros propósitos, toqué el tema de la compra de las ruinas; le dije que a consecuencia de mis negocios no podía permanecer allí el tiempo que hubiera deseado, y que querría regresar con picos, palas, escalas, barras de acero y hombres para construir una cabaña donde residir e iniciar una exploración completa; que no podía arriesgarme a que se me negase el oportuno permiso para ello; y, en resumen, y en claro inglés, le pregunté: ¿Cuánto pediría Vd. por las ruinas? Creo que no se hubiera sorprendido más si le hubiera propuesto la compra de su pobre y vieja mujer, nuestra reumática paciente, para efectuar con ella nuestras prácticas de medicina. Pareció dudar el hombre sobre quién de nosotros habría perdido el juicio. La propiedad en cuestión valía tan poco que mi ansia por adquirirla no pudo por menos que levantarle grandes sospechas. Al examinar la escritura de la finca comprobé que él no era el verdadero propietario de la misma, sino que la tenía arrendada de un tal don Bernardo de Águila y que todavía faltaban tres años para la expiración del contrato. El solar tenía una superficie de unos 6.000 acres, y por él pagaba la cantidad de ochenta dólares al año; no sabía qué hacer y me dijo que reflexionaría, lo consultaría con su esposa y me daría una respuesta al día siguiente en la cabaña. Luego me fui a visitar al Alcalde, pero este estaba demasiado bebido para poder reaccionar debidamente; hice unas

cuantas recetas para mis pacientes, y, en vez de ir a casa de don Gregorio, le envié un cortés mensaje por don José María para que se ocupase de sus propios asuntos y nos dejase en paz; regresé y pasé el resto del día entre las ruinas. Llovió durante la noche, pero de nuevo aclaró por la mañana, y nos encaminamos temprano al lugar señalado. Mi cometido era recorrer los alrededores para cortar árboles, desbrozar la maleza, cavar, desenterrar y preparar monumentos para que Mr, Catherwood pudiera dibujarlos. Mientras estaba dedicado a esta labor, recibí la visita de don José María, que todavía estaba indeciso respecto a qué hacer; pero yo, no queriendo aparecer demasiado ansioso, le dije que tomase más tiempo y que viniese a la mañana siguiente.

Y vino a la siguiente mañana en un estado verdaderamente lamentable. Estaba ansioso de convertir en dinero un terreno improductivo, pero sentía temor; dijo que yo era un extraño y que podían presentársele dificultades con el Gobierno. De nuevo, traté de convencerlo, prometiéndole que le protegería contra el Gobierno o lo descargaría de su compromiso. Don Miguel leyó mis cartas de recomendación y releyó la misiva del General Cascara. Quedó convencido, pero estos papeles no le daban derecho a venderme su terreno; la sospecha todavía flotaba en el aire; para terminar, abrí mi baúl del que extraje un chaqué diplomático con profusión de grandes botones con el águila, que me puse encima. Llevaba yo en aquel momento un sombrero panamá empapado por el agua de la lluvia y lleno de barro, una camisa a cuadros y unos pantalones originalmente blancos, pero en aquellos momentos amarillentos hasta las rodillas por efecto del barro, ofreciendo un aspecto tan chabacano como el de aquel rey negro que recibió imperturbable a un grupo de oficiales británicos en un punto de la costa africana con un plumeado penacho y guerrera militar. Pero don José María no resistía a la tentación de la botonadura de mi chaqué.

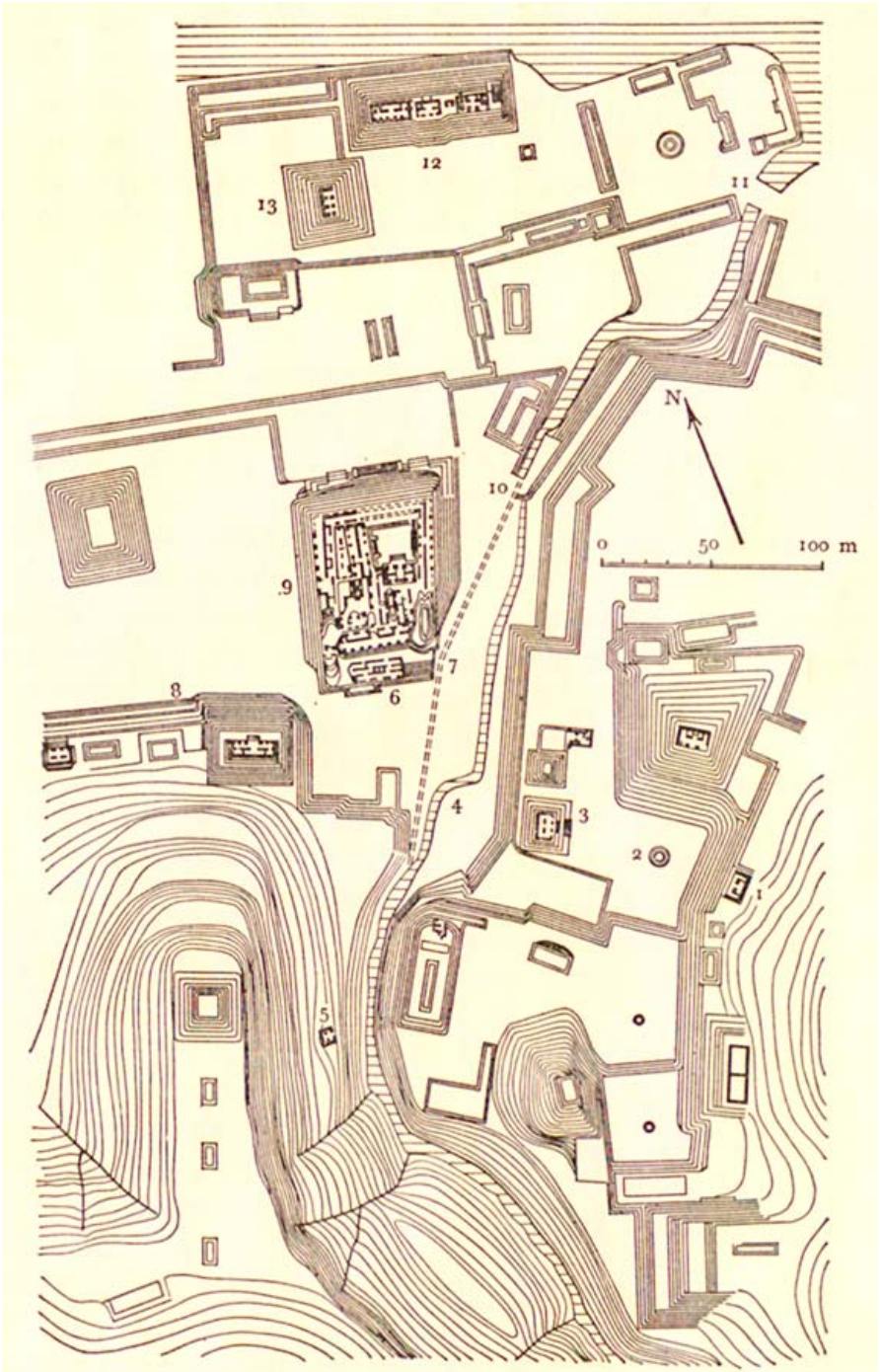
El paño era de lo más fino que jamás había visto, y don Miguel y su esposa, así como Bartolo se convencieron plenamente de que en su cabaña se alojaba un ilustre personaje «de incógnito». Lo único que faltaba era saber quién tendría un trozo de papel en el que redactar el contrato. Yo no me paré en bagatelas y le entregué a don Miguel un trozo de papel en el que se redactaron las cláusulas del contrato, citándolos para el día siguiente con objeto de legalizarlo ante notario. Quizás el lector sienta curiosidad por saber cómo se venden las viejas ciudades en América Central. Como otros artículos negociables, están sujetos a la ley de oferta y demanda del mercado; pero, al no tratarse de artículos de materia prima, como algodón o yute, se mantenían a precios de fantasía, y en aquella época no se vendía mucho. Yo pagué 50 dólares por Copán. No hubo ninguna dificultad sobre el precio. Ofrecí esa suma y aún así don José María se creyó que me estaba engañando, pensando que yo era tonto; pero, si le hubiera ofrecido más, seguro que me hubiera juzgado algo peor que tonto.

Incidents of Travel in Central America, 1842

El palacio de Palenque

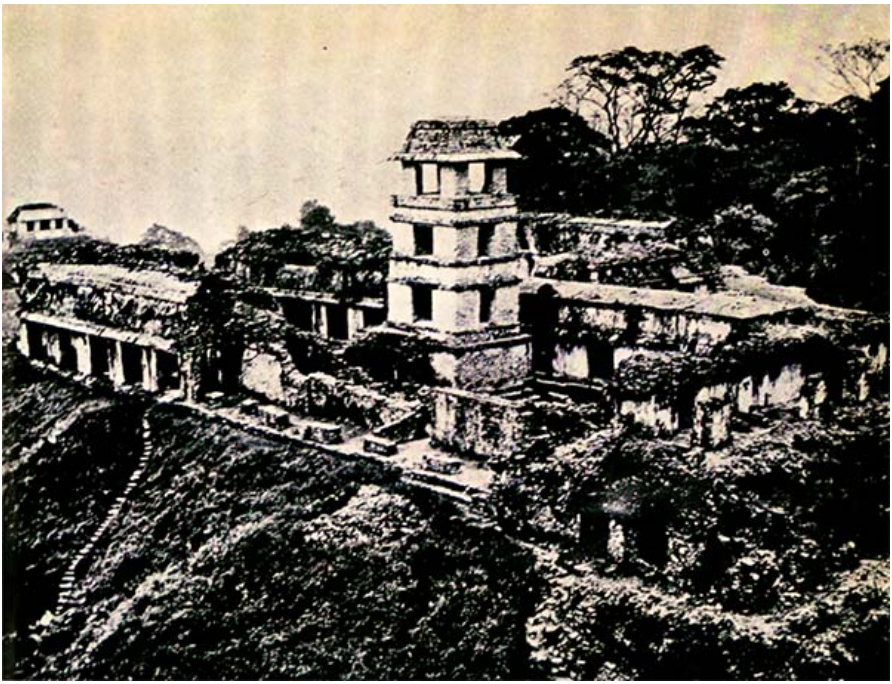
John Lloyd Stephens

Mientras tanto, proseguían los trabajos. Como en Copán, era misión mía preparar los distintos objetos para que Mr. Catherwood los dibujase. Muchas de las piedras hubieron de ser cepilladas y lavadas. Y, como era cometido nuestro obtener un máximo de exactitud en los dibujos, en algunos puntos tuvimos que erigir una especie de túmulos sobre los que colocar la cámara. Nuestra labor se vio facilitada en gran parte por Pawling.


12
13
11
N
10
0
50
100 m
9
7
6
8
4
3
2
1
5

Plano de Palenque. 1, Templo de la cruz frondosa. 2, Templo de la cruz. 3, Templo del sol. 4, Río Otulum. 5, Casa del jaguar. 6, Piedra circular. 7, Acueducto. 8, Templo de las inscripciones. 9, El palacio. 10, Cabeza de cocodrilo. 11, Puente. 12, Templos del norte. 13, Templo del conde.

Para que el lector pueda conocer el carácter de los objetos que nos interesaban, procederé a dar una descripción del edificio en que vivíamos, llamado el Palacio.



Palenque. Vista del palacio.

Una vista frontal de dicha edificación se puede apreciar en el grabado. No pretende este, sin embargo, aparecer tan exacto como los otros dibujos ya que la fachada anterior está en una condición más ruinosa. El edificio está situado sobre una elevación de forma oblonga, de 40 pies de altura, 310 pies en su frente y espalda, y 260 pies a cada costado. Esta elevación estaba formada primitivamente en su frente por piedra arrancada

por los árboles a medida que estos iban creciendo, y su forma apenas es perceptible.

El edificio mira al este y mide 228 pies en su frente por 80 pies de profundidad. Su altura no rebasa los 25 pies, y en todo su alrededor tenía una cornisa sobresaliente de piedra. El frente contenía 14 puertas de unos 9 pies de ancho cada una, y las correspondientes columnas medían unos 6 a 7 pies de ancho. A la izquierda (marchando hacia Palacio), ocho de aquellas columnas yacían en el suelo, igual que la cornisa a la derecha, y la terraza baja estaba cubierta de minas. Pero 6 columnas permanecen intactas, y el resto del frente está despejado.

El edificio está construido con piedra, y toda la fachada anterior, estucada y pintada. Las columnas están adornadas con vívidas figuras esculpidas en bajo relieve; una de las cuales está representada en el grabado opuesto. En la parte superior hay tres jeroglíficos, incrustados en el estuco. Está circundado por una pared ricamente adornada, de unos 10 pies de alto por 6 pies de ancho, de la que solo se conserva una parte. El personaje principal está en posición erecta y de perfil, mostrando un extraordinario ángulo facial de unos 45 º. La parte superior de la cabeza parece haber sido comprimida y alargada, quizá por el mismo procedimiento empleado con las cabezas de los indios Choctaw y Flathead de nuestro propio país. La cabeza representa algo distinto a lo actualmente existente en aquella parte de la región, y suponiendo que las estatuas sean imágenes de personajes reales y verdaderos o creaciones de artistas según su idea de la figura perfecta, dan testimonio de una raza, un pueblo ya desaparecido y desconocido. El adorno de cabeza es, evidentemente, un plumeado penacho. Sobre los hombros hay una pequeña cubierta decorada con botones y una armadura pectoral; parte del ornamento del cinturón está roto; la túnica es probablemente una piel de leopardo, y todo el vestido refleja sin duda la indumentaria típica de este pueblo desconocido.

Sostiene en su mano una vara o cetro, y junto a su mano se ven señales de jeroglíficos, que o están carcomidos, o totalmente desprendidos. A sus pies se ven dos figuras desnudas, sentadas con las piernas cruzadas y, al parecer, en actitud orante. Una fértil imaginación podría encontrar muchas explicaciones a estas extrañas figuras, pero a mi mente no acude una explicación satisfactoria. Sin duda, los jeroglíficos relatan una historia. El estuco tiene una consistencia admirable y es duro como piedra. Estaba pintado y en muchas de sus partes descubrimos residuos de rojo, azul, amarillo, negro y blanco.

Las columnas que aún quedan en pie contenían otras figuras del mismo carácter general, pero que, desgraciadamente, están más mutiladas, y, dada la pendiente de la terraza, era difícil colocar la cámara en una posición apta para reproducirlas. Las columnas que yacían en el suelo estuvieron, sin duda, igualmente cubiertas con adornos de la misma riqueza ornamental. Cada una de ellas tenía un significado particular, y todo el conjunto constituía probablemente una alegoría o leyenda; y cuando estaban íntegras y pintadas debían ofrecer un aspecto imponente y bello sobresaliendo por encima de la terraza.

La puerta principal no está indicada ni por su tamaño ni por ornamentación alguna en su parte superior, sino que se la distingue por una ancha escalinata de piedra que conduce a ella sobre la terraza. Estas puertas carecen de hojas, y no se observaron indicios de que las hubiera tenido en el pasado. Dentro y a cada lado, hay tres nichos en la pared, de 8 a 10 pulgadas cuadradas, con una piedra cilíndrica de *2* pulgadas de diámetro en posición erecta, con la cual posiblemente se sujetaba una puerta. A lo largo de la cornisa exterior, que sobresalía algo así como un pie de la parte frontal, se habían practicado unos agujeros a intervalos a través de la piedra; nuestra impresión fue que una inmensa tela de algodón, que arropaba todo el largo del edificio, pintada quizá con un estilo que se correspondía con

los ornamentos, había sido unida a esta cornisa, y se subía y bajaba a guisa de telón o cortina, según las inclemencias del tiempo, o sea según lloviera o hiciera sol. Tal tipo de cortina se utiliza ahora frente a las plazas de algunas haciendas en Yucatán. Carecíamos de base donde cimentar esta hipótesis. Tampoco fue sugerido ni por Del Río ni por el capitán Dupaix, y seguramente no hubiéremos aventurado esta conclusión si no hubiera sido por el dintel de madera que habíamos visto sobre la puerta de entrada en Ocosingo; y, después de lo que habíamos visto en Yucatán, nos reafirmamos en nuestra hipótesis, eliminando toda duda. No concibo, sin embargo, que esto pueda facilitar datos concluyentes respecto a la antigüedad de los edificios. La madera, de ser igual a la que vimos en otros lugares, debió haber sido muy resistente. Su proceso de descomposición probablemente fue muy lento y debieron haber transcurrido muchos siglos hasta su total extinción.

El edificio tenía dos corredores paralelos de idéntica longitud en sus cuatro lados. En el frente, estos corredores medían unos 9 pies de ancho y se extendían en toda la longitud del edificio más allá de 200 pies. En la larga pared que los divide solo hay una puerta, situada frente a la puerta de entrada principal, y tiene otra correspondiente en el lado opuesto, que conduce a un patio en la parte posterior. El piso es de cemento, tan duro como el mejor que se haya visto en las ruinas de los baños romanos. Las paredes tienen unos 10 pies de alto, están recubiertas por una argamasa, y a cada lado de la entrada principal están adornadas con medallones de los que solo permanecen los bordes (cantos); estos medallones contenían probablemente los bustos (efigies) de la familia real. La pared medianera tenía unas aberturas de un pie aproximadamente, y quizá su finalidad era la ventilación. Algunos tenían esta forma , y otros esta , que se llamaban la Cruz griega y la Te egipcia, lo cual se

presta a muchas especulaciones.

El techo de cada corredor tenía esta forma . Los constructores ignoraban con toda probabilidad los principios del arco, y el apoyo se conseguía con piedras superpuestas a medida que se elevaban como en Ocosingo, y también en las ruinas ciclópeas de Grecia e Italia. A lo largo de la coronación había una capa de piedra lisa (losa), y los lados, con su recubrimiento de argamasa, presentaban una superficie también lisa. Los largos y continuos corredores frente al palacio tenían como probable objeto hacer de antesala de gentilhombres y caballeros al servicio del rey; o, quizás, en aquella hermosa posición que, antes de que creciera el bosque, debía dominar una extensa panorámica de una llanura cultivada y habitada, el propio rey se sentaba para recibir los informes de sus oficiales y administrar justicia. Durante nuestra estancia allí, Juan ocupó el corredor frontal como cocina, y el otro nos servía de dormitorio. Desde la puerta central de este corredor una escalinata de piedra de 30 pies de longitud nos conduce a un patío rectangular, de 80 pies de largo por 70 de ancho. A cada lado de la escalinata se ven figuras gigantescas y de gesto tosco, esculpidas en piedra en bajo relieve, de 9 o 10 pies de altura y en una posición ligeramente inclinada hacia atrás desde el final de la escalinata hasta el piso del corredor. El grabado de enfrente representaba este lado del patio, y el siguiente muestra solamente las figuras, en una mayor escala. Van adornadas con ricos tocados de cabeza y collares, pero su actitud es de tristeza y conturbación. El trazado y las dimensiones anatómicas de las figuras tienen defectos, pero hay una fuerza expresiva en ellas que refleja la habilidad y poder creador del artista. Cuando nos posesionamos por primera vez del Palacio, este patio estaba lleno de árboles, de forma que apenas podíamos penetrarlo con la vista, y también lleno de escombros, hasta el punto de que nos vimos obligados a realizar excavaciones de varios pies de profundidad antes de poder extraer las figuras en cuestión.

A cada lado del patio, el palacio estaba dividido en apartamentos, probablemente dormitorios. A la derecha, las columnas se habían caído en su totalidad. A la izquierda, todavía se mantenían en pie y estaban ricamente ornamentadas con figuras de escayola. En el apartamento central, en uno de los orificios del arco a que nos hemos referido anteriormente, se veían los restos de un pilote de madera de aproximadamente un pie de largo, que antes se extendía al través, pero los restantes estaban carcomidos. Fue esta la única pieza de madera que encontramos en Palenque, y no la descubrimos hasta después de habernos apercibido de unos dinteles de madera situados sobre las puertas. Estaban también muy carcomidos y, probablemente, en pocos años no quedaría el menor vestigio de ellos.

En la parte más alejada del patio había otra serie de peldaños, que se correspondía con la de enfrente y a cada lado de la cual había figuras esculpidas; en la superficie lisa entre ambas se veían bloques individuales de jeroglíficos…

Todo el patio rebosaba de árboles y abundaba en ruinas de varios pies de altura, de modo que no podía apreciarse la estructura arquitectónica exacta. Como teníamos nuestras camas en el corredor adyacente, cuando despertábamos por la mañana y luego al final de la jornada de trabajo, las teníamos bajo nuestra vista. Cada vez que bajábamos las escaleras, las hoscas y misteriosas figuras nos miraban fijamente a la cara; para nosotros, era una de las más interesantes partes de las ruinas. Estábamos deseosos de realizar excavaciones, limpiar el recinto de escombros y dejar expedita toda la plataforma; pero esto era imposible. Probablemente está pavimentada con piedra o cemento; y a juzgar por la profusión de ornamentos en otras partes, hay razones para creer que podrían sacarse a la luz muy curiosas e interesantes muestras. Este agradable trabajo se reserva para el futuro expedicionario, que quizá vaya allí mejor dotado de hombres y equipo y con más conocimiento de lo que puede

hallar allí; y, en mi opinión, si no halla nada nuevo, el simple espectáculo de todo el patio le compensará del trabajo y gasto de limpieza del mismo.

La parte del edificio que forma la trasera del patio, con el que comunica por escaleras, consiste en dos corredores, lo mismo que en el de frente, pavimentados, emplastados, y ornamentados con estuco. El piso del corredor que da frente al patio sonaba a hueco, y se había practicado una rendija en él, que parecía conducir a una cámara subterránea; pero, al descender, mediante un árbol en el que se habían practicado unos cortes, y con ayuda de una vela, hallamos solamente un hueco en la tierra, sin unión con pared alguna.

En el corredor más alejado, la pared estaba rota en algunos lugares, y tenía varias capas independientes de argamasa y pintura. En un sitio contamos hasta seis capas, cada una de las cuales conservaban residuos de colores. En otro punto, pudimos ver lo que parecía una línea de caracteres escritos con tinta negra. Hicimos un esfuerzo para llegar a ella, pero al tratar de remover una delgada capa superior, se adhirió a esta, y tuvimos que desistir.

Este corredor estaba abierto a un segundo patio, de 80 pies de largo por 30 de ancho. El piso del corredor estaba a 10 pies sobre el del patio, y en la pared, abajo, había piedras cuadradas con jeroglíficos esculpidos en ellas. En las columnas había figuras de estuco, pero en estado ruinoso.

En la otra parte del patio había dos filas de corredores, que remataban el edificio en esta dirección. El primero de ellos se divide en tres apartamentos, con puertas que se abrían desde los extremos sobre el corredor de poniente. Todas las columnas se mantienen en pie; excepto la de la izquierda norte. Todas están cubiertas de ornamentos de estuco, y otra en jeroglíficos. El resto contiene figuras en bajo relieve.

La primera estaba circundada por un borde muy ancho al pie, parte del cual está destruido. El tema consiste en dos figuras con ángulos faciales similares al de la placa anterior, penachos de plumas y otros adornos para tocados de cabeza, collares, cintas y sandalias; cada una sostiene el mismo curioso bastón o cetro, parte del cual está destruido; y frente a sus manos hay jeroglíficos, que probablemente narran la historia de estos incomprensibles personajes. Las otras están en un estado más ruinoso, y no se ha hecho intento alguno para su restauración. Una está de rodillas como para recibir un honor, y la otra, un golpe.

Hasta aquí la disposición del palacio es sencilla y fácil de comprender, pero a la izquierda hay varios edificios peculiares e independientes como puede verse en el plano, cuyas características, sin embargo, no considero necesario describir. El rasgo más característico es la torre en la parte sur del segundo patio. Esta torre es bien visible por su altura y proporciones, pero al examinarla en detalle, no satisface ni interesa. La base tiene treinta pies cuadrados, y cuenta tres pisos. Al entrar pisando sobre un montón de basura que había en la base, encontramos otra torre, distinta de la exterior, y una escalinata de piedra, tan estrecha que un corpulento hombre no podría subirla. Esta escalinata terminaba en un techo de piedra ciego, que bloqueaba todo paso posterior; el último peldaño estaba tan solo a seis u ocho pulgadas del mismo. No teníamos ni idea de por qué esta escalera terminaba de semejante modo. La torre, en conjunto, era una sólida estructura de piedra, y en cuanto a su disposición y finalidad tan incomprensible como las tablas esculpidas.

A la izquierda de la torre hay otro edificio con dos corredores, uno ricamente adornado con figuras de estuco y que tiene en el centro la tabla elíptica representada en el grabado opuesto. Tiene cuatro pies de largo y tres de ancho, de roca dura fijada a la pared, y la escultura es un bajo relieve. A su alrededor

están los restos de un rico reborde en estuco. La figura principal está sentada con las piernas cruzadas sobre una litera ornamentada con dos cabezas de leopardo; la actitud es suave, la fisonomía igual a la de los otros personajes, y la expresión, tranquila y benevolente. La figura lleva alrededor de su cuello un collar de perlas, del que cuelga un pequeño medallón que contiene una efigie, quizá se trate de la imagen del sol. Como los otros temas de escultura que encontramos por el país, el personaje llevaba pendientes, brazaletes en las muñecas y un cinturón alrededor de las caderas. El tocado de cabeza difiere del de la mayoría de los de Palenque, ya que le faltan las plumas. Cerca de la cabeza hay tres jeroglíficos.

La otra figura, que parece la de una mujer, está sentada en el suelo con las piernas cruzadas, ricamente vestida y, aparentemente, en actitud de hacer una ofrenda. En esta supuesta ofrenda se ve un penacho de plumas, que, como se ha dicho, es el atuendo de cabeza que le falta a la figura principal. Sobre la cabeza del personaje sentado hay cuatro jeroglíficos. Es esta la única pieza de piedra esculpida que se ve en el Palacio, si exceptuamos las que hay en el patio. Debajo de la misma había antes una losa, cuya impresión en la pared todavía es perceptible, y que se refleja en el grabado con trazos débiles, según el modelo de otras losas todavía existentes en otros lugares.

Al final de este corredor hay una abertura en el pavimento, que, a través de una serie de peldaños, conduce a la plataforma; desde esta hay una puerta, con ornamento de estuco sobre ella, que se abre —a través de otra serie de peldaños— a un pasadizo estrecho y oscuro, que termina en otros corredores, que discurren transversalmente. Estos se llaman apartamentos subterráneos; pero hay ventanas que desde ellos se abren al suelo, y, en realidad, constituyen lisa y llanamente un piso bajo por debajo del pavimento de los corredores. En la mayoría de los lugares, sin embargo, son tan oscuros que es necesario visitarlos con

velas encendidas. No hay bajo relieves ni ornamentos de estuco; y los únicos objetos que nuestro guía señaló o que atrajeron nuestra atención, fueron algunas tablas de piedra, una de las cuales cruzaba y bloqueaba el corredor, de unos 8 pies de longitud, 4 de ancho y 3 de altura. Uno de estos corredores inferiores tenía una puerta que daba a la parte posterior de la terraza, y solíamos cruzarla con una vela para llegar a las otras edificaciones. En otros dos puntos, había tramos de escalera que conducían a los corredores superiores. Probablemente se trataba de dormitorios.

En la parte del plano marcada «Habitación núm. 1», las paredes estaban más ricamente adornadas con ornamentos al estuco que cualesquiera otras del Palacio; pero, desgraciadamente estaban muy deterioradas, mutiladas. A cada lado de la entrada había una figura de estuco, una de las cuales, la más perfecta, se reflejaba en el grabado opuesto. Cerca hay un apartamento en el que está señalado «pequeño altar». Estaba ricamente ornamentado, como aquellos a los que nos referiremos respecto a otras edificaciones; y, por la apariencia de la pared posterior supusimos que allí había habido tablas de piedra. En nuestra gran ignorancia acerca de los hábitos de la gente que había ocupado primeramente este edificio, nos fue imposible construir hipótesis alguna sobre qué utilización se había hecho de estos apartamentos; pero sí estamos en lo cierto al llamarle Palacio, el nombre que le dieron los indios parece posible que la parte que circundaba los patios eran para actos públicos y oficiales y, que el resto se ocupaba como lugar de residencia de la familia real; esta habitación con el altar —suponemos— era lo que llamamos, en nuestros tiempos, una capilla real.

Con esta ayuda y la facilitada por el plano, el lector podrá abrirse camino a través del Palacio de Palenque; se formará alguna idea sobre la profusión de sus ornamentos, de su singular y sorprendente carácter y de su lúgubre aspecto, rodeado de ár-

boles; y quizá la fantasía le hará ver —como a nosotros— cómo era antes de que la mano de la ruina hubiera pasado sobre él, perfecto en su amplitud y ricas decoraciones y ocupado por un pueblo extraño cuyos retratos y esculturas adornan ahora sus paredes.

Incidents of Travel in Central America, 1842

¿El elefante en América?

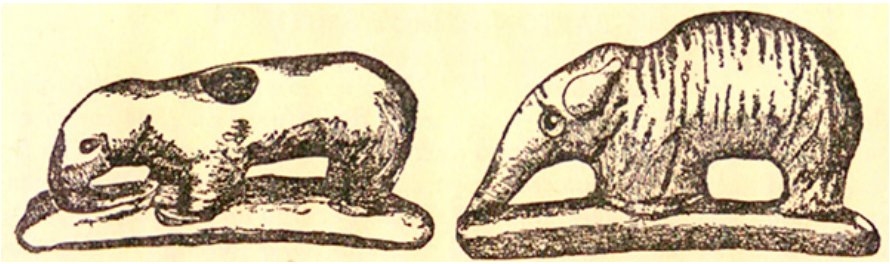
Grafton Elliot Smith

Sir Grafton Elliot Smith (1871-1937) nació en Grafton, Gales del Sur, y estudió Medicina en la Universidad de Sydney. En 1894 comenzó su labor investigadora en el campo de la anatomía, especializándose en la estructura del cerebro humano, y en 1896 fue a Inglaterra a continuar sus estudios en Cambridge. En 1900 aceptó el cargo de Profesor de Anatomía en la Escuela Médica Estatal de El Cairo, y durante su estancia en Egipto se percató de la importancia y posibilidad de aplicar su trabajo a los estudios de arqueología y antropología. Se unió a un grupo de arqueólogos en una exploración de 20.000 tumbas nubias y su contribución a la ciencia fue grande en el campo de la paleopatología. En su posterior actitud profesional como titular de Anatomía en las Universidades de Manchester y Londres, siguió mostrando un vivo interés por todas las facetas de la magia y religión, las primitivas emigraciones y la difusión de las culturas y fomentó una teoría sobre el posible origen egipcio de la civilización de América Central, que hoy cuenta con muchos adeptos.

La discusión sobre las representaciones que del elefante se han hecho ha desempeñado un papel excepcionalmente importante en la interpretación de la obra del hombre primitivo, por lo que la identificación de elefantes reproducidos de manera estilizada o convencional se ha convertido en uno de los temas candentes dentro del gran problema de la reconstrucción de la antigua historia de la civilización.

En su «Historia de la Nueva Francia», publicada en 1744, el Padre Charlevoix nos hace el relato de una tradición, que toda-

vía pervive entre los indios norteamericanos, sobre un gran alce, respecto al cual el finado Sir Edward Taylor hizo el siguiente comentario: «Es difícil imaginar que la visión real de un elefante vivo hubiera dado origen a esta tradición». En 1813, el Barón Von Humboldt describió el cuadro… de una criatura con cabeza de elefante, manos humanas, pies de pájaro y, como el Profesor Seler señaló hace algunos años, alas de murciélago, sobre lo cual Humboldt hizo las siguientes observaciones: «El disfraz de los sacerdotes en los sacrificios ofrece algunas notables y no accidentales semejanzas con el Hindú Ganesa (el dios de la sabiduría con cabeza de elefante)». Uno parece reconocer en la máscara del sacrificador la trompa de un elefante. El hocico del tapir no cabe duda que sobresale un poco más que el de nuestros cerdos, pero la trompa que figura en el «Codex Borgianus» está muy lejos de ser el hocico de un tapir.



Ejemplares de las famosas pipas de Iowa.

Durante el período de intervención ha producido una gran controversia respecto a estos y muchos otros cuadros y esculturas. Por ejemplo, hay una pintura en el «Codex Cortés»… que representa una figura humana con cabeza de elefante. La identidad de este dios con cabeza de elefante es obvia, porque lleva rayos y está asociado con una serpiente enrollada como para retener el agua que debía caer como lluvia. En otras palabras, se trata de una representación aparentemente infantil de un episodio en el «Rig-Veda» en el que dios India, que está asociado con un elefante y un trueno, sostiene un combate con la ser-

piente Vritra, descrita en la épica india en actitud de detener las aguas, o sea precisamente de la misma manera como el artista maya describe el episodio.

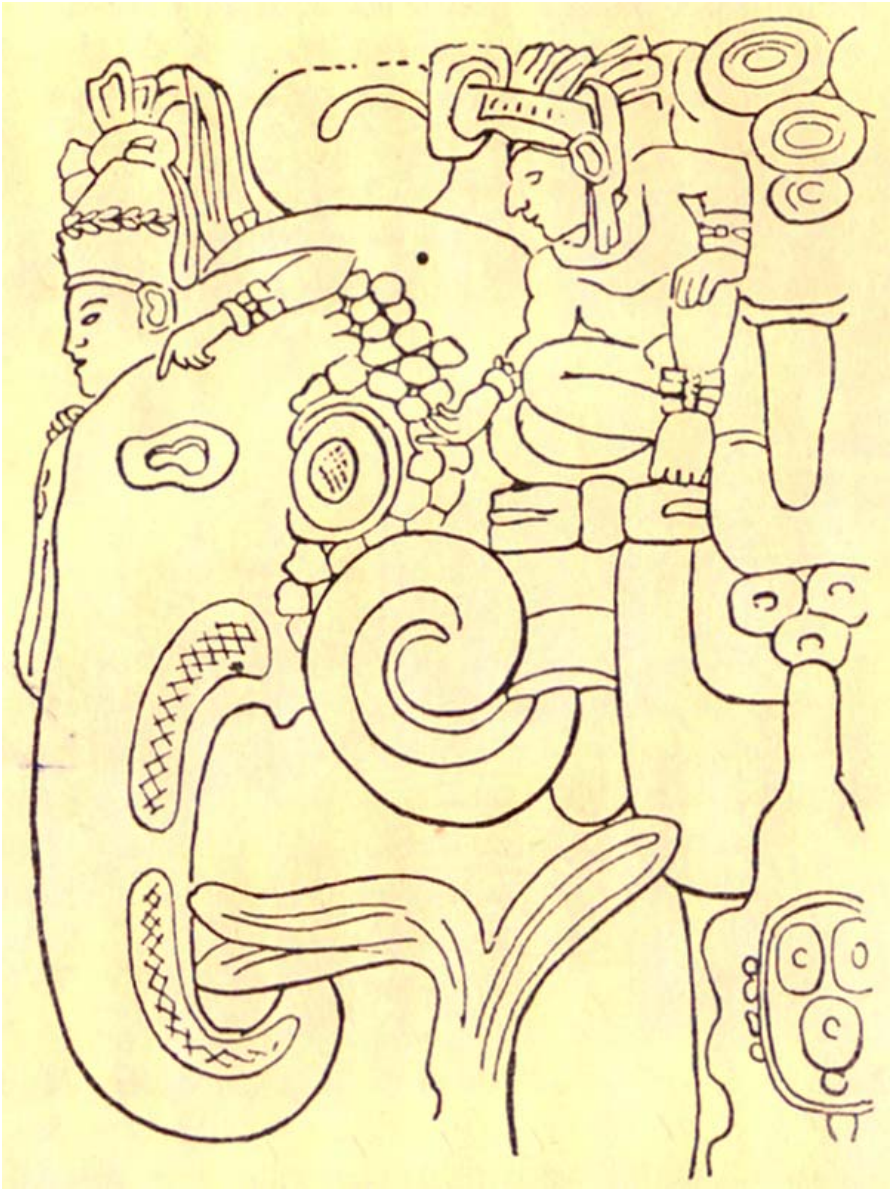
En otro Códice Maya… el dios con cabeza de elefante está representado en actitud de derramar agua de un vaso y con un pie sobre la cabeza de la serpiente para impedir que la lluvia llegase a la tierra. Este es también otro incidente en la mitología de la India, y uno podría presentar docenas de reproducciones de estos antiguos manuscritos americanos que servirían de guía infantil del «Rig-Veda». Si se objetase que el «Rig-Veda» fue escrito quizá veinte siglos antes de que el artista americano dibujase estos cuadros, es importante no olvidar que las antiguas historias indias eran todavía corrientes en Java, Camboya y otras regiones cercanas a la esquina sureste de Asia, en la época en que el artista americano de la otra orilla del Pacífico pintaba sus ilustraciones de la historia.

En el curso del pasado siglo hubo grandes controversias sobre ciertas ornamentaciones arquitectónicas en las esquinas de las edificaciones mayas en América Central, que han sido comparadas —y muy bien comparadas— con análogos ornamentos de edificaciones asiáticas, particularmente de Indochina y Java, y de los que se ha dicho representaban trompas de elefantes. Cualquiera que estudie la evidencia asiática se dará cuenta de que estos adornos no representan generalmente trompas de elefantes, sino formas altamente estilizadas y diversas del makara o Capricornio indio.

Las dos cabezas elefantinas de la estela B de Copán (según Maudslay, vista frontal)

En la fotografía del dibujo del Dr. Maudslay puede verse el extremo superior de un cipo en Copán (siglo VIII d. de C.), en América Central. El peculiar tocado de cabeza de la figura central presenta características distintivas de Java e Indochina. Lo mismo en las antiguas esculturas de Boro-Budur, en Java, que en los templos camboyanos se pueden ver tocados de cabeza como el que aquí se muestra, y que todavía lleva el emperador de Annam. La característica más distintiva de este singular tipo

es la esquina superior de la izquierda, que parece ser la representación estilizada de un elefante indio con un jinete inclinado hacia atrás sobre sus lomos, que lleva asimismo un turbante indio. La peculiar manera de estilizar la oreja se encuentra también en Asia, desde la India a Java; el singular modo de representar la trompa, y la sección inferior de la misma en dos zonas con esgrafiado, evidencia exactamente los métodos empleados por los artistas del Oriente asiático —en particular los de China — en una época que corresponde a aquella en que estas esculturas americanas fueron realizadas. Esta y muchas otras representaciones del elefante han sido discutidas por más de un siglo, pero nuevos datos informativos han salido a la luz recientemente, que, a mi entender, resuelven la cuestión definitivamente de una vez por todas.



Vista parcial de la estela B de Copan (según Maudslay)

Las formas con semejanza de elefantes en las esquinas superiores de las edificaciones mayas de Centroamérica han sido motivo de polémicas por más de ochenta años (vean mi libro «Elephants and Ethnologists» 1924), pero nuevas pruebas aca-

ban de aparecer que zanjan el problema de manera definitiva y concluyente.

Mr. Eric Thompson descubrió recientemente en la colección Ayer de la Biblioteca de Newberry (Chicago) los hasta ahora inéditos apuntes a la acuarela realizados hace noventa años por Frédéric de Waldeck, un artista francés que ha sido descrito (por el historiador Bancroft) como «el más infatigable y afortunado explorador de Palenque». Nadie va a dudar de la exactitud de la representación de la cabeza de elefante, lo mismo de perfil que de frente, con la boca totalmente abierta, como queriendo «coger el cacahuete». La forma romboidal de sus fauces abiertas, los cortados raigones de los colmillos y las marcas en la sección inferior de la trompa, todo ello son rasgos característicos del elefante.

Waldeck dice que las cuatro franjas (bajo relieves en estuco) fueron halladas por él mismo sobre el suelo de una habitación subterránea en el Palacio de Palenque (del que el Dr. Alfred P. Maudslay dio amplia información en su «Biológica Centrali-Americana», con profusión de bellas fotografías y planos), y las fotografías reproducidas fueron tomadas de sus apuntes a la acuarela. La otra fotografía reproduce el dibujo de Waldeck (las partes oscurecidas corresponden a restauraciones) que representa una parte de la pared de dicha habitación.

Mi colega, profesor Collie, ha llamado mi atención sobre el hecho de que el entramado floral —en modo alguno maya— que entrelaza ambas cabezas de elefante (y los derivados antropomorfoseados en la segunda losa) nos recuerdan motivos chinos bien conocidos de la época Tang, que señalan al siglo VIII o IX de nuestra era (una fecha que parece corresponder adecuadamente a la construcción maya en que se hallaron las losas). La tercera losa tiene un especial interés porque representa un estilizado tapir: las formas de la oreja, boca y hocico son características.

El dibujo en la pared es particularmente interesante. La cabeza de elefante está colocada sobre la serpiente enroscada, como tan a menudo ocurre en los códices mayas. Pero el escultor maya, anticipándose inconscientemente a las controversias que habrían de desarrollarse diez siglos después ha colocado como soportes heráldicos del elefante dos de los pretendientes rivales establecidos por los modernos etnólogos: el guacamayo a la derecha, y a la izquierda un muy estilizado tapir (compárese la losa con estuco) sosteniéndose sobre el cuerpo de un pájaro. Aquí tenemos también una prueba concluyente que debiera resolver de manera definitiva la controversia en torno al elefante.

Otras representaciones de elefantes han sido publicadas en San Salvador y Panamá. En 1916, el Dr. Thomas Gann halló en un montículo de Yallock en Guatemala, un vaso cilíndrico (actualmente en el Museo de Bristol) con pinturas policromadas de dos elefantes reproducidos en su verdadero color… La forma de la cabeza, cuerpo y patas no permiten abrigar dudas respecto a su identidad como elefantes; y las particularidades observadas en la mandíbula inferior y los dientes pueden explicarse estudiando la manera de estilizar los elefantes en Java y otros lugares del lejano Oriente. En los siglos en que el Gupta indio dominó la expresión artística en Indochina e Indonesia, China se vio también sometida a su influencia. No es mera casualidad que el arte chino llegase a su cénit durante el período de T'ang (602-907 de nuestra Era). La influencia de la India dejó su marca en el arte budista chino, y probablemente también en el del período de Nara, en Japón. Pero la gran ola de cultura que fluyó sobre Asia Oriental y el archipiélago malayo en el siglo VIII se introdujo también en Oceanía, y fue llevada a América Central. Los bajo relieves de Palenque representan el elefante asociado con motivos florales que hablan del período de Tang ya que corresponden a aquel período y fueron expresión de la misma inspiración.

The Elephant Controversy Settled by a Decisive Discovery. Illustrated London News, 15 de enero de 1927

El templo pirámide de Tepoxtlan

Eduard Seler

Eduard Seler (1859-1922) nació en Alemania y su deseo era hacerse maestro de escuela. Una grave enfermedad le obligó a buscar una ocupación más sedentaria, de modo que se puso a trabajar como traductor. Un libro sobre la América pre-colombina suscitó su interés en el tema, obteniendo un empleo en el departamento americanista del Museo Etnológico de Berlín. Por aquel tiempo, su salud había mejorado notablemente y en 1887 partió en una expedición con destino a América Central. Grande fue su contribución en el estudio de los escritos mayas y aztecas, e interpretó el complicado calendario azteca, aparte sus trabajos de campo en los monumentos de la región.

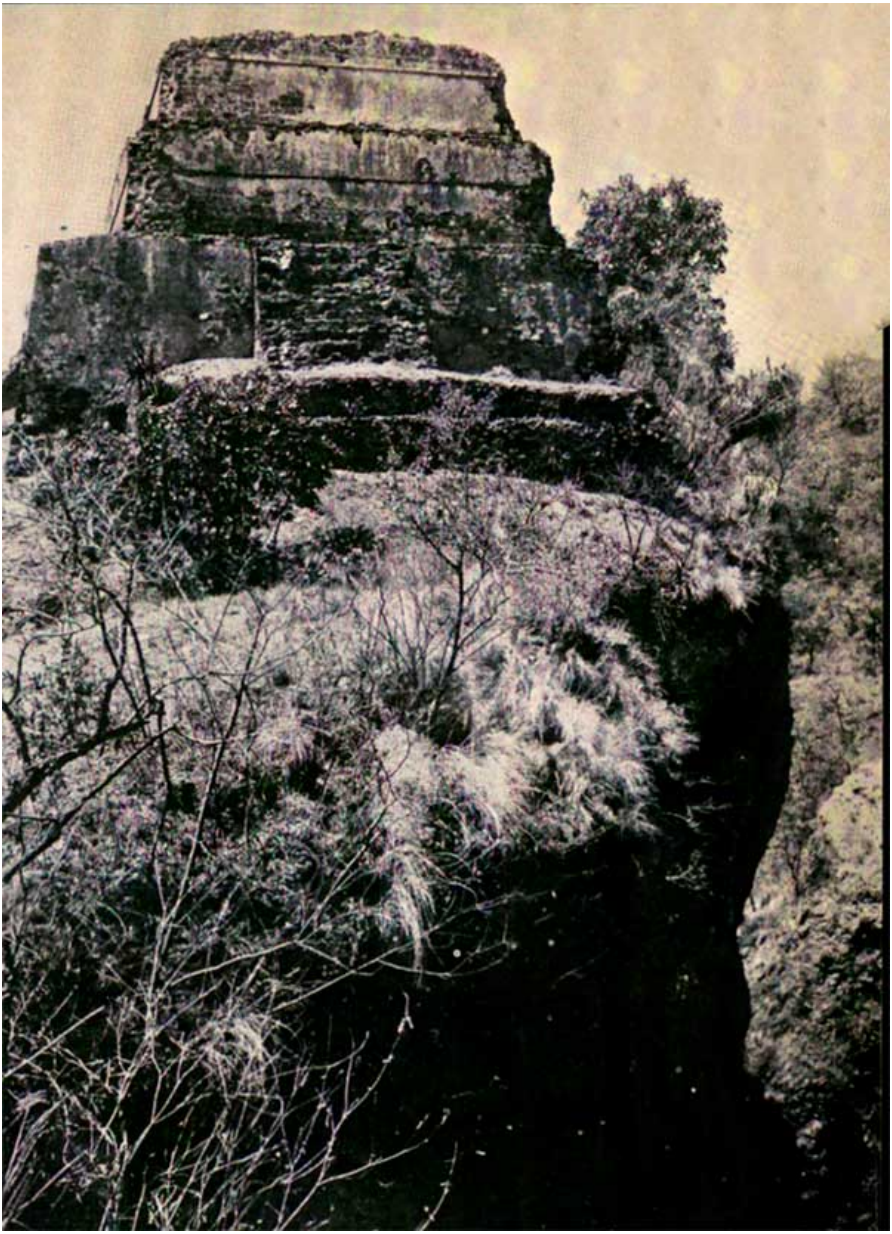
La escollera que conduce desde Ciudad de Méjico, en dirección sur —que antes discurría por las aguas saladas del mismo lago y ahora a través de prados— hasta Churubusco, el antiguo Uitzilopochco, donde la carretera tiene un ramal a Chalco y otro que va hasta las márgenes de las grandes corrientes de lava, que se extienden desde un pequeño volcán bajo la colina cerro de Ajusco hasta la llanura, a 2.300 metros sobre el nivel del mar. Un viajero que deje el pueblo por esta carretera verá ante sus ojos una alta cordillera, que une la alta Ajusco con el cono de vértice nevado del Popocatepetl, y en esta dirección forma la vertiente sin drenar de Méjico. Esta cordillera está cruzada desde Xochimilco por un largo sendero gradualmente ascendiente, que, finalmente conduce a una extensa floresta de pinos que cubren todo el ancho de la cordillera. Otra carretera, que parte de Chalco, se introduce en el valle de Amecameca, preci-

samente junto a la base occidental del Popocatepetl, por una senda menos elevada. En ambos lugares, la montaña desciende por el sur casi en plomada hacia los valles inferiores, cuyos torrentes corren hacia el río de las Balsas. Son estos los valles de Cuernavaca, situados a unos 1.600 metros sobre el nivel del mar, y de Yautepec, unos 500 metros más bajo. Son famosos desde los tiempos antiguos por su benigno clima. Aquí los reyes mejicanos tenían sus jardines de recreo, donde cultivaban plantas de las tierras cálidas, que en el mismo Méjico no florecían. Cortés no dejo de incluir este distrito dentro de los límites de su marquesado, y los virreyes, así como el infortunado Maximiliano, gustaban de residir en este privilegiado valle. A mitad de camino entre Yautapec y Cuernavaca, inmediatamente al pie de la ondulada cordillera que se eleva al norte, en una escarpada que hay en el extremo superior de una serie de colinas y quebradas que divide los valles de Yautapec y Cuernavaca, en el centro de una pequeña llanura que forma el extremo noroeste del valle de Cuernavaca, está situada la ciudad de Tepoxtlan. Aunque solo alejado unas tres millas de cada una de las mencionadas ciudades, este lugar, debido a estar distanciado de las grandes rutas que irradian desde la capital y en las faldas de una montaña, ha permanecido hasta hace poco escasamente conocido o explorado. Los antiguos habitantes, que sin duda eran de la misma raza que los Tialhuies de Cuernavaca, han participado mayormente en la historia de la última. Cuernavaca, la antigua Quauhnauac, fue el primer territorio que cayó en manos de los mejicanos cuando empezaron a extenderse más allá de los límites del valle. Durante el reinado del tercer rey mejicano, Itzcouatl, que reinó en el segundo cuarto del siglo XI, tuvo lugar el asedio y captura de Cuernavaca; y bajo Moctezuma Ilhuicamina, el rey que sucedió a Itzcouatl, Tepoxtlan (es citado en el Códice de Mendoza, juntamente con Quauhnauac, Uaxtepec y Yautepec), Aubin-Goupil informa, con relación a la

subida al trono en el año 1487 del rey Ahuitzotl, que fue celebrada con grandes sacrificios de cautivos, que se habían instalado nuevos reyes en Quauhnauac, Tepoxtlan, Uaxtepec, Xiloxochitepec.

En la lista de tributos (códice de Mendoza, pág. 26, núm. 13), Tepoxtlan, «lugar del hacha», se coloca de nuevo con las mismas ciudades del grupo Uaxtepec. Cortés estableció contacto con Tepoxtlan en el año 1521, durante su marcha desde Yautepec a Cuernavaca, cuando, al no querer sus habitantes rendirse voluntariamente, quemó la ciudad. Bernal Díaz alabó las bellas mujeres y el botín que los soldados obtuvieron aquí. Después de establecido el poder español, Tepoxtlan, con Cuernavaca fue incluida en la regalía que, con el título de Marqués del Valle de Oxaca se le confirió a Cortés en recompensa por sus distinguidos servicios. Una relación manuscrita del año 1582, que se conserva con otras de idéntico carácter en el Archivo General de Indias en Sevilla, se refiere al lugar como Villa de Tepoxtlan, y menciona seis estancias a ella subordinadas. En dicha Relación se informa asimismo que la lengua mejicana era hablada por sus habitantes, lo mismo los que todavía vivían en el lugar como aquellos otros que, habiéndose disgustado con el país, habían emigrado a la vecindad de Veracruz. Con su incorporación al marquesado, la ciudad se salvó sin duda de la opresión y vejación de comendadores de menor cuantía. En su aislado pueblo montañoso, la gente pudo preservar su idioma y viejas costumbres. El lugar tiene ahora una población de 5.000 a 6.000 almas de pura descendencia india, que hablan un mejicano, puro, incorrupto, están orgullosos de su descendencia y se aterran tenazmente a sus viejas y tradicionales costumbres. Es digno de mencionar por su interés que desde el año pasado se publica aquí un periódico con el título «El Grano de Arena», que, además del texto español contiene algunas columnas en lengua mejicana.

Cuando pasábamos por la ciudad de Cuernavaca en Diciembre de 1887 de regreso de una expedición a Xochicalco, se nos informó que había una pirámide en Tepoxtlan tan interesante como la de Xochicalco. Deseábamos visitarla, pero el gobernador del Estado de Morelos nos dijo en aquella época que no podía permitirlo porque «estos indios son terribles». Como todavía teníamos mucho que ver en otras partes, no insistimos. Aparte el informe general, nada se supo hasta muy recientemente de la pirámide de Tepoxtlan, pero hace dos años, con ocasión de la extraordinaria Sesión del Congreso Americanista que había de celebrarse en Méjico y se hacían esfuerzos en todo el país para suministrar algo nuevo en materia de reliquias y hallazgos para los investigadores que asistían a esta reunión, se pensó —incluso en Tepoxtlan— en liberar la pirámide de esta localidad de los escombros que la ocultaban a la vista y abrir sus cámaras interiores y paredes exteriores. Un joven ingeniero Francisco Rodríguez, un nativo de Tepoxtlan, acogió esta idea con entusiasmo y luchó para llevarla a la práctica. Logró inducir a sus conciudadanos a que prestasen servicios voluntarios, y así, en los meses de agosto y septiembre de 1895, la pirámide quedó despejada, acontecimiento del que los tepoxtecas se sienten hoy orgullosos.



Fachada posterior del templo de Tepozteco, en Tepoztlan, Morelos (México). Cultura Náhuatl.

Una descripción de la pirámide, incluyendo un plano de la estructura, fue sometido por el Sr. Rodríguez al Congreso reu-

nido en octubre del año 1895. Ahora se ha publicado en las memorias del Congreso. Más tarde, acompañado por el Sr. Rodríguez, Mr. Marshall II Saville visitó la pirámide y tomó varias fotografías de la misma. En agosto de 1896, Mr. Saville leyó un informe sobre la pirámide ante la American Association for the Advancement of Sciences (Asociación Americana para el Progreso de las Ciencias), reunida en Buffalo, que fue publicado en el volumen 8 del Boletín del Museo Americano de Historia Natural, y, más tarde, en el periódico «Monumental Records». A base de este informe y el del Sr. Rodríguez, recogí la información que aparece más abajo.

La pirámide está situada a unos 2.000 pies sobre el pueblo, en un acantilado que se destacaba de la cadena montañosa, que, al norte de la ciudad se eleva arrugada y en precipicio sobre la llana planicie, pero su emplazamiento exacto está marcado por unas prominencias rocosas que a la izquierda sobresalen por encima de la cordillera. Desde la base del precipicio, la carretera asciende a través de un pequeño cañón. Encontramos algunos tramos de escaleras, unos hechos en la misma roca, y otros construidos con ladrillo. Se ven inscripciones talladas aquí y allí en las paredes perpendiculares de la garganta. Aproximadamente a mitad de la altura a la cima, la carretera emerge del cañón y corre hacia arriba por el mismo frente del acantilado. En un tramo de casi 100 peldaños, según informe de Saville, el ascenso es casi perpendicular. Los peldaños o están incrustados en la roca o apoyados por mampostería. Cuando Rodríguez comenzó sus excavaciones aquí, se vio obligado a utilizar escalas en dos puntos, ya que el camino estaba obstruido por los fragmentos de roca desprendida. Una vez alcanzada la cima del acantilado, se observa que consiste en dos mesetas separadas que están conectadas por una estrecha lengua. Al Oeste, en una de estas dos mesetas, está el templo-pirámide, la otra está casi totalmente cubierta de paredes maestras de distintos tipos y ta-

maños, que seguramente sirvieron de morada a los sacerdotes, y otras edificaciones anejas. Detrás se levanta un rocoso acantilado cubierto de pinares al que solo se puede llegar desde este lugar, y aquí el Sr. Rodríguez encontró agua corriente.

Vista desde la parte Oriental, la pirámide se eleva en tres terrazas sobre una tosca estructura que forma una base horizontal sobre el agreste y desnivelado terreno… Un tramo de escalera en esta parte conduce a la cima de la primera terraza que, elevándose hasta una altura de 9,5 metros sobre el cimiento rocoso, forma la amplia base del propio edificio, compuesta por las otras dos terrazas. Una segunda escalera en la parte sur, cerca de la entrada del templo, conduce a la cima de la terraza inferior… Al Oeste, donde está el frente del templo, la primera terraza forma una pequeña plataforma, y, en el centro de esta, hay un banco bajo rectangular con esquinas dentadas, por encima del cual probablemente tramos de escaleras conducían a los cuatro costados. La situación de esta pequeña estructura corresponde al lugar donde, en el gran templo de Méjico, estaban las dos piedras redondas, la «quauhxicalli» y la «temalacatl», y seguramente se utilizaba para similares sacrificios. También hallé una estructura análoga en Quiengola, en la línea media de la plataforma de la pirámide oriental, cuyo frente también miraba al Oeste. Desde esta plataforma, una escalera conduce a la cima de la segunda terraza y a la entrada del templo propiamente dicho, que forma la tercera terraza. Este templo contiene paredes de 1,9 metros de espesor, construidas con bloques de «tezontle» (roca volcánica porosa) roja y negra, con un copioso mortero de limo y arena, y que llega hasta 2,5 metros de altura. El tejado se ha derrumbado. Por las ruinas, Rodríguez pudo aún determinar que había sido un arco liso con una elevación máxima de 0,5 metros, una longitud de 5 metros y un espesor de 0,7 metros, compuesto por piezas de «tezontle» y una gran cantidad de mortero, cuyo uso en gruesas capas hizo

posible su construcción. En el emplazamiento de la pared frontal pueden verse los restos de dos columnas de mampostería, que daban paso a una amplia entrada central con otras dos estrechas, una a cada lado. El espacio interior está dividido por una pared de 0,9 metros de espesor, atravesada por una puerta de entrada, en dos habitaciones, de las cuales la frontal discurre 3,73 metros y la interior, 5,2 metros, con un ancho de 6 metros. En el centro de la habitación frontal, Rodríguez encontró una depresión rectangular y, en ella, residuos de carbón vegetal y trozos bien conservados de «copal» (resina). Aquí estaba, pues, con toda probabilidad la pira donde ardía el fuego sagrado y de donde, seguramente, se extraían ascuas con que quemar incienso en honor a su dios.

En el eje de la cámara interior, y contra la pared del fondo, estaba el ídolo. La puerta que conectaba las dos habitaciones tenía un ancho de 1,9 metros. Está flanqueada por dos pilares, que están cubiertos de estuco y ricamente ornamentados. En la parte inferior hay una especie de rizado; sobre este, una greca en relieve, como las de los palacios de Mitla, y, en la parte superior una pintura del sol, de la que solo se conserva la parte inferior. Todo ello está pintado en colores, y estos colores se mantienen aún aceptablemente frescos. En el sitio donde estaba el ídolo, en la habitación posterior, Rodríguez halló restos de una subestructura entre los que había dos piezas esculpidas, una de ellas —según relato— conteniendo un bajo relieve, cuyo carácter no se especifica, pintado con un color rojo vivo; la otra es una representación en relieve de la corona real mejicana (xiuhuitzolli). Ambas piezas se conservan hoy en el cabildo de Tepoxtlan, en un cuarto convertido en museo. La característica más interesante del apartamento interior son los bancos, adornados en su frente con piedra labrada. Van en círculo en una parte de la habitación central y luego a lo largo de la parte posterior y ambas paredes laterales de la habitación interior. Muestran en

la parte superior, un friso estrecho, un tanto sobresaliente, sobre el que al parecer se representan los veinte caracteres de los días. Debajo, y en cada pared lateral, hay cuatro grandes losas, con símbolos en relieve, que, aparentemente se refieren a los cuatro puntos cardinales. En la parte sur vimos lo que parecían ser las cuatro edades prehistóricas; en la parte norte, dos dioses que corresponden a los cuatro puntos cardinales están representados por sus símbolos. Trataré de explicar estos con más exactitud, hasta que puedan estudiarse moldes o buenas fotografías. Los relieves en la pared posterior son quizá de una naturaleza todavía más interesante, aunque, desgraciadamente, una parte del banco está destruida. Es de esperar que Mr. Saville, que acaba de regresar a Tepoxtlán y Xochicalco, traiga a casa moldes satisfactorios y dé a conocer estas representaciones.

Finalmente, además de lo antedicho, dos tablas de piedra, que se encontraban empotradas en la pared sur de la terraza inferior de la pirámide, son de un interés especial. Una contiene el jeroglífico del rey Ahuitzotl, que deriva su nombre de un pequeño animal acuático en forma de fantasma, que, según los relatos mejicanos, desempeñó el papel de una especie de espíritu del agua y así se representaba. En la otra losa, había pintado un conejo, y a su lado, 10 círculos, que debían indicar el año 10 Tochtli, correspondiente al año 1502 de la Era Cristiana, último año del reinado de Ahuitzotl, o año de su muerte. Saville interpretó estas dos tablas con toda exactitud, llegando a la conclusión de que el año en que se erigió el templo y su constructor quedaron así inmortalizados. Probablemente, esto es correcto, en cuyo caso, en realidad, «el antiguo templo de Tepoxtlán sería la única estructura aborigen que todavía quedaba en pie en Méjico a la que se le podía asignar una fecha exacta».

Sería luego interesante saber a qué dios se le ofrendaban los sacrificios en este lugar. Ni Rodríguez ni Saville han intentado responder a esta pregunta. Yo, afortunadamente, me encuentro

en condiciones de resolver la incógnita sin más discusiones. Había un tipo de divinidades o deidades entre los mejicanos que estimulaba el deseo o la repugnancia de los monjes y de los españoles en general. Eran estos los dioses de la borrachera. Igual que nosotros (en Alemania) decimos de un borracho que «ha cogido una mona», los mejicanos, con otra idea sin duda totalmente distinta, hablan de «un conejo» (tochtli), bajo cuya influencia actúa la persona bebida. Dicen de esta que «se enconejó» (omotochtli) cuando alcanza un estado de insensibilidad que le puede conducir a hacer daño. De aquí que los dioses de la borrachera se llamaran también Totochtin, «conejos». El día Tochtli «ome» (2 conejos) estaba bajo su influencia. Cualquiera que naciese aquel día no sería persona que tomase especiales precauciones y estaría condenado irremisiblemente a convertirse en un beodo. Toda vez que había diferentes tipos de borrachera —y la propia intoxicación se manifiesta en distintas personas con diferentes efectos—, los «400 conejos», (centzon totochtin) significaban algo así como «si alguien tratara de decir que el *pulque* hacía innumerables tipos de borrachos». Por ello, estos dioses eran llamados también «centzon totochtin», los «400 conejos», y un gran número de ellos eran designados con nombres particulares. Respecto al significado de estas deidades, este hecho es de importancia primordial, ya que están íntimamente relacionadas con la diosa de la tierra. Como ella, llevan el dorado adorno de nariz «Huaxtec», en forma de media luna, que se llamaba *yacametzli*. Este adorno era tan típico entre ellos, que generalmente aparece en todos los objetos dedicados a los dioses *pulque*. Otra característica de estas deidades son las caras pintadas a dos colores, rojo y negro. Los dos colores, en varias franjas rojinegras longitudinales, servían también para designar los objetos dedicados a estos dioses. Así, en el manuscrito gráfico de la Biblioteca Nacional de Florencia, la «manta de dos conejos» (ome-tochtihnatli), que cubre los

hombros de los dioses pulque, y, en el mismo manuscrito, el escudo de Macuil-Xochitl, están marcados de este modo. Estos dioses se caracterizan por una observación que sobre ellos hay en el manuscrito de referencia con más exactitud que por su relación con la diosa de la tierra. Los dioses *pulque* en este manuscrito se representan después o entre las «fiestas móviles», inmediatamente después de la fiesta de las flores (chicome xochitl y ce xochitl), y aquí se dice que «cuando los indios habían cosechado y almacenado su maíz, bebían hasta la intoxicación y danzaban mientras evocaban este demonio y otros de estos cuatrocientos». Parece, pues, que se trata aquí de dioses de la agricultura o economía doméstica, que impartían virtud al suelo como el pulque y daban valor y fortaleza, siendo la bebida de los temerarios y fuertes, de las águilas y los jaguares (quauhtli y ocelotl), es decir los guerreros.

Entre los nombres por los que eran conocidos estos dioses, además del «ome Tochtli» (2 conejos), que se refiere directamente a su naturaleza como dioses *pulque*, encontramos casi exclusivamente algunos que se derivan de nombres de localidades o al menos están formados de un modo similar a los que se derivan de nombres de lugares como Acolhua, Colhuatzincatl, Toltecatl, Totoltecatl, Izquitecatl, Chimalpanecatl, Yauhtecatl, Tezcatzoncatl, Tlaltecayoua, Pahtecatl, Papaztac, Tlilhua; y un dios pulque, Tepoxtecatl, un dios de Tepoxtlan, se cita repetidamente y de manera destacada.

Si tomamos en consideración el hecho de que el templo que he descrito antes, todavía le llama la gente «casa del Tepoxteco», entonces no está lejos la hipótesis de que se trata de nuestro Tepoxtlán del que el dios Tepoxtecatl deriva su nombre, y esta suposición se ve confirmada por dos buenos testigos. En la relación que ya mencioné al comienzo, que era la respuesta a una pregunta escrita y enviada en el reinado de Felipe II con el mismo texto a todas las ciudades de los territorios coloniales

españoles, la pregunta relativa al nombre de este lugar, y el significado del nombre se contesta así: Se dice que la localidad se llama Tepoxtlan porque, cuando sus antepasados se asentaron en esta tierra, encontraron ya este nombre en uso, ya que los que se habían asentado allí antes (o primero) dijeron que el gran demonio, o ídolo, que tenían se llamaba *Ome Tuchitl*, es decir «2 conejos», y que llevaba el sobrenombre de Tepoxtecatl. El otro testimonio que facilitado por el tantas veces repetido manuscrito gráfico de la Biblioteca Nacional de Florencia, que, aparte otros varios dioses pulque, representa a Tepoxtecatl de cuerpo entero y con jeroglíficos y observaciones relativas al mismo: «Es esta la representación de una gran iniquidad que era habitual en una aldea llamada Tepoxtlan; es decir, cuando un indio moría en estado de intoxicación, los otros habitantes de la aldea le hacían una gran fiesta, blandiendo en sus manos hachas de cobre que servían para derribar árboles. Esta aldea está cerca de Yautepeque. Son vasallos del Marqués del Valle…». Es de esperar que el interés suscitado una vez entre los patrióticos habitantes de Tepoxtlan continúe, y que ulteriores investigaciones suministren más material importante para el estudio de la antigua civilización y la historia de estas regiones.

The Temple Pyramid of Tepoxtlan, Bulletin of the Bureau of American Ethnology, n.º 28, 1904

Una tumba real en Palenque

Alberto Ruz

Alberto Ruz *(1906-1979) se educó en la Universidad Nacional de Cuba, luego en la Escuela de Antropología e Historia, en Méjico, y dedicó muchos años a sus investigaciones arqueológicas y antropológicas en la Universidad Autónoma de Méjico y en París. Ocupó progresivamente altos cargos en el Instituto Nacional de Antropología e Historia de Méjico, y, finalmente, fue nombrado Director. En este cargo, dirigió muchas y valiosas investigaciones sobre la historia de Centroamérica, con particular énfasis en la civilización de los antiguos mayas.*

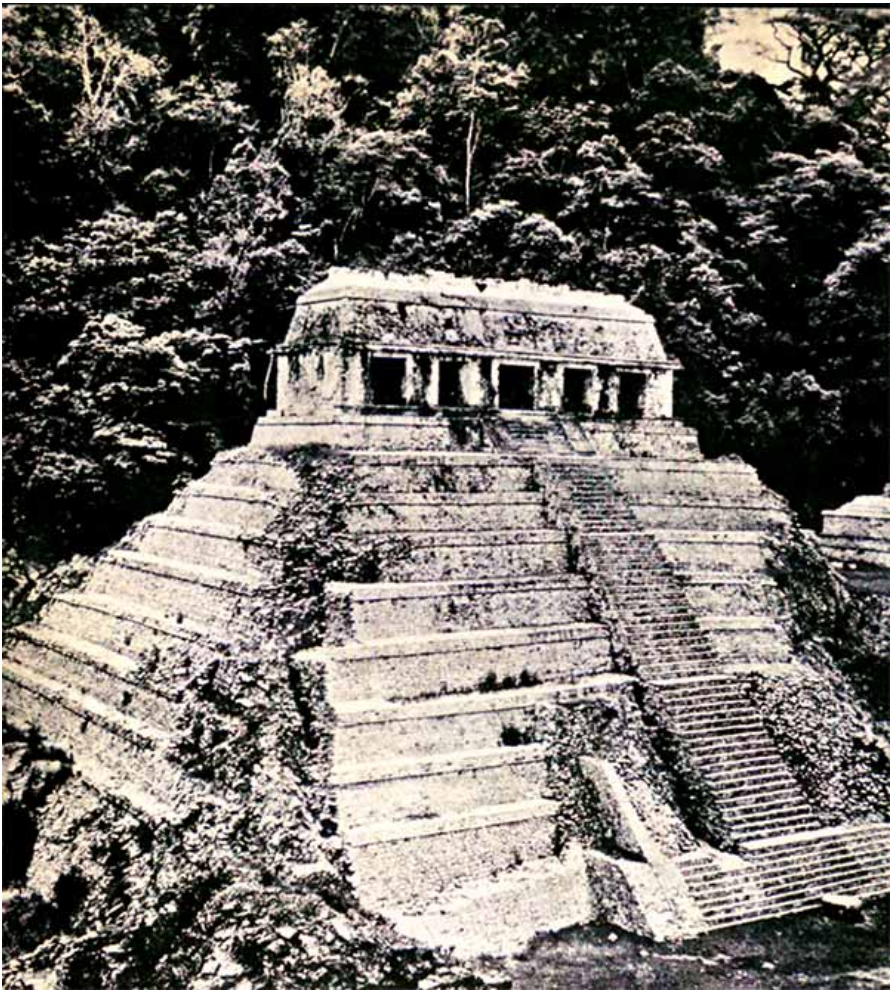
Cuando, en la primavera de 1949, el Instituto Nacional de Antropología e Historia de Méjico, me nombró director de estudios en Palenque, me di cuenta que se trataba del más importante cargo que había tenido en mi vida profesional.

Sabía que mis predecesores habían sido exploradores, artistas, hombres de ciencia y personas destacadas, y que allí se habían descubierto maravillosas esculturas en el transcurso de 150 años; pero estaba convencido de que muchos otros tesoros arqueológicos todavía permanecían ocultos entre los escombros de los palacios, templos, pirámides y bajo la densa y misteriosa jungla de Chiapas que había sido su celoso guardián.

Palenque. Detalle de la crestería del Templo de la Cruz.

Una característica de mi plan de trabajo era que siempre estaría presente en los planes de los arqueólogos que trabajaban en Méjico y América Central: buscar estructuras arquitectónicas de épocas anteriores que yacían debajo de las construcciones hoy visibles. Se ha comprobado, en efecto, que los antiguos habitantes de América Central tenían la costumbre de edificar en la cima de viejas construcciones, debido mayormente a su intención de aumentar su altura y llevarlos más cerca del cielo, donde moraban los dioses, más que por razones puramente prácticas.

Por varias razones, decidí realizar semejante búsqueda en el Templo de las Inscripciones. Primero, porque era el edificio más alto de Palenque y, por lo tanto, el que tenía más probabilidades de haber sido construido sobre una vieja edificación; en segundo lugar, porque era importante y contenía algunos paneles grandes y finamente esculpidos y unas de las mayores inscripciones mayas en jeroglífico; y tercero, porque nunca se había explorado y su piso estaba más o menos intacto… debido a que estaba construido con grandes losas en vez del más usual emplasto simplemente nivelado.



El templo consta de un pórtico que conduce a un santuario y dos celdas laterales; y en la nave central del templo, una de las losas del piso llamó mi atención, como les había ocurrido a mis predecesores en aquel lugar. Esta losa tiene en torno a sus bordes dos filas de agujeros provistos de «enchufes» de piedra. Después de cavilar durante horas sobre su posible finalidad, llegué a la conclusión de que la respuesta podría hallarse bajo la piedra; así pues, comencé a despejar el pavimento alrededor de la losa, en un lugar donde las otras losas habían sido ya removidas o rotas por los buscadores de tesoros, que habían desistido de seguir adelante al tropezar con pesadas piedras.

Poco después de empezar a quitar los escombros, comprobé que las paredes del templo se prolongaban por debajo del pavimento, en vez de detenerse a su nivel, señal segura de que se podía encontrar «algo» debajo. Con esta esperanza, me puse a excavar y, al día siguiente (20 de mayo de 1949), apareció la piedra que en la arquitectura maya se utiliza siempre para cerrar la bóveda. Los mayas no levantaban un verdadero arco, y su abovedado era simplemente el resultado de colocar las paredes más cerca entre sí mediante planos inclinados que convergían hasta que solo quedaba un muy pequeño espacio que pudiera cerrarse con una sencilla piedra lisa. Unos días más tarde, hallé un peldaño de escalera, y luego más y más peldaños. Lo que había hallado era una escalinata interior que descendía a la pirámide y que por motivos que entonces no pude comprender, se había hecho impracticable a causa de un relleno de grandes piedras y arcilla.

Cuatro fases de trabajo —de dos meses y medio cada una— se necesitaron antes de poder sacar la piedra de la misteriosa escalera. Después de un tramo de 45 peldaños, llegamos a un rellano curvo en «U». De aquí seguía otro tramo, de 21 pelda-

ños, que conducía a un corredor, cuyo nivel respecto al suelo es más o menos igual al de la pirámide, es decir, unos 22 metros bajo el pavimento del templo. En la bóveda sobre el rellano se abren dos galerías que permitían el paso del aire y un poco de luz desde el patio adyacente.

Sobre una de las primeras escaleras encontramos una construcción de mampostería en forma de cajón que contenía una modesta ofrenda: dos pendientes de jade colocados sobre un guijarro de río pintado de rojo.

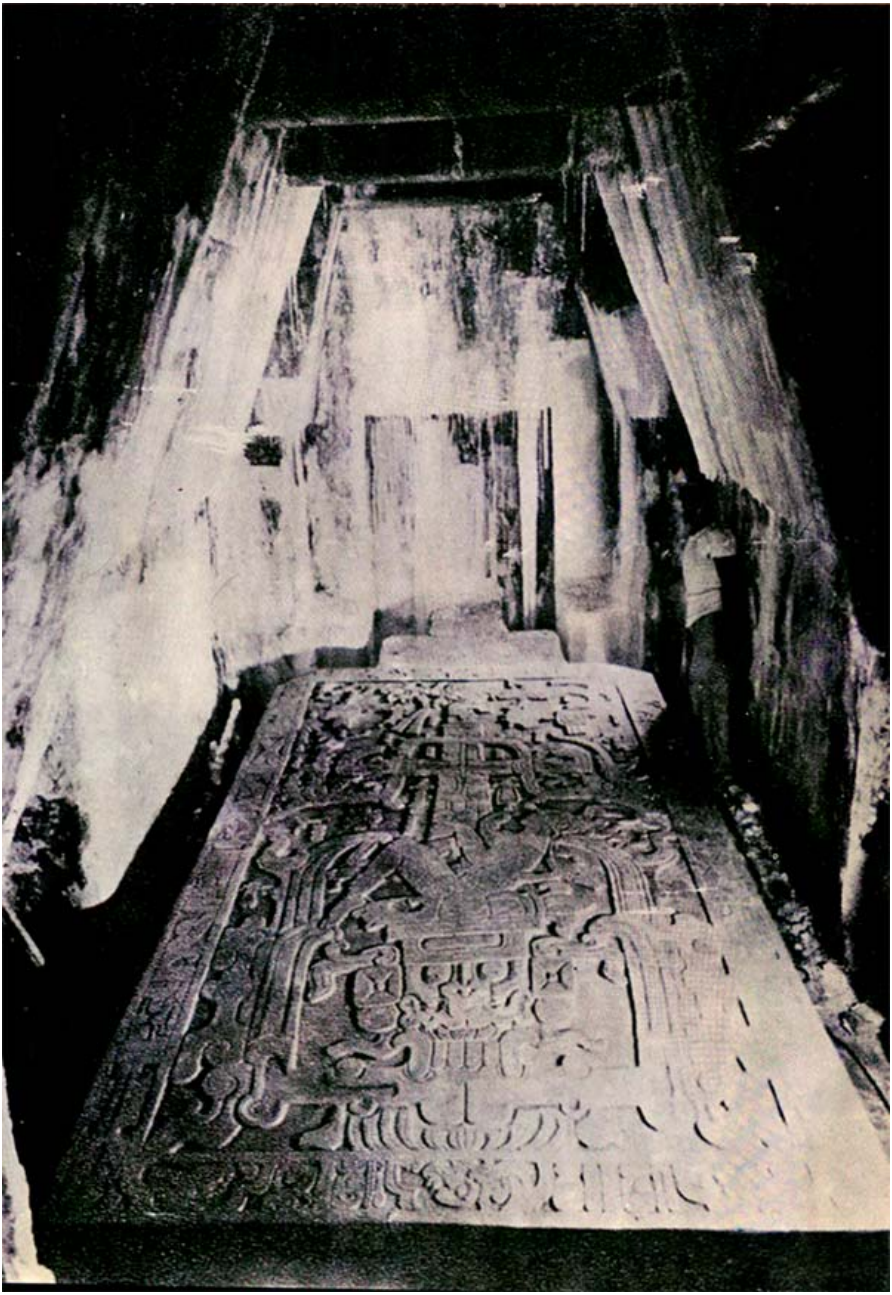
Al llegar al final del tramo, encontramos otro cofre con ofrendas, empotrado en una pared que bloqueaba el paso. Esta vez, las ofrendas eran más ricas: tres fuentes de cerámica, dos cápsulas llenas de cinabrio, siete abalorios de jade, un par de pendientes circulares, también de jade, cuyo cierre representaba una flor, y una bella perla en forma de lágrima, con su lustre bastante bien conservado. Una ofrenda de este tipo, a tanta profundidad, nos indicó que nos estábamos aproximando al objetivo de la búsqueda.

Y, en efecto, el 13 de julio de 1952, después de demoler serios obstáculos de algunos metros de espesor, hechos de piedra y limo —este estaba muy duro, y el limo húmedo quemaba las manos de nuestros operarios— apareció a un lado del corredor una losa triangular de 2 metros de altura, colocada verticalmente para bloquear la entrada. Al pie de esta losa, en una rudimentaria arquilla de piedra, observamos, mezclados entre sí, los esqueletos muy destrozados de seis jóvenes personas, una de las cuales por lo menos era mujer.

A mediodía del 15 del mismo mes, abrimos la entrada, desplazando la roca lo bastante para que una persona pudiera pasar de lado. Fue un momento de emoción indescriptible para mí cuando pude escurrirme tras la piedra y me encontré en una enorme cripta que parecía haber sido cortada en la misma roca,

o más bien del hielo, gracias a la cortina de estalactitas y el velo de calcita depositado en las paredes por la infiltración del agua de lluvia a través de los siglos. Esto aumentaba la maravillosa calidad del espectáculo y le daba el aspecto de un cuadro de cuentos de hadas. Grandes figuras de sacerdotes modelados en estuco de tamaño un poco mayor que el natural formaban una impresionante progresión alrededor de las paredes. La alta bóveda estaba reforzada por grandes travesaños de piedra, de color oscuro con vetas amarillentas, que daban la impresión de madera pulimentada.

Lo más fino por su insuperable ejecución y perfecto estado de conservación era la gran piedra que cubría y soportaba en sus cuatro lados algunas inscripciones en jeroglífico con trece fechas abreviadas que correspondían al comienzo del siglo VII antes de Cristo, mientras su cara superior muestra una escena simbólica rodeada de símbolos astronómicos.



Palenque. Lápida de la cámara sepulcral del Templo de las Inscripciones.

Casi toda la cripta estaba ocupada por un colosal monumento, que a la sazón supusimos se trataba de un altar, compuesto de una piedra de más de 8 metros cuadrados, que descansaba sobre un enorme monolito de 6 metros cúbicos, soportado, a su vez, por seis grandes bloques de piedra cincelada. Todos estos elementos llevaban bellos relieves.

Yo pensé que había encontrado una cripta ceremonial, pero no quise hacer aseveraciones definitivas antes de terminar mi exploración de la cámara y, sobre todo, antes de haber comprobado si la base del supuesto altar era sólida o no. A causa de las lluvias y la escasez de fondos disponibles para esta fase de la exploración, tuvimos que esperar hasta noviembre antes de regresar a Palenque. Por aquel entonces había perforado ya la base horizontalmente en dos de las esquinas; y no pasó mucho tiempo hasta encontrar un espacio hueco con los taladros. Introduje un cable a través de una estrecha abertura y, al retirarlo, vi que se habían adherido al mismo algunas partículas de pintura roja.

La presencia de este color dentro del monolito era de importancia capital. Las ofrendas que encontramos al principio y al final de la escalera secreta habían tenido también pintura roja; y los lados de la gran piedra mostraron trazas de haber sido pintados totalmente de rojo. Este color estaba asociado, en la cosmogonía maya y azteca, con el Oriente, pero también casi siempre se le encuentra en tumbas, en las paredes o en objetos que acompañan a la persona muerta o sus huesos. La presencia de rojo en las tumbas venía a indicarnos, por tanto, que simbolizaba la resurrección o una esperanza de inmortalidad. Las partículas de cinabrio adheridas al cable introducido en el centro del enorme bloque pétreo era, pues, incuestionable evidencia de sepulcro: por lo que nuestro supuesto altar ceremonial debió haber sido un sepulcro extraordinario.

Para confirmar esto era preciso levantar la piedra esculpida, que medía 3,80 × 2,20 metros, pesaba unas 5 toneladas y constituía una de las más valiosas obras maestras de la escultura americana prehispánica. Los preparativos duraron dos días en medio de una tensión febril. Fue necesario derribar en la selva un árbol de dura madera del tipo que en aquella región se denomina «bari» y cortarlo en secciones de distintas longitudes, levantar estas sobre un sucio sendero para su transporte a la camioneta, trasladarlas en esta hasta la pirámide, llevarlas luego a mano hasta el templo, bajarlas luego con cables por el interior de la escalinata e introducirlas finalmente por la angosta abertura de la cripta.

Las cuatro mayores secciones del tronco se colocaron verticalmente bajo las esquinas de la piedra y, en la parte superior de cada una, se colocó un gato de ferrocarril o automóvil. El 27 de noviembre, al atardecer, después de una jornada de doce horas de trabajo, comenzaba la emocionante maniobra. Se tomaron toda clase de precauciones para impedir que la piedra pudiese inclinarse o resbalar, y, sobre todo, para evitar que sufriese cualquier deterioro o daño. Manejados simultáneamente y sin tirones, los gatos levantaron la piedra milímetro a milímetro, y mientras ocurría esto se colocaron losas debajo como soporte. Cuando los gatos alcanzaban su límite de alza, se colocaban otros trozos de tronco y se repetía la operación. Un poco antes de media noche, la piedra yacía intacta a 0,60 metros sobre su nivel original sobre seis sólidos tacos de «barí», y unos días más tarde era izada a una altura de 1,12 metros.

A medida que la piedra iba abandonando su emplazamiento al ser izada, pudimos ver una cavidad que correspondía al enorme bloque y le servía de base. Esta cavidad era de una forma inesperada, oblonga y curvilínea, algo así como la silueta esquematizada de un pez o de la letra mayúscula griega «omega», cerrada en su parte inferior. La cavidad estaba sellada con una

losa muy pulimentada que encajaba perfectamente y ofrecía cuatro perforaciones, cada una con un «enchufe» de piedra. Al levantar la losa que lo cerraba, descubrimos el receptáculo mortuorio.

No fue esta la única vez en mi carrera de arqueólogo que había descubierto una tumba, pero ningún otro hallazgo me impresionó tanto como este. En las paredes pintadas de bermellón, así como en la base del mismo color cuyo conjunto hacía oficio de túmulo o catafalco, la vista de los restos humanos —completos aunque los huesos estaban deteriorados— cubiertos con joyas de jade en su mayor parte, era impresionante.

Fue posible discernir la forma del cuerpo que había yacido en este sarcófago «a la medida»; y las joyas les daban algo de vida, tanto por el brillo del jade como por su perfecta «colocación», y además porque su forma sugería el volumen y contorno de la carne que originalmente cubría el esqueleto. También fue fácil imaginar la alta categoría del personaje que había podido aspirar a un mausoleo de tan impresionante riqueza.

Nos sorprendió su estatura, mayor que la del maya medio de nuestros días; y también el hecho de que sus dientes no estuvieran provistos de incrustaciones de piritas o jade, ya que esta práctica (como la de deformar artificialmente el cráneo) era habitual entre los individuos de las clases sociales superiores. El estado de deterioro del cráneo no nos permitió establecer con precisión si había sido o no deformado. A este fin, decidimos que posiblemente el personaje no era de origen maya, aunque estaba claro que había acabado por ser uno de los reyes de Palenque. Los relieves, que siempre tuvimos que despejar en los lados de los sarcófagos y que ahora están ocultos en soportes laterales, no podrán decir antes de que pase mucho tiempo algo sobre la personalidad e identidad de su glorioso muerto.

Aun cuando no haya sido enterrado en la más extraordinaria

tumba que hasta ahora se haya descubierto en este continente americano, todavía sería posible valorar la importancia del personaje a juzgar por las joyas que llevaba —muchas de ellas ya familiares en los bajo relieves mayas—. Como se muestra en algunos bajo relieves, llevaba una diadema hecha con pequeños discos de jade y su pelo estaba en franjas separadas merced a unos tubos de jade de tamaño adecuado; y descubrimos una pequeña lámina de jade de extraordinaria calidad cortada en forma de la cabeza de un Zotz, el dios vampiro del bajo mundo, y esta bien podía ser la parte final de la diadema. Alrededor del cuello se veían varios eslabones de collar con perlas de jade de muchas formas (esferas, cilindros, tréboles, capullos florales, flores abiertas, calabazas, melones y la cabeza de una serpiente). Los adornos de oreja se componían de varios elementos, que, en conjunto, formaban una curiosa flor. Desde una placa cuadrada de jade con pétalos grabados se proyectaba un tubo, también de jade, que terminaba en una perla en forma de flor; a su vez, al dorso de la referida placa (que llevaba una inscripción jeroglífica) se había ajustado una especie de clavija circular. Todos estos elementos debieron estar unidos por un hilo, y parece como si del mismo colgara, como contrapeso, en la parte más ancha de la oreja, una maravillosa perla artificial, formada uniendo dos piezas de madreperla perfectamente cortadas, y pulimentada y ajustada para dar la impresión de una perla de fabuloso tamaño (36 mm.). En el pecho tenía un pectoral formado por nueve anillos concéntricos con 21 botones tubulares cada uno, y en cada dedo de ambas manos una gran sortija de jade. Encontramos estas todavía fijas a las falanges, y una de las sortijas estaba labrada en forma de un hombre en actitud de salto, con una delicada cabeza de perfecto perfil maya. En la mano derecha sostenía una gran perla de jade de forma cúbica, y, otra en la izquierda, pero esta esférica; ambas eran quizá símbolos de su categoría o elementos mágicos para su viaje al otro

mundo. Cerca de sus pies encontramos otras dos perlas de jade, una de ellas hueca y provista de dos tapones en forma de flor. Un ídolo de jade de preciosa artesanía estaba cerca del pie izquierdo, y se trata posiblemente de la representación del dios del sol. Otra figurita del mismo material debió haber sido arrancada sobre la altura de la entrepierna. De la cavidad bucal le extrajimos una bella perla de jade oscuro, que, según los ritos funerarios de los mayas, se les colocaba allí de modo que los muertos tuvieran medios de obtener su sustento en el otro mundo. En el momento de ser sepultado, el personaje llevaba sobre su rostro una magnífica máscara hecha con mosaico de jade; sus ojos eran de concha y cada iris de obsidiana, con las pupilas pintadas en negro detrás de los centenares de fragmentos, algunos estaban en la cara, adheridos a los dientes y la frente, pero la mayor parte yacía en el lado izquierdo de la cabeza, con toda probabilidad como resultado de un desplazamiento de la máscara durante el enterramiento. El cadáver fue seguramente puesto en el sarcófago totalmente amortajado con un indumento de color rojo, y el propio color cinabrio se adhirió a los huesos, las joyas y el fondo del sarcófago cuando la tela y la carne se descompusieron. Las máscara fue ajustada directamente sobre el rostro del personaje muerto, con los fragmentos pegados en una capa de estuco, cuyos restos se ajustaban al rostro humano. Sin embargo, la mascara tuvo que ser preparada de antemano y probablemente estuvo guardada en una cabeza de estuco. Es totalmente posible que sus principales rasgos, por su realismo, representen más o menos los verdaderos del difunto. Después del enterramiento, el sarcófago fue cerrado con su tapa y cubierto con la enorme piedra esculpida. Algunas joyas fueron arrojadas encima —un collar con pendientes de pizarra y lo que parece ser una máscara ritual hecha de mosaico de jade— y bajo el catafalco se pusieron varios vasos de arcilla, que quizá contenían alimentos y bebidas, y dos maravillosas ca-

bezas humanas modeladas en estuco, que habían sido desmembradas de figuras enteras. En el extremo final de la cripta, seis personas jóvenes, quizá hijos e lujas de importantes personajes de la Corte, habían sido sacrificadas para que actuasen de compañeros y sirvientes del hombre muerto en el otro mundo. En los cráneos mejor conservados podían verse la deformación craneal y la mutilación de los dientes, que solo eran habituales entre la nobleza. Una serpiente modelada con una amalgama limosa parece elevarse desde el sarcófago y ascender por las escaleras que conducían al umbral de la habitación. Aquí se convierte en un tubo, que se extiende a lo largo del corredor y, al rebasarlo, lleva al templo, en forma de moldura escalonada, hueca y superpuesta a la escalinata. Esto alude a la unión mágica, al camino que el espíritu del muerto debe seguir para llegar al templo con el fin de que los sacerdotes pudieran seguir en contacto con su divinidad y cumpliendo sus mandatos. Nuestra búsqueda de una edificación más antigua debajo del Templo de las Inscripciones no podía, pues, llevamos al resultado, pero, en cambio, nos reveló una tumba cuyo descubrimiento nos permite modificar ciertos principios establecidos relativos a la función de la pirámide americana. Se creía con anterioridad que se trataba tan solo de una sólida base de apoyo del templo, al contrario de las pirámides egipcias, que son amplios mausoleos. La «Tumba Real» de Palenque, como ahora es llamada popularmente, con cierta propiedad intuitiva quizá nos acerque más al concepto egipcio una vez admitido que la pirámide que lo ocultaba, aunque soportaba el templo, había sido también construida para servir de grandioso monumento funerario. La monumental calidad de esta cripta, construida por millares de manos para desafiar el paso de los siglos y enriquecida con magníficos relieves; la suntuosidad de la propia tumba, un colosal monumento que pesa 20 toneladas y toda recubierta de bajo relieves de estupenda calidad; los ricos jades del personaje enterrado; su

también rica vestimenta y toda su magnificencia nos hablan de la existencia en Palenque de un sistema teocrático similar al de Egipto, en el que el omnipotente rey-sacerdote era considerado lo mismo en vida que muerto, como un verdadero dios. Esta «Tumba Real» de Palenque también nos permite suponer que la actitud hacia los muertos mayas del «halach uinic» se aproximaba mucho a la de los faraones. La piedra que cubría la tumba parece confirmar esta apreciación y sintetiza en sus relieves algunos rasgos esenciales de la religión maya. La presencia aquí, en una losa sepulcral, de motivos que se repiten en otras representaciones, nos facilita quizá la clave para interpretar los famosos paneles de la Cruz y la Cruz foliada (en Palenque) y también algunas pinturas de los códices. En la piedra en cuestión vemos un hombre rodeado de símbolos astrológicos que representan el cielo —el límite espacial de la tierra del hombre y la morada de los dioses, donde el fijo curso de las estrellas marca el implacable ritmo del tiempo—. El hombre reposa sobre la tierra, representado por una grotesca cabeza con rasgos fúnebres, ya que la tierra es un monstruo que devora todo lo que vive; y si el hombre reclinado parece caerse hacia atrás es porque su inherente destino es caer a la tierra, el país de los muertos. Pero sobre el hombre se alza el bien conocido motivo cruciforme, que, en algunas representaciones es un árbol, en otras la estilizada planta del maíz, pero que siempre es el símbolo de la vida surgiendo de la tierra, la vida triunfante sobre la muerte.

Illustrated London News, 29-8-1953

Machu Pichu, la ciudad sagrada

Hiram Bingham

Hiram Bingham *(1875-1956) nació en Honolulú y se educó en las Universidades de Yale, California y Harvard. Poseía también el doctorado de literatura por la Universidad de Cuzco en Perú y contaba con una distinguida carrera política además de sus títulos académicos. Poco después de graduarse, se unió a una expedición con destino a Suramérica, y, desde 1906, efectuó cinco viajes dedicados a la exploración e investigación. Sus trabajos trajeron a la luz mucha información sobre la civilización de los incas, y quizá su éxito más espectacular fue el descubrimiento, durante la campaña de 1911, de una magnífica ciudad inca construida de piedra en la montañosa región de Machu Pichu.*

Las ruinas de lo que ahora creemos fue la ciudad de Vilcapampa la Vieja, colgada literalmente en una angosta depresión situada bajo la cima del Machu Pichu, se llaman las ruinas de Machu Pichu, porque cuando las descubrimos nadie sabía cómo llamarles, pues no se le conocía otro nombre. Y el nombre fue aceptado y seguirá siendo utilizado, aun cuando ahora nadie discute que este es el emplazamiento de la antigua Vilcapampa.

El santuario permaneció perdido a través de los siglos porque este agreste lugar se encuentra en el más inaccesible rincón de la más infranqueable sección de los Andes centrales. Ninguna otra zona del altiplano del Perú está mejor defendida por baluartes naturales —un magnífico cañón de roca granítica cuyos precipicios miden muchas veces 1.000 pies y desafían por

sus dificultades a los más ambiciosos escaladores montañeros de nuestros días—. Sin embargo, aquí, en una remota parte del cañón, en esta angosta escarpada flanqueada por tremendos precipicios, un pueblo altamente civilizado, artístico, imaginativo, bien organizado y capaz de sólidas empresas, construyó, en época ya lejana, un santuario dedicado al culto del sol.

Toda vez que no conocían las herramientas de hierro o acero —solo martillos de piedra y pequeñas barras de bronce— su construcción debió costar generaciones, cuando no siglos, de esfuerzo. Para evitar que enemigos o visitantes indeseables llegaran a sus templos, confiaban, primero, en las cataratas del Urubamba, que son peligrosas incluso en la época seca y totalmente inaccesibles durante seis meses del año. En tres flancos, era esta su línea exterior de defensa. En el cuarto flanco, el macizo del Machu Pichu es accesible desde la meseta solo a través de una estrecha vaguada en forma de hoja de afeitar con menos de 40 pies de ancho y bordeada por precipicios, donde construyeron una pequeña fortaleza —unas verdaderas Termopilas—. Nadie podría alcanzar el sagrado recinto a menos que los propios incas así lo autorizasen, como el padre Marcos y el padre Diego pudieron comprobarlo a costa de sus vidas.

Mientras que las pendientes inferiores de Huayna Pichu son relativamente fáciles de alcanzar en la época seca, el macizo del Huayna Pichu está separado de las ruinas por otra depresión en forma de cuchilla igualmente inaccesible y que solo tiene un sendero para los indios de pies seguros en la parte Oeste. Esta senda pasa horizontalmente en una distancia de más de cien yardas sobre un acantilado granítico en desplome. Dos hombres podrían defenderlo contra un ejército y es la única ruta por donde el Machu Pichu puede ser alcanzado desde Huayna Pichu.

Lo mismo ocurre con el acceso por el norte. Las caras Este y Oeste de la escarpada están en perfecto desplome en una altura

de 1.500 pies para que puedan ser fácilmente franqueadas. Podrían lanzarse piedras pendiente abajo sobre los invasores en la forma referida por los conquistadores como táctica favorita del guerrero inca. Si se mantiene una senda a cada lado, como ocurre hoy, estas sendas, a su vez, podrían ser fácilmente defendidas con un puñado de hombres. Las muchas quebradas que hay en los precipicios emparedarían a los intrusos y la fortaleza reforzaría así su protección natural.

En la parte sur se elevan las abismales escarpadas del monte Machu Pichu. En los tiempos antiguos, estaban flanqueadas por dos caminos incas. El de la parte occidental del pico corría horizontalmente sobre el acantilado o bien terminaba ante un imponente precipicio. Todavía se pueden ver huellas, aunque los deslizamientos de roca lo han destruido. En la parte opuesta de la montaña, la carretera inca subía en marcada y abrupta pendiente por una escalera de piedra y rodeaba las montañas por un sendero que solo las cabras podrían haber seguido con facilidad. Ambos caminos llevaban a la pequeña escarpada en la que estaba situada la antes mencionada Termopilas, y que solamente daba acceso al Machu Pichu desde la meseta y el borde sur del cañón. Los dos caminos podían ser fácilmente detenidos desde varios puntos.

De acuerdo con su bien conocida práctica, encontramos sobre los picos de ambos montes de Machu Pichu y Huayna Pichu las ruinas de estaciones de señales incas, desde las que era posible enviar y recibir mensajes a través de las montañas. La llegada de visitantes indeseables o incluso la lejana aproximación de un enemigo podía ser vista inmediatamente y comunicada a la ciudad. La que estaba sobre el Machu Pichu era, sin duda, la más importante. No regatearon esfuerzos para hacerla segura y eficaz. Su construcción requirió gran habilidad y extraordinario valor. Está situada en uno de los más imponentes precipicios de los Andes. Si alguno de los hombres que trabaja-

ban en el muro de contención cerca del precipicio se cayese, hubiera rodado monte abajo en una distancia de 3.000 pies antes de que su cuerpo chocara con las primeras rocas. No me importa afirmar que cuando hice las primeras fotos sentí una cosa rara en el estómago, y dos indios me tenían agarrado por las piernas. Era, realmente, una altura de vértigo. Pero ¡imagínense construyendo allí una pared!

El santuario de Vilcapampa era considerado tan sagrado, que, además de las defensas exteriores y los reforzados precipicios que protegían la ciudad contra los enemigos, se construyeron también dos murallas para alejar a los visitantes o trabajadores a los que se les había permitido pasar por la montaña Termopilas. En la parte Sur de la ciudad hay una muralla exterior y otra interior. La exterior corre a lo largo de un magnífico conjunto de terrazas agrícolas. Cerca hay media docena de edificios que posiblemente habían servido de cuarteles a los soldados cuya misión era proteger la ciudad en el único sitio por donde podía ser alcanzada a través de las antiguas carreteras, y era relativamente vulnerable. Había, también, una línea de defensa interior. En la parte más estrecha de la depresión, inmediatamente antes de alcanzar la ciudad desde el Sur, se cavó un foso o zanja seca, cuyas paredes fueron recubiertas con piedra. Sobre ella, la muralla de la ciudad propiamente dicha se extiende longitudinalmente en la parte superior del desfiladero, y lateralmente, en la parte inferior, hasta alcanzar unos acantilados en desplome que ya no justifican la existencia de la muralla en cuestión.

En la misma cima de la escarpada, la pared fue perforada para abrir una gran puerta de acceso construida con bloques masivos de piedra. La propia puerta, probablemente una ensambladura de pesados troncos, podía fijarse en la parte superior a una gran piedra anular firmemente embutida, arriba en el dintel, y abajo, con 6 u 8 pies de mampostería. A los lados, la puer-

ta se fijaba con una gran barra cruzada cuyos extremos estaban unidos a poderosos soportes de piedra, cilindros pétreos sólidamente anclados en agujeros practicados en los soportes de la puerta con esa finalidad. Tal puerta podía, desde luego, ser derruida por un ejército atacante que utilizara un gran leño a guisa de batiente. Para evitar esta posibilidad, el ingeniero que construyó las fortificaciones incluyó un saliente que partiendo de la muralla moría, en ángulos rectos, en la puerta de acceso. De este modo, los defensores que estaban en la cima del saliente, podían lanzar, lateralmente una lluvia virtual de piedras y peñascos sobre las fuerzas que pretendieran derruir la puerta.

Las murallas de la ciudad eran demasiado altas para poder ser escaladas con facilidad. En efecto, una fuerza atacante que hubiera tenido la fortuna de vencer todas las defensas naturales de este poderoso bastión y hubiera rodeado a los defensores de los diversos desfiladeros tipo Termopilas, se hubiera encontrado en muy mala situación al irrumpir en las terrazas en dirección a las fortificaciones interiores. Al final de estas terrazas hubiera sido para el enemigo necesario saltar al foso seco y escalar su pared opuesta, así como la muralla de la ciudad, sujeta en todo momento a una lluvia de piedras lanzadas por las hondas de los defensores. Es difícil imaginarse que cualquier fuerza atacante pudiera ser lo bastante numerosa para vencer una vigorosa defensa, aun cuando la ciudad estuviera defendida tan solo por una veintena de soldados decididos. Desde luego, las murallas eran igualmente eficaces en tiempo de paz para evitar que los intrusos entraran en los sagrados recintos del santuario. En las «accla-huasi», o casas de las Mujeres Elegidas del Sol, a ningún hombre se le permitía entrar, excepto al Emperador, sus hijos, los nobles incas y los sacerdotes.

La puerta de la ciudad muestra signos de haber sido reparada. La cima del angosto desfiladero está en este punto ocupada por un gran peñasco granítico que se incrustó en las fortifica-

ciones, o, por mejor decirlo, las murallas quedaron reforzadas al utilizarlo como miembro. Como resultado, la guarnición externa de la maciza entrada descansa sobre una terraza artificial. Esta terraza ha sufrido un pequeño asiento de unas pulgadas, debido a erosión en la inclinada pendiente. Por consiguiente, la muralla se ha desplazado de su vertical y comenzado a destruir la magnífica vieja puerta. No pasará mucho tiempo antes de que el gran dintel caiga y arrastre con él la parte reparada de la muralla superpuesta a la misma. Pronto se percata uno, al contemplar la entrada a la ciudadela, que fue reparada más bien con prisa en una época lejana respecto a su construcción original, probablemente en tiempos de Manco II.

Detalle del torreón de la fortaleza de Machu-Pichu.

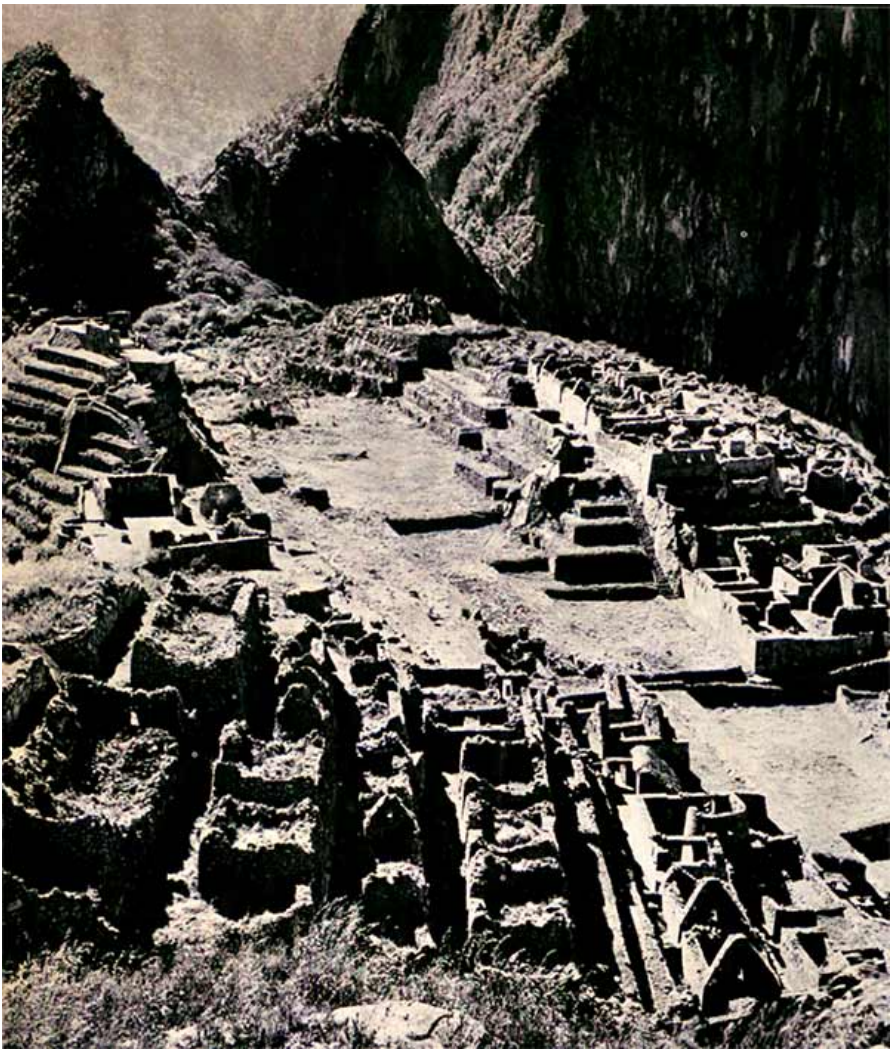
El espacio era limitado y las casas estaban apiñadas entre sí, pero una amplia red de callejuelas y escaleras trabajadas en la

roca hacían la intercomunicación dentro de las murallas relativamente fácil; en realidad, la característica más sobresaliente del Machu Pichu era quizás el número de sus escalinatas, ya que había más de un centenar, entre grandes y pequeñas, dentro de sus límites. Algunas de ellas, desde luego, solo tienen tres o cuatro peldaños, mientras que otras no tienen menos de ciento cincuenta. En algunos casos, todo un tramo de seis, ocho o diez peldaños fue cortado en una sola roca. Las escaleras que conectan las distintas terrazas agrícolas siguen la pendiente natural del monte aun cuando esta sea tan inclinada que se parezca más a una escala que a un tramo de escalera. En diversos lugares, un pequeño jardín fue plantado en la terraza en una superficie inferior a 8 metros cuadrados, detrás y encima de la vivienda. Con el fin de hacer accesibles estas terrazas de pequeño jardín, los incas construían fantásticas escaleras apenas lo bastante anchas para permitir el paso de un muchacho. Dentro de la ciudad, sin embargo, y particularmente en las angostas callejuelas o pasadizos, las escaleras habían sido construidas con suficiente holgura.

El reloj solar de Machu-Pichu.

La escalera o tramo de escalera único motivo ornamental o ceremonial de la arquitectura inca no parece darse aquí, aun cuando bien pudo originarse en esta localidad. En las ruinas de una puerta monolítica en Tiahuanaco, Bolivia, en una roca curiosamente labrada llamada Khenko, cerca de Cuzco, hay pequeños tramos de escalera que fueron labrados con fines ornamentales o rituales y que no sirven a ningún objeto útil en lo que pudimos comprobar. En la escalinata de Machu Pichu, por el contrario, con una posible excepción, todo parece estar dispuesto para alcanzar lugares de otro modo de difícil acceso. Si bien son más numerosas de lo que parecería necesario, ninguna de ellas parece inútil, incluso en nuestros días. La escalera más larga, que puede describirse apropiadamente como la principal arteria de la ciudad, comienza en la cima del desfiladero en la terraza por donde la carretera entra en las murallas y, dividien-

do más o menos la ciudad en dos partes, corre cuesta abajo a través de los infranqueables acantilados de la pendiente nordeste.



Panorámica del conjunto de ruinas de la fortaleza de Machu-Pichu.

La vía central en el corazón de la ciudad consistía, en parte, de esta granítica escalera de ciento cincuenta peldaños, y era el núcleo principal de sus obras hidráulicas. Habitualmente, los

incas se esforzaban al máximo por proveerse de agua suficiente.

Hay varios manantiales a un lado del monte Machu Pichu, a cosa de una milla desde el centro de la ciudad. La pequeña acequia que traía el agua desde los manantiales, puede ser aún recorrida a lo largo del flanco de la montaña en una considerable distancia. Fue destruida en parte por corrimientos de tierras, pero puede verse en los lugares donde discurre a lo largo de las principales terrazas agrícolas, cruza el foso seco por un estrecho acueducto de piedra, pasa por debajo de la muralla de la ciudad a través de un hueco de menos de 6 pulgadas de ancho y desemboca, cruzando una de las terrazas, en la primera de una serie de fuentes o pequeñas cuencas de piedra situadas cerca de la escalera principal. Las cuatro primeras están al Sur de la Escalera. Cerca de la cuarta, la escalera se divide en dos tramos. En este punto, comienza una serie de doce. La acequia discurre hacia el sur desde la última fuente y desemboca en el foso.

Los lechos de la Escalera de las Fuentes están generalmente cortados en un solo bloque granítico situado a nivel del piso del pequeño patio a donde las mujeres iban a llenar sus cántaros de estrecho cuello. Con frecuencia se construían uno o dos pequeños nichos en las paredes laterales del patio que servían de estante para los vasos o posiblemente para los tapones de las botellas, hechos de fibra o hierbas retorcidas. A veces se practicaba una hendidura en la piedra final de la conducción con objeto de formar una pequeña boca, permitiendo así que el agua fluyera abiertamente de la pared posterior de la fuente. En otros casos, el agua pasaba a través del estrecho orificio con suficiente fuerza para alcanzar la boca del cántaro sin necesidad de traer el agua desde el lecho. En épocas de escasez de agua, sin embargo, estamos seguros de que se seguía el último procedimiento, y que la razón de la existencia de los dieciséis lechos no eran solamente permitir llenar varios cántaros a la vez, sino impedir

que el preciado líquido pudiera perderse. La acequia es más estrecha que todas las que he visto en otras partes; por lo general tiene un ancho inferior a 4 pulgadas.

Los lechos de piedra tienen unas 30 pulgadas de longitud por 18 pulgadas de ancho. En algunos puntos, lo mismo el lecho que todo el piso del patio donde está la fuente llevan una sola losa de granito. Se taladraron algunos agujeros en una esquina del lecho para facilitar la corriente de agua a través de conducciones subterráneas cuidadosamente preparadas hasta el próximo lecho inferior; en caso de necesidad, estos agujeros podían ser taponados fácilmente para permitir que el lecho se llenase. Las conducciones iban a veces por debajo de la escalera, y otras, por su costado. Quizá resulte interesante saber que los modernos peruanos llaman a estas fuentes *baños*, pero no me parece probable que hayan sido utilizados con esta finalidad. A causa del aire enrarecido, el frío y la rápida radiación, ni siquiera los anglosajones se bañan con frecuencia en el altiplano peruano, y los actuales indios de la montaña jamás se bañan. Por tanto, resulta difícil suponer que los constructores de Machu Pichu utilizaran estos lechos acuáticos con tales propósitos. Por otra parte, a los incas les gustaba facilitar la labor a los acarreadores de agua, construyendo para ellos fuentes bien trabajadas.

Posiblemente, una de las razones de abandonar Machu Pichu como lugar de residencia fue la dificultad de asegurarse agua suficiente. En la época de sequía, los pequeños manantiales apenas suministraban suficiente agua para cocinar y beber a los cuarenta o cincuenta obreros indios y a nosotros mismos. En los tiempos antiguos, cuando el flanco de la montaña estaba cubierto de bosque, sin duda los manantiales eran más ricos; pero con la despoblación forestal que siguió a la duradera ocupación y los corrimientos de tierra, así como la creciente erosión del suelo, los manantiales debieron dar a veces tan poca agua que

obligaron a los habitantes de la ciudad a traer el agua en grandes cántaros sobre sus espaldas a considerables distancias.

Es significativo que entre los restos hallados cerca de la puerta de la ciudad haya cuarenta y un recipientes para refresco líquido comparado con solo cuatro cazuelas de guisar, cuatro cucharones para beber, y ni siquiera una sola fuente para la comida. Evidentemente, los abastecedores de *chicha* estaban estacionados aquí. La comparación es tanto más sorprendente por cuanto en los hallazgos efectuados en el rincón sureste encontramos tantas fuentes para la comida como cántaros.

El mayor espacio llano dentro de los límites de la ciudad es un pantano situado en la parte más ancha de la escarpada. Esta fue cuidadosamente nivelada y alisada, y en la época de nuestra visita había sido recientemente cultivada por Bicharte y sus amigos. En realidad, había que caminar muchas millas a lo largo del Urubamba para encontrar otra extensa «pampa» semejante a una altitud no inferior a 7.000 ni superior a 10.000 pies. En otras palabras, esta pequeña pampa ofrecía una singular oportunidad a la gente acostumbrada a recolectar cosechas como las que florecían en Yucay y Ollantay-tambo. El hecho de que les fuera posible cubrir también la pendiente adyacente con terrazas artificiales que aumentasen la potencialidad de la región como abastecedora de alimentos, fue, sin duda, un factor tan importante en la selección de este emplazamiento como la facilidad con que pudo hacerse del mismo una ciudadela o un sagrado santuario. Una de las escaleras mejor construidas lleva directamente desde los principales templos a la pequeña pampa. Puede que haya sido en la pampa donde crecían los árboles «huilca», el «huilcapampa». Solo hay una puerta en la ciudad. El lado norte, o Huayna Pichu, no estaba defendido por un muro transversal sino por altas y estrechas terrazas construidas sobre pequeños salientes. Cerca de estas terrazas hay un amplio asentamiento que une el Machu Pichu con una colina cónica

que forma parte de una escarpada que conduce a las abismales alturas del Huayna Pichu. Al sur de este asentamiento, que en un tiempo estuvo cubierto por densos bosques, hay un rústico anfiteatro. Había sido convertido en terraza, con cinco o seis niveles, y recientemente lo utilizaban los indios para sus pequeños cultivos. Bien pudo haber sido el jardín especial destinado al cultivo de productos alimenticios para los gobernantes. En la superficie del terreno, entre los tallos de cereales, las calabazas y las cebollas, encontramos a veces restos de cerámica.

Lost City of the Incas, 1951

El puente de San Luis Rey

Victor von Hagen

Victor Wolfang von Hagen *(1909-1985) nació en San Luis de Missouri, y la lista de exploraciones que realizó parece excesiva para la vida de un hombre. Solo en las Américas incluye Méjico, Ecuador, el Alto Amazonas, Galápagos, Honduras, Guatemala, Panamá Septentrional, Colombia, la Amazonia, Perú, las Indias Occidentales y Bolivia. No limitó sus viajes exclusivamente al Nuevo Mundo; en 1959 siguió las huellas de la ruta Imperial Romana desde el Rhin hasta el Norte de África, y visitó Italia, Yugoslavia, Grecia y Turquía. Uno de los más importantes cometidos a él encomendados fue el de Director de la Ruta Inca dependiente de la Sociedad Geográfica Americana, en cuya función trazó el gran camino de posta de los incas de un extremo a otro.*

Las paredes del túnel, cuya longitud era de 250 yardas, estaban perforadas con orificios para permitir la entrada de luz y aire. A través de estas ventanas, a las que trepé, pude contemplar a lo lejos las cumbres nevadas del Monte Marcani. El túnel había sido concebido por los incas de modo muy similar a como los romanos perforaban la roca. Después de provocar un violento incendio en sus proximidades, se arrojó agua sobre la roca caliente, resquebrajando así el limo y la arenisca. Los incas, con su conocimiento de trabajar la piedra con piedra, no tropezaron con ningún problema. Sus atrevidas técnicas de ingeniería eran algo diferentes, al final del túnel, que en un tiempo había estado conectado con una escalera de piedra, cortada y embutida en la propia roca, conseguimos pasar la peligrosa

escarpada y, después de ganar la escalera circular, nos deslizamos lentamente pendiente abajo. Cieza de León, allá por 1543 había encontrado las mismas dificultades con esta escalera, aun cuando estaba en buen estado de conservación: «aquí, la carretera es tan agreste y peligrosa, que algunos caballos cargados con oro y plata, se habían caído y perdido, sin posibilidad alguna de ser rescatados». Varios centenares de pies abajo, llegamos a lo que había sido la plataforma, sobre la que encontramos las ruinas de dos enormes torres o pilares de piedra que servían de soporte a los cables del puente. A doscientos pies de nosotros, al otro lado del río, pudimos ver claramente el otro extremo de este «puente de… Apurimac-Chaca». Cieza había escrito que «era el puente más grande hallado desde Cajamarca… con una bien construida carretera flanqueando las montañas… Los indios que la construyeron debieron haber realizado una labor hercúlea…».

No se dispone de datos precisos sobre la fecha de construcción del puente. A partir del año 1300, los incas extendieron sus dominios hasta el borde del Apurimac, y por esta época, según sus crónicas, el inca Roca, a la sazón jefe, terminó el puente. Esto debió ocurrir en el año 1350 de nuestra era. La detallada descripción de la estructura nos la hace el historiador nacido en Cuzco, Garcilaso de la Vega, apodado «el Inca».

> «El puente de Apurimac, en el camino real de Cuzco a Lima, tiene unos pilares de apoyo (él los llamó estribos) hechos de roca natural en la parte de Cuzco; al otro lado (donde estamos ahora tratando de reconstruir nuestra hipótesis) estaba la torre de piedra, hecha de mampostería. Bajo la plataforma que sostenía la torre se habían incrustado cinco o seis grandes vigas de madera, que cruzaban de un lado a otro. Se habían colocado escalonadas, una encima de otra, como una escalera. Alrededor de cada una de estas vigas, cada cable de suspensión está retorcido una vez para que el puente permanezca rígido y no se hunda debido a su propio peso, que es muy grande».

Hasta que en el siglo IX la tecnología introdujo el uso de cadenas de hierro para los cables de suspensión, este puente de San Luis Rey, colgado de enormes cables de cuerda a través del Apurimac, era uno de los más grandes puentes de su tipo conocidos. Los incas no tenían noción del arco, ni tampoco los otros pueblos prealfabetizados de América. Aun dependiendo, como ocurre en efecto, de las leyes de gravedad, presión y peso, el arco, sin embargo, es pasivo y está unido a tierra, y, por lo tanto, no podría haberse utilizado aquí aunque los incas hubieran estado familiarizados con él. En su lugar, perfeccionaron los principios de la suspensión de puentes volviendo al revés la curva del arco y dotándolo de alas.

El puente de San Luis Rey, como todos los puentes colgantes del Camino Real pendía de cables de cuerda retorcidos a mano de las fibras de la planta *maguey*. Los de este puente, del «grueso de un cuerpo humano» fueron instalados sobre las altas torres de piedra para su «suspensión» y luego embutidos en la gruesa mampostería sobre la plataforma de las referidas torres. De los cables suspendidos colgaban unos soportes a los que estaba unida la plataforma hecha con planchas de madera. Los cables unidos al puente principal servían como brazos de alero.

Aunque los materiales eran primitivos, la naturaleza esencial de la tecnología de suspensión de puentes aplicada por los incas era, en principio, la misma que la que aún hoy se emplea en la construcción de puentes. Los puentes de cuerdas han sido construidos siempre desde tiempos inmemoriables pero en muy pocas otras culturas hasta el advenimiento de nuestra Era se ha construido tan bien como lo hacían los incas. Este puente particular fue en verdad tan bien construido que aguanto durante cinco siglos, aunque, como es natural, los cables han sido cambiados cada dos años como parte de su servicio de conservación por los indios residentes en el «tampu» de Cura-hausi. Este método de conservación, tan eficaz que los conquistadores

españoles lo mantuvieron a lo largo de todo su período colonial, desapareció solamente cuando la «rueda» conquistó los Andes, y el puente que había servido como camino de a pie o de mulas durante cinco siglos, fue abandonado a su lenta destrucción.

Los incas construían para que sus obras durasen una eternidad; el rendimiento era, para ellos como para los romanos la base de todas sus construcciones. Si comparamos aquí ocasionalmente el sistema vial inca con el sistema romano es porque, hasta épocas muy recientes, no hubo otros sistemas de comunicación que pudieran compararse con ambos. Otras civilizaciones, tenían, desde luego, sus carreteras, pero hasta la venida de los romanos, nadie mantenía una red viaria.

Sin embargo, estructuralmente una carretera inca difería grandemente de otra romana. Los romanos utilizaban carros de pesadas ruedas con ejes frontales rígidos que necesitaban una profunda plataforma o lecho. Los incas, dado que sus carreteras solo eran recorridas a pie o por los rebaños de llamas, no necesitaban dotar sus caminos de aquella plataforma o lecho de sustentación. Pero, aparte esto, ambas civilizaciones, la incaica y la romana, mantenían una sorprendente analogía en el concepto de la ingeniería de carretera. Sin que esto suponga subestimar al lugar que a Roma le corresponde en la civilización, los incas, que vivían dentro de un horizonte cultural neolítico sujetos a herramientas de piedra, fueron capaces de concebir un sistema de comunicaciones que cuenta muy alto en relación con el romano.

Los romanos contaban con tres mil años de experiencia. Las facetas del pensamiento y las técnicas del Viejo Mundo relativas son una vasta red que se extiende desde las profundas carriladas de la antigua India hasta los caminos de piedra de los persas. Aunque remotas en el tiempo y el espacio estas regiones, los romanos contaban, sin embargo, con esta herencia cultural

de siglos en que apoyarse. El inca no tenía nada de esto, y, pese a ello, las carreteras incas son en muchos aspectos superiores a las romanas. Cada rasgo de la carretera inca, salvo que en la mayoría de los casos, los incas construían —literalmente— en las nubes. El puente del Apurimac, por ejemplo, era parte de una carretera que venía desde las alturas, cosa que los romanos jamás habían visto. Los pasos que los romanos conquistaban no eran nada comparados con estos de los Andes; el Montblanc, el pico más alto de Europa, tiene 15.800 pies; sin embargo, en Perú hemos recorrido carreteras incas *construidas* a esta altitud. Los viejos caminos romanos que cruzaban la espina dorsal del promontorio italiano de los Apeninos no estaban a mayor altura que la ciudad de Cuzco, que está a 10.200 pies sobre el nivel del mar. De nuevo nos remitimos a Cieza. Cuando era un muchacho en España, conocía el Camino Romano. Había viajado entre Tarragona y Cádiz por la Vía Augusta, construida en el s. I antes de Cristo y reconstruida cada cuarto de siglo por los Césares. Condujo sus mulas sobre la Vía Augusta que iba de Mérida a Salamanca, un camino comenzado por Tiberio, proseguido por Nerón y totalmente reparado por Caracalla en el año 214 de nuestra Era; así, lo mismo él que otros sabían lo que decían cuando escribieron de un modo general que «Nada en la Cristiandad puede igualar la magnificencia de las carreteras incas».

Lo más singular es la aproximación del «concepto» de carretera entre los incas y los romanos. Ambas civilizaciones eran terrestres, ambos tenían ejércitos terrestres, y las tropas de tierra necesitaban carreteras; y, como quiera que una carretera merece tal nombre cuando se la puede recorrer en ambas direcciones, creían que la carretera debía estar bien construida y conservada. Los romanos, bien es verdad, llevaron la línea recta al pensamiento de la civilización mientras que la carretera inca *franqueaba* los obstáculos en vez de evitarlos y, como norma ge-

neral, sus ingenieros empleaban lo que yo llamaré «derechura direccional», es decir, entre dos puntos dados sus carreteras corrían inequívocamente derechas. El propio Cayo César en persona había trazado largos tramos de carretera, y la familia de Claudio, cuando no se disponía de fondos públicos, ponían dinero de su propio bolsillo para hacer frente a los gastos de construcción de carreteras. En Perú, el programa de construcción de carreteras estaba también identificado con los gobernantes, y las carreteras fueron bautizadas con los nombres de sus constructores incas. Por ejemplo, una carretera de 2.500 millas de longitud que iba a Chile era conocida como Huayna Capac Nan, o Camino de Huayna Capac. A menudo, el jefe inca mandaba construir una carretera para sí mismo más grande que la de su antecesor. Los romanos las señalaban con hitos, mientras que los incas instalaban sus «topus» a una distancia entre sí equivalente a legua y media castellana. A lo largo de sus carreteras, los romanos levantaban «cuarteles nocturnos» o *mansiones*; en Perú, los incas erigían y mantenían *tampus* cada 4, 8 o 12 millas (según las dificultades y obstáculos del terreno) a lo largo de todo el itinerario de sus carreteras. Los romanos establecían relevos de montura llamados «mutationes» para enviar los mensajes por cabalgadura a través del Camino Imperial; los incas, que confiaban en sus piernas, tenían sus estaciones «Chasqui» cada dos millas y media como puntos de ruta para corredores entrenados que llevaban mensajes a través de los más terroríficos terrenos del mundo.

El puente, «el pequeño hermano de la carretera», fue siempre un importante eslabón dentro el gran sistema viario inca. Cuántos había a lo largo y ancho de los Andes, no podríamos decirlo. Pero de todos ellos, el Apurimac-Chaca, el Puente de San Luis Rey, era el mayor. Pocos de los que lo han cruzado han dejado de pararse unos momentos para contemplar este milagro de la ingeniería. En cuanto a su longitud, el historiador inca

Garcilaso de la Vega la calculó en 200 «pasos»: «aunque no lo he medido, se lo he preguntado a muchos españoles que lo habían hecho». Cieza, el más agudo de los observadores, supuso era de «50 estados» o unos 85 metros (250 pies). Sir Clement Marklam, que lo cruzó en 1855, calculó el Apurimac-Chaca en 90 pies y su elevación sobre el nivel de las aguas del río en 300 pies, mientras que el teniente Lardner Gibbon, que exploró el Amazonas por cuenta del Gobierno de Estados Unidos, en 1817, calculó su longitud en 324 pies.

Cuando Squier llegó al puente en el verano de 1864, él y sus compañeros no perdieron tiempo en hacer mediciones y sondeos. Comprobaron que el puente tenía 148 pies de longitud de un extremo al otro y que colgaba a 118 sobre el nivel del río. Fue esta la primera y última vez que se midió este famoso puente con exactitud, pues, aunque todavía colgaba en 1890, ya no se utilizaba, y los cables, que no habían sido reemplazados, se curvaban peligrosamente hacia abajo y se iban arruinando gradualmente con el tiempo. Squier hizo también algunas reproducciones del mismo en daguerrotipo, que utilizó en su un tanto dramática y espectacular versión en forma de grabado de madera en su libro «Perú, país de los Incas». Sobre el puente, escribió:

> «Entre los precipicios de ambos lados, y como una delicada y frágil visión, se ve el famoso puente sobre el Apurimac. Una senda inclinada y angosta que sigue en cierta distancia una plataforma natural formada por la estratificación de la roca, y el resto del trayecto cortada en su superficie, conducía a un tramo de cien pies a otra pequeña plataforma igualmente labrada en la roca, donde están sujetos los cables que soportan el puente. En la orilla opuesta había otra plataforma un tanto más grande cubierta por roca, donde estaba el cañete de tensar (una innovación introducida por los españoles) para mantener los cables tensos y donde, colgados como cabras en un plano montañoso, vivían los vigilantes del puente… Fue este un suceso memorable dentro de mi experiencia de viajero: cruzar aquel gran puente colgante del Apurimac; jamás lo olvidaré».

más tarde, a principio del presente siglo, Hiram Bingham, al hablar de los orígenes de su interés en Perú, dijo que esta ilustración del puente «fue una de las razones que le impulsaron a ir a Perú».

Se sabe que esta dramática pintura del puente incitó a Prosper Mérimée a utilizarla como dispositivo literario en una pieza fantástica sobre Perú, y que Thornton Wilder, inspirado más tarde por las sugestiones del escritor francés y el gran puente que cruzaba el Apurimac, y fascinado por su pintoresca lejanía, escribió su obra maestra «El Puente de San Luis Rey». Con este libro en las manos, me encuentro ahora contemplando el hiato que hay entre las paredes donde antes colgaba el puente. Más tarde, le escribí a Thornton Wilder desde la hacienda «La Estrella». Sabía que él consideraba el puente como un motivo literario, pero lo había descrito tan bien que sentí necesidad de ver, quizá en algún número atrasado de la revista «Harper's Magazine», una reproducción del excitante grabado de madera de Squier, reproducción del puente, que era, en realidad, el verdadero protagonista de esta novela: «Es mejor, Sr. Von Hagen, que no haga comentarios sobre él… Me hubiera gustado estar con Vd. para poder ver el gran río y el desfiladero».

El viento de la tarde soplaba fuerte y frío cuando estábamos sobre la plataforma que un día había sostenido los grandes cables de suspensión del puente. Sabíamos entonces que había un cierto proverbio sobre el viento y el puente, y que cuando los vientos vespertinos soplaban ni siquiera los cables eran capaces de mantener quieto el puente, que se balanceaba como una hamaca.

Era la última hora de la tarde cuando volvimos a ganar las riberas de arenisca y guijarros del río. El sol se reflejaba sobre las nevadas cumbres mientras las sombras de las montañas se proyectaban en el cañón. Una gran sombra que caía a todo lo largo del acantilado vertical nos daba la curiosa impresión de un

puente colgante. En aquel momento debía encontrarme muy cerca del lugar donde Fray Junípero había estado contemplando el puente desde abajo y oído un «ruido metálico, vibrante, en el aire… viendo como el puente se partía y lanzaba al río los cuerpos de cinco personas».

«¿Por qué les ocurrió esto a esos cinco?». Se preguntaba a sí mismo Fray Junípero. «Si hubiese un plan universal determinado; si hubiese una característica única por la que se rigiese la vida humana, seguramente lo hubiéramos descubierto de manera palpable en esas cinco vidas tan súbitamente segadas. *O bien se vive por accidente, o bien se muere por accidente*, y también vivimos o morimos según un plan determinado». Con este soliloquio, comenzó Wilder su historia. Es una verdad irónica que cuando esta trágica historia aún no había sido escrita este maravilloso puente construido en 1350 por el Inca Roca, que habría de durar cinco siglos como uno de los grandes tributos del dominio del hombre sobre la salvaje naturaleza, se haya perdido en el recuerdo.

Con el sol agonizante ahora brillando de pleno sobre los glaciares, el cañón del río se hizo tan claro como si fuese totalmente de día. Las sombras se habían ido y, con ellas, la ilusión del puente colgante. Cuando más tarde volví la vista atrás, solo había nuevamente un vacío y dos paredes verticales.

Highway of the Sun, 1956

Un problema de Tihuanacu

Arthur Posnansky

Arthur Posnansky, *Profesor real bávaro e ingeniero geodésico, ocupó por muchos años el cargo de profesor de arqueología y antropología física en la Universidad de La Paz. Durante más de cincuenta años, estudió las antigüedades de Tihuanacu en los Altos Andes de Bolivia, que muchos investigadores aseguran constituyen las más antiguas civilizaciones del Hemisferio Occidental. La ciudad alcanzó su cénit mucho antes de nacer el imperio de los Incas, y reflejó un extraordinario nivel de progreso en una época que puede compararse con la de los primeros asentamientos del Viejo Mundo.*

Para muchos, las ruinas que se encontraban a 246 metros al Este del Templo del Sol, Kalasasaya, eran un verdadero misterio, y numerosos investigadores, incluyendo a Squier, compartían la opinión de que se trataba de un lugar consagrado a cruentos sacrificios. Después de largos y concienzudos estudios, hemos llegado a la conclusión de que lo que hoy se llama «Kantataita» es el modelo de una construcción de Tihuanacu, quizá similar a la que desde los tiempos de la Misión Francesa (1903) se ha llamado «Templo de los Sarcófagos» descrito en uno de los anteriores capítulos.

Ahora, desde luego, desde el punto de vista de la moderna ingeniería para construir una obra, no importa sea grande o pequeña, lo primero que hay que hacer es confeccionar un plano, un dibujo, en el que se coordinan las ideas de forma y apariencia que darán vida a la edificación, fijando sus estructuras interiores y su aspecto y configuración exteriores.

Y, dado que en nuestros tiempos se trabaja en una vivienda o edificio público desde un mínimo digamos de seis meses hasta un máximo de tres años, y que, por lo general, el que lo planea normalmente lo termina, un plano como el descrito arriba es a veces suficiente. Pero en el caso de Tihuanacu, cuando aún no existía el concepto de que «el tiempo es oro», porque había más que tiempo y, por otra parte, los medios, recursos y sistemas de construcción eran muy rudimentarios —hasta el punto que mover una piedra en un metro cuadrado les llevaba meses—, una obra que de construcción podría durar siglos pese a la mucha mano de obra empleada, e incluso no terminarse nunca. Por esta razón, durante la construcción de un templo palacio de carácter público, es indudable que los arquitectos y los que dirigían las obras cambiaban constantemente. Toda vez que carecían de dibujos o planos a los que pudieran remitirse sus sucesores, habrán necesitado otra cosa para perpetuar la idea de construcción, algo que incorporase el concepto original de la edificación en la que trabajaban. Este es el motivo de que hayan adoptado un sistema que aún se utiliza en nuestros tiempos para dar idea de la forma y perspectiva de un edificio o monumento que vaya a construirse; en otras palabras, un «modelo». En nuestro tiempo, el edificio se construye en maqueta a pequeña escala para tener una idea de la perspectiva y configuración del edificio mejor que si se tratara de un esquema o plano. Esto no es solo para el arquitecto encargado del proyecto, sino especialmente para el que no sabe «leer» un plano arquitectónico con sus variadas proyecciones. Parece que este método de modelos fue el utilizado en el Tercer Período de Tihuanacu para realizar una magnífica construcción y, en nuestra opinión, la que hoy se llama Kantataita, es un modelo horizontal de una magnífica obra. Igualmente, un bloque situado cerca de Puma-Punku, que la gente llama «el pupitre del Inca», no es más que un modelo vertical de una fachada, posiblemente de un edificio

proyectado construir en el grupo hoy conocido como Puma-Punku, y que actualmente es el Templo de la Luna de Tihuanacu.

Respecto a Kantataita, este grupo de ruinas está también totalmente destruido. Todo lo que quedaba en forma de baldosas y piedras finamente labradas, con y sin figuras o relieves, fue acarreado fuera del recinto por iconoclastas, cultos e incultos, de Tihuanacu, «la cantera de las piedras labradas», mucho antes de la Conquista. Este es el motivo de que se necesiten considerables estudios, así como mucha imaginación y fantasía, para reconstruir «in mente», la forma y aspecto de este grupo arquitectónico, que, como todos los de Tihuanacu, no fue terminado en su tiempo. Este grupo de edificios tiene al parecer 40 metros de largo sobre su eje y quizá 30 metros de ancho. Pero es lógico suponer que un gran número de estos bloques hallados en la parte oeste pertenecen más bien al taller de esculturas y que posiblemente habrían formado parte, al estar terminados, del gran modelo, o también parte de otro espléndido edificio en torno a este grupo. La parte principal de toda la construcción parece ser una losa de grandes dimensiones, que ha llevado a mucha gente a pesar —y todavía se insiste en ello— que esta edificación estaba proyectada para «sacrificios cruentos», la famosa *Wilancha*, que el autor ha considerado en otras obras. En la losa hay una incisión rectangular con un balcón desde el que puede verse, descendiendo desde la plataforma superior al fondo, cinco pequeñas escaleras de tres peldaños. La idea de los que creen era una piedra para sacrificios tiene su origen en los seis agujeros practicados en la plataforma superior del bloque, donde, según esta opinión, había seis columnas cuadradas que soportaban una piedra lisa que servía para el sacrificio. Las pequeñas escaleras servían, según estas mismas personas, para «medir» la cantidad de sangre que manaba de los pechos o gargantas de las víctimas propiciatorias.

Cualquier persona que estudie Tihuanacu con cuidado, rechazará la idea enseguida. Por ejemplo, con el fin de medir la sangre, un solo peldaño hubiera sido suficiente, ya que la losa era llana. Lo que realmente representa la losa es el modelo de un genuino y típico edificio de Tihuanacu. Cuando la Misión Francesa excavó en el edificio llamado «Palacio de los Sarcófagos», ya tratado en un capítulo anterior, la sección descubierta entonces también tenía su parte de balcón, mostrando exactamente, hasta los más ínfimos detalles y con sus pequeños peldaños, la forma reflejada en la losa en cuestión. Como quiera que la parte final del balcón del modelo que se encuentra al este está rota, está también partida la última y más maravillosa escalera que formaba la entrada del edificio en miniatura. Este, sin la menor duda, no era tampoco a su vez más que una miniatura de la grada a tres colores y con tres peldaños que daba acceso al «Palacio de los Sarcófagos», del cual así como de otros detalles, todavía poseemos buenas fotografías. Desgraciadamente, no fue posible fotografiar inmediatamente la excavación realizada por la Misión Francesa, debido a la falta de placas de 24 × 30 y por otras razones. Decimos «desgraciadamente» porque en las noches siguientes los tan repetidos iconoclastas habían destruido ya prácticamente todo y llevado a la aldea toneladas de piedras finamente labradas y bellas losas de todos los tamaños. Cuando regresamos unos días más tarde, solo quedaban allí grandes bloques que no habían podido ser transportados. Las dos fotografías (de 24 × 30) de este material, única documentación existente, muestran los restos de lo que probablemente fue uno de los más artísticos edificios, una rara y magnífica obra arquitectónica de la América prehistórica. A la luz de la precedente información, no tenemos dudas respecto a que lo que llaman «Kantataita» no es más que el modelo de un edificio en construcción en el Tercer Período. Esta estructura era, sin duda, un edificio semisubterráneo con una plataforma externa a

una altura mayor que el nivel corriente de Tihuanacu. La losa que hemos descrito y que es la parte principal del modelo, tiene 4,05 metros de ancho por 4 metros de largo y 30 centímetros de espesor, y la parte oeste está un tanto hundida. Se compone de un duro material andesítico, que se empleaba en las más selectas construcciones en el Tercer Período. En el lado oeste de este grupo se encuentra formando un gran montón, cierta cantidad de bloques, algunos de ellos en forma de peldaños de escalera y otros con los típicos ornamentos de escaleras; y, de nuevo, subrayamos que es muy difícil decidir si una porción de los mismos era para otras edificaciones, o todo el conjunto estaba destinado al modelo o miniatura; o también, por último, si el modelo ocupaba un cuadrado de solo 30 metros por lado, o más grande. Ulteriores estudios realizados a base de metódicas excavaciones y reconstrucciones nos dirán la última palabra sobre esta misteriosa construcción, cuyo secreto, así como otros de Tihuanacu, puede que jamás sea desvelado al hombre de hoy. El mapa topográfico antes mencionado, que acompaña a este volumen dará al investigador una completa idea de lo que aún queda de esta obra sobre la superficie de la tierra.

Tihuanacu: Cradle of American Man, 1945

SÉPTIMA PARTE

Nuevos métodos en arqueología

Arqueología desde el aire

Osbert Crawford

Osbert Guy Stanhope Crawford *(1886-1957) nació en Bombay y vino a Inglaterra de niño. Se educó en los Colegios Marlborough y Keble, de Oxford, donde estudiaba a los clásicos, pero pronto empezó a dedicarse a los aspectos más técnicos de la arqueología. En 1914 se aseguró un puesto en una expedición rumbo al Sudán, pero esta quedó suspendida al estallar la guerra. Se alistó en el Ejército y pronto fue destinado al* Royal Flying Corps, *donde realizó diversos vuelos de reconocimiento. Después de la guerra, excavó en Gales basta 1920 en que fue nombrado Oficial Arqueólogo de Reconocimiento de Material. Este trabajo encajaba en sus gustos y aptitudes a la perfección, y continuó en este puesto hasta la primera aparición del periódico «Antiquity», que fundó y siguió dirigiendo hasta su muerte.*

Llegamos ahora al descubrimiento de una técnica que revolucionó el campo de la arqueología: la de la fotografía aérea. He citado en alguna parte las principales características de su historia, por lo que no creo necesario hacerlo de nuevo. Señalaré simplemente que las ventajas de la vista vertical de las obras de movimiento de tierras fueron apreciadas en todo su valor lo mismo por el Dr. Williams-Freeman que por mí mismo antes de que ninguno de nosotros hubiéramos visto antes una fotografía aérea, y antes de nuestra época por el coronel Sir Charles Arden-Close y el finado Sir Henry Welcome, que había tomado fotografías verticales desde un cajón elevado de sus excavaciones en el Sudán, en 1913. Lo que ni el Dr. Williams-Freeman ni yo suponíamos era la extraordinaria claridad y perfecta defini-

ción con que se recogerían las escenas de los movimientos de tierras mediante la fotografía aérea. Estábamos acostumbrados a contemplarlas de cerca; solíamos ver a veces en un campo de cereales la huella de una zanja arada que parecía una ancha faja más verde; pero vista de cerca desde la colina opuesta, la línea quedaba un poco difuminada. Deseábamos verla, no oblicuamente sino en un plano horizontal, como sería posible utilizando un aeroplano, pero entonces no suponíamos que cuanto mayor fuese la distancia dada por la altura más mejoraría su aspecto. Es lo mismo, exactamente, que la reducción por fotografía de un plano groseramente trazado: los toscos bordes desaparecen, y lo que parecería rudo se vuelve fino y agradable.

Realicé algunos vanos esfuerzos después de la guerra de 1914-18 para hacerme con algunas fotografías aéreas británicas, y traté de aproximarme al Comité del Movimiento de Tierras. También sin éxito. Después de haber fracasado el entonces secretario honorario del Comité en sus gestiones cerca del mismo, este perdió la oportunidad de su vida. Mis esperanzas se vieron luego cumplidas cuando el Dr. Williams-Freeman me pidió que fuera a Weyhill a ver algunas fotografías aéreas con curiosas marcas en ellas que le habían sido mostradas por el Comodoro del Aire Clark Hall, a la sazón comandante de la estación de la RAF de aquella localidad. Lo que vi rebasó con mucho mis más fantásticos sueños, y sentí la misma excitación que, según el poeta, sintió Cortés en una memorable ocasión. Aquí, en estas fotografías, podía verse el exacto plano de unos sistemas de campos que debían tener 2.000 años de antigüedad, que abarcaban centenares de acres de Hampshire. A ello siguió un período de intensivos trabajos de campo en toda el área, complementados con nuevas fotografías aéreas tomadas en Hants y Wilts. Los resultados fueron anunciados en una reunión de la Real Sociedad Geográfica el 12 de marzo de 1923. El informe que entonces entregué fue publicado en el «Geogra-

phical Journal» de mayo de aquel año, y, a continuación, fue reeditado con algunas alteraciones como monografía del servicio de Reconocimiento de Material («Air Survey and Archaeology», 1.ª edición, 1942; 2.ª edición, 1928). En 1929, después de haber tenido tiempo de estudiar con más minuciosidad fotografías aéreas, escribí otra monografía («Air Photography for Archaeologists»), que trataba no tanto de los nuevos descubrimientos propiamente dichos como de las formas en que fueron revelados por la fotografía. No había —como muchos se inclinaban a pensar— ningún poder mágico en la cámara; en realidad, no capta más de lo que capta el ojo humano. Lo que hace es elaborar un documento —la impresión fotográfica— que tiene todas las propiedades de un original manuscrito histórico, excepto que no es único, ya que puede ser reemplazado si se pierde. Este documento puede ser estudiado a placer en casa o en la oficina, y comparado con otros y con los mapas de la región (cosas estas imposibles cuando nos limitamos a la simple observación aérea desde un avión moviéndose a gran velocidad). En esta segunda monografía clasifiqué los antiguos emplazamientos revelados por la fotografía en tres grupos: 1) lugares sombreados; 2) solares; 3) cultivos; y esta clasificación fue considerada como satisfactoria, y todavía vale no solamente en este país, sino en todo el mundo.

Durante este mismo decenio, tomé varias fotografías aéreas yo mismo, trabajando en colaboración con el Dr. Alexander Keiller en un avión especialmente fletado de una base cerca de Andover. Los resultados fueron publicados en un libro conjunto, «Wessex from the Air» (Wessex desde el Aire), (Oxford, 1928). Al poco tiempo, creo que por 1930, un aviador privado, el mayor George Alien, vio casualmente una de mis monografías del servicio de Reconocimiento de Material en un hotel de Southampton, e inmediatamente se interesó por ellas. Me escribió al efecto, y comenzó a trabajar por su propia cuenta. Co-

mo poseía un avión, era agente libre y podía ir a donde quisiera y tomar sus propias fotografías. Durante un decenio, siguió explorando el país en torno a Oxford, y algunas veces más lejos, llegando a reunir una estimable colección. Hizo más que nadie por el progreso de la nueva técnica. La mayoría de sus emplazamientos correspondían a cultivos y nuevos descubrimientos. Su inoportuna muerte en 1940 fue una pérdida muy sensible. Hizo donación de su colección de fotografías y documentos al Ashmolean Museum de Oxford, donde ahora la pueden utilizar los investigadores. Comparable con el trabajo del mayor Alien es el del Padre Poidebard en Siria, donde con la cooperación de las fuerzas aéreas francesas, exploró los nuevos fuertes y carreteras. También consiguió un nuevo triunfo con las fotografías de antiguas ruinas debajo del mar (en Tiro), lo mismo desde el aire que debajo de las aguas. (Intenté hacer lo mismo en diciembre de 1928 cuando sobrevolé el puerto de Alejandría explorando los muelles allí sumergidos, pero el mar estaba agitado y enlodado y solo pude ver muy poco o nada.)

Volviendo a la técnica de la fotografía aérea, «sitios sombreados» son aquellos cuya superficie es irregular, consistiendo en bancos, montículos, zanjas y terrazas, cuya presencia es revelada por las sombras que proyectan cuando la luz está baja al salir o ponerse el sol. Nada hay, desde luego, de misterioso en este proceso, que puede observarse (aunque con mucha menos eficacia) sobre el terreno. El mismo principio se emplea exactamente al fotografiar piedras con inscripciones o rocas labradas en bajo relieve, donde es necesaria una luz lateral para captar el detalle. Al explicar con ejemplos cómo funciona la técnica estoy anticipando necesariamente algo, pues debiera haber supuesto antes cierta familiaridad con algunos tipos de ruinas que aún no he descrito, pero creo que de momento será suficiente que los consideremos como simples bancos (o lo que quiera que sea), sin preocuparnos de su significado arqueológi-

co, que veremos más tarde. Los más sencillos y familiares ejemplos de ellos son los cerros-fuertes, fortificaciones prehistóricas, como Maiden Castle o Badbury Rings, o, por citar ejemplos de Hampshire, St. Catherine's Hill, en Winchester, Tachbury Mount y Toothill, cerca de Romsey. Todas estas colinas fortificadas son «lugares sombreados» del tipo más evidente. Un observador que visite estos cerros-fuertes ve, desde luego las sombras en los taludes distantes de la luz del sol, pero no verá el cerro-fuerte propiamente dicho en todo un conjunto, ni tampoco su plano, pues estará demasiado cerca del mismo. Volviendo al símil de la piedra labrada, estará en la posición de una mosca sobre su superficie. No creo necesario seguir explicando esto; la idea básica es fácil de captar.

Bajo el título de «lugares sombreados» se incluyen, un tanto paradójicamente, los que no tienen sombras en absoluto. Cuando el terreno se inclina hacia el sol, los bancos reflejan la luz en un ángulo diferente y aparecen como líneas más brillantes que el resto del terreno. La luz así reflejada se acorta y condensa, siendo, por tanto, más brillante. Los bancos de los campos prehistóricos se nos presentan así.

«Lugares sombreados» pueden verse también sobre el terreno. Muchos de ellos serán ya conocidos antes de ser fotografiados desde el aire; pero aun así, la fotografía aérea ha revelado con frecuencia nuevas características que antes no se habían observado. Ejemplo clásico es el Trundle, un cerro-fuerte cerca de Worthing, donde una fotografía aérea reveló dentro del recinto un hasta entonces desconocido círculo, que el Doctor Cecil Curwen excavó a continuación, comprobando que se trataba de una antigua vivienda neolítica. Esto condujo a un nuevo examen de otras colinas fortificadas muy conocidas, en algunas de las cuales se hallaron ruinas similares.

Cuando se toma una fotografía con una buena luz baja, se observarán ondulaciones en la superficie tan tenues y anchas,

que, como ocurre a menudo, pueden pasar inadvertidas al arqueólogo de campo. Cuando, sin embargo, con su atención puesta en ellas, se va al terreno (como siempre debe hacerse) con la fotografía aérea en sus manos, podrá percibir algo, por muy poco que sea. Una de las principales ventajas de la fotografía aérea ha sido aguzar nuestra vista para que podamos ver estas suaves ondulaciones. Al ojo inexperto pueden parecerle tan tenues que las omita; pero ninguna clave, por débil que sea, debe ser omitida. Algunos las descartan como producto de la imaginación, pero la fotografía aérea las ha reivindicado y ayudado mucho a los observadores. Debemos recordar, por tratarse de un importante axioma de la arqueología de campo, que en las regiones calcáreas y algunas (no todas) otras, cada irregularidad de la superficie es de origen humano y demanda una explicación. Las dunas suaves y anchas pueden considerarse como bagatelas, pero todo jardinero o agricultor sabe que no lo son. El contenido cúbico de un banco que, aunque ahora su altura es de solo cinco pulgadas tiene a su vez varias yardas de ancho, representa muchas horas de esfuerzo humano; y el ser humano no lo realiza sin algún motivo, ni tampoco para desorientar al arqueólogo de campo. Las mismas premisas valen, inversamente, para una zanja, cuya depresión puede ser simplemente de unas pocas pulgadas. Su profundidad original no será probablemente mucho menor que su ancho; la zanja de un cerrofuerte nivelado puede aparecer como una depresión de solamente un pie y un ancho de quince pies, lo que representa quizás una profundidad de diez pies. Esto es algo formidable.

«Solares» son los que se identifican por alteraciones y consiguiente descoloración de la superficie. Excepto en los desiertos (donde los escasos núcleos humanos están, en su mayoría, en «lugares sombreados»), los «solares» suelen producirse en tierras de cultivo cuando no están dedicadas a cosechas. Las marcas son generalmente producidas por la dispersión de la tierra

de lomas o montículos, así como de piedras de caminos romanos u otros. En terreno calizo, las lomas se habrán formado cavando zanjas y apilando la blanca cal, que hace que el montículo resultante permanezca visible aun después de muchos años de labranza. Zanjas y pozos se revelan a veces en suelos desnudos, aunque hayan sido rellenados totalmente y se mantengan invisibles como tales irregularidades de la superficie, porque su relleno retiene más humedad y, por ello, ofrece un aspecto más oscuro. Por la misma razón, una toalla mojada es más oscura que otra seca. Los «solares» son más corrientes en invierno y principios de primavera, especialmente de una primavera seca, que en otras épocas del año. En el caso de los cerros-fuertes, o colinas fortificadas, es generalmente el montículo, o lo que de él queda, lo que se nos muestra como marca del suelo, y la zanja, como señal de cosecha. Es, pues, interesante fotografiar tales lugares más de una vez en distintas épocas del año y bajo diferentes condiciones de humedad.

Los «lugares de cultivo» son, quizá, los más importantes y numerosos. La mayoría de los conocidos representan descubrimientos totalmente nuevos. Un «lugar de cultivo» es un sitio que se caracteriza por un desarrollo diferencial de cosechas; las causas son el exceso o defecto de humedad. Los pozos, zanjas u hoyos, cuando contienen sedimentos, permanecen como manchas suaves cuyo relleno es de composición distinta a la del terreno en que se han excavado, ya se trate de caliza, arena, grava, roca dura o, incluso, arcilla. Cuando una cosecha de cereal (y algunos otros cultivos) se siembra en un campo que contenga tales hoyos o agujeros con sedimentos, el grano se desarrollará mejor en el suelo más húmeda y fértil del sedimento, y, por lo tanto, tendrá un color verde más oscuro. Vistos desde arriba, estos «parches» de verde más oscuro ofrecen un fuerte contraste con el resto; y una fotografía vertical de los mismos nos ofrecerá una exacta visión de las franjas o manchas, las

cuales aparecerán en ella, naturalmente, en negro. No importa el tiempo que ha durado el relleno de los agujeros: su tipo es preciso y está bien definido. Las zanjas de montículos que han sido allanados o explanados en la Edad de Hierro, hace unos 2.000 años, han podido ser localizadas de esta forma como círculos perfectamente definidos y claros.

Dar una lista de los importantes descubrimientos en materia de «lugares de cultivo» realizados durante el último cuarto de siglo, sería imposible en el espacio de que disponemos, y, por ello, me limitaré a mencionar solamente unos cuantos. El primero —y uno de los más famosos— fue la continuación de la avenida que conduce a Stonehenge. Lo presencié por vez primera en 1923, no en una litografía, sino en un negativo hecho en 1921 por la RAF en Old Sarum, como ejercicio común de rutina. La existencia de zanjas en la avenida se comprobó después de excavaciones realizadas aquel mismo año. Un poco más tarde, en 1926, el jefe de escuadrillas INSALL descubrió, no lejos de allí, los círculos de madera llamados Woodehenge, cuyos hoyos aparecían como óvalos concéntricos de manchas oscuras encerrados en un anillo oscuro que delimitaba la zanja. Más tarde, fue excavado por los Cunningtons, que publicaron su informe en forma de libro. Uno de los más sorprendentes «lugares de cultivo» es el de Woodbury. Lo comprobé por mí mismo en 1924, pero no pude fotografiarlo; un miembro de la RAF de Old Sarum volvió a descubrirlo en 1929 por su cuenta, tomando una excelente fotografía del lugar. Este sitio fue elegido para excavaciones por la Sociedad Prehistórica, efectuándose dos sesiones de trabajo en aquel lugar, en 1938 y 1939, bajo la dirección del profesor Bersu. Se comprobó que se trataba del emplazamiento de un núcleo humano de la alta Edad del Hierro. Fue muy bien reconstruido por Jacquetta Hawkes con el asesoramiento del profesor Bersu, en Denham, y utilizado en una película sobre vida prehistórica. El mayor Alien descubrió

innumerables «lugares de cultivo» en el distrito de Oxford; y durante la guerra de 1939-45, el teniente de las fuerzas aéreas D. N. Riley encontró aún más, lo mismo en aquella región que en Fenland y otras partes de East Anglia. Desde el final de la guerra, el Dr. St. Joseph ha descubierto muchos «lugares de cultivo» importantes, incluyendo docenas de nuevos fuertes romanos y campamentos.

En Iraq, el jefe de escuadrilla Insall descubrió el emplazamiento de Seleucia, capital helénica de Mesopotamia, observando su disposición rectangular, cubierto en parte por vegetación y en parte por suelo descolorido.

Los restos de antiguos sistemas de irrigación facilitaron temas ideales lo mismo de «cultivos» que de «solares». Los de Iraq pueden observarse generalmente como «lugares sombreados», ya que los antiguos canales se vieron cubiertos de sedimentos en todo su lecho hasta formar grandes parapetos. Pero un magnífico ejemplo de canal de sedimentación («solar» o «cultivo») puede verse cerca de Ur, completo con sus vías de desagüe. Los canales de drenaje romano-británicos, así como sus asociados sistemas de campo y carreteras, se revelan con profusión de detalles en la fotografía aérea, pero en su mayor parte quedan sin publicar. Sistemas de irrigación ya extintos han sido registrados en Nubia, Turkmanistán y el Azerbaiján soviético; pero ni los egiptólogos ni, al parecer, los arqueólogos soviéticos han publicado fotografías aéreas de los mismos.

Uno de los más importantes descubrimientos de «lugares de cultivo» se realizó en Italia al final de la última guerra por Mr. John Bradford. Resultó ser un insospechado grupo de colinas fortificadas —cerros-fuertes— del neolítico o alta Edad de Bronce, cuyas zanjas circundantes pueden observarse con sorprendente nitidez de contorno en algunas fotografías aéreas tomadas parcialmente durante la guerra, y en parte, durante mi-

siones especiales de reconocimiento por Bradford después de la contienda.

«Lugares de cultivo» todavía inéditos han sido registrados por fotografía en Siam e Indochina francesa; también fueron observados por el Dr. St. Joseph en el Norte de África.

Se pueden encontrar, pues, «lugares de cultivo» en todos los continentes (excepto, hasta el presente, en Australia), y es evidente que solo nos hallamos al principio de los descubrimientos. No hay motivos para dudar que en regiones favorables, pueden recuperarse épocas enteras de historia perdida utilizando la fotografía aérea, seguida de excavaciones científicas. Lógicamente, no todos los lugares podrán ser excavados; pero cuando se puedan excavar algunos y establecer con toda exactitud un plano-tipo, la fotografía aérea facilitará los datos para los mapas de distribución de esta especie.

Si a uno le pidieran que dijese dónde se encuentran los más abundantes «lugares de cultivo», hallaríamos difícil excluir cualquier país del mundo que no sea la Región Polar y las selvas tropicales y desiertos. He intentado, desde luego, hacer algo en este sentido, pero al mirar mi Atlas, desistí de mi idea. ¡Hay tan pocas regiones que probablemente sean totalmente áridas, y tantas otras que seguramente serán ricas y productivas…! El cultivo está, desde luego, dispuesto, pero la mano de obra es escasa, y a veces se ve frustrada por la apatía oficial o por su propia falta de espíritu emprendedor e iniciativa. Me limitaré a una simple lista de algunas regiones prometedoras: China, Indochina y Siam, India septentrional, Turquía occidental, Thessalia y Tracia, Europa central, partiendo de las estepas rusas (que deben abundar en «lugares de cultivo») hasta Hungría (donde las he visto con mis propios ojos), Nigeria, y los campos de cereales de ambas Américas del Norte y Sur. No hay que buscar los «lugares de cultivo» más que en extensas áreas bajo cultivo y donde el hombre prehistórico se ha afanado en cavar hoyos y

zanjas. Las anteriores consideraciones excluyen a muchas tierras mediterráneas y montañosas, y las posteriores, a regiones tales como Australia y partes de Asia Central, donde la existencia ha sido principalmente nómada. Pero todavía existe mucho que mantendrá a los arqueólogos ocupados durante siglos.

Archaeology in the Field, 1953

El museo azul

Jacques-Yves Cousteau

Jacques-Yves Cousteau (1910-1997) nació en la Gironda y se educó en la Escuela Naval. Durante la segunda guerra mundial, en la que tomó parte con méritos suficientes para ganarse la Cruz de Guerra, pensó en la necesidad de una forma de movimiento submarino más libre que el tradicional de la inmersión con casco o escafandra, y, después de muchos ensayos y cierta suerte personal, desarrolló el «aqualung». Después de la guerra estudió las posibilidades de su invento como elemento auxiliar de la investigación oceanográfica, y, desde entonces, sus trabajos en biología, exploración y arqueología marinas le han ganado una señalada fama internacional.

Hay tesoros más preciados en el Mediterráneo a tiro de piedra. Es este el mar de la civilización, el cinturón marino con las más viejas culturas, un museo al sol y la espuma. Los más grandes de los descubrimientos submarinos, a nuestro juicio, son los de los restos de barcos naufragados de la era precristiana. Por dos veces hemos visitado naufragios clásicos y recuperado riquezas más estimadas que el oro; el arte y las obras de artesanía de los tiempos antiguos. Hemos localizado también otros tres barcos, que esperan su salvamento.

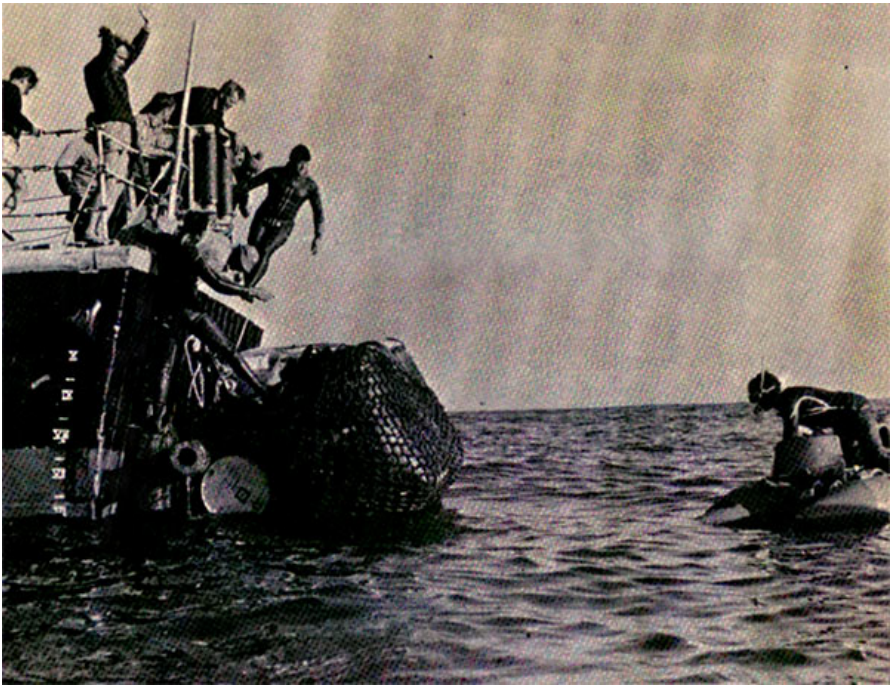
Ningún barco mercante de la antigüedad se conserva hoy en tierra. Los barcos vikingos que fueron hallados sepultados en la tierra, y las barcazas del emperador Trajano que fueron recuperadas drenando el lago Nemi de Italia, son espléndidos ejemplares de navíos no mercantes de los viejos tiempos, pero poco

se sabe de los buques mercantes que acercaban entre sí a las naciones.

Mi primer contacto sobre barcos clásicos se produjo en la bahía de Sanary, donde hace cuarenta años un pescador extrajo una cabeza de bronce. Murió antes de llegar yo a Sanary, y jamás pude saber donde la había encontrado.

Años más tarde, Henri Broussard, jefe del Club de Montañismo Submarino de Cannes, regresó de una inmersión con un ánfora griega. Esta graciosa pieza de alfarería de dos asas era el típico recipiente de la antigüedad destinado al transporte de vino, aceite, agua y grano. Los barcos mercantes de Fenicia, Grecia, Cartago y Roma llevaban miles de ánforas en estantes o barras de sustentación. El fondo de las ánforas es cónico. En tierra, eran hincadas en el suelo. A bordo, probablemente iban encajadas en los agujeros de los estantes o barras de sustentación antes mencionadas. Broussard informó haber visto un montón de ánforas a sesenta pies de agua. Se supuso que no se trataba de un naufragio ya que el barco estaba totalmente enterrado.

Hicimos una inmersión desde el «Elie Monnier» y hallamos las ánforas tumbadas o diseminadas en pedazos sobre un lecho de materia orgánica compacta en un polvoriento paisaje gris de cizaña. Con una potente bomba de succión, seguimos ganando profundidad hasta encontrar el barco. Un centenar de ánforas surgió de lo profundo, la mayoría de ellas todavía con sus corchos puestos. Unas cuantas conservaban aún en buen estado los precintos de lacre que llevaban las iniciales de los antiguos fabricantes griegos.



La fascinante y al mismo tiempo peligrosa aventura de la arqueología submarina. Aquí vemos los trabajos de rescate de una nave hundida con un gran cargamento de oro y plata.

Durante varios días extrajimos lodo y ánforas. A una profundidad de quince pies chocamos con madera, que correspondía a las planchas de cubierta de un carguero, como de dos mercantes que habían sido hallados. No estábamos equipados para realizar un rescate a gran escala y nuestro tiempo era limitado. Cuando nos fuimos, llevábamos con nosotros ánforas, muestras de maderas y el conocimiento de un lugar hidro-arqueológico único que solo espera una excavación relativamente sencilla. Yo creo que el casco está bien conservado y podría ser extraído en una sola pieza. ¡Cuántas cosas no habría podido decimos aquel naufragio de la construcción de buques y el comercio internacional del remoto pasado!

De viejos barcos conocemos una serie de murales y pinturas de vasijas, y podemos establecer bastante buenas hipótesis sobre la ciencia de sus navegantes. Sus buques cargueros eran

cortos y anchos y probablemente no podían navegar contra viento. Los pocos faros existentes eran fuegos que se mantenían encendidos en la costa, y no había ni balizas ni boyas en las rocas o arrecifes. Los capitanes seguramente rehuían perder contacto con tierra firme y procuraban buscar refugio a sus naves de noche. Es posible que los pilotos hubieran heredado un conocimiento a través de generaciones para arriesgarse a dirigir un barco. Obligados a bordear la costa, los barcos eran presa fácil de las repentinas tempestades mediterráneas y sus traicioneras rocas. Muchos de ellos naufragaron posiblemente en aguas superficiales cerca de la costa, de fácil buceo. Las batallas navales y la piratería son también hechos que hay que sumar a los naufragios en aguas superficiales. Creo que hay centenares de viejos cascos conservados en lodazales accesibles.

Un barco hundido a menos de sesenta pies de agua es probable que se haya desvanecido a causa de la fuerza de dispersión de las mareas y corrientes; pero si yace a mayor profundidad, entonces reposa en ese tranquilo museo del suelo marino. Si el barco encalló en un lecho rocoso y no fue tragado en su totalidad, habrá sido sin embargo juguete de la intensa vida submarina: algas, esponjas, hidrozoitos y medusas se habrán adherido a él cual musgo a una pared. La fauna hambrienta habrá buscado alimento y cobijo en los restos del naufragio.

Un buceador necesita una vista entrenada para encontrar signos de tales naufragios: una ligera anomalía de la topografía del fondo, una roca de forma rara, o la graciosa curva de una esbelta ánfora. Las ánforas de Broussard debieron ser cargamento de cubierta. Las ánforas de estantería debieron haber quedado cubiertas por el barco. Muchos barcos antiguos se habrán perdido sin dejar rastro cuando los buscadores de esponjas o corales, ignorantes de la circunstancia de que las ánforas indican que hay barco debajo de las aguas, removieron las vasijas sin anotar su localización.

Inequívocos fueron los indicios del otro único navío de carga jamás encontrado, el galeón de Mahdia. Su apelativo, es sin embargo, equívoco; el barco carecía de remos, era un simple velero, especialmente diseñado para transportar un volumen de carga increíble para aquellos tiempos: por lo menos, 400 toneladas. El Mahdia había sido construido por los imperiales romanos hace unos dos mil años con la expresa finalidad de transportar los tesoros de arte de Grecia. Nuestro hallazgo de este barco fue una verdadera historia detectivesca.

En junio de 1907, uno de los gnómicos buscadores griegos que operan a lo largo y ancho del Mediterráneo, estaba buscando esponjas cerca de Mahdia en la costa oriental de Tunicia, cuando de pronto descubrió, a una profundidad de 127 pies, una fila tras otra de grandes objetos cilíndricos, medio enterrados en el lodo. Informó que el fondo estaba cubierto de cañones (tubos).

El almirante Jean Baehme, que mandaba el departamento marítimo francés de Túnez, envió a unos cuantos buceadores a investigar. Los objetos consistían en sesenta y tres cañones, aparentemente ordenados y diseminados en óvalo sobre el suelo marino, en unión de otras grandes formaciones rectangulares. Todos estaban llenos de seres marinos incrustados en ellos. Los buzos levantaron uno de los tubos. Una vez limpiado de organismos, se observó la presencia de mármol: estos «cañones» eran columnas jónicas griegas.

Alfred Merlán, director gubernamental de Antigüedades, de Túnez, se lo comunicó al famoso arqueólogo e historiador de arte Salomón Reinach. Este buscó mecenas que financiasen la operación de rescate. Dos norteamericanos se suscribieron: un expatriado, que se llamaba a sí mismo Duque de Lubar (por un título papal), y James Hazen Hyde, que dio 20.000 dólares. Reinach no garantizaba los resultados, pero Hyde estaba ansioso de respaldar el trabajo. La expedición se puso a las órdenes de

un tal Teniente Tavera, que contrató buceadores civiles experimentados de Italia y Grecia, equipados con los últimos atuendos de bucear.

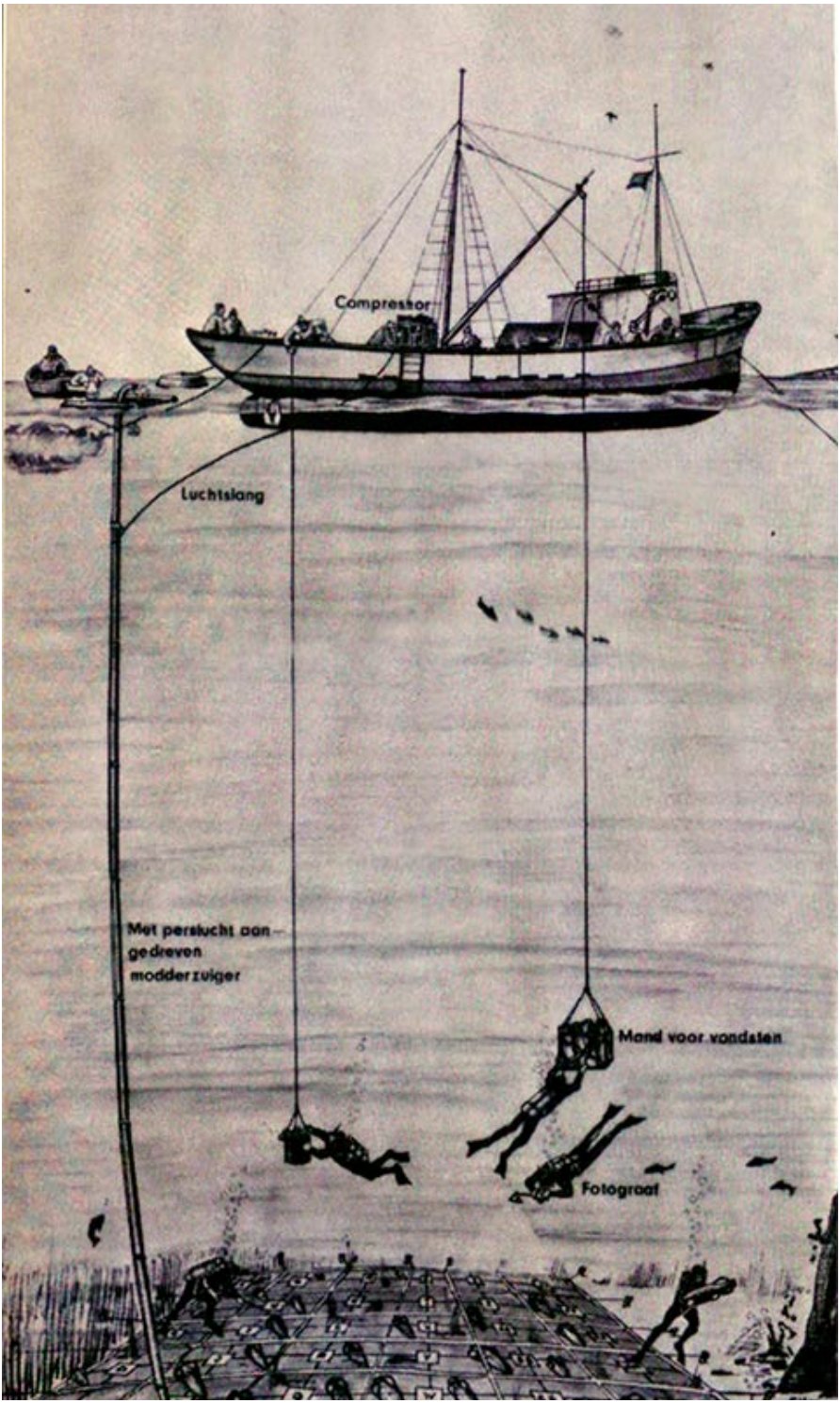
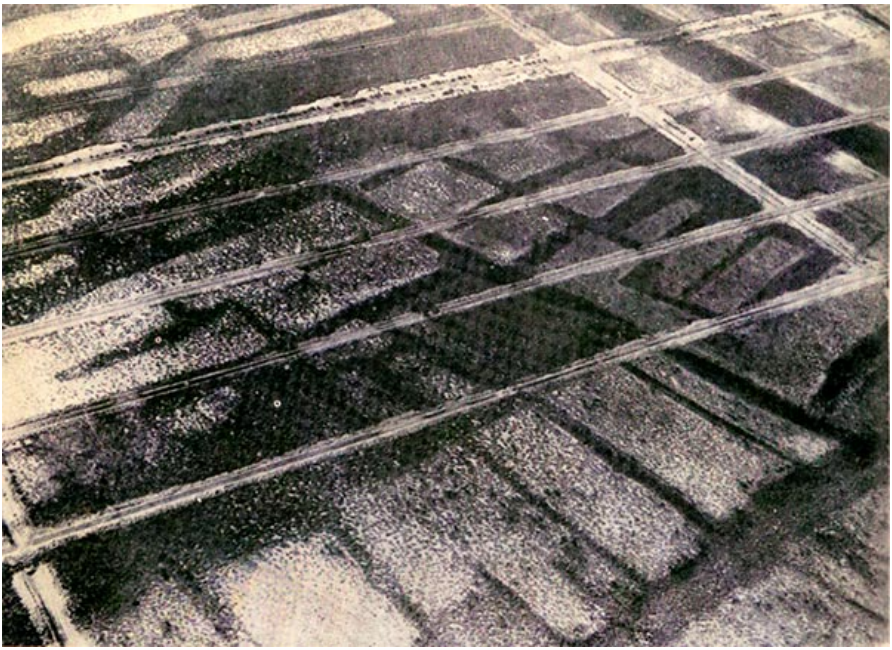

Compressor
Luchtslang
Met perslucht aan-
gedreven
modderzuiger
Mand voor vondsten
Fotograaf

Gráfico que muestra la perfecta organización con que se llevan a cabo los trabajos de rescate en la arqueología submarina.

Este cántaro medieval acompañó los restos romanos durante cinco siglos, hasta ser ahora recuperado.



Trazado del Puerto-Canal de Spina, en Italia. Son visibles los canales secundarios y las plantas de las antiguas construcciones.

La profundidad era un problema en aquella fase de la técnica del buceo. Aquel mismo año, el Comité de Buceo de Profundidad de la «Royal Navy» confeccionaba las primeras tablas de descompresión hasta ciento cincuenta pies de profundidad, que todavía no conocía Tavera. Algunos buceadores se vieron tan seriamente afectados que no pudieron volver a trabajar. La difícil y peligrosa operación se prosiguió durante cinco años.

La nave era un museo de escultura clásica. No solo contenía capiteles, columnas, basamentos y elementos horizontales del orden jónico, sino también «kraters» labrados —o jarrones de

jardín— tan altos como una persona. Los buceadores hallaron estatuas de mármol y figuras de bronce diseminadas por el piso, como si hubieran sido mercancía de cubierta, desparramadas por doquier cuando el barco se escoró de costado.

Merlin y Reinach, así como otros expertos, atribuyeron estos tesoros a la Atenas del primer siglo antes de Cristo. Compartían la creencia de que el argosia se había hundido en el año 80 antes de Cristo mientras transportaba el botín sistemáticamente coleccionado por el dictador romano Lucio Cornelio Sulla, que había saqueado Atenas en el año 86 antes de Cristo. Se comprobó que los miembros arquitectónicos constituían un completo templo o una suntuosa villa, que los asesores artísticos de Sulla habían seleccionado en Atenas para su embarque a Roma. Estos «oscuros» embarques eran práctica común en aquella época. Objetos de arte en suficiente cantidad para llenar cinco habitaciones del Museo Alaoui —donde pueden contemplarse actualmente— fueron transportados entonces. En 1913, la operación de rescate fue suspendida por falta de fondos.

Las primeras noticias que tuvimos del argosia fue en 1948, con ocasión de una investigación arqueológica submarina en el supuesto puerto comercial sumergido de Cartago. El verano anterior, el general Vernoux, de las Fuerzas Aéreas, que mandaba la región de Túnez, había tomado varias fotografías curiosas de las aguas superficiales frente a Cartago.

A través de las claras aguas pudieron observarse formas geométricas definidas, que, sorprendentemente, parecían los muelles y otras estructuras de un puerto comercial. Las fotografías en cuestión fueron examinadas por el Padre Poidebard, un investigador jesuita, capellán de las Fuerzas Aéreas. Había hallado las ruinas submarinas de los puertos de Sidón y Tiro a principios de los años veinte y deseaba ahora investigar los descubrimientos en Cartago.

El Padre Poidebard subió a bordo del «Elie Monnier», y contratamos un equipo de buceadores que se encargaría de examinar el puerto. No hallamos ninguna traza de mampostería ni de construcciones hechas por el hombre. Para comprobarlo, utilizamos una draga; pero este dragado no puso de relieve la existencia de materiales de construcción.

Más tarde, revisando los archivos tunecinos y del Museo Alaoui, tropezamos con la historia de la nave —o argosia— de Mahdia. Las monografías de Merlin y el informe de Tavera nos llevaron a la conclusión de que todavía había muchos tesoros en aquel naufragio. Me emocioné cuando mis ojos leyeron el nombre del Almirante Jean Baehme: era el abuelo de mi mujer. Cuando vimos los detallados esquemas de Tavera, que mostraban la disposición del naufragio, nos encaminamos al buque hundido.

Una luminosa mañana de domingo, nos pusimos a estudiar los esquemas frente a la costa. Había tres dibujos con marcas que podrían conducirnos a donde se encontraba el argosia. La primera correspondía a un castillo, que podía verse una vez rebasado un rompeolas en ruinas. Vimos el castillo inmediatamente.

La segunda pista consistía en alinear un pequeño matorral de las dunas con la cresta de una colina. Desde los tiempos en que Tavera había dibujado aquel matorral solitario hacía treinta y cinco años, había crecido luego un verdadero bosque en su entorno. La última clave era el cambio de tono entre los distintos olivos y un molino en primer plano. Miramos y remiramos a través de los prismáticos, pero no vimos ningún molino. Hicimos unas pocas observaciones no muy favorables al Teniente Tavera y deseamos entonces que este hubiera estudiado la cartografía de mapas de tesoros de Robert Louis Stevenson. Desembarcamos para echar un vistazo a las ruinas del molino. Cargamos el camión con vigas de madera y lona, para construir

una baliza o pequeño faro en aquel lugar de la costa. Marchamos por caminos polvorientos, preguntando a los nativos aquí y allá. Nadie recordaba el molino, pero alguien sugirió que quizá lo supiese el viejo eunuco. Lo encontramos caminando penosamente por la carretera; era un enjuto octogenario, calvo y con unas espesas patillas blancas a ambas mejillas. Era difícil imaginarse que en algún tiempo hubiese sido el brillante y orgulloso factótum de un harén de Las Mil y Una Noches, Sus ojos se iluminaron vivamente. «¿Molino? ¿Molino?» —gritó con voz chillona—. «Les llevaré allí». Viajamos varias millas a través del territorio hasta llegar a una especie de escollera. Allí nos apresuramos a levantar la baliza o pequeño faro de señalización. El anciano nos miró apesadumbrado, y me murmuró: «Recuerdo otro molino más allá». Nos condujo a una nueva escollera. Cuando le miramos lastimeramente, él todavía creía en las ruinas de otro tercer molino. La costa de Mahdia parecía ser el cementerio de una serie de molinos.

Regresamos al «Elie Monnier» y celebramos consejo. Decidimos utilizar el máximo las técnicas de investigación submarina para descubrir el naufragio, como si no supiéramos nada sobre su localización. Contábamos con dos hechos: el naufragio se había producido en algún punto cercano, y que se encontraba a unos ciento veintisiete pies de profundidad. La sonda sónica nos indicó que el suelo marino era casi llano, con ligeras variaciones. Nos encaminamos al punto donde la profundidad de las aguas se acercaba más a la establecida por el sondeo de Tavera.

Sobre el suelo marino colocamos una parrilla de alambre de acero que cubría unos 100.000 pies cuadrados de superficie, con un espacio de cincuenta pies entre intersecciones. De este modo, los buceadores podían sumergirse y emerger libremente sobre estas líneas, estudiando el terreno marino a derecha e izquierda para localizar indicios del naufragio. Tardamos dos

días en tejer la parrilla. Hubiéramos encontrado incluso un reloj que se hubiera perdido en el lugar. No «pescamos» ninguna mercancía romana con nuestra red.

El Teniente Jean Alinat propuso que debía sumergirse en el trineo submarino. Lo remolcamos hasta las mismas márgenes de la parrilla, pero no encontró nada. Así pasó el quinto día infructuoso de búsqueda del argosia. Aquella noche no pudimos reprimir nuestra desesperación y decidimos buscar más cerca de la playa.

A la mañana siguiente, el Comandante Tailliez descartó el trineo y prefirió ser remolcado en su cable por un vehículo auxiliar. En nuestra lucha contra el indómito mar, creí haber llegado al punto máximo de mi desesperación, al sexto día de fracasos. Mentalmente compuse un informe para mis superiores de Toulon, explicándoles cómo había tenido que emplear dos barcos y treinta hombres durante una semana en busca de un naufragio que ya había sido rescatado en 1913. El Padre Poidebard comenzó a mostrárseme como un furioso almirante.

De pronto, sonó un grito. Fuera, sobre las soleadas aguas, brillaba una lentejuela de plástico amarillo, que era la baliza de señalización que Tailliez llevaba en su cinturón. Cuando la pequeña boya o baliza sube a la superficie quiere decir que el buceador ha localizado algo importante. Tailliez emergió de las aguas, se quitó el tapabocas y gritó: «¡Una columna!» … «¡He encontrado una columna!».

Los viejos registros indicaron que una de las columnas había sido arrastrada desde el punto de naufragio y abandonada una vez terminadas las operaciones de rescate. El argosia era nuestro. Nos dirigimos a Mahdia de noche y pedimos champaña para todos. Lo que ocurrió en las tabernas aquella noche fue un ejemplo de lo que sucede cuando una tripulación ha encontrado un tesoro submarino. Por toda la ciudad corrieron rumores

de que habíamos hallado la fabulosa estatua de oro del galeón, un objeto mitológico venerado en la localidad desde hacía unos 30 años. La carcomida columna de Philippe se convirtió en una fortuna de oro. Los admiradores se apiñaban para felicitarnos.

Al alba, recomenzamos nuestro trabajo. Dumas y yo descendimos y encontramos el punto principal de naufragio. No se parecía nada a un barco. Las 58 restantes columnas eran simples cilindros recubiertos por una espesa capa de vegetación y animales. Yacían envueltas en el enlodado suelo marino. Recurrimos a nuestra imaginación para forjarnos un cuadro del barco. Debió ser un coloso de barco para aquellos tiempos. Las medidas y la distribución de las columnas dejaban entrever un buque de unos ciento treinta pies de eslora por cuarenta pies de manga, o sea el doble de las dimensiones del «Elie Monnier».

El argosia se había perdido en una verdadera pradera de barro y arena que se extendía más allá de la vista a través de las claras aguas. Era un oasis para los peces. Observamos que no había tipos comerciales de esponjas en las columnas. Los buceadores griegos de aquellos días se las habían llevado todas, al parecer. Quizá se llevaron también algunos objetos de arte, como vindicación patriótica del pillaje de los romanos.

Estábamos frente a una operación de rescate semi-industrial. Éramos herederos de los grandes progresos en la ciencia del buceo desde los días en que los bravos hombres de Tavera se dieron cita con el naufragio, y, poseíamos, en realidad, un juego de tablas de buceo únicas recientemente elaboradas por el Teniente Jean Alinat. Estaban diseñadas para la labor de «aqualung», es decir, la técnica en virtud de la cual los hombres se sumergen y emergen rápidamente en una serie de breves buceos, eliminando así la saturación de nitrógeno propia de las inmersiones largas. Las últimas tablas de buceo para un hombre que tuviera que trabajar durante cuarenta y cinco minutos a una profundidad del argosia obligaban al mismo a regresar por eta-

pas para efectuar la descompresión. Tenía que parar cuatro minutos a una profundidad de treinta pies, seguir hasta los veinte pies y dejar pasar veintiséis minutos, y luego parar otros veintiséis minutos a diez pies, antes de emerger.

Le costó casi una hora regresar de un buceo de tres cuartos de hora.

En el programa de Alinat, por el contrario, se enviaba un hombre a efectuar tres buceos de quince minutos, alternando con períodos de descanso de tres horas. El buzo independientemente solo necesitaba cinco minutos para la fase de descompresión a diez pies después de la tercera inmersión, o sea la vigésima parte del tiempo de descompresión del buzo de escafandra.

Para que las teorías de Alinat fuesen útiles en el ataque al barco romano, el equipo de dos hombres tuvo que descender y regresar siguiendo un rígido cronometraje. No era de esperar que consultasen sus propios cronómetros de muñeca. Proyectamos, pues, un «reloj-disparador», es decir, un hombre en cubierta provisto de un rifle que disparaba al interior de las aguas cinco minutos después de que se habían sumergido, luego a los diez minutos, y finalmente disparaban tres rondas a los quince minutos como señal imperativa de que debía emerger a la superficie. El impacto de las balas podía oírse claramente en el punto de naufragio.

El primer día, vi emerger a un buceador sosteniendo un pequeño objeto brillante, y mi corazón dio un salto, pues esperaba encontrar bronces griegos. Era simplemente una bala del «reloj-disparador». El piso se había recubierto de ellas. Hubiera sido gracioso esconderse detrás de una columna y ver la cara que pondría el próximo buscador de esponjas cuando viera el suelo marino brillando de oro…

Nuestro horario se vio también amenazado por el hecho de que los vientos y mareas desplazaron al «Elie Monnier» de su punto de anclaje, por lo que los buceadores tenían que hacer recorridos en diagonal para llegar a su lugar de trabajo, lo cual supuso una pérdida de tiempo y energías.

El mundo del argosia era azul crepuscular, por lo que la carne tomaba un color verde aceitunado. El lejano sol brillaba sobre nuestro equipo de buceo, despidiendo destellos argentados al reflejarse sobre los cromados. El polícromo lecho marino despedía una luz lo bastante intensa como para poder hacer una película en colores de los buceadores en plena faena. Creo que fue la primera película en colores hecha a semejante profundidad.

Los mármoles atenienses eran moles de un azul oscuro, empañado por capas de vida marina. Tuvimos que cavar con nuestras manos —como los perros remueven la tierra— para poder pasar los cables de arrastre por debajo. Cuando las sacamos a la superficie, las limpiamos y cepillamos hasta devolverles su blanquísimo mármol, y por primera vez desde los tiempos de la antigua Atenas las pusimos al sol.

De las piedras del suelo tomamos cuatro columnas, dos capiteles y dos basamentos. Levantamos también dos misteriosas y plúmbeas partes de viejas áncoras, que encontramos cerca de donde se supone estaba el barco en una posición que indicaba que se había lanzado anclas cuando el barco se hundía. La tragedia debió ocurrir súbitamente. Las partes de ancla, que pesaba cada una tres cuartos de tonelada, tenían forma oblonga e iban reforzadas con agujeros en el centro. Tales formas metálicas rectas no podían haber sido los brazos o ganchos de anclas. Seguimos buscando estos brazos o ganchos, pero no hallamos nada. Posiblemente, las partes que habíamos encontrado eran solo las barras cruzadas que van en la empuñadura del ancla. El resto de las anclas debió ser de madera. He aquí un dilema. ¿Por

qué los antiguos hacían recaer todo el peso sobre la parte superior del ancla?

Discutimos sobre las distintas explicaciones y llegamos a una posible conclusión. Los antiguos barcos no tenían cadenas de ancla, sino que usaban cuerdas. Un moderno barco anclado empujado por el viento o las corrientes mantiene firme su gancho mediante la fuerza horizontal ejercida sobre el extremo inferior de la cadena del ancla. La cuerda del ancla romana se ponía tensa en tales condiciones y hubiera levantado los ganchos de madera si la parte superior no llevase una sobrecarga de material de plomo, que facilitaba la fuerza horizontal.

Trabajamos seis días en la nave romana, cada vez más sorprendidos por las muestras de una ciencia marítima original. Queríamos ir tras el barco propiamente dicho. Los registros de Tavera indicaban que los buzos de escafandra habían excavado ampliamente a popa. Seleccioné unos mármoles en una zona compacta situada a estribor y los envié a la superficie, dejando así un área limpia para excavación. Bajamos una potente manga para soplar la tierra. Una ligera corriente conducía el barro que levantábamos. Sosteníamos la creencia de que el excesivamente cargado barco había reventado en su estructura superior, haciendo que la cubierta de carga cayese sobre la principal.

Dos pies más abajo, nuestros dedos palparon una sólida cubierta llena de planchas de plomo. El mar había arrojado lodo en la cavidad, pero pudimos tantear una buena porción de cubierta firme para llegar a la conclusión de que la nave romana estaba intacta en sus dos terceras partes. Extrajimos un capitel jónico que estaba prácticamente enterrado en el lodo. Ni la fauna ni la flora marinas habían hecho presa de él. Conservaba aún la prístina belleza de los días en que había sido labrado, antes de nacer Jesucristo.

Estoy seguro que en medio hay un cargamento sin tocar. Estoy también seguro de que entonces como hoy la tripulación vivía en el castillete de proa, el lugar menos deseable del barco, y que existen allí enterradas pertenencias íntimas y herramientas que podrían hablarnos de la clase de hombres que llevaban los barcos romanos.

Nos encontramos sencillamente en los umbrales de la historia en los pocos días que permanecimos en torno al gran argosia. Hallamos clavos de hierro oxidados, algunos tan finos como agujas, y clavos de bronce. Encontramos, también, una piedra molar, con la que los cocineros del barco molían los granos que transportaban en ánforas. Igualmente extrajimos piezas de cedro del Líbano de un metro de largo cubiertas con el original barniz amarillo. (Sería interesante saber cómo se fabrica un barniz marino que sobrevive veinte siglos a la inmersión.)

Cuatro años más tarde en Nueva York, encontré al presidente de las Alianzas Francesas de Estados Unidos y Canadá, un vivaz anciano llamado James Hazen Hyde, y asocié su nombre con el del mecenas que había ayudado a rescatar el tesoro de Mahdia. Era el mismo hombre. Me invitó a cenar en el Plaza y le mostré la película en colores de los buceadores en plena labor. «Fascinante» —exclamó—. «¿Sabe usted?, jamás vi las cosas que sacaron a la superficie. En aquellos días, poseía yo mucho dinero y un yate de vapor. Hacía un crucero por el Egeo mientras ellos estaban buceando. Nunca fui al Museo de Túnez. Salomón Reinach me envió fotografías de los "kraters" y estatuas, recibí una amable carta de Merlin, y el Bey de Túnez me concedió una condecoración. Es interesante, desde luego, verlo después de cuarenta años».

The Silent World, 1953

Física atómica en arqueología

Thomas Geoffrey Bibby

Thomas Geoffrey Bibby (1917-2001) nació en Westmorland y se educó en el Caius College de Cambridge. De 1947 a 1950 estuvo empleado en la Iraq Petroleum Company, pero a partir de 1950 se dedicó exclusivamente a sus trabajos de arqueología. Ahora vive en Dinamarca, donde ocupa el puesto de Conservador y Jefe del Departamento Oriental del Museo Prehistórico.

Una vez más, los nuevos métodos eliminan conceptos erróneos. Igual que De Geer demostró que un año era un concepto independiente del hombre, así el profesor Willard F. Libby, de la Universidad de Chicago, inventor de las técnicas del carbono radiactivo, ha demostrado que el tiempo es un concepto independiente de los años. La edad de un objeto no es fundamentalmente el número de años, sino más bien el espacio de tiempo que ha existido. Los años, aunque no hechos por el hombre, son empleados por el hombre como una unidad para medir el tiempo. Pero el tiempo pasa, no importa si el hombre lo mide en años o no.

El carbono es el ingrediente básico de toda materia orgánica, el mayor constituyente de la vida vegetal y animal, al mismo tiempo, en forma de dióxido de carbono es, uno de los principales ingredientes del aire. El carbono es absorbido del dióxido de carbono del aire por las plantas, que despiden el excedente de oxígeno; este carbono asimilado por las plantas es, a su vez, consumido por los animales y el hombre. Lo mismo en las plantas que en los animales, el carbono es utilizado en parte pa-

ra reemplazar el desgaste estructural y construir nuevas estructuras, proceso este al que llamamos crecimiento. Hay un constante flujo de nuevo carbono en todo organismo vivo en desarrollo, y una pérdida constante, aunque inferior, en los viejos.

Ahora bien: el carbono no es el elemento simple que antes se creía era en la época preatómica. Consiste en tres isótopos, tres distintas sustancias que son químicamente indiscernibles, pero que poseen características físicas diferentes, siendo la más evidente un peso atómico distinto: 12, 13 y 14. El carbono ordinario de cada día tiene un peso atómico de 12. Pero el C-12 se mezcla en una parte con varios millones de C-13 y C-14. Estas diminutas proporciones de carbono más pesado se «fabrican» en las capas superiores de la atmósfera. Allí, el dióxido de carbono del aire está expuesto al bombardeo de los rayos cósmicos, las inexplicables corrientes de partículas ionizadas que caen sobre la tierra desde el espacio exterior. Cuando una de estas partículas choca con un átomo de carbono del dióxido de carbono de la atmósfera, es absorbida una suficiente energía, o materia, de la partícula para convertir el C-12 en C-13 o C-14.

Este «carbono pesado» es como el carbono ordinario, absorbido de la atmósfera, en primera o segunda mano, por todo ser viviente.

Este proceso solo tendría un interés científico académico si no fuera por un hecho importante: el C-14 es radiactivo.

Ahora, los materiales radiactivos hacen dos cosas. Emiten partículas, que se pueden medir con un contador Geiger, y en este proceso se disgregan en otras sustancias radiactivas. Se disgregan a un ritmo fijo por cada sustancia radiactiva, por lo que es posible, después de cierto período de tiempo, afirmar qué cantidad de radiactividad en una cantidad de material quedará reducido a la mitad, y después de otro período igual, a un

cuarto, y así sucesivamente. Este período fijo se denomina «media vida» de la sustancia.

Libby, un químico atómico, se interesó por vez primera por el C-14 en 1946, después de cuatro excitantes días en el Proyecto Manhattan. Decía que si la proporción de C-14 en la atmósfera se mantiene constante en el carbono de la atmósfera por las continuas corrientes de rayos cósmicos, y toda criatura humana sigue renovando su C-14 por la absorción del carbono de la atmósfera, entonces todo ser humano es radiactivo, y exactamente en el mismo grado.

Este intranquilizador pensamiento no preocupaba aún inmediatamente al prehistoriador en la determinación de la cronología. Pero en 1947, Libby llevó sus razonamientos aún más lejos. Cuando un organismo muere, cesa de absorber nuevo carbón del aire. Desde ese momento, la natural pérdida de C-14 no es compensada por nuevas inhalaciones. Por lo tanto, su proporción de C-14 a C-12 descenderá lentamente a *un ritmo fijo*. La «media vida» del C-14 se comprobó era de 5.568 años, con un límite de exactitud de 0,54 %. Así pues, un árbol cortado hace 5.568 años produciría solo la mitad de señales en un contador Geiger que un árbol cortado ayer.

Ahora, los prehistoriadores se despertaron. Porque el reverso era también cierto. Si una pieza de madera daba solamente la mitad del número de señales que una nueva pieza, entonces aquella pieza tendría 5.568 años. Y cualquier otra proporción de señales podría por esta razón convertirse en un espacio de tiempo, dentro de los límites de exactitud de la máquina. Había nacido un nuevo método para calcular la edad de cualquier material prehistórico conteniendo carbono.

Como resultado, en febrero de 1948 se creó un comité de cuatro arqueólogos por la Asociación Antropológica Americana, que comenzó a someter muestras de todos los tipos de ma-

teriales prehistóricos conteniendo carbono a Libby y su batería de Geigers. Los primeros objetos pertenecían a fechas conocidas —maderas de las tumbas de los Faraones egipcios y de los palacios hititas, cenizas de los campamentos romanos y pergaminos del Mar Muerto—. Libby fue capaz de indicar fechas con márgenes de error del 10 % respecto a la fecha ya conocida. Este nuevo método había resultado eficaz.

Ahora podría alcanzarse lo imposible. Los objetos que, por axioma, eran de fechas indeterminables podían ahora ser ensayados. Los rescoldos de un fuego en la Cueva de Lascaux que se remontaba a la Edad de Piedra, fijaron la fecha de su habitabilidad humana en 15.516 años; escombros de uno de los más antiguos asentamientos agrícolas del mundo —el de Jarmo en Iraq — dieron 6.707 años.

No debemos dejarnos engañar por la aparente exactitud del número de años resultante. En cada caso, el número fue acompañado de una nota sobre el error tolerable, y que generalmente llegaba, y a veces rebasaba, el 10 %. Pero aún un 10 % de error es muchas veces mejor que los muy subjetivos cálculos que antes se hacían.

Sobre los Geigers descansa ahora el futuro de la arqueología, al menos hasta que se encuentre un método mejor. El aparato de Libby se ha duplicado en todos los centros importantes de estudios antropológicos de América, y otro buen número ha sido adoptado en Europa, los primeros en Cambridge y Copenhague. Ahora, en el museo fundado por Thomsen, a muy poca distancia de las habitaciones donde por vez primera desplegó su colección ordenada por el sistema de tres edades cronológicamente sucesivas, los «clicks» de un detector miden con creciente exactitud la edad de los objetos que él fue el primero en sugerir eran prehistóricos.

The Testimony of the Spade, 1957

El periscopio de Lerici

Carlo Maurilio Lerici

Carlo Maurilio Lerici *(1890-1981) nació en Verona, estudió ingeniería industrial y mecánica en la Politécnica de Turín. En la primera parte de su vida alcanzó un éxito considerable como ingeniero industrial, implantando nuevos métodos geofísicos de prospección petrolífera e hidráulica, pero empezó a tomarles gusto a las antigüedades cuando sus parientes le pidieron que diseñase un mausoleo familiar adecuado. Con una firmeza característica se puso a estudiar antiguos modelos en que basar su proyecto, y gradualmente se vio absorbido por la fascinante y poco conocida civilización de los etruscos. Está muy preocupado por las amenazas que se ciernen sobre la supervivencia de las ruinas etruscas, dedicando todos sus conocimientos científicos y arqueológicos a su descubrimiento y preservación. Sus técnicas geofísicas, que fue el primero en aplicar a los problemas arqueológicos, han alcanzado notables resultados; en el siguiente pasaje (escrito en 1961) cita el descubrimiento de 600 tumbas en Cerveteri y 2.600 en Tarquinia, pero hacia junio de 1964 estas cifras se habían elevado a 950 en Cerveteri y 5.250 en Tarquinia.*

Hace unos meses, la Fundación Lerici de la Politécnica milanesa recibió el encargo de organizar un estudio arqueológico de la antigua ciudad de Sibari y de otras interesantes ruinas del área en torno a los ríos Crati y Coscile, en Calabria.

Es esta una extensa zona que ocupa varios centenares de kilómetros cuadrados, de modo que todo el énfasis se puso en el desarrollo de aparatos que capacitaran a un pequeño grupo de

gente a trabajar con mayor rapidez que grupos más numerosos utilizando métodos convencionales.

El gran éxito de estos nuevos métodos se puede comprobar examinando la siguiente lista de descubrimientos realizados en cinco años por dos personas con mano de obra auxiliar reclutada «in situ».

En Febriano, una necrópolis.

En Cerveteri, 600 cámaras sepulcrales conteniendo 6.500 objetos exhumados.

En Vulci, numerosas ruinas estructurales de la antigua ciudad, incluyendo la Tumba de las Inscripciones, con un gran sarcófago esculpido.

En Tarquinia, 2.600 cámaras sepulcrales, 20 de ellas pintadas.

En Sibari, varias ruinas de antiguas edificaciones.

Comparándolo con trabajos previos, baste con observar que en la región de Tarquinia se había tardado anteriormente todo el siglo diecinueve para descubrir tantas tumbas pintadas como las que hemos descubierto en cinco años; que desde 1892, es decir durante 66 años, no se había descubierto ni una sola tumba pintada, y que durante los últimos quince años se descubrió un promedio de una tumba al año en la región de Cerveteri. Una comparación de los registros efectuados nos pone de evidencia que nuestros descubrimientos en Tarquinia, que aún siguen con éxito, duplicarán bien pronto la herencia de pinturas etruscas. El grupo de la Politécnica ha realizado en cinco años lo que antes llevaba más de un siglo.

Los métodos que tuvieron más éxito son: 1) Medida de la *resistencia eléctrica* del terreno y 2) empleo de las *muestras exploratorias* en los puntos indicados por la medida de la resistencia. Estas pruebas pueden utilizarse o para extraer una completa muestra de las capas del terreno como núcleo o bien, al perfo-

rar una tumba, permitir el examen visual y fotográfico del interior.

Estos métodos han evidenciado un valor sobresaliente y los describimos a continuación. Pero también se han empleado otros métodos para recoger datos valiosos.

El primero de ellos es la *fotografía aérea*. Este lo empleamos regularmente en nuestro trabajo.

Pero hemos observado dos cosas: Primero, las habituales fotografías exploratorias no son las mejores para nuestros fines, ya que la luz y otros factores deben elegirse de tal forma que resalten el detalle arqueológico. Igualmente, las fotografías infrarrojas tienen un valor especial. Segundo, hemos observado que en los lugares hasta ahora explorados, el detalle arqueológico es posible que no aparezca si las ruinas están por debajo de 1,5 a 2 metros de la superficie. En la región de Lacio, por ejemplo, los detalles de las necrópolis de Cerveteri y Tarquinia y de los deshabitados poblados de Vulci solo son visibles cuando están más cerca de la superficie. Así, un 50 % de las formaciones de Cerveteri y un 75 a 80 % de Tarquinia no son visibles por fotografía aérea, mientras que en Sibari, las fotografías aéreas son de escaso valor.

Con estas reservas, el estudio aéreo ofrece un comienzo indispensable para todo proyecto arqueológico de gran escala.

En casos en que la humedad del suelo haga menos eficaz la medida de resistencia, este método puede suplementarse por registros sísmicos. Para ello se hace detonar una carga explosiva en un punto del terreno, registrándose los múltiples ecos en varios puntos de recepción.

Estudio arqueológico por mediación de la resistencia eléctrica del terreno

Si dos tubos metálicos (electrodos) son hincados en el terreno y se hace pasar una corriente a través de ellos podemos medir la resistencia eléctrica entre los mismos de la forma habitual. La «resistividad» de un material es la resistencia de un bloque de sección longitudinal y transversal unitaria, en este caso un metro cúbico, y podemos hallar la «resistividad» de la tierra aproximadamente por la lectura de resistencia.

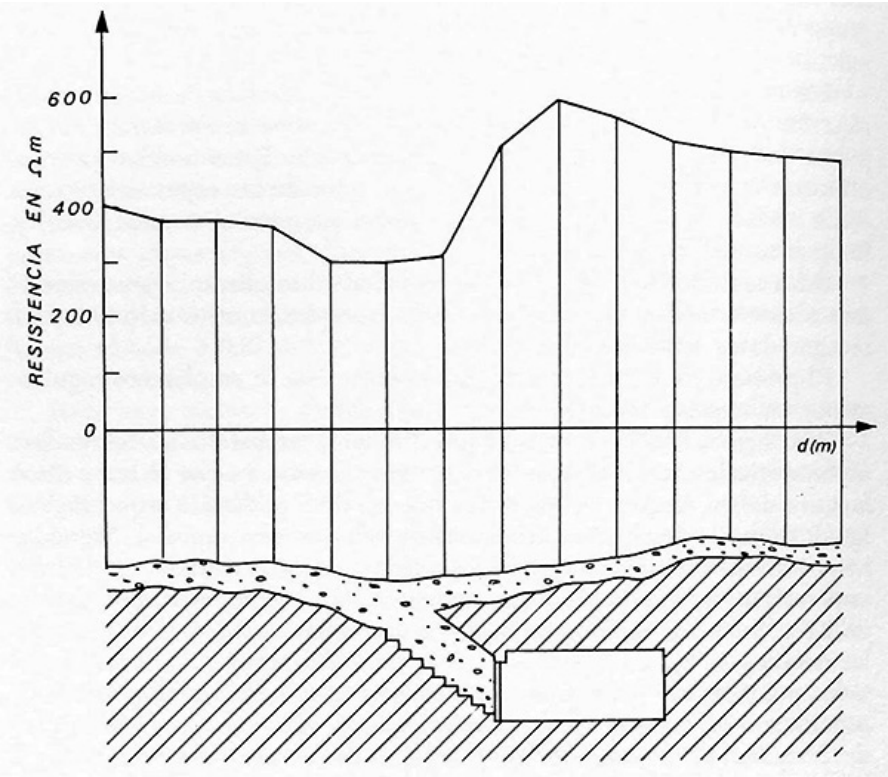


Diagrama de resistencia eléctrica con anomalía correspondiente a una tumba sepultada.

A medida que vamos desplazando los electrodos, la resistencia irá en aumento, pero si la tierra es uniforme la «resistividad» permanecerá constante. Cuanto más se separen los electrodos, más viajará la corriente hasta las capas más profundas cuando pasa de un electrodo a otro.

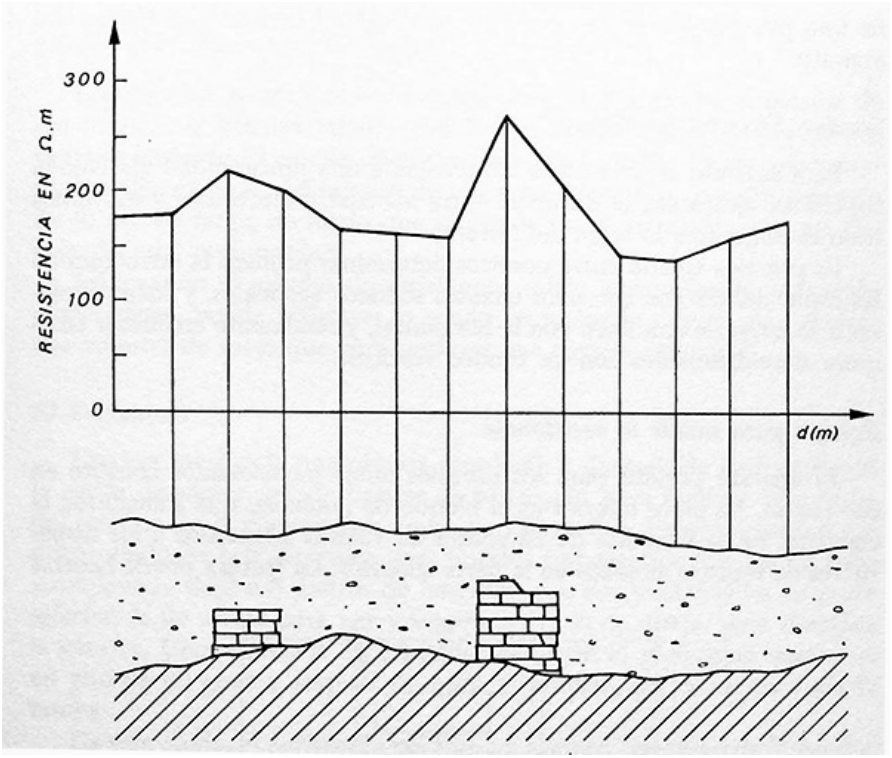


Diagrama de resistencia eléctrica con anomalía correspondiente a una fosa.

Así, si hay una capa de tierra más baja a través de la que la corriente pasa con más facilidad (es decir, una resistividad más baja) esto contribuirá en principio al resultado, y la resistividad global descenderá. Si los electrodos están sobre una tumba vacía, puede ocurrir lo contrario, ya que el aire tiene una gran resistividad, y esta aumentará a medida que se separan los electrodos…

Ahora puede verse que cualquier estructura enterrada, como tumbas o edificaciones, puede ser detectada y, al mismo tiempo, podrá calcularse su profundidad.

Hay dos métodos de estudio de resistencia: sondeos eléctricos verticales y longitudinales.

Sondeo Eléctrico Vertical

Los dos electrodos del centro se mantienen fijos, y los otros dos electrodos exteriores se separan escalonadamente. De este modo se obtiene una panorámica de la estructura vertical del terreno por debajo del aparato.

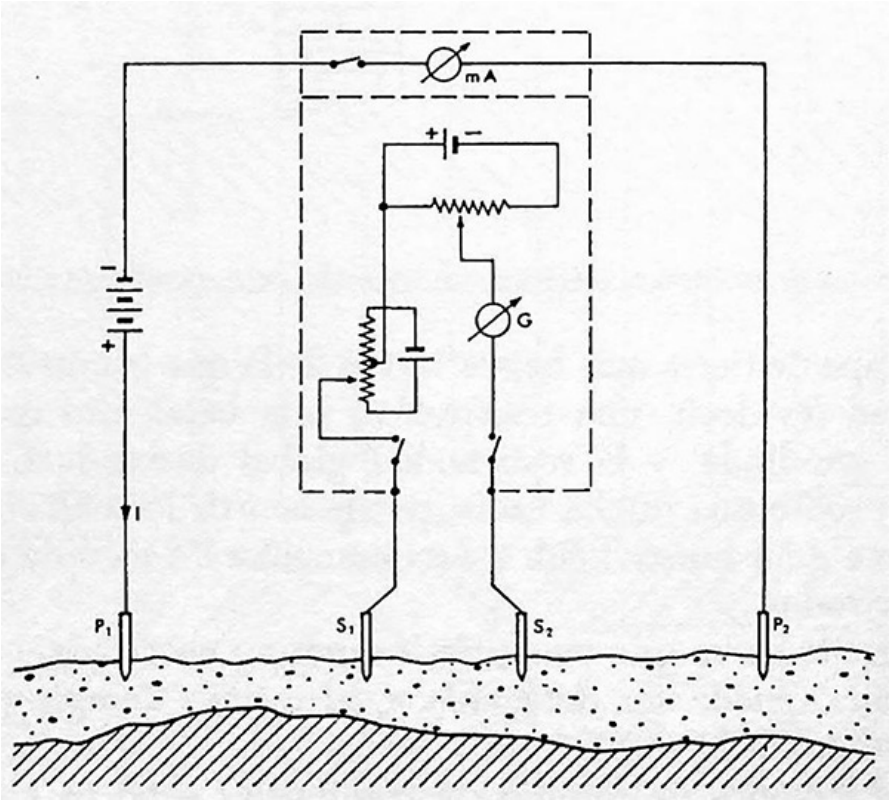
Sondeo Eléctrico Horizontal

Para explorar la naturaleza del terreno a una profundidad fija bajo la superficie, ajustamos la distancia entre los cuatro electrodos y movemos todo el conjunto a lo largo del terreno.

Es práctica común entre nosotros determinar primero la estructura de las capas del terreno con unos cuantos sondeos verticales, y luego explorar a lo largo de una línea con la horizontal, y finalmente confirmar cualquier descubrimiento con un sondeo vertical.

Equipo para medir la resistencia

El aparato portátil para los estudios antes mencionados consiste en dos partes. La parte inferior es el bloque de potencia, que transforma la corriente de una batería de 12 voltios en valores adaptados a los dispositivos de registro alojados en la parte superior. La lectura puede hacerse en unos pocos segundos. Este aparato ha sido desarrollado por la Fundación. Para su empleo se monta en la trasera de un «jeep».



Esquema de los circuitos para medir la resistencia del terreno.

LAS MUESTRAS

Sondeo por motor Mac Cullogh

Este taladro portátil de motor, que pesa 40 kg., puede emplearse de dos formas: a) con un taladro con broca de rosca pueden practicarse agujeros hasta de 12 cm. de diámetro; b) con una sonda de extraer muestras-testigo, en lugar del taladro de rosca, se extrae una muestra de suelo de 40 cm. de largo, de modo que se pueda ver la estratificación por debajo de esta profundidad.

Así, cuando el estudio de resistencia indica una probable formación arqueológica, puede utilizarse la sonda de motor lo mismo para extraer una muestra de suelo que para perforar una cámara sepulcral.

El Periscopio

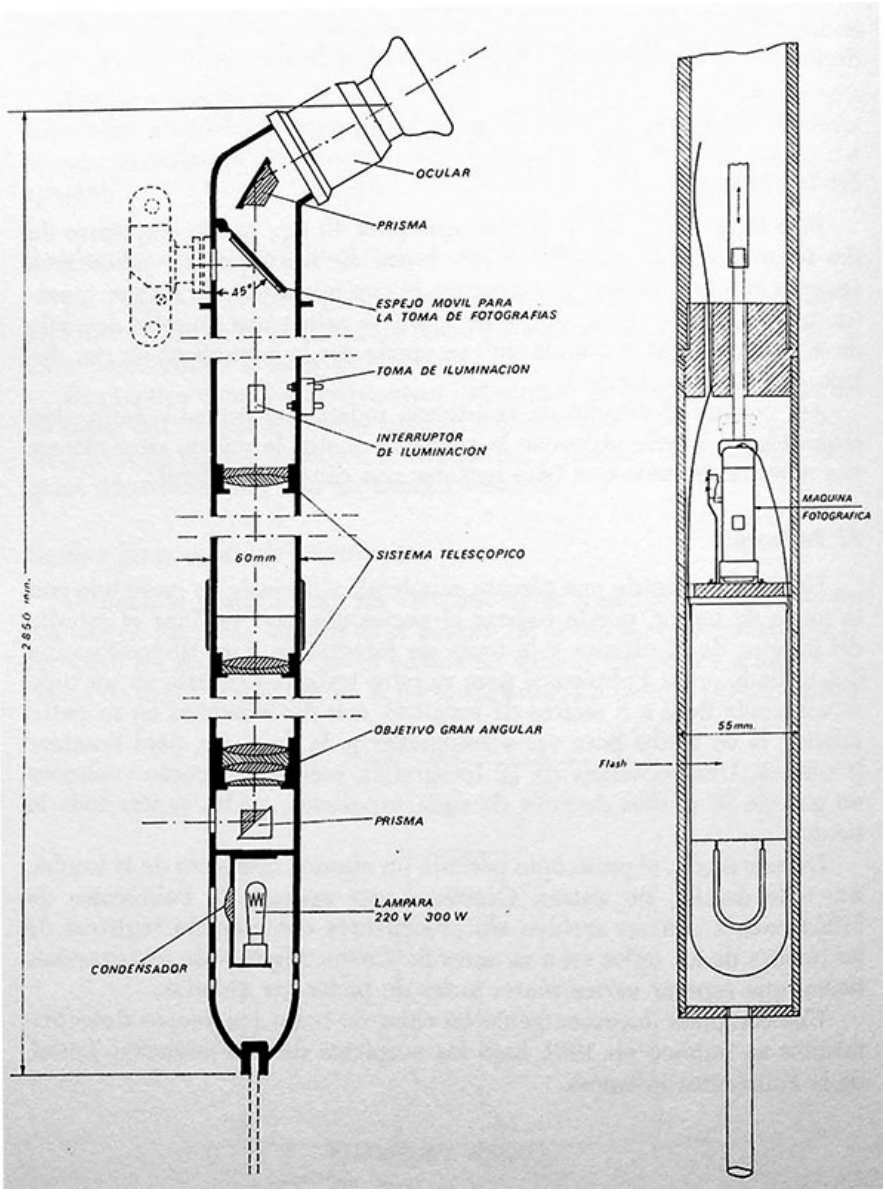
Una ver localizada una cámara sepulcral, y después de perforada con la sonda de motor, puede bajarse el periscopio para facilitar el estudio del interior de la cámara y la toma de fotografías. Este dispositivo fue desarrollado en la Politécnica para nuestro trabajo. Consiste en un tubo «compound» de 3 a 5 metros de longitud, con dos ventanas en su parte inferior, la de arriba para ver y fotografiar, y la de abajo, para iluminar la cámara. Una secuencia de 12 fotografías, con el periscopio vuelto en un giro de 30 grados después de cada exposición, podrá captar toda la tumba.

De este modo, el periscopio permite un examen completo de la tumba, con todo detalle, sin entrar. Gracias a este aparato, la Politécnica de Milán cuenta con un archivo sin precedentes conteniendo registros de las tumbas de los siglos VII a III antes de Cristo. Algunas de estas tumbas tienen que esperar varios meses antes de poder ser abiertas.

Una completa documentación en color de todos los nuevos descubrimientos se publicó en 1961 bajo los auspicios de la Fundación Lerici, de la Politécnica milanesa.

ALGUNOS PROBLEMAS

La finalidad del trabajo antes descrito es proteger y conservar nuestra herencia arqueológica enterrada.



A la izquierda, el periscopio Nistri para exploración arqueológica. *A la derecha*, aparejo fotográfico de la Fundación Lerici para exploración de cavidades sepultadas.

Nuestros críticos han argüido que estos rápidos métodos no permiten un completo y detallado examen como el que hoy exige la arqueología. Pero podemos rebatir estas críticas mencionando los siguientes hechos:

1. Nuestros estudios dejan las tumbas intactas, sin deterioros de ninguna especie, y localizadas para ulteriores investigaciones más detalladas, y el agujero de la muestra es taponado.

2. El cultivo intensivo de los diez últimos años está con frecuencia precedido de un arado profundo, utilizando «bulldozers». En varias ocasiones, estas operaciones de arado han dañado de manera irreparable el material arqueológico a flor de tierra. Además, debido al subsiguiente enriquecimiento del suelo con fertilizantes, el agua rica en sales se filtra hasta las ruinas y causa ulteriores daños. La necrópolis etrusca de Tarquinia ofrece un impresionante ejemplo de estas destrucciones. Los deterioros marchan a tal ritmo, que en unos pocos años quedará muy poco material arqueológico que recoger.

3. La búsqueda ilegal. Hoy, la búsqueda ilegal de zonas arqueológicas de Italia constituye *la mayor parte* de las excavaciones, porque muchas veces es más eficaz en materia de descubrimientos que la realizada por la Administración de Antigüedades y otros organismos autorizados. Los daños causados por este latrocinio, lo mismo por el material dispersado sin clasificar o identificar que por el negligente trato que recibe, pueden valorarse en miles de millones de liras al año. La Politécnica milanesa posee en sus archivos ejemplos de impresionante gravedad, tales como la destrucción de ciertas paredes pintadas en la necrópolis de Tarquinia, con el fin de penetrar en los espacios contiguos y robar las antigüedades. Estos hechos justifican una rápida y cuidadosa vigilancia y observación de las formaciones

arqueológicas existentes, con vistas a su ulterior protección y conservación.

La rapidez de nuestros descubrimientos ha cogido desprevenidas a las autoridades; y, desde luego, puede decirse simplemente que en Italia no hay ni personal ni fondos suficientes para siquiera cubrir los gastos de las más importantes labores de conservación.

A medida que trabajamos, sabemos muy bien que los excavadores ilegales vigilan nuestro trabajo. En muchos casos, la Politécnica de Milán ha tenido que poner guardias de día y de noche a sus propias expensas. Sin embargo, allí donde trabajan los equipos de la Politécnica es donde los excavadores ilegales concentran su trabajo. Incluso se hicieron intentos de exportar fragmentos enteros de paredes.

Se necesita conservación

Una vez encontrados en una cámara sepulcral, lo más importante es asegurarse de que quede tan aislada que la temperatura y humedad sigan siendo las mismas y bastante constantes. Pueden adoptarse medidas para eliminar las incrustaciones de sales y evitar nuevas infiltraciones. Aquí, los métodos del Instituto Central de Roma han demostrado ser muy valiosos, y debieran extenderse.

Methods used in the Archaeological Prospecting of Estruscan Tombs, Studies in Conservation, vol. 6, n.º 1, 1961

Fotogrametría

La arqueología, que por mucho tiempo ha dependido de la interpretación visual y modo de pensar del investigador, está comenzando ahora a ocupar su puesto entre las ciencias exactas, donde el empleo de complicados dispositivos técnicos está eliminando gradualmente toda posibilidad de error. Pueden utilizarse no solamente para localizar la posición de las cámaras subterráneas, para registrar la fecha de objetos antiguos y trazar los límites de las excavaciones, invisibles a nivel de tierra, sino también para reproducir con exactitud copias de superficies labradas o cinceladas, e incluso para facilitarnos una clave respecto al significado de palabras de lenguas primitivas.

El Centro de Documentación fue creado en mayo de 1955 por el Servicio de Antigüedades de Egipto, con la directa cooperación de la UNESCO. Es un organismo egipcio financiado por el Gobierno de la República Árabe Unida. La UNESCO tiene un representante en el Consejo de Directores del Centro y facilita ayuda técnica en forma de especialistas internacionales.

Desde los días de Champollion —fundador de la egiptología científica— la labor de preservar los monumentos, organizar excavaciones, realizar investigaciones y estudios de documentos, etc., ha sido realizada por una gran variedad de fundaciones, museos y universidades de Egipto, Europa y América. Con frecuencia los resultados han sido fructíferos, pero casi inevitablemente de manera aislada. Jamás hasta ahora se había organizado nada tan sistemático como el Centro de El Cairo en este campo. Sus operaciones han requerido poderosos recursos y los servicios de nutridos grupos de trabajo compuestos por especialistas de plena jornada que actuaban de manera sincronizada.

Originalmente, el Centro eligió como labor primordial suya realizar estudios exploratorios sistemáticos de la Necrópolis de Tebas, donde las tumbas, antes bien conservadas, han comenzado a mostrar síntomas de deterioro. El anuncio del proyecto de la Gran Presa cambió el orden de prioridades y comenzó la carrera contra reloj en la Baja Nubia. Para los próximos cinco años están planeadas algo así como un centenar de operaciones con un bien definido programa de trabajo en relación con los monumentos amenazados por la Gran Presa superior de Asuán.

Los arqueólogos y filólogos agregados al Centro coordinan todas las operaciones teniendo en cuenta la documentación existente. Dirigen los trabajos de campo y luego registran los resultados de cada misión en tarjetas-índices.

Los datos necesarios para complementar copias y descripciones son reunidos por la sección técnica. Los arquitectos preparan los planos, las secciones y las elevaciones que completan hasta el más mínimo detalle: cada ladrillo, cada piedra e incluso el más pequeño agujero es marcado. Expertos en dibujo arquitectónico entrenados en el Centro utilizan fotografías para preparar planos exactos de grupos de monumentos. El viejo método de reproducir directamente ya no se utiliza, salvo en el caso de pequeños detalles, o en casos en que los monumentos están muy próximos entre sí o en un estado demasiado precario para poder sacar fotografías satisfactorias. Las copias de aquellos relieves famosos por su belleza o interés histórico y de cualesquiera otros jeroglíficos que puedan provocar controversias se hacen por moldeadores, que también preparan molduras arquitectónicas.

Los fotógrafos trabajan también en estrecho contacto con otros especialistas. De acuerdo con el plan piloto, revelan sus películas experimentales «in situ» antes de enviar los negativos al laboratorio de revelado de El Cairo. Al mismo tiempo, toman

fotografías idénticas en colores. Sin embargo, aún todo este trabajo no es suficiente.

La reproducción fotográfica de las obras de arte, y de las esculturas en particular, es —como André Malraux lo definió— un fenómeno de recreo. Liberadas de las celdas en que vivían aprisionadas, las esculturas parecen surgir de nuevo a la vida desde este nuevo enfoque, haciéndose familiares y cobrando un fresco significado.

La fotografía, como el dibujo e incluso los planos arquitectónicos, contiene un determinado factor subjetivo que puede producir varios grados de distorsión. Para obtener una exactitud absoluta necesaria en el registro científico se ha hecho uso de la fotogrametría, un procedimiento empleado en los últimos cuarenta años para la preparación de mapas geográficos.

Este método se utilizó en principio para estudiar un monumento en 1850, y hoy nos ofrece un valioso material informativo para documentación de arqueólogos. Las fotografías estereoscópicas, tomadas con ayuda de un teodolito (fototeodolito), facilitan información precisa, hasta el más pequeño detalle, de cualquier relieve, haciendo así posible la copia fiel de reproducciones, moldes y fundidos.

La fotogrametría abre nuevos horizontes al conocimiento de formas y técnicas. Puede, incluso, hacer posible el descubrimiento de leyes arquitectónicas todavía sin revelar por los egiptólogos y añadir algo nuevo a nuestros conocimientos en materia de técnicas de esculpido. Por ejemplo, las líneas de contorno tomadas del rostro del coloso Osiris norte (23 pies) y las del coloso sur (65 pies) en la parte frontal, muestran algunas sorprendentes semejanzas entre sí, incluso en la reproducción del cartílago nasal.

Cuando todos los programas de investigación hayan sido completados, el Centro de Documentación de El Cairo será

una rica y permanente fuente de documentación lo mismo para estudios egiptológicos que para trabajos destinados al hombre de la calle. Como medida de seguridad, todos los archivos deben ser reproducidos en microfilms, y cada copia de documento debe recibir un trato especial y ser protegida contra cualquier riesgo de destrucción o deterioro.

Gracias a la acción internacional emprendida por la UNESCO, tenemos razones para esperar que estos majestuosos monumentos sean salvados de las amenazadoras aguas y que las generaciones presentes y futuras puedan seguir disfrutando con la contemplación de las gigantescas figuras de Ramsés II y los templos isleños de Philae. Además, la amplia labor emprendida por el Centro de Documentación respecto al Antiguo Egipto facilitará a los egiptólogos de todo el mundo la posibilidad de añadir a sus conocimientos el de una nueva región del Viejo Mundo que aún no ha cesado de entregarnos todos sus secretos.

Unesco Courier, febrero 1960

Descifrado con computadora

En la segunda mitad de 1960, un grupo de personas del Instituto de Matemáticas de la División Siberiana de la Academia de Ciencias de la URSS hizo un ensayo de descifrado de la lengua maya con computadora electrónica. Los resultados de estos trabajos fueron presentados en la Conferencia de Proceso de Datos, Traducción Mecánica y Lectura Automática de Textos, celebrada en Moscú del 21 al 30 de enero de 1961.

Esto fue acompañado de la publicación de una lectura (para ser más exactos, una trasliteración sin traducción) de fragmentos de textos mayas.

El valor del trabajo del personal del Instituto de Matemáticas radica en el hecho de que esta fue la primera prueba práctica de la posibilidad de un fructífero estudio, con computadora, de antiguos sistemas de escritura. Teóricamente, este problema surgió hace algunos años, después de haberse empleado con éxito métodos estadísticos por medios «manuales» para descifrar antiguos sistemas de escritura (por Ventri para la escritura silábica cretense, y por el presente autor, en cuanto a la escritura jeroglífica maya). Así, el empleo de computadoras para el descifrado fue la consecuencia lógica y coronación de una nueva etapa en el desarrollo de la teoría del descifrado, caracterizado por el empleo en gran escala de métodos estadísticos.

Al plantear la cuestión general de investigar «las posibles aplicaciones de las computadoras en la solución de los problemas de los antiguos sistemas de escritura y el desarrollo de una técnica para el eficaz empleo de computadoras electrónicas con esta finalidad» (Evreinov I, p. 3), los autores de estos informes tenían la intención, con respecto a los textos jeroglíficos mayas,

«de establecer la relación entre las palabras del léxico y los textos manuscritos, y determinar por este medio la naturaleza del empleo de los jeroglíficos y sus significados respectivos» (Evreinov I, p. 4). Del material publicado se deduce que, en efecto, el objetivo era más reducido: facilitar una trasliteración de los textos jeroglíficos en escritura latina (o, para ser más exactos, en el llamado alfabeto maya «tradicional»), sin esforzarse por realizar su traducción. Los autores estaban, desde luego, familiarizados con el descifrado «manual» de la escritura maya y con las técnicas empleadas en el mismo.

El grupo del Instituto de Matemáticas seleccionó los códices de Dresden y Madrid para estudio. El trabajo paleográfico (como la identificación de símbolos confusos, la localización de errores en la escritura, etc.) no se llevó a cabo, ya que los investigadores utilizaron los textos del presente autor de todos los manuscritos y ciertas inscripciones mayas en clave numérica (una cifra de tres dígitos por cada símbolo), así como un catálogo de los símbolos con sus alógrafos. La omisión del Códice de París fue tanto más lamentable por cuanto el Códice de Madrid estaba en una condición mucho peor. Además, la limitación de la materia prima complica la investigación. Las más importantes fuentes sobre la lengua maya del período colonial fueron el Diccionario Motul, el Libro de Chilam Balam de Chumavei, y el Códice Pérez.

El proceso de los datos lexicográficos se realizó paralelamente al proceso de los textos jeroglíficos: la frecuencia de sílabas y palabras fue calculada entonces, haciéndose una recopilación de palabras según su significado (el mundo vegetal y animal, diversas profesiones u oficios, objetos de la vida diaria, dioses, ritos, sacrificios, términos astronómicos y de calendario, y las palabras de uso más corriente). En vista de la notable diferencia del lenguaje maya durante el período colonial res-

pecto al de los textos jeroglíficos, esta recopilación o lista de palabras probó su ineficacia.

En comparación con los datos procesados, los símbolos fueron confrontados con las sílabas en cuanto a frecuencia: el número de símbolos del jeroglífico se confrontó con el número de sílabas en la palabra. (El método más eficaz fue el denominado método «rebus», basado en buscar puntos de correspondencia entre complejos conteniendo números específicos de símbolos, y palabras conteniendo el correspondiente número de sílabas) (Evreinov I, p. 10.) En otro informe leemos que el método «rebus» «consiste en que los jeroglíficos son identificados con palabras a base del fondo del tema de la sección estudiada, siendo previamente definido el significado de los símbolos y los métodos por los que se emplean los símbolos en el jeroglífico en cuestión» (Ustinov, p. 15). Para los jeroglíficos cuyo significado fue determinado a base de los dibujos se eligieron unos sinónimos apropiados de acuerdo con las listas por materias, y luego, de entre ellos, se escogía uno que respondiese a un criterio de mayor exactitud.

Hay que notar que los autores no desarrollaron nuevos métodos, sino que emplearon los desde hace tiempo utilizados para estudiar los códices mayas, mayormente a últimos del siglo pasado. El empleo sin coordinación de estos distintos métodos fue causa de confusionismo en los resultados, que condujo a errores elementales y, además, cambió el problema planteado. En su forma final, la tarea emprendida demostró ser la siguiente: facilitar una trasliteración sin traducción de un texto consistente en frases acompañadas de ilustraciones y escritas con símbolos desconocidos a una lengua conocida. De esta forma extremadamente simplificada, el problema tenía poco de común con el del descifrado de antiguos sistemas de escritura. Sin embargo, los autores lo consideraron «similar en naturaleza al problema de la traducción mecánica y al del estudio de siste-

mas de signos», y comparan el proceso de estudio con una traducción de sistemas de carácter creador (Evreinov I, p. 11). El empleo intensivo de métodos suplementarios demuestra que los autores eran incapaces de utilizar métodos estadísticos con resultados satisfactorios.

Por los motivos apuntados, los resultados obtenidos después de veinte horas de proceso con computadora fueron muy modestos. Los propios autores afirman haber leído «aproximadamente el 40 por 100» de los Códices mayas de Madrid y Dresde (Ustinov, p. 25). Lo que seguramente querían decir es que habían conseguido duplicar aproximadamente el 40 por 100 del descifrado «manual» publicado. Esto es más o menos exacto. Los resultados preliminares publicados (Predvaritelnyi Rezul'taty) (Evreinov III) presentan la trasliteración de ocho párrafos (de 170) del Códice de Dresde, y 27 (de 250) del Códice de Madrid. Se ofrece la trasliteración de 367 jeroglíficos, incluyendo repeticiones (en conjunto, los códices contienen unos 5.300 jeroglíficos diferenciales). Si eliminamos las repeticiones, los autores suministran una trasliteración de 67 jeroglíficos (representando palabras o combinaciones de ellas). Las llamadas «lecturas» (es decir, trasliteraciones) de jeroglíficos —lo mismo por los equipos de Novosibirsk que, en general, de los textos mayas descifrados— no tienen, desde luego, el mismo valor en todos los casos…

A efectos prácticos, esto pesa sobre los resultados del descifrado en el verdadero sentido de la palabra, o sea la determinación de la lectura fonética de símbolos. El descifrado «mecánico» facilitó muchas menos lecturas que el descifrado «manual», y jamás dio una correcta lectura nueva (y en estas no hizo sino repetir en esencia los resultados previos del descifrado «manual»)…

Los autores afirman que los resultados de su trabajo confirman la hipótesis en que se basó. Si, como resultado del desci-

frado «mecánico» del texto maya, el autor obtuvo una confirmación de su «hipótesis sobre la identidad del lenguaje de los textos jeroglíficos y del lenguaje de los mayas del siglo XVI», entonces esto querría decir que el descifrado «mecánico» es una cosa absurda. En realidad, tal «hipótesis» es refutada por los resultados del descifrado «mecánico» (ya que, de otro modo, no hubiera sido preciso recurrir a nombres convencionales de los jeroglíficos en lugar de su verdadera interpretación).

Los informes de los autores contienen cierto número de premisas erróneas, que tienden a confundir al lector. Es imposible examinar todas ellas en el presente artículo, pero es necesario pararse a considerar, al menos, algunas de ellas. Los autores afirman, por ejemplo, que «la investigación de la escritura maya antigua se realizó empleando métodos matemáticos y con una computadora electrónica. El proceso de los datos informativos de tan grande y variado volumen en cualquier forma de transcripción es virtualmente imposible sin el empleo de los modernos métodos de estudio. Igualmente lo es el descubrimiento de todas las conexiones y leyes de aspecto cuantitativo y cualitativo del problema capaces de arrojar luz respecto a la exacta determinación del sentido y significado fonético del símbolo y jeroglífico» (Ustinov, pp. 12-13; véase también Evreinov II, p. 4). El aserto no corresponde a los hechos. Es bien sabido que un aumento de datos no solamente no complica el descifrado, sino que lo facilita, ya sea aquel «manual» o «mecánico». Por otra parte, una reducción en la cantidad de datos aumenta el volumen de trabajo requerido para el descifrado en dimensiones astronómicas. Es precisamente cuando el volumen de datos es pequeño (por ejemplo, la inscripción en un barco de arcilla en el cementerio eslavo de la aldea eslava de Alekonovo, o la inscripción en el disco de Faistos) cuando surgen dificultades insuperables en el descifrado.

Además, los autores afirman que «en el análisis de textos mayas, donde hay que estudiar material heterogéneo, es imposible limitarse exclusivamente a un método único cualquiera que este sea» (Evreinov I, p. 8). Este aserto no solo no es válido como teoría, sino que ha sido rechazado en la práctica en el descifrado «manual», que, como es bien sabido, se efectúa solamente con métodos estadísticos.

El problema con que se enfrentaron los investigadores era el de emplear un moderno equipo de computación para el descifrado experimental de una escritura antigua. No importaba en absoluto si esta escritura había sido previamente descifrada o no, aunque a efectos de control fuese lógico comenzar con el análisis de una escritura ya descifrada. Esta fue la razón de que se seleccionase el texto maya para el primer intento (hubiera sido igualmente posible emplear jeroglíficos egipcios, la escritura cuneiforme, etc.). La labor realizada por los autores en cuestión demostró en la práctica que la moderna técnica de computadora puede emplearse en el descifrado de antiguos sistemas de escritura. El descifrado «mecánico» nos confirmó el hecho de que cuando se estudia objetivamente un escrito, los resultados concuerdan en absoluto. Debe observarse que si los resultados del descifrado «mecánico» no hubieran coincidido con los del previo descifrado «manual», habría sido necesario revisar el citado descifrado «mecánico» (y no el ya probado descifrado «manual»), como habrá que hacer en realidad con la porción de trabajo en la que se acusen errores de interpretación fonética (aunque estas lecturas erróneas repitan trabajos previamente publicados). El descifrado «mecánico» solamente obtuvo un éxito parcial al conseguir duplicar el trabajo «manual»; pero nada nuevo añadió a nuestros conocimientos de la escritura maya.

Con el fin de conseguir resultados de significación práctica en los estudios americanistas, los autores tendrán que volver a

examinar sus postulados teóricos y mejorar considerablemente los métodos de programación.

Soviet Anthropology and Archaeology, vol. 1, n.º 3,
Winter, 1962-1963

Fuentes

C. L. Woolley. Digging *up the Past*. Ernest Benn Ltd, Londres 1954 págs. 120-122. Con permiso de los editores

C. L. Woolley. As *I Seem to Remember*. George Alien & Unwin, Londres 1962 págs. 21-23, 26-29 y 30-3.2 Con permiso de los editores

C. M. Lerici. *Lecture to the Rotary Club of Rome*. Fundación Lerici, Milan Polytechnic 1958. Con permiso del Dr. C. M. Lerici

Correspondence de Napoléon, Vol. I. Imprimerie Impériale, París 1858 pág. 259

E. Curtius and F. Adler. *Olympia*, Vol. I. Verlag von Aster and Co, Berlín 1870 págs. 110-113

Printed Will and Codicils of Sir Hans Sloane, Bart. John Virtuoso, Londres 1753 págs. 16-24

The Letters of Horace Walpole, Vol. III. Editado por Mrs. Paget Toynbee. Clarendon Press, Oxford 1903 págs. 142-143. Con permiso de los editores

Memorandum on the Subject of the Earl of Elgin's Pursuits in Greece. William Miller, Londres 1811

H. Schliemann. *Troy and Its Remains*. John Murray, Londres 1875 págs. 322-340

H. Schliemann. *Ilios*. John Murray, Londres 1880 pág. 485

H. Schliemann. *Mycenae*. John Murray, Londres 1878 págs. 290, 296-298 y 365

J. J. Winckelmann. *A Critical Account of the Situation and Destruction of Herculaneum and Pompeii*. T. Caman and F. Newberry, Londres 1771 págs. 20-27

Proceedings of the Society of Antiquaries of London, Series 2, Vol II. Londres 1863 págs. 286-288

Revue Archéologique, Series IV, Vol. VII. París 1906 págs. 193-199

Fouilles de Delphes, Vol. 4, part, 5. École française d'Athénes, París 1890 págs. 7-8, 51-53 y 84-85

E. Curtius. *Archaeologische Zeitung*, Vol. 35, part. 1. Berlín 1877 pág. 94

P. Mackendrick. *The Greek Stones Speak*. Methuen & Co Ltd, Londres 1962 págs. 356-361. Con permiso de los editores

R. L. S. Bruce-Milford. *Recent Archaeological Excavations in Britain*. Routledge and Kegan Paul, Londres 1956 págs. 136-142. Con permiso de los editores

G. Dennis. *Cities and Cemeteries of Etruria*, 3.ª edición, Vol. II. John Murray, Londres 1883 págs. 263-266

A. J. Evans. *The Palace of Minos*, Vol III Macmillan & Co Ltd, Londres 1930 págs. 210-213, 217, 222, 231-232 y 286-289. Con permiso de Agathon Press, Inc.

The Palace of Minos, reimpresión de 1964 por Biblo & Tannen, Inc., en colaboración con Agathon Press

Lord William Taylour. *The Mycenaeans*. Thames and Hudson, Londres 1964 págs. 28-41. Cortesía de Lord William Taylour

A. F. F. Mariette. *Monuments of Upper Egypt*. Alejandría y Cairo, Londres págs. 52-57

J. L. Burckhardt. *Travels in Nubia*. John Murray, Londres 1819 págs. 76-79 y 90-92

D. V. Denon. *Travels in Upper and Lower Egypt*. James Ridgway, Londres 1802 págs. 97-105

G. B. Belzoni. *Narrative of Operations and Recent Researches in Egypt and Nubia*. John Murray, Londres 1820 págs. 156-158 y 255-274

Mrs A. Edwards. *A Thousand Miles up the Nile*. George Routledge and Sons, Londres 1889 págs. 307-309

unesco Courier. París, febrero 1960

G. Maspero. Institut Égyptien Bulletin, Series 2, n.º 2. Marsella 1881 págs. 129-137

Athanasius Kircher. *Lingua Aegyptiaica*. Herman Scheus, Roma 1643. Introducción

General H. Turner. Archaeologia, Vol. XVI. Londres 1812 págs. 212-214

J. F. Champollion. *Lettre a M. Dacier Relative à L'alphabet des Hiéroglyphes Phonétiques*. Académie Royale, París 1822 págs. 1-44

C. P. Smyth. *Our Inheritance in the Great Pyramid* Charles Nisbet & Co, Londres 1890 págs. 3-8

W. M. F. Petrie. *Ten Years' Digging in Egypt*. Religious Tract Society, Edimburgo 1892 págs. 81-91. Con permiso de Miss A. Petrie

E. A. W. Budge. *By Nile and Tigris,* Vol. I. John Murray, Londres 1920 págs. 139-143. Con permiso de los editores

H. Carter. *The Tomb of Tut-ankh-Amen,* Vol. II. Cassell, Londres 1927 págs. 48-53 y 107-114. Con permiso de

Curtís Brown Ltd.

Z. Goneim. *The Buried Pyramid*. Longmans, Green & Co, Londres 1956 págs. 33-41. Con permiso de los editores

H. C. Rawlinson. *The Persian Cuneiform Inscriptions at Behistun*. Journal of the Boyal Asiatic Society, Vol. 10 Londres 1846 págs. 10-18

C. Rich. *Second Memoir on Babylon*. Longman, Hurst, Rees, Orme and Brown, J. Murray, Londres 1818 págs. 6-8 y 27-37

R. Koldewey. *The Excavations at Babylon. Macmillan* & Co Ltd, Londres 1914 págs. 1-11 y 160

P. E. Botta. *Letters on the Discoveries at Nineveh*. Longman, Brown, Green and Longmans, Londres 1850 págs. 53-58

A. H. Layard. *Nineveh and its Remains* John Murray, Londres 1867 págs. 49-55 y 209-217

G. Smith. *Assyrian Discoveries*. Sampson Low, Marston, Low & Searle, Londres, 1875 págs. 96-103

H. V. Hilprecht. *Explorations in Bible Lands*. T. and T. Clark, Edimburgo 1903 págs. 396-401

C. L. Woolley. *Ur; the First Phases*. Penguin Books, Londres 1946 págs. 19-25. Con permiso de los editores

C. Humann. *Der Pergamon-Altar, entdeckt, beschrieben und gezeichnet von Carl Humann*. E. Schulte. Ardey Verlag, Dortmund 1959 págs. 10-15

W. Wright. *The Empire of the Hittites*. James Nisbett, Londres 1884 págs. 1-12

H. Winckler. *Nach Boghazköy*. Der Alte Orient, Vol. 14, part 3. Vorderasiatische Gesellschaft. Berlín 1913 págs. 26-31. Con permiso de J. C. Hinrichs Verlag, Leipzig

L. Matous. *Bedrich Hrozný: The Life and Work of a Czech Oriental Scholar*. Orbis, Praga 1949 págs. 18-25. Con permiso del Profesor L. Matous

H. Bossert. *Karatepe*. Universidad de Estambul, 1946 págs. 8-12. Con permiso del Dr. E.-M. Fischer-Bossert

F. K. Dörner. *Die Königsresidenz am Nymphenfluss*. Kosmos, Tomo 52. Stuttgart, 1956 págs. 1-7. Con permiso del Profesor Dr. F. K. Dörner and Frank'sche Verlag, Stuttgart

C. F. A. Schaeffer. *The French Excavations in Syria*. Antiquity, Vol IV, Núm. 16. Londres, 1930 págs. 460-465. Con permiso del Profesor C. F. A. Schaeffer

N. Glueck. *Rivers in the Desert*. Weindenfeld and Nicholson, Londres 1959 págs. 163-168. Con permiso de Farrar, Straus & Co, Inc., Nueva York

J. M. Allegro. *The Dead Sea Scrolls*. Pelican Books, Londres 1956 págs. 42-49. Con permiso de Penguin Books Ltd.

A. von Humboldt. *Researches Concerning the Institutions and Monuments of the Ancient Inhabitants of America*. Longman, Hurst, Rees, Orme & Brown, John Murray and H. Colburn, Londres 1814 págs. 88-99

J. F. M. Waldeck. *Voyage Pittoresque et Archéologique dans la province d'Yucatan et aux ruines d'Itzalanes*. Dufour, París 1838 págs. 70-73

J. L. Stephens. *Incidents of Travel in Central America*. Harper and Brothers, Nueva York 1842 págs. 115-121, 126-128 y 309-320

G. Elliot Smith. *The Elephant Controversy Settled by a Decisive Discovery*. Illustrated London News. 15 enero 1927 págs. 86, 87 y 108. Con permiso de los editores

E. Seler. *Temple Pyramid of Tepoxtlan*. Bulletin of the Bureau of American Ethnology, No 28. Washington 1904 págs. 341-352. Con permiso de la Smithsonian Institution, Washington

A. Ruz. Illustrated London News. 29 agosto 1953 págs. 321-323. Con permiso de los editores

H. Bingham. *Lost City of the Incas*. Phoenix House, Londres 1951 págs. 152-158. Con permiso de J. M. Dent & Sons Ltd

V. W. von Hagen. *Highway of the Sun*. Gollancz, Londres 1956 págs. 112-118. Con permiso de V. W. von Hagen

A. Posnansky. *Tihuanacu: Cradle of American Man*. J. Augustin, Nueva York 1945 págs. 123-126

O. G. S. Crawford. *Archaeology in the Field*. Phoenix House, Londres 1953 págs. 45-50. Con permiso de M. Dent & Sons Ltd

J-Y. Cousteau. *The Silent World*. Hamish Hamilton, Londres 1953 págs. 69-79. Con permiso de los editores

G. Bibby. *The Testimony of the Spade*. Collins, Londres 1957 págs. 214-227. Con permiso de los editores

C. M. Lerici. *Methods used in the Archaeological Prospecting of Etruscan Tombs*. Studies in Conservation, Vol. 6, n.º 1. Londres 1961. Con permiso del Dr. C. M. Lerici

Soviet Anthropology and Archaeology, Vol. 1, n.º 3, 1962-63. International Arts and Sciences Press, Nueva York págs. 43-50. Con permiso de los editores

ÍNDICE

El mundo de la arqueología 2

Prólogo 4

Primera parte. Introducción 7

- El arqueólogo ideal. Charles Leonard Woolley 8
- Cómo comprar antigüedades. Charles Leonard Woolley 11
- Cómo robar antigüedades. Carlo Maurilio Lerici 17
- Un extraño trato. Charles Leonard Woolley 34
- El robo legalizado de obras de arte 38
- El falsificador perfecto. Charles Leonard Woolley 39
- El tratado de Olimpia 44

Segunda parte. El libro de las estatuas 51

- La fundación del Museo Británico 52
- Un gravoso legado. Horace Walpole a Horace Mann 59
- El discutido legado de Lord Elgin 61
- El tesoro de Príamo. Heinrich Schliemann 68
- Un tesoro robado. Heinrich Schliemann 79
- Un gobierno micénico. Heinrich Schliemann 81
- Winckelmann en Herculano. Johann Joachim Winckelmann 88
- Los cadáveres en yeso de Pompeya 100
- El descubrimiento de la Venus de Milo. Claude Tarral 108
- El auriga de Delfos 121
- El descubrimiento del Hermes de Praxíteles. Ernst Curtius 130
- La reconstrucción de la Stoa. Paul Mackendrick 134

El «Mithraeum» de Londres. Rupert Leo Scott Bruce-Mitford 139
Huella de los etruscos. George Dennis 145
El toro de Minos. Arthur Evans 150
Trabajos de reconstrucción en Knosos. Arthur Evans 159
Ventris descifra la escritura cretense. William Taylour 164
Tercera parte. El libro de las pirámides 181
Los turistas y los monumentos. Auguste Mariette 182
Excavaciones en Egipto. Johann Ludwig Burckhardt 188
Una visita a Tebas. Dominique Vivant Denon 194
La apertura de una pirámide. Giovanni Battista Belzoni 205
El escondrijo de las momias en Tebas. Giovanni Battista Belzoni 228
El templo de Abu Simbel. Johann Ludwig Burckhardt 233
Café en Abu Simbel. Amelia Edwards 237
Apelación del Sr. Vittorino Veronese. Director General de la Unesco 239
Un tesoro de momias reales. Gaston Maspero 245
Una falsa interpretación de los jeroglíficos. Athanasius Kircher 253
Cómo llegó la Piedra de Rosetta al Museo Británico. Tomkyns Hilgrove Turner 260
Champollion descifra los jeroglíficos 265
Una interpretación fantástica de la Gran Pirámide. Charles Piazzi Smyth 279
La tumba submarina. William Flinders Petrie 288
El descubrimiento de las tablas de Amarna. Ernest Budge 295
Tutankamen. Howard Carter 299

El féretro de oro. Howard Carter 304
La pirámide enterrada. Zakaria Goneim 325
Cuarta parte. El libro de las torres 344
Una segunda interpretación de la escritura cuneiforme. Henry Rawlinson 345
¿Estuvo Babilonia aquí? Claudius James Rich 359
Las murallas de Babilonia. Robert Koldewey 369
Una curiosa escultura. Robert Koldewey 378
Problemas en la excavación de Nínive. Paul Emile Botta 380
Excavaciones en Nimrud. Austen Henry Layard 383
Descubrimientos y alarmas. Austen Henry Layard 392
Se encuentra el poema épico de Gilgamesh. George Smith 400
Primeros avances técnicos. Herman Hilprecht 411
Las tumbas reales de Ur. Charles Leonard Woolley 417
Quinta parte. El libro de las rocas y de los valles 429
Excavaciones en Pérgamo. Carl Humann 429
El descubrimiento de las piedras de Hamah. William Wright 438
Hacia Boghazköy. Hugo Winckler 450
Hrozný descifra los jeroglíficos hititas. L. Matous 462
Excavaciones en la montaña negra. Helmuth Bossert 471
La residencia real de Nymphaios. Friedrich Dörner 485
El descubrimiento de Ugarit. Claude Schaeffer 493
Las fundiciones de Salomón. Nelson Glueck 505
Los manuscritos del Mar Muerto. John Marco Allegro 512
Sexta parte. El libro de las estepas 523
La pirámide de Cholula. Alexander von Humboldt 524

Viaje por Yucatán. Jean de Waldeck 535
La compra de una ciudad. John Lloyd Stephens 544
El palacio de Palenque. John Lloyd Stephens 557
¿El elefante en América? Grafton Elliot Smith 571
El templo pirámide de Tepoxtlan. Eduard Seler 580
Una tumba real en Palenque. Alberto Ruz 592
Machu Pichu, la ciudad sagrada. Hiram Bingham 606
El puente de San Luis Rey. Victor von Hagen 619
Un problema de Tihuanacu. Arthur Posnansky 628
Séptima parte. Nuevos métodos en arqueología 633
Arqueología desde el aire. Osbert Crawford 634
El museo azul. Jacques-Yves Cousteau 645
Física atómica en arqueología. Thomas Geoffrey Bibby 665
El periscopio de Lerici. Carlo Maurilio Lerici 670
Fotogrametría 681
Descifrado con computadora 685
Fuentes 692